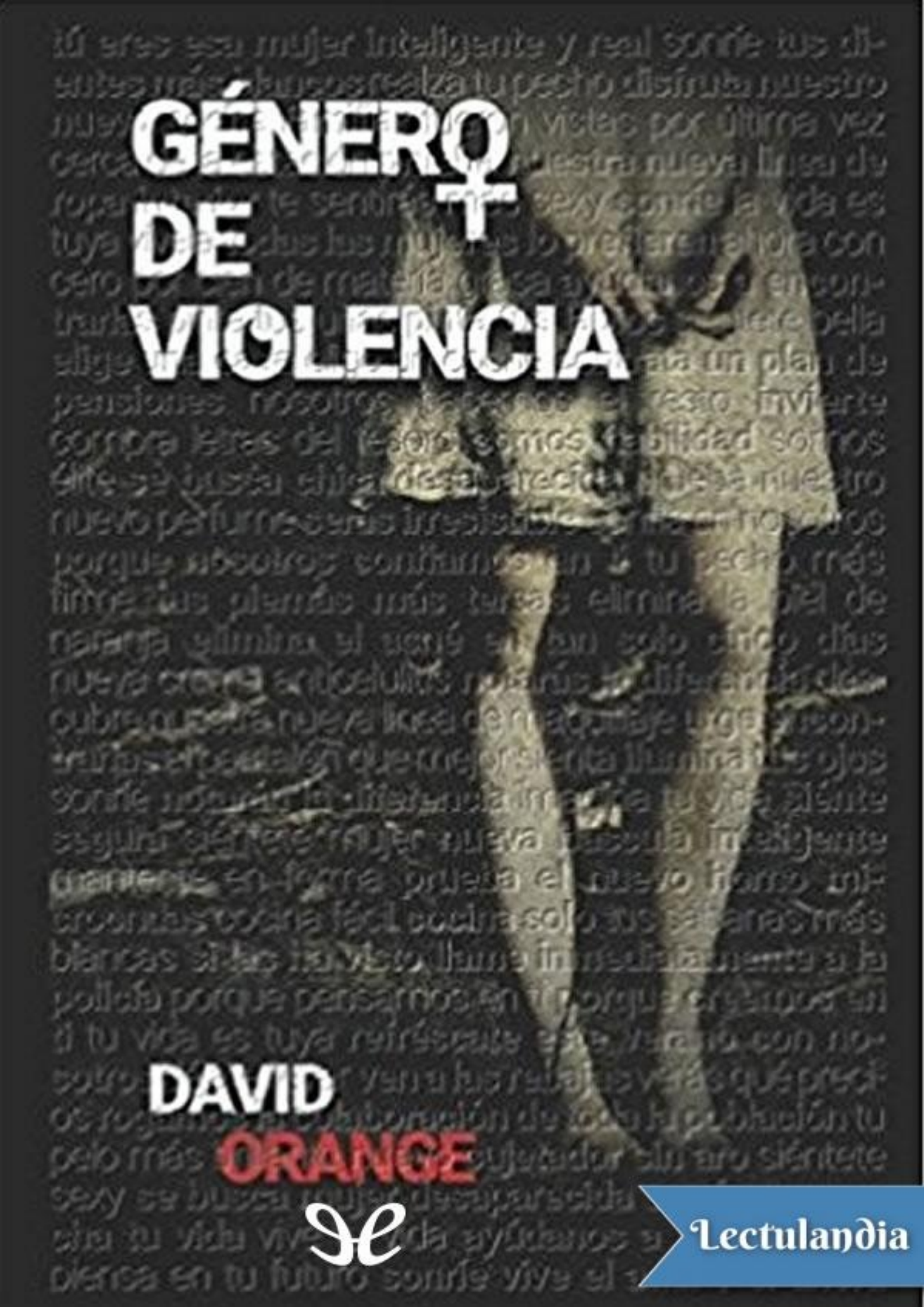
GÉNERO ♀ DE VIOLENCIA



DAVID ORANGE

Lectulandia

Diego es un introvertido chico que acaba de ingresar en la facultad de Bellas Artes y cuya vida familiar es un verdadero infierno. Allí conocerá a Ariel, una encantadora chica que trata de abrirse su propio camino en una sociedad que vive en constante cambio, es el año 1992, recta final del siglo xx, las televisiones mandan y la publicidad educa. Diego y Ariel son dos corazones solitarios que tendrán que luchar con todas sus fuerzas contra ese mundo hostil y violento que los rodea, aunque no todo será lo que parece…

Mientras, en una ciudad costera del este de España están desapareciendo mujeres sin dejar ni rastro, el miedo entre la población crece día a día, las noches son cada vez más peligrosas y nadie sabe hasta qué punto conoce de verdad a aquellas personas con las que se rodea diariamente. Cuando el cuerpo de una las jóvenes desaparecidas es encontrado totalmente desgarrado y mutilado, Silvia Folch, inspectora de la policía nacional, tendrá que hacer lo imposible para hacer frente y atrapar a los responsables de ese desgarrador crimen antes de que sea demasiado tarde, antes de que lleguen más víctimas, aunque tenga que descender a las profundidades más oscuras de su ser para intentarlo…

Lectulandia

David Orange

Género de violencia

ePub r1.0
Titivillus 25.09.2019

Título original: *Género de violencia*
David Orange, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A Sonia, que siempre ha estado ahí.

PARTE 1

EN ESTE PODRIDO MUNDO, BRILLA EL SOL

"La escrupulosa línea del calígrafo. El rostro del suicida
en el espejo. El naipe del tahúr. El oro ávido.
Las formas de la nube en el desierto.
Cada arabesco del calidoscopio.
Cada remordimiento y cada lágrima.
Se precisaron todas esas cosas
para que nuestras manos se encontraran".

Jorge Luis Borges, Las causas.

CAPÍTULO 1

YO SOLO QUERÍA DARLE UN BESO

Se supone que un hogar debe ser un lugar en el que sentirse seguro, o querido, o respetado, o simplemente un lugar al que a uno siempre le apetezca regresar después de haber estado ahí fuera, en ese mundo exterior que seguirá girando hagamos lo que hagamos.

Al menos eso es lo que pensaba Diego, o eso es lo que había escuchado que se tenía que pensar, pero lo cierto es que si hubiera podido escoger una palabra para definir el hogar en el que él creció no habría dudado ni un solo instante. Violencia.

Después de todo a uno no suele gustarle que lo traten como a un enfermo mental, solo por no ser como los demás, o que no te dirijan la palabra, como si fueses un fantasma, inexistente, o que cuando lo hagan lo normal es que sea a gritos. Cuando alguien te dice que eres un hijo de puta es razonable que uno se lo pueda tomar a mal, aunque claro, también depende de quién sea ese alguien, o de si te lo dice con cariño o en lugar de romperte un jarrón en la cabeza.

Lo que más temía en la vida Diego, por encima de cualquier enfermedad o de cualquier tipo de dolor y sufrimiento físico imaginable, era quedarse solo, solo con sus padres. Desde pequeño había mostrado una gran propensión al aislamiento social, para él la reclusión no era un castigo, era una liberación, no cabía duda de que con quien más a gusto se encontraba, con quien más disfrutaba y mejores momentos pasaba, en contra de los deseos de su madre, que siempre se había opuesto a tal elección, era consigo mismo.

Precisamente, casualidades de la vida, esa fue la razón que lo llevó a conocer a los trece años a su gran primer amor, la doctora Rueda, una joven de piel tostada y rasgos orientales licenciada en psicología y especializada en psicología de la personalidad.

Un lluvioso día de Noviembre al salir de clase, su madre, Mercedes, que lo esperaba en el interior del coche con el rostro más sombrío que había visto en su vida, y después de permanecer durante unos segundos en el silencio más sepulcral, alzó la mirada a cámara lenta y dijo algo así como:

—Diego, tenemos que hablar. —Mal rollo, pensó Diego.

—Claro mamá, ¿y de qué quieres que hablemos?

—Diego, hijo, hoy vas a conocer a la doctora Rueda, es experta en psicología de la personalidad, dentro de poco empezarás el instituto y ella… en fin, estará encantada de poder ayudarte.

—¿Ayudarme a qué mamá? —preguntó como si tal cosa.

—A ser como los demás hijo mío, a ser como los demás…

Diego nunca pensó que pasar tanto tiempo consigo mismo tuviera algo de malo, todo lo contrario, eso fue lo que le salvó, aunque su madre primero, y la doctora Rueda después, no pensaban exactamente lo mismo. Las sesiones con la joven doctora consistían básicamente en lo que suele decirse hablar por hablar, o hablar por no callar, o eso pensaba Diego, o eso recordaba, porque a una edad en la que la memoria puede comportarse de forma especialmente caprichosa a veces uno recuerda solo algunas partes de su vida, fuera de contexto, algunos trozos, inconexos, de algún día, incluso algunas veces, cosas que no han sucedido en realidad, o como propio lo que le ha pasado a otro, o al revés, que pensemos que lo que en realidad pasó, no tuviera nada que ver con nosotros, sino con otra persona. Tampoco es tan raro que un niño hable de sí mismo en tercera persona, que la confunda con la primera, o con la segunda, incluso el plural con el singular.

Normalmente la doctora Rueda le preguntaba a Diego cosas como:

—¿Qué sientes cuando estás con tus compañeros de clase? —A lo que Diego respondía de forma muy solemne algo así como:

—Aburrimiento. Distancia. Miedo.

Otra de las preguntas que la joven doctora solía realizar de forma desinteresada y en medio de una bonita sonrisa y que Diego la recibía como un insidioso *déjà vu* era la siguiente:

—Diego, ¿qué piensas cuando alguien se mete contigo en el colegio?

—No lo sé. ¿Qué se supone que tendría que sentir? —dijo Diego con los ojos tan abiertos como los de una lechuza recién levantada.

Y entonces en la cara de la doctora Rueda se dibujaba esa amplia y resplandeciente sonrisa de comprensión y dulzura que tanto adoraba Diego. Porque si había algo que nadie, nunca, bajo ningún concepto, pudiera reprochar a la doctora Rueda, es que realmente sabía sonreír. Era un auténtico y verdadero don, al menos a ojos de alguien como Diego, que lo más parecido que había visto a una sonrisa en su casa era la terrorífica mueca que se le dibujaba a su madre en la cara justo antes de estallar en un chaparrón de gritos. La doctora Rueda siempre sonreía, fuera cual fuera la respuesta que Diego le diera, al empezar y al acabar las sesiones, de forma desinteresada en

medio de una conversación cualquiera, incluso cuando no la veía, y solo la imaginaba, en su cabeza, por la noche, ya en casa, la doctora sonreía.

Él no tenía ni idea de casi nada, confundía los términos, los sentimientos, no distinguía por ejemplo la diferencia entre querer y ser querido (a lo mejor eso tampoco era tan raro), por eso pensó que lo que sentía por la doctora Rueda era eso que llamaban amor, y estaba seguro que ella debía de sentir algo parecido, ¿por qué si no iba a sonreírle de esa manera? A él, que nunca lo habían invitado a un cumpleaños, ni levantado en brazos o elegido en el equipo de fútbol del colegio a la hora del recreo, mucho menos comprado los juguetes que pedía en Navidad, parecía que su madre estuviera esperando que escribiera la carta a los reyes magos para comprar cualquier cosa que no estuviese en ella.

Pero si alguna duda planeaba sobre su cabeza acerca de si la doctora Rueda sentía, de forma recíproca, lo mismo que él, se disipó una tarde de Enero cuando le preguntó:

—Diego, ¿qué sientes cuando estás con una chica? ¿Has pensado alguna vez en tener novia?

El tiempo se detuvo por un instante, en su cabeza, fueron tan solo unos segundos, aunque a él le pareció que fueron tan largos como todo un milenio, su frecuencia cardíaca, desatada, daba pataditas en las paredes internas de su pecho como un bebé en el vientre materno, sus pupilas, prácticamente desaparecieron, su sistema nervioso vegetativo se rompió en mil pedazos dejándolo momentáneamente incapaz para el habla, la respiración y para cualquier forma de comunicación conocida por el ser humano. Recuperado del shock hipervolémico inicial, tan solo acertó a tartamudear:

—Nada me haría más feliz.

Y se lanzó enfervorizado rumbo a los carnosos y enrojecidos labios de la doctora Rueda.

Ese fue el último día que su madre lo llevó a esa consulta.

Mercedes trató de explicarle que las personas normales no hacían eso, que eso era de pervertidos, que debía aprender a comportarse, a saber trazar la raya que separa el bien del mal y a no cruzarla jamás.

—Diego, hijo mío, soy tu madre, sabes que te quiero más que a mi propia vida, pero tienes que entender que si no te relacionas como los demás, si no aprendes a comportarte como una persona normal, algún día, te quedarás solo, y eso, hijo mío, es lo más terrible que le puede pasar a una persona. ¿Lo entiendes hijo? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí mamá, lo entiendo —dijo eso porque era lo que tenía que decir para salir de aquella.

—Pues entonces empieza a comportarte como un hombre, de aquí poco empezarás el instituto (otra vez con lo mismo), y si no quieres ser un marginado y que todos se rían de ti, tendrás que aplicarte con todas tus fuerzas a partir de ya y hacerte algún amigo, como sea, y que no se te ocurra ponerle la mano encima a nadie porque te mato, ¿te ha quedado claro?

—Vale mamá, lo intentaré.

®

LOS JUGUETES

Las campañas publicitarias prenavideñas solían distinguirse por bombardear los hogares con anuncios de juguetes de todo tipo, a cualquier hora, en ráfagas de seis o siete, normalmente se diferenciaban con claridad aquellos que estaban destinados a un niño de los que estaban destinados a una niña. La mayoría de niños y niñas que salían eran rubios, exactamente igual que la minoría de nuestros pequeños, su tez era perfecta, sus facciones eran cánones de belleza. Las niñas rebosaban felicidad vistiendo y desvistiendo a una muñeca también rubia de medidas esqueléticas pero perfectas. Los niños montaban y desmontaban piezas de algún juego de construcción, también aparecían vestidos de indios o de vaqueros mientras jugaban a hacer la guerra con un montón de muñequitos de plástico. La mayoría de veces esos anuncios terminaban con un abrazo entre padre e hijo, o entre madre e hija. Es posible que algunos padres maldijeran la llegada de la televisión, o que desearan que sus hijos no desearan algo que no podían permitirse, es posible que algún padre confundiera el amor paternal con comprar todo lo que a su hijo se le metiera entre ceja y ceja, a lo mejor, más de un niño o de una niña pudo pensar que la felicidad se escondía en cada uno de esos juguetes y que esos juguetes estaban hechos a imagen y semejanza de la felicidad.

®

Algunos años después, Diego seguiría recordando las duras palabras de su madre, el pánico en los ojos de la doctora Rueda cuando colisionó con sus labios, el yugo en la mirada de su padre, Ramón, que siempre lo miraba con la misma indiferencia que se pueda mirar a una piedra cualquiera.

A Diego le costó horrores entender a su padre, o mejor dicho, tratar de entenderlo, porque nadie podrá decir que no lo intentó, durante algún tiempo al menos. Era difícil entender a Ramón, porque si había un hombre de pocas palabras, ese era él, tan poco comunicativo como un teléfono desconectado. Los recuerdos que tenía de su padre se limitaban a imágenes estáticas en las que siempre aparecía con la misma pose, ahí, sentado, en la mesa de la cocina a la hora de las comidas, en el sofá de casa mirando el televisor como si lo único que importara en la vida fuese lo que tuviera que decir esa caja y la vida real no le importase en absoluto, en la barra del bar de la esquina, o incluso en la taza del váter en más de una ocasión también. Con esa mirada reptiliana de absoluto vacío, que hacían pensar que en la mente de la figura paterna no pasaba absolutamente nada, o en cualquier caso, por alguna razón, en algún tramo de su sistema nervioso, no se producían las conexiones necesarias para que se obrara el milagro de la comunicación entre el mundo interior y el exterior.

De hecho, Diego, siempre que recordaba cualquier momento de su infancia o de alguna otra etapa de su vida, no podía recuperar de su memoria casi ninguna situación en la que su padre articulara palabra alguna, sobre todo estando él presente. Tan solo esos ojos claros y mióticos mirándolo fijamente, si acaso un omnipresente sonido acompañaba de forma inseparable el recuerdo de la presencia de su padre, el inconfundible clac que se escuchaba cada vez que abría una lata de cerveza, que rara era la vez que no tenía una abrazada con su mano derecha. A Ramón, el revolucionario sistema de apertura de latas conocido como *stay-tab* en el que al tirar de la anilla de aluminio no te la llevabas detrás si no que se quedaba sujeta en la parte interior de la lata le dio la impresión de ser el mejor invento del mundo, parecía que cada vez que abría una cerveza se quedara pensando unos segundos en que el hecho de que la anilla no se hubiera desprendido del envase era mérito suyo, que a los demás esa maniobra les costaba como mínimo un pequeño corte en un dedo.

Tenía una habilidad especial para sorprender una y otra vez con un nuevo, identificable e inesperado clac, como si tal cosa, sin que nadie se hubiera percatado de su viaje de ida y vuelta a por una nueva ración de cebada. Quizá esa era su forma de comunicarse con el mundo, como si de un código Morse

de la era moderna se tratase, aunque de todas formas, de haber sido así, viniendo de Ramón, no hubiera dejado de ser una forma de comunicación monosilábica.

Diego llegó a pensar en más de una ocasión, la primera vez, después de su primera gran borrachera, con 17 años, mientras todo a su alrededor daba vueltas, y poco tiempo después de terminar de ver la aclamada serie de televisión *Twin Peaks*, que su padre no existía realmente, que no era más que una imagen inofensiva y enigmática producto de su imaginación, una proyección, un capricho de su subconsciente vomitando fuera de la taza del inodoro.

Tratar de comprender a su padre, o a su madre, era tan solo una parte del problema, es cierto que no era agradable cuando Mercedes lo trataba como si fuese un criminal de guerra o un asesino de niños, ni que Ramón escupiese en el suelo cada vez que pasaba por delante de él, como si se estuviese protegiendo de alguna maldición y él fuese la peor de las maldiciones. Pero también era cierto que a Diego se le revolvían las tripas cada vez que se quedaba pasmado contemplándose durante un rato delante del espejo, después de unos cuantos minutos llegaba siempre a la misma conclusión, aquel que tenía delante de él era un completo desconocido, unos ojos, unas orejas, una nariz, una boca, algunas cicatrices aquí y allá, muchas de ellas sin una historia que contar, como si siempre hubiesen estado ahí, pero nada más. Eso le llevaba a pensar en quién era él en realidad, en que no era quien todos creían que era, podía sentirlo, su naturaleza, toda su sinceridad, sin censuras, escondida detrás de ese cuerpo, de esa mirada, desde siempre, qué concepto tan absurdo, tan relativo, para él «siempre» significaba los últimos cinco minutos, o la última semana, o todos sus recuerdos, los que conservaba, porque estaba seguro de que había más, muchos más, en algún sitio.

—Diego, ¿le has contado ya a tu padre qué piensas hacer cuando termines el instituto? —dijo su madre en una ocasión, como si contar algo de padre a hijo fuese algo habitual en esa casa.

—No mamá, ¿crees que debería?

—¿Cómo que si deberías? ¡Por supuesto que sí! No creas que no me he dado cuenta de que últimamente tu padre y tu estáis más distanciados, ¡tenéis que hablar más hijo! La comunicación es la base de toda relación. —Sin ningún lugar a duda, cuando alguien escuchaba a Mercedes elevar la voz, no podía pensar en otra cosa que en el futuro que esa mujer hubiera tenido como soprano.

—Pero… ¿Te ha dicho él que quería que hablásemos?

—¡Claro que no!, tu padre es una persona muy reservada, ya lo sabes, pero se le nota a la legua que está deseando que le cuentes cuáles son tus inquietudes, tus planes de futuro, venga ve y cuéntale. ¡Ay que ilusión me hace que vayáis a tener una conversación de padre a hijo como Dios manda!

—Está bien mamá…

Qué tediosas le resultaban esas situaciones, que a pesar de haberlas revivido una y otra vez a lo largo de toda su vida, seguía sin comprender por qué todo el mundo se empeñaba en que hiciera algo que a él no le importaba lo más mínimo.

—Hola papá… ¿te apetece que hablemos un poco? —dijo Diego después de sentarse a una distancia segura de su padre, a un lado, en el viejo sofá de skay en el que cada diez minutos tenías que reacomodarte porque no dejabas de escurrirte hacia abajo en cuanto te relajabas un poco.

Ramón, que miraba hipnotizado la televisión, sin previo aviso, segundos después de la pregunta de su hijo, inició un lento giro de noventa grados con su cabezón en dirección a Diego, localizado el origen de la turbación de su perpetuo estado de calma, posó en él su robótica mirada azul durante unos segundos, momento en el que empezó a hinchar el pecho como preámbulo al maravilloso fenómeno del habla humana, por fin iba a ocurrir, su padre iba a arrancarse a hablar, ver para creer, cuando de repente, como si de un oso cavernario después de meses de hibernación se tratase, empezó a abrir su boca de forma grotesca y exagerada mientras no dejaba de mirarlo ni por un instante, estaba bostezando, un enorme e interminable bostezo que aliñó con dos pequeñas lágrimas (una por cada ojo) fruto de la sobrepresión provocada en los senos paranasales, después de esto, volvió a hinchar el pecho, esta vez, con una profunda respiración y a emprender con su cuello el camino de regreso a su posición de mirada al frente habitual.

Diego no tenía ni idea de que la llegada de las televisiones privadas hacía ya cerca de tres años había cambiado totalmente la vida de su padre. Ramón se había criado con tan solo un par de cadenas y la irrupción de semejante oferta audiovisual lo había atrapado como una tela de araña a un mosquito despistado. La televisión aseguraba diversión, prometía entretenimiento, insinuaba carne fresca, por no decir sexo, e incluso algunas veces, también ofrecía algo de cultura, eso sí, siempre sujeta a una estudiada e inamovible franja horaria en la que uno no podía caer en semejantes tostones por casualidad.

Ni que decir tiene que este pequeño suceso no hizo más que incrementar su decisión de abandonar en cuanto pudiera ese lugar en el que hasta ahora

había vivido pero del que nunca se había sentido parte. Esa casa en la que las situaciones extrañas o incómodas eran las habituales, y lo que en la mayoría de hogares pudiera considerarse como normal, en esa casa era más bien un fenómeno paranormal. Cada vez se le hacía más difícil de soportar la constante, incesante y martilleante cantinela con la que su madre impregnaba cada uno de sus días, sin molestarse siquiera, ni una sola vez, en preguntarle qué era lo que realmente le interesaba en la vida. Y en cuanto a su padre, no es que molestara el hombre, pero su presencia en aquella casa le parecía cada vez más inquietante y misteriosa, perturbadora tal vez, no se le ocurría ninguna razón por la que su padre existía, no le veía sentido alguno a su vida, no tenía ni idea de quién era aparte de ser la persona más extraña que había conocido en su vida.

Creo que hoy ha sido el día más feliz de mi vida, Carla me ha dicho que está embarazada. ¡Vamos a ser papás!

CAPÍTULO 2

NO CONOCES MI NOMBRE

—Me llamo Ariel.

—Y yo Diego.

—Pues encantado Diego.

—Igualmente Ariel, ¿te importa si te hago una pregunta?

—No, supongo que no…

—¿Qué significa Ariel? me refiero a ¿cuál es el significado de tu nombre?

—No lo sé… aunque en realidad tampoco importa mucho, ¿no crees?

—Bueno… puede… es que no había conocido a nadie con ese nombre…

—Ya… yo tampoco.

—Bueno pues… hasta otra Diego… imagino que volveremos a vernos por aquí…

—Sí, eso espero… quiero decir, que eso estaría bien.

Diego siempre había mostrado un gran interés por el nombre de las personas. Tenía la certeza de que cada uno de los nombres poseía por sí solo unas características básicas que otorgaban a la persona, por algún tipo de transferencia sociocultural, un arquetipo de personalidad determinado. Por eso es que lo primero por lo que se interesaba cuando conocía a alguien era por su nombre, podía conocer muchas cosas de una persona con solo escuchar su nombre, o al menos hacerse una idea aproximada. Había elaborado un sistema de clasificación en el que principalmente diferenciaba tres grandes grupos, uno para aquellas personas de las que en un principio se podía fiar, otro para las que no eran, a simple vista, demasiado afines a su forma de ser, y un tercero para los que, por alguna razón, permanecían en un estado de indeterminación hasta nueva orden.

De esta manera, siempre se mostraba especialmente cauto, por ejemplo, con alguien que se llamara Jonathan, o Alberto, o Cristian, o Cristina, entre muchos otros, por el contrario, se relajaba totalmente cuando escuchaba el nombre de María, de Daniel, de Rubén, de Sonia, o de Luis. Si bien es cierto, que algunos nombres, como por ejemplo los de sus padres, Mercedes y Ramón, no los tenía clasificados de ninguna de las maneras, no pertenecían a

ninguno de los tres grupos, simplemente, su mera existencia le producían escalofríos.

Su sistema de clasificación se expandía y se ramificaba y se dividía y se volvía a subdividir hasta límites insospechados. Obviamente, el sistema permanecía abierto para las excepciones, que a veces resultaban ser inesperadamente agradables y otras decepcionantes, aunque todo hay que decirlo, esto ocurría raras veces.

Ariel entró de lleno en el tercer grupo, el de los indeterminados, esos que no cabían, por desconocimiento, o por alguna otra extraña razón, en ninguno de los otros dos grupos. Lo primero que sintió Diego al escuchar, de su propia boca, su nombre, fue interés. Ariel era uno de esos nombres que suponía un nuevo reto, su primera impresión fue muy buena, el nombre era agradable de escuchar y eso era muy señal. Y por otra parte, Ariel era uno de esos nombres que podían valer tanto para un hombre como para una mujer, y eso, y más tras su primera impresión, debía conferirle sin duda una ambivalencia especial de indeterminación, elevándolo si cabe a la categoría de nombre indeterminado dentro del grupo de los indeterminados. Resultado: más interesante aún si cabe.

Además, el hecho de no haber conocido a nadie con ese nombre y de que en esta ocasión, Ariel, fuera nombre de mujer, supuso empezar con muy buen pie en la facultad de Bellas Artes, que fue donde se conocieron, accidentalmente, después de tropezar en la máquina de café del hall principal, y de que ella derramara sin ninguna intención aparente parte del contenido color caoba de su vaso de cartón en sus pantalones de táctel. Sí, su madre prácticamente lo había obligado a pasar la vergüenza de ir a su primer día de facultad con ese horripilante chándal de colores fosforescentes combinados de la peor forma posible, en parte dio gracias a que fuera café lo que cayó sobre esa prenda del infierno porque si llega a ser un cigarro encendido hubiera prendido como una pastilla de queroseno, y es que ese tejido además de ser visible a por lo menos doscientos metros de distancia en la noche más oscura también era altamente inflamable, toda una joya.

—¡Vaya por Dios! ¡No sabes cuánto lo siento!

—Créeme, yo lo siento más.

—Es que no sé cómo no te he podido ver, de verdad, no suelen pasarme estas cosas, no sé qué decir… lo siento mucho, es mi primer día de clase y ando un poco nerviosa…

—No te preocupes, no pasa nada, en serio, además ya me iba para casa, yo también salgo de mi primer día de clase, y una mancha de café, tampoco

está tan mal vista ¿no?, podría haber sido de comida, tomate por ejemplo, o un poco de ese colorante amarillo que se le echa a algunas comidas…

—Vaya… visto así… gracias por no hacerme sentir peor de lo que ya me siento.

Ariel tenía una forma de sonreír que le recordaba vagamente a la sonrisa que tanto había adorado en la doctora Rueda, aunque sin una técnica tan depurada como la que ostentaba la doctora, y eso le traía buenos y malos recuerdos.

—Bueno pues… entonces… hasta pronto supongo…

—Me llamo Ariel —dijo acercándose a él para darle dos besos.

—Y yo Diego —dijo mientras veía cómo se acercaba tanto esa mujer que si no llega a ser porque lo hizo con una sonrisa en la cara hubiera pensado que iba a abofetearlo.

En algún momento, durante el tiempo transcurrido desde el vertido de café accidental hasta que cada uno emprendió de nuevo su camino, Diego sintió algo así como un ligero cosquilleo en la boca del estómago que permaneció en un curioso estado de sube y baja por todo su tubo digestivo hasta bien entrada la noche, cuando cayó rendido por puro agotamiento.

Lo primero que hizo cuando llegó a casa, después de pasar por el sistema aduanero personificado por su madre, que cada vez que entraba por la puerta lo acribillaba a preguntas tan absurdas que harían sentir vergüenza a un niño de siete años, y preso de un estado de euforia impropio de él, fue sacar uno de sus blocs de dibujo *Canson* de ochenta hojas en espiral y ponerse a tratar de inmortalizar el rostro de Ariel.

Sus ojos, verde oscuro, no, mejor, marrón verdoso, o ¿tal vez eran marrones con vetas verdes? Da igual, en realidad eran ovalados, más bien tirando a rasgados, un poco redondos, si, bastante redondos mejor pensado, al menos las dos o tres veces que ella lo miró directamente a los ojos recordaba que eso es lo que le había parecido, porque muy pocas personas lo habían mirado alguna vez directamente a los ojos, por eso había prestado especial atención a ese maravilloso detalle, por eso había prestado especial atención en retener ese instante, esa instantánea. A decir verdad, ahora que lo pensaba, llevaba gafas, de esas de pasta, grandes, de un tono oscuro, negro tal vez, si, de eso estaba completamente seguro, sus gafas eran oscuras, lo sabía porque su pelo también era oscuro, moreno, y recordaba haber pensado que llevaba las gafas a juego con su pelo, ambos oscuros, debía cuidar su imagen, estaba claro, porque le pareció que llevaba un estilo moderno y a la vez clásico, y eso era muy difícil de conseguir, no es que fuera la reina de la moda, pero en

definitiva causaba una buena impresión a primera vista. Por eso es que aquel grupo de chicas que pasó cerca del lugar donde se encontraban debieron mirarla así, con cierto desdén, apartando la mirada cuando él giró levemente la cabeza hacia ellas, incluso puede que cuchichearon algo, ahora estaba claro, debía ser envidia, eso era, seguro, por su buena presencia, una insana y desagradable envidia de ellas hacia ella.

Después de tres horas empleándose a fondo y de tener que contestar, nuevamente, elevando la voz, con el volumen suficiente para atravesar la puerta de su habitación, a las absurdas preguntas de su madre, que se encontraba al otro lado con los labios apretados y los ojos desorbitados, llegó a la conclusión de que no recordaba absolutamente nada acerca de cómo era Ariel. Esto sí que era una novedad, nunca había tenido problema alguno para memorizar caras, con su correspondiente nombre, con su correspondiente lugar en su sistema de clasificación. Y ahí, con toda probabilidad, debía residir el problema, en que Ariel era un nombre nuevo, no tenía lugar en su clasificación y por lo tanto tampoco unos rasgos básicos de personalidad asociados a dicho nombre, formando, todo en conjunto, en definitiva, un pequeño socavón en el interior del entramado de su memoria.

Es posible que el agente inmobiliario que nos vendió el piso no fuera muy sincero con nosotros, están empezando a fallar cosas, las paredes son de cartón y Carla dice que los acabados son de muy mala calidad, esta mañana se ha caído un azulejo del baño.

Ariel vivía en una zona próxima a la llamada zona de facultades, como Diego, más próximos el uno del otro de lo que en un principio hubieran pensado, y eso era un tanto extraño, en todos sus anteriores años no se habían visto nunca, o eso creían, aunque tampoco tenía que ser esto tan extraño, porque Diego apenas salía de casa, y ella, ella tampoco.

El adosado en el que vivía era bastante más amplio que el piso en el que Diego se recluía, con unos padres de verdad, Gema y José, y una hermana, Alba, que era dos años mayor que ella y que decía que estudiaba Medicina, las pocas veces que la veía, porque al contrario que Ariel nunca paraba por casa. Como dos polos opuestos, no se parecían absolutamente en nada, ni física ni mentalmente. Pero tampoco era algo que preocupara especialmente a Ariel. Siempre, durante toda su vida, se había sentido distinta al resto, pero no

a partir y como consecuencia de la terrible experiencia por la que tuvo que pasar a los 16 años, que era la razón por la que su madre, desde entonces, siempre la sobreprotegía, no, en realidad ella ya era así, desde siempre, y ese hecho, aunque traumático, tan solo aumentó en cierto grado aquello que ya sentía.

Su papá, y su mamá, se habían desvivido en todos los sentidos para que ella y su hermana tuvieran una infancia feliz, para que no les faltase absolutamente de nada. Pero ellas no sabían, o ellos se esforzaron en que no supiesen, que la vida, a veces, no le correspondía a uno como esperaba, que existía una cosa llamada desilusión, y otra, resignación. Y que su papá, tuvo que tragarse en más de una ocasión todo su orgullo para que no lo echaran del trabajo cuando la empresa de fabricación de calzado para la que trabajaba decidía que tenían que bajarles el salario si no querían que echaran a alguien, porque estaban perdiendo dinero, en números rojos decían. Y que su mamá, nunca les contó, para que no se sintieran incómodas cuando ellas le pedían que les subiera la paga semanal, que en realidad odiaba su trabajo de vendedora de productos cosméticos a puerta fría, que nunca le gustó, y que cobraba una miseria por dar lo mejor de sí misma, pero que no le había quedado más remedio que aceptarlo porque pensó que tras quedarse embarazada de Alba, tocaba abandonar sus sueños, y sus grandes aspiraciones, y eso implicaba todo lo demás, el sufrimiento, y el empezar a trabajar en lo que fuera, como si fuese necesario que una vez que una se convertía en madre tuviera que romper su relación con su yo anterior, sin ninguna posibilidad de coexistir ambas mujeres en el mismo cuerpo, o en la misma cabeza.

—Ariel, cariño, ¿estás segura que Bellas Artes es la carrera que quieres hacer?

Gema se desvivía para que sus hijas tomaran siempre la decisión correcta, aunque eso, a veces, fuese sinónimo de hacer lo que ella quisiera.

—Mamá…

—¿Qué te parece Medicina? Como tu hermana, es una carrera con mucho futuro y se gana muy bien.

—Mamá…

Cuando su madre se ponía en ese plan, Ariel tenía la sensación de que cualquier decisión que tomara pasaba directamente a la lista de opciones proscritas de Gema, aunque por suerte no siempre era así, pero en esos momentos le parecía que si hubiese dicho que iba a estudiar medicina la respuesta de su madre hubiese sido exactamente la misma.

—O alguna ingeniería, no sé, la hija de mi prima segunda Elena, Nerea, tú la conoces, aunque hace muchos años que no nos vemos, es ingeniera industrial, y al parecer le va pero que muy bien, creo que incluso se va a comprar un piso en una de las mejores zonas de la ciudad.

—Mamá…

—¡¿Ay hija qué pasa?! Yo solo intento aconsejar a mi niña lo mejor que puedo, ¿acaso es eso algo malo?

—Mamá… de verdad, no tienes por qué preocuparte tanto. —En situaciones así, Ariel solía hablarle a su madre en un tono más maduro del que la progenitora usaba con ella—. Estoy bien, voy a hacer la carrera que me gusta, en serio, relájate anda, todo va a ir bien, además, creo, y espero no estar precipitándome, que la gente de Bellas Artes me gusta.

—¡Espera un momento! —dijo su madre abriendo mucho los ojos con una sonrisa picarona—. ¿Has conocido a un chico verdad?

—Mamá… no empieces anda…

—¿Cómo que no empiece? ¡Tienes que contárselo a tu madre! Venga hija deja de ser tan reservada y cuéntaselo a tu madre, dime, ¿es guapo? ¿Cómo se llama?

—Que no mamá… que no he conocido a ningún chico…

Ariel se arrepentía no sabía cuánto de haber hecho ese inapropiado comentario, acababa de alimentar a la bestia de la curiosidad que su madre guardaba en su interior, y sabía que no pararía hasta escuchar una respuesta que la satisficiera.

—¡Tú a mí no me engañas! Conozco a la perfección esa forma que tienes de evitarme la mirada, anda hija no seas vergonzosa de verdad, qué, ¿entonces era guapo o no?

—Vale sí… he conocido un chico… como también a un montón de chicas mamá… no entiendo por qué le das tanta importancia a eso de verdad…

Segundo error que cometía en menos de dos minutos, totalmente impropio de ella en cuanto a técnicas de eludir interrogatorios incómodos se refería, definitivamente tenía su sistema de defensas totalmente desguarnecido, bajo mínimos, si no acababa pronto con esa conversación su madre era muy capaz de hacer un desnudo integral con sus emociones en menos de cinco minutos.

—¡Vaya vaya! ¡Así que un chico eh! ¡Ay hija que ilusión me hace! ¡No sabes cuánto me alegro! ¿Cuándo me lo presentas? ¡Venga cuéntame más cosas! ¿Cómo has dicho que se llamaba?

Gema tenía una grandísima habilidad para encadenar una pregunta tras otra antes de que a ella le diese tiempo siquiera a pensar en una sola

respuesta, y eso, por alguna razón, la debilitaba enormemente desde que tenía uso de razón, debía contrarrestar como fuera el enérgico ataque verbal que estaba sufriendo por parte de su madre, decidió que lo mejor sería contraatacar utilizando sus propias armas.

—Por cierto mamá, ¿has visto a Alba?, quería comentarle una cosa, ¡ah!, se me olvidaba, ¿a que no sabes a quien me acabo de cruzar en el portal? justo hace unos minutos, te envía recuerdos por cierto…

—Ay hija no me cambies así de tema… con la ilusión que me hace que hablemos… a ver, ¿a quién has visto? ¡Ahora me has dejado en ascuas!

Menos mal que la inclinación que Gema tenía por que estrecharan lazos a base de interrogatorios era similar al gozo que le hacían las historias de verdad, las de la vida de los demás. Cualquier anécdota o suceso que proviniera de algún vecino, conocido o familiar eran de su interés, y cuando era ella la que lo relataba le confería una épica tan sublime que parecía que la vida de una era un completo aburrimiento al lado de todos esos hechos extraordinarios.

A pesar de no interesarle nada ese tipo de conversaciones relacionadas con la vida de los demás, en ocasiones, para contentar a su madre, y de paso, no tener que pasar por silencios incómodos que pudieran dar lugar a preguntas aún más incómodas sobre aspectos personales acerca de su vida privada, decidía fingir que sentía cierto interés por cuestiones totalmente intrascendentes. Como la vez que se pasaron casi dos horas hablando de las veces que había cambiado de trabajo Manolo, el marido de Carmen, sus antiguos vecinos del quinto piso, o la vez que estuvieron debatiendo como si les fuera la vida en ello acerca de si el cura de la parroquia tenía derecho o no a casarse después de haber entregado su hábito y retirado sus votos por una feligresa trágica y prematuramente enviudada, ese día, por cierto, era tal su estado de neurosis que después de darse las buenas noches y enzularse en su habitación tuvo que tomarse un *valium* para poder conciliar el sueño.

®
EL ACNÉ

En cinco días resultados visibles. Elimina el acné. En cinco días serás otro. Lea las instrucciones y consulte con su médico y su farmacéutico. Contiene peróxido de benzoilo. De venta libre en farmacias. Elimina el acné. En solo cinco días. Las manos de una mujer acariciaban la

piel de un joven con la cara llena de acné, al pasar los dedos por una de las pústulas se escuchaban sonidos de lamento, de repugnancia. En solo cinco días. Líbrate del acné. Las manos de la mujer acariciaban de forma sensual la cara del mismo joven sin ningún rastro de acné, ahora los sonidos que emitía su boca eran de placer, eran pequeños e inofensivos gemidos cargados de sensualidad. Por lo visto, que unos cuantos granos, espinillas o comedones nos provocaran un picor insoportable o incluso un pequeño pero molesto y continuo dolor multifocal, fruto de un desequilibrio hormonal o tal vez hasta de una infección no era ni de lejos el mayor de los problemas que alguien con acné pudiera llegar a tener, era lo desagradable que podía llegar a resultar su imagen a la vista de los demás, y eso, estaba visto, debía traer consigo consecuencias funestas para la vida social y de pareja. En solo cinco días. Elimina el acné. Deshazte del acné. Combate el acné. En solo cinco días.

®

—Gallo, escúchame bien, porque no me gusta repetir las cosas dos veces —dijo Alfonso con un cigarro entre los dedos y una mirada abismal.

—Sí… te escucho… —al Gallo no le gustaba nada que lo tratasen como a un idiota solo porque tuviese menos años.

—Hay muchas formas de deshacerse de un cuerpo, tu haz lo que te dé la gana, pero no pueden encontrarlo, ¿hasta ahí bien?

—Sí…

—Vale, si por alguna de aquellas se te ocurre enterrarlo, cosa que en absoluto te recomiendo eh, asegúrate de cavar un hoyo lo suficientemente profundo, al menos dos veces tu altura, ¿lo entiendes?

—Sí…

—Porque como lo encuentren el marrón ya no será un marrón, será una auténtica mierda, ¿me sigues?

—Sí… —dijo el Gallo, que odiaba que le diesen lecciones, por eso en esas situaciones ponía su boca en modo automático y el cerebro en modo *off*.

—Mira, a mí no me digas que sí de esa forma porque te cruzo la cara a hostias ¿vale? —dijo Alfonso en un tono más serio—. ¡¿Que si te vale?! —ahora con un golpecito con el dorso de la mano sobre el hombro del Gallo.

—Sí sí, perdona Alfonso, lo tengo claro de verdad. —El Gallo todavía soportaba menos que le pusiesen una mano encima, aun así, ese hombre le

daba cierto grado de respeto.

—Joder con estos niñatos de hoy en día, yo a tu edad no sabes la de hostias que me había tragado ya por mucho menos que esto —dijo Alfonso maldiciendo el poco respeto que por alguna razón nunca le habían tenido, algo que lo sacaba totalmente de quicio.

En la cabeza de Alfonso Cobo había ido creciendo en los últimos días el convencimiento de que había ascendido en la organización, de que había pasado de perro adiestrado a perro adiestrador.

CAPÍTULO 3

LAURA MEDINA

Laura Medina nunca imaginó que ese día, que empezó como otro cualquiera, terminaría de esa manera. Caminar a solas por la ciudad siempre había sido muy terapéutico para ella, su marido lo sabía, por eso ese día no se opuso, nunca lo hacía. Cuando se sentía ofuscada o necesitaba pensar, término que cuando salía por su boca sonaba a problema de los gordos, no quería que nada ni nadie la desconcentrara, mucho menos con el que compartía cama y cuentas bancarias, por eso intentaba evitar los lugares concurridos o aquellos sitios en los que cabía la posibilidad de encontrarse a algún conocido. La relación con su marido apenas había sufrido cambios desde que empezaron a salir años atrás. Una nunca podía saber con seguridad qué es lo que él sentía en realidad, o qué pensaba cuando la miraba, o qué hacía mientras no lo veía, pero la verdad es que ella tampoco es que fuera un libro abierto, nunca se mostró por completo, nunca pasó de esa fase inicial de indecisión que en muchas relaciones se produce cuando una se pregunta si lo quiere o no lo quiere, si es amor lo que siente o es que no ha encontrado nada mejor, deshojando la margarita durante años, preguntándose si no estará tirando su vida a la basura, si todo ese montón de años invertidos al lado de esa persona no habrán sido más que una completa pérdida de tiempo.

Laura salió de casa más nerviosa de lo habitual, el sexo siempre había sido una especie punto en común entre los dos, donde los desencuentros o inseguridades dejaban paso al placer, a la compenetración y a la certeza, durante algunos segundos al menos, los inmediatamente posteriores al orgasmo, de que entre ellos dos había algo especial. Pero ese día, como muchos otros desde hacía algún tiempo, a él no se le había levantado, las primeras veces no le dio importancia, eran cosas que podían pasar, y que de hecho, pasaban. El estrés o la fatiga mental podían convertirse en enemigos íntimos de la erección o del deseo sexual masculino, el problema es que él no parecía darle ninguna importancia al asunto, las últimas veces incluso ni tan siquiera se molestó en dar algún tipo de excusa, que aunque a ella siempre le parecían un tanto absurdas al menos denotaban cierto grado de pesar por su parte.

Pero esa tarde él había traspasado una nueva frontera, ni tan siquiera había intentado hacer algo para que eso que le colgaba entre las piernas tuviera alguna utilidad más aparte de para mear, y eso a ella ya no le pareció tan normal. Por su cabeza empezó a planear muy seriamente la idea de que o bien su marido tenía una aventura o bien ya no sentía ningún tipo de atracción física por ella.

Necesitaba pensar, aclarar sus ideas, por eso salió de casa de esa manera, como si llegara tarde a coger algún tren o a su primer día de trabajo. Sus paseos rara vez duraban menos de unas dos horas, aunque una nunca sabe cuando el infortunio ha resuelto enredarse entre sus piernas. Al poco de salir de casa uno de sus tacones tuvo a bien asentarse sobre una piedrecita del camino, una de esas que el alquitranado de las calles suelta casi a diario hasta dejar la calzada llena de baches, como a alguien que se le cae el pelo de forma tan gradual que un día se mira al espejo y todo son entradas, su tobillo se torció y el tacón se partió por la mitad. Laura no acabó en el suelo porque después de trastabillar unos cuantos pasos pudo agarrarse en el último momento a una farola como un mono a una liana. Maldijo esos zapatos para sus adentros y al fabricante de semejante chapuza. Caminar con un zapato con tacón y otro si en él era como tener una pierna unos cuantos centímetros más larga que la otra, era tener que volver a cambiarse sí o sí, la cojera al andar era bastante importante, pensó en romper el otro tacón para igualar las cosas, pero esos zapatos de firma italianas eran tan caros que le dolió en el alma el tan solo pensar en mutilarlos.

Regresó a casa a duras penas, tan solo unos minutos después de haber salido, quitándose los dos zapatos una vez en el ascensor, al fin, por eso no hizo ningún tipo de ruido al acercarse a la puerta de su piso de lujo, descalza, y a lo mejor la ausencia del sonido de sus tacones fue lo que permitió que escuchara algo a través de la puerta. Primero pegó la oreja, pero el blindaje acorazado era también un magnífico aislante acústico, el sonido solo pasaba por la rendija inferior de la puerta, demasiado leve, casi inaudible, pero sin lugar a dudas existente. Sacó las llaves con mucha delicadeza, como el carterista que mete una mano en tu bolso y te quita hasta tu propia vida sin que te des ni cuenta, introdujo una de las llaves en la cerradura con mucho mimo, sintiendo como se abría paso a través del cilindro, empujó la puerta con suavidad, los ruidos ya no eran ruidos, eran gemidos, eran gritos y eran llantos, golpes y suspiros, estos últimos de su marido.

Cuando llegó hasta el salón se quedó paralizada, no es que no quisiera, es que no podía moverse, su marido no podía verla, estaba sentado en el lujoso

sofá de piel del salón, frente al enorme televisor que había hecho traer desde ni se sabe a un precio insultante y que no había mueble aparador que lo acogiera entre sus brazos sin partirse por la mitad, porque debía pesar al menos cincuenta kilos. El respaldo del sofá tan solo le permitía ver la parte de atrás de su cabeza, pero por los suspiros que soltaba y el movimiento agitado de sus hombros intuía que se estaba masturbando. Las imágenes que se veían en la televisión se quedarían grabadas en su retina hasta el final de su vida. Una chica que no debía llegar ni a los veinte años estaba atada por sus cuatro extremidades, un hombre la estaba penetrando salvajemente, dándole puñetazos sobre su pubis, otro la golpeaba en la cara con brutalidad, con rabia, a la chica se le escapaban pequeños gemidos, cada vez más ahogados, la sangre resbalaba entre sus pechos, desde los cortes de su cara, o por la multitud de laceraciones de su piel blanquecina, una mujer se acababa de acercar y con un pequeño cuchillo estaba practicando pequeños cortes en uno de sus pechos, como si quisiera extirparle un pezón, luego pasaba la punta de un cigarro encendido sobre las heridas, como si las tratase de cauterizar. Los ojos de Laura no estaban preparados para lo que estaba viendo, le pareció que a su cerebro le costaba procesarlo, como si no se atreviera a dejar pasar esas imágenes más allá de la primera capa de neuronas, no es que fuera experta en cinematografía pero desde luego se hubiera apostado la vida a que lo que se veía en ese vídeo era tan real como que ella acababa de mearse encima. Inició una lenta y silenciosa marcha atrás, tenía que salir de allí como fuera, cuanto antes, su marido se levantó, estaba desnudo, se acercó más aún al televisor, muy cerca, masturbándose con violencia, la chica de la pantalla había reunido fuerzas de algún sitio y había empezado a gritar de una forma tan atroz que podía sentir cómo se tensaba la fina línea de su cordura, o eso o que el dolor que estaba experimentando se había vuelto todavía más insoportable, alguien se había acercado y estaba tratando de sacarle un ojo con un pequeño bisturí, así, en vivo y en directo.

Cuando Laura salió de casa las lágrimas se habían hacinado de tal forma en sus ojos que no podía ver ni sus propios pies, las piernas le temblaban, la boca la tenía tan reseca como la planta de los pies de un labrador, sintió como si estuviese sufriendo algún tipo de reacción alérgica y sus pulmones se estuvieran pensando el cerrarse por completo. Primero su cabeza tropezó con el marco del portal del edificio, siguió caminando, una gota de sangre resbalaba por una de sus mejillas, en un estado entre la ebriedad y la desorientación total, después su rodilla se estrelló contra uno de esos bolardos de acero que en situaciones como esa una podía llegar a pensar si no hubiese

sido mejor idea que el responsable de semejante trampa para peatones hubiera decidido metérselo por el culo en lugar de repartirlos a su antojo por toda la ciudad. Si antes había pensado que tenía un problema ahora sentía que su vida se había roto por completo, cruzó una calle con la mirada entre tinieblas, en sus oídos todavía resonaban los gritos de la muchacha, por eso no escuchó el autobús que se acercaba en ese momento y que pasó por encima de ella con tanta fuerza que su cuerpo dejaría la calle impregnada de piel y sangre durante algún tiempo, filtrándose entre los poros de alquitrán, para siempre, llevándose consigo ese silencio.

CAPITULO 4

CUANDO SOÑABA QUE SE MORÍA

Sentía una gran sensación de libertad cuando sacaba el brazo por la ventanilla y pensaba que fuera, todo se movía a una velocidad vertiginosa, y que con su manita, podía cortar el viento que todo lo envolvía, o acariciarlo, o dejarse acariciar. Cuando se armaba de valor y asomaba la cabecita unos centímetros, sentía que volaba por encima de las nubes, cerraba los ojos y se dejaba llevar como en un columpio cuando alguien desde atrás la empujaba y a ella se le ponían sus manitas blancas de tanto apretar las cadenas que sujetaban el viejo asiento metálico que la sostenía. Su pelo rubio revoloteaba por toda su cara, de la que era más consciente que nunca cuando alcanzaban una buena velocidad y sacaba aún más su cabecita, y se imaginaba que se zambullía en un océano de aire, en esos momentos, si le hubieran dado a elegir un animal en el que reencarnarse, hubiese elegido cualquiera, siempre y cuando fuera un ave.

El pensamiento de una niña de doce años, podía ser mucho más complejo de lo que un adulto pudiese imaginar, mucho más profundo de lo que alguien, a lo largo de toda su vida, pudiese llegar a entender, y mucho más inocente de lo que a una madre, o a un padre, volviendo la vista atrás, hubiesen deseado que fuera.

—Silvia cariño, te he dicho muchas veces que no saques el brazo por la ventanilla… que es peligroso… —Él intercalaba miradas con el ceño fruncido a la carretera y a la niña que permanecía con su bracito y su cabecita por fuera de la ventanilla del asiento del copiloto—. Silvia… haz el favor de meterte dentro del coche anda… no me hagas repetírtelo más veces…

—A ti que más te da… tú no eres mi padre.

—Pero qué cosas dices hija… a ver cómo que yo no soy tu padre…

—Tú no puedes ser mi padre… mi padre está muerto.

—Solo a ti se te ocurren esta clase de cosas hija… si yo no soy tu padre quién soy a ver…

—No lo sé… no te conozco.

—No-no-sé por qué estás diciendo estas cosas hija pero me estás empezando a asustar… estás gastándome una broma ¿no es así? —Una gota

de sudor empezaba a caerle por la frente, las axilas ya debían haberle empapado la camiseta interior y habían empezado a humedecer la exterior, miró de nuevo a la niña y luego a la carretera, con un nudo en la garganta que le impedía hablar sin tartamudear.

—No es ninguna broma, es la verdad… y tampoco me llamo Silvia, me llamo Marta.

—Ah, ¿sí?, y si yo no soy tu padre y tú no eres mi hija, ¿qué haces aquí conmigo en el coche? ¡A ver qué se te ocurre ahora listilla! —Él trataba de sonreír al hablar pero le resultaba complicado, de crear una atmósfera amistosa, pero tan solo estaba logrando el efecto contrario.

—Llevarme a casa…

—¡Claro que vamos a casa cariño! —dijo él mientras se aflojaba un poco el cuello de la camisa estirando el mentón hacia arriba como una tortuga desperezándose, mostrando una ligera sonrisa de satisfacción, por los avances que creía estar consiguiendo—. Por lo que veo de eso si te acuerdas… y si te portas bien en lo que queda de camino, papá te preparará tu plato preferido para cenar.

Su pequeño cuerpecito empezó a temblar levemente, su redonda nariz limpia de las impurezas del adulto aleteaba como un pez fuera del agua, pequeños y tiernos sollozos se escapaban por su garganta, sus grandes y redondos ojos azules se rodearon de lágrimas, con esa mirada de niña angelical que tanto podría haber enternecido a una madre, que siempre le hubiera partido el corazón accediendo a cualquier cosa que le pidiese.

—¿Qué te pasa cariño? ¿Por qué lloras?

—¡Quiero ir a casa con mi mamá! ¡Lléveme a mi casa por favor señor! ¡¡Usted dijo que me iba a llevar a casa!! ¿Dónde está mi mamá? —No pudo contener por más tiempo el torrente de lágrimas que ahora amenazaba con desbordar sus dos pequeños lagrimales, siempre le pasaba cuando pasaba demasiado tiempo pensando en su madre.

Los nervios se estaban apoderando de él, su respiración se agitó, lo llantos de esa niña le impedían pensar con claridad, una nube gris oscura se empezaba a cernir sobre sus ojos, pasaron cerca de una gran valla publicitaria donde se podía observar a una joven pareja impecablemente vestida, con una sonrisa perfecta que mostraba unos dientes aún más perfectos y donde una empresa como otra cualquier había decidido vender un producto probablemente innecesario con la ayuda de un gran eslogan que decía literalmente «Una experiencia única». Paró el coche de forma brusca y precipitada, con un frenazo, dejando en el suelo un poco de goma quemada

para el recuerdo, en un pequeño y oscuro callejón, donde nadie pasaba, donde ocultas, entre las sombras, solo las ratas los observaban. Cada vez podía menos con esas situaciones, cada vez le costaba más hacerse cargo de sus responsabilidades, él solo, de esa vida, que a veces empujaba a uno a hacer cosas que no quería, a decir cosas que no pensaba, pero que salían de su boca con la misma fuerza que una bala de una pistola.

—¡¡¡Quieres callarte de una maldita vez!!! ¡¡¡Me pones enfermo!!!!

Diego se despertó ese día con un terrible dolor de cabeza.

Ariel se despertó ese día con un terrible dolor de cabeza.

Diego tardó unos cuantos minutos, todavía tumbado en la cama y mirando al techo con un molesto escozor en los ojos, en organizar sus recuerdos, por orden cronológico a poder ser, de la noche anterior. A veces los sueños eran tan intensos que le costaba un poco orientarse, separar en su cabeza lo real de lo que no lo era, sobre todo cuando venían acompañados de sentimientos tan profundos como los de los recuerdos reales, como los de aquellos sueños recurrentes que siempre lo habían acompañado, que siempre volvían, como el otoño después de un largo verano, como cuando soñaba que se moría, o que lo golpeaban, o que tenía un hermano, en esta vida, no en otra, a veces se disolvían con el primer parpadeo de ojos, a veces se agarraban a él con fuerza, durante todo el día, provocándole una sensación de inquietud como la que quizá tenga alguien al salir de casa con prisa, pensando que se ha olvidado de algo, de alguna parte importante.

Ariel estiró los brazos hacia arriba, disfrutando de un bostezo largo y necesario, no tenía ninguna prisa por levantarse esa mañana, abría y cerraba los ojos sin fijar la mirada en nada en particular, si acaso miraba hacia dentro, hacia sus recuerdos, los de la noche anterior. Se revolvía en la cama sintiendo el pacer del contacto de las sábanas con su piel desnuda, durante esos minutos, los primeros de la mañana, con todo el día por delante, y siempre que había dormido bien, la vida le parecía un lugar maravilloso.

—¡Diego! ¿Estás bien hijo? ¿Por qué has cerrado la puerta si se puede saber? ¿Diego? ¡La comida estará lista enseguida! ¡¿Me estás escuchando hijo?!

—Mercedes giraba el pomo de la puerta de la habitación de su hijo una y otra vez, tiraba de él con todas sus fuerzas hacia delante y hacia atrás intentando sin éxito irrumpir en el cubículo en el que su hijo trataba, también sin éxito, de descansar, como si de un ladrón se tratase, pero no de los de guante blanco, en absoluto, hacía como que escuchaba los pequeños ruiditos que hacía el pomo a lo largo de su recorrido de izquierda a derecha topándose siempre al final contra el pestillo oportunamente girado desde el otro lado y que era la causa que impedía que el pomo girara por completo hacia cualquiera de los dos lados y abriese la puerta. A Mercedes no le entraba en la cabeza que cuando una puerta no se abre, no se abre.

Ariel llevaba un rato despierta en la cama, más de lo habitual, haciendo acopio de fuerzas para levantarse. Sentía algo parecido a la vergüenza mezclada con un poco de incertidumbre y agitada con una suave ansiedad que todavía no se había decidido por catalogar como algo bueno o malo, pero que sin lugar a dudas era la causa que le impedía encontrar el momento justo de abandonar su cuarto y enfrentarse al nuevo día. El caso es que llegar a casa a altas horas de la noche y como consecuencia levantarse a altas de la mañana implicaba, eso lo sabía con certeza, someterse a un nuevo interrogatorio materno, cosa que en absoluto le apetecía experimentar con la cabeza como la tenía, dando tumbos, con el corazón encogido, o desatado, como el que duda si entrar o salir de alguna fiesta.

—Diego hijo, come un poco más anda, que últimamente me comes muy poco —dijo su madre con ese tono que amenazaba con reventarle un tímpano desde que tenía uso de razón.

Diego hacía círculos con la cuchara en un plato de fideos tan engordados y reblandecidos que habían formado una amalgama de pasta espesa y muy poco apetecible, y menos ahora, que su cuerpo solo le pedía líquidos, pero a Mercedes se le antojaba colar siempre hasta la última gota de caldo para reutilizarlo en otra comida.

—No tengo hambre mamá… ya te lo he dicho…

—¡¿Cómo no vas tener hambre?! ¡Si es lo primero que comes en todo el día! Todavía no puedo entender cómo es posible que llegases tan tarde la

verdad, no quiero ni pensar que estarías haciendo ni con quien… ¿Es que no tenías ganas de volver a casa? ¿Es eso? ¡A las cinco de la mañana! ¡A las cinco de la mañana por el amor de Dios!

—Mamá… no eran las cinco eran las cuatro y cuarto… ¿podemos hablar más tarde por favor que me duele la cabeza?

—¡Me da igual la hora que fuera! ¡¡Eso no son horas de llegar a casa!! ¡A esas horas solo llegan los golfos y los drogadictos! ¡Ay hijo mío que pena más grande tengo!

Mercedes intercalaba con una teatral, cómica y demenciada bipolaridad el enfado con la preocupación, torturándolo con ese tono entre lo incriminatorio y lo lastimero, realmente lo estaba poniendo literal y peligrosamente enfermo, no creía que nadie pudiese siquiera imaginar ni desear a su peor enemigo una forma peor de sobrellevar una resaca.

—¡Hola preciosa! ¿Qué tal lo pasaste anoche? ¡¡Mamá me ha dicho que volviste tardecito eh!! —Alba no resultaba un elemento a considerar como peligroso para su frágil y quebradizo escudo contra la intromisión que se había fabricado para aquella mañana post excursión nocturna, a pesar de estar más bien lejos de ser almas gemelas, sentía, que en su interés había verdadera pureza y bondad, que no era su intención meterse en su vida privada ni decirle lo que tenía o no que hacer.

—Bueno… pues estuve por ahí tomando algo con algunos compañeros de clase, no estuvo mal la verdad. —Por no decir que en realidad estuvo genial.

—¿Y algún compañero en especial de quien me tenga que preocupar?

A veces desearía ser un poco más como Alba y un poco menos como ella, tener ese desparpajo y esa seguridad en sí misma con la que se quitaba de encima cualquier pregunta incómoda, pasaba desapercibida cuando le interesaba y atraía todas las miradas cuando se lo proponía. A ella le costaba horrores encontrar las palabras adecuadas o la expresión correcta con la que lograr que las conversaciones aparentemente triviales y que la mayoría de las personas de su edad mantenían con total naturalidad transcurrieran de una forma fluida y sin levantar extrañas sospechas.

Alba era una de esas mujeres que disfrutaba con las miradas de los hombres, pero también con las de las mujeres, o con las suyas propias, cuando se veía reflejada en cualquier tipo de superficie que fuera capaz de devolverle algo de sí misma, un escaparate, un cristal semitraslúcido, un charco en el suelo en esos momentos del día en el que los rayos del sol adquieren un

relajante ángulo tangencial, una humeante taza de café, una ventanilla de un coche al pasar, esta le resultaba doblemente placentera cuando al mismo tiempo se veía reflejada y podía ver también posarse sobre ella la mirada del curioso pasajero que llevaba en su interior. Mirarse en el espejo era lo primero que hacía justo antes de meterse en la ducha y justo después de salir, al levantarse o antes de acostarse. Era toda una experta en estar siempre estupenda, radiante, en cualquier situación, recién levantada, medio adormilada, con unas copas de más, incluso con la gripe. Había conseguido el maravilloso equilibrio entre resultar terriblemente atractiva para la mayoría y ser adorablemente encantadora, sin llegar a ser odiosa, sin llegar a resultar superficial.

La noche anterior, antes de salir de casa, Ariel echó de menos tener un poco de Alba cuando después de estar un par de horas escarbando y buscando un no sé qué y un ni se sabe en su armario escogió con total seguridad lo que peor combinaba, lo que peor le quedaba. Y esa debía de haber sido una de las razones por las que a pesar de estar disfrutando de una más que agradable velada con Diego, sentimiento que a ella le pareció que era mutuo, este, finalmente, no se había acabado de lanzar, no se había atrevido a besarla. Era posible que no se supiera sacar todo el partido del que pensaba que era capaz y que Diego no la hubiese visto atractiva, por eso declinó darle un beso, aunque lo cierto es que ella no se veía tan mal, a pesar de ese par de horrorosos granos que le habían salido en la cara justo ese día, ¿a quién se le ocurrió inventar algo tan asqueroso como el acné? A un hombre siempre se le entraba por el ojo y se le conquistaba por el estómago, eso le había dicho su madre tiempo atrás, y también su abuela más atrás, tal vez consideraría pedirle por una vez asesoramiento a Alba, que estaría más que dispuesta, seguro, porque si no era eso no sabía qué era lo que había podido pasar para que Diego no intentara ni siquiera rozar sus labios. Porque oportunidades había tenido, ya se había encargado ella de ir dejándole pistas a lo largo de toda la noche. Se lo había puesto en bandeja, humedeciéndose los labios primero, entreabriéndolos con sutileza después mientras dejaba escapar un erótico suspiro, inaudible para la mayoría pero perfectamente reconocible para un hombre con tan solo unos cuantos miligramos de sangre en las venas, y más tarde, cuando ya casi se había dado por vencida, pidiéndole si era tan amable de acercarse para que mirase, muy de cerca, si ese picor que notaba en el labio inferior era debido a una pequeña herida o irritación, a lo que él respondió con una rápida exploración digna de un microbiólogo con años de experiencia encañonando el visor de un microscopio y diciendo un simple:

—No tienes nada, estás perfectamente.

Al menos la había abrazado, y de qué manera, fue justo antes de despedirse, junto al portal de su casa, cuando él amablemente se ofreció a acompañarla hasta la misma puerta, todo un gesto de caballerosidad, y de repente, en medio de uno de esos silencios en los que no sabes si rogar para que te engulla la tierra o decir la primera estupidez que se te pasa por la cabeza, se abalanzó sobre ella dándole un largo y emotivo abrazo. Al principio la cogió por sorpresa, qué poca delicadeza, parecía un jugador de *rugby* parando un contragolpe, pero después cerró los ojos y se dejó llevar, aprendiendo en cuestión de segundos a disfrutar del contacto humano, otra vez, no era muy dada a este tipo de demostraciones de afecto, de hecho las solía rehuir, pero tenía que reconocerse a sí misma que le había hecho sentir bien, muy bien para ser exactos.

Últimamente Carla está imposible, parece que siempre le pase algo, siempre está de mal humor, todos los días se enfada por cualquier tontería, a lo mejor le vendría bien trabajar, pasa demasiadas horas en casa con la niña.

Diego encontró una pequeña grieta en el dique de insana tensión y desconfianza que Mercedes había construido con mucho mimo y mucha mala leche entorno a su presencia en el salón del hogar, cuando de forma oportuna a su tía Elena le había dado por llamar por teléfono para ver cómo estaban, cosa que a su madre le entusiasmaba. Hablar por teléfono era uno de sus mayores entretenimientos, un auténtico hobby, sabía que se tomaría su tiempo, mucho, todo el que fuera necesario, hasta que se le durmiera el brazo derecho, o la oreja derecha empezara a dar signos de auténtico dolor isquémico tras la severa compresión a la que la sometía con el auricular de plástico, o simplemente alguna de las dos desfalleciera. Decidió darse a la fuga ahora que podía, sin preguntas, sin mirar atrás, se levantó de la silla y emprendió el camino que lo llevaría a su pequeña mazmorra, no esperaba la presencia de su padre en el pasillo, ahí plantado, acababa de salir del cuarto de baño, no se lo esperaba, fue un golpe bajo, se quedó unos segundos paralizado, esperando a que Ramón diese algún tipo de señal propia de la vida inteligente, o de la vida animal, alguna muestra de actividad encefálica, pero nada, solo esa mirada críptica que no sabía si en realidad iba dirigida a él o a

ninguna parte, finalmente se armó de valor y decidió cruzar la barricada de carne paterna pasando de forma apresurada junto a él.

Ya en su habitación, suspiró profundamente y sintió como toda la adrenalina segregada a borbotones en esos momentos previos recorría su cuerpo y le llegaba hasta las uñas de los pies, se vio a sí mismo como un ladronzuelo dando esquinazo a la policía después de haberlos tenido pisándole los talones tras haberlo sorprendido robando en el Corte Inglés, y sonrió.

Cogió su bloc *Canson* y se apresuró a inmortalizar algunos de los momentos más bellos de los que había podido disfrutar la noche anterior.

Esta vez empezaría por los labios, los había podido observar con detenimiento y había memorizado hasta el último surco que trazaba la bonita curva que formaban hacia fuera, de ahí subiría hasta la nariz, luego los ojos, la parte que él consideraba más importante en la identificación de una persona, pero que sin el resto de facciones no le valía para nada. Finalmente terminaría por las orejas, rematar la faena con el resto del contorno de la cara era pan comido para él, no suponía ningún reto. El resto de veces que lo había intentado desde que conoció a Ariel había fracasado en alguno de los puntos anteriores, dando como resultado un nefasto acercamiento a la realidad. Ariel se había convertido en un verdadero rompecabezas para él, había estado cerca de conseguirlo en más de una ocasión, pero al final siempre se topaba con una imagen difusa que se iba adueñando poco a poco del recuerdo que había tratado de conservar lo más fresco posible en su memoria. Esa mañana, o mejor, ese mediodía, desde que tenía constancia de estar despierto, había intentado pensar lo menos posible en Ariel, de reservarse para el momento de paz y tranquilidad en el que pudiera liberar lentamente, y no en estampida como le ocurrió las primeras veces, cada una de las escenas que tenía criogenizadas en su cerebro.

No pudo evitar echar mano de la que más le había gustado, cuando a pesar de sentirse medio paralizado ante un posible rechazo o a encontrarse con una sensación diferente a la que tantas veces se había imaginado, se lanzó a los brazos de la que ya consideraba su mejor amiga.

Fue realmente un momento para la historia, qué agradable fue sentir su mullido pecho contra el suyo, no pensaba que fuera así, tan acogedor, lo imaginaba más duro, como una superficie que supondría más bien un obstáculo entre ellos, pero se comportó de forma espléndida, acoplándose a su cuerpo. Su temperatura corporal era muy alta, al principio no pudo notarlo, pero cuando llevaban unos segundos pegados el uno al otro y a pesar de la

cantidad de ropa que llevaban encima empezó a sentir la gran cantidad de calor que desprendía su cuerpo, eso le ayudó a desprenderse del frío que tenía y del que hasta ese momento no había sido consciente.

Sus brazos lo rodeaban por la espalda, a la altura de sus omóplatos primero, luego los fue subiendo lentamente hasta casi alcanzar su cuello, su cabeza la tenía apoyada delicadamente sobre su pecho, con los ojos cerrados, podía sentir su respiración, relajada, le llegaba una suave fragancia frutal cada vez que respiraba y que imaginaba cómo penetraba hasta el último de sus alvéolos para abrirse paso hacia el torrente sanguíneo. Le hubiese gustado permanecer durante más tiempo así, abrazados, la experiencia estaba superando todas sus expectativas y no quería que terminase, pero al final percibió que ella empezaba a dar muestras de cansancio. Movía ligeramente las piernas y los brazos los tenía prácticamente colgados de su cuello. En ese instante decidió dar por terminada esta primera sesión de contacto corporal prometiéndose a sí mismo que la próxima vez trataría de estar en un lugar más cómodo, por ejemplo tumbados, echarse una siesta juntos tal vez, si ella quería claro, intentar abrazarla por detrás, o de frente nuevamente, no quería obsesionarse con eso tampoco, lo importante ahora era disfrutar del momento, de ese recuerdo que tan fresco conservaba en la memoria.

®

EL ESTROPAJO

Las amas de casa de todo el país lo saben. Lo prefieren. Llevan veinticinco años confiando en él, porque ellas saben que no hay nada mejor. Todas las amas de casa. Todas las mujeres confían en él. Porque es el mejor estropajo. No hay otro igual, porque nadie elimina la suciedad como él. Ahora en un nuevo formato, distinto por fuera, el mismo de siempre por dentro. Todas las mujeres lo saben, desde hace veinticinco años, simplemente, el mejor estropajo. Viendo uno de estos anuncios uno podía imaginarse perfectamente a un montón de mujeres dialogando airadamente durante horas sobre qué marca de estropajo eliminaba mejor la suciedad que se adhería en cada centímetro de su reino, de su cocina.

®

CAPÍTULO 5

HOLA

†
PERSONAS DESAPARECIDAS

Nuria Estrada Torralba

Edad: 17 años
Estatura: 158 cm
Pelo: Moreno
Ojos: Marrón oscuro

Piel morena y cara redonda, tiene un lunar en el centro del cuello, por debajo de la nuez de Adán, vestía una falda negra, camisa blanca sin mangas y botas negras.

Noelia Salgado Pérez

Edad: 17 años
Estatura: 160 cm
Pelo: Moreno
Ojos: Marrón oscuro

Piel clara, cara ovalada con un lunar en la mejilla derecha. Llevaba puesto un vestido negro con flores rojas y botas de media caña marrones.

Fueron vistas por última vez el 2 de noviembre en el parque de la estación a las 20:30 horas aproximadamente.
Urge encontrarlas.
Póngase en contacto con la policía o con la guardia civil ante cualquier tipo de información que pueda resultar útil para encontrarlas.
Rogamos la colaboración de toda la población.

Teléfonos de contacto: 129 00 44 - 132 44 00
†

—No termino de decidirme del todo la verdad, no lo veo claro.

—Mire señor Castro, ya le he explicado los beneficios que este tratamiento le reportará, y francamente no le recomiendo ningún otro en estos momentos, de verdad, confíe en mí, sé de lo que hablo.

—Ya, pero entonces… ¿usted de verdad cree que esto me va a curar? ¿Que estas pastillas harán que vuelva a ser yo mismo?

—Este tratamiento hará que mejore, no le quepa la menor duda, se han descrito muy pocos casos en los que el paciente no experimente ninguna mejoría, y ninguno hasta la fecha en los que los síntomas se hayan visto empeorados, por lo tanto, siéndole sincera, no creo que tenga nada que perder probando.

—Sí, pero… ¿mejorar? Usted habla en términos de mejoría y no de curación, no quiero pasarme el resto de mi vida enganchado a un frasco de pastillas ¿entiende? ¿Quiere decirme que lo que tengo no tiene cura? ¿Es eso?

¿Que voy a ser un enfermo toda mi vida?

—Señor Castro… yo no puedo prometerle un imposible, le estoy ofreciendo un tratamiento en el que confío, en el que sus síntomas irán desapareciendo paulatinamente y empezará a encontrarse mejor, ¿y usted habla de curación? Para serle franco, no creo que las personas puedan distinguirse por estar completamente sanas ni completamente enfermas ¿entiende? Estar sano o estar enfermo es un proceso en perpetuo movimiento, no podemos trazar una simple raya y decir que los que están a un lado están enfermos y los que están al otro están sanos ¿comprende? Todos, absolutamente todos, estamos a la vez sanos y enfermos señor Castro, ¿me ha entendido señor Castro?

—Pues no sé qué decir la verdad, no sé cómo lo hace pero siempre termina por encontrar las palabras adecuadas para convencerme… en cualquier caso… y le ruego que me disculpe otra vez, me está dando un tratamiento para un año, ¡un año de mi vida tomando pastillas cada día! Me parece un tiempo excesivo la verdad, y eso es lo que realmente me preocupa, ¿tan mal me ha visto? ¿Tan grave es lo que padezco?, porque usted dijo que era más normal de lo que la gente pensaba que era…

—Señor Castro… vayamos por partes, en primer lugar, me reitero en lo que le he dicho antes, las ausencias que usted ha estado experimentando no las considero graves, es un síntoma muy común en los casos de estrés crónico como el suyo, nada de lo que alarmarse siempre y cuando su clínica no se acompañe de otro tipo síntomas, y en cuanto a esa sensación de no reconocerse a sí mismo que experimenta a veces, puede estar más bien asociada a la ansiedad que en estos momentos padece, a la tendencia que tiene usted a la sugestión y a la constante auto-observación. Tiene que aprender a dejarse llevar, a relajar la mente, hay terapias de psicología muy buenas que le ayudarían a conseguirlo, de hecho, si me lo permite puedo recomendarle una muy buena. Y en segundo lugar, en cuanto al tiempo de tratamiento, le aseguro que es completamente habitual que este tipo de procedimientos se

prolonguen hasta un año o incluso más si es necesario, imagínese que en lugar de estar tratando un proceso patológico mental estuviésemos por ejemplo intentando corregir un problema dental, ¿cuánto tiempo cree usted que se necesita llevar un corrector para enderezar una dentadura que a lo largo de los años ha ido cogiendo un camino equivocado? Le aseguro que mucho más del que usted tiene prescrito, tenga en cuenta que cuando alguien empieza experimentar síntomas propios de estados mentales fatigados o saturados significa que el problema empezó mucho tiempo atrás, y para corregirlo necesitamos que nos dé algo de tiempo señor Castro, tiempo para que en su mente se creen nuevas conexiones y se destruyan las que no acaban de funcionar, un árbol no se endereza en un solo día ¿no cree?

—Bien… no quiero hacerle perder más tiempo del que ya me ha dedicado la verdad, le daré una oportunidad a esas pastillas, ha sido usted más amable y paciente conmigo que la mayoría, y le aseguró que en momentos así, a veces, uno necesita más un poco de comprensión y paciencia que un puñado de falsas promesas ¿no le parece?

—No puedo estar más de acuerdo.

—Bien, en ese caso —dijo el señor Castro levantándose de la silla y extendiendo su mano derecha—. Ha sido un verdadero placer volver a hablar con usted doctora Rueda.

—Igualmente señor Castro —respondió la doctora Rueda extendiéndole la mano y dedicándole una de sus mejores sonrisas—. Y recuerde, deje que el tiempo pase, no se impaciente, dedique sus ratos libres a realizar actividades que favorezcan la evasión en lugar de la concentración, y verá, cuando menos se lo espere, como vuelve a ser usted mismo. Le veo en la próxima sesión.

Lo primero que hizo el señor Castro al salir a la calle fue hacer una pelota con la receta de la doctora Rueda y tirarla en la primera papelera que encontró a su paso.

Ya no llevo la cuenta, pero hace por lo menos un mes que Carla no quiere acostarse conmigo, no me lo ha dicho de forma directa, pero siempre está cansada o le duele algo, a lo mejor es que está deprimida, tal vez debería llevarla a que la vea algún psicólogo.

Su primera discusión con Ariel llegó apenas un mes después de haberse conocido, aunque en realidad fue un desencuentro más que una discusión, al

menos así lo veía Diego, en cualquier caso se le había quedado mal cuerpo después de aquello. No fue en absoluto su intención ofenderla, pero el caso es que ellos siempre se esperaban cuando terminaban las clases para ir a tomar algo, para dar un paseo o simplemente para hacer juntos el camino de vuelta a casa, pero ese día Diego no la esperó, al menos no el tiempo suficiente. Y no fue porque se le hubiese olvidado o porque ahora prefería estar con otra gente, que era lo que ella le había dicho de esa forma tan airada. En realidad fue porque sucedió algo a lo que Diego no estaba acostumbrado, por eso reaccionó de esa manera, intentó explicárselo pero tan solo consiguió enfadarla todavía más. Mientras esperaba a Ariel, cerca de la puerta principal de la facultad, sin hacer ningún tipo de ruido y desde algún ángulo muerto de su campo visual, se le había acercado Natalia, una compañera de clase, la recordaba perfectamente porque se sentaba justo delante de él en Análisis de las formas visuales y en Introducción al dibujo, y porque era guapa.

—¡Hola!

—Hola.

—¿Te llamas Diego verdad?

—Sí —dijo Diego en un tono entre lo seco y lo maleducado, no estaba acostumbrado a que alguien supiese siquiera cómo se llamaba, mucho menos una mujer.

—Eh… bueno, yo soy Natalia.

—Sí, te he reconocido, Análisis de las formas visuales… —Pero… ¿no te estarás confundiendo con otro Diego?

—¿Cómo dices?

—No, nada… es que me había parecido verte en clase… creo… ahora que lo pienso… —Diego no podía evitar ponerse nervioso la primera vez que hablaba con alguien, con Ariel no le había pasado, pero ella era una excepción en toda regla.

—Sí, claro, me siento justo delante, y en Introducción al dibujo también, y verás… me da un poco de vergüenza pedirte esto la verdad pero…

—¿Sí? —Diego pudo sentir cómo un inoportuno e incontrolable rubor le subía hasta las orejas.

—Es que… no llevo muy bien lo del trabajo de dibujo artístico la verdad… y he pensado que tal vez me podrías echar una mano… si quieres claro… porque a ti se te da muy bien dibujar ¿no?

Diego se quedó sin saber qué decir, en su mente se atropellaban los pensamientos sin orden ni concierto. Nadie, nunca, a lo largo de su vida, le había dicho que hubiera hecho algo bien, o que se le diera bien hacer algo en

particular. Aunque claro, también era cierto que el nombre de Natalia era de los que sí tenía clasificados, le recordaba al nombre de alguna constelación de estrellas o a unos de esos pastelillos que son más dulces que sanos, y de alguien que se llamase así se fiaba lo mismo que un mapache de una trampa para mapaches sin un buen pedazo de carne en su interior. Aun así, en ese momento pudieron más las sensaciones que su cuerpo estaba experimentando que toda la teoría de nombres que había elaborado durante años, todas sus precauciones se vinieron abajo con la misma rapidez que un castillo de naipes en el ojo de un huracán.

—Eh… bueno, no sé, me gusta dibujar sí, pero no sé en qué podría eso servirte de ayuda la verdad…

—Es que si te soy sincera yo no sé ni por dónde empezar, lo he intentado varias veces y siempre me bloqueo antes incluso de haber dibujado una sola línea, y había pensado que un par de buenos consejos me podrían venir muy bien… pero si no puedes no pasa nada de verdad, tampoco quiero ponerte en un compromiso… además, tú también debes de tener muchas cosas que hacer… —Natalia se sentía cada vez más segura y sus palabras fluían con total naturalidad.

—Bueno yo…

—¡¡¡Por favor!!! —dijo Natalia entrecruzando sus manos a la altura del pecho con voz de niña que consigue lo que quiere de un papá que consiente.

—Bueno… vale… en fin… pero te advierto que no se me da nada bien dar consejos. —En realidad no creo que se me dé bien nada Natalia.

—¡¡¡Gracias!!! —dijo Natalia expresando una felicidad desmedida y dándole un tímido beso en la mejilla—. ¡Eres un sol! ¿Te va bien ahora?

—Eh… sí sí claro, por qué no.

—¡¡Perfecto!! No vivo muy lejos de aquí… podemos ir dando un paseo…

Diego estaba totalmente acorralado, a merced de esa mujer que acababa de conocer y que en menos de dos minutos lo tenía comiendo de su mano. No se reconocía a sí mismo, ni recordaba a ciencia cierta si la situación había transcurrido exactamente de esta forma, menos aún haber recorrido el trayecto entre la facultad y la casa de Natalia, que aparecía como emborronado entre sus recuerdos. Lo cierto es que sí que pensó en Ariel, en que ya la llamaría más tarde, o se verían al día siguiente, no imaginó que le importara tanto haberse marchado sin decirle nada, aunque le dolió que ella se molestara de esa manera.

—De verdad que no entiendo cómo has podido hacerme esto Diego… me has decepcionado no sabes cuánto. —Ariel lo miraba con dureza y frialdad

cuando hablaba y se cruzaba de brazos cuando era el turno de Diego.

—No sé por qué te pones así Ariel, ya te he pedido disculpas, ya te he dicho que Natalia me pidió ayuda y me supo mal decirle que no, no veo que tiene eso de malo la verdad.

—¿Natalia? ¡¿Y quién es Natalia?! ¡Por favor! ¡A Natalia no le importas nada! De manera que viene una cualquiera, te sonríe, te pide que le ayudes y tú pierdes el culo por ella sin importarte una mierda nada ni nadie ¡¿no?! ¡¿No ves nada de malo verdad?! Eres estúpido Diego, eso es lo que pasa. No me esperaba esto de ti la verdad…

—No sé qué decir Ariel… lo siento mucho en serio… lo último que quisiera sería hacerte daño… no sé qué puedo hacer para que me perdones —dijo Diego visiblemente compungido, atenazado, él no había buscado de forma activa que nada de esto pasara, se había visto envuelto en ese lío sin comerlo ni beberlo.

—¡Que me dejes en paz! —Cada vez que Diego abría la boca no hacía otra cosa que enfadarla más si cabe—. Olvídame anda, vete a buscar a Natalia a ver el caso que te hace —dijo Ariel dándose media vuelta y cerrando cualquier posibilidad de arreglar las cosas en ese momento.

Diego iba a decirle que ella era la única persona en su vida con la que se había sentido a gusto por primera vez, orgulloso de ser él mismo, que los días que habían pasado juntos le habían hecho sentir algo parecido a la felicidad, pero con el fragor de la batalla no encontró el momento, ni las palabras, adoptó la única defensa que conocía, con la que había conseguido soportar la vida al lado de su madre, quedarse callado, monosilábico, aguantar los golpes hasta que el enemigo se cansara o lo dejara en paz por puro aburrimiento.

Ariel iba decirle que lo sentía, que no tuviera en cuenta nada de lo que le estaba diciendo, que no la abandonase, que la abrazase, que le dijera que la quería, pero no había tenido el valor suficiente, tampoco habría sabido cómo hacerlo, los celos y la rabia habían tomado el control de su cuerpo y no supo cómo pararlo.

Tampoco le dio tiempo a Diego a comentar con Ariel cómo terminó la sesión de dibujo con Natalia, pensó en hablarlo con ella nada más salir de su casa pero no hubo forma de localizarla en ese momento, y tal y como estaban ahora las cosas lo último que se le ocurrió fue sacar a relucir cualquier cosa que tuviera que ver con ella. Lo cierto es que en un primer momento todo transcurrió de un modo más o menos natural, pero poco a poco todo se fue volviendo un tanto extraño, muy extraño en realidad.

La casa de Natalia era grande, no uno de esos pisos minúsculos en los que escuchas cómo se vacía el vecino estreñido del piso de arriba. Recordó que nada más entrar notó un pequeño cambio en el comportamiento de ella, como si toda esa energía, alegría y seguridad que le había transmitido se hubiesen esfumado de golpe. Subieron a la buhardilla, ella contoneaba las caderas con cada peldaño, él se agarraba bien a las asas de su mochila, un espacio diáfano se abrió ante sus ojos, tan lleno de tantas cosas que a uno se le perdía la mirada entre tantos libros, cuadros, muebles viejos, discos enmarcados, pequeñas lamparitas de lectura y otro tipo de objetos que no sabía ni cómo se llamaban, parecía una mini tienda de antigüedades.

Al principio estuvieron hablando de todo un poco, más que nada de cosas que tuvieran que ver con las clases y con lo dura que era la vida del estudiante. Ella sonreía con cada cosa que él dijera, aunque la mayoría de ellas salieran de su boca sin ni siquiera tener un mínimo de sentido, él se ruborizaba por menos de nada, si bien es cierto que cada vez tenía a Natalia más cerca, él se había ido echando hacia uno de los extremos del sofá de forma inconsciente, y ella aprovechaba cada vez que se pasaba una mano por su larga melena rubia para acercarse un poco más. Luego Natalia dijo que tenía calor y trató de quitarse el suéter tirando desde la parte de abajo hacia arriba, haciendo una pequeña pausa cuando trató de pasar el cuello por su cabeza, él no pudo evitar fijarse en los dos saltitos que dieron sus pechos, sobre todo porque durante la maniobra de despelote ella se había acercado todavía más y ahora la tenía a escasos centímetros de su cara, y también porque entre estar vestida y la completa desnudez tan solo había una diminuta camiseta de tirantes de diferencia.

En algún momento Natalia dijo que había llegado la hora de empezar con la clase de dibujo, que fuera pensando en algo inspirador, que ella iba a ponerse cómoda. —*¿Más aún?*—. Y que enseguida volvía. No podría decir a ciencia cierta cuanto tiempo pasó, pero no fue poco. Al principio estuvo entretenido con sus pensamientos, con cómo empezar la clase de dibujo, qué tipo de técnica utilizar, o si se decantaría por el blanco y negro o por el color. Pero poco a poco empezó a inquietarle un poco la situación, el prematuro atardecer invernal había fulminado en cosa de pocos minutos cualquier rastro de luz solar, se estaba quedando a oscuras en un lugar que no conocía, estaba convencido, ahora sí, que hacía ya mucho rato que Natalia se había ausentado, que no era en absoluto normal que lo tuviera allí tanto tiempo solo, apenas sin luz, y a veces eso que llaman instinto le decía a uno al oído que cuando algo raro pasaba es que algo raro estaba pasando. Decidió levantarse y empezar a

recoger sus cosas, aquello no le gustaba, pero cuando se giró para emprender el descenso de la buhardilla a la calle vio a un hombre que lo miraba, de pie, inmóvil, junto a la puerta, a unos cuantos metros de él, con el pelo ligeramente despeinado y muy grasiento, barba de tres días. Debía ser el padre de Natalia, aunque en ese instante tan solo era la sombra de una amenaza, tenía una mirada que no sabría muy bien cómo definirla, pero lo que era seguro es que un escalofrío recorrió toda su columna vertebral, en cualquier caso no era amistosa, ni de sorpresa, ni tampoco perdida como las de su padre, en realidad era violenta, no le cabía la menor duda. Pasó junto a él de forma apresurada y le salió del cuerpo sin su consentimiento un hola mudo y seco mientras ese hombre lo seguía con la mirada, sin decir nada, le dio la impresión de estar frente a uno de esos depredadores que justo en el momento anterior a lanzar su mortífero ataque es cuando más quietos permanecen, por si acaso no volvió la vista atrás, no se detuvo a preguntar por Natalia, no le importó irse sin despedirse de ella.

Al día siguiente Natalia no fue a clase, ni tampoco al siguiente.

®

EL CHAMPÚ ANTICASPA

Previene la caspa. Utiliza champú anticaspa. Tendrás un cabello suave. Un cabello más brillante. Un cabello más bonito. Con la garantía de nuestros laboratorios. Funciona. Quita la caspa. Pruebas realizadas ante notario. Nuevo champú anticaspa. Lo vas a ver. Elimina el molesto problema de la caspa. Notarás la diferencia. Notarán la diferencia. Lo que sí era una diferencia notoria era el cambio de actitud de las mujeres al ver liberado de la caspa a ese hombre que hasta entonces tan solo era la sombra del hombre invisible. Por lo visto, tener caspa debía ser un problema endémico entre el género masculino, y no tenerla, un plus de virilidad muy apreciado entre el género femenino.

®

Ese día Mercedes estaba más nerviosa de lo normal, se le habían roto dos vasos y se había hecho un pequeño corte en un dedo mientras pelaba unas patatas. No podía quitarse de la cabeza a su hijo, siempre había sido para ella

una causa de preocupación más que de alegría, pero desde que había empezado en la facultad lo notaba diferente, cambiado, más independiente podría decirse, y eso la sacaba de sus casillas, qué se había pensado ese niñato ingrato, si creía que iba a reírse de ella y de su padre lo tenía claro, que siempre se lo habían dado todo, y él a ellos nada, tan solo disgustos y gastos, y más gastos, y luego más disgustos otra vez. La sacaba de quicio y su marido no la ayudaba en nada.

Lo peor de todo era que cuando Mercedes llegaba a ese estado de histerismo solo volvía a su estado de ánimo habitual, el de histerismo latente perpetuo, una vez había explotado, y cuando eso ocurría, no había bicho viviente que no sintiera el miedo calarse hasta los huesos de sus huesos. Intentar tranquilizarla hubiera sido como querer parar un tren con nuestro cuerpo, un suicidio.

Ramón se preparaba para el mejor momento del día, el contenido del programa que se disponía a ver era lo de menos, lo importante era que la presentadora siempre llevaba poca ropa y un grupo de mujeres se movían entre el público prácticamente en traje de baño, de piernas interminables, con el pelo tan cardado que el volumen de sus cabezas se multiplicaba por tres, por no decir de los anuncios que emitían en los frecuentes intermedios publicitarios le parecían auténticas obras de arte.

—¡Ramón! ¡Ramón!

—Que… —Para Ramón, escuchar a su mujer gritar era tan normal como abrirse una cerveza para desayunar, mientras, rogaba a todos los santos que conocía para que esa joven de piel morena que se abría paso entre las sillas del público separase un poquito más los muslos, solo un poquito más.

—Tu hijo, tienes que hacer algo, se nos está yendo de las manos, ¡¿o es que no te has dado cuenta?! Cada vez que llega a casa, con esa altanería, con sus trabajitos de la facultad, ¡con la zorrita esa con la que anda todo el día! ¡No! ¡¡No voy a permitirlo!! —Cuando Mercedes gritaba, aparte de soltar sapos y culebras, por su boca también salían despedidos pequeños y desagradables salivazos, si Ramón hubiese sido un coche le habría soltado un manotazo a la palanca del limpiaparabrisas.

—¿Y qué quieres que haga yo?, cuanto antes se largue de casa mejor… un problema menos del que preocuparse. —Y ahora largo, que estoy bebiendo cerveza y viendo mi programa favorito maldita bruja.

—¡De eso nada Ramón! ¡De eso nada! ¡Se irá cuando yo lo diga! ¡No antes! ¡Tienes que hablar con él! ¡Dejarle las cosas claras, explicarle quién manda aquí!

—Te equivocas, yo no tengo nada que hablar con él, tu haz lo que te dé la gana, pero a mí no me metas, te lo dije un día y mantengo lo que dije, no hablaré con ese hijo de puta nunca más. —Cuando Ramón hablaba con su mujer le era prácticamente imposible apartar la vista del televisor, por eso ella solía ponerse delante, daba la impresión de que justo en ese preciso momento estuvieran anunciando la noticia más importante para la humanidad y Ramón no quería perdérsela por nada del mundo, igual que el día en el que nos dijeron que el Hombre estaba aterrizando en la Luna.

—¡Ramón! ¡Tienes que hablar con él! ¡Tu hijo es un enfermo mental! ¡Está enfermo Ramón! ¡¿O es que ya no te acuerdas?! Y tú tienes una responsabilidad como padre, no me dejes sola esta vez, por favor te lo pido, yo ya no puedo más, ¡no puedo más!

—Mira Mercedes, yo ya no sé cómo decirte las cosas para que las entiendas, para que te entren en esa cabezota que tienes, ese cabrón no tiene nada que ver conmigo, no quiero saber absolutamente nada de él, que se largue es lo mejor que nos puede pasar hazme caso, me ha jodido la vida, te ha jodido la vida, su mera presencia hace que me entren ganas de vomitar, hazme caso y déjalo ir, déjalo correr de una vez. —Y vete a la cocina que es donde debes estar, y a ver si aprendes a cocinar de una vez que últimamente todas las comidas saben igual.

—¡No Ramón, no! ¡¡Tú no lo entiendes!! ¡¡Es mi hijo!! ¡¡Mi hijo!!

CAPÍTULO 6

TOMÁS TEMPRANO “EL GALLO”

Tomás Temprano no siempre fuel “el Gallo”. Él siempre llevó un poco de retraso en todo. En el colegio era de los más bajitos, uno de esos niños que parecía que pertenecían a un curso menos, y eso fue una de las razones por las que tuvo que aguantar algún que otro tortazo. Los niños no siempre eran lo que se dice hermanitas de la caridad, al menos no los de su escuela, sobre todo cuando tenían a alguien delante como Tomás, alguien con un magnetismo especial para atraer las burlas y los golpes, desde siempre. Además su desarrollo intelectual tampoco es que ayudase demasiado, siempre a la cola, siempre detrás. Tomás sacaba de quicio a todos los profesores que se frustraban y se enervaban ante cada uno de sus fracasos escolares, y eso al resto de niños les resultaba tremendamente gracioso, reían con fuerza, con la mandíbula desencajada, mientras lo señalaban con el dedo, eran risas pero bien podrían haber sido guantazos, porque el dolor que Tomás sentía era igual o mayor. Lloraban de tanto reír, Tomás en cambio lloraba por dentro porque parasen de una vez. Tomás Temprano no, le decían, Tomas “el retrasado”. Tomás “el tonto”. Tomás “tarado”. Tomás “el idiota”. Tomás “el tonto”. Tomás “el tonto”. Tomás “el tonto”.

Pero los años pasaron, y a pesar de que en su casa la comida escaseaba a su cuerpo le dio por desarrollarse, por hacerse fuerte, muy fuerte, cada día más.

Bastaron cuatro dientes rotos y un codo fuera del sitio para que todas las burlas desaparecieran como por arte de magia, qué cosas aprendía uno por estos mundos de dios.

Lo de “Gallo” vino un tiempo más tarde, cuando a un profesor se le ocurrió decirle que no se pusiera gallito, con Tomás en plena efervescencia muscular, él recibió ese comentario como un halago, más que nada porque creyó ver en los rostros de sus compañeros la admiración, o el temor, o el respeto. Por eso decidió apropiarse de ese nombre, aunque lo dejó en “Gallo”, a secas, del latín, “el que infunde respeto y temor”, algo así debió pasar por su cabeza.

Años más tarde su reputación seguiría creciendo de igual forma que lo hacía su expediente policial. Detención por agresión física y sexual, detención por robo a mano armada, detención por amenaza con intimidación, detención por extorsión, detención por conducir bajo el efecto de las drogas y el alcohol, detención por tráfico de drogas, incluso detención por sospechoso de algún que otro delito de mayor calibre del que salió indemne por pura suerte.

Por eso cuando conoció a Alfonso Cobo y le ofreció trabajar para esa gente tan poderosa él se sintió invencible, se sintió como si lo hubiese fichado la élite del crimen organizado, una recompensa por todos esos años de esfuerzo, al fin, aunque su trabajo solo consistiera en deshacerse de algunos cuerpos y en hacer de perro guardián en todas esas fiestas. Pero él era el Gallo, y él no se quedaría ahí, él ascendería, porque él no tenía límites, nunca se rendiría, el Gallo seguiría creciendo, el Gallo resurgiría una y mil veces, nadie podría parar al Gallo.

«Tomás, quien siembra vientos recoge tempestades», fue lo que le dijo su madre en su lecho de muerte, «no madre, quien siembra miedos recoge respeto, y dinero, mucho dinero, algo que tú nunca has tenido», esa fue su respuesta, esas fueron las últimas palabras que tuvo que escuchar Dolores Temprano antes de descansar para siempre.

CAPÍTULO 7

SOLO QUERÍA PODER DORMIR COMO UNA PERSONA NORMAL

La doctora Rueda anuló las dos últimas sesiones que esa tarde tenía programadas. En los últimos días se había sentido especialmente cansada, sobre todo a nivel emocional, no conseguía desconectar al llegar a casa, tuvo que recurrir en varias ocasiones a los tranquilizantes para poder conciliar el sueño y se sorprendió también varias veces mordiéndose las uñas, cosa que no había hecho en su vida.

Pero ese día se sentía particularmente inquieta, no le prestó la mínima atención al último paciente, por eso anuló las siguientes citas, se pasó la última media hora que estuvo con él intentando recordar si había echado la llave al salir de casa o no. Nunca fue proclive a las obsesiones ni a las manías, pero últimamente tan solo conseguía concentrarse en cosas superfluas y sin la menor importancia, rayando la obsesión, *tengo que bajar la basura, tengo que bajar la basura, tengo que bajar la basura, luego buscaré el lápiz de labios que me regaló María, lo encontraré, tiene que estar en el tercer cajón de la cómoda de mi cuarto, será lo primero que haga cuando llegue a casa, tiene que estar allí, si no es allí no sé dónde más podría estar, pero lo más importante ahora es que me acuerde de llamar a María para preguntarle cómo era el lápiz de labios, eso me dará pistas para recordar, tengo que llamarla, tengo que llamarla, tengo que llamarla*…

Cuando arrancó el coche solo podía pensar en tres cosas, pintalabios, María, basura, pinTalabios, mAría, basuRa, PINtalabios, MariA, BasURA… de tanto repetir en su mente esas palabras cada vez le sonaban más extrañas y más absurdas, ¿qué demonios significa pintalabios o basura? ¿Quién era María? ¿A quién en su sano juicio se le había ocurrido ponerle ese nombre a esos objetos? Sin previo aviso, inmersa en la deconstrucción de la palabra pintalabios, empezó a escuchar el taladrante sonido de multitud cláxones de automóvil, como una orquesta desafinada parecían que competían por ver quién pitaba más fuerte, durante más segundos seguidos, pero lo que más turbación le causó fue observar cómo los rostros feroces y violentos de los conductores dirigían hacia ellas sus miradas de furia, cómo desataban contra

su persona toda la ira que eran capaces de generar desde el pequeño espacio que hay entre el volante y el asiento del conductor, algunos incluso sacaban la cabeza por la ventanilla aun a riesgo de perderla para vociferar cosas como:

—¡Qué tonta eres de verdad! ¡Pero mira que eres tonta!

—¡Mujer tenías que ser! ¡Qué inútiles sois de verdad!

—¡¿No sabes conducir o qué?! ¡¡Arranca el coche de una vez maldita… puta!!

Hasta que en medio de toda esa locura, unos nudillos golpearon su ventanilla, un joven de unos veinte años la miraba con preocupación.

—¿Se encuentra usted bien señora? ¿Necesita ayuda?

La doctora Rueda estuvo parada en medio de una gran avenida durante al menos diez minutos a una hora en la que el tráfico es tan denso que uno maldice hasta su propia vida. No le había pasado nunca antes nada parecido. Ya en casa, después de engullir dos tranquilizantes de golpe con un trago de whisky, empezó a tartamudear interiormente algo así como una reflexión a cámara lenta, paso lento pero seguro, al menos sintió que era ella quien controlaba sus pensamientos y no al revés.

Se lo había advertido, repetido y vuelto a decir su colega, por profesión, y amigo, por propia decisión, Juan Herranz, que no debía dedicarle tanto tiempo a los pacientes, que eso solo podía traerle problemas, que si pasaba mucho tiempo junto a un maníaco al final el maníaco acabaría por pasarle un poco de su enfermedad, que ella no era psicoanalista, para eso ya estaban ellos o los psicólogos, que si no se andaba con ojo tarde o temprano sufriría la temida contratransferencia negativa, los problemas de sus pacientes serían sus problemas, sus fobias las haría suyas, hasta que al final no habría forma de distinguir quién era paciente y quién terapeuta. Había que trazar una raya y no cruzarla bajo ningún concepto, un paciente era un cliente, nada más, así es como era y así es como tenía que ser si no quería terminar como ellos. Aunque claro, a veces las cosas no eran tan sencillas como parecían, y es posible que la doctora Rueda no hubiese llegado al estado en el que se encontraba ahora si no hubiera tenido otro tipo de problemas, preocupaciones que desde hacía tiempo la devoraban por dentro y que poco a poco habían conseguido hacerse omnipresentes en cada uno de sus pensamientos.

Los tranquilizantes no tardaron demasiado en hacer su narcótico efecto, no fue durante mucho rato, pero la doctora sintió algo parecido al placer, algo cercano a la paz, cuando por unos minutos todo permaneció en absoluta calma, en silencio, silencio.

Ariel quedó totalmente agotada después de haber discutido con Diego. No quiso saber nada de él en los días siguientes, tuvo que esconderse un par de veces para evitar que la viera, en los pasillos de la facultad, en el baño de las chicas o detrás de un coche aparcado junto a la entrada. El enfado había remitido, pero todavía se sentía profundamente dolida, traicionada, aunque también lo echaba de menos, a decir verdad no se lo quitaba de la cabeza. Se propuso que en los próximos días tendría que recuperar su estabilidad emocional, su autocontrol, tenía mucha experiencia en ello, había pasado por cosas mucho peores en su vida, de las que se rehízo, de las que emergió más fuerte, aunque fueron de otro tipo, es cierto, más violentas, más irracionales, casi irreales, por eso esta discusión, esta pequeña traición, le afectó más de la cuenta, porque la sentía muy cercana, muy real, aquello en cambio lo recordaba casi como si le hubiese pasado a otra persona, a una conocida por ejemplo, o a la conocida de una conocida.

Durante la tarde se animó ayudando a su madre a preparar la cena, por la noche vendrían sus tíos Miguel, hermano mayor de su padre, y Lucía, su mujer, también su primo Carlos, que era de su misma edad. Incluso cuando su madre le comentó que hacían falta un par de cosas para la cena que olvidó comprar durante la mañana, Ariel se ofreció a ir ella al supermercado, pensó que conducir un poco y respirar aire fresco le iría bien.

Tenía un sexto sentido para perderse en los supermercados, no conseguía encontrar un orden en la organización de los alimentos y demás productos para el hogar. Era capaz de recorrerlo de arriba a abajo varias veces sin encontrar aquello que buscaba, siguiera la ruta que siguiera no conseguía encontrar donde estaba por ejemplo la miel, ¿por qué no la habían puesto junto a los demás productos del desayuno? Se sentía como en uno de esos laberintos en los que por más que intentas cambiar de ruta para no cometer el mismo error que en la vez anterior siempre terminas por dar vueltas en círculo y acabar otra vez en el punto de partida. Se dijo a sí misma que la próxima vez que se le ocurriera la majadera idea de ir a comprar pensaría en Natalia, asociación de emociones negativas.

El parking del supermercado consistía en una explanada de cemento al aire libre, que viéndolo mejor, ahora que la oscuridad dejaba al descubierto las carencias en iluminación del aparcamiento, daba un poco de miedo. Al salir, con una bolsa de compra en cada mano, tropezó con dos chicos que estaban junto a la puerta, fumando y riendo, hablaban a voz alzada, uno era alto y muy fuerte, con uno de esos pendientes en forma de aro en cada una de

sus orejotas, el otro un poco más bajo, con rostro abotargado y sonrisa de payaso.

—¿Has visto tío? —dijo el más alto—, ¿está buena eh?, una de esas necesitas tú, que estás más necesitado…

—Sí tío está muy buena joder —dijo babeando el de la sonrisa de payaso con voz de payaso.

—¿Quieres que le digamos algo?

—Qué dices tío, a mí me da palo…

—Joder macho… a ver si al final me vas a salir maricón… con lo guarra que es tu hermana y tu cada día más atontao… ven coño, sígueme y aprende un poco, que falta te hace.

Los dos chicos aceleraron el paso en dirección a Ariel, que terminaba de guardar las dos bolsas en el maletero del coche.

—¿Necesitas ayuda guapa? —dijo el más alto.

—No gracias, ya puedo yo —dijo Ariel cerrando el maletero y dirigiéndose hacia la puerta del coche, donde estaba apoyado el de la sonrisa de payaso con su sonrisota—, ¿me dejas pasar por favor?

—Solo si me das un beso —dijo el más alto.

—Venga por favor chicos, que tengo un poco de prisa —dijo Ariel sin mirarlo directamente a los ojos.

—¿Tienes novio guapa? —dijo el que se supone que estaba impartiendo una cátedra sobre la seducción echándole el humo a la cara.

—Sí…

—¡Mentira! ¿Quieres un cigarro bombón?

—No…

—Pues te invito a uno… por ser tú… dale fuego Chema.

Ariel sentía cómo sus pulsaciones se aceleraban, ya había vivido situaciones parecidas a esta, podía sentir cómo el miedo empezaba filtrarse entre sus venas, no conseguía pensar con claridad, el más bajo le intentaba acariciar el pelo con sus manazas, ella apartaba la cara, le hubiera gustado darle un puñetazo en medio de su carota, pero el miedo no se lo permitía, temía que si los enfurecía se pondrían violentos, y entonces la cosa se pondría fea de verdad.

—¿No me vas a aceptar el cigarro? ¿No te han enseñado a ser educada niña? ¿No sabes que cuando a una la piropean o la invitan a fumar lo mínimo que puede contestar es «gracias»? Sí, pareces una niña bien, que se cree mejor que nosotros ¿es eso? ¿Me equivoco niña bien? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh? —repetía el más alto mientras le tocaba la cara y el pelo con su manaza, Ariel intentaba

escabullirse como la que hace movimientos bruscos con la cabeza cuando una avispa no deja de rondarla.

Su respiración, agitada, estrechaba su garganta, sus manos, temblorosas, no encontraban un lugar en el que posarse, era cuestión de segundos que estallara a gritar, o a llorar, o a maldecir, el miedo había dejado su lugar al pánico.

—¡¡¡¡Gallo!!!! ¡¡¿Vas a venir a ayudarme o qué?!!

Una mujer con una coleta tan apretada como un tornillo en la ventanilla de un avión gritaba a unos 50 metros de distancia, desde la puerta del supermercado. El Gallo se giró torciendo un poco el morro.

—Vaya… pues al final parece que te vas a librar… aunque recuerda que me debes un beso bombón… volveremos a vernos princesa… vamos Chema…

—Sí… adiósssss princesaaaaa…

Cuanto odiaba a los hombres, cuanta violencia era capaz de imaginar en esos momentos, su madre y su hermana habían tratado de que olvidara, quitarle esa idea de la cabeza, pero ahora lo recordaba muy bien, y no pensaba olvidar otra vez.

Ya es la segunda vez que llegamos en números rojos a final de mes, cuanto odio esa situación, y Carla no es que ayude demasiado, porque además de no trabajar se pasa el día comprando cosas para la niña y para la casa, cosas que no hacen ninguna falta, no se da cuenta que con mi sueldo solo no llegamos, creo que voy a tener que buscar otro trabajo.

Que alguien pase una cuerda alrededor de tu cuello mientras duermes y la apriete con todas sus fuerzas es una experiencia tan terrible que uno nunca la olvida. Cuando sientes que tu tráquea se ha cerrado por completo y que en tus pulmones no entra ni sale el aire, el pánico se apodera de todo tu cuerpo, tus brazos cobran vida propia y tratan de alcanzar una salida, tus piernas se tensan de tal forma que eres incapaz de controlarlas, la presión en tu caja torácica se eleva tanto que sientes que estás a punto explotar, y tu cerebro, incapaz de elaborar siquiera el pensamiento más primario, se apaga segundo a segundo.

La discusión con Ariel y la extraña experiencia en casa de Natalia habían alterado a Diego más de lo que él pensaba, esos sueños tan reales que a veces

tenía habían vuelto con mucha fuerza, los sentía tan cercanos que le resultaba difícil distinguirlos de cualquier otro recuerdo real.

Pensó en llamar a Ariel, necesitaba verla, que todo volviese a ser como antes, encontrar otra vez la paz interior, pero no sabía ni por dónde empezar, estuvo a punto de marcar, con el teléfono descolgado ya en la mano, mientras su padre estaba ausente y su madre en la ducha, pero no encontró el valor suficiente. No tenía el recuerdo de haber llamado a nadie en su vida, de hecho, su madre, siempre había insistido en que él no tenía por qué llamar a nadie, que las llamadas salían muy caras, si alguien quería algo que fuera él quien llamara. Así que dejó pasar las horas, esperando, a que ella diera el paso, rogando, a que ella quisiera darlo.

Por otra parte estaba la historia con Natalia y el extraño encuentro con su padre, no había tenido la ocasión de hablarlo con nadie, y el asunto le preocupaba realmente. Aunque no compartía con ella ningún vínculo afectivo y en cierta manera era la responsable de su discusión con Ariel esa chica le había caído en gracia, en parte porque no lo había tratado como a un ser invisible como hacía la mayoría, o como a un despojo, como hacían en su casa. Temía que le hubiese pasado algo, que las cosas en su casa no fuesen del todo bien, que su padre fuese un psicópata o algo parecido, o que no fuese su padre, que fuera un intruso, o un secuestrador, ¿por qué no?, o tal vez su tío enfermo fugado del psiquiátrico. Pensar que quizá fuera el único que conociera ese terrible secreto familiar y que no estaba haciendo nada por rescatarla o al menos por denunciarlo lo acobardaba, se sentía el más grande de los cobardes, incapaz de ponerse en peligro para defender la vida de alguien.

—¡¡¡Diegoooooo!!!

No existía mejor remedio contra el ensimismamiento que uno de los arrebatos verbales de su madre.

—¡¡Diegoooooo!! ¡Haz el favor de venir! ¡Te llaman por teléfono!

Mercedes odiaba que a su hijo lo llamasen por teléfono, más aún si se trataba de una mujer, hecho que se contradecía totalmente con su norma de «no llamar, que llamen ellos», o aquello de «hazte algún amigo», que tanto le había repetido durante su infancia. A Diego eso se le antojaba a que en realidad lo que detestaba su madre era que tuviese cualquier tipo de comunicación con alguien que no viviese en esa casa.

—¿Quién es? —dijo Diego con la remota esperanza de que su madre le respondiese de forma cariñosa: «es Ariel, hijo, tu novia».

—¿Me lo preguntas a mí? —Fue lo que en realidad dijo su madre con la cara llena de vinagre, tendiéndole el auricular de ese teléfono de acabados tan angulosos que casi cortaban en lugar de estampárselo en la cara, que era lo que de verdad le apetecía—, haz el favor de hacerlo corto, que las llamadas salen carísimas. —Como si la fuese a pagar ella.

—¿Diga?

—Hola.

—¿Na-Natalia?

—Sí, soy yo —dijo con la voz muy blandita.

—Vaya, qué sorpresa, ¿qué tal estás?

—Bien, bueno… me preguntaba si te apetecería que nos viésemos y así te cuento mejor en persona… si quieres claro…

—Eh… claro claro, ¿cuándo? —¿Es que no has aprendido nada estúpido?

—Pues… ¿tienes algo que hacer esta noche?

—Bueno yo… supongo que sí… que sí que podríamos vernos me refiero.

—Eres idiota, reza para que Ariel no se entere porque su enfado será mayúsculo.

—Ah, genial entonces, si te parece bien paso por tu casa a eso de las diez —dijo Natalia, en cosa de pocos segundos había pasado de dar pena a ser la persona más segura del mundo.

—¿A las diez? vale, estaré preparado.

—Diego…

—¿Sí?

—Que yo… siento mucho lo del otro día…

—No te preocupes Natalia, no pasa nada, ya tendremos tiempo de hablar.

—Gracias Diego, bueno pues… hasta luego.

—Hasta luego Natalia.

Diego había pasado tantas horas deseando que Ariel lo llamase que cuando puso el teléfono en su oreja fue una auténtica sorpresa escuchar a Natalia al otro lado de la línea, y otra vez, como el día que la conoció, esa chica, le habló de tal modo que sus respuestas surgían de su boca de forma casi automática, era como si no tuviera otra opción de respuesta a parte de las que ella esperaba obtener, entraba en una especie de hipnosis con esa chica.

®
LA BÁSCULA

Controla tu peso. Has perdido doscientos gramos. La nueva báscula electrónica. Has perdido trescientos gramos. La báscula que habla. Tu peso ha sido grabado. Dormirás tranquila. Porque pensamos en ti. Una se preguntaba si pesarse a todas horas era un método para tener nuestro peso a raya y tener nuestro peso a raya significaba tener el peso perfecto. Has perdido ciento cincuenta gramos. Básculas con memoria y voz. Su peso queda grabado. Has perdido un kilo. Ten controlado tu peso. Porque tú piensas en todo, porque tu peso lo controlas tú. Controla tu peso. Nueva báscula electrónica. Tener controlado nuestro peso se había convertido en un problema capital en los últimos tiempos, de todas formas la mujer que salía en el anuncio y que sonreía y se paseaba arriba y abajo por toda la casa no parecía tener ningún problema de ese tipo, en su cuerpo no se adivinaba ni un solo lugar en el que pudiera existir o haber existido un exceso de tejido adiposo, si acaso era posible que sí hubiera algo de grasa de más bajo el contorno de ese par de pechos que amenazaban con reventar la talla s. Controla tu peso. Nueva báscula electrónica.

®

Las reuniones familiares con sus tíos eran cualquier cosa menos divertidas. En la cabeza de su primo Carlos había ido creciendo con los años la estúpida idea de creerse más inteligente que el resto, y lo más curioso es que a Ariel no le caía del todo mal, le resultaba gracioso observar cada vez que lo veía cómo se las ingeniaba para hablar de alguna estupidez que probablemente trajese preparada desde casa de tal forma que pareciera algo de vital importancia, y entonces ella se limitaba a hacerle preguntas alrededor del dichoso tema como si en realidad le interesase, mientras que por dentro se partía de risa. Pero esa noche no se sentía con fuerzas, esa noche no soportaba a los hombres, y rehuyó cada uno de sus intentos por atraparla en su cansino parloteo.

Su tío Miguel en cambio no le parecía en absoluto gracioso, lo veía como un ser retorcido y malévolo. Se podía pasar horas tratando de ganarse tu confianza y cuando al final, por enésima vez, terminabas por abrirle tu corazón y hasta sentías cierto cariño por él, te tumbaba de un solo golpe, de una forma muy sutil, humillándote en público mientras hacía ver que te aconsejaba, riéndose de ti cuando los demás pensaban que se reía contigo, o mostrándote la más grande de las indiferencias cuando hacía solo un minuto te había hecho creer que tus problemas o preocupaciones eran lo más

importante del mundo, era un cabrón con todas las letras. Tenía la impresión de que cuando su tío guardaba silencio, en realidad, tan solo diseñaba una estrategia para hacer daño de un modo u otro, y cuando hablaba, siempre lo hacía de tal forma que al resto de personas de la mesa no le quedara otra opción que callar y escuchar aquello que tenía que decir, elevando un poco el tono de voz o iniciando una conversación con la persona que le quedara justo en el otro extremo de la mesa, aprovechándose de la buena educación de las personas normales que solían reaccionar guardando silencio para evitar las odiosas conversaciones cruzadas e irremediablemente a gritos, incluso te miraba de forma siniestra si continuabas hablando con otra persona como si tal cosa mientras él mantenía una de sus conversaciones a larga distancia.

Esa noche era su padre el que se sentaba en el otro extremo de la mesa, que dialogaba de forma distendida con Carlos, que lo tenía a su derecha. Pero haciendo gala del gran estratega de las relaciones humanas que era, aprovechó un pequeño silencio que se produjo después de haber estado los presentes riendo de un chiste que su padre había contado para iniciar una de sus acaparadoras conversaciones aparentemente inofensivas.

—Bueno José, perdona… soy un maleducado y aún no te he preguntado… ¿cómo llevas el problemilla ese con tu trabajo? ¿Te siguen obligando a hacer horas extras gratis?

—Pues la verdad es que últimamente un poco mejor… —dijo José sin poder evitar bajar un poco la mirada.

—Tienes que aprender a ponerte en tu sitio hombre… si no nunca dejarán de aprovecharse de ti…

—Sí, opino lo mismo tío, mi padre dice que uno siempre ha de saber cuándo ponerse en su sitio —dijo Carlos, que acostumbraba a repetir lo que su padre había dicho pero con otras palabras, a veces incluso se atrevía a pensar que eso que había dicho era de su propia cosecha en lugar de la de su padre.

—Es que no sabes la rabia que me da que te humillen de esa forma… a ti, justo a ti, a mi hermano, que intenten reírse de un pelagatos cualquiera no me importa lo más mínimo, pero que se rían de ti, una de las mejores personas que conozco… eso no lo soporto… y perdona que me ponga así pero es que es algo que es superior a mis fuerzas…

—Bueno Miguel, tampoco es para tanto, el trabajo también tiene sus cosas buenas sabes, acuérdate de lo bien que se portaron conmigo cuando nacieron las chicas, o cuando se me estropeó el coche y no pude ir a trabajar en una semana.

—José… pero qué estás diciendo… eso solo son migajas… no hace falta que te recuerde que en mi empresa tendrías sitio… empezarías desde lo más bajo eso sí… pero creo que con paciencia y trabajando duro podrías ir ascendiendo… poco a poco.

—Ya sabes que te lo agradezco Miguel, pero de momento prefiero esperar, en la fábrica de calzado a veces las cosas se ponen difíciles, pero lo importante es que somos como una familia, la amistad que tengo con la mayoría de los chicos no se paga con dinero, son buena gente de verdad, y eso es algo que valoro mucho.

—Tienes toda la razón papá, creo que lo importante es disfrutar con lo que se hace, la gente pasa demasiadas horas trabajando como para estar a disgusto, así que cuando encuentras un lugar en el que te sientes valorado y querido y además te gusta tu trabajo, ¿para qué cambiar?, la felicidad es algo que no se puede comprar con dinero —dijo Alba apoyando a su padre.

Otra de las maravillosas cualidades de Miguel era lo bien que se le daba ignorar por completo cualquier comentario que pudiera interponerse entre él y su presa, si en ese momento hubiese habido un terremoto clase diez él hubiese seguido cebándose con José aun cayéndole encima toneladas de forjados y cemento.

—Te diré una cosa José… en esta vida si te quedas quieto te atropellan… te pasan por encima y ni te das cuenta… y a ti te han pasado por encima tantas veces que ya ni te duele… la indolencia, con el tiempo, se convierte en esclavitud, tienes que aprender a ser tú el que da el primer golpe, sin que se lo esperen, sin que lo vean venir… es la única manera de sorprenderlos… no lo pueden ver venir…

Ariel se levantó de la mesa y se fue directa a su habitación, ya había tenido bastante por ese día. Presenciar cómo su tío trataba de humillar a su padre delante de su propia mujer y de sus hijas era algo que no soportaba, quiso tener el valor suficiente de levantarse de la mesa y gritarle a un palmo de su cara que cerrara esa bocaza envenenada de una maldita vez, que se fuera de su casa con su abnegada mujer y su repelente hijo y que no volviera más, que allí no era bienvenido, pero tan solo encontró la fuerza necesaria para subir las escaleras que la llevarían a su habitación. No quería provocar una enemistad entre las dos familias, aunque tampoco entendía por qué tenían que soportar de por vida a alguien tan tóxico como su tío y su primo, que iba por el mismo camino que su padre. Su tía Lucía en cambio era una de esas mujeres que aunque de forma activa no suponía alguien tan dañino para la paz interior del de al lado, resultaba insoportable observar el incondicional respeto

y veneración que le profesaba a su marido. Se quedaba embobada escuchándolo hablar, adoraba ver cómo aleccionaba a los demás o cómo los humillaba en público, su admiración por él era absoluta, no hubiera dudado en dar su vida por Miguel. Para Ariel, ese tipo de mujer no dejaba en buen lugar al género femenino, al contrario, lo denigraba, y por ello las ponía al mismo nivel que ellos, que esos hombres que se creían mejor que el resto, y por supuesto mejor que las mujeres.

Las últimas horas de ese día fueron muy duras. No quería recurrir a los valiums o a los tranquimazines para encontrar un poco de paz y relajación, para cortar con el hilo de pensamientos negativos que su viciado cerebro se empeñaba en repetir una y otra vez, no quería depender de esas sustancias otra vez, ella era fuerte, tenía personalidad, lo había demostrado en más de una ocasión, no iba a permitir que los demás la desestabilizaran de esa manera.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la casa de Diego, tenía ganas de hablar con él, pensó que le vendría bien oír su voz, el enfado ya casi se le había pasado y lo había echado mucho de menos, a lo mejor podrían verse al día siguiente, era domingo, y normalmente ninguno de los dos tenía gran cosa que hacer, o incluso esa misma noche, quién sabe, a lo mejor él también la había echado de menos y tenías unas ganas enormes de verla, ojalá fuera cierto, eso sería fabuloso, maravilloso.

—¿Diga? ¡¿Quién es?! —dijo Mercedes medio dormida.

—Ho-hola, soy Ariel, ¿podría hablar con Diego por favor?

—¿Con Diego? ¡Diego no está! ¡Se marchó con su nueva amiga hace rato!

—Ah… vale…

—¡¿Vale?! ¡¿No te han enseñado que a estas horas no se llama a las casas niña?! ¡¿Que es de mala educación?!

Ariel colgó el teléfono dejando a Mercedes despotricando al otro lado.

Si le hubiesen quedado fuerzas para llorar lo hubiera hecho, si hacía un rato pensaba que estaba mal, ahora no habría sabido encontrar las palabras para definir cómo se sentía. Ahora no sintió decepción o rabia como en la vez anterior, ahora sintió auténtico dolor.

Necesitó tres tranquimazines y tres valiums para poder descansar un poco, solo quería poder dormir como una persona normal.

CAPÍTULO 8

SUNSET

Santiago Miranda detestaba hablar en público, más aún cuando era portador de malas noticias. Pero ser el decano de la facultad de Bellas Artes lo convertía en blanco de todas las miradas cuando había que hacer un comunicado oficial. No tenía facilidad de palabra, le costaba expresarse con el lenguaje oral o escrito, a pesar de tener los discursos preparados por su atenta secretaria nunca encontraba el tono adecuado, la naturalidad del que dice lo que piensa, o lo que siente. Encima era lunes, cada vez le costaba más levantarse por las mañanas, los años le pesaban, y el café ya hacía tiempo que no ejercía en él esa sensación euforizante que tanto había adorado.

Llegó al auditorio de la facultad con algo de tiempo, quería templar sus nervios antes de empezar, llegar tarde a los sitios siempre aumentaba su sudoración, cosa que todavía lo ponía más nervioso, estrechó unas cuantas manos y probó el sonido de los micrófonos. En menos de media hora el auditorio se llenó de estudiantes. Los diferentes profesores de la facultad tenían orden de dar el aviso a sus alumnos para que acudieran a escuchar el comunicado, sería cosa de unos quince minutos, después continuarían con el horario lectivo habitual.

—Buenos días a todos, para los que todavía no me conocen soy el decano de la facultad, Santiago Miranda. En primer lugar, ruego disculpen las molestias que os haya podido ocasionar esta interrupción de vuestras clases, y en segundo lugar, agradecer vuestra presencia hoy aquí. Bien, es posible que algunos de vosotros ya lo haya escuchado en las noticias, pero desde el Cuerpo Nacional de Policía nos han aconsejado que os informemos personalmente. En las últimas semanas han sucedido una serie de trágicos hechos, aquí, en nuestra ciudad, y aunque en un principio se pensó que se trataba de hechos aislados, los últimos avances en la investigación de los casos apuntan a lo contrario, que es posible que estén relacionados, de ahí la magnitud del problema. En total… —Santiago Miranda estaba llegando a su límite de comunicador de masas—. En total son cuatro las personas desaparecidas en los últimos días, todas ellas mujeres, bueno, a decir

verdad… dos eran menores de edad… y ayer encontraron el cuerpo de una de ellas.

Un estruendoso murmullo se propagó por el auditorio como un virus de la gripe en un colegio al escuchar las declaraciones del decano, se escuchaban voces de lamento, de incredulidad, de inquietud. Si bien era cierto que en los últimos días todos habían visto un mayor número de angustiosos carteles que denunciaban la desaparición de una persona y que solían venir con un número de teléfono a pie de página, pero nadie se había planteado siquiera que las desapariciones pudieran estar relacionadas. La gente desaparecía sin dejar rastro, ese era un hecho del que todo el mundo era consciente, pero a pesar de que a la mayoría se le revolvían las tripas cuando veía uno de esos carteles no solían dedicarle más tiempo del necesario a pensar en ello, a lo mejor era un mecanismo de defensa, a lo mejor era que solo somos conscientes de un problema cuando nos toca de cerca. Pero de lo que no había ninguna duda es que cuando alguien decía públicamente que algo iba mal, es que algo iba realmente mal.

A Diego el nombre de Santiago le recordó a uno de esos pequeños veleros de una sola vela, frágil, endeble si el mar decide levantar un poco sus olas, tan seguro en medio de una tormenta como una bandeja llena de tazas de café en las manos de un niño, es posible que hubiera aceptado una invitación suya para dar un paseo con él, pero en absoluto para escalar juntos el Everest.

—Silencio por favor, silencio —dijo Santiago Miranda tratando de acallar las voces y reanudar su discurso—. Todavía no he terminado, por favor, sé que esto es difícil para todos, pero tened un poco de paciencia, este fin de semana se ha notificado la desaparición de tres personas más, todas ellas mujeres, todavía es pronto para decirlo, pero hay motivos para pensar que puedan tratarse de nuevas víctimas, que su desaparición no haya sido voluntaria, la última vez que fueron vistas con vida fue la noche del sábado en una discoteca que seguro que todos conocéis, Sunset creo que se llama.

De nuevo, como una de esas tormentas que estallan de forma repentina y que amenazan con destruirlo todo, un murmullo generalizado volvió a elevarse por encima de la voz del decano, que no veía el momento de que esto terminase, los estudiantes no daban crédito a lo que escuchaban.

—Silencio por favor, silencio. Somos conscientes de lo duro que es esto para todos, pero precisamente por eso tenemos que estar más unidos que nunca, el cuerpo nacional de policía ha pedido la colaboración de toda la ciudadanía, y eso nos incluye a todos nosotros. Todavía no se sabe con certeza, pero es posible que sea más de una persona la responsable de estas

terribles desapariciones, tenemos que estar muy atentos, informar de cualquier hecho que pueda parecernos extraño o fuera de lugar, tratar de recordar cualquier cosa fuera de lo normal que hayamos podido ver u oír y que en un primer momento no haya llamado nuestra atención, pero sobre todo, tened cuidado, evitad las zonas oscuras y poco transitadas, intentad ir siempre acompañados y acompañadas cuando salgáis por la noche, y desconfiad de cualquier extraño que os invite a subir a su coche o que os genere la más mínima sospecha. No es nuestra intención crear un estado de alarma, todo lo contrario, el cuerpo nacional de policía y la guardia civil quieren que os transmitamos de su parte que están trabajando día y noche para encontrar a los responsables, que tenéis que estar tranquilos y seguir con vuestras vidas, y que muy pronto darán con ellos, no os quepa la menor duda. Muchas gracias por vuestra atención, aprovecho para desearos un buen día, hasta pronto.

Las últimas frases que dijo Santiago Miranda se perdieron entre el vocerío de los estudiantes que hacía ya unos minutos que habían pasado a la fase debate. Se marchó entre suspiros y amplias zancadas, aflojándose el nudo de su corbata con la frente perlada de sudor y la zona de las axilas de su camisa visiblemente empapada. Pero lo que Santiago Miranda no dijo, lo que Santiago Miranda no sabía, es que a esas horas, las tres chicas desaparecidas ya habían sido violadas repetidas veces, anal y vaginalmente, y que después fueron salvajemente torturadas, en un sucio y oscuro lugar, y después vueltas a violar, y que antes de ser abandonadas, ya sin vida, en una fosa con nada de común, habían sido ultrajadas nuevamente, y escupidas, y abofeteadas, y pateadas, y laceradas, y que el horror y el dolor que debieron sentir no tenía nada de humano, no tenía por qué sentirlo ningún ser humano.

—Estoy muy asustada Diego —dijo Natalia antes de abrazarse a él sin darle tiempo para reaccionar.

—No te preocupes Natalia, ya verás qué pronto las encuentran.

—Diego…

—Qué…

—No quiero que te separes de mí, tengo mucho miedo, no me dejes sola por favor, prométemelo, prométeme que no me dejarás sola —dijo ella mirándolo a los ojos.

Diego no tenía ni idea de cómo comportarse en esas situaciones, no tenía recursos humanos, en esos momentos podía escuchar la voz de su madre atormentándolo con que aprendiera a relacionarse como los demás, pero

jamás le dijo cómo hacerlo, ni cómo funcionaban en realidad las relaciones, tal vez ella no tuviera ni idea, ni tampoco le dijo qué significaban algunas palabras, ni las promesas, ni los abrazos, ni ciertas miradas. Por eso no supo qué decir más que lo que la persona que tenía delante esperaba que dijera.

—Bueno yo… lo intentaré Natalia.

—Muchas gracias Diego, eres un encanto.

Natalia alzó un poco la cabeza y le dio un beso en la mejilla, como muestra de agradecimiento, y luego otro, un poco más largo, como muestra de afecto, y otro más, esta vez acercándose a sus labios. Impasible, Diego se dejaba hacer, la energía y determinación de Natalia lo dominaban por completo, ella era como un agujero negro que absorbe planetas con la misma facilidad que alguien se traga una galleta, él se sentía como un juguete en manos de una niña caprichosa que en cualquier momento se cansaría de él y lo dejaría tirado en cualquier esquina. En lo más profundo de su ser tenía esa certeza, se lo advirtió Ariel en una ocasión, pero sus grandes carencias afectivas lo hacían tan vulnerable a las muestras de cariño que era incapaz de rechazarlas, y Natalia era una experta en llenar de besos y caricias sus momentos de indecisión y los silencios incómodos. Le quedó patente el sábado por la noche, cuando quedaron en verse porque ella quería contarle algo. Pero lo más curioso es que pasaron la noche entera hablando de temas intrascendentes sin ni siquiera llegar a rozar superficialmente el tema que a Diego tanto le había preocupado y que Natalia lo esquivaba de forma magistral cada vez que intuía que Diego trataba de abordarlo. Diego había oído hablar de las llamadas armas de mujer, pero hasta que no conoció a Natalia no le quedó patente hasta qué punto eso era cierto, ahora no le quedaba ninguna duda de que esas armas existían y de que esa mujer disponía de un armero completo. Cuando él cambiaba ligeramente el tono de su voz y hacía una pausa después de pronunciar su nombre ella lo cogía del brazo y se apretaba lo suficiente a él para que sintiera el contacto de sus pechos, desarbolándolo por completo, cuando él se quedaba mirándola con cierta tristeza y abría la boca indeciso antes de preguntar lo que ansiaba saber, ella le daba un dulce beso en la mejilla, y él se olvidaba por momentos y disfrutaba del tan ausente en sus años de vida contacto humano.

De camino a casa, una vez dejó a Natalia en la puerta de la suya y después de declinar su invitación a pasar, se pudo dedicar plenamente a pensar en Ariel, y llegó a la conclusión de que si no daba un paso al frente acabaría por perderla, y eso era algo que no se podía permitir, porque si había algo de lo que en estos momentos estaba completamente seguro era de que no se había

sentido más solo en la vida como ahora, que sabía lo que era tener a alguien ahí, pero sobre todo, era más consciente que nunca de lo que era no tenerlo.

Se plantó delante de la casa de Ariel en modo semiautomático, a veces era mejor actuar sin pensar demasiado, porque las últimas veces que había intentado establecer contacto con Ariel habían terminado en nada antes incluso de haber dado un solo paso. En su cerebro se formaba una pelota de inseguridades y de absurdas justificaciones que le bloqueaban el paso a lo que realmente quería hacer. Esperó unos segundos frente a la puerta después de tocar el timbre con su temblorosa mano, que escondió rápidamente en el bolsillo de su cazadora como el que trata de esconder el arma de un crimen.

Una mujer un poco mayor que él abrió la puerta muy sonriente y con aspecto de dedicarle un valioso tiempo a pulir su imagen delante del espejo, no le cupo la menor duda que debía tratarse de su hermana, Alba.

—Hola.

—Hola, ¿está Ariel en casa?

—¿Ariel? ¿De parte de quién?

—De Diego, un amigo suyo.

—¿Diego dices? Pues no, no está Diego.

—Vaya, pues… ¿podrías decirle que he venido por favor?

La hermana de Ariel frunció el ceño al tiempo que terminaba de borrar la sonrisa de su cara, que ya había dado pequeñas muestras de querer desaparecer cuando escuchó su nombre. Sus ojos, suavemente enrojecidos, revelaban que o bien habían estado achicando montones de lágrimas saladas o bien que esa chica estaba con resaca.

—Mira Diego, te seré sincera, mi hermana no quiere verte, y a mí la verdad es que tampoco me apetece que la veas, ni hoy ni ningún otro día, así que no, no le diré que has venido, no sé quién te crees que eres pero me parece que tienes un morro que te lo pisas al venir aquí como si nada, ¿no has tenido bastante ya con el daño que le has hecho? ¿Que se te ocurre venir aquí a reírte de ella en su cara? ¡¿Eh?!

Una fina capa acuosa cubrió los ojos de Diego, tan solo era cuestión de segundos que dos grandes lágrimas saltaran el borde de sus párpados inferiores cara abajo, hacía muchos años que no lloraba, tantos que le hubiera resultado imposible recordarlo, se le hizo un enorme nudo en la garganta, paralizándole las cuerdas vocales.

—¿Es que no vas a decir nada?, que poca vergüenza tienes de verdad… —dijo Alba haciendo ademán de cerrar la puerta y meterse dentro de casa.

—Espera… —dijo Diego con dos grandes lágrimas cayéndole por los ojos y con la garganta sofocada de lo mucho que le estaba costando que las palabras pasaran a través de ella—, yo… no sé cómo decirte cuánto lo siento… no era mi intención hacerle daño, Ariel es la mejor persona que he conocido en mi vida… y a decir verdad… la única que me importa…

—Haberlo pensado antes Diego, haberlo pensado antes, adiós —dijo Alba muy solemne.

El portazo no dio para más.

®

LA PASTA DE DIENTES

Elimina la placa bacteriana. Nueva pasta dentífrica. Verás qué sonrisa. Tus dientes más blancos. Sonrisa perfecta. Elimina el sarro. Volverás a sonreír. Miles de personas ya la han probado. Nueva pasta dentífrica. Los dentistas la recomiendan. Esos dientes no solo eran blancos, también estaban perfectamente alineados. Previene la caries. Mejora tu cepillado. Cuida tu encía. Sonríe. Tu sonrisa será la envidia de todas. Elimina las manchas sin dañar el esmalte. Usa la nueva pasta dentífrica. Porque tú te mereces sonreír, porque tú te mereces ser feliz. Científicamente probado. De venta en farmacias. Tus dientes más brillantes. Neutraliza el ácido. Equilibra el pH. Combate la caries. Usa nuestra nueva pasta de dientes. Sonríe.

®

—Doctora, doctora ¿se encuentra usted bien?

—¿Eh? Sí sí continúe por favor señor Castro.

—Bien, como le iba diciendo, creo que el tratamiento que me recetó no me está yendo nada bien doctora, y estoy realmente preocupado, muy preocupado, en los últimos días me he sentido más disperso que nunca, muy disperso, me desoriento constantemente, mucho, esta mañana sin ir más lejos me he despertado en el sofá de mi casa, vestido con ropa de ir a la calle, ¡pero estaba completamente seguro de haberme metido en la cama con el pijama! ¡Se da usted cuenta doctora! ¡Se da usted cuenta! ¡Todo esto me está trastornando! ¡¿Doctora me está usted escuchando?!

A la doctora Rueda se le habían cerrado los ojos en un par de ocasiones, tenía su cabeza apoyada en los tres primeros dedos de su mano derecha, que a su vez descansaba en el amplio reposabrazos del mullido sillón que utilizaba para sus consultas. El señor Castro le aburría profundamente, su interminable y monótono parloteo producían en ella un efecto similar al que para algunas personas supone dejarse la radio pegada a la oreja toda la noche, los tranquimazines que se había tomado por la mañana tampoco ayudaban en nada a mantener su estado de alerta habitual.

—Tiene que disculparme señor Castro, no me encuentro demasiado bien, creo que estoy atravesando un proceso gripal, continúe por favor.

—Doctora tiene que ayudarme por favor, se lo ruego, necesito su ayuda, no puedo más, me estoy volviendo loco de verdad… —al cansino tono del señor Castro se le unía una expresión de hastío permanente que al mirarlo producía una mezcla entre risa y asco.

—No se preocupe señor Castro, los síntomas que usted tiene son completamente normales, ajustando un poco la dosis del tratamiento creo que mejorará de forma notable en los próximos días, estoy convencida —dijo la doctora Rueda más para que se callara la boca de una vez que porque lo pensara realmente.

—Ya no sé qué pensar doctora, quedo en sus manos.

La doctora Rueda llevaba varios días tomando tranquilizantes y ansiolíticos para calmar sus estados de ansiedad y sus crisis neuróticas, al menos había conseguido mitigarlos, con un alto precio por cierto, porque paralizar su actividad mental conllevaba eso, paralizar toda actividad mental, lo que significaba estar lenta de reflejos, dejarse ver por la consulta sin estar presente, convertirse en un cuerpo inerte al que todo a su alrededor le resbalaba por completo.

Era como si se hubiera abierto una puerta en su interior por la que entraban con total libertad todos los miedos y paranoias de sus pacientes. Con el señor Castro había empezado todo, y con él era con quien peor lo pasaba. Ese hombre la ponía realmente enferma, de alguna forma le transfería todas sus fobias y preocupaciones, pensó seriamente en recomendarle a un colega muy bueno que estaría encantado de aceptar su caso, decirle que en algún punto la relación terapeuta-paciente se había estancado y las cosas no fluían entre ellos como se supone que deberían fluir, y eso no era bueno, sobre todo para el paciente, pero también para ella, en este caso la terapeuta. Pero su amor propio le impedía dar el paso, vivía una profesión en la que el prestigio y la reputación valían su peso en oro, en la que la mayoría de facultativos eran

hombres y la mujer se había tenido que abrir paso a codazos. Ceder un paciente ahora, y más ante un hombre, y más aún por pura incapacidad mental, hubiera sido admitir la derrota, dar por lo menos diez pasos atrás, sería un golpe demasiado duro, como echar unos cuantos palazos de arena sobre su propio féretro, sí, definitivamente le costaría mucho reponerse de esto a nivel profesional. Pensó en pasarle el paciente a la doctora Estévez, se conocían desde hacía años, incluso compartieron noches de fiesta y de ebrias y lacrimógenas confesiones durante el tiempo que estudiaron juntas en la facultad, pero a pesar de no haber tenido nunca ningún desencuentro con ella podía palparse entre ambas una eterna y mezquina rivalidad. Hacían como que se alegraban de los éxitos de la otra, cuando en realidad sus sonrisas y sus «cuánto me alegro» escondían un «qué suerte tienen algunas», y cuando escuchaban llorar a la otra porque un hombre la había dejado, no podían dejar de sonreír internamente y pensar «así es la vida bonita, ¿o es que te creías tan irresistible que pensabas que un hombre como ese no iba a darse cuenta de cómo eres en realidad?» No, no podía llamar a la doctora Estévez bajo ningún concepto, descartado, hubiera sido más insoportable aún que ceder ante un hombre. Decidió que lo mejor sería dejar pasar un poco más de tiempo y observar cómo iban evolucionando sus síntomas, y ante cualquier signo de empeoramiento se tomaría unas pequeñas vacaciones.

Esta mañana he conocido a un hombre, me ha ofrecido trabajar para él, a simple vista parece sencillo y también me ha dicho que puedo ganar mucho dinero, me ha dado un par de días para pensarlo.

Ariel no salió de casa en varios días, tenía el ánimo por los suelos. Sus padres no sabían nada en realidad, fue su hermana Alba la que la encontró, y no les dijo nada, no sabía si eso estaba bien, pero fue lo que decidió, aquella mañana, después de verla tirada en el suelo en un estado semicomatoso, se llevó un susto terrible, Alba, que no podía despertarla, se temió lo peor. La hizo vomitar varias veces, beber mucha agua, y moverse, tenía que moverse, eliminar de su cuerpo las benzodiazepinas lo más rápido posible, después ya habría tiempo de hablar sobre lo que había pasado. Y hablaron, y Ariel lloró mucho, y Alba también, casi más que su hermana, y se abrazaron más de lo que lo habían hecho en toda su vida.

Ariel le abrió su corazón a su hermana por primera vez, y de qué manera, se lo debía, se lo había ganado, y ella necesitaba hacerlo, desde hacía mucho, no podía seguir así, su mundo interior la desbordaba, si no dejaba salir algo de dentro acabaría sepultada bajo sí misma. Y le contó por ejemplo que se sentía muy sola, que no tenía ninguna amiga, no conectaba con nadie, y que nadie nunca la había besado, y se moría de tristeza de que nadie quisiera hacerlo, tampoco se veía tan mal, un poco pasada de kilos tal vez, malditos kilos de más, y le contó también que se había enamorado perdidamente de un chico que se llamaba Diego, y que él se había ido con otra, y eso la había destrozado, porque confiaba en él, pero luego la había traicionado, y que no era su intención hacerse daño, pero es que no podía dormir, hacía días que la rabia la consumía, y odiaba a sus tíos, y odiaba tener que soportarlos, como a tantos otros, como ley de vida. Y Alba escuchó, como nunca imaginó que podría hacerlo, y le aconsejó desde el corazón, y le hizo prometer que cuando estuviera mal hablaría con ella, que no volvería a hacer esas tonterías con las pastillas, y después volvieron a llorar como magdalenas, y luego llamó Diego a la puerta de casa, Alba lo despachó por no tirarle una maceta en la cabeza, y después continuaron hablando, y abrazándose, y queriéndose.

Ariel agradeció que su hermana no le sacara el tema del que no le apetecía nunca hablar, del que nunca habían hablado. Ya tendrían tiempo.

Alba agradeció que su hermana no le sacara el tema del que nunca habían hablado, le violentaba profundamente solo el pensarlo, no sabría cómo afrontarlo, ni qué decir, ni si sus ojos podrían mirarla a la cara, pero algún día tendrían que hacerlo. Algún día.

CAPÍTULO 9

SILVIA FOLCH

Silvia Folch tenía muchas virtudes, pero entre ellas no se encontraba la paciencia. Para Silvia el resto de la gente se movía a cámara lenta y ella a velocidad normal, era como si todos estuvieran parados, esperando en un semáforo en rojo, todos excepto ella, que tenía que sortear obstáculos para evitar una colisión, como ese motorista que ahora nos adelanta por la derecha, ahora por la izquierda, y ahora tenemos que pisar el pedal de freno para no atropellarlo porque lo tenemos a escasos centímetros de nuestro parachoques delantero.

No lo podía evitar, en su trabajo había una cosa que se llamaba procedimiento, otra que se llamaba cadena de mando, y otra, por contra, que se llamaba eficiencia. Para ella las dos primeras suponían un obstáculo para la tercera, pero eso es algo que solía guardarse para sí misma, el resto de policías digamos que no bendecían esa forma de trabajar, digamos que la hubiesen atado a un tronco y prendido fuego si hubiésemos estado en la edad media, bruja, o sentado en el garrote en otra época más oscura, traidora. Cuestionar una orden no estaba bien visto, dudar de la integridad de un compañero era empezar una guerra, y dejar que un asesino o un violador trabajara a sus anchas hasta que cometiese algún error era «estamos haciendo todo lo que podemos», era «ya lo atraparemos la próxima vez».

Cuando le dijeron que en algún punto entre la escena del crimen y el laboratorio de la policía científica se había extraviado la única prueba de peso que tenían del asesinato de Nuria Estrada se echó las manos a la cabeza, por no echárselas al cuello de algún inepto. Sus compañeros bebían cerveza en un bar, celebrando el final de un duro día de trabajo, celebrando que estaban vivos, pero Nuria Estrada no lo estaba, Silvia preguntó a todos los responsables de la custodia de las pruebas, en tan solo unos días Nuria hubiese cumplido la mayoría de edad, su jefe, el Inspector Romero, le dijo que se calmara, que eso eran cosas que pasaban, y que estaba empezando a molestar a algunos compañeros, a Nuria le habían arrancado hasta el último diente mientras alguien le producía grandes desgarros en su vagina, a Silvia tuvieron que sacarla a la fuerza del laboratorio de la científica, no era

competencia suya estar allí, además resultaba muy desagradable que alguien dudase de su profesionalidad, que a lo mejor era ella la que no era de fiar, a Nuria Estrada le habían golpeado tan fuerte en la cabeza que no tenía ni un suelo hueso sin romper, que su madre solo pudo reconocerla por el pequeño lunar que tenía justo en el centro de la base del cuello, entre las dos clavículas.

CAPÍTULO 10

YO ME VOY, TÚ TE QUEDAS

—¿Por qué estas llorando?

—No estoy llorando, es que… se me ha metido algo en los ojos…

—¿Es por un hombre verdad?, los hombres siempre os hacemos llorar.

—Bah… eso es lo que vuestro infinito ego os hace pensar, que lloramos por vosotros, pero no sabéis cuanto os equivocáis.

—No, es verdad, siempre lo hacemos, sabes que tengo razón, llevamos cientos de años haciéndolo, no sé por qué, pero es una auténtica pena, y a mí, particularmente, me parecéis los seres más bellos del planeta, no os merecéis esto, pero en fin, las cosas son como son.

—En eso tienes razón, somos mejores que vosotros, siempre tan egoístas y siempre tan… tan cabrones ¡joder!

—Vale vale, tampoco te pongas así, que yo no te hecho nada, solo intentaba ser amable.

—Perdona, es que no sé cómo he sido tan estúpida joder, cómo he podido estar tan ciega de no ver al tipo de hombre que tenía delante, y eso es lo que más furiosa me pone, haber sido tan ingenua.

—Mejor ser ingenua que ser un gilipollas ¿no crees?

—Bueno… ya no sé qué pensar la verdad… a lo mejor me iría mejor si fuera un poco más como alguna de mis amigas, que no le cogen cariño ni a su padre.

—No te creas, tu lloras por fuera, pero a lo mejor ellas lloran por dentro, a veces las cosas no son lo que parecen, tú debes saberlo, por eso estás aquí, sentada en la puerta de una discoteca, sola, llorando por alguien que no era lo que parecía.

—Es posible…

—Bueno pues… yo ya me iba… mañana me espera un duro día de trabajo, ha sido un placer… —dijo tendiéndole la mano y haciendo una pequeña pausa—. Soy Pedro.

—Encantada Pedro, y yo María, bueno pues… hasta otra…

—¿Quieres que te lleve a algún sitio o algo?, tengo el coche aquí mismo, no me importa de verdad, así podemos seguir hablando un rato, si tú quieres

claro.

—No te preocupes Pedro, creo que voy a entrar a despedirme de una amiga y luego me cogeré un taxi, pasan muchos a estas horas.

—Como quieras… pero ya te digo que de verdad que no me importa, si quieres puedo esperar un poco.

—No en serio Pedro, sería abusar demasiado, además, tu mañana trabajas ¿no?

—Es verdad, se me había olvidado, bueno pues, hasta otra María.

—Hasta otra Pedro.

Él inició el camino hacia su coche, lentamente, buscando las llaves en su bolsillo, muy lentamente.

Ella pensó en entrar a la discoteca a despedirse de su amiga, pero no le apetecía tener que ver al estúpido de su (ex) novio, quería irse a casa, y descansar, y dormir hasta que le doliesen los ojos, y levantarse al día siguiente para ayudar a su madre a hacer la tarta de cumpleaños de su hermano pequeño, así que se giró, vio que Pedro todavía estaba en su campo de visión.

—¡Pedro! —dijo María acelerando el paso—. ¡Pedro! ¡Espera!

—¿Sí? —dijo Pedro haciéndose el sorprendido.

—He cambiado de opinión, si aún está la oferta disponible claro —dijo María sonriendo por primera vez desde que se habían visto.

—Claro, faltaría más, vamos.

Hoy hemos tenido una discusión muy fuerte, nunca nos habíamos hablado de esa forma, sobre todo yo, le he gritado, nunca antes le había levantado la voz, creo que Carla ya no está enamorada de mí.

Alfonso Cobo no estaba de humor esa mañana, ese desgraciado del Gallo lo había dejado en evidencia, se lo dijo bien claro, explicado de la mejor forma posible, pero al parecer no le había prestado la más mínima atención, y pasó lo que tenía que pasar. Ese inútil enterró a una de las chicas como el que planta un árbol, a escasos centímetros de la superficie, y ahora le tocaba a él arreglar el entuerto y rezar para que el nuevo hiciera lo que tenía que hacer.

—Dime Alfonso, ¿qué querías? —dijo el Gallo con esa actitud de tú a mí no me dices lo que tengo que hacer.

—¿Qué quería?, no, nada, solo me apetecía verte la cara ¡¿pero tú eres tonto o te lo haces?! ¡¿Qué coño te dije acerca de enterrar un cuerpo?! ¡¿Eh?!

—Alfonso no podía esconder su vena macarra cuando las cosas no salían como él quería, algo que había sido una constante durante toda su vida.

—Mira Alfonso, estoy hasta los huevos de que me hables así, a mí no me llama tonto ni mi puta madre que en paz descanse, ¿me entiendes?, lo que pasó fue un accidente que le puede pasar a cualquiera, nada más, así que deja ya de tocarme los huevos porque al final me vas a hacer enfadar de verdad puto viejo de los cojones —el Gallo se había ido creciendo con cada una de las palabras que salían por su boca, con cada uno de los silencios de Alfonso, él era el Gallo, y al Gallo nadie lo llamaba tonto desde hacía muchos años, todos sabían por qué.

—Vale chaval, vale, tampoco hace falta que te pongas así hombre, yo solo quería enseñarte alguna cosilla que he ido aprendiendo con los años, y bueno, de paso decirte algo que la última vez que nos vimos puede que… quiero decir que a lo mejor no te quedó demasiado claro alguna cosa —dijo Alfonso con esa mirada que era difícil de determinar si tenía los párpados medio abiertos o medio cerrados, parecían dos de esas viejas persianas que se quedaban atascadas en medio de una ventana y que no iban ni hacia arriba ni hacia abajo.

—¿Qué pasa ahora?

—No pasa nada Gallo, es solo que, ¿ves eso de ahí? —dijo Alfonso señalando un viejo horno crematorio de grandes dimensiones, en el centro se podía ver una abertura en forma de semicírculo, cerrada con una puerta de hierro fundido, en el centro de la misma tenía una pequeña ventanita de cristal anticalórico.

—¿El qué?

—Joder Gallo… pero mira que eres tonto… —Alfonso quería terminar cuanto antes con todo esto, el Gallo apretó los puños y frunció el ceño cuando volvió a escuchar la palabra prohibida—. Eso es un horno crematorio, ahí dentro, cuando la cosa se pone caliente de verdad, el pelo desaparece en cuestión de segundos, la piel y la grasa se derriten igual de rápido que un trozo de mantequilla en una sartén, y los huesos, en fin, los huesos son lo que más tarda, pero al final acaban siendo tan solo un montón de cenizas, así que venga, para dentro —dijo Alfonso sacando la pistola y apuntando al Gallo con una media sonrisa que daba la impresión de que en esa cara tan solo se podía mover uno y a lo sumo dos músculos a la vez.

—¿Pero qué coño Alfonso? ¡Guarda eso hostia! —Al Gallo se le habían subido a la garganta.

—Eso digo yo, coño, que entres ahí de una puta vez joder, ¿cuánto pesas? ¿Noventa kilos? que yo ya no estoy para mover tanto peso chaval…

—Me cago en Dios… —dijo el Gallo acercándose a Alfonso con la misma determinación que alguien que se lanza a por un billete que acaba de ver en el suelo.

Alfonso apretó el gatillo sin ni siquiera pestañear, en el cuello del Gallo se formó un agujero tan grande que alguien con los dedos pequeños podría haber metido un par allí dentro sin ningún problema, el cuerpo del Gallo se desplomó en el suelo como una de esas demoliciones controladas, poco a poco, de abajo a arriba. Alfonso Cobo maldijo las dos hernias lumbares que lo tenían enganchado de la espalda cada dos por tres y se puso manos a la obra, su mujer lo esperaba en casa para cenar. Cuando terminó de meter el cuerpo del Gallo dentro del horno lo roció con una botella de queroseno líquido y prendió una cerilla, se encendió con ella un cigarro y la echó sobre el cadáver del Gallo, en cuanto la carne empezó a oler a quemado y el humo dejó de ser negro para ser gris espeso, Alfonso recordó haber olvidado algo muy importante, algo que ese inútil del Gallo se había llevado consigo al otro mundo y que acabaría trayéndole problemas, olvidó preguntarle dónde narices había enterrado a las otras dos chicas, que ya no le cabía ninguna duda que viendo lo que el Gallo entendía por deshacerse de un cuerpo acabarían por aparecer tarde o temprano.

Se lo había dejado bien claro, la hermana de Ariel, tenía carácter esa mujer, que no volviera más por allí, pero ya hacía una semana que no la veía por clase y no hacía otra cosa que pensar en ella, más que nunca, más que la primera vez que se vieron. Si ese día no la veía en clase, se armaría de valor y volvería de nuevo a la carga, a su casa, se enfrentaría con quien fuera, de algún modo sentía que la quería, más que había querido a nadie en su vida, y no se lo había dicho nunca, tampoco él lo sabía entonces, tampoco ahora lo sabía a decir verdad, en cualquier caso sentía por ella una dependencia total. No se había parado a pensarlo antes, pero ahora mismo, justo cuando más lejos la tenía, la veía la mujer más hermosa del mundo.

Natalia lo absorbía mucho más de lo que a él le hubiese gustado, lo había invitado más veces a ir a su casa, para estudiar, o para ver juntos la tele, pero él había declinado la invitación cada una de las veces. No veía la forma de decirle, de preguntarle, qué quería de él exactamente, porque lo que tenía claro es que a esa mujer no le interesaba otra cosa que no fuera su propio

interés, y él todavía no sabía cuál era su papel en todo aquello. Ella recurría a menudo a los acercamientos físicos, muchos de ellos más propios de una pareja de enamorados que de amigos, pero nunca había cruzado nunca esa línea de indecisión que en ocasiones pudiera haber entre dos amigos que no saben si son algo más o si son algo menos. Lo mantenía en vilo, o al menos esa parecía su intención, con la eterna promesa latente de que la próxima vez, cuando estuvieran a solas, podría llegar a tener alguna oportunidad de tocarla, o de que ella lo tocara a él, o de que los besos no fueran en las mejillas, sino en los labios. Pero la realidad es que a él eso le importaba poco, o mucho quizá, pero no como ella pensaba, él lo que quería es que no lo tocase, ni que lo besase en los labios, ni que se produjera ninguna otra situación incómoda entre ellos dos, porque si alguna vez había sentido algún tipo de interés físico por ella este ya había dejado de existir, las primeras veces tal vez, no podía engañarse, se había sentido intimidado, impresionado, por su determinación y su energía, y sí, si ella hubiese querido que pasara algo más entre ellos dos hubiese pasado sin lugar a dudas, demasiado hipnotizado por sus maneras dominantes y su atractivo natural como para interponerse ante sus deseos, ante esa sonrisa tan blanca, tan perfecta, tan artificial. Pero a pesar de haber estado en una cueva toda su vida, aprendía a pasos agigantados, y había aprendido por ejemplo que aceptar algo de alguien podía suponer tener que rechazar algo de otra persona, que en la vida de las relaciones humanas se producían incompatibilidades, estás conmigo o contra mí, y había experimentado en sus propias carnes, por ejemplo, que a veces, a quien más quieres, es precisamente a quien más daño haces. Por eso tenía que acabar de la forma más pacífica posible su extraña relación con Natalia, porque sería inexperto, pero no estúpido, estar con Natalia era igual a no estar con Ariel, y llegados a ese punto, no tenía ninguna duda de a quién prefería.

Ariel no tenía ganas de hablar con él, lo había visto en clase, levantando la cabeza como un pollo para buscarla por encima de las demás cabezas que hacían como que atendían las habladurías de un cansado profesor, pero no la había visto, se había sentado en las últimas filas, en un extremo, medio recostada en la silla, hubiera sido muy difícil que la viera, la clase era muy grande, había muchos alumnos, ella en cambio sí podía verlo a él, que estaba sentado donde solía hacerlo con ella, en las primeras filas, pero en lugar de ella era la pedorra de Natalia la que tenía a su lado. Qué mal le caía esa mujer,

no podía evitarlo, siempre con sus sonrisitas y sus sobeteos, qué falsa y qué aprovechada le parecía, qué estúpido era Diego al no verlo.

En los cambios de clase tendría que darse prisa, y ser muy cauta, no le apetecía tener que cruzarse con él, y menos con esa pedorra al lado, no sabría cómo reaccionaría ante tal situación, qué humillación más grande, porque le quedaba bien claro cuál eran las intenciones de Natalia, y una de ellas era reírse en su cara. No conocía a Natalia personalmente, pero sí que sabía quién era. Le habían hablado de ella en el instituto, y no era la primera vez que hacía algo así. Localizar a una presa, masculina, a poder ser con novia, luego ella se acercaba como una conejita asustada, necesitada, buscando llamar la atención y despertar la compasión en el hombre que había escogido, y una vez lo tenía a sus pies, disfrutaba durante un tiempo de su victoria, sobre la otra mujer, viendo en sus ojos la envidia y la rabia porque había sido dejada por otra, que era más simpática, más resuelta, más atractiva, irresistible para cualquier hombre. Por último, cuando se cansaba o se aburría lo dejaba por ahí tirado, pero de una forma sutil, haciéndolo de un modo que pareciera ella la ofendida, o que las cosas no habían funcionado porque él se había vuelto extremadamente posesivo, algo que por cierto se había encargado de alimentar ella misma. Esa era la pauta que Natalia solía repetir una y otra vez, solo que en esta ocasión, ella era la víctima, la mujer abandonada, y eso la enfurecía tremendamente, pero no tenía ni fuerzas ni ganas de enfrentarse a ella, si él había sido tan estúpido de no valorarla más tampoco merecía la pena.

Por fin, allí estaba, sentada en un banco comiendo una manzana, preciosa, más de lo que imaginaba, qué idiota había sido, qué cobarde al no haber cortado antes su historia con Natalia. Las manos le sudaban, era su oportunidad, cuando esa manzana se terminara o cuando esa nube tapara los rayos de sol de los que a todas luces disfrutaba, se esfumaría, y no sabía cuándo se volvería a encontrar con una oportunidad tan franca como aquella, era ahora o nunca.

Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de un momento de paz consigo misma como el de ahora, como solía hacer, disfrutando de las cosas pequeñas, se lo había dicho su hermana, qué buenos consejos le había dado, empieza por recuperar sensaciones, déjate deleitar por los pequeños placeres de la vida,

disfrútalos sin prisa, date un merecido respiro, ya habrá tiempo para pensar en cosas de mayor envergadura, ahora lo importante es que cojas fuerzas, que te dediques a ti misma. Cuánta razón tenía. Por eso no escuchó los dubitativos pasos que se aproximaban hasta donde ella descansaba, con los ojos cerrados, saboreando esa manzana.

—Hola.

Ariel se giró lentamente abriendo un poco los ojos, el sol la deslumbraba, lo vio ahí parado, con cara de no haber roto un plato en su vida, no quiso ni responderle, su hermana le había recomendado que no lo hiciera, al menos de momento, así que siguió a lo suyo con su manzana.

—¿Te importa si me siento un poco aquí contigo Ariel?

—Haz lo que quieras, yo ya me iba.

Ariel se levantó del banco al tiempo que Diego se estaba sentando.

—Ariel, por favor, necesito decirte algo, te prometo que solo será un minuto, luego no volveré a molestarte nunca, de verdad, si es eso lo que quieres.

Ariel se había quedado medio paralizada, su hermana no le había advertido sobre esto, cómo se dice «no» cuando quieres decir «sí», sé fuerte, se imaginó que le decía.

—Se breve por favor, tengo algo de prisa —dijo Ariel evitando mirarlo directamente a los ojos.

—Ariel… verás yo… no sé cómo decirte esto pero… quería que supieras… que eres la persona más maravillosa que he conocido en mi vida, y que desde que no nos vemos… bueno en realidad… no sabes cuánto me odio por haberte hecho daño… es algo que no me perdonaré en la vida…

Se le estaba ablandando el corazón, había pasado horas y horas hablando con su hermana, pero llevar la teoría a la práctica iba camino de convertirse en un fracaso estrepitoso, aun así creía tener todavía algo de fuerza para aguantar el tipo un par de minutos más.

—¿Has terminado?

—No, todavía no, sé que irme de esa forma con Natalia no estuvo bien Ariel, ahora lo sé, y me arrepiento no sabes cuánto por ello, te juro que no lo hubiese hecho de saber que eso te haría daño, pero si te soy sincero, esa chica no me importa lo más mínimo, me fui con ella porque no supe cómo decirle que no, te parecerá extraño, pero soy un completo inútil en cuanto a las relaciones personales se refiere, y un auténtico desastre en cuanto a retener a la única persona que me importa cerca de mí.

Ariel no podría retener durante mucho más tiempo los sollozos que se acumulaban detrás de su pecho, necesitaba tanto lo que estaba oyendo que era incapaz de mantenerse impasible, Alba, lo siento, pero no soy tan fuerte como tú, levantó tímidamente los ojos un par de veces para mirar si esas palabras salían de la boca de Diego o solo se lo estaba imaginando, él tenía los ojos envueltos en lágrimas, pero había aguantado como un espartano para no derramar ni una sola gota, para mostrar entereza y no recurrir al viejo recurso de la lágrima fácil, esas lágrimas, aunque ausentes, eran de verdad.

—¡Diego! ¡Diego! ¿Pero dónde te me habías metido? —dijo a lo lejos Natalia, que se acercaba a pasos apresurados al lugar donde se encontraban ellos, cómo le brillaba el pelo, qué bien se ajustaban los vaqueros a sus piernas, qué aroma desprendía su cuerpo cada vez que movía un poco los brazos.

—Obras son amores, y no buenas razones —dijo Ariel mirando a Diego fijamente a los ojos por primera vez en muchos días mientras Natalia terminaba de llegar.

—¡Diego! ¡Por fin te encuentro! Llevaba rato buscándote, ¿nos vamos? —dijo Natalia mientras lo cogía del brazo y se lanzaba a darle uno de sus sonoros y salivosos besos en la mejilla, no esperaba que Diego apartase la cara como el boxeador que esquiva el primer golpe en un combate de boxeo.

—¿Pero qué haces? Ven anda no seas tímido. —Natalia volvió a intentarlo, esta vez tratando de coger la cara de Diego con sus dos manos para estamparle, esta vez sí, un beso en todos los labios, pero Diego, de nuevo, evitó que entraran en contacto con un movimiento de cabeza hacia atrás.

—¿Pero estás tontito hoy o qué te pasa?

Ariel disfrutaba con lo que estaba viendo, la situación le parecía como poco algo graciosa, algo surrealista también. Ese chico la estaba sorprendiendo, no era nada fácil rechazar a una mujer como Natalia, y menos para un hombre como Diego, que no es que anduviera muy sobrado de mujeres.

—Mira Natalia, no sé cómo decirte esto, pero no me gusta eso que haces.

—¿De qué estás hablando? —Por la boca de Natalia estaba a punto de salir ese humo lento y espeso que precede a la erupción de lava volcánica.

—Mira da igual… no tiene importancia… —Diego lo sabía, siempre lo había sabido, eso era intuición y lo demás son tonterías, que cuando llegara este día Natalia no se lo pondría nada fácil.

—¿Qué? ¡No, sé un hombre y da la cara! ¡¿Qué es exactamente lo que no te gusta eh?!

—De verdad déjalo Natalia, no me apetece discutir ahora.

—¿Pero tú quién te has creído que eres para hablarme así? ¡¿Eh?! ¡No eres más que un pobre desgraciado que no tiene ni dónde caerse muerto al que le ha tocado la lotería teniendo una mujer como yo a su lado! ¡¿Y te atreves a hablarme de esa manera?! ¡¿A rechazarme?!

Natalia estaba descontrolada, Diego tenía experiencia en soportar sobre sus hombros reprimendas peores que esa, hubiera estado bien contemplar un asalto Mercedes vs Natalia.

—Yo no te pedí nada Natalia, y me gustaría que dejaras de darme besos y de tocarme, y si acaso también, de intentar que haga siempre lo que tú quieras, porque te aseguro que eso no va a suceder más.

—¡Oh! Así que ahora al perro faldero le ha dado por enseñar los dientes, pues te diré una cosa, y espero que no lo olvides, no vales absolutamente para nada, has sido una auténtica pérdida de tiempo, y por supuesto que no quiero volverte a ver, ¡ni lo sueñes maricón de mierda!, pero esto no va a quedar así, te aseguro que te arrepentirás de esto Diego, no sabes cuánto. Vete con la perra esa chupapollas, a ver si os aprovecha —dijo mirando a Ariel con desdén y dándose media vuelta para marcharse.

—Natalia, si aquí hay una perra, chupapollas, falsa, mentirosa, aprovechada y manipuladora, créeme, esa eres tú. —Diego había empezado a sentir hacía unos segundos como todo su miedo y toda su inseguridad se desvanecían, igual que las nubes negras que dejan paso al sol después de haber soltado hasta la última gota de lluvia.

Natalia se giró con una mirada asesina, sí, a veces las miradas cometían verdaderas atrocidades, con las mandíbulas tan apretadas que parecía que estaba intentando partir una nuez con las muelas, dio dos rápidos pasos hacia Diego y le arreó un sonoro bofetón con su mano derecha que casi le gira la cara, a Diego no pareció importarle demasiado, se quedó mirándola sin mostrarle el mínimo temor. Natalia cargó su brazo izquierdo, se iba a enterar de quién era ella, Diego interceptó el golpe rodeando con su mano derecha la estrecha muñeca de Natalia, ella no lo vio venir, él se movió tan rápido como un pensamiento fugaz y pasajero, no es la primera vez que se sentía así, no recordaba cuándo fue la última, ni si había sido en sueños o en la vida real, pero en su cara se dibujó una pequeña sonrisa, un preciso movimiento hacia abajo y le hubiera partido los dos huesos largos de la muñeca, el cúbito y el radio, ella soltó un grito de rabia, de impotencia, de dolor, él le sostuvo la mirada, no quería que la olvidara, en los ojos de Natalia era difícil distinguir si lo que había ahora era odio o miedo. Diego aflojó su mano y Natalia se

marchó soltando un escupitajo al suelo mientras se pasaba una mano por su maltrecha muñeca, no tenía ni idea de lo cerca que había estado de tener que pasar por el quirófano, de tener que llevar una buena temporada su mano escayolada.

—Vaya, eso ha debido de doler —dijo Ariel sin poder ocultar una medio sonrisa viendo como Diego se pasaba la mano por su mejilla enrojecida, ella tampoco podía saber todo lo que acababa de pasar por la mente de Diego.

—Créeme, no tanto como no tenerte cerca de mí —dijo Diego tratando de apartar de su cabeza esa sensación de haber estado a tan solo unos milímetros de hacer algo de lo que tal vez podría haberse arrepentido.

Ariel no pudo aguantar más, los labios le temblaban, estaba a punto de echarse a llorar, o a reír, en cualquier caso esta vez era de felicidad, no de tristeza, se abalanzó sobre Diego y lo abrazó con todas sus fuerzas, y respiró de nuevo su aroma en el nacimiento de su cuello, y pudo sentir sus inexpertas manos abrazándola a ella, y cerró los ojos, no tenía por qué decirlo, pero le apetecía decirlo.

—Te echado mucho de menos Diego.

—Y yo a ti Ariel, no sabes cuánto.

—No me hagas esto nunca más ¿vale?

—Te lo prometo.

®

EL DESODORANTE

Una nueva fragancia. Nunca te abandona. El desodorante que cuida tu piel. Máxima eficacia durante todo el día. Máxima suavidad. Ahora sin alcohol. El desodorante con el que dejarás huella. El que nunca te abandona. Un hombre con el torso desnudo y con un bronceado de ensueño rociaba sus perfectos pectorales y sus sensuales axilas, sonreía. Durante todo el día. Unas mujeres se veían muy atractivas con sus diminutos bikinis que apenas ocultaban unos pechos muy por encima de la talla media y que a cada paso luchaban por salir dando golpecitos en la tela que a duras penas los sostenían, sus caderas se contoneaban al andar, qué bonita forma de andar, el hombre sonreía con un aire misterioso, viéndolas llegar, como el que tiene la llave de la felicidad, a su alrededor revoloteando como mariposas polinizando una bella flor, se veían tan bien,

ellas y él, qué bonita la luz del atardecer, qué relajantes las olas del mar. Nunca te abandona. El desodorante que cuida tu piel, el más refrescante. Durante todo el día. Máxima eficacia.

®

—¡¡¿¿Por qué me haces esto??!! ¡¡Suéltame por favor!! ¡¡Por favor!!

¡¡No me hagas daño por favor!!

—Ya te lo dije, pero no quisiste escucharme, los hombres siempre hacemos llorar a las mujeres.

—¡¡Por favor, por favor Pedro!! ¡¡Déjame marchar, no diré nada de verdad!!

—A mí en realidad esto no me va sabes, pero es lo que hay, solo serán unas horas, después podrás descansar —dijo acariciándole el pelo con cierta ternura.

—¡¡¿De qué va todo esto Pedro?!! ¡¡¿Eh?!! ¡¡Por favor déjame ir!! ¡¡Tú no eres así!!

El hombre que se hacía llamar Pedro cogió una pelota de goma y se la puso en la boca sujetándola con un poco de cinta aislante, María no dejaba de gritar, ni de llorar, ni de moquear, ni de maldecir, ni de gemir.

—Mira, creo que por el momento, lo mejor será que te cierre un poco la boca, a mí no me importa que grites la verdad, estás en tu derecho, pero te van a venir a ver, y no quiero que los recibas de uñas entiendes, podrían sentirse molestos y violentarse, y si te soy franco, no me gustaría que te hicieran más daño del que ya te van a hacer entiendes. Me caíste bien, no sé muy bien por qué te quieren a ti, pero parecían bastante enfadados cuando me dieron esa foto en la se te veía tan bien, y luego te vi allí, tan sola y desvalida, me dio hasta pena la verdad, ¿pero es que nunca te han dicho en casa que no te subas al coche de un desconocido niña? En fin, no es momento ni lugar para lamentaciones, lo hecho, hecho está. Yo me voy, tú te quedas. Adiós María, se fuerte y reza por qué esa gente consiga lo que quiera de ti cuanto antes —dijo dándole un tierno beso en la frente antes de abandonar el oscuro y sucio lugar en el que se encontraban.

Después se apagaron todas las luces.

CAPÍTULO 11

MEJOR LLEGAR TARDE QUE NUNCA

†
DESAPARECIDA

María García Espinosa

Edad: 18 años
Estatura: 165cm
Pelo: Rubio, largo
Ojos: Castaño claro

Fue vista por última vez cerca de la discoteca Monte de Venus.
Llevaba puesto un vestido blanco, chaqueta vaquera color azul, medias negras y botines negros.
Urge encontrar a esta persona. Preste máxima atención a cualquier tipo de información que pueda revelar su paradero. Rogamos máxima colaboración.
Ante cualquier tipo de información llame inmediatamente a la policía o a la guardia civil.

Teléfonos de contacto: 132 00 23 - 129 00 44
†

Los siguientes días fueron simplemente inolvidables. Diego y Ariel se veían a todas horas, se llevaban incluso mejor que antes de discutir, quedaban juntos para ir a la facultad, y también al terminar las clases, por las tardes, cuando iban a tomar algo, y se dejaban sorprender por los atardeceres, y los atardeceres se dejaban sorprender por los anocheceres, de repente, que los acogían en su cálida penumbra, en un banco de algún parque, o en un bar que hacía esquina, o en la biblioteca de la facultad, que solía estar semivacía.

Ariel le contó a su hermana lo que había pasado con Diego y con Natalia, con todo tipo de detalles, y Alba la entendió, no le hizo ni un solo reproche, no lo necesitaba, ni ella tampoco, estaba orgullosa de su hermana, y quedaron en que tendrían que verse algún día, Diego y Alba, de nuevo, porque no es que hubiesen quedado precisamente bien, y Ariel quería que lo intentaran, conocerse.

Diego era una persona totalmente diferente a la que era hacía solo unos meses, eso le repetía su madre una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, no paraba de repetírselo. Pero las palabras de su madre ya no le hacían el daño que le hacían antes, ahora, lejos de sacarlo de sus casillas, incluso

cuando la veía desgañitarse delante de él, lo que sentía era cierta lástima, por esa pobre mujer, infeliz, que se había amargado la vida, y que la pobre no había sabido transmitirle otra cosa que no fuera eso, amargura. De todas formas no soportaba que lo tratase como un inútil, o cuando se ponía especialmente violenta, después de todo uno no es de piedra. Sus insultos habían subido de tono en los últimos tiempos, tanto que más que insultos eran auténticos ataques, incluso a veces parecían provocaciones deliberadas, eran «perro asqueroso», eran «maricón de mierda», «hijo de puta malnacido», eran «nunca vas a ser nada en esta vida, aparte de una gran y asquerosa mierda».

En la facultad no se hablaba de otra cosa, las espantosas desapariciones que estaban asolando la ciudad, llenando las calles vacías de miedos y de inseguridades, de sospechosos habituales al menor indicio de salirse un poco de los márgenes de la normalidad, cambiando la inocencia y la ingenuidad por el recelo y el exceso de prudencia. Después de todo la policía no parecía haber detenido todavía a ningún sospechoso, no parecía que estuviera cerca de detenerlo, aunque nunca se sabía, alguien podría cometer algún error, algún día, y que alguien lo viese. Ariel y Diego incluso se sentían mal, a veces, por estar viviendo la época de mayor felicidad de sus vidas en un tiempo en el que habían tantas familias sufriendo, tantas familias temiéndose lo peor, en las que los toques de queda y la puntualidad en las horas de llegada a casa se habían convertido en tema de importancia capital, «si vas a venir más tarde avisa, por favor», decían, «prométeme que no hablarás con ningún extraño, y menos aún que aceptarás una invitación de alguien a quien acabas de conocer, prométemelo».

Pero a veces, lo que no sabían, es que los extraños no lo eran tanto, y que los conocidos, otras veces, tampoco eran lo que parecían. Uno nunca podía estar seguro a ciencia cierta, uno nunca sabía, lo que podía esconderse detrás de alguien, o delante, aunque era imprescindible que no se viese, siempre y cuando estuviese escondido.

Antes de abrir el sobre con los resultados de la científica, y después de haber tenido que soportar las duras palabras de la forense asignada al caso, Mireia Olmo, con el corazón de brazos cruzados, Silvia Folch se había estado imaginando justo lo que detrás de todas esas palabras técnicas se escondía, que no tenían nada, ninguna coincidencia en las huellas. Al menos ahora sí que sabían con certeza que en el salvaje asesinato de Nuria Estrada habían

participado varias personas, muchas, eso decían las más de diez muestras de ADN diferentes que habían identificado en su cuerpo.

A Silvia le hacía mucha gracia, por no decir que se ponía histérica, cuando la gente en general y sus compañeros de trabajo en particular sacaban a relucir la palabra «científica». Utilizaban esa palabra como argumento irrefutable, antes o después de decir algo de suma importancia, cuando querían dotar a sus meras opiniones de un cariz especial, documentado, incuestionable, aunque aquello que acabaran de decir fuera una completa estupidez, aunque el científico responsable de ese supuesto avance en el campo del conocimiento humano no fuese más que un seudoanalfabeto con un trabajo mal pagado y a tiempo parcial en alguna revista que confundía la investigación científica con la elucubración. Por eso cuando escuchaba la palabra «científica» detrás de la palabra «policía» ella no podía evitar que el cinismo ocupara la silla que estaba reservada para la expectación, la esperanza o la admiración.

No se consideraba una persona pesimista, aunque sí desconfiada, la prueba que se había perdido podría haberles llevado a algún sitio, pero había desaparecido de forma misteriosa, y si algo tenía claro es que esas cosas no pasaban por accidente tal y como le había dicho su jefe, Claudio Romero. Cuando vio el cuerpo de Nuria Estrada envuelto en aquella sábana blanca supo de inmediato que aquel no era un crimen como los demás. Ella no experta en tejidos, para eso ya estaba la «científica», pero sí tenía las suficientes nociones para saber que la trama de esa tela era mucho más espesa que la urdimbre, y que a ese tipo de tejido se le conocía como popelina. La densidad de hilos era enorme, lo había visto en un curso al que acudió con Manuel sobre análisis de pruebas no destructivos, y si aquello no era algodón egipcio de alta densidad debía tratarse de algún otro parecido, algodón pima por ejemplo, en cualquier caso eran dos de las fibras más caras que se podían comprar. Eso le decía dos cosas, primero, que el propietario de esa sábana era posible que estuviera implicado en el crimen, precisamente esa era la prueba que había desaparecido y a no ser que alguien se dedicase a ir por ahí deshaciéndose de sus sábanas de lujo como si tal cosa alguien se había encargado de hacerla desaparecer para evitar cualquier tipo de análisis que se le pudiera practicar, y segundo, que debía de tratarse de alguien con el suficiente dinero como para que no le importase envolver un cadáver en esa tela como si fuese una bolsa de basura.

Tendría que andarse con mucho ojo porque por su cabeza empezaba a rondar la idea de que quizá hubiera una o más personas de dentro de la policía

que trabajara para los responsables de ese crimen y quizá, todavía no lo tenía claro, del resto de desapariciones.

De entre todos sus compañeros tan solo confiaba plenamente en Manuel, lo conocía desde hacía algunos años, habían compartido muchas cosas juntos, se habían guardado la espalda en más de una ocasión, contado intimidades que nadie más conocía, pero Manuel era uno de esos policías de la vieja escuela, de los que recibe órdenes sin preguntar, de los que no dudan, contarle algo a él hubiese sido una pérdida de tiempo, a no ser que le mostrara pruebas palpables de que alguno de sus compañeros estaba filtrando información o haciendo desaparecer pruebas más le valía guardarse para ella sus pensamientos.

Lo que más impotencia le daba era tener que quedarse de brazos cruzados a la espera de que a su jefe le diera por abrir una nueva línea de investigación, parecía que tuviera miedo de adelantarse por una maldita vez en su vida a los pasos de la delincuencia, estar esperándolos en lugar de que un cadáver o una nueva desaparición te esperase a ti. Esa era la única forma de trabajar que conocía y por la que hacía pasar al resto, y nadie, a excepción de ella, parecía estar en desacuerdo con ese procedimiento. Para Silvia eso no era más que una actitud cobarde y rutinaria, cualquier cosa que supusiese ponerse en peligro no entraba en los planes de su jefe ni de ninguno de ellos.

La doctora Rueda empezaba a recuperar el control, a ser ella misma otra vez, tenía a la ansiedad contra las cuerdas, a los estados de hiperactividad mental encerrados bajo llave. Había encontrado un antídoto, gracias a su ex novio, Alex. El sábado por la noche habían quedado para tomar algo y de paso, contarse cómo les iba la vida, algo que solían hacer de tanto en tanto. Fue después de cenar, el vino la animó mucho, le sentó de maravilla, se subió al coche de Alex, tratando de que al sentarse la falda negra de tubo que se había puesto esa noche no enseñara más de la cuenta, no quería que él se pensara lo que no era, pero con ese nuevo maquillaje que se había comprado para la ocasión la verdad es que estaba arrebatadora. Cuánto tiempo hacía que no se lo pasaba tan bien, que no sonreía. Alex le dijo que le diera un par de minutos, que enseguida pondría en marcha el motor e irían a tomar algo a algún local de la zona, sacó una pequeña bolsita con polvo blanco y dibujó dos finas líneas sobre su propia cartera, enrolló un billete y esnifó una de las rayas, después le tendió el billete enrollado a ella. La cogió por sorpresa, no tenía ni idea de que Alex consumiera cocaína o lo que fuera eso, y se encontraba tan

bien, tan animada, que de repente le apeteció muchísimo probarla, porque a ella siempre le habían sentado de maravilla las drogas, al menos las que había probado, las que iban con recta médica. Y la boca se le hizo literalmente agua, incluso se excitó solo con la idea, y hacía mucho que no se sentía excitada, cogió el billete enrollado y esnifó con fuerza la raya de la cartera. Fue un momento inolvidable, una euforia incontenible empezó a recorrer su cuerpo, a sentir el mundo a su alrededor como nunca antes lo había sentido, le llegó a la boca un sabor como si se hubiese comido uno de esos caramelos con sabor a menta, y de repente le apeteció muchísimo besar a Alex. Se acercó a él y le besó, porque esa noche ella era irrechazable, fue un beso largo, húmedo, apasionado, acuoso. Él sonrió, y le dijo que esperara un poco, que iba a preparar dos más, a ella eso le pareció una idea genial, era la primera vez que la probaba y fue un amor a primera vista. La segunda raya le sentó todavía mejor que la primera, no recordaba haberse sentido nunca tan bien, los miedos y las preocupaciones de los últimos días de repente le parecieron totalmente absurdos, y por un momento pensó que jamás en la vida podría sentirse otra vez triste, ni cansada, ni sola. Él le propuso que a lo mejor podían continuar la noche en algún lugar más tranquilo, sin que nadie les molestase, ella propuso su casa, y a él eso le pareció una gran idea.

No encontraba palabras para describir la noche tan maravillosa que pasó, no sabría decir a ciencia cierta el número de rayas que esnifó, pero fueron muchas, y de las veces que hicieron el amor. Sintió un placer tan grande que en ese momento pensó que las anteriores veces que se había acostado con un hombre habían sido un acto totalmente diferente, fue como un despertar a la vida. El amanecer entraba por las ventanas con brío, a ella le hubiese gustado que continuasen, así, esnifando y haciendo el amor, y hablando, nunca antes había disfrutado tanto hablando, pero él le dijo cariñosamente que lo mejor sería que descansaran un poco, dormir les sentaría bien, y ella aceptó a regañadientes, no quería parar, tenía miedo que al despertar todo terminara, que todo fuera un simple sueño, él le dijo que estuviera tranquila, que al día siguiente podrían continuar, pero lo mejor ahora sería que descansaran un poco, se tomaron dos tranquimazines cada uno para poder contrarrestar el efecto de la cocaína, y descansaron, abrazados, como hacía años.

A partir de ese día, la doctora Rueda intercalaba las dosis de cocaína con las benzodiazepinas, y lo hacía con la pericia de un alquimista, pasaba los días subida en una nube, presa de la euforia, despachaba las sesiones con la resolución que siempre deseó, sin titubeos. Empezó a salir más, a comer menos, volvió a maquillarse cada día, a sentirse mujer, qué bien le sentaba ese

lápiz de labios, qué maravillosas las miradas masculinas desnudándola con la imaginación, con la mirada, bendito seas maquillaje entre todas las prendas. Durante unos días trató de sacarle el mayor partido posible a todas las horas del día de las que era capaz de mantenerse despierta, sentía como si hubiese algo en su interior que le decía que aprovechara, que exprimiera el tiempo, que esos días nunca más volverían, que la vida era esto, era ahora. Se sentía inmortal, viva, eterna.

Hoy todo parece que vuelve a ser como antes, hemos pasado un día maravilloso en el campo, Carla ha preparado unos bocadillos que estaban deliciosos, ojalá no sea solo un espejismo. Necesitaba esto, volver a ver a mi familia unida, hace unos días acepté ese trabajo, creo que he tomado una gran decisión, a pesar de que me han pedido que haga algo que va totalmente en contra de mis principios, no importa, porque ahora volvemos a ser una familia unida, y tenemos dinero.

—¿A dónde vas hija?

—Voy a salir papá.

—¿Así vestida?

—Sí, así vestida.

—No creo que sea apropiado que vayas enseñando tanto la verdad, y menos con ese maquillaje, puedes dar a entender lo que no es hija, ¿por qué no te quedas en casa conmigo y con tu madre? Podemos alquilar una película, dejaré que la elijas tú.

—Papá de verdad no te preocupes tanto, me apetece salir, además ya he quedado y no voy a decir que no a estas horas. —Por cierto, lo del maquillaje lo dices porque me he maquillado fatal ¿verdad?

—¿Ha visto tu madre cómo vas vestida?

—Papá… que no tengo quince años…

—Pero es que no entiendo por qué no puedes quedar por la tarde por ejemplo, ya sabes lo peligrosas que se han vuelto las noches, ¿no irás a la discoteca esa verdad? Donde desaparecieron esas chicas.

—No… Además allí ya no va nadie papá, la gente le ha cogido miedo.

—Bueno hija, ves con mucho cuidado por favor, y no bebas si vas a conducir.

—Tranquilo papá, estaré bien, no te preocupes anda, disfruta de la noche con mamá, que también os lo merecéis —dijo Ariel dándole un tierno beso a su padre.

Ariel lucía un ajustado vestido negro que su hermana le había prestado, estuvieron juntas probándose ropa, cosa que no habían hecho nunca, y para su sorpresa lo pasó genial. Se sintió femenina, seductora, una mujer sofisticada, se veía igual que había visto tantas veces a su hermana, elegante, segura de sí misma, irresistible. Quería que Diego se quedara con la boca abierta, quería que Diego la deseara, que la viera como a una mujer, no como a una amiga.

Al principio no la reconoció, no parecía ella, no la recordaba así, parecía más alta, más mayor, como una de esas estrellas de cine cruzando la alfombra roja en Mónaco. La vio salir del coche con esa sonrisa electrizante, el rojo intenso en los labios, lo intimidaron, la figura que se dibujaba bajo ese vestido negro, lo dejaron sin habla, de repente se sintió el más absoluto de los idiotas, el suave perfume a frutas salvajes que lo invadió cuando se acercó para darle dos besos, lo cautivó. No tenía ni idea de por donde la cogería si se le ocurría darle un abrazo, por no tocar algo que no debía, porque absolutamente todo en ella rebosaba erotismo y sensualidad, esa noche no podría tocarla, sin acariciarla, abrazarla, sin intentar recorrer con sus manos cada centímetro de su cuerpo, besarla, sin que fuera en esos carnosos y redondeados labios.

—Ariel…

—Qué.

—Nada…

—¿Cómo que nada? ¡Venga suéltalo! No vas a hacerte el tímido conmigo ahora.

—Pues mira por donde ahora me he vuelto tímido.

—Qué idiota… pues no digas nada… me da igual… no me importa.

—Ariel…

—Que… estás espesito hoy ¿eh? ¿Quieres soltarlo de una vez?

—Que yo… no sé cómo decirlo sin que suene como una estupidez.

—¡Ay dilo de una vez hombre!

—Estoy enamorado de ti. —No ha sonado como una estupidez, peor aún, ha sonado como si fuese un niño de cuatro años.

Ariel se quedó sin palabras, mirando fijamente a Diego, que le devolvía fugaces y tímidas miradas, había esperado tanto este momento que no creía que fuese cierto, que no quería que terminase nunca. No pudo decir nada, a

veces era mejor actuar, que era precisamente lo que su cuerpo le pedía en esos momentos, qué torpes e inútiles resultaban a veces las palabras, se acercó a él, le pasó una mano por su mejilla, qué tierna caricia, la otra estaba destinada a pasar por detrás de su nuca, espera, todavía no, espera, deja que lo haga él, espera, se miraron a los ojos, contemplándose, un poco más cerca, espera, y al final sucedió, la besó, tierna, suave, cálida, húmeda, apasionadamente. El mundo podría haberse acabado allí mismo, no le hubiese importado.

Una pareja discutía a gritos en la puerta de Cooler, la discoteca que estaba recogiendo a toda la gente que no se atrevía a pisar Sunset, que tampoco tenía la culpa de haber sido el lugar escogido por la historia para pintar uno de sus episodios de horror y dolor, pero es lo que había. Un grupo de chicos reía y gritaba mientras se pasaban una botella de Coca-Cola mezclada con whisky y le decían ordinarieces a las mujeres, que las aceptaban de buen agrado con una sonrisa satisfecha mientras movían las caderas, algunas, o las repelían con miradas de asco parecidas a las que les ponían a sus madres cuando les plantaban el plato de lentejas delante, algunas otras. Dos amigos hablaban de temas íntimos y trascendentes a un volumen perfectamente audible por lo menos a diez metros de distancia, y se abrazaban, y se invitaban mutuamente a fumar, como si con cada cigarro se quisieran un poco más. Un guardia de seguridad comprobaba carnets a un centímetro de su cara, padecía de vista cansada, y echaba cálculos rápidos, todo lo rápido que su cerebro podía, mirando las fechas de nacimiento, y estudiaba sonrisas, ¿querían algo de él o querían algo con él?, siempre se quedaba con la duda, siempre se quedaba solo, al final de la noche.

Los coches con sus radiocasetes, los zapatos con sus tacones, las camisas sin sus mangas, los amigos del alma, las manos con sus cubatas, los cigarros en sus labios, las camareras entregadas y flemáticas, los ojos sin sueño y sin dueño, el sudor de las paredes del local, resbalando, hacia abajo, los hombros de apoyabrazos, los culos presos en tejanos, etiqueta roja, antes eran de mi hermana, los fluidos desechados fuera de los urinarios, somos hombres, y regamos nuestros zapatos, las muñecas con sus cuños que se lucirán con orgullo, santo y seña, de alguien que ha vuelto de la guerra, que ha visto de cerca, que ha mirado a los ojos de la fiesta.

La vida nocturna en las discotecas y sus aledaños era un mundo aparte, un lugar donde las normas sociales se invertían durante unas horas, donde los chicos tímidos se ponían el disfraz de buscavidas, donde las mujeres

seductoras y rompecorazones se quitaban el disfraz de niñita de papá y mamá que duerme con osito de peluche, donde los amores a primera vista y de una noche, o quién sabe, para toda la vida, eran algo absolutamente normal, hasta que a la mañana siguiente, él, o ella, se convertían en rana y el hechizo se rompía, y cada uno seguía con sus vidas. Un mundo donde más que nunca, las apariencias engañaban, donde todos los gatos eran pardos, decía la abuela, pero un lugar en el que también, una pareja, podía ser una pareja, y donde unos enamorados, se acaramelaban entre besos y abrazos apasionados.

No se despegaban el uno del otro, Diego buscaba sus labios constantemente, Ariel se derretía entre sus brazos, cálida, mirando esos ojos enamorados, tropezaban el uno con el otro, torpemente, o con escasa habilidad, o queriendo tropezar, se tocaban y se esperaban en la puerta del baño, y se buscaban a pesar de estar el uno frente al otro, entre la niebla de humo con olor a algodón de azúcar y a tabaco rubio, entre el juego de luces de colores que iban y venían, al son de canciones que parecían sinfonías, que los envolvían y hacían de sus ebrios movimientos pasos de baile profesionales. Y la gente a su alrededor era amable, por fin, y se rozaban al pasar, y se disculpaban al derramar sus copas, y se pasaban los brazos por detrás de los cuellos, como dos camaradas que recuerdan viejos tiempos, y les invitaban a fumar, y la noche los contemplaba embobada, viendo como dos enamorados se entregaban.

®

EL MAQUILLAJE

Tus pestañas más largas. Tu piel más sedosa. Tus labios más intensos. Prueba la nueva sombra de ojos. Consigue una mirada de impacto. Consigue una mirada salvaje. Prueba el nuevo lápiz de labios. Tu piel más dorada. Estarás más guapa. Una mujer se maquillaba estando ya maquillada. Los colores más profundos. La mirada más romántica. Pinta tus labios. Estarás siempre bella. El maquillaje más resistente. De acción prolongada. Durante mucho más tiempo sin necesidad de retocarlos. Una mujer bebía a morro de una botella, qué forma tan sensual de mirar a la pantalla. El maquillaje que aguanta todo el día. Una mujer sonreía a la cámara, sus labios eran de color rojo, sus labios parecían perfectos. Tú eres esa mujer inteligente y real. Sus dientes eran de porcelana, sus dientes no tenían ni

una sola imperfección. Su piel de seda. Sus ojos del color de la noche. Tu belleza es personalidad. Un hombre le ponía la mano en la barbilla, ella sonreía. Busca tus propias emociones. Qué bonita sonrisa. Prueba la nueva línea de maquillaje, estarás más bella, estarás siempre perfecta.

®

—Es una buena noche para mirar el cielo, hoy está lleno de estrellas, y eso que estamos en invierno, ¿sabías que en una noche despejada se podrían ver hasta 3.000 estrellas en el firmamento? Aunque con los medios adecuados claro…

—Déjalo anda, no me apetece hablar, quiero estar sola.

—Es como si hoy, estuviésemos un poquito más cerca del cielo.

—A mí más bien me da la impresión de que es el cielo el que está más cerca de nosotros… parece que se nos vaya a caer encima de un momento a otro…

—Hace poco leí que solo en la vía láctea debe de haber al menos 60.000 millones de planetas que albergan alguna forma de vida… ¿no te parece maravilloso? 60.000 millones de planetas, que se dice pronto, a mí me da un poco de vértigo solo imaginármelo sabes… después de esto me empecé a preguntar si nuestra existencia tiene en realidad algo de especial…

—Más que especial… yo me preguntaría si tiene algún sentido…

—Puede ser… a lo mejor me he equivocado de pregunta… aunque en realidad tampoco importa mucho ¿no crees?

—¿El qué?

—Encontrarle el sentido a las cosas… o a nuestra propia vida…

—No sé… puede, pero si te enteras de algo avisas vale…

—¿Fumas? —dijo tendiéndole el paquete de tabaco.

—Bueno… —dijo ella cogiendo un cigarrillo.

—Me llamo Pedro.

—Yo Ana.

—Encantado Ana.

—Igualmente, supongo.

—No quiero parecer maleducado, pero… ¿te importa si te pregunto algo?

—A ver…

—¿Es por un hombre verdad? la razón por la que estás triste…

—No estoy triste, estoy cansada, y sí, puede que sea por un hombre, pero eso a ti no te importa.

—Vale vale, no te enfades conmigo eh, que yo solo quería animarte un poco, es que me da mucha pena ver a una chica tan guapa como tu pasarlo mal sabes, y más si es por un hombre, aquí tan sola, con toda esa gente riendo y divirtiéndose a nuestro alrededor.

—Sí, seguro…

—Bueno Ana, me ha encantado hablar contigo, no quiero que te quedes con la imagen de un pesado, yo me tengo que marchar, mañana trabajo, y cuando no descanso bien al día siguiente no voy cara al aire.

—Hasta luego Pedro, que tengas un buen día de trabajo.

—Hasta luego Ana, deberías entrar o te acabará cogiendo el frío…

—No creo que vuelva a entrar, en realidad yo también me iba.

—¿De verdad? Si quieres te acerco a casa, tengo el coche aquí mismo.

—Te lo agradezco, pero mejor voy en taxi.

—No es molestia de verdad, así podemos seguir charlando un rato, si tu quieres claro.

—No en serio Pedro, que no te sepa mal, has sido muy amable, pero prefiero ir en taxi.

—No te preocupes, no me sabe mal, y más como están las cosas últimamente, si yo fuera una chica tan guapa como tú tampoco me fiaría de alguien que acabo de conocer.

—Gracias por entenderlo Pedro, eres un encanto, quizá otra día volvamos a vernos —dijo dedicándole una sonrisa envuelta en tristeza.

—Sí, quizá. Hasta otra entonces Ana, bonito nombre por cierto.

—Hasta otra Pedro.

Con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta vaquera caminaba con parsimonia hacia el coche, mirando si acaso al cielo, como el que observa estrellas de forma desinteresada.

Tenía las piernas cansadas y los pies doloridos, su padre le hizo prometer que llegaría a casa antes de las cuatro de la mañana, y ya eran las cuatro y cuarto, y ya sabía cuánto sufría el pobre hombre cada vez que la niña de sus ojos salía de noche, no conseguía conciliar el sueño hasta que escuchaba un ascensor que subía y unos tacones que se acercaban, y luego unas llaves que tintineaban, y que con suerte, gracias a Dios, giraban lentamente la cerradura de su casa para no hacer ruido, era sin duda el mejor momento de la semana, cuando su hija regresaba, qué demonios, pensó, ya voy papá, no sufras, tu hija

vuelve a casa. Alzó la vista para ver si divisaba a Pedro, lo encontró, a unos cuarenta metros de distancia, escarbando en sus bolsillos a lado de un coche.

Mejor llegar tarde que nunca papá, se lo pensó mejor, lo siento, pero tendrás que esperar un poco más. Y se sentó a esperar el próximo taxi.

CAPÍTULO 12

ANDREA HERNÁNDEZ

No os enfadéis conmigo por favor, papá, mamá, yo no sabía que iba a pasar esto, ya sé que me dijisteis que no me subiera al coche de ningún extraño, pero es que él no parecía ningún extraño, fue muy amable, y no pensé que fuera capaz de hacerme esto, aunque bueno, el solo me raptó, el resto lo hicieron otros, tengo frío papá, lo siento mucho de verdad, he sido una estúpida, espero que alguna vez puedas perdonarme, al menos ahora ya no siento dolor, ya no pueden hacerle más daño a tu hijita mamá, debo de estar muerta, o medio muerta, porque si no, no podría estar pensando todo esto ¿no crees? Creo que me han disparado en la cabeza, he escuchado un ruido muy fuerte cerca de mi oreja derecha y luego me he desplomado hacia delante, y ahora no puedo moverme, y hay un enorme charco de sangre a mi alrededor, no sabía que se tardaba tanto en morir. Qué ingenua he sido, las personas que están a mi alrededor piensan que estoy muerta, eso parece, porque ya no se cubren el rostro, da igual, ahora me están envolviendo en una alfombra o algo parecido, mejor, así podré entrar en calor, el tiempo que me quede, todo da vueltas ahora. Si hubiera podido pedir un último deseo hubiera pedido que me pusieran algo de ropa encima, no quiero que me vean así cuando me encuentren mamá, no quiero que me encuentren, estoy sucia papá, muy sucia, y desnuda, y creo que tengo muchos cortes y heridas, me siento fea, y puede que a lo mejor me arrancaron algún trozo de piel, o de carne, o una oreja, o un ojo, da igual, de esa parte no me acuerdo muy bien, tampoco me apetece pensar en eso ahora, y no estoy presentable mamá, nada presentable, me da vergüenza, ya sabes que siempre he sido un poco presumida. Ojalá os hubiera dicho más veces lo mucho que os quería, ojalá os hubiese dado todos los besos y abrazos que quería daros, pero tenéis que entenderme, a mi edad, a veces, las chicas podemos ser un poco impertinentes, pero es solo que nos estamos haciendo mayores y al parecer tardamos un poco en asimilar el cambio, y la pagamos con vosotros, todas nuestras inseguridades, con quien más queremos, con quien más nos quiere. Creo me estoy empezando a apagar, ahora sí, tengo mucho sueño, y me cuesta mucho pensar, me estoy mareando un poco también, me recuerda a

cuando me operaron de anginas y tuvieron que dormirme, ¿os acordáis? Qué mal lo pasé, y qué bien me cuidasteis, habéis sido unos padres geniales, lo siento mucho de verdad, por haberos dado este disgusto tan grande, es que me da muchísima pena que lloréis o estéis tristes por mi culpa, y sé que esto os va resultar durísimo, porque no voy a volver papá, no voy a volver, ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y no subir a ese coche, ojalá esta gente tan mala solo existiera en las novelas y en la televisión, pero existe de verdad mamá, y dan mucho miedo, más de lo que os podéis imaginar, más de lo que nadie nos pueda contar. Adiós papá, adiós mamá, vuestra hija Andrea, que os quiere, adiós.

CAPÍTULO 13

MUCHA MÁS COCAÍNA

†
AYÚDANOS A ENCONTRARLA

Andrea Hernández Serrano

Edad: 18 años
Estatura: 162cm
Pelo: Rubio oscuro
Ojos: Marrón oscuro

Fue vista por última la noche del 23 de noviembre en la discoteca Cooler. Vestía pantalón vaquero azul claro, camiseta roja y zapatillas blancas.
Si la ha visto o tiene cualquier tipo de información que pueda servirnos de ayuda póngase en contacto con la policía.

Teléfonos de contacto 129 00 44 - 129 00 45
†

—Vemos a este y paramos un poco por favor, que estoy que me caigo.

—Joder Manuel, ¿ya estamos otra vez?, contigo no se puede eh, mira que sois débiles los hombres joder…

—Qué quieres que te diga Silvia… yo si no como algo a estas horas no soy persona ya lo sabes… además, yo a ti no te digo nada cuándo tienes que ir al baño, que es cada vez paramos el coche.

—¡¿Qué?! Lo que me faltaba, ahora resulta que soy yo la culpable de que llevemos semejante retraso… lo que me faltaba por oír…

—Silvia…

—¡¿Qué?!

—Tranquila mujer… hacemos todo lo que podemos… uno detrás de otro ya lo sabes…

—No me digas que me tranquilice joder, todavía no tenemos ni un solo sospechoso, ¡ni uno solo! Todo el día dando tumbos como si fuésemos pollos sin cabeza… es que no entiendo cómo a estas alturas todavía no tenemos nada, no lo entiendo.

—A mí también me jode sabes, a ver si te crees que eres la única, pero hay que tomarse las cosas con calma, sin prisa pero sin pausa, ya has oído al

inspector Romero, hay que mantener la sangre fría y los ojos bien abiertos, tarde o temprano cometerán algún error ya lo verás.

—Sí, cometerán algún error… ya… ¡¿y si no lo cometen qué?! ¡¿Eh?!

—Silvia…

—Es que hay algo que no me cuadra Manuel, lo siento, pero toda esta lentitud y toda esa hermeticidad por parte de la científica no lo veo normal…

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo…

—¿No estarás pensando que…?

—No… Mira es aquí, ya hemos llegado, aparca ahí mismo.

—¿Vas a hablar tú o lo hago yo?

—Hazlo tú, yo no estoy muy lúcida esta mañana.

—¡A sus órdenes! —dijo Manuel cuadrando su mano derecha a la altura de su cabeza.

—Idiota…

Mercedes estaba de los nervios esa mañana, su marido cada día no solo le prestaba menos atención, sino que la trataba como si fuese una histérica, y eso es lo que la ponía realmente histérica. Y su hijo todo el día arriba y abajo, desagradecido, parecía que estaba más a gusto en cualquier otra parte que en su propia casa, con sus padres, con todo lo que ellos habían hecho por él, y todo el día con la bobalicona esa con la que se juntaba, qué descaradas le parecían las mujeres de hoy en día, unas desvergonzadas, eso es lo que eran, seguro que se abrían de piernas a la mínima oportunidad, no tenían ningún decoro, siempre tan maquilladas y tan pegajosas con los hombres, unas guarras, eso es lo que eran, unas guarras. Cuando ella era joven las cosas no funcionaban así, de ninguna manera, y sus padres unos inconscientes y unos inmaduros, qué tipo de padres dejaban que sus hijas estuvieran todo el día por ahí con esas pintas, y por las noches, siempre por las noches, no podían salir cuando había luz como hacían las personas normales, durante el día, no, tenía que ser por las noches, para que nadie viera lo que hacían, que desde luego nada bueno tenía que ser, qué vergüenza de juventud.

Casi se corta un dedo mientras pelaba unas zanahorias sumida en sus pensamientos cuando escuchó el timbre de la puerta. Maldita sea, pensó, como sea la malnacida esa se va a enterar de lo que es bueno.

—Buenos días señora, ¿es este el domicilio de Diego…?

—Sí, es mi hijo, ¿qué pasa? —Mercedes lo interrumpió con esos inquisidores ojos desorbitados.

—¿Se encuentra su hijo en casa señora? Quisiéramos hacerle unas preguntas, solo será un momento.

—¿Unas preguntas? ¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho?

—Son solo unas preguntas señora, no se preocupe, pura rutina.

—Esperen un momento.

Mercedes les cerró la puerta en las narices y se dirigió al cuarto de su hijo presa de la rabia, la ira y el odio, como ese malnacido se hubiese metido en un lío se iba a enterar, lo ponía de patitas en la calle, que se fuera con la guarra esa de su amiga.

—¡¡¡Diego!!! —Mercedes llamó a la puerta dando fuertes golpes después de comprobar que el pestillo estaba echado.

—¡¡¡Diego!!! ¡¡¡Abre la puerta!!! ¡¡¡Ya!!!

—¿Qué pasa mamá? —dijo Diego cuando abrió la puerta medio adormilado y con un terrible dolor de cabeza.

—¡¿Que qué pasa?! Tú dirás, ahí fuera hay dos policías que preguntan por ti, ¡¿qué has hecho?! ¡¿Eh?! ¡¡¿Qué has hecho esta vez?!! Te juro por mi sangre que como hayas hecho algo vas a saber lo que es bueno hijo de puta —dijo Mercedes levantándole la mano casi tanto como la voz.

—¿De qué estás hablando mamá? ¿Es una broma? Yo no he hecho nada.

—¡¿Una broma?! ¡¿Crees que estoy de broma acaso?! ¡Sal ahí ahora mismo y da la cara como un hombre! ¡Venga! ¡Delante de mí!

Mercedes llevó a Diego a empujones hasta la puerta, que en esos momentos no sabía qué demonios era todo aquello, pero desde luego no parecía tratarse de ninguna broma.

Manuel y Silvia esperaban al otro lado, pacientes, en silencio, escuchándose respirar, interrogaban a presuntos sospechosos a diario, para ellos eso era el pan de cada día, pero para el que estaba al otro lado no lo era tanto, era ponerle el corazón en un puño y el cuerpo hecho un flan.

—Aquí lo tienen agentes —dijo Mercedes como la que ha dado caza a un peligroso asesino en serie ella solita.

—Buenos días Diego —dijo Manuel estirando una sonrisa que tenía estudiada para crear un marco de tranquilidad, aunque a esas horas la glucosa la tenía tan baja que los minutos tranquilos durarían poco.

—Bu-buenos días —dijo Diego con un creciente nerviosismo al ver que era no era ninguna broma de su madre, desde luego que no, su madre no había bromeado en su vida.

—¿Sería mucho pedir si pudiéramos hablar de esto dentro señora? ya sabe, para evitar a vecinos curiosos más que otra cosa —dijo Silvia sin poder ocultar una expresión de aburrimiento absoluto, interrogar a toda cosa que se moviese no entraba dentro de su jornada de trabajo ideal, menos aún si esa cosa tenía pinta de no haber roto un plato en su vida, aunque también es cierto que a veces las apariencias no siempre eran lo que parecían.

—¡No, claro, faltaría más! ¡Pasen por favor pasen! ¡Qué maleducada he sido!

—No se preocupe señora —dijo Manuel amablemente.

Mercedes tenía el comedor impoluto, como una patena, y eso era algo de alabar porque estaba sobrecargado hasta lo extenuante. Sobre todo para alguien que tuviera una pequeña inclinación hacia las inspecciones visuales en casa ajena, al que se le podían fatigar los músculos oculares y colapsar la central de datos procesados en tan solo unos minutos. Un enorme tapiz con motivos africanos y un tigre de bengala como figura protagonista ocupaba al menos un metro cuadrado de pared, parecía una alfombra con el marco más barato del mercado. Los tapetes de ganchillo estaban por todas partes, eran como una plaga, había uno debajo de cada figurita de porcelana, o de loza mejor dicho, también sobre la televisión, que colgaba por los laterales como dos faldones. Los motivos religiosos también copaban gran parte de los lugares más privilegiados de esas paredes que daban la impresión de que un día también fueron blancas, y esa mesa de comedor, con una superficie tan esmaltada que uno podía verse reflejado en ella y que no sería de extrañar que no se hubiese utilizado nunca para lo que daba sentido a su existencia, es decir, para comer. Mercedes los invitó a sentarse en el viejo sofá de skay, así la visita duraría poco, porque su marido era la única persona que parecía sentirse cómodo allí sentado.

—No quisiéramos hacer esto más largo, es domingo, y estas visitas siempre son… digamos que un poco molestas así que… —dijo Manuel que en estos momentos lo único que le importaba era si llegarían a tiempo antes de que el bar de Cándido se llenase de obreros, porque ese bar, a esas horas, ya fuera domingo o fuera lunes, siempre estaba lleno de obreros hasta reventar.

—¡No es ninguna molestia agente! ¡De ninguna manera! ¡Están ustedes en su casa!

—Muchas gracias señora, es usted muy amable. —Manuel tenía una habilidad especial para encandilar a las mujeres maduras—. Diego, por lo que veo saliste anoche ¿verdad?

—Sí, salí un rato, ¿por?

—¡¿Un rato?! ¡¿Llamas un rato a llegar a las tantas?! —dijo Mercedes que estaba empezando a resultarle un poco cargante a la pareja de policías.

—Señora tranquilícese, deje que responda el chico por favor, solo serán un par de minutos se lo prometo. —Manuel sabía cómo mantener a raya a mujeres como Mercedes, o eso pensaba, porque a Mercedes no pareció sentarle demasiado bien el comentario—. Perdona Diego, continua por favor.

—¿Cómo? —dijo Diego un poco incómodo.

—Has dicho que saliste ¿verdad Diego?

—Sí.

—¿Y por dónde estuviste?

—Pues… no sé… en varios sitios… pero la mayor parte de la noche en la discoteca Cooler.

—Cooler… sí, la conozco, muy buena música, y muy buen ambiente también.

—Sí, no está mal.

—¿Y fuiste solo o con algún amigo?

—Con una amiga.

—Con una amiga… —Manuel hacía anotaciones en una pequeña libreta, daba la impresión de escribir mucho más de lo que la conversación estaba dando de sí—. ¿Podrías decirme cómo se llama tu amiga Diego?

—Sí claro, se llama Ariel.

—Ariel ¿qué más?

—Ariel Llorens.

—Vale… ya estamos acabando no se preocupen… y dices que estuviste con esa chica toda la noche ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Hasta qué hora estuvisteis en Cooler?

—Pues… a ver que piense… hasta las cuatro menos cuarto o así… más o menos…

—¡¿A las cuatro menos cuarto dices?! ¡¡Pero si llegaste a casa a las 5 de la mañana!! ¡¡A las cinco de la mañana!! —A Mercedes le costaba horrores mantener la boca cerrada.

—¡Mamá eran las cuatro y cuarto cuando llegué!

—¡Las cuatro y cuarto te voy a dar yo a ti… las cinco de la mañana! ¡¡Por lo menos!!

Cuando Silvia había dicho que no se encontraba lúcida para llevar el peso del interrogatorio en realidad quería decir que se encontraba en perfectas

condiciones para observar las reacciones de la gente, pero eso es algo que nunca lo había comentado con Manuel, a veces una expresión valía más que mil palabras, aunque a su compañero eso le sonase a cosas de bruja y de novela policíaca, para él lo que contaban eran las palabras, lo que pudieran decirle los sextos sentidos se lo pasaba por el forro.

—Señora por favor, cálmese un poco, se lo ruego —dijo Manuel que ya se estaba empezando a cansar de todo esto.

—¡Es que este hijo mío no sabéis lo mentiroso que se ha vuelto! ¡No puedo con él! ¡No puedo con él!

—¡¡Pero mamá!!

Mercedes era una mujer aborrecible se mirase por donde se mirase, con independencia de si tenía o no razón, o de si tuvo que pasar por diferentes dificultades en la vida hasta llegar a convertirse en la persona que ahora era.

—Por favor hagan el favor de calmarse un poco los dos —dijo Silvia por no decir cállense los dos de una maldita vez joder.

—Diego, escúchame bien —dijo Manuel—, ¿puede alguien confirmar la hora a la que llegaste?

—¡Por supuesto que sí! ¡Ariel me dejó en la puerta de casa a esa hora! ¡Pueden preguntarle a ella si quieren! —Su mano derecha estaba empezando a temblar ligeramente, como la de una persona con Parkinson tratando de firmar un documento.

—Tranquilízate Diego, solo estamos hablando, ¿de acuerdo?, luego le haremos una visita a tu amiga, una cosa más, ¿conoces a una chica que se llama Andrea Hernández?

—¿Cómo dice?

—Andrea Hernández, rubia, pelo largo, alta, 19 años, ¿la conoces?

—No… No sé quién es, ¿por qué lo pregunta?

—Mira Diego, te seré franco, y espero que tú también lo seas conmigo, ayer por la noche fue vista por última vez a una chica de nombre Andrea Hernández, en la discoteca Cooler, sus padres han denunciado su desaparición esta mañana, están muy preocupados, normalmente estos casos se resuelven a las pocas horas cuando la hija en cuestión vuelve de casa de su novio o de alguna amiga sin la necesidad de que tengamos que actuar, y esperamos que así sea también esta vez, pero tal y como están las cosas… tú ya me entiendes… estamos obligados a comprobar todos los casos de desaparición aunque tan solo hayan pasado unas pocas horas, y el caso es… que una persona con la que hemos podido hablar nos ha dicho que te vio hablando con ella, a ti, anoche, y no precisamente en un tono amistoso… tú ya me

entiendes… así que dime, te lo pregunto por última vez, ¿conoces o estuviste hablando con una mujer de esas características ayer por la noche?

—¡Ya le he dicho que estuve toda la noche con Ariel, no me despegué de ella ni un minuto!

Manuel se quedó unos segundos mirando fijamente a Diego, serio, lo estudiaba, no quedaba ni rastro del hombre de rostro afable y bonachón que hacía unos minutos había entrado por la puerta, Diego solo fue capaz de aguantarle la mirada un par segundos, Mercedes se había llevado las manos a la boca.

—¿Estás completamente seguro de eso Diego?

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡¿Por qué iba a mentirles?! —¿Qué quiere saber exactamente agente? ¿Qué es lo que realmente sabe de mí?

—De acuerdo Diego, no tenemos más preguntas de momento, te agradecería que estuvieras localizable hasta que podamos hablar con tu amiga ¿de acuerdo?

—Sí sí claro, no hay problema, pero… ¿pueden decirme quien les ha dicho que yo estuve hablando con esa chica?

—Lo siento pero no podemos darle esa información —dijo tajante Silvia —, si nos permiten —dijo levantándose del sofá al mismo tiempo que Manuel, que continuaba mirando a Diego de forma penetrante—, disculpen las molestias, que pasen un buen día.

Cuando la pareja de policías salió por la puerta Mercedes dudó entre pegarle un bofetón a Diego o salir corriendo a recoger la ropa que tenía tendida en la terraza, estaba empezando a llover, y eso para los tejidos sintéticos y a veces también para el algodón debía ser como el cáncer para el cuerpo humano porque cada vez que escuchaba el sonido de las primeras gotas de lluvia caer sobre las cubiertas de uralita del deslunado salía corriendo a la terraza comunitaria de la finca como alma que lleva al diablo, al final pesó más el miedo a que la ropa mojada se volviera a mojar.

La niña crece estupendamente bien, todo va sobre ruedas ahora, es tan maravilloso volver a casa después de un día duro de trabajo y que las dos mujeres de tu vida te reciban con una sonrisa.

®

LAS CALORÍAS

El mismo sabor. La mitad de calorías. Mayonesa *light*. Reduce las grasas. Sacia tu hambre. Solo una galleta. Una comida. Leche desnatada, la que ayuda a no engordar. Tu refresco *light*. Ahora sin azúcar. Marca registrada. Todo el sabor. Menos calorías. Disfruta más que nunca con el nuevo pan de molde integral, el pan que hará que tengas una silueta perfecta. Un grupo de mujeres, un solo hombre. Qué jóvenes y bellos. Ellas y él. Solo una caloría. Ahora con menos calorías. Qué cuerpos tan esbeltos. Sin azúcar. Ten un cuerpo *light*. Reduce las grasas. Qué sensual era ver cómo se desnudaban, las pequeñas gotas de sudor resbalando por sus cuerpos. Cuánta vitalidad. Qué largos parecían esos días. Cuánta felicidad. Y todo con la mitad de calorías. Con una caloría. Sin azúcar. Sin grasa. Ten un cuerpo perfecto, ten un cuerpo *light*.

®

Debió de estar al menos una hora inconsciente, la última vez que había mirado el reloj era la una del mediodía aproximadamente, justo antes de sentir un fuerte dolor de cabeza y de sentir que se desvanecía, y cuando se levantó del suelo eran más de las dos. Le dolía un hombro, probablemente se había hecho daño al caer. Se fue directa al baño a lavarse la cara y a echarse una bata por encima, luego se tomó el pulso, 102 pulsaciones por minuto, taquicardia. No era ninguna estúpida, era psiquiatra, sabía perfectamente el efecto que tenían las drogas, había sufrido un colapso, se tomó un par de tranquimazines y se sentó en el sillón que tenía justo enfrente de esa ventana que tanto le gustó la primera que vio el piso, desde allí se podía ver toda la alameda, cuando todavía estaba perdidamente enamorada, antes de que el origen de todos sus problemas entrara en su vida.

La noche anterior consumió mucha cocaína, demasiada, Alex le dijo que iría a su casa, pero no apareció, le había dado plantón, lo llamó por teléfono pero no contestó, se habría ido con otra, estaba en su derecho, porque entre ellos dos ya no había nada, ya se encargó ella de dejárselo bien claro cuando lo dejó, de todas formas estaba ilusionada con que pudiera quedar algo entre ellos. Las últimas noches que habían pasado juntos habían sido muy intensas, un poco sucias también, sin demasiado amor, pero lo que estaba claro es que fueron muy placenteras, y solo con recordarlo se excitaba tremendamente. La cocaína la ponía frenética, receptiva, ansiosa, provocativa, despertaba en ella un apetito sexual irrefrenable, y ver la bolsita de polvo blanco allí, encima de

la mesa, le recordaba todos esos placeres, y decidió hacerse dos rayas mientras esperaba, viendo la televisión, tan solo con ese sugerente y sensual conjunto de ropa interior que se había comprado para esa noche, para recibir a Alex, así, sin nada más que unos zapatos negros de interminable tacón de aguja y esa nueva línea de maquillaje de ensueño. Y al ver que no venía se empezó a poner nerviosa, y luego lo llamó a su casa otra vez, pero no contestó, y se hizo dos rayas más, un poco más grandes que las anteriores, y empezó a tocarse ligeramente por debajo de su braguita de encaje, se estaba excitando, ya que no venía Alex pensó que no tenía por qué pasar una mala noche ella sola, y se preparó un vaso de whisky con hielo, como él se lo había preparado en otras ocasiones, con mucho hielo. El resto de la noche fue para olvidar, ahora que lo recordaba mejor le daba incluso un poco de vergüenza ajena, de sí misma, lástima por ella, se masturbó al menos un par de veces más durante la noche, mientras seguía sin parar de hacerse rayas de cocaína y de beber whisky, y de bailar encima de la cama con la música por las nubes, y luego se propuso el absurdo reto de terminarse la bolsita de cocaína de diez gramos que tenía encima de la mesa, como una campeona, se decía, tú puedes, eres la mejor, totalmente fuera de sí, a la mierda con todo, qué más dará, y pasó a esnifar directamente de la bolsita, para no perder tiempo, animándose con cada dosis como el que empieza a desfallecer mientras corre una maratón y se dice así mismo «un minuto más», «aguanta solo un minutos más».

En silencio, de sus ojos empezaron a brotar finas lágrimas saladas, como agua de mar, no podía seguir engañándose a sí misma, ni toda la droga del mundo podría acallar nunca su voz interior, no podría salir nunca de esto con vida, ahora lo sabía, cómo había podido llegar a esa situación, la codicia, siempre la codicia, y la ambición, maldita ambición. Pensó en escribir una carta, o tal vez no, puede que no fuera una buena idea, era mejor irse en silencio, y pensó en comprar más cocaína, mucha más cocaína, esta vez lo haría mejor, esta vez se despediría a lo grande.

CAPÍTULO 14

LOBOS CON PIEL DE CORDERO

—Pues vas a tener que pegarle dos tiros Antonio —dijo quitándose los gemelos de oro de las mangas de su camisa y dejándolos sobre el cristal de la puerta abatible del mueblebar.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A ese tal Pedro joder, ya te dije que no valía, que en el fondo era un sentimental, ¿te lo dije o no te lo dije? ¿Cómo cojones se le ocurre dejarse a esa chica solo porque no quiso subirse a su coche? ¡¿Eh?! Si no llega a ser por Alfonso que pudo traernos a esa otra chica a última hora… —su mirada azul ártico hacía juego con su corbata.

—Pero que estás diciendo Miguel… tranquilízate hombre, que está todo bajo control… hazme caso… te lo digo yo… que llevo muchos años en esto… y Pedro es un buen chaval… confía en mi… todavía tiene mucho que aprender eso es verdad, pero tienes que entender que cada uno tiene su forma de trabajar, no es tan bruto como Alfonso eso es cierto pero tiene otras virtudes que nos pueden ser de mucha utilidad —dijo Antonio Salcedo aflojándose un poco el nudo de la corbata.

—Pues ya me dirás cuáles son, porque yo solo veo que de dos que tenía que traer de momento solo ha traído a una, y te digo una cosa Antonio, la próxima que tiene que traernos no se va a dejar engatusar con facilidad, y es muy importante que esta vez no falle, lo sabes igual que yo, no podemos permitirnos tener por ahí a alguien en prácticas joder, así que tú dirás…

—Pedro necesita algo de tiempo, solo eso, todavía no sabe toda la verdad y es posible que esa sea la causa de que esa chica se le escapara, no podemos pretender que alguien arriesgue su vida por nosotros sin ni siquiera saber el porqué, pero estoy seguro que con esta no nos va a fallar ya lo verás, estuve hablando con él ayer y entendió a la perfección lo importante que es para todos nosotros que cumpla estrictamente con todo lo que le pedimos.

El sonido del chorro de whisky chocando con los cubitos de hielo le traía malos recuerdos, la primera vez que trató de mear y tan solo consiguió soltar un débil chorrito que ni tan siquiera tenía la fuerza suficiente para llegar a la

taza del váter no pensó que ese día sería el primero de una larga y dura batalla contra su próstata hipertrofiada.

—No me gusta Antonio, ya te lo he dicho, ¡no me gusta y punto! —Con el paso de los años Miguel se había vuelto más irracional, más altivo, más porque lo digo yo.

—Miguel… tranquilízate… —Antonio solo le permitía a Miguel hablarle de esa forma, de alguna manera tener cerca a ese hombre que había visto crecer conseguía que pudiera sentirse menos solo por las noches, cuando todo era silencio.

—¡Que me tranquilice unos cojones! ¡¡Ya te he dicho que el otro día había dos policías husmeando en mi casa de la sierra!! ¡¡En mi propia casa Antonio!! ¡¡Así que no me pidas que me tranquilice joder!! ¡No quiero ni un solo eslabón débil! ¡Ni uno solo! —Cuando Miguel gritaba, la doble papada que el cuello de la camisa le acentuaba le vibraba como un trozo de gelatina húmeda.

—Miguel… eso fue totalmente circunstancial… pura rutina policial… no tienen nada de verdad… tengo a alguien de dentro que me informa de cada paso que dan…

—¡¿Pura rutina?! ¡¿Pura rutina?! Mira, como alguna vez le llegue a pasar algo a mi hijo, o a alguien se le ocurra tocarle un pelo, un solo pelo, te juro que me llevo por delante a todo Cristo y aquí se arma la de Dios ¿me has oído? ¡¿Eh?! ¡¿Me has oído?!

—Miguel… que se te está yendo la boca… tranquilízate hombre… no la vayas a joder tú ahora de verdad… sírvete una copa y relájate un poco anda… a ti lo que te pasa es que estás que no te aguantas… no pudiste venir la última vez y necesitas desfogarte, nada más…

—Es que no sé cómo cojones pudieron encontrar a esa chica de verdad, un cadáver siempre tiene memoria, siempre, te lo digo yo que lo sé mejor que nadie.

—Eso fue culpa del Gallo ya te lo dije… y Alfonso no ha dejado ni rastro, ni siquiera algo que se puedan llevar a la boca los pobres perros, podemos estar tranquilos hazme caso… además alguien ya se ha encargado de hacer desaparecer cualquier prueba que pudiera comprometernos, mira, el sábado tenemos preparado una sesión especial… puedes traer a tu mujer si quieres…

—Ya veremos… —dijo Miguel cerrando los ojos mientras degustaba el caro whisky irlandés—, que últimamente estoy muy nervioso y me voy a poner muy bruto esta vez… y aunque parezca que no mi mujer tiene sus límites…

—Ay… si en el fondo estás hecho un sentimental joder… —dijo Antonio pasándole de forma cariñosa el brazo por detrás de los hombros al hombre que conocía desde que tenían doce años.

Se extrañó al verla cruzar el salón como una estrella fugaz, Alba era la alegría en persona, no recordaba haberle visto nunca ningún gesto despectivo hacia ella o hacia sus padres, esa mujer se había saltado la adolescencia por algún motivo y había pasado directamente de la infancia a la juventud. Aunque como todo el mundo, alguna vez podía tener un mal día.

—Hola guapa —dijo Ariel desde el marco de la puerta de la habitación de su hermana.

—Ah, hola, ¿qué tal estas? —dijo Alba sin mirar a su hermana directamente a la cara mientras buscaba algo en el interior de su armario.

—Vas un poco acelerada ¿no? ¿A dónde vas?

—Pues tengo un poco de prisa sí, voy a ir al cine y no encuentro mi chaqueta vaquera, ¿la has visto?

—No… —Ariel solo pensaba en lo raro que se le hacía que su hermana no le preguntara cómo le había ido la noche anterior, después de que estuvieran toda la tarde con los preparativos—. Le dije a Diego que a lo mejor podíamos ir a tomar algo esta tarde los tres juntos, para que os conocierais un poco más que nada…

—Pues hoy no puedo… lo siento mucho, mejor quedamos otro día ¿vale? Ariel se acercó un poco más a ella y le puso una mano sobre su espalda.

—¿Alba te encuentras bien?

—¡¿Qué?! —dijo Alba dando un pequeño brinco al sentir el contacto físico.

Se quedaron mirándose unos segundos, a Ariel le invadió una oleada de tristeza al ver el corte que su hermana tenía en la fina piel de su hinchado labio superior, al ver la calidez que se apreciaba en su mejilla derecha, enrojecida.

—Alba… pero ¿qué te ha pasado? —Ariel estaba a punto de echarse a llorar, su voz temblorosa, sus ojos, llenos de pena.

—Nada, estoy bien… me he dado un golpe con la puerta de ese trasto de coche. —Lo llamaba trasto porque no tenía dirección asistida y porque el radiocasete siempre se tragaba todas sus cintas.

—Alba…

—Qué…

—Mírame a los ojos por favor.

—¡¿Se puede saber qué quieres?!

—¿Quién te ha hecho eso Alba? —En ese momento Ariel hubiese deseado ser un gigante mitológico de un solo ojo, partirle el cuello al hijo de puta que le había puesto la mano encima a su hermana, arrancarle las extremidades o devorarlo por completo, porque lo del coche no se lo creía ni ella.

—¿Pero qué estás diciendo? Ya te he dicho que me he golpeado con la puerta del coche… no seas pesada anda…

Su hermana nunca le hablaba así, siempre había sido todo ternura y dulzura con ella.

—Entiendo que te de vergüenza contármelo… pero puedes confiar en mi… créeme, sé de lo que hablo… no hagas como que no ha pasado.

Alba apoyó su cabeza en la puerta de ese armario que no encajaba, que solo se cerraba a golpes, soltando un largo y sonoro suspiro. Llevaba varias horas aguantando la rabia de la impotencia, de la vergüenza, el primer bofetón con la mano abierta fue muy humillante, no se lo esperaba, se quedó sin palabras, el segundo en cambio no fue un bofetón, fue un puñetazo, violento, implacable, se quedó paralizada, no supo cómo reaccionar, y se dejó hacer, por miedo, o por incapacidad, o por las dos cosas a la vez, como una muñeca de trapo, zarandeada, usada. No podía quitarse de la cabeza la mirada extasiada de Martín cuando empezó a penetrarla, no era la primera vez que lo hacían, pero en esos momentos le resulto tremendamente asqueroso, desagradable, como si se tratase del acto más vulgar de la tierra, en esos momentos solo sentía unas terribles ganas de vomitar, y dolor, mucho dolor, como si en lugar de con su pene la estuviese penetrando con una barra de acero, desde luego no recordaba que Martín hubiese tenido nunca una erección tan fuerte como la que en esos momentos tenía. Encima no usó protección, y acabó dentro de ella, y se sintió muy sucia, como si se hubieran meado en su interior, como si llevara una semana entera sin ducharse, luego él le pidió perdón, dijo que no sabía qué le había pasado cuando ella lo rechazó, pero no encontró ni un ápice de arrepentimiento en sus ojos, estaba exultante, se sentía poderoso, imparable, ingobernable.

Rompió a llorar abrazándose a su hermana, que la acogía en sus brazos mientras empezaban a brotar las lágrimas de sus ojos, Ariel sabía lo duro que era lo que le había pasado, lo sabía mejor que nadie.

A veces pienso que tomé una decisión equivocada aceptando trabajar para ese hombre, lo que hago no está bien, pero me dijo que si no lo hacía yo lo haría otro y en eso tiene razón, pero es difícil deshacerse de ese sentimiento de culpa que a veces tengo. Ayer les dije algo de lo que me arrepentí al instante, no sé muy bien por qué lo hice, a lo mejor fue el instinto de supervivencia, aun así no debería haberles dado su nombre, no sé qué van a hacer con ella, si le hacen daño no me lo perdonaré en la vida.

La lavadora había empezado a centrifugar, dando saltos sobre sí misma, emitiendo un ruido tan ensordecer que hasta al vecino del quinto le molestaba.

—Ramón, Ramón, por favor te lo pido, escúchame por una vez —dijo Mercedes poniéndose delante del televisor para que su marido le prestara un poquito de atención.

—Que pasa… —Otra vez, esa bruja jodiéndome el mejor momento del día, si al menos se quitara por una vez ese asqueroso delantal…

—Diego acaba de salir de casa…

—¿Y se puede saber qué tiene eso de raro? —¿Y a mí qué cojones me importa? ¡Apártate de en medio de una maldita vez y vete con toda tu mierda a la cocina!

—¿Es que no te importa?

—¡Por supuesto que no! ¿Cuántas veces hace falta que te lo diga para que lo entiendas? —¡Cerebro de mosquito!

—Estoy muy preocupada de verdad, ¿y si ha tenido algo que ver con la desaparición de esa chica? —Mercedes trataba de mantener la calma, estaba harta de que su marido la tratara como si estuviese loca.

—¿Te lo repito otra vez, y qué quieres que haga yo a ver?

—Que hablemos por una maldita vez, ¿tanto te cuesta mantener una conversación normal? ¿Tanto te molestamos?

—¡Vale! ¡De acuerdo! ¡Hablemos, venga! —dijo Ramón enfurecido y visiblemente ebrio, pero ni se te ocurra llenarme la cara de salivazos porque te juro que te vomito encima.

—Contigo es imposible Ramón, es imposible.

Mercedes se marchó llorando a la cocina, su marido se levantó detrás de ella, cogió una cerveza de la nevera y continuó viendo la tele como si tal cosa.

—Si te soy sincera, lo que peores recuerdos me trae es cuando me drogaron, los momentos que duró el forcejeo hasta que acabé desvaneciéndome. Un chico me preguntó si conocía no sé qué calle, no tenía mala pinta ni nada, al revés, me causó muy buena impresión, yo pensé que quería ligar conmigo y puede que incluso me sonrojara un poco de la emoción, luego empezó a parecerme un poco extraño que no prestara demasiada atención a mis indicaciones, lo sorprendí un par de veces mirándome los labios, y luego los pechos, ahí fue cuando noté que algo no iba bien, yo paré de hablar y él ni se inmutó, estaba como absorto, con la boca medio abierta, le iba a decir que me tenía que marchar, pero justo en ese momento noté cómo desde atrás me agarraban con fuerza mis dos brazos y me ponían una especie de trapo mojado en la cara, presionando con fuerza mi nariz y mi boca, me costaba mucho respirar, y me empecé a marear rápidamente, mientras, el chico que tenía enfrente no dejaba de mirarme con la boca abierta y con unos ojos grises, muy grises, que todavía no me he podido quitar de la cabeza. Tuve pesadillas durante mucho tiempo con ese momento, y me costó muchísimo aprender a comportarme otra vez como una persona normal, cualquier ruido, cualquier desconocido, una simple mirada, el contacto físico más desinteresado era suficiente para que me meara literalmente encima, porque te seré sincera, esto, no se olvida, y el tiempo, en absoluto lo cura. Luego me desperté con uno de ellos encima de mí, con el que había estado hablando, el de los ojos grises, me caían sus gotas de sudor encima y algo de baba de su boca también, era muy asqueroso, aunque ahí estaba muy mareada todavía y no tengo imágenes nítidas de lo que pasó, tampoco es que me esforzara mucho en recordarlo la verdad, cada una de las veces que lo intenté me supuso revivir nuevamente las náuseas, el mareo y el pánico, es posible que en algún momento no pude aguantar más y vomité, porque recuerdo que se enfadó mucho y me dio dos fuertes bofetones, eso hizo que me espabilara un poco y que empezara a gritar con todas mis fuerzas, eso debió ponerlo nervioso o puede que se asustara, y volvió a golpearme, esta vez más fuerte. Me quedé semiinconsciente, estuvo un rato más encima de mí, debía estar agotado porque no paraba de sudar, hasta que terminó en mi interior y se dejó caer sobre mi cuerpo, relajado, incluso me dio un beso en el cuello, como si fuese su amante, pensé que ahí terminaría todo pero luego llegó el otro, de él solo recuerdo que tenía una enorme cicatriz que cruzaba su frente de arriba abajo. Me penetró con mucha fuerza, como si tuviera prisa por terminar lo más rápido que pudiera, recuerdo que empecé a sangrar por ahí abajo, ellos se reían como si eso supusiese una especie de logro personal o algo así, como si

les hubiese salido premio en el palo de un helado. Del resto solo recuerdo que me golpearon alguna que otra vez más, sobre todo el de los ojos grises, supongo que debí desmayarme, porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté desnuda, sola, muy sucia, tirada en un lugar que no conocía, era de noche y me encontraba tremendamente fatigada, de cómo llegué al hospital solo tengo imágenes sueltas, sé que alguien me debió ver tambaleándome por la carretera y me llevó, pero poco más.

Alba no paró de llorar durante todo el relato de su hermana, que no se detuvo ni una sola vez, que no dejó escapar ni una sola lágrima, con cada palabra que escuchaba le desgarraba el corazón un poco más, como si alguien hubiese estado afilando una cuchilla de afeitar en él. Se odió a si misma por no haber apoyado más a su hermana en esa época, por no haberse interesado más en cómo debía sentirse una persona después de haber sido ultrajada de esa forma tan inhumana, fue una cobarde, tuvo miedo de no estar a la altura, de que sus palabras de consuelo no hicieran más que irritarla más todavía, de no poder soportar lo que ahora acababa de escuchar, y dejó que el tiempo echara tierra encima, y que los días y las noches fueran pasando.

—Perdóname Ariel… no sabes cuánto lo siento… he sido la peor hermana del mundo… no soy ni la mitad de mujer que tú —dijo Alba entre lágrimas y lamentos abrazándose a su hermana.

—No tengo nada que perdonarte Alba, para mí siempre has sido una hermana maravillosa, aunque no te lo creas, verte cada día, cerca de mí, tratando de que la vida pareciera menos absurda y horrible de lo que para mí era, hizo que quisiera ponerme bien, parecerme a ti, me contagiabas tu alegría y tus ganas de vivir, y siempre estuviste ahí cuando te pedí ayuda, te estaré muy agradecida por ello toda la vida, aunque no te lo creas, has hecho más por mí de lo que te imaginas.

—Lo siento Ariel… perdóname… pero es que no puedo parar de llorar… eres la mejor persona que conozco… no sabía que se pudiese ser tan fuerte, te quiero muchísimo Ariel.

—Y yo a ti Alba.

Confesar ante su hermana aquello que con más fuerza retenía apretado en el fondo de su corazón hizo que lejos de sentir la más grande de las vergüenzas y el bochorno más sonrojante, como siempre había temido, se sintiera liberada, con cada palabra se fortalecía, como si se desprendiera de los restos de metralla de una explosión alojados en su cuerpo durante años, pero sobre todo sintió que recuperaba algo de la dignidad que ese día perdió, porque sin duda eso fue lo que más le dolió, no fueron los golpes, ni las

heridas, ni los desgarros vaginales, fue ver cómo perdía el control de su cuerpo, y cómo alguien lo usaba a su antojo como si fuese algo de su propiedad, como un juguete al que maltratar y despedazar por el simple hecho de ser suyo, sin que ella pudiera hacer absolutamente nada por evitarlo. Por eso le insistió tanto a Alba con la necesidad de hacerle frente a Martín, con denunciarlo, ella no tuvo esa oportunidad y eso le estuvo pesando durante muchos años, porque por lo visto aquellos dos chicos, ojos grises y cicatriz, debieron volverse invisibles o algo parecido, la policía nunca dio con ellos, y ver cómo alguien que había sido capaz de infligir semejante daño se salía con la suya y seguía con su vida como si tal cosa era algo que podía llegar a carcomerte por dentro, a convertirte en una persona horrible, por eso había que armarse de valor y hacer lo que se tenía que hacer, no quedaba otra opción.

®

LOS BANCOS

Su crédito en tan solo cinco días. Contrate un plan de pensiones, asegure su jubilación. Hasta un diez por cien de interés. Solo con su nómina. Compre acciones, invierta su dinero. Contrate la nueva cuenta nómina. Hasta un once por cien de interés. Máxima rentabilidad. Contrate un seguro de vida. Hasta un doce por cien de interés, solo con su nómina. Una pareja se abrazaba sumergida en un estado de alegría incontenible. Un hombre sonreía encendiendo el motor de su descapotable. Un anciano sonreía en su casa frente a un lago de ensueño. Encuentre su casa, nosotros le damos el dinero necesario para pagarla. Contrate nuestros préstamos hipotecarios. Compre el coche que más le guste, nosotros hacemos el resto. Añada un crédito a su nómina, hasta un trece por cien de interés. Contrate su seguro de coche con nosotros, notará la diferencia. Un grupo de hombres vestía elegantes trajes, brindaban y reían en un bar, un grupo de mujeres se acercaban y los miraban, a sus peinados con la raya al lado, sin canas, a sus brillantes relojes, a sus zapatos de piel esmaltada, se acercaban y los tocaban, a sus nudillos perfectos, a sus nucas mientras de sus bocas salían suspiros cargados de sensualidad, entre los labios recién pintados o apoyando de forma sutil una mano sobre

sus hombros, torciendo un poco las caderas y dejando pasar una mano por su cintura. Máxima rentabilidad. Solo con su nómina. Confía en nosotros, porque nosotros confiamos en ti.

®

—Has hecho muy bien en subirte al coche, últimamente no te puedes fiar de nadie entiendes, al parecer salir por la noche se ha vuelto muy peligroso… sobre todo para vosotras… ya van unas cuantas desaparecidas sabes… a mí la verdad es que me da un poco de miedo también… uno nunca se puede fiar de a quién sube en el coche entiendes…

—Bueno… tampoco se puede vivir con miedo ¿no crees?, además, por suerte siempre quedan hombres de los que una se puede fiar —dijo ella sonriéndole y mirándolo con un brillo en los ojos, esa noche estaba espléndida, esa noche se había vestido para matar.

—Pues sí, menos mal, porque no todos los hombres somos iguales entiendes, y no quiero parecer grosero pero a una mujer tan guapa como tú solo se merece que le hagan halagos, y que la traten como a una princesa, y que le digan cosas bonitas —dijo él devolviéndole la sonrisa mientras apartaba brevemente la vista de la carretera.

—Vaya, gracias, estás siendo muy amable Pedro, a lo mejor podríamos vernos algún otro día, si quieres claro… —dijo sonriendo mientras Pedro parecía ligeramente absorto con la vista puesta en la carretera—, vaya… perdona… debo parecerte una descarada… seguro que tienes novia…

—¿Cómo dices?

—Oh nada nada… no tenía importancia… bueno ahora que lo dices, me preguntaba… ¿en qué trabajas exactamente?

—Mi trabajo… bueno… es un trabajo que no puede hacer cualquiera entiendes, un puesto de responsabilidad… uno de esos en los que un pequeño error puede tener consecuencias fatales sabes, por eso necesito estar descansado cuando trabajo.

—Vaya… eso suena muy bien… es impresionante… yo también tengo un puesto de responsabilidad y sé a qué te refieres con lo de que hay que estar descansado para dar lo mejor de uno mismo…

Pedro contestó con una sonrisa de complicidad.

—Pedro…

—¿Sí?

—Creo que te acabes de pasar la salida…

—Oh… vaya… qué estúpido he sido… cuánto lo siento, no te preocupes, en cuanto pueda doy la vuelta, enseguida llegamos, tranquila.

—No pasa nada, me está sentando bien el viaje, la verdad es que no paro de hablar… debo de estar pareciéndote una pesada… —dijo ella mirando de reojo a Pedro.

—Qué va, para nada, lo que pasa es que me gusta concentrarme cuando conduzco, sobre todo si es por la noche entiendes, por estas carreteras no paran de cruzarse conejos y a veces otros animales más grandes también, pero me gusta escucharte, en serio, tienes una voz muy agradable y una conversación muy interesante, fui yo el que te propuso llevarte a casa ¿recuerdas?, no lo hubiese hecho si me hubieras parecido una pesada… —dijo mirándola con una amplia sonrisa.

—Gracias Pedro… hacía tiempo que no conocía a alguien tan amable como tú… los chicos de hoy en día son… digamos que un poco bruscos… a veces… van a lo que van… y se olvidan o no saben que a nosotras nos gusta sentir que vuestro interés es real, por cómo somos, y no solo por el físico…

—Ups… esto sí que es tener mala pata…

—¿Qué pasa?

—Creo que hemos pinchado… qué mala suerte la verdad, con lo poquito que faltaba para llegar…

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? Yo no he notado ningún pinchazo ni nada… ¿estás seguro?

—Sí sí, completamente, el coche se me va ligeramente hacia la derecha y no puedo controlar muy bien el volante, pero no te preocupes, esto lo arreglo yo en un momento, pararé ahí delante, hay una pequeña área de servicio para estos casos.

—Vale —dijo ella sin dejar de sonreír y de hacer tirabuzones con un mechón de pelo.

Pedro aparcó en una pequeña área de servicio abandonada, parcialmente iluminada por la tenue luz que llegaba desde la carretera, le dijo que no hacía falta que saliera del coche, que él se encargaría de todo en un par de minutos, hacía frío y no quería que se constipase, y una princesa como ella no tenía que ensuciarse las manos con aceites, goma quemada y el resto de porquería que iban recogiendo por la carretera con las ruedas.

Él abrió el maletero del coche con la mayor naturalidad del mundo, no era la primera vez que lo hacía, levantó el tapizado que revestía el suelo del maletero, donde se guardaba la rueda de repuesto, allí tenía una pequeña

botella de cloroformo y un trapo sucio y grasiento, sus herramientas de trabajo.

Ella esperaba en el interior del coche, en el asiento del copiloto, tratando de observar por el espejo retrovisor los movimientos de Pedro en la parte de atrás, estaba oscuro, pero el piloto de luz del portón del maletero iluminaba ligeramente su rostro.

Él vertió un poco de la botella de cloroformo en el trapo y se guardó el resto de la botella en el bolsillo de la chaqueta, nunca se sabía con estas jóvenes de hoy en día, que se revolvían y pataleaban como gato panza arriba cada día con más fuerza. Cerró de un manotazo el portón. Buenas noches cariño.

—Arriba las manos hijo de puta, si mueves un solo pelo te mato —dijo Silvia apuntando a Pedro con firmeza.

—Vaya… esto sí que no me lo esperaba… y luego somos los hombres los que no somos de fiar… —dijo Pedro con una bonita sonrisa mientras sujetaba con una mano el trapo rociado con cloroformo.

—Cierra la puta boca o te borro esa sonrisa de un tiro, deja caer ese trapo al suelo y pon las manos sobre la cabeza, donde pueda verlas. —Solo necesitaba un motivo, un pequeño movimiento para clavarle una bala en la cabeza a ese monstruo que tantas horas de sueño le había robado, a ella y a todas esas familias rotas que lloraban la ausencia.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —dijo Pedro sonriendo en la misma postura—, ¡es solo un trapo mujer! ¿Es que ahora uno no puede ni siquiera limpiarse las manos?

—Te he dicho que cierres la puta boca y que sueltes ese trapo, no me hagas volver a repetírtelo o te juro que no habrá una próxima vez. —Trataba de ponerla nerviosa, y lo estaba consiguiendo, con esa sonrisa rematada con un hoyuelo en cada mejilla y cara de no haber roto un plato en su vida, y esa serenidad que parecía tan natural.

—Vale vale tú ganas… —dijo Pedro con sorna mientras dejaba caer el trapo en el suelo—, no sé cómo lo hacéis, pero al final siempre os salís con la vuestra… no hay quien pueda con vosotras de verdad… menudo genio…

—¡¡Que pongas las manos sobre la cabeza y te des la vuelta joder!! ¡¡Y cállate de una maldita vez!! —dijo Silvia interrumpiéndolo.

—¿Así? —dijo Pedro poniendo ambas manos por detrás de su cabeza.

—¡Y ahora date la vuelta! —dijo Silvia empuñando la pistola con una mano mientras sacaba con la otra unas esposas de su pequeño bolso de fiesta.

—¿Así está bien? —dijo Pedro dándose la vuelta—, ¿y ahora qué? ¿Me vas a pegar un tiro?, a mí la verdad es que no me importa mucho sabes, en realidad no sé ni por qué hago esto, pero es que tampoco le encuentro demasiado… ¿cómo se dice? ¿Sentido a la vida?, o sea que por mí no te cortes eh, adelante, no te lo tendré en cuenta mujer, son cosas que pasan… lo sé por experiencia…

—¡¡Te he dicho que te calles!! ¡¡Y ni se te ocurra moverte ahora!!

Silvia se acercó a Pedro con cautela, más nerviosa de lo que le gustaría, pero ya lo tenía, a un metro de ella, ese cabrón ya era suyo, él hacía un pequeño ruidito con la boca, como cuando alguien intenta sacarse un trozo de comida que se ha quedado atrapado entre los dientes, la estaba poniendo enferma, se las había tenido que ver con delincuentes de todo tipo, pero este no era como los demás, este era un auténtico lobo con piel de cordero, como esos que salían en los cuentos que nuestros padres nos contaban de pequeños y que tanto miedo nos daban, y que ya siendo adultos, los recordábamos con una sonrisa de nostalgia por la inocencia del niño que se cree cualquier cosa, por inverosímil que parezca. Extendió las esposas y puso el cañón de la pistola muy cerca de la cabeza de Pedro, alzó su mano izquierda para colocarle las esposas y no lo vio venir, demasiado oscuro, demasiado nerviosa para llevar a cabo una detención de ese calibre, qué ingenua había sido, fueron milésimas de segundo, él se revolvió con extrema rapidez dándole un fuerte manotazo con su brazo derecho, la pistola salió volando varios metros. Silvia soltó un grito gutural al sentir el golpe y ver cómo con la pistola se alejaba la ventaja que tenía sobre ese hombre, trató de intentar recuperar la posición rápidamente, pero al girarse para lanzarse a por Pedro con todas sus fuerzas su cara se estrelló contra su puño, que venía en esa misma dirección, fue un golpe seco, directo a la mandíbula, la dejó semiinconsciente en el suelo, malditas clases de defensa personal, hubiese preferido que la tratasen con menos respeto, y ahora estaría levantándose, que hubiese recibido más golpes en sus pechos y en sus genitales, en lugar de que ellos los evitaran constantemente deshaciéndose en disculpas cada vez que los rozaban, o en su bonita cara, lucir una temible cicatriz tal vez, y ahora estaría luchando por su vida.

Pedro se sentó a horcajadas sobre Silvia, presionando con sus rodillas cada uno de sus brazos, la tenía inmovilizada de cintura para arriba, la miraba con una bonita sonrisa, casi de enamorado, ella se retorcía débilmente en el suelo y no parecía saber ni dónde estaba, Pedro sacó la botellita de cloroformo que tenía en el bolsillo de su chaqueta y vertió la mitad de su

contenido en el interior de la boca de Silvia, que la tenía entreabierta, era una dosis realmente alta, quizá demasiado, pero había estado muy cerca de atraparlo y no quería correr más riesgos, si no se levantaba más, un problema menos.

—Esto es para el dolor, creo que te he roto la mandíbula, es una pena, porque eres realmente preciosa, y no quisiera haberte estropeado esa carita tan linda que tienes, ahora dormirás un poco princesa, o tal vez para siempre —dijo Pedro dándole un tierno y largo beso en la frente mientras ella empezaba a convulsionar levemente.

PARTE 2

MÁS OSCURO, MÁS PROFUNDO

"Y ahora sé buen niño
ahora ve a dormir
los lobos entrarán en casa
los ángeles no te cuidarán
pero igualmente cierra los ojos".

Hernán Valdés, Apariciones y desapariciones.

CAPÍTULO 15

DANIEL ARGENTE

Daniel Argente siempre pensó que estaba destinado a hacer algo grande. Aborrecía a las personas normales, las que se aglomeraban en los centros comerciales, las que se conformaban con un trabajo mediocre, con bajar al bar de Manolo a jugar a las cartas o a tirar unas cuantas monedas a una máquina tragaperras entre caña y caña, o con hacer la comida todos los puñeteros días de su vida. Los domingos y las familias, los paseos cogidos de la mano, las cenas en pareja y en silencio, las tareas del hogar, las hipotecas de por vida, las emisiones deportivas en directo, las modelos, la cultura de masas, o los treinta miserables días de vacaciones anuales, de libertad provisional antes de volver a la cárcel de la vida.

Él no era nada de eso, él valía para mucho más, aunque sus padres no supieran verlo. Ser el último para ellos fue duro de asimilar al principio, ver como sus tres hermanos eran los que se llevaban las palmadas en la espalda, las felicitaciones reflejadas en sus caras de alegría y en los excesos que les consentían, pero tiempo después, donde antes hubo tristeza o soledad, ahora había confianza y seguridad.

Cuando acabó sus estudios en comunicación audiovisual lo único en lo que pensaba era en cambiar el mundo, mostrar la vida tal y como era en realidad, como él la veía, contarlo todo, las mentiras, los engaños, toda la basura que nos hacían tragar desde pequeños, la piel desnuda, sin maquillar, lo que había detrás de cada palabra, de cada promesa electoral, cuál era el significado del qué, o por qué nos preocupaba tanto el cuándo. Pero todas las productoras a las que llegó con sus proyectos bajo el brazo, con sus guiones encuadernados, le enseñaron amablemente la puerta de salida, que allí no tenían cabida sus ideas visionarias ni sus reflexiones sobre la vida, y que a diferencia de lo que él pensaba, los efectos especiales no estaban muertos, estaban más vivos que nunca, a punto de estallar en una nueva revolución cinematográfica.

Por eso cuando Daniel Argente vio que aquella puerta se abría, la que le mostraba aquel hombre mayor y con dinero, no dudó ni un segundo en meterse dentro. Y lo que le ofreció fue mejor de lo que nunca pensó, a la

gente le volvía loca la telerrealidad, él les daría más que eso, él les daría la vida en primera persona, la muerte inmortalizada en unos bellos fotogramas, a unos pocos al menos. Él sería el barquero, el que uniría el mundo de los vivos con el de los muertos, la gente como él, la que era diferente al resto, necesitaba algo más, alguien que cagaba pepitas de oro no podía alimentarse de pienso como los demás, necesitaban comida auténtica, de verdad, la que él les ofrecería, en directo, desgarrando a todas esas perras ingratas, perforándolas sin piedad, en primer plano, sin secuenciar, sin luces ni planos americanos, solo la sangre, solo la vida, que se va, como todas las demás, al final, siempre al final.

CAPÍTULO 16

LOS QUE NO ESCUCHAN

Diego deslizaba sus dedos por su pelo, masajeando ligeramente la piel de su cabeza, le relajaba casi tanto como a Ariel, que permanecía con los ojos cerrados y ronroneaba como un gato medio recostada sobre él. El clima era muy agradable, había salido un día soleado, y decidieron saltarse la clase de Teoría e Historia del arte, merecía la pena. En la zona ajardinada que rodeaba la facultad se respiraba un ambiente tranquilo, casi placentero, en las últimas semanas muchos estudiantes habían decidido no asistir a algunas de las clases, preferían quedarse en sus casas, o en las casas de sus amigos, el miedo entre la población era algo generalizado, con cada nueva desaparición aumentaba más el pánico y había días que la facultad amanecía casi desierta, como aquella mañana, en la que los gatos campaban a sus anchas en busca de algún trozo de comida que llevarse a la boca, que últimamente escaseaba ante la ausencia de alumnos que dejasen sus medios bocadillos olvidados en algún banco. A lo lejos vieron a Natalia cruzar el jardín en dirección a la puerta principal, llevaba unas grandes gafas de sol y vestía una camiseta de tirantes entremetida en un ajustado pantalón vaquero que dejaba muy poco para la imaginación.

—Mírala, por ahí va… es que no la soporto de verdad… no sé cómo ha sido capaz de hacerte de esto… no pensaba que fuera capaz de algo semejante… y más como están las cosas —dijo Ariel incorporándose un poco, toda la relajación del momento se evaporó igual de rápido que una gota de agua en mitad del desierto.

—Olvídala de verdad… no merece la pena.

—¿Qué la olvide? Te recuerdo que fue ella quien le dijo a la policía que estuviste hablando con Andrea… no se lo perdonaré en la vida…

—No sabemos si fue ella Ariel…

—¿Y quién sino se iba a inventar algo así?

—No lo sé…

—Es que no sé por qué encima la defiendes… ¿es que todavía te gusta o qué? ¿Te pone cachondo? ¿Es eso?

—Ariel… déjalo de verdad… ya sabes que no siento nada por Natalia… lo sabes de sobra…

—Pues no, no lo sé Diego… si de verdad no sintieras nada por ella no la defenderías como estás haciendo… a veces pienso que si no follasteis fue únicamente porque ella no quiso… y eso no lo hubiese soportado… no habría podido mirarte más a la cara joder…

Diego se quedó en silencio, le dolía mucho que Ariel todavía siguiera recordándole lo de Natalia, decía que le había perdonado pero de vez en cuando todavía se lo echaba en cara, y él no había vuelto a cruzar palabra con ella, pero su mera presencia, su simple recuerdo, hacían que Ariel se irritara, que reviviera de nuevo toda la rabia y el sufrimiento que pasó durante esos días.

—¿Es que no vas a decir nada? —¿*Crees que quedándote así callado vas a conseguir que se me olvide*?

Diego continuó pasándole las manos por el cabello, en silencio, estaba cansado y no tenía ganas de discutir otra vez sobre lo mismo.

—Quita, ahora no quiero que me toques —dijo Ariel apartándole las manos de su cabeza con brusquedad.

Diego suspiraba profunda y ruidosamente, sin decir nada, Ariel se giró un poco y lo miró de reojo, apoyado, en el tronco del árbol en el que descansaban, con la mirada humedecida y el rostro muy triste, eso le partió el corazón.

Ella no sabía explicarlo muy bien, y él parecía que tampoco lo entendiese demasiado, pero el perdón no era un interruptor que pudieras poner en posición de encendido o de apagado como si tal cosa. Cuando alguien decidía perdonar una ofensa de otra persona ninguna de las dos partes implicadas podía pretender que las cosas volviesen a ser exactamente igual que antes en ese preciso instante, al menos no siempre funcionaba así. El perdón era una intención, una decisión, después había que dejar pasar un poco de tiempo y tener algo de paciencia hasta que de forma gradual, si las dos partes habían cumplido con su parte del trato o compromiso que se adquiría en la reconciliación, todo volvía a su sitio, como en un tratamiento a base de antibióticos que hasta que el medicamento no lleva unos días combatiendo a muerte con la infección no se aprecian los primeros resultados.

—Diego… lo siento mucho de verdad… perdóname, he sido una estúpida.

—Tranquila, no pasa nada.

—No, en serio, te pido perdón, es que no sé qué me pasa, cada vez que veo a esa zorra pierdo totalmente la cordura… he sido una idiota —dijo Ariel

lanzándose a los brazos de Diego en busca de un abrazo que la tranquilizara.

—No pasa nada de verdad, ya sé que no lo decías en serio…

—Diego…

—Qué…

—¿Todavía estás enamorado de mí?

—Por supuesto que si Ariel, no puedes imaginar cuánto te quiero.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad tontita.

—Es que yo a ti te quiero muchísimo, desde el primer día en que te vi, y me da mucho miedo que me dejes de querer, creo que no podría vivir sin ti Diego. —Ariel hablaba a medio camino entre el llanto y el lamento.

—Ariel, escúchame bien —dijo Diego con seriedad y pasándole con dulzura una mano bajo su barbilla—, desde que te conocí, no ha pasado ni un solo día, ni un solo momento, en el que haya dejado de pensar en ti, tú haces que me apetezca levantarme cada mañana, estar a tu lado un solo minuto hace que el día entero haya merecido la pena, así que no, no voy dejar de quererte nunca, de hecho cada día te quiero más, eres lo más maravilloso que me ha pasado nunca, y ahora mismo, no recuerdo ni un solo día de mi vida en el que haya sido feliz sin estar tu a mi lado.

Ariel se abrazó a Diego entre lágrimas, y besos, y caricias. No llegó siquiera a convertirse en un pensamiento, pero Diego sintió por un momento que el amor entre ellos crecía justo después de las pequeñas discusiones que tenían, que esas pequeñas heridas en el corazón no eran sino una forma como otra cualquiera de seguir creciendo, acercándose, luego volvió a él uno de esos viejos y podridos recuerdos que lo envolvían siempre que disfrutaba de un momento feliz, que hacían que experimentase un terrible sentimiento de culpabilidad, y se sintió mal por no compartir nada de eso con Ariel, no quería estropearle el momento, algún día encontraría la forma de contárselo todo, todo.

Hoy cuando he llegado a casa he visto a Carla llorando, no sé qué le pasa pero cada vez soporto menos verla así, no sé, en cierta manera me siento engañado, ella antes no era así, cuando la conocí era una mujer muy fuerte, con carácter, pero ahora parece que todo se le hace un mundo, siempre tan frágil y tan susceptible, no me esperaba esto de ella.

Lo tenía decidido, esa noche diría adiós a este mundo, ya no soportaba ni un minuto más tener que seguir con la mentira en la que se había convertido su vida, había llegado a uno de esos puntos en los que no es posible quedarse quieto, parado, esperando a que algo pase, tenía que tomar una decisión y tenía que ser ahora, sentía que era el momento. Dicen que todo principio tiene un final, a veces una no sabía muy bien cómo empezaban las cosas, ni cómo ni cuándo terminaban, pero en esta ocasión tenía muy claro cómo acabarían, y decidió que al menos ella pondría el cuándo. Se despediría del señor Castro, de forma sutil claro, no era el momento de sufrir un arrebato de sinceridad, y menos con ese hombre, la suya era la última sesión del día, y en cierta manera se sentía en deuda con él. Con sus manías y sus neurosis había conseguido que en ella se despertaran los mismos síntomas, los cuales la habían desbordado completamente, aunque claro, con un origen totalmente distinto, un origen que tenía nombre y apellidos, pero lo importante es que gracias a ellos había resuelto que su situación no se podía alargar más, ya no, porque acabaría por destruirlo todo.

—No lo entiendo doctora, la verdad es que no lo entiendo, ahora que mis síntomas empiezan a mejorar me dice que se marcha unos días, ¿así, sin más? Francamente no esperaba esto de usted, no lo esperaba —dijo el señor Castro visiblemente consternado.

—Señor Castro… ya le he dicho que lo siento mucho, pero tengo un asunto personal del que me tengo que ocupar sin demora, sé que no es algo habitual, pero tiene que entender que nosotros, los terapeutas, también tenemos nuestra vida, y a veces esa vida nos reclama algo más de tiempo con ella, y créame, aunque ahora le parezca que no, estoy segura que el doctor Ferrán y usted se entenderán bien, ya lo verá.

La doctora había recuperado parte de esa serenidad de la que siempre había hecho gala, hacía unos días que había dejado de consumir cualquier tipo de droga o de sustancia química que nublaran su juicio, por primera vez en un mucho tiempo se sentía en paz consigo misma, sentía que estaba haciendo lo correcto.

—Usted no lo entiende doctora… no lo entiende… no se puede ir así sin más, ya sé que tiene una vida privada, pero también tiene una responsabilidad con sus pacientes, adquirió un compromiso, y ya sabe lo mucho que me ha costado que alguien me comprenda, que entienda lo que me pasa realmente sin tacharme de loco… no se marche doctora, se lo ruego… le pagaré más si hace falta…

El señor Castro se lo estaba poniendo más difícil de lo que esperaba, ese hombre era un hueso duro de roer, en todos los sentidos, no le extrañaba que hubiera salido a gritos de todas las consultas de sus colegas por las que había pasado hasta toparse con la de ella. Era especialmente hábil en sacar a una de quicio, parecía que prestaba la mayor de las atenciones cuando se le estaba tratando de explicar algún proceso mental o la importancia del equilibrio químico en nuestra salud, pero de repente saltaba como un resorte con sus lamentos y sus preocupaciones infinitas, como si todo el tiempo que había estado en silencio aparentando que escuchaba atentamente no hubiese sido más que una forma de ordenar sus tediosos pensamientos para volver a la carga con más fuerza, dejándola a una con la palabra en la boca y haciéndole perder el hilo de sus razonamientos, ese hombre no escuchaba, no había escuchado a nadie en su vida, y desde luego no le daba ninguna pena no volver a ver más al señor Castro.

—No es por el dinero señor Castro, ya se lo he explicado, ese no es el motivo, le estoy pidiendo que trate de ser comprensivo, ya he tomado una decisión y no hay forma de volver atrás, lo siento mucho de verdad, pero no sé qué más puedo decirle.

—De acuerdo doctora Rueda, si ya lo tiene decidido no hay más que hablar, usted verá lo que hace, no quiero que me recuerde como a uno de esos ingratos que no sabe apreciar el trabajo bien hecho. Ha sido un placer tratar con usted doctora —dijo tendiéndole la mano a modo de despedida.

—Igualmente señor Castro, espero que todo le vaya muy bien, de verdad, hasta otra.

Por fin, se había deshecho del recalcitrante señor Castro, no hubiera elegido pasar su última tarde con ese hombre si le hubiese quedado otra opción, pero al fin estaba sola, que era lo importante, con todos los cabos sueltos de su vida más o menos zanjados, a excepción de su hermana claro, a la que no se había atrevido a visitar, la conocía demasiado, se lo hubiera notado, y eso no habría hecho más que empeorar las cosas. Esa noche, cuando llegara a casa, se despediría del mundo en silencio, silencio.

®

EL HORNO MICROONDAS

Nuevo horno microondas. Hacemos esto por ti, hacemos esto por ella, por la cocinera. Una mujer se echaba las manos a

la zona lumbar con claros gestos de dolor después de agacharse para sacar una fuente de comida del horno. Pruébalo, con él, cocinar nunca será lo mismo, cocina fácil. Un programa de cocción para cada plato. Automático. Cocinar nunca fue tan agradable. Una mujer introducía un pollo enorme en el interior de un horno microondas, programaba treinta minutos y se iba con una sonrisa de oreja a oreja a disfrutar con su marido y sus hijos, que apenas le presentaban atención cuando llegaba, estaban viendo la televisión en maravillosa comunión. Con la tecnología más avanzada. La tecnología que nunca falla. Con la comodidad de un microondas y la potencia de un horno. Lo cocina todo. Tendrás tiempo para todo, tendrás un horno microondas. Una mujer se quitaba un delantal que le llegaba hasta los tobillos y se sentaba a disfrutar de la placentera lectura de una novela durante los cinco minutos que le quedaban antes de que su marido entrara por la puerta con su maletín de piel y empezara otra vez el ritual de servilismo total. Compra nuestro horno microondas, verás que fácil. Lo cocina todo.

®

Silvia despertó intentando tragar una inmensa bocanada de aire fresco, como cuando uno ha pasado un par de minutos sin respirar bajo el agua y al salir de nuevo a la superficie siente que si no coge aire con todas sus fuerzas morirá.

Tardó unos cuantos segundos en orientarse, su brazo derecho le dolía horrores, sentía como si lo tuviese fuera del sitio, su muñeca derecha, un dolor agudo y punzante hizo que se le escapara un pequeño gemido, la tenía esposada a una gruesa tubería de acero situada aproximadamente a un metro sobre su cabeza, que en esos momentos todavía reposaba sobre el suelo. Trató de incorporarse parcialmente, sentarse al menos, no sabría decir cuánto tiempo llevaría así, tirada en el suelo, en el que parte de su cuerpo ni siquiera hacía contacto con la superficie porque pendía ligeramente de su brazo derecho, esposado a una altura demasiado alta. Le dolía horrores ese brazo, a pesar de tenerlo medio entumecido y acorchado, cuántas horas llevaría así, lo último que recuerda fue el tremendo puñetazo que le dio Pedro, y luego a este diciendo no sé qué estupidez y vertiendo un líquido en su boca con la expresión divertida de un chiquillo que está haciendo una travesura sin que lo vean sus padres. Era cloroformo, qué hijo de puta, la garganta le abrasaba y la boca le ardía, recordaba ese olor dulzón que se convertía en ardor cuando lo

inhalabas durante unos segundos, y la perpetua risa sardónica de su instructor en la academia de inspectores de policía observando su desagradable reacción, que era el que le había tendido el frasco advirtiéndole que uno tiene que conocer de primera mano los peligros a los que se enfrenta, cuanto detestaba al viejo inspector Calero, no había conocido a nadie tan misógino, maleducado y perturbado en su vida, no sabía por qué demonios conservaba el cuerpo nacional de policía a semejante personaje.

La cabeza le dolía muchísimo, era como si alguien estuviese percutiendo constantemente con un martillo en el centro de su frente y en las sienes, necesitaba beber agua, estaba totalmente deshidratada y cada vez que tragaba saliva notaba como si alguien le estuviese frotando un papel de lija por el interior de su garganta. Trató de pedir ayuda, pero los dos intentos que hizo acabaron con sendos escupitajos de sangre en el suelo, el cloroformo le había producido quemaduras químicas a lo largo de todo el tubo digestivo, apenas le salía un hilo de voz tenue. De todas formas dudaba mucho que alguien la hubiese podido escuchar, a su alrededor apenas vislumbraba las sombras deformes de un coche medio desguazado, de viejas y grandes máquinas industriales que aparentaban no haber sido utilizadas en muchos años. Una vieja fábrica abandonada desde a saber cuándo, alejada de la civilización como si fuese un leproso en cuarentena, solo le quedaba esperar a que ese cabrón regresara, porque estaba segura que regresaría, el depredador, a por su presa.

Qué estúpida había sido, en su cabeza se empezaban a aclarar sus pensamientos, que absurda idea la de ir por ahí poniéndose de cebo, en sus días libres, esperando a que la bestia hiciera acto de presencia, a que tuviera hambre y ella le pareciera un bocado apetecible. Nadie la estaría echando de menos, nadie tenía por qué buscarla todavía, pero la lentitud con la que transcurría toda la investigación la habían obligado a tomar una iniciativa, en secreto, sola, sin dar cuentas a nadie, ínfulas de heroína, engreída, no podía seguir los procedimientos habituales y acatar órdenes como todos los demás, no, no podía esperar a que alguien cometiera algún error, como su compañero Manuel, que ahora mismo estaría llevando a sus hijos al colegio, o almorzando su bocadillo de tortilla de patatas, o leyendo tranquilamente un periódico deportivo en la barra de un bar dando infinitas vueltas con la cucharilla a su café solo.

Un ruido seco y metálico la sacó de su ensimismamiento, ya viene, la bestia, ya llega, prepárate Silvia.

—Buenos días princesa —dijo Pedro con esa tierna sonrisa juvenil mientras le acariciaba con delicadeza una mejilla—, por fin te has despertado eh dormilona, menos mal, anoche me temí lo peor sabes, estuviste convulsionando bastante rato, echando una baba sanguinolenta por la boca, un poco desagradable la verdad, nada propio de una señorita como tú, creo que incluso te debiste morir un par de veces, cuando las convulsiones se volvieron más violentas y de repente pararon de golpe, estabas con los ojos abiertos sí, pero no tenías pulso entiendes, y ese precioso pecho que tienes ya no subía ni bajaba, y luego me diste un susto de muerte cuando te vi coger aire de nuevo con tanta fuerza, resistiéndote a marchar, ay Silvia Silvia, estás hecha toda una guerrera, una superviviente, realmente admirable, me quito el sombrero.

Silvia lo miraba con frialdad, intentando encontrar algún tipo de emoción, de sentimiento del que poder tirar, al que poderse agarrar, pero ese hombre no parecía dar ninguna muestra de humanidad.

—Me puedes decir la hora por favor… —dijo Silvia con un susurro ronco.

—¿La hora? ¿Qué más te da eso mujer? Qué manía que tenéis siempre las mujeres con tenerlo todo bajo control de verdad, relájate un poco anda, déjate llevar y disfruta un poco de la vida, además, no creo que te busque nadie todavía ¿no te parece? He hecho alguna averiguación por mi parte sabes, mientras dormías como un bebé, ay Silvia Silvia, mira que ponerte a jugar a los detectives tu solita… ¿es que no te han dicho nunca que con fuego no se juega? ¿Que al final siempre te acabas quemando?, en fin, tampoco voy a ponerme ahora en plan paternalista sabes, tú sabrás lo que haces, que ya eres mayorcita…

—Te juro que te mataré enfermo hijo de puta… —susurró Silvia con todo el desprecio que pudo reunir.

Pedro sonrió con estruendo al oír a Silvia, retorciéndose en la pequeña silla que había puesto delante de ella y que le daban un aire todavía más infantil, sentado con las piernas un poco encogidas y los codos apoyados sobre sus rodillas, como un niño que atiende entretenido la lección escolar.

—Bueno mujer, tampoco es para ponerse así… cada uno defiende lo suyo sabes… ya te dije anoche que no hay que tomarse las cosas tan a pecho… esto no es algo personal, te aseguro que yo a ti no te guardo ningún rencor entiendes, todo lo contrario, eres de las personas más admirables que he conocido… y más hermosas por cierto…

—¡¿Se puede saber qué es lo que quieres maldito enfermo de los cojones?!

El esfuerzo verbal le costó un nuevo ataque de tos que acabó en mancha de sangre en el suelo.

—Podrías darme un poco de agua por favor… —dijo Silvia con los ojos enrojecidos y la voz muy débil.

—Claro que sí, lo que haga falta por mi princesa, toma —dijo tendiéndole una pequeña botella de agua.

Silvia se bebió de un trago prácticamente toda la botella.

—Despacio, despacio —decía Pedro como si estuviese alimentando a un cachorro—, no seas tan tragona mujer, que no te la voy a quitar, esa botella es para ti… un regalo que te hago, para que luego digas, y por cierto no me gusta nada que me hables de esa forma, yo te he tratado con educación en todo momento ¿no crees? Tú en cambio todavía no me has dicho ni media palabra amable, y eso duele entiendes…

El agua le aclaró ligeramente la voz, su mente se despejó un poco, estaba realmente deshidratada, sintió que recuperaba algo de control sobre su cuerpo y sobre sus pensamientos.

—Gracias por el agua Pedro… te ruego que me disculpes… tienes razón… he sido un poco grosera —dijo Silvia más calmada, tratando de mantener la cabeza fría.

A Pedro se le iluminó el rostro al oír esas palabras, parecía un niño abriendo los regalos de navidad.

—De nada Silvia, eso ya me gusta más, además, te aseguro que no te favorece nada ponerte de la forma que te pones, estás mucho más guapa así, tranquila, o sonriendo como hacías anoche en el coche, te aseguro que hubo un par de veces que incluso llegué a tener una erección, y eso es algo muy extraño en mí sabes, nunca me pasa, en serio, de hecho creo que contigo ha sido la primera vez… —dijo Pedro con los ojos muy abiertos y un pequeño rubor en las mejillas.

—Vaya… tomaré eso como un halago Pedro… la verdad es que si te soy sincera, anoche, antes de estar segura de que era a ti a quien buscaba, pensé que ojalá que no lo fueras, porque me estaba resultando muy agradable tu compañía… pero en fin… los dos sabemos cómo terminó todo…

—Bueno, cambiando de tema, y por cierto, tampoco hace falta que exageres eh, que no soy ningún estúpido Silvia —dijo Pedro poniéndose muy serio—. A lo que iba, te voy a ser sincero, creo que te lo has ganado, si estás aquí todavía es por dos simples razones, la primera es que necesitaba saber si estabais tras mi pista o fue una simple casualidad que nuestros caminos se encontraran, y por tanto, muerto el perro, muerta la rabia, cuestión que por

cierto he podido resolver yo solo esta mañana con algo de fortuna, qué mala suerte la tuya oye, para una vez que das con el malo y va y te sale rana y aquí no ha pasado nada, en fin, que le vamos a hacer. Y la segunda y más importante, yo no tenía ni idea de que fueras policía, no sé qué es lo que quieren de ti pero imagino que debes haber hecho algo que no debías ¿no crees?, bueno, ya tendremos tiempo de hablar de eso, lo importante ahora es que todavía no he tomado una decisión sobre qué hacer contigo, tengo lo que se dice un dilema moral, o bien acabo con esto yo mismo y todo queda en un pequeño e inocente secreto entre tú y yo, o bien te entrego a ellos tal y como me dijeron, y aquí es donde reside mi duda, porque primero, a mí eso de hacerle daño a la gente no va conmigo entiendes, puedes creerme o no, pero la violencia es algo que por alguna razón siempre he detestado, y segundo, no me acaba de quedar claro qué pintamos tú, yo y todos los demás en todo esto, ni siquiera si el hecho de que seas policía te hará ser alguien especial para ellos o todo lo contrario, se enfadarán conmigo por haber estado tan cerca de ser atrapado, aunque también es cierto que eso es muy relativo entiendes… es que de verdad no sabes lo recelosa que es toda esa gente y lo violenta que se pone cuando las cosas no salen como a ellos les gusta… no sé… ya ves que estoy hecho un lío y ni yo mismo sé muy bien lo que digo, pero en fin, ¿tú qué opinas?

—Tú lo has dicho, no sé muy bien qué es lo que has querido decir, pero supongo que no existe una tercera opción ¿verdad Pedro?, que sea buena para mí… —dijo Silvia más serena.

—Si te refieres a dejarte marchar así sin más, desde luego que no preciosa, esa no entra dentro de la lista de respuestas correctas, ¿en qué lugar me dejaría eso a mí? ¿Te has parado a pensarlo siquiera? ¿Has pensado en mí por un momento?

—¿Por qué haces esto Pedro? —dijo Silvia en un tono fraternal.

Pedro se quedó unos segundos dudando, mirando al suelo meciendo ligeramente su cabeza hacia delante y hacia detrás.

—Se me ocurren muchas razones y ninguna, ya te dije anoche que la verdad es que no lo sé muy bien, y era cierto, no me gusta mentir ya te habrás dado cuenta… lo que pasa es que la gente no escucha entiendes… siempre les advierto… entre líneas claro… no sé… me gusta ese reto intelectual… pero casi nunca escuchan…

—No has contestado a mi pregunta Pedro.

—Tal vez en otra ocasión, o quién sabe, quizá en otra vida podamos hablar con calma de todo esto Silvia, pero no tenemos mucho tiempo sabes…

—Dime al menos quiénes son ellos y por qué están haciendo todo esto, porque ya me has dejado claro que tú no te incluyes…

—¿No has escuchado nunca la expresión «si te lo dijera tendría que matarte»? pues eso, ahora tengo que marcharme preciosa, tengo otras cosas de las que ocuparme entiendes, no te creas tan importante… tal vez decida satisfacer un poco tu curiosidad cuando haya decidido qué hacer contigo, aunque ya sabes lo que dicen… la curiosidad mató al gato… hasta luego princesa, no me esperes despierta, es posible que tarde un poco, te daría un beso de despedida, pero ya me has demostrado que tienes las uñas muy largas y no me gustaría tener que volver a dormirte.

—Pedro.

—¿Sí?

—Necesito ir al baño.

—Ya, no te preocupes por eso mujer, puedes hacértelo encima, no te matará, y si te sirve de consuelo yo te seguiré viendo preciosa igual.

Pedro se marchó sin decir ni una palabra más, dejándola de nuevo a solas, en silencio, al menos la culpa y los remordimientos le harían algo de compañía hasta que volviese.

CAPÍTULO 17

NO SOY UNA BUENA PERSONA

—Tiene que ser esta noche Alfonso, ya te he dicho que se va ir de la boca, o sea que anúlate lo que tengas y ve preparando tus cosas. —Sus oscuros ojos hundidos tras el grueso cristal de sus gafas intimidaban cuando miraba fijamente.

—De verdad Antonio… ¿es necesario que sea yo?, esta noche le prometí a Cristina y a mis hijos que saldríamos a cenar hombre… últimamente casi no los veo… —dijo Alfonso lamentándose.

—Sí, es necesario que seas tú, no quiero más fallos ni más chapuzas como la del Gallo, que gracias a él tenemos a la población acojonada joder, todavía no sé cómo cojones se le ocurrió a ese desgraciado dejar a esa chiquilla ahí tirada, ¿cuándo esperaba deshacerse del cuerpo? ¿En año nuevo?

—No le des más vueltas a eso hombre… tampoco es que estuviesen tan a la vista… fue mala suerte simplemente… —Pues menos mal que todavía no te he dicho que las otras dos chicas de las que se ocupó el Gallo aún no han aparecido, pero tranquilo, aparecerán—. La mala suerte no existe Alfonso, solo las malas decisiones, y mientras dependa de mí, las cosas se harán a mi manera, o sea, bien hechas.

—Joder, Cristina me va a matar… no conoces a mi mujer cuando se enfada… a ver cómo le digo yo ahora que esta noche no saldremos —dijo Alfonso con una sonrisa irónica mientras daba sorbos a una copa de coñac.

—A Cristina se la pasará como siempre, regálale algo bonito, unos pendientes… o una pulsera… o yo qué sé, pero gástate la pasta joder… no me seas tan rata…

—Antonio… a mi mujer ya no le caben más joyas en el joyero… ya me dejó claro la última vez que lo que ella necesita es que la saque por ahí para poder lucirlas… en fin… qué te voy a contar yo que ya no sepas…

—Bueno Alfonso, no voy decirte yo cómo tienes que arreglar tus problemas de alcoba, ya tienes la dirección, avísame si tienes cualquier problema, me tengo que marchar ya —dijo recogiendo un pequeño maletín de piel y poniéndose la americana.

—¿Y con Pedro?

—¿Qué pasa con Pedro?

—No sé… había oído que lo íbamos a jubilar…

—¿Qué estupideces son esas? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Ha sido Miguel no? joder que inquina le tiene a ese chaval…

—No es solo Miguel… hay más de uno de al que no le hace mucha gracia, ya sabes, siempre con esa sonrisita y esa cara de niño bueno… no sé… parece que le importe todo tres cojones… o lo que es peor, que no le tema a nada ni a nadie… y eso de que no tenga a ningún familiar cercano del que podamos agarrarnos… ya sabes que muy normal no es… acuérdate que ese fue uno los motivos por los que decidimos apartar a Eugenio de la Calle…

—Tú lo has dicho, a Eugenio se le apartó por otras razones que conoces de sobra. Pero Pedro es diferente, y te puedo asegurar que es mejor que muchos de nosotros —dijo con firmeza—, jamás ha cometido ni un error, ni uno solo, siempre ha hecho todo lo que le hemos pedido sin pestañear y nunca ha pedido nada a nadie, créeme, si hay alguien del que no podemos prescindir en estos momento ese es Pedro, yo respondo por él.

—En fin, ha sido un placer Antonio, como siempre —dijo tendiéndole la mano, no le apetecía continuar con esa conversación que sabía de antemano que la tenía perdida—, ¿nos vemos el sábado no?

—Igualmente Alfonso, hasta el sábado.

Antonio Salcedo empezaba a dar muestras de fatiga, últimamente solo veía la vida como una carrera contra la muerte, irremediable, por evitar el desastre, absurda. La inteligencia humana era nuestra condena, buscarle un sentido a las cosas, una razón de ser, de existir, un porqué, nuestro ADN solo se diferenciaba del de un ratón en un uno por cien, suficiente para creernos eternos, trascendentes, superiores, algo más que ceniza, algo menos que dioses.

Hoy me he sentido muy bien, orgulloso de lo que estoy haciendo por mi familia, sacrificando mi tesoro más preciado, mi integridad, pero es que cuando veo que no les falta de nada se me olvidan todos mis quebraderos de cabeza, ellas se lo merecen, no pasar ningún tipo de apuro, tener una buena vida.

Aún no sé nada de ella, espero que no le haya pasado nada malo.

Hubiera querido ir con ella, pero Ariel le explicó que su hermana estaba demasiado sensible como para que otro hombre las acompañara a poner la denuncia a Martín, y menos él, que solo lo conocía de aquel digamos no demasiado amistoso encuentro en la puerta de su casa. Demasiadas sensaciones para un solo día. Le había costado mucho convencerla para que tomara la decisión de dar el paso que muchas mujeres nunca se atrevían a dar en toda su vida, aunque eso les costara la muerte. Era un momento crucial, si lo dejaba correr se convertiría en ese preciso momento en una víctima más del maltrato del hombre sobre la mujer, en realidad ya lo era, pero hacerle frente ahora era como decirle al mundo que no estaba dispuesta a soportar ni una sola vez más que ni él ni nadie tenían el derecho a tratar a las mujeres como si fuesen de su propiedad, como si fuesen un ser inferior a ellos al que poder usar a su antojo y pasarle por encima cómo y cuándo les viniera en gana. Además, de haber ido con ellas, Alba, podría haberlo visto como una pequeña traición a la confianza que había depositado en ella, que era la única a la que le había contado lo sucedido, y en estos momentos, lo que menos necesitaba era precisamente eso, ver cómo su hermana se tomaba la libertad de ir por ahí contando algo que con tanto recelo guardaba en su intimidad.

A Diego se le hacía cada vez más insoportable estar solo, o lo que es lo mismo, estar en su casa, porque eso de vagar por ahí nunca había ido con él, tampoco hubiera sabido qué hacer tantas horas callejeando. Pero tenía toda la tarde por delante y si se metía en su casa, por mucho que se encerrara en su cuarto, al final tendría que salir, uno tenía sus necesidades fisiológicas, y su madre estaría al acecho, esperando su momento, y cada vez le apetecía menos tener que soportar esas torturas psicológicas.

Su cuarto le asfixiaba, le parecía minúsculo, irrespirable, en estos momentos hubiera pagado una fortuna para que al menos tuviera una diminuta ventana desde la que poder ver la luz del sol. Era una auténtica ratonera, no podía entender cómo había podido pasar tantos años de su vida ahí encerrado, con sus dibujos, sus libros y su vida imaginaria, y de repente le daba una vergüenza extrema que algún día, Ariel, pudiera ver ese cuartucho donde dormía, donde se había criado, y no quería por nada del mundo que Ariel lo dejara de querer, que se desenamorara aunque solo fuera un poco, no tenía ni idea de por qué una mujer como ella quería estar con él, y bajo ningún concepto se le ocurriría preguntárselo, no fuera el caso que ella, pensándoselo mejor, llegase a la conclusión de que todo había sido un tremendo error, y de que en realidad no estaba enamorada de él, de alguien que no era divertido como el resto de los chicos de la facultad o los que había conocido en el

instituto, de alguien de quien la gente no hablaba en los vestuarios del gimnasio ni lo invitaban a sus fiestas de cumpleaños, alguien a quien ni siquiera echarían de menos si desapareciera de repente como todas esas chicas, alguien cuyo recuerdo se esfumaría en el olvido como si nunca hubiese existido.

Es curioso cómo algo que hasta entonces no había echado nunca en falta, ahora era lo único que le importaba, por eso los días que tenía una discusión con Ariel, como la de esa mañana, si es que a eso se le pudiera llamar discusión, le embargaba una enorme sensación de tristeza y soledad. El miedo a perderla era superior a él, necesitaba aire fresco, calmar sus nervios, y eso era totalmente incompatible con ir a casa. Un paseo por la zona de la playa le vendría bien, disfrutar de la brisa marina y del oleaje, quizá incluso podría sentarse a dibujar algo mientras las olas acariciaban sus pies, a Ariel por ejemplo, emergiendo del mar como una sirena, o tumbada en la arena viendo cómo en su piel se iban cristalizando los restos de agua con sal bajo un sol abrasador. Sí, era una idea magnífica. De pequeño había ido muy pocas veces a la playa, de hecho solo recordaba haber ido una vez, y le había encantado, ese día formaba parte de los mejores recuerdos de su infancia. Su madre se preocupaba de echarle ese protector solar que tenía una zanahoria dibujada en el bote cada dos por tres, no se fuera a quemar, de que no se adentrara demasiado en la playa, siempre tan traicionera con sus corrientes de resaca que se lo podían llevar a uno mar adentro en un abrir y cerrar de ojos, y menos aún después de comer, con lo letales que podían llegar a ser los cortes de digestión. Y luego hicieron un gigantesco castillo de arena, yendo y viniendo a por cubos de arena mojada, trabajando en equipo. Ese día se sintió importante, sintió que quizá, su madre, después de todo, lo quería. Pero no hubo más veces, esa fue la única, su madre encontró diversas formas de disuadirlo cuando le rogaba que fueran a darse un chapuzón, o a hacer otro gran castillo de arena, siempre trató de recordarle primero, que la playa era muy peligrosa, que había tragado agua, y que por poco se había ahogado, y tiempo después, haciéndole creer, que a él la playa en realidad no le gustaba, que ese día que tanto recordaba no lo pasaron tan bien, que se había pasado todo el día de morros, a disgusto, pero que como entonces era un niño no lo recordaba bien, y su desbordante imaginación había inventado algo que no era real. Su madre no sabía o no quería saber que ser un niño no significaba ser estúpido, y que por mucho que ella se empeñara, los recuerdos eran suyos y de nadie más, y eso era algo que ni ella ni nadie le podía robar.

Un tajo en la barriga de al menos diez centímetros de largo y un par de profundidad duele menos de lo que la mayoría pueda pensar, al principio. Lo primero que uno siente es frío, así de sencillo, debe ser porque la temperatura de nuestro cuerpo desciende rápidamente para que tus arterias se cierren y tu sangre no corra tan deprisa. Después llega el calor, un calor que se va haciendo más intenso de forma rápida y progresiva, hasta el punto que piensas que te estás quemando, es posible que sea debido a que nuestro cuerpo ha caído en la cuenta de que por esa abertura deben estar entrando millones de bacterias que podrían terminar con nuestra vida y se ha puesto como loco tratando de combatir lo que sea que esté tratando de invadirnos y de cerrar cuanto antes esa hemorragia a base de plaquetas y más plaquetas. Y después sí, es cuando llega el dolor. Un dolor que nace en esa herida pero que se va diseminando a lo largo de todo nuestro abdomen igual de rápido que una gota de tinta negra en un vaso de agua. Aunque en ese momento es tal el miedo que sientes que lo que peor se lleva es el pánico a morir desangrado en cuestión de minutos, tu cuerpo puede que incluso te haga olvidar por unos instantes ese dolor, que solo le importe enviarte órdenes para que cierres esa herida, para que le ayudes a dejar de perder sangre. El cansancio se empieza a adueñar de tu cuerpo, tus ojos tratan de cerrarse en contra de tu voluntad, y sientes que nunca antes habías estado tan cansado, a lo mejor es porque tu cuerpo quiere pasar sus últimos minutos de vida en silencio, durmiendo, a lo mejor es porque no quiere que malgastes más fuerzas, que lo que tenga que venir, vendrá.

No le apetecía seguir pensando en su madre ni en ninguna de esas pesadillas que siempre se presentaban sin su permiso, que trataban de desestabilizarlo, ya estaba llegando a la playa y no quería que ningún recuerdo mancillara más esa tarde. Se había propuesto llenar sus días de nuevas y agradables experiencias, que por cierto era una bonita forma de olvidar los malos momentos.

Antes de adentrarse en la playa decidió caminar un rato por el paseo marítimo, desde allí el mar ofrecía una vista más panorámica y uno era más consciente de su magnitud y grandeza que cuando se adentraba hasta la orilla, donde todo lo que sus ojos alcanzaban a ver era agua. A lo lejos, vestidos con ropa de calle, vio a una pareja retozando en la arena, haciéndose caricias y cosquillas, riendo y olvidándose del mundo, se imaginó que esa pareja podrían ser Ariel y él, algún día, y en su cara se dibujó una enorme sonrisa, los contemplaba como un anciano contempla su vida, con nostalgia, absorto,

melancólico, por eso no vio a la mujer que caminaba por el paseo con la que tropezó de morros, cuando decidió reemprender su marcha.

La recordaba de otra forma, pero estaba seguro de que era ella, ahora parecía un poco más delgada, y un poco más bajita también, eso en realidad no era tan extraño porque él había crecido mucho durante la adolescencia, así que simplemente podría tratarse de un problema de perspectivas, algo de lo que él sí sabía un poco. Pero su piel sin duda se había vuelto más cetrina, eso lo tenía claro, siempre le había llamado la atención ese tono tostado que tan orgullosa lucía en las piernas y brazos, que solía llevar al descubierto, pero a fin de cuentas su sonrisa apenas había cambiado, la recordaba perfectamente, la suavidad de sus labios al estirarse y el pequeño rubor en sus mejillas al encogerse, eso todavía hacía de la doctora Rueda una mujer hermosa e inconfundible.

—Vaya… disculpa… qué torpe he sido… no te había visto —dijo Diego con una pequeña palpitación en el pecho.

—No te preocupes, no ha sido nada, además, yo tampoco te había visto —dijo la doctora Rueda mirándolo brevemente a los ojos y apartando la mirada con rapidez.

Qué incómodo y qué triste puede llegar a ser cuando dos personas que han pasado mucho tiempo juntas y que se conocen de sobra, se cruzan en algún sitio pasado un tiempo después de su distanciamiento y hacen como que no se han visto, como que esa cara que ha pasado no se diferencia en nada del resto con las que nos cruzamos a diario y que jamás hemos visto y es posible que jamás volvamos a ver, si acaso alguno de los dos puede volver a mirar de reojo, o plantearse siquiera el tragarse esa extraña vergüenza y saludar levantando un poco la cabeza.

—Disculpe —dijo Diego cuando la doctora Rueda se disponía a seguir su camino.

—¿Sí?

Lo había reconocido, no le cabía ninguna duda.

—Perdone pero… es usted la doctora Rueda ¿verdad? —dijo Diego sonriendo, realmente se alegraba de verla, tal vez fuera de los pocos recuerdos agradables que conservaba de su infancia, sus visitas al psicólogo, quién lo iba a decir.

—Sí… soy yo, ¿nos conocemos? —dijo ella sonriendo, *por supuesto que sí Diego, yo no he olvidado una cara en mi vida, aunque hayas crecido un poquito, y menos aún la tuya*.

—Claro, ¿no me recuerda? Me llamo Diego, aunque bueno, ha pasado bastante tiempo, y entonces yo era solo un niño, estuve acudiendo a su consulta durante un tiempo, pero no se preocupe… imagino que es normal que una al final termine por olvidar algunas caras… porque si no… Menuda locura…

No lo sabes tú bien, pensó la doctora Rueda.

—Ahora que lo dices… espera un momento… vale ya me acuerdo… ¿cuánto ha pasado? ¿Siete años? —dijo la doctora Rueda sonriendo y entornando un poco los ojos, *siete exactos años Diego, de la última consulta, de la gota que colmó el vaso de mi paciencia.*

—Vaya, buena memoria doctora, siete años exactos, ¿y qué tal le va todo?

—Bueno, no me quejo, ya sabes, trabajando sin parar… —Un halo de tristeza se empezaba cernir sobre su rostro—. ¿Y tú qué tal estás? Veo que has crecido mucho ¡eh! —*Y al parecer no solo en altura, no sé cómo lo has logrado pero parece que estás perfectamente equilibrado, solo espero que eso que habitaba en tu interior haya dejado de existir, o que le hayas echado tanta tierra encima como para no dejarlo escapar jamás.*

—Pues tampoco me puedo quejar la verdad, estudiando primero de Bellas Artes… y ya sabe cómo es la vida en la facultad… de aquí para allá…

La doctora Rueda asentía muy atenta mientras lo escuchaba, esa mujer realmente tenía un don para hacer parecer que tus problemas, tus comentarios o cualquier cosa que dijeses fueran lo más interesante que se podía decir en el mundo. Saber escuchar era una facultad que con el paso de los años uno iba apreciando más, no a todo el mundo se le daba bien aunque se lo propusiese, algunos se despistaban con facilidad justo en el cenit de tu confesión personal, otros te contestaban con algo que no tenía nada que ver con lo que acababas de contarle, y algunos otros, trataban de quitarle importancia a tus sentimientos, por no decirte a la cara que tus preocupaciones le parecían un aburrimiento máximo. Pero el problema era que a él le daba la impresión que cada vez eran menos las personas que se interesasen por algo que no fuera lo que ellos tuvieran que decirse a sí mismos o al resto, la gente cada vez se mostraba más egoísta y más individualista.

—Vaya… no sabes cuánto me alegro de que todo te vaya bien Diego, ahora que lo dices… estuve preguntándome durante un tiempo que habría sido de ti… pero en fin… esta profesión es así… cuando empiezas a conocer a alguien en profundidad de repente desaparece de tu vida y ya no vuelves a saber nada de él, como si nunca hubiese existido… —*Siento decir que en tu*

caso fui yo la que no quiso que volvieras a mi consulta Diego, lo siento mucho, pero por aquel entonces sentí miedo, verdadero miedo.

—Pues aquí me tiene, y le puedo asegurar que yo sí existo —dijo Diego sonriente.

—Sí, no me cabe la menor duda.

—¿Le importa si le digo una cosa doctora? Siempre me quedé con ganas de decírselo… y ahora que la veo… no quisiera dejar pasar la oportunidad otra vez.

—Claro, faltaría más, adelante, soy toda oídos —dijo rematando con una dulce sonrisa, tal y como Diego la recordaba, *por favor Diego, otra vez no, te lo ruego, otra vez no.*

—Era solo que… es una tontería pero… —A pesar de haber ganado soltura en las relaciones personales todavía le quedaba un largo camino por recorrer, la timidez no era algo que se superase en solo tres meses—. Siempre quise decirle lo maravillosas que fueron sus consultas para mí, le parecerá estúpido pero incluso hubo un tiempo en que acudir a su consulta era el mejor momento de la semana, no hace falta que me crea, pero pienso que recibí más cariño y comprensión por parte de usted del que había recibido en toda mi vida, y le estaré eternamente agradecido por ello. —Diego bajó un poco la mirada, expresar lo que sentía no era algo con lo que estuviera muy familiarizado, pero la doctora Rueda bien merecía el esfuerzo.

La doctora Rueda lo escuchaba con una interminable sonrisa, pero poco a poco su rostro se ensombreció, como uno de esos rápidos y repentinos anocheceres tropicales, ahora es de día, ahora de noche.

—Muchas gracias Diego, de verdad, no sabes cuánto me alegra escuchar eso. —La doctora Rueda bajó un poco la mirada, no quería que la viera con los ojos humedecidos.

Diego detectó que algo no estaba bien en ella, tampoco es que la conociera demasiado, y menos ahora, siete años después, pero hay veces que una imagen vale más que mil palabras, y que algunas expresiones, aunque provengan de alguien desconocido, son inconfundibles, universales.

—¿Se encuentra usted bien doctora?

—Sí sí, no te preocupes Diego… es solo que estoy un poco sensible estos días… ya sabes… esos días que a veces tenemos las mujeres una vez al mes… *—Diego, márchate ya anda, no me lo pongas más difícil ¿vale?, me alegro de que te haya ido bien, de que al final mis consultas pudieran servirte de ayuda, o eso o es que has aprendido a fingir como el mejor de los actores, pero déjalo ya por favor, no estoy en mi mejor momento.*

—¿Hay algo que pueda hacer por usted doctora?, no sé… pero me da la impresión que no se encuentra demasiado bien…

—Muchas gracias Diego de verdad, eres un cielo, no te preocupes, es solo que cuando una está un poco sensible tiende a exagerarlo todo un poco, pero se me pasará, tranquilo, bueno, no quisiera entretenerte más… me ha encantado verte Diego…

Quería irse ya, hasta un ciego podía verlo.

—Y a mí a usted doctora, no sabe cuánto. —Maldita sea, sentía que esa mujer que tanto había hecho por él estaba pidiendo ayuda a gritos pero no tenía ni idea de cómo ayudarla, *condenado inútil, ¡invéntate algo!*

—Bueno Diego, pues hasta otra, espero que todo te vaya bien en la vida —dijo tendiéndole su delicada mano.

—Hasta otra doctora, lo mismo digo, espero que sea lo que sea lo que le pase, no sea nada, a las buenas personas como usted solo merece que le pasen cosas buenas, espero que algún día nos volvamos a ver.

—Adiós Diego.

—Adiós doctora Rueda.

Desapareció de su vista con rapidez, a esas horas todavía había bastantes personas por el paseo marítimo, y uno, en particular, pasaba a formar parte de la gente, en general, en cuestión de segundos. Qué alegría tan grande y qué pena todavía más grande le había provocado volver a ver a la doctora Rueda, decidió que dedicaría más tiempo a pensar en ella, de esa forma, tal vez, si volvían a encontrarse, esa vez, podría servirle de más ayuda, podría estar a la altura.

¿De verdad que no recuerdas nada Diego?, vale que tu infancia la tuvieras enterrada, eso ya me quedó claro desde un principio, ¿pero tampoco recuerdas nuestras consultas?, no sé si esto es bueno o malo Diego, ya no estoy segura de nada la verdad, o si te has estado haciendo el tonto conmigo, aunque lo cierto es que te he visto muy bien, no me ha parecido que estabas fingiendo, pero creo que mi criterio clínico ya no es el que era, ya no soy de fiar. Lo mejor es que guardas un buen recuerdo de aquella época, de nuestras consultas, eso también es bueno, supongo, ¿quién soy yo para juzgarte?, si en el fondo es posible que ni yo misma sepa de qué va todo esto, sí, es verdad, te pido perdón Diego, por haberme rendido contigo en su día, ojalá no sea un espejismo y estés tan sano como pareces, ojalá.

Lo que más gracia le hizo a la doctora Rueda es que además la recordaba como a una buena persona, qué recuerdos, qué época tan maravillosa, cuando todo en ella era ilusión, era felicidad. Y qué equivocado estaba ese chico, ella no era una buena persona, qué va, no tenía ni idea de quién era en realidad, a lo mejor un día sí que lo fue, o al menos lo intentó, pero luego dejó de serlo, por alguna razón, por su ambición, mejor dicho. *Miguel Luján, maldito seas, si es que ese era tu nombre*. Apareció en su consulta un día como otro cualquiera, con sus buenos modales y su exquisita educación, con su lujoso maletín de piel y sus gemelos de oro, con su corbata de seda y su camisa cien por cien algodón, cómo se dejó embaucar por ese hombre, malditos sean los hombres, al demonio con ella por dejarse arrastrar. Tuvo que haberse fiado más del viejo doctor Juan Herranz, cuando le dijo que si algo huele a mierda, con perdón, es que es mierda, cuánto se arrepentía de despreciar los sabios consejos de personas con tanta experiencia como Juan Herranz, *sí, vale, lo comprendo, pero yo también tengo derecho a* equivocarme ¿no?, deja que me equivoque Juan, que tome mis propias decisiones y que aprenda de mis errores, cuantas conversaciones terminaron de esa forma, y de qué manera terminaría ella ahora.

Pero es que se lo planteó de tal forma que no parecía que hubiese nada de malo en ello, ni tampoco es que le supusiese un trabajo extra, y los beneficios eran bastante grandes, un negocio redondo, y el prestigio y el renombre que le prometió por colaborar con ellos hacían que su oferta fuera irrechazable. Ella tan solo tenía que darle el nombre de ciertas personas, pacientes suyos, a quienes conociera bien, pero era imprescindible que respondieran a un determinado perfil, tenían que ser chicos o chicas sin demasiada familia, pero tampoco sin ninguna, aunque lo realmente importante era que fueran digamos diferentes, sin esa capacidad que tienen la mayoría de seres humanos para empatizar, para entender el sufrimiento humano, personas antisociales por naturaleza pero con grandes dotes para fingir que eran normales, o al menos como la mayoría de las personas, y con un encanto especial, no querían bichos raros, tenían que ser alguien de quien a simple vista uno se pudiera fiar.

Lo que le dijeron es que un importantísimo grupo de psicólogos y psiquiatras de todo el mundo estaba llevando a cabo uno de los más grandes proyectos de investigación que hasta la fecha había conocido la humanidad, que estaban cerca de conseguirlo, de llegar a entender la mente del psicópata y lo que es más importante, de llegar a conocer la manera de revertir ese comportamiento y esa forma de ser que tanto daño había hecho a lo largo de

la humanidad. Le prometieron que podían hacer de ellos personas como todas las demás. Ella empezó dándoles algunos nombres de posibles candidatos, ellos se encargaban del resto, luego se extrañó de que nunca le informaran sobre cómo evolucionaban las personas cuyo nombre había dado, tampoco volvían a aparecer por la consulta, y empezó a hacer más preguntas, siempre obteniendo la misma respuesta, o sea, ninguna. Hasta que un día, leyendo el periódico vio que uno de los chicos que ella les había recomendado había sido detenido por intento de secuestro con intimidación, y más tarde otro, este había sido encontrado muerto en extrañas circunstancias, a ella todo esto empezó a parecerle bastante raro, y continuó haciendo más preguntas, obteniendo siempre la misma respuesta, un «usted limítese a hacer su trabajo, que nosotros ya tenemos bastante con hacer el nuestro». La sangre se le congeló el día que leyó la noticia sobre la violación a aquella chica, de ella no dieron ningún dato, pero sí las descripciones físicas de los violadores, no le cupo la menor duda de quiénes eran, los conocía perfectamente, Simón Sanmiguel y Eugenio de la Calle, y habían hecho algo horrible, y ella no tuvo el valor de denunciarlo, no tuvo el valor necesario. Pero sí fue el momento en el que decidió poner fin a su relación con esa gente.

Lo peor de todo fue cuando les dijo que abandonaba el proyecto, que lo que hacían no le parecía ético (tampoco tuvo el valor de decir de forma clara que era consciente de que en lugar de curar a psicópatas los estaban adiestrando), y que no contaran más con ella, «eso no va a poder ser», le habían dicho. Que nadie abandonaba nunca, jamás, que solo había una manera de abandonar, y esa manera no era compatible con la vida. Recibió amenazas veladas de distinta índole, también su hermana y su familia, que le contó diversos sucesos por los que habían pasado y que tenía mucho miedo, que no sabía ni quién ni por qué alguien querría hacerles daño. Solo le dejaron una opción, o continuar como hasta ahora o no continuar con nada. Ella trató en más ocasiones de abandonar, incluso pensó en ir a la policía, pero siempre con la misma fortuna, y con más amenazas, para ella y para su hermana, así que siguió trabajando para ellos, aún a sabiendas, ahora sí, a ciencia cierta, que lo que en un principio pensó que era un importante grupo de investigación era en realidad una importante organización criminal, muy bien organizada y con muchos tentáculos.

Nunca llegó a saber a ciencia cierta para que querían a las personas que ella les daba, pero estaba segura de que los utilizaban de alguna manera para cometer algún tipo de delito o de crimen, y cada vez que les entregaba un nuevo nombre, se le iba carcomiendo un poco más su corazón, y cada vez que

leía en el periódico, por casualidad, el fatal desenlace que había tenido alguno de ellos, ella se moría por dentro un poco más, pero ya había tenido suficiente, no tenía ni fuerzas ni ganas de continuar, al menos le habían dado la opción de irse en paz, a su manera, de la forma que ella escogiese, aún tendría que estarles agradecidos, y eso es lo que haría esa misma noche.

®

EL BRICK DE LECHE

Un hombre con la piel tan fina como la de un bebé y la musculatura tan definida como la de una escultura griega salía de la ducha con tan solo una toalla de manos anudada en la cintura, abría la nevera y sacaba un brick de leche de una conocida marca de productos lácteos, anunciaban que sus productos eran tan naturales que con ellos nuestra salud estaría garantizada. Antes de acabar el anuncio al hombre se le caía la toalla al suelo, sus glúteos también estaban bastante hipertrofiados, no quedaba demasiado claro si con lo de estar sano se referían en realidad a no tener ni un gramo de grasa, a tener un cuerpo tan bello que resultase difícil no mirarlo, ni tampoco quedaba del todo claro si a alguien se le había ocurrido la majadera idea de juntar en el mismo plano un cuerpo desnudo, un vaso de leche y una sugerente sonrisa por algún tipo de motivo en particular.

®

—¿Se puede saber quién cojones era ese? —dijo Alfonso mirando con fastidio al que tenía a su lado.

—No tengo ni la menor idea… pero no parecía nadie importante, tranquilízate hombre, será un viejo amigo —contestó pensativo.

—Que me tranquilice y una mierda, ¡¿y si sabe algo qué?! Joder cuando parece que todo está bajo control se vuelven a complicar las cosas, vamos a tener que averiguar quién es y sobre todo si sabe algo, me cago en mis muertos no gano para disgustos… y mi mujer dándome por el saco todo el día con que no aparezco por casa.

—No te preocupes Alfonso, será un vecino o algún conocido, o vete tú a saber, pero no podemos ponernos así de paranoicos con cada una de las

personas que conocía, a mi desde luego el chaval no me ha dado la impresión de saber nada —dijo tratando de adoptar una actitud racional.

—Mira chavalín —dijo Alfonso cogiéndolo de la solapa de su camisa—, me importa una mierda la impresión que te dé o deje de darte, yo llevo en esto desde que tu ibas por ahí cagándote en los pañales, y si digo que hay que averiguar quién es ese y por qué ella se le ha echado a llorar lo haces y punto, ¿te ha quedado claro? Tu padre y yo nos conocemos desde hace mucho, pregúntale si quieres, si todavía seguimos vivos es porque sabemos que cualquier preocupación es poca y no nos fiamos ni de nuestra puta madre ¡¿te queda claro?!

—Vale vale, perdona, desde luego, tú mandas, no pretendía ofenderte ni nada… —dijo bajando la mirada.

—Está bien, perdóname tú a mí también, no tenía por qué hablarte así, pero es que no quiero que nada salga mal, y quiero que aprendas bien cómo funciona todo esto, qué es un cabo suelto y cómo nos deshacemos de él, arrancándolo de raíz, además, tu padre me dio órdenes claras de que te enseñara todo lo que sé, por eso te puso a mi lado, y no me gustaría que te hicieras un blando —dijo Alfonso más tranquilo, para él la vida estaba plagada de marrones y de hijos de puta de los que no te podías fiar.

—No pasa nada Alfonso de verdad, estoy aprendiendo mucho viéndote trabajar —dijo mirándolo fijamente, en realidad tan solo había aprendido cómo ser grosero con una puta o cómo tratar con desprecio a casi todo el mundo.

—Anda ven aquí y dame un abrazo. —Alfonso lo acercó a él y le dio un frío abrazo más por lo que este significa que porque en realidad alguno de los dos deseara hacerlo—. Bueno, te dejo encargado de ese chaval, si te das prisa aún lo alcanzas, yo me quedo aquí a terminar con esa zorrita, qué buena está la cabrona por cierto.

—Hasta luego Alfonso, te digo algo mañana con lo que tenga.

—Hasta luego chaval, ve con cuidado y ya sabes, conviértete en una sombra, sé un fantasma.

Alfonso se encendió un cigarrillo y esperó a que los últimos rayos de sol se perdieran por el horizonte.

CAPÍTULO 18

MARTINA ATIENZA

Por favor Dios mío, te lo pido por favor, haré lo que tú me pidas, cualquier cosa, ¿un pacto? ¿Quieres que hagamos un pacto? Yo te ofrezco lo que sea pero tú devuélveme a mi hijita por favor, te daré lo que tú me pidas. No me hagas esto a mí, es insoportable, no puedo más, yo creo que he sido una buena persona ¿no crees?, y mi hija es un ángel, nunca ha dicho ni una palabra más alta que otra, ¿dónde estará ahora?, necesito saberlo, no puedo más, no puedo más, ella nunca ha dormido fuera de casa, adora su camita, y despertarse por las mañanas y darme los buenos días, es imposible que se haya ido, me lo hubiera dicho, o al menos habría notado algo, soy su madre, estábamos muy unidas, no lo entiendo. Por favor Dios mío haz que vuelva, esté donde esté, pero haz que vuelva, tiene que estar bien, no le puede haber pasado nada, es imposible que alguien quisiera hacerle daño, todo el mundo la quería, si no vuelve no te lo perdonaré nunca, te odiaré hasta el resto de mis días. No puede ser, no puede ser, mi hija no por favor, tiene que ser un error, esto tiene que ser una pesadilla, esto no puede estar pasando, quiero despertar de esta horrible pesadilla, por favor Dios mío quiero despertar y que todo vuelva a ser como antes, sé que puedo ser mejor madre, puedo hacerlo mejor, dame esa oportunidad y te prometo que te sentirás orgullosa de mi, he sido una buena cristiana ¿no crees?, he ido a misa cada domingo y cuando no he podido he ido cualquier otro día de la semana, me he portado bien, he rezado, cada día, lo sabes muy bien, porque tú puedes oírlo todo ¿no es verdad?, no dejes que a mi niña le pase nada por favor, haré lo que haga falta, no me importa lo que me pidas, iré a misa todos los días, te lo prometo aquí y ahora, pero tienes que hacer que vuelva, lo necesito, no puedo aguantarlo más, no lo soporto más. Martina por favor, vuelve a casa, te lo pide tu madre, si has hecho algo malo o te has ido con alguien no pasa nada de verdad, solo quiero saber que estás bien, tenerte entre mis brazos, tus padres te lo perdonan todo, todo, cualquier cosa, solo dime que estás bien, llámanos por teléfono si no quieres volver, pero dinos algo por favor. No, no puedes haberte ido, es imposible, tiene que haberte pasado algo, no, eso no por favor, ¿quién querría hacerle daño Dios mío?

¡¿Quién?! Si no haces que vuelva ahora mismo te maldeciré como nadie antes lo ha hecho nunca, no por favor Dios mío no quería decir eso ya lo sabes, pero tienes que hacer que vuelva, no puedes hacerme esto a mí, todas sus amigas han vuelto con sus madres, ¿por qué mi hija no? ¿Por qué ha tenido que ser ella? Eres un desagradecido, un malnacido que te da igual que le pasen cosas malas a las niñas como Martina, que es un ángel, tú lo sabes, se la han llevado, Dios mío, se la han llevado, quiero morirme, no quiero vivir más, al menos llévame a mí también ¿no?, ten el valor de llevarme a mí también, te lo pido aquí y ahora, si ella no vuelve, llévame a mí también.

CAPÍTULO 19

TU PRINCESITA TE DESEA BUENAS NOCHES

Se encontraba muy sucia, había tenido que mear un par de veces, pero desde luego no se lo hizo encima. Mientras tuviera otra opción conservaría lo poco que le quedase de dignidad, seguro que a ese enfermo mental le hubiese resultado divertido llegar y encontrársela ahí tirada con las piernas y las medias caladas de orina hasta los tobillos, pero solo tenía esposada una de las manos, pudo levantarse la falda y bajarse las medias y las bragas a duras penas, el problema es que el charco de orina que se había formado era bastante grande, y como ese malnacido no apareciese en toda la noche le tocaría tumbarse sobre él, porque la mano esposada le dejaba muy poco margen de movimiento, trató de apuntar de forma que la orina saliese disparada en otra dirección, un poco alejada del lugar en el que ella acabaría tumbándose cuando el cansancio se apoderara de su cuerpo, pero no hubo manera, en esos momentos deseó ser un hombre, qué facilidad tenían para apuntar con su manguerita hacia cualquier lugar y soltar la meada, como ellos decían.

Silvia no paró de maldecirse en todo el día, si había algún culpable del tremendo aprieto en el que se encontraba esa era ella, nadie más, por haber sido tan inoperante, por haber dejado una vez más que un hombre la superase. Tenía que haberle pegado un tiro en una pierna, o en un brazo, cuando tuvo ocasión, dejarlo inmovilizado, o al menos parcialmente, retorciéndose de dolor, absurdos procedimientos policiales, «tiene derecho a guardar silencio» y una mierda, ahora no estaría en la situación en la que estaba, ahora mismo le parecía que toda la ley y todos los protocolos que utilizaban habían sido creados única y exclusivamente para proteger al criminal, al delincuente, no le cabía la más mínima duda, no le encontraba ningún otro sentido. Cada vez que detenían a alguien les faltaba solo pedir perdón, y si alguna vez se les ocurría sacar la pistola, solo sacarla, ya podían prepararse para poco menos que un tercer grado, malditos sean todos los jefes de policía y todos los gobiernos que ha tenido este país, paraíso de delincuentes.

Tenía que sacar como fuera toda esa rabia que nublaba su mente, que no la dejaba pensar con claridad, no era momento de ponerse a arreglar el

mundo, no ahora, ya tendría tiempo, si es que salía de esta con vida, porque lo tenía difícil, muy difícil, pero si había algo que a lo largo de su vida siempre la había caracterizado es que no le tenía miedo a nada ni a nadie. Tuvo que enfrentarse a todo tipo de adversidades en su vida, creció en una familia numerosa en la que sus cuatro hermanos eran hombres, su madre murió en el parto, cuando la tuvo, ella era la última, la pequeña, la niña que siempre buscó con tanta ilusión, que siempre quiso, cuando aún la tenía en su vientre, pero en su casa lo más parecido a un gesto delicado y de cariño que encontró fue cuando sus hermanos le regalaban sus viejas y raídas camisetas de grupos de rock de los setenta, su padre estaba demasiado deprimido o furioso, iba a días como él decía, para ocuparse de su niña, o cuando la llevaron alguna vez al parque con sus amigotes, viendo cómo se pasaban la litrona y el porro mientras ella solo quería que la empujaran un poco, solo un poco, en el viejo columpio que se desgañitaba cada vez que al viento le daba por mecerlo un poco. Así que no le quedaba otra opción que arreglárselas ella sola, como siempre había hecho, se hizo policía por convicción moral, porque quería ayudar a poner un poco de orden en este podrido mundo, a que el hombre aprendiera de una santa vez que la mujer era igual que él, que la tenía que respetar y que cuidar, igual que ellas hacían con ellos, y que si a algún hijo de mala madre se le ocurría la idea de tocarle un solo pelo a alguna, se las tendría que ver con ella, porque no lo dejaría correr, de ninguna manera.

Relájate Silvia, ya vuelve, solo tienes que esperar tu oportunidad, una diminuta brecha por la que colarte en esa cabeza enferma, ya se acerca, un momento de imprecisión, cuando menos se lo espere, y ya es tuyo, ya está llegando, concéntrate en todo lo que has luchado a lo largo de los años para mantenerte con vida, en todo lo que has aprendido, cada lección, cada consejo, cada libro leído, y úsalo contra él, ya está aquí, estás lista.

—Buenas tardes princesa —dijo Pedro sonriente a un palmo de la cara de Silvia, que estaba sentada en el suelo medio dormida, con el brazo colgando de la tubería, tratando de no mancharse con el charco de orina—. ¡No paras de dormir eh! Eso es que te hacía falta descansar, ten, bebe un poco de agua, que debes de estar deshidratada, te he echado de menos sabes…

Silvia abrió un poco los ojos y cogió la botella que Pedro le tendía con una mano, bebió un poco y trató de incorporarse con cuidado, despacio.

—Gracias Pedro, eres muy amable —dijo susurrando y entornando lentamente los ojos, si acaso como el que trata de ubicarse después de despertar.

—De nada guapa, veo que has podido descansar un poco, mejor, porque te harán falta todas tus fuerzas para lo que está por venir. Bien, ya he decidido lo que vamos a hacer, te explico…

—¿Tendrías algo de comer Pedro? Por favor… me siento muy débil… —dijo Silvia entrecerrando los ojos con lentitud, como a la que las fuerzas están a punto de abandonarla.

—Vaya —dijo Pedro sin poder disimular cierta sorpresa—, parece que a mi gatita ya no le importa cuál va a ser su devenir… con lo ilusionado que yo venía por contarte las novedades… en fin… a ver que tenemos por aquí… —dijo Pedro rebuscando en los bolsillos de su chaqueta vaquera—, ¡premio! ¡Has tenido suerte! —dijo sacando de uno de sus bolsillos una barrita de cereales—, ten preciosa, para ti, come con cuidado por favor.

Silvia cogió la barrita de cereales y empezó a comérsela lentamente, haciendo algún que otro gesto de dolor cada vez que mordía, efectivamente tenía la mandíbula derecha en un estado lamentable, si no estaba fracturada poco le debía faltar, Pedro la observaba con esa mirada del niño que mira a su madre con veneración y expectación.

—Gracias Pedro…

—De nada mujer… no sabes la pena que me da verte así, debe de doler eso de que te rompan una mandíbula ¿no?, ya sabes que no era mi intención…

—No te preocupes Pedro… he pasado por cosas peores… además, tenías razón en eso que decías… cada uno defiende lo suyo… y sé que no era tu intención hacerme daño…

—Agradezco tu comprensión preciosa, no sabes cuánto, la gente por norma general no es que sea muy comprensiva que digamos entiendes… siempre tan nerviosa y tan impulsiva… lo ponen a uno frenético… yo siempre digo que hay que tratar a los demás como te gustaría que a ti te tratasen ¿no crees?

—No puedo estar más de acuerdo Pedro… —respondió Silvia dando un pequeño suspiro y entrecerrando un poco los ojos mientras se sentaba con un poco de torpeza en el suelo.

—¿Te encuentras bien princesa?, te noto un poco… digamos que bajo mínimos… —dijo Pedro aparentando preocupación.

—No me encuentro muy bien Pedro… solo quiero descansar un poco… puedes hacer conmigo lo que quieras… la verdad es que ya me da lo mismo… —dijo Silvia entre débiles susurros y apoyando la cabeza contra la pared.

Pedro se quedó unos segundos estudiando a Silvia, que se acurrucaba en el suelo con los ojos entrecerrados.

—Esto sí que no me lo esperaba princesa… con las ganas que yo tenía de contarte los planes que había hecho para los dos, ¿no te me irás a morir ahora verdad? —dijo Pedro acercándose un poco más a Silvia para estudiarla más de cerca. Ella respiraba lenta y ruidosamente, se acercó más, le pasó una mano por la mejilla a modo de caricia, y ella respondió frotando su cara contra su mano, con los ojos cerrados, como si agradeciera la caricia, soltando un pequeño gemidito como el que está teniendo un agradable sueño del que no quiere despertar.

Pedro se levantó de golpe, no le podía estar pasando esto justo ahora, de algún lugar del fondo de su ser emergió un sentimiento que nunca antes había tenido, se pasó las manos por la cabeza, serio, esto sí que era una novedad, por alguna razón no quería que esa mujer que tenía frente a él se muriera, dio un par de vueltas sobre sí mismo, pensando, reorganizando su mente, viendo cómo se apagaba, a la mierda, fue lo último que pensó, se acercó a ella nuevamente.

—Silvia, Silvia despierta, no te puedes dormir ahora, tenemos que irnos entiendes —dijo acariciándole la cara y tratando de despertarla, ella abría y cerraba los ojos con la mirada perdida y la boca entreabierta, le acercó la botella de agua a los labios y vertió un poco en su boca, pero ella la derramó casi toda—, vamos Silvia, despierta…

El cuerpo de Silvia dio una pequeña sacudida, Pedro se asustó y se apartó de ella de nuevo, empezó a convulsionar ligeramente, tenía la boca medio abierta y le caía algo de baba, su cuerpo se deslizó hacia un lado, semiinconsciente, con el brazo muy tenso esposado por su muñeca a la tubería.

—Vamos Silvia, ¿no quieres conocer cuáles son mis planes? ¿Es que ya no te importa? —dijo Pedro tratando de incorporarla—, venga, tienes que levantarte entiendes… tenemos que irnos… —dijo un poco más nervioso.

Pedro sacó del bolsillo las llaves de las esposas y liberó la mano de Silvia que tantas horas la había tenido encadenada a la tubería, la cogió en brazos como un recién casado coge a su mujer el día de su boda y emprendió la marcha hacia el exterior, acelerando el paso con cierta dificultad, tenía los brazos fuertes pero Silvia era una mujer atlética, no es lo que podría decirse un peso pluma.

—Venga Princesa, aguanta un poco más, que ya estamos llegando —dijo mirándola a la cara que le colgaba hacia abajo entre sus brazos sin ningún tipo

de tensión muscular—, ya falta muy poco, no puedes morirte ahora entiendes…

Llegó a la puerta de la fábrica abandonada en la que se encontraban, tuvo que dejarla en el suelo para poder abrir la pesada puerta de acero que daba al exterior, tiró de ella con fuerza un par de veces hasta que la puerta se abrió, se giró para coger de nuevo a Silvia, estaba oscuro, la visión del exterior lo había deslumbrado parcialmente, la luz diurna daba sus últimos coletazos, su vista tardó en acomodarse, pero no tenía ninguna duda de que Silvia ya no estaba en el suelo, lo cogió totalmente desprevenido, la cara de Silvia dibujó una pequeña sonrisa, estaba frente a él, luego su rostro se tensó, fueron milésimas de segundo, un fuerte golpe en sus testículos hizo que inevitablemente su cuerpo se encogiera sobre sí mismo, un acto reflejo, humano, varonil, su tronco quedó inclinado hacia delante, unas manos sobre su nuca y un rodillazo seco sobre su cara, ahora no estaba encogido, ahora estaba en el suelo, una nueva patada en sus testículos, algunas más en su cara y en su garganta, su nariz estalló en un chorro de sangre, inmediato, como cuando a uno se le cae un huevo al suelo y su contenido se desparrama por todos lados, dos dientes salieron despedidos como virutas de madera a golpe de hacha sobre tronco, su garganta, se veía deprimida y ruidosa como el tubo de una aspiradora que se ha tragado un objeto que no es capaz de engullir.

—Tu princesita te desea buenas noches cabrón. Después todo se hizo oscuro.

Hoy me han pedido que haga algo horrible, ni siquiera tengo fuerzas para pensar en ello, creo que aguantaré un poco más y dejaré este trabajo, cuando haya ganado un poco más, lo suficiente para que podamos vivir sin aprietos unos años.

Esta mañana la he llamado a casa y no estaba, estoy empezando a pensar que le ha pasado algo malo.

Ya estaba hecho, salieron de la comisaría de policía fortalecidas, resplandecientes, como dos guerreras que emergen victoriosas del fragor de la batalla. Ariel se sentía muy orgullosa de su hermana, más que nunca, no era fácil hacer lo que había hecho, sabía que esto no había terminado, tendría que enfrentarse de nuevo a Martín, probablemente en el juicio, y eso nunca era plato de buen gusto, él lo negaría, casi todos lo hacían, era lo primero que les

decían sus abogados, era su trabajo claro, como si eso lo justificara todo en la vida, también cabía la posibilidad, aunque menos probable, que a él le diese por acecharla o cometer alguna que otra estupidez por el estilo, dolido en su orgullo, pero la cara de Alba volvía a reflejar esa sonrisa llena de vida, volvía a ser esa mujer segura de sí misma, le había plantado cara, orgullosa de sí misma, y eso era lo único que ahora importaba, aprovechar los golpes que te daba la vida para endurecerse, no para mantenerte arrodillado.

De camino a casa pararon en una cafetería a tomar un café con leche, más que nada porque Alba quería utilizar el baño para echarse un poco de maquillaje encima, en la comisaría le habían hecho algunas fotos de las todavía muy recientes heridas y quería ocultarlas un poco, volver a sentirse femenina había dicho. Todavía tenía muy presente el traumático suceso con Martín, no se podía quitar de la cabeza su cara mientras la golpeaba, el ensordecimiento inicial tras cada golpe, la sensación de que pudo golpearla mucho más, estuvo totalmente a su merced, cuando la forzó a tener sexo con él, sin su consentimiento, sin utilizar protección. De ese tema aún no habían hablado pero desde luego tenía claro que no quería quedarse embarazada, y menos aún de una persona como Martín, que no eran ni siquiera una pareja formal, no podían serlo, él era mayor que ella, bastante más mayor, pero ese no era el principal punto de incompatibilidad entre ellos dos. Martín estaba casado, todavía, con dos hijas, él le dijo que estaban separándose, que entre él y su mujer ya no había nada, solo cuestión de tiempo, de la formalidad de una firma, y eso a ella le dio un morbo tremendo. Un adulto, que enloquecía entre sus muslos, los encuentros secretos y clandestinos, la adrenalina de lo prohibido, la inyección de autoestima, el poder de su feminidad, la capacidad de darle el placer a un hombre que otra no podía. Esta parte no se la había contado a su hermana, demasiado inocente para que lo entendiese, y se sentía culpable por ello, por su falta de sinceridad, pero le daba una vergüenza tremenda revelar esa parte de ella, tan íntima, tan privada, sus fantasías, el disparador de su deseo sexual, ahora se avergonzaba, ahora se arrepentía, un minúsculo y casi insignificante pensamiento se coló entre sus neuronas mientras cerraba el grifo del lavabo de ese aseo decorado con tan poco gusto que tenía el rollo de papel higiénico sobre la cisterna del váter, a lo mejor, en lo que le había pasado, ella tenía parte de culpa, y es posible, bastante posible, que se hubiese precipitado poniendo la denuncia.

—Estás guapísima —dijo Ariel sonriente cuando vio a su hermana volver del baño.

—Muchas gracias hermanita —dijo Alba con una media sonrisa.

—No hay de qué, ya verás cómo en un par de días esas heridas ya son historia.

—No, en serio, no sabes lo mucho que te agradezco todo el apoyo que me has dado, y sí, tenías razón en que no podemos hacer como que no ha pasado nada, aunque te he de confesar que ahora tengo un miedo terrible a la reacción de Martín cuando se entere de que lo he denunciado… —dijo Alba preocupada.

—No te preocupes por Martín ahora anda, pase lo que pase yo estaré ahí para ayudarte, y te aseguro que no voy a dejar que vuelva a tocarte un pelo.

—Eres genial Ariel, no sé cómo tengo tanta suerte de tener una hermana como tu —dijo Alba abrazándose a su hermana.

Prefirieron hacer el camino de regreso a casa dando un paseo, en lugar de ir en el metro, Alba dijo que le sentaría bien respirar aire fresco, pero las dos sabían que no le apetecía nada encerrarse en un vagón en el que el deporte favorito de muchos pasajeros era observar a los demás, con disimulo algunos, con descaro algunos menos, incluso con algo de mala educación una pequeña minoría, y a poco que les diera por detener su mirada en ella, cosa que casi con total seguridad harían, no era difícil que llegasen a la conclusión de que las heridas de su rostro llevaban la firma de algún que otro puñetazo, y eso era justo lo que quería evitar, que la viesen como una víctima, bastante tenía ella con soportar el reflejo que le devolvía cada uno de los espejos en los que se observaba, no lo podía evitar, como para tener que aguantar las miradas y elucubraciones ajenas. De todas formas en unos días las señales de su cara desparecerían como si nunca hubiesen estado ahí, tan solo era cuestión de esperar unos días, después ya tendría tiempo de ver de qué manera suturaba la herida que tenía en su interior.

Por eso a Alba no le hizo mucha gracia cuando se encontraron por pura casualidad con Diego, no quería que nadie la viese así, y menos aún el novio de su hermana, o lo que fueran, pero la ruta que siguieron para llegar a casa hizo que tuvieran que pasar por delante de la de Diego, premeditado o no, Alba miró a su hermana con cara de «ya hablaremos tú y yo de esto más tarde», aunque ver a su hermana rebosar de alegría al verlo ahí, junto a un portal, más parecido a un ladrón que espera a que una viejecita abra la puerta para colarse detrás que a alguien que busca con esa parsimonia las llaves para abrir la puerta de su casa, hizo que se le pasara cualquier atisbo de enfado. Desde luego ese chico no era como los demás, aunque tendría que averiguar si eso era en el buen o en el mal sentido, pero en cualquier caso, a ese chico se le iluminó la cara de pura felicidad cuando vio a Ariel, abrazándola de tal

manera que daba la impresión de que no se veían desde hacía años y a la vez de que esa sería la última vez que se verían en mucho tiempo, la entrega de Diego fue total. A ella en cambio la saludó con menos efusividad, menos mal, se le notaba algo cortado y evitaba mirarla a los ojos, los dos tenían muy presente el encuentro que tuvieron, aunque la trató con enorme respeto y educación, desde luego ese chico le gustaba para su hermana.

Más extraño fue cuando vieron pasar por la otra acera con paso rápido, cabeza baja y manos en los bolsillos a su primo Carlos, esto sí que era una novedad.

—¿Qué hace este por aquí? —preguntó Alba mirando a Ariel.

—Pues no tengo ni idea, yo pensaba que no salía de su urbanización de pijos, a saber qué se le ha perdido por aquí, pero tampoco me apetece averiguarlo la verdad… ¿crees que nos habrá visto?

—Espero que no, porque si nos ha visto y no nos ha dicho ni hola… me parecería ya demasiado incluso para él… —dijo Alba.

—Bueno mujer, nosotros también lo hemos visto y no le hemos dicho nada ¿no crees?, eso deja la cosa en empate —dijo Ariel.

—Pues también tienes razón —dijo Alba con una media sonrisa.

—Bueno Diego, ya te habrás podido imaginar que no nos llevamos demasiado bien con nuestro primo Carlos, digamos que es un poco… insoportable, para no andarnos con rodeos, él y sus padres, para ser exactos.

—Vaya, pues encantado Carlos —dijo Diego mirándolo desde la lejanía mientras Alba y Ariel sonreían.

Las dos hermanas continuaron su camino de vuelta a casa, muy a pesar de Diego, al que no le apetecía nada entrar en la suya, todavía no se había sincerado del todo con Ariel sobre ese tema, sobre sus padres. Ella le había preguntado alguna que otra vez de forma desinteresada por ellos, y él salió del paso como pudo, sin mentir pero tampoco sin entrar en detalles, de todas formas hacía ya algunos días que tenía ganas de contarle cuál era su realidad, que lo conociera en su plenitud, el tipo de infancia que había tenido, pero sobre todo lo que desde hacía tiempo tenía más que decidido, abandonar la casa de sus padres lo antes posible, aunque todavía no sabía cómo, para ello necesitaba un lugar en el que vivir y para esto último un trabajo con el que pagar el dinero que eso conllevaba. Lo mejor sería hablarlo con Ariel cuanto antes, hacerla partícipe, escuchar su opinión, ya iba siendo hora de dejar de comportarse como un ente aislado y solitario, ahora contaba con alguien que estaba de su parte, por primera vez en su vida.

®

EL LAVAVAJILLAS CONCENTRADO

Ese día anunciaban un nuevo lavavajillas líquido concentrado, con alto poder antigrasas, la mujer que se veía por la televisión parecía estar alcanzando la cima de la felicidad después de fregar una pila entera de platos y de cacharros con una sola gota de ese producto mágico, sonreía, mientras, sus hijos y su marido jugaban en el césped del maravilloso jardín de la casa, orgullosa, completa, qué bonita era la vida, qué bien le sentaba a una deslomarse en la cocina viendo cómo su marido y sus hijos disfrutaban jugando a pasarse una pelota y a ensuciarse a más no poder la ropa que después ella tendría que lavar, no tenía precio, la felicidad a través de los ojos del resto.

®

CAPÍTULO 20

EL QUE HA VENIDO A LLEVARTE

†
PERSONA DESAPARECIDA

Martina Atienza Soler

Edad: 17 años
Estatura: 165 cm
Peso: 62 kg
Pelo: Castaño oscuro
Ojos: Marrón claro con vetas verdes

Tiene una cicatriz en la ceja izquierda, tono de piel morena, cuando salió de casa llevaba puesta una blusa roja, una falda larga blanca y sandalias rojas.
Fue vista por última vez el 30 de Noviembre junto a la estación de tren.
Necesitamos su ayuda urgentemente, ayúdenos a encontrarla, cualquier tipo de información sobre ella puede ser de gran ayuda. Si la ha visto póngase en contacto con la policía o con la guardia civil inmediatamente.
Rogamos máxima colaboración por parte de toda la población.

Teléfonos de contacto: 129 00 44 - 132 44 00
†

La doctora Rueda se duchó lentamente, tratando de no pensar en nada, sintiendo como el agua caliente acariciaba su cuerpo, dejando que esa cascada incesante taponara sus oídos, en silencio, abstrayéndose del mundo, de sí misma. Lo tenía decidido hacía días, de ningún modo pondría la vida de su hermana y de sus sobrinas en peligro, ella sola se había metido en esta situación y ella sola saldría, bastante daño había hecho ya a la humanidad como para hacérselo también a su propia familia. Ver a ese chico en el paseo, a Diego, no hizo más que aumentar su sentimiento de culpa, podría haber sido uno de esos nombres que tiempo después les daría a ellos, a quienes fueran, de hecho hubiera encabezado la lista de candidatos a multitud de estudios de investigación sobre el comportamiento humano más radical y alejado de la media, y sin embargo ahí estaba, con una vida aparentemente normal, sin la necesidad de participar en ningún tipo de experimento ni de llevar ningún tipo de terapia. Porque si algo había aprendido en sus años de profesión, primero como psicóloga y después como psiquiatra, es que la mente humana era algo

tan sumamente complejo que solo el hecho de tratar de clasificarlo, de poner nombre a una serie de síntomas, suponía un ejercicio de soberbia y de atrevimiento tan grande que le producía un vértigo mareante la facilidad con la que diagnosticaban patologías mentales y recetaban pastillas tan adictivas y destructivas, la mente humana era todo un misterio, y todo lo demás eran tan solo vagas aproximaciones por intentar comprenderla.

Aunque el caso de Diego era uno de esos que una no olvida, que marca el devenir profesional. La mayoría de pacientes que recibía se concentraban en aquellos que padecían depresiones de diferentes tipos y causas, personas que eran incapaces de enfrentarse a la pérdida de un ser querido, o a un problema familiar, con un hijo, la pareja, el trabajo. También tenía pacientes con fobias de todo tipo, algunas de ellas de lo más extrañas. Luego había un tercer grupo, cada vez más numeroso, aquellos que padecían trastornos de la conducta alimentaria, nunca antes se pensó que dejar de comer o comer demasiado pudieran convertirse en una enfermedad, pero lo cierto es que así era, de forma preocupante y como si de algún tipo de agente biológico altamente contagioso se tratara, la anorexia o la bulimia estaban desgraciadamente en auge. Los trastornos psicóticos no eran muy frecuentes, al menos en su consulta, la mayoría eran pacientes con algún tipo de esquizofrenia, relativamente bien controlada con una dosis adecuada de medicación. Por último estaba el grupo de las personas con trastornos de la personalidad. Aquí es donde encontraba los casos más difíciles, al menos para ella, los que una nunca sabe qué es lo que realmente pasa por esa cabeza, donde ninguno se parece a ninguno, aquí es donde Diego le hizo sentir miedo.

No pudo evitarlo, las lágrimas brotaron de sus ojos como brota el sudor de la frente en un caluroso día de verano, sin ser consciente, demasiados recuerdos, demasiados días viviendo al límite de su tolerancia, de su capacidad de autocontrol mental. Se puso el pijama más cómodo que tenía, no necesitaba sentirse sexy ni nada por el estilo, ya no, los días anteriores había encontrado la paz, cuando tomó la decisión de abandonar este mundo, pero ahora se sentía muy confusa, nerviosa, agitada, incluso mareada, después de todo una no se quita la vida todos los días. Sacó una pequeña caja de madera donde guardaba los recuerdos más importantes de su vida, los que siempre la habían acompañado, quería despedirse de todos ellos, en silencio. Había fotos del verano que pasaron en aquellas lagunas, cuando solo era una niña, qué bien lo habían pasado, unas auténticas vacaciones en familia, no sabía muy bien por qué pero esas vacaciones las recordaba muy a menudo, aun siendo adulta, o la vez que ella y su hermana fueron de campamento con aquellas

mochilas gigantescas que su padre les compró, y las discusiones que tuvieron por ver cuál de ellas era más bonita, en realidad eran iguales, tan solo cambiaba el color. También guardaba en aquella cajita la pulsera que le regaló su primer novio, en el instituto, una de esas que por un lado ponía el nombre de él y por el otro el de ella, qué orgullosa se sintió la primera vez que se la puso, en ese momento pensó que era la manifestación de amor más bella que podía existir, aunque poco tiempo después descubriría que esas pulseras se habían puesto muy de moda entre la juventud y que cualquier novio le regalaba una a su novia, aunque se llevaran a matar, daba lo mismo, ella tenía la suya. También guardaba los pendientes que le regaló su abuela, «para el día de tu boda» le había dicho, *lo siento abuela pero ya no habrá ninguna boda, de todas formas siempre me encantó que me los regalaras a mí y no a Susana*. Luego desplegó aquella carta guardada en uno de esos sobres con olor a frutas o a flores, ahora ya no olía a nada, que con tanto sentimiento y tanta pasión le escribió a Samuel López, aquel chico del que estuvo perdidamente enamorada durante sus años en el colegio y que nunca se atrevió a darle, se sinceró de tal manera que le dio una vergüenza terrible que él la leyera, menos mal, porque tiempo después descubriría que Samuel López no trataba demasiado bien a las mujeres, no importaba, ella disfrutó muchísimo estando enamorada de una imagen que existió en su imaginación y que en aquellos tiempos fue totalmente real.

Cerró la caja de sus recuerdos de golpe, ya había tenido suficiente, si continuaba con eso no sería capaz de hacer lo que se había propuesto hacer esa noche, la nostalgia, la pena y el miedo a abandonar todo aquello que alguna vez había amado acabarían por aferrarla a la vida, y eso era precisamente lo que quería evitar. Puso la bolsita de cocaína frente a ella, había llegado el momento, podría haber elegido cualquier otro método, como psiquiatra tenía acceso a multitud de medicamentos que con una dosis correcta la habrían mandado al otro barrio rápidamente, pero el efecto que la cocaína ejercía en ella era tan agradable que pensó que ya que iba a morir, al menos moriría sintiéndose bien, aunque claro, era muy consciente de que existía el riesgo de no morir en el intento, de sufrir algún tipo de derrame cerebral o de infarto y quedarse en coma, eso sería horrible, pero también es verdad que con cualquier otro método basado en medicamentos existía ese pequeño margen de error, el cuerpo humano era imprevisible y aunque se administrase una dosis letal de por ejemplo unos potentes tranquilizantes, cabía la posibilidad, aunque remota, de que a su corazón le diese por continuar con sus latidos, por supuesto estaban totalmente descartados otros

métodos más cruentos como tirarse por una ventana o cortarse las venas, eso la horrorizaba.

Veinte gramos, esa era lo dosis, esa era la meta, que una vez cruzada quién sabría en qué lugar quedaría su alma, pero desde luego no en su cuerpo, no aquí, en el mundo de los vivos. Veinte gruesas rayas de un gramo cada una, esnifó la primera, demasiada cantidad, la dejó un poco aturdida, mareada, su corazón empezó a palpitar con fuerza, puede que me haya pasado, qué demonios, de eso se trata ¿no? Esnifó la segunda, nuevamente, se sorprendió al escuchar un violento borboteo en su pecho, como cuando ponemos a hervir agua y ese característico ruido nos avisa de que hemos alcanzado el punto de ebullición. Se preparó para la tercera, no, espera, tampoco tenía tanta prisa, algo de música le vendría bien, pero que fuera alegre, o agresiva, nada de esas canciones de los ochenta de voces tristes y melodías lacrimógenas, necesitaba rocanrol, irse propulsada, no ahogada en un mar de lágrimas.

Un ruido seco la sacó de su viaje interior, el piso en el que vivía no es que fuera un estudio discográfico, pero normalmente los ruidos que escuchaba le llegaban con cierto grado de atenuación, víctimas de su paso por las estructuras de hierro y hormigón, estaba sentada en el sofá, dispuesta a esnifar la tercera raya, pero una nueva palpitación hizo que parara en seco, su respiración se agitó, el pánico empezó a subirle por la nuca, ramificándose por sus orejas hasta tensar todo su cuero cabelludo, la invadió esa fuerte sensación que en ocasiones una puede tener cuando de repente presiente que alguien te está mirando, nadie sabe muy por qué, pero lo cierto es que te giras y en ocasiones ahí está, esa mirada que a veces disimula y a veces parece que quiere decir, sí, era yo quien te miraba, se quedó quieta unos segundos, como una liebre al verse sorprendida por unos faros de automóvil en mitad de la noche, pero tenía que hacerlo, tenía que girarse, a la de tres, una, dos y tres.

No sé si Carla sospecha algo o qué, pero últimamente me mira de una forma muy extraña, como si yo le diera miedo o algo así, es difícil de explicar, no sé qué demonios pasa por esa cabezota que tiene, pero me estoy empezando a hartar de ella.

Silvia se tomó su tiempo, necesitaba serenarse, pensar un poco, hidratarse y comer algo, aunque sus niveles de adrenalina no se lo ponían nada fácil, tardó

en recuperar su pulso normal al menos veinte minutos. Pedro dormía, o mejor dicho, descansaba en un estado de inconsciencia que no tenía claro si era la antesala de una muerte anunciada o si su cuerpo continuaba luchando por sobrevivir, de todas formas lo dejó bien esposado, con las dos manos cruzadas por encima de la tubería en la que había estado ella tantas horas. Se había ensañado a base de bien con él, pensó en lo que le diría su mando directo, el inspector Romero, cuando viera la cara de ese chico, totalmente desfigurada, no tenía nada claro si la recibiría con un abrazo o con unas vacaciones forzosas, al menos ella también tenía su mandíbula rota eh, que no se queje tanto, fue lo que pensó. Para echarse a llorar, tenía bien amarrado a uno de los responsables directos de las desapariciones de esas chicas que tenían al cuerpo entero de policía y a toda esas familias en vilo, a la ciudad entera aterrorizada, y lo único en lo que pensaba en estos momentos era en las explicaciones que tendría que dar. Así funcionaba la policía.

Llegó a la conclusión de que unas preguntitas no le harían daño a nadie, solo unas preguntitas, después lo llevaría a comisaría y podría irse a casa a darse uno de esos baños con la bañera llena de espuma que tan relajantes parecían cuando se veían en las películas, lo tenía más que merecido, y podría descansar, su cuerpo se lo pedía.

®

EL COCHE

Una marca alemana anunciaba el último modelo de un coche familiar, recorriendo paisajes de ensueño, maravillosos, paradisíacos, reluciente, impoluto, las sonrisas parecían reales, tenían que serlo, surcando carreteras solitarias, de día y de noche, hasta el fin del mundo, con él nuestra vida sería por fin nuestra vida, dueños de nuestro destino, nuestra familia sería por fin una familia, con él pondríamos punto y final a nuestro aburrimiento infinito, nuestro coche atraería por fin las miradas, los elogios, nuestro coche, nuestro, saltándonos todo tipo de barreras, dando por fin algo de sentido a nuestra desaprovechada libertad.

®

—Por mí no te cortes eh, tú a lo tuyo, pero no te me vayas a matar todavía, porque tú y yo tenemos que hablar, porque tú de esta no sales con vida,

aunque eso supongo que ya lo tienes claro.

La doctora Rueda se quedó petrificada viendo al hombre de piel aceitunada y mirada vacía que sujetaba una pistola en el umbral de la puerta del salón de su casa, no había ni un ápice de brillo en esos ojos, encapotados, tan oscuros como la noche, su boca hiperventilada se secó, su sangre corría en todas direcciones como queriendo salir de su cuerpo, sálvese quien pueda, estaba atenazada, la cocaína esnifada tampoco ayudaba.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí? —Fue lo poco que pudo decir la doctora Rueda entre jadeos, parecía que acababa de subir cinco pisos de escalera a la carrera.

El hombre que permanecía junto a la puerta torció un poco el cuello hacia un lado y estiró un poco la comisura de su labios, si ese hombre no había nacido en el mundo de las pesadillas es que las pesadillas habían trascendido definitivamente al mundo de lo real.

—Quién soy yo te importa poco la verdad, aunque bueno, puedes llamarme el que ha venido a llevarte, y lo que quiero de ti es muy sencillo, tan sencillo como la verdad, mira qué fácil. —Alfonso Cobo hablaba con una cadencia y una tranquilidad que daba verdadero miedo, parecía que llevara más de una vida dedicándose a eso, a infundir miedo, a producir dolor, que no hubiera hecho ni una sola cosa buena en toda su vida.

La doctora Rueda evaluó sus posibilidades, de ese salón tan solo había dos formas de salir, o por una ventana, o por la puerta que flanqueaba el que había venido a llevársela, como él se había hecho llamar, una caída de cinco pisos no entraba en sus planes, así que no se lo pensó mucho más, presa de los efectos de la cocaína que circulaba por su interior se creyó capaz de pasar por encima de ese hombre como una locomotora, que todo había que decirlo, tampoco era gran cosa si le quitabas la pistola, así que se lanzó con todas sus fuerzas dispuesta a atravesarlo si hiciera falta, pero o ella era más lenta de lo que su narcotizado cerebro le había hecho creer o ese hombre era tan rápido como le pareció, porque no pudo ni ver de dónde demonios salió el golpe en la cara que la tumbó.

—Pero qué estás haciendo… no te he dicho ya como está la situación… ten anda… a lo mejor esto te motiva un poco… —dijo Alfonso tirándole una foto arrugada de sus dos sobrinas al suelo.

La doctora Rueda entró en pánico, abrió los ojos tanto como pudo mientras boqueaba tratando de decir algo.

—Mira cariño —dijo el hombre poniendo una rodilla en el suelo mientras acercaba su cara a la de ella, que lloraba con la foto en sus manos—, podemos

hacer esto a las buenas o a las malas, tú decides, pero te digo una cosa eh, si me vuelves a tocar los huevos otra vez te juro por todos mis muertos que tu hermana y sus dos hijitas van a sentir tanto dolor que te prometo que me van a rogar que las mate, ¿te ha quedado claro? —dijo Alfonso apretando los dientes y aplastándole el cuello con una mano.

La doctora Rueda estaba medio ida, lloraba mirando la foto, tenía la boca completamente abierta, como si tuviera la mandíbula fuera del sitio, aquello que tanto había temido se estaba convirtiendo en realidad.

—No he hablado con nadie, se lo juro, no le he dicho nada a nadie… pero por favor a ellas no… a ellas no puede hacerles daño… haré lo que sea de verdad… no les haga nada se lo ruego… —dijo entre sollozos y moqueos.

—Eso ahora lo sabremos, porque te aseguro que de mí no se ríe ni mi puta madre, y que me vas a decir la verdad dalo por seguro, ¿te ha quedado claro zorrita? Venga, levanta ya de una puta vez, que tampoco es para tanto joder —dijo Alfonso dándole una patada en las costillas.

—Eh principito, principito, es aquí, ¿puedes oírme? Pero bueno, ¿es que ya te has olvidado de tu princesa?, cómo sois los tíos de hoy en día de verdad… —dijo Silvia chasqueando los dedos cerca de los ojos de Pedro, tenía la mirada perdida y daba signos de estar totalmente desorientado, ladeando ligeramente la cabeza hacia los lados como si le costase horrores mantenerla recta, como alguien que está al borde de sufrir un como etílico—. Venga dormilón, que no tenemos todo el día… a despertarse —dijo Silvia dándole pequeños golpecitos en la cara para intentar espabilarlo—, vaya, estás hecho un verdadero asco chico, pero escucha una cosa, no ha sido nada personal eh, tú sabes mejor que yo como van estas cosas y yo la verdad es que… bueno… ya sabes… a lo mejor se me ha ido un poco la mano… pero no me guardes rencor eh Pedro…

Pedro fijó la mirada en Silvia un par de veces y trató de sonreír lo mejor que pudo, seguía tambaleando la cabeza pero ya era consciente de cómo estaban las cosas, esos hoyuelitos suyos apenas se distinguían entre los restos de sangre seca y las pequeñas tumefacciones que deformaban su cara como un cuadro cubista, su ojo izquierdo lo tenía completamente cerrado, una pelota morada le impedía abrir el párpado, sus labios parecían postizos y la nariz era dos veces más grande que su tamaño natural, pero sin duda lo más preocupante era la zona amoratada que se extendía a lo largo de toda su tráquea, que hacía unos movimientos bruscos e irregulares cada vez que

intentaba tragar saliva, como si hubiese alguna pieza fuera del sitio, a pesar de todo, parecía estar de buen humor.

—Buenos días princesa, no me equivocaba contigo… estás hecha una verdadera fiera… eso es tener genio y lo demás son tonterías… —dijo Pedro entre susurros con la voz medio atascada.

Silvia le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que transformó de inmediato en una expresión de seriedad absoluta.

—Bien, te explicaré como están las cosas, no quiero hacer esto demasiado largo, los dos tenemos muchas cosas que hacer, bueno, sobre todo yo —dijo mirándolo con aspereza y haciendo una pequeña pausa—. A ver qué te parece esto, tú me dices todo lo que necesito saber y yo te llevo a la comisaría a que te procesen como es debido en cuanto acabemos, si es que no te has muerto antes claro, ¿qué opinas?

Pedro volvió a sonreír, una tos húmeda como la de un bronquítico crónico hizo que su caja torácica se inflara a traqueteos como el motor de un coche que por mucho que lo intentes no arranca, acabó expulsando un par de escupitajos sanguinolentos, tragó a duras penas y volvió a mirar a Silvia tratando de sonreír.

—¿Te he dicho ya que eres una preciosidad? Créeme, no hay muchas mujeres por ahí como tú entiendes… eres… cómo decirlo… ¿una flor en mitad del desierto?

Silvia le devolvió la sonrisa como si estuviesen coqueteando, luego se retiró unos metros y volvió con un grueso y pesado trozo de madera, alzó sus brazos hacia arriba y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre una de sus rodillas, él soltó un grito ahogado y cerró el ojo derecho apretando la boca en una mueca de dolor.

—Mira Pedro, en serio, estoy cansada ya de este juego, todavía no se qué cojones te pasa en la cabeza, no si estás completamente loco o solo te lo haces, me da igual, pero me parece que como no empieces a colaborar un poco lo vas a pasar realmente mal, porque el dolor sí que lo sientes ¿verdad? —Él respondió con una nueva sonrisa, a ella eso no le hizo ninguna gracia—. Pedro, escúchame bien, si te soy sincera, hace un rato he estado a punto de destrozarte por completo, en serio, ni te imaginas la de cosas que se me han pasado por la cabeza, pero ya te he dicho que estoy cansada de esto, no quiero hacerte más daño de verdad, no me obligues a hacerlo por favor, porque te aseguro que si me sigues provocando te vas a arrepentir no sabes cuánto.

Pedro cerró con lentitud su ojo sano, luego miró a Silvia con fatiga, incluso con ternura, parecía que realmente sintiera algo por ella.

—No sé qué decirte princesa… lo has echado todo a perder entiendes… tenía un plan… para nosotros… pero ya es demasiado tarde sabes… no tardarán mucho en venir… —dijo tratando de parecer sincero.

—Mira Pedro, es la última vez que te lo pido, por favor deja de hacer eso, no quiero golpearte más, en serio, tan solo quiero saber quiénes son ellos y dónde cojones tienen a las chicas que están desparecidas, ¿tan complicado es lo que te pido?

—Te estoy diciendo la verdad princesa, no tenemos mucho tiempo, te lo dije antes, deben estar al caer, yo ya estoy sentenciado entiendes… ahora mismo están buscándome y no tardarán demasiado en dar con nosotros, no soy el único que conoce este lugar sabes… te contaré todo lo que sé, iba a hacerlo antes, cuando trataba de sacarte de aquí… pero créeme, si no nos vamos ahora mismo ni tu ni yo vamos a salir de esta entiendes… a mí la verdad es que me da lo mismo lo que hagan conmigo, en realidad ya estoy más muerto que vivo, tú debes saberlo, pero no me gustaría nada que le hicieran daño a esa carita tan linda que tienes… porque te aseguro que si te cogen te la van a machacar…

Silvia se quedó unos segundos tratando de descifrar al hombre que tenía delante, nunca se le dio bien saber cuándo alguien mentía y cuando decía la verdad, pero tenía que decidirse, en eso Pedro tenía razón, no podían quedarse así eternamente.

—Así que tu intención era inflarte a cocaína hasta que tu corazón reventase ¿no?, y dices que no le has hablado a nadie de nuestro acuerdo ¿es así? —dijo Alfonso arrugando un poco los párpados, en esos párpados caídos había cabida para un sin fin de arrugas.

—Eso es toda la verdad se lo prometo, no se me ocurriría poner la vida de mi familia en peligro, he cumplido siempre con todo lo que me habéis pedido, ¿qué más queréis de mí? ¿No puedo más con esto lo entiendes? ¡No puedo más! ¡Necesito acabar con esto como sea!

—Eh, eh, tranquilita, a mí no me levantes la voz porque te machaco a hostias ¿te queda claro?, y dices que ese chaval con el que has estado esta tarde tampoco sabe nada ¿no?

—Ya se lo he dicho, es solo un paciente que tuve hace bastantes años, ni siquiera era todavía psiquiatra, no lo había vuelto a ver desde entonces se lo prometo, yo he sido la primera sorprendida cuando lo he visto esta tarde…

—Bueno —dijo chasqueando un poco la lengua—, de alguna forma me parece que dices la verdad… aunque hay algo… no sé cómo decirlo… que no me acaba de dejar tranquilo del todo… así que vamos a hacer una cosa, cada uno tiene sus métodos eso está claro, pero yo siempre me he caracterizado por no precipitarme, por tratar de ver las cosas digamos que con un poco de perspectiva, esperar unos días, ver cómo evoluciona todo, tu ya me entiendes, y si después de esos días está cada cosa en su sitio, entonces, y solo entonces, te damos el finiquito, a ti, y solo a ti, ¿me has entendido? —dijo Alfonso acercando su cara aceitunada a la de ella, apestaba a tabaco y alcohol, parecía uno de esos muebles podridos por la humedad y llenos hasta los topes de carcoma.

—Haré lo que usted quiera de verdad, pero no le haga nada a mi hermana y a mis sobrinas por favor, ellas no tienen culpa de nada…

—Eso es algo que solo el tiempo nos dirá… ahora vístete, te vienes conmigo.

CAPÍTULO 21

ALICIA GADEA

Alicia Gadea necesitó lavar su cara con agua fría un par de veces para tranquilizarse, siempre lo hacía, cuando alguien o algo la ponía muy nerviosa, se le estaba corriendo todo el maquillaje, una hora de tortura frente al espejo tirada a la basura, pero mejor eso que salir ahí a dar la cara con los nervios como los tenía. El labio inferior le había empezado a temblar y ese molesto tic en uno de sus párpados le impedía dar la imagen de seriedad y de sobriedad que la situación requería, que su puesto de trabajo le exigía. Acababa de cumplir cinco años como presentadora de los informativos del mediodía de una de las cadenas de televisión de audiencia nacional con más cuota de pantalla, le había costado mucho llegar hasta ahí, aguantar con esmero los cuchicheos en la sala de café, las miradas insinuantes en los pasillos, las invitaciones a cenar de hombres casados, las manos en su cintura, los patéticos juegos de seducción de hombres que podrían ser su abuelo, y los ascensos fulgurantes e inesperados de algunos compañeros y compañeras que todos sabían perfectamente que no estaban a la altura de la profesión. Pero eran tiempos en los que para ganarse el respeto y el prestigio de los que allí mandaban no solo bastaba con tener talento o con dejarse los cuernos trabajando, había que saber venderse, relacionarse, o simplemente tocar la fibra sensible de la persona adecuada. Ella se autoimpuso unos límites cuando todo ese baile de falsedades y de ordinarieces empezó, y no lo traspasó nunca, había llegado al lugar en el que se encontraba a base de trabajo y de paciencia, mucha paciencia, demasiado trabajo.

Aun así cada vez soportaba menos el trato de favor que otros compañeros recibían, estaba cansada de sonreír y de poner buena cara cuando le pedían amablemente que hiciera esto o aquello, que no hablara de esto otro para darle más minutos a lo importante, que curiosamente poco tenía que ver con el periodismo y mucho con el sensacionalismo, pero ese día no estaba de humor. Le hizo la misma gracia que un dolor de ovarios en un día lluvioso cuando su jefe le dijo que esa noche sería ella quien presentaría los informativos de la noche, que Adolfo Cuesta estaba indispuesto. Y tan indispuesto, pensó ella, que cabrón el gordo cobarde, lo que no quería era dar la cara, que la gente

asociara esa cara de bollo preñado al espantoso crimen del que irremediablemente tendría que hablar, él siempre decía que a uno lo recordaban sobre todo por las noticias importantes que a lo largo de su carrera había tenido que comunicar, y que cuando llegaba uno de esos momentos, a la gente, a la audiencia, la imagen del comunicador se le quedaba grabada a fuego en su memoria, y eso era precisamente lo que el muy cobarde quería evitar, que lo recordasen por el que había dado la noticia de la aparición del cuerpo de esa muchacha, que lo viesen por la calle y su redonda cara recordase ese terrible suceso.

Lo cierto es que ella también estaba aterrorizada, a veces le daba la impresión de que la audiencia, desde el sofá de sus casas, pensaba que la que estaba ahí plantada, delante de las cámaras, no tenía sentimientos, que no sufría igual que el resto ante una tragedia, o ante una catástrofe natural, o ante un crimen tan atroz como el que esa noche tendría que narrar, y eso todavía aumentaba más la ansiedad que ese día sentía, porque a veces le resultaba tremendamente tedioso y frío hablar en términos de presunción, de probabilidad, de la policía está trabajando día y noche, y en general de toda esa palabrería que no hacían otra cosa que tapar lo que en realidad quería decir, lo que todo el mundo pensaba, ¿quién demonios era esa gente? ¿Estaba la humanidad tan terriblemente enferma como para llegar a cometer semejantes barbaridades o es que se habían vuelto todos locos? ¿Por qué coño nadie se atrevía a decir que había personas que nunca deberían haber nacido? ¿Que el mundo sin ellas sería un lugar mejor?

El cuerpo de Noelia Salgado había sido encontrado esa tarde en un estado lamentable, tenía 17 años, y no quedaba una parte de su cuerpo que no hubiera sido dañada salvajemente de una forma u otra, su piel, le habían dicho, parecía uno de esos toscos sacos de rafia que a veces utilizaban los albañiles para cargar escombros, toda llena de jirones y de agujeros, arrugada y despellejada como si le hubiese pasado por encima un tren de mercancías, sus ojos, se los habían arrancado de cuajo y vueltos a poner, pero al revés, mirando hacia dentro, estando todavía con vida dijo el forense, y su vagina, había sido penetrada con tal brutalidad por no se sabe qué clase de objetos que presentaba un aspecto totalmente irreconocible. No quiso escuchar más, tuvo que vomitar un par de veces para poder articular la primera palabra, quería irse a su casa, no quería saber más, quería olvidarse de ese asqueroso mundo en el que había personas capaces de cometer esos crímenes tan atroces, pero antes tendría que dar las noticias de las diez, y lo haría, daría la cara, no como Adolfo Cuesta, lo haría por Noelia Salgado y por su familia, y

por todas las mujeres del mundo que sufrían la violencia y la ira del hombre, de esos hombres.

CAPÍTULO 22

EN ESTA CIUDAD ENFERMA

No puedo creer que me esté pasando esto a mí, me ha amenazado, ese malnacido, con hacerle algo a mi mujer y a mi hija si abandono, esto es el colmo, pues no sabe a quién se enfrenta, no sabe quién soy yo.

Mercedes le dijo que quería hablar con él, pero no como las últimas veces, esta vez no había recurrido al grito pelado y a las voces a través de la puerta, se lo había dicho mirándolo a los ojos, con tristeza, con serenidad, y eso es lo que más le preocupaba, la ausencia de normalidad, que en su caso eran la tensión, la desconfianza o la agresividad. Diego le dijo que tenía que acabar un trabajo muy importante para el día siguiente, era cierto, y que más tarde, o al día siguiente podrían hablar de lo que quisiese. Así que se encerró en su habitación, aunque cada vez le costaba más concentrarse, encontrar la tranquilidad necesaria para dejar volar su creatividad, de alguna forma su madre siempre se las había apañado para incrustar en su cabeza la inquietud y el sentimiento de culpa, pero cada día se le hacía más insoportable. Lo hacía sentir como si hubiese hecho algo mal, como si tuviese que mostrarse arrepentido por algo, era insufrible esa tortura psicológica a la que lo sometía día y noche, esa angustia vital que alguien puede llegar a sentir cuando ha decepcionado a un ser querido o ha discutido con él y que solo desaparece cuando arreglan las cosas, cuando alguien se disculpa y el otro acepta esa disculpa, cuando ambos se reafirman en el amor que sienten el uno por el otro. El problema es que él no sabía de qué tenía que disculparse, ni tampoco si estaba bien no querer arreglar nada con su madre, con su padre simplemente no había nada de nada.

—Diego, ¿puedes salir?, te llaman por teléfono —dijo Mercedes con serenidad desde el otro lado de la puerta.

Otra vez, la preocupante ausencia de normalidad, su madre hablando como una persona normal.

—Sí, enseguida voy —dijo Diego.

Mercedes esperó un par de segundos al otro lado de la puerta, con los ojos empañados y los labios arqueados hacia abajo, pasó una mano con suavidad por la puerta, como si fuera a su hijo a quien estaba acariciando en lugar de a un trozo de madera.

—¿Quién es mamá? —dijo Diego cuando salió de la habitación.

—No lo sé, pero me ha parecido escucharla llorar —dijo Mercedes con voz triste y cara de circunstancias.

No sabía qué es lo que pasaba, pero la cara de su madre era un poema, parecía que estuviese llorando la muerte de un ser querido o algo parecido.

—¿Diga? —dijo Diego al ponerse el auricular en la oreja.

—Hola Diego… soy yo, Natalia —dijo entre sollozos con voz trémula. Otra vez no, esa mujer, eso ya era historia, qué diablos quería ahora, tendría que deshacerse de ella rápido, bastante daño le hizo ya a él y sobre todo a Ariel.

—Hola Natalia, qué quieres —dijo Diego con seriedad.

—Ti-tienes que ayudarme Diego… te-te necesito… ti-tienes que venir ahora por favor Diego… es muy importante… —dijo Natalia entre tartamudeos, lágrimas y sorbiendo mocos.

Maldita sea, otra vez, esa mujer intentando manejarlo a su antojo.

—Lo siento Natalia, pero no puedo ir, tengo que terminar un trabajo para mañana, ¿qué es lo que pasa?, a lo mejor puede ayudarte con algo por teléfono —dijo Diego algo más relajado.

—Te-tengo mucho miedo Diego, ti-tienes que venir… no sé qué va a pasar… ne-necesito que vengas ahora… es mi padre… ha salido un momento… pero no tardará en volver… tienes que ayudarme Diego… no tengo a nadie más de verdad… sino no te lo pediría… —dijo Natalia entre llantos cada vez sonoros, desde luego si estaba fingiendo, que era lo que Diego se temía, esa mujer tenía madera de actriz.

—Escúchame un momento Natalia, me estás asustando, ¿qué es lo que pasa?

—Ti-tienes que venir ya Diego… no tenemos mucho tiempo… ne-necesito que vengas… te lo pido por favor…

—Natalia quiero ayudarte de verdad, pero no voy a poder si tú no me dices qué es lo que sucede, en serio, dime qué te pasa y yo te prometo que iré a tu casa y hablaremos y te ayudaré en lo que pueda —dijo Diego algo nervioso.

—Es… es mi padre… ha abusado de mi Diego… no sabía con quién más hablar… tienes que venir a ayudarme… yo sola no voy a poder de verdad…

no sé cuánto tiempo tardará en volver… tengo mucho miedo Diego… mucho miedo. —Sus llantos y sollozos eran cada vez más desgarradores, parecía una niña que se ha perdido en un centro comercial y no encuentra a sus padres.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Qué es exactamente lo que te ha hecho?

—Diego… me ha estado tocando… ha intentado forzarme… no es la primera vez… no sé qué va a pasar cuando vuelva… tengo mucho miedo… tienes que venir ya por favor…

Diego barajaba posibilidades mientras ella no paraba de balbucear, desde luego no parecía ninguna broma, pero en cualquier caso tendría que ir a comprobarlo, no le quedaba más remedio, si lo que Natalia le estaba diciendo era cierto y le ocurría algo malo no se lo perdonaría nunca, no quería saber nada de esa mujer, lo suyo le costó librarse de ella, casi le cuesta perder a Ariel, con todo lo que significaba para él, pero era incapaz de mostrarse impasible ante el llanto de una persona que daba la impresión de estar al borde de la desesperación.

—Natalia, escúchame, voy para allá ¿vale?, no te preocupes, llegaré enseguida, tú estate preparada y en cuanto llegue te saco de ahí ¿de acuerdo?

—Vale Diego… date mucha prisa por favor… —dijo Natalia entre sollozos antes de colgar el teléfono.

Recorrió el camino a casa de Natalia a la carrera, lo más rápido que pudo, recordaba a la perfección la cara de su padre la única vez que estuvo allí, desde luego no parecía en absoluto un hombre con muy buena salud mental, eso reforzó la duda que planeaba sobre su cabeza sobre si hacía lo correcto, él sabía lo que era tener al enemigo en casa mejor que nadie, y sabía lo terribles que podían llegar a ser los episodios de violencia doméstica, en esos momentos siempre se quedaba agazapado en su habitación, como si no hubiera ningún lugar en el mundo al que poder huir, en el que poder esconderse, paralizado, rendido, para el que no lo había vivido era difícil de entender lo angustiosa que podía llegar a ser una situación como esa. De hecho su madre no dejó que saliera de casa así como así, empezó serena, otra vez, dando pena, preguntándole si podían hablar ahora, pero luego volvió la Mercedes de siempre, interceptándolo en la puerta como un portero de *hockey* sobre hielo cuando se disponía a salir, que a dónde iba a estas horas, mirándolo como si fuera un asesino en serie, gritándole que era un mal hijo, un desagradecido y un irresponsable, que nunca sería nadie en la vida, bah, recuerda que pensó, nunca he sido nadie mamá, al menos para ti.

Cuando alguien apaga un cigarro encendido en tu piel sientes como si todas las fibras nerviosas de tu cuerpo tienen su origen en ese pequeño punto

y es entonces cuando comprendes que siempre puede haber un dolor más fuerte que el anterior.

Ya estaba llegando, enterró como pudo el recuerdo de su madre y el de todas esas terribles pesadillas que cada vez lo perseguían más de cerca, ahora mismo podía sentir su aliento en su nuca. Pero tenía que concentrarse en las posibles situaciones que se podía encontrar al llegar a casa de Natalia, si su padre había vuelto no sabría si sería capaz de enfrentarse a él, nunca lo había hecho, al menos no lo recordaba, enfrentarse físicamente a alguien, y la idea lo aterrorizaba. Ese hombre daba verdadero miedo, era una especie de plagio de Jack Torrance en El resplandor en su punto álgido de locura, si llegaba el caso, tendría que coger algún objeto con el que poder defenderse, porque tenía claro que con sus propias manos no estaría a la altura.

Un bofetón con la mano abierta en toda la cara puede resultar muy doloroso, además de humillante, sobre todo cuando la mano que golpea es la de un adulto y la cara que recibe es la de un niño, sobre todo cuando el golpe es tan fuerte que hace que el impacto contra el suelo al caer sea capaz de abrirte una brecha en la cabeza.

Llegó con la lengua fuera y la respiración agitada, trató de serenarse un par de segundos antes de tocar al timbre, pero inmediatamente sintió que algo no iba bien, la puerta estaba entreabierta, nadie dejaba en esa ciudad la puerta de su casa entreabierta. La empujó ligeramente con sus dedos hasta que se abrió del todo, la casa estaba a oscuras y de algún lugar entre aquellas paredes le llegó un lejano y apagado grito, su estado de alerta se disparó, notaba cómo su corazón se aceleraba, como si quisiera salir el primero cuando el semáforo se pusiera en verde, trató al menos de controlar su respiración, no quería que sus propios jadeos le impidiesen escuchar de dónde procedía el grito que había escuchado. Sus peores temores se habían hecho realidad, su padre había vuelto, la cosa iba en serio, no había marcha atrás, trató de moverse con sigilo, no quería ser descubierto, buscó un objeto que pudiera utilizar como arma llegado el caso, se decantó por la figura de una bailarina de porcelana que había sobre un mueble recibidor, tenía pinta de hacer bastante daño si a uno se la estrellaban en la cabeza, trató de escuchar algo nuevamente, una pista que le dijera en qué dirección moverse, otra vez, un gemido similar al anterior, sus ojos se clavaron en la planta de arriba, allí estaban, seguro, subió las escaleras lentamente, tratando de no hacer ruido, quería sorprender al padre de Natalia haciendo lo que Dios supiera que estaba haciendo con ella.

Tres escalones, dos escalones, un escalón, ya estaba en la planta de arriba, los gemidos de Natalia se escucharon otra vez, más cercanos, la habitación

del fondo del pasillo, aguanta Diego, ya estás llegando, un poco más, diez pasos, qué oscuro estaba todo, otro grito, cinco pasos, aprieta bien fuerte la figurita de porcelana, te hará falta, dos pasos, más gemidos, ya has llegado, es tu hora papá. No estaba preparado para lo que vio, aunque en cierto modo era lo que podía esperar, Natalia estaba tumbada en la cama que había al fondo de la habitación, boca arriba, desnuda, tenía el maquillaje de la cara corrido, sus ojos parecían los de un soldado que se camufla en la selva, su padre estaba sobre ella, desnudo, una espalda peluda y encorvada hacia delante, parecía un oso con alopecia, su pelvis se movía hacia delante y hacia atrás a un ritmo lento pero constante, su estrecho culo parecía querer hundirse sobre el cuerpo de Natalia con cada penetración, cada uno de sus brazos sujetaba cada una de las muñecas de su hija, que permanecían inmóviles sobre la almohada de la cama, como los brazos superiores de una equis, ella parecía no ofrecer demasiada resistencia, tan solo lo miraba apretando los dientes y soltando pequeños gemidos, había veces en los que a uno le podía resultar muy complicado distinguir la diferencia entre un grito de placer y un grito de dolor, aunque después de todo, los padres no se acostaban con sus hijas.

—Apártate ahora mismo de ella —dijo Diego tratando de mostrar contundencia en su voz.

El padre de Natalia no se molestó ni en girarse, se quedó parado unos segundos y ladeó ligeramente su cabeza, después soltó una pequeña carcajada estirando el cuello hacia delante, igual que hace un lobo cuando aúlla, Natalia asomó su cabeza por un lado del cuerpo de su padre y abrió los ojos tanto como pudo.

—¡¡Diego!! ¡¡¡Ayúdame por favor!!! ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Haz que pare por favor!!! —Natalia empezó a gritar como si estuviese poseída, sus gritos rebotaban en las paredes de la habitación hasta llegar a sus oídos como pequeños alfileres, la situación era totalmente enfermiza.

—¡¡Te he dicho que te apartes!! ¡¡No te lo repetiré una vez más!! —dijo Diego alzando la voz tanto como pudo, ella no paraba de gritar.

Su padre se quedó paralizado, mirándola, soltó un pequeño gruñido como el oso que era y ladeó nuevamente su cabeza tratando de ver al que tenía detrás.

—¡¡¡Ahora Diego!!! ¡¡¡Ahora!!! ¡¡Por favor!! ¡¡¡Me quiere matar!!! —gritó Natalia mirando a Diego con los ojos desorbitados, sus pechos se bamboleaban hacia los lados con cada uno de sus movimientos cada vez que su padre empujaba con fuerza.

Diego miró su mano sujetando la figura de porcelana, temblaba como una tacita de café encima de una lavadora, en esos momentos su cerebro dejó de pensar, se secó por completo, un instinto animal se apoderó de su cuerpo, otra vez, aquel viejo recuerdo débil y pasajero, inundando su cerebro, se acercó con fiereza al padre de Natalia y lo golpeó en la parte posterior de la cabeza con la figura de porcelana tan fuerte como pudo, apretando los dientes, el hombre se desplomó de inmediato sobre ella, que no paraba de gritar, unos finos hilos de sangre empezaron a resbalar por su nuca.

—¡¡Otra vez Diego!! ¡¡¡Otra vez!!! ¡¡¡Se va a levantar!!! ¡¡¡Diego!!! —Natalia gritaba y gritaba, parecía el entrenador ruso de un boxeador alentando desde la esquina del cuadrilátero, había quedado atrapada bajo el cuerpo de su padre y se revolvía tratando de escapar.

Diego alzó su brazo nuevamente, dispuesto a quitarle la vida a ese hombre, vio como dos pequeñas gotas de sangre resbalaban por la firme base de la bailarina de porcelana hasta encontrarse con la palma de su mano, no supo muy bien por qué, pero ese pequeño detalle hizo que su cerebro recuperara otra vez el control, tenía las manos manchadas de sangre, ya había tenido suficiente, dejó caer la figura de porcelana en el suelo y trató de empujar el cuerpo del padre de Natalia hacia un lado para que ella pudiese salir.

—¡¡Diego!! ¡¡¡Qué estás haciendo idiota!!! ¡¡¡Tienes que rematarlo ahora!!! ¡¡Se va a levantar!! —gritaba Natalia enfurecida y fuera de sí.

Diego consiguió apartar el cuerpo de su padre hacia un lado de la cama, respiraba ruidosamente, con los ojos cerrados.

—¡Vámonos Natalia! —dijo Diego tendiéndole una mano a Natalia que seguía tumbada en la cama alternando miradas frenéticas a él y a su padre.

—¡¡Eres un maldito inútil!! —dijo Natalia levantándose de un salto y empujando a Diego, fue directa a la figura de porcelana que estaba tirada en el suelo.

—¡¡¡Tienes que rematarlo ahora estúpido!!! —dijo Natalia tendiéndole a Diego la figura de porcelana.

Diego se quedó mirándola un par de segundos, en sus ojos revoloteaba un oscuro brillo lleno de odio y de rencor, apretaba los dientes con los labios hacia fuera. La cogió con firmeza por sus hombros.

—¡Natalia ya está! ¡Tenemos que irnos y avisar a la policía y a una ambulancia! —dijo Diego mirándola a unos centímetros de su cara.

Ella dio un largo grito de rabia y de impotencia, como una niña malcriada a la que no le quieren comprar el juguete más caro de la tienda.

—¡¡¡Suéltame maricón de mierda!!! —dijo tratando de morderle en un brazo.

—¡¿Natalia que estás haciendo?! ¡Tenemos que irnos! —dijo Diego con incredulidad.

Al fondo, su padre daba muestras de querer levantarse, se pasó una mano por la cabeza y se miró los dedos manchados de sangre, fijó sus ojos en Diego y en Natalia que estaban cerca de la puerta de la habitación.

—¡¡¡Suéltame!!! ¡¡¡Lo has estropeado todo imbécil!!! —dijo Natalia.

Diego la soltó, ella se pasó las manos por su melena rubia, desde la frente hasta la nuca, soltando un suspiro, no sabía qué estaba ocurriendo allí realmente, pero ella parecía estar más tranquila, miró a su padre y corrió hacia sus brazos, que lo miraba de la misma forma que aquella vez que lo vio junto a la buhardilla.

—¿Papá estás bien? déjame ver qué te ha hecho —dijo Natalia con cara de preocupación observando el tajo que su padre tenía en la cabeza, que ahora estaba sentado en la cama sin quitarle el ojo de encima a Diego—, te juro que pagarás por esto hijo de puta —añadió mirando a Diego con odio.

Estaba perplejo, no daba crédito a lo que estaba viendo, pero tenía que salir de allí como fuera, ya tendría tiempo de aclarar sus ideas más tarde.

—Natalia… no sé qué te proponías que hiciera, pero no vuelvas a llamarme en tu vida, estás enferma, los dos estáis enfermos —dijo Diego mirándolos con asombro.

—¡Papá haz algo por favor! ¡Ha intentado matarte!! ¡¡Él es el novio ese celoso del que te hablé!! ¡¡Me dijo que te mataría!! ¡¡Tienes que hacer algo!! —gritó Natalia entre lloriqueos.

Su padre se levantó de la cama como un resorte, desnudo como estaba aún daba más miedo que la primera vez que lo vio, con una cortina de finos hilos de sangre cayéndole por detrás de las orejas, inició el paso hacia Diego abriendo la boca como un león a punto de rugir, no podía enfrentarse a él, de ninguna manera, ese hombre prácticamente le doblaba el peso, dio un paso hacia atrás, la puerta del cuarto estaba tras él, cogió el pomo con rapidez y le cerró la puerta en las narices al tiempo que escuchó el fuerte golpe del padre de Natalia contra la madera, como un toro encajonado tratando de salir. No volvió la vista atrás, corrió tan rápido como pudo, corrió lejos de esa casa enfermiza en busca de un lugar en el que encontrar un poco de paz, todo a su alrededor parecía desmoronarse, la ciudad entera estaba enferma, necesitaba ver a Ariel como fuera, ella era la única razón por la que él todavía guardaba un poco de cordura, la necesitaba más que nunca.

®

LOS CEREALES

Un grupo de niños aparecían vestidos con traje y corbata, ellos, con un elegante vestido de noche, ellas. Anunciaban los nuevos cereales para tomar con el desayuno o cuando les diera la gana de una de las marcas de alimentación más importantes del mundo. La voz de un adulto proclamaba, de fondo, que con esos cereales el crecimiento estaba asegurado, como si hacerse mayor fuese un logro y no una fatalidad, como si en alguna parte del mundo algún niño o niña estuviese en grave peligro de quedarse atrapado para siempre en la infancia, como si la vida a través de los ojos o de la piel de alguien en la edad de la inocencia fuese algo por lo que se tenía que pasar de puntillas, deprisa, hasta llegar a la edad de producir, útil, de trabajar, para que todo continuase girando, imparable, la rueda de la economía, de la vida, en el mismo sentido que gira la tierra o siguiendo la dirección de las manecillas de un reloj.

®

CAPÍTULO 23

TODA LA GENTE SOLITARIA

Estaba loca, completamente loca, se le había ido la cabeza y había echado a perder su prometedora carrera como policía. Intentó imaginar cómo justificaría lo que había hecho, podría defenderse diciendo que actuó impulsivamente presa del pánico y de un estado de enajenación fruto de la situación tan traumática por la que había pasado, y también diría que ella nunca se puso de cebo sin el permiso de sus superiores, qué va, todo lo contrario, fue pura casualidad que el secuestrador diera con ella cuando estaba por ahí sola tomando algo en su día libre y de repente se le estropeó el coche y él se ofreció a llevarla, porque compañeros, todos sabemos que el mundo que conocemos no es más que una casualidad encima de la otra. Mentiras. No eran más que mentiras. Ella lo sabía y sus compañeros y los de asuntos internos lo sabrían. Se había saltado todos los procedimientos policiales que conocía, incluso había cometido algún que otro delito por el camino, imaginó la cara que pondría su compañero Manuel cuando se enterara de todo, siempre tan correcto y tan riguroso siguiendo al pie de la letra cada una de las órdenes que recibía. *Esto no es una democracia Silvia,* le había dicho en una ocasión, *aquí no votamos ni debatimos cuál es la mejor forma de hacer las cosas, nosotros acatamos órdenes, aunque a veces puedan parecernos contradictorias, pero sobre esa jerarquía y esa fe en la cadena de mando se asienta toda la fuerza de los cuerpos de seguridad del estado, ya deberías saberlo, no tendría por qué estar diciéndote esto maldita sea Silvia*. Manuel era el policía ideal, no ella, el que no pregunta y obedece sin pestañear, el que alecciona al compañero o compañera que parece desviarse del camino correcto.

Toda su vida se había dejado guiar por su instinto, no le quedó más remedio, y lo cierto es que no le había ido tan mal. Ella se hizo policía por vocación y no como forma de encontrar un trabajo seguro y con un salario razonable como la mayoría de sus compañeros, a ella eso le daba realmente igual, necesitaba muy poco para vivir, le hubiese bastado con cualquier tipo de trabajo. Pero guardaba algo en su interior que rugía y gritaba cada vez que veía una injusticia, cada vez que un hombre maltrataba a una mujer, cada vez

que alguien recurría a la violencia para someter, para aprovecharse del débil. El mundo que ella veía estaba lleno de desigualdades y de injusticias, la sociedad estaba ciega, patológicamente enferma, los ricos y los poderosos hacían y deshacían a su antojo, saltándose todo tipo de leyes, el sistema judicial protegía al delincuente y hacienda castigaba con dureza al ciudadano de a pie, trabajador e hipotecado, los bancos desahuciaban a ancianas que se habían quedado completamente solas en el mundo y que su raquítica pensión no les llegaba para pagar el alquiler del cuchitril en el que malvivían, a quién le importaba si sus maridos nunca las dejaron trabajar y el gobierno nunca les reconoció que había trabajos que no se pagaban con dinero, que hacerse cargo de los hijos y de la casa no eran algo productivo para la sociedad. La policía respetaba a las bandas criminales y aleccionaba y denunciaba a los maridos que habían parado en doble fila porque sus mujeres les habían pedido por favor que pararan en esa farmacia para comprar *apiretal* porque a su pequeña le había subido la fiebre.

A la mierda. A la mierda con todo y con todos. Aquí estoy yo, aquí me tenéis, haced conmigo lo que os de la puta gana, me da exactamente igual que me tratéis como a una criminal de guerra o como a una puta histérica con la regla, pero antes tengo que hacer un par de cosas, antes me vais a permitir que me lleve por delante a unos cuantos hijos de puta que están en este mundo porque todos vosotros lo permitís, porque no tenéis tantos cojones como decís y escondéis el rabo entre las piernas cuando hay que hacer lo que se tiene que hacer. Fue lo último que Silvia pensó cuando Pedro empezó nuevamente a toser sangre en su cama. Su aspecto era lamentable. No sabía a ciencia cierta si pasaría de ese día, pero lo necesitaba con vida, tenía que recuperarse como fuera, las heridas de su cara no parecían tan graves como para matarlo, pero su garganta estaba destrozada, la zona amoratada alrededor de su tráquea presentaba ahora multitud de puntos de un color entre el rojo y el granate, debía de tener una hemorragia interna, en realidad no entendía cómo era posible que no se hubiese ahogado todavía en su propio vómito, no había dejado de toser y de escupir ingentes cantidades de sangre durante toda la noche. Pensó en llevarlo a un hospital pero rápidamente descartó esa opción, a ella la procesarían de inmediato y lo más probable es que todos los planes que había trazado mentalmente se fueran al traste cuando sus compañeros y el fiscal se hicieran cargo de ese presunto sospechoso.

El poco tiempo que estuvieron hablando antes de que él perdiera el conocimiento había dado para mucho, por alguna razón Pedro le inspiraba cierto grado de confianza, había algo en sus ojos que le decían que estaba

siendo sincero con ella. Aun así a Silvia le costó muchísimo esfuerzo contener toda la rabia que recorría cada parte de su cuerpo.

—Pedro, necesito que me lo cuentes todo ahora, todo —dijo Silvia viéndose reflejada en esos ojos que se apagaban, preguntándose por qué todavía no le había pegado un tiro en la frente.

—Princesa… qué es lo que quieres saber exactamente… porque yo no sé ni por dónde empezar…

—Las chicas desaparecidas, necesito saber dónde están ahora mismo y si siguen con vida. —Las palabras de Silvia se atropellaban, estaba nerviosa, después de tantas horas cautiva, después de dejar entrar al lobo en casa.

—Silvia… —La voz de Pedro salía de su cuerpo apestando a muerte—. Me parece que las chicas desaparecidas han debido terminar como esas dos que han encontrado en los últimos días… —No podía, no quería mirarla a los ojos.

—¿Han debido? ¿Cómo que han debido? ¿No sabes qué es de las chicas que vas por ahí secuestrando hijo de puta? —Las palabras de Silvia cortaban, las palabras de Silvia no se parecían en nada a lo que en esos momentos sentía, a Pedro los ojos se le cerraban.

—Yo solo he secuestrado a una chica en mi vida princesa… y en absoluto sabía que terminaría de esa manera, sino no lo habría hecho, puedes creerme o no pero es la verdad sabes… ya te dije que a mí la violencia no me va entiendes, aunque supongo que eso debe ser algo difícil de entender viniendo de alguien en mi situación ¿no?

Una tos grave y áspera arrastraron un coágulo de sangre, la boca de Pedro parecía la de un vampiro después de cenar.

—¿Y quién coño está detrás de todo esto? ¡¿Eh?! ¡¿Quién es capaz de hacer algo así?! —Y por favor dame una buena razón ahora mismo para que no te mate porque yo no encuentro ninguna.

—Silvia… sé que esto te va a sonar muy mal, pero lo cierto es que no conozco a casi nadie, de vista sí, a unos cuantos, pero personalmente a muy pocos. —Por favor Silvia, pégame un tiro ya o déjame morir de una vez, porque ya no soporto más esta vida entiendes…—. Antonio Salcedo, él parece estar detrás de todo, o al menos detrás de la mayoría que conozco, él fue el que me sacó del orfanato en el que vivía, porque mis padres se quitaron la vida cuando yo era pequeño entiendes, y él me dio un lugar en el que vivir, una vida con la que en aquel lugar no podías ni soñar…

—¿Antonio Salcedo has dicho? ¿Estamos hablando del empresario? —Las pupilas de Silvia se contraían y se dilataban como el esfínter de un mono

estreñido tratando de vaciar sus intestinos.

—El mismo…

—No me jodas… maldito hijo de puta… ¿y cuándo empezó ese cabrón a pedirte que secuestraras a esas chicas?

—Silvia… ya te he dicho que yo solo les llevé a una chica, era la primera vez que lo hacía, me dijeron que querían hablar con ella, darle un susto entiendes, un tema de deudas de su padre o algo así, antes tan solo me había dedicado digamos que a hacer algunos recados… pero nada parecido a esto sabes…

—Ya… ¿y el resto? —¿No estarás tratando de ganar tiempo verdad cabrón? ¡Ve al grano de una vez joder y dime lo que quiero oír!

—El resto… Matías Arastey, contable, un hombre como cualquier otro al que podrías estrechar la mano después de firmar una hipoteca. Alfonso Cobo, este sí es peligroso, aunque no deja de ser un matón de tres al cuarto al que tienen todo el día arriba y abajo haciendo vete tú a saber qué cosas, es el típico empleado que nunca llegas a saber muy bien a qué se dedica pero que al parecer al él le parece que es totalmente imprescindible. Miguel Llorens, constructor, amigo íntimo de Antonio Salcedo desde la infancia, un hombre con hielo en la mirada, uno de esos hombres implacables que miran a prácticamente todo el mundo por encima del hombro. Ernesto, este es médico o algo así, una de esas personas muy educadas con una gran colección de tics en los ojos y en la boca… y del resto no sabría muy bien qué decirte Silvia… pero hay muchos más, eso seguro, tal vez la doctora Rueda, estuve asistiendo a su consulta durante un tiempo cuando todavía estaba en el orfanato, ella fue la que me presentó a Antonio sabes, no he vuelto a verla pero he escuchado su nombre en muchas ocasiones, en conversaciones telefónicas y reuniones entiendes…

Un nuevo carraspeo, una tos que parecía no terminar nunca, más coágulos de sangre, por su aspecto, Pedro daba la impresión de tener la fiebre por las nubes y que las nubes estuvieran muy muy altas.

—¿Y qué más Pedro? ¿Qué más? Necesito saber cómo dar con ellos, y tiene que ser ya. —Y no te me vayas a morir ahora porque me voy contigo a la tumba y te remato cabrón.

A Pedro los ojos se le cerraban, se estaba quedando dormido, o eso o que la Parca estaba tirando de su alma ya con demasiada fuerza.

—Princesa… —Nuevamente, esa tos infernal, esa sangre que no paraba de brotar—. No te lo creerás, pero cuando te dije que tenía nuevos planes para

los dos me refería precisamente a esto mismo sabes, a dar con toda esa gente y acabar con todos ellos…

—¿Qué? ¿Tú? ¿Acabar con esa gente? —Mira enfermo mental, o bien te estás intentando quedar conmigo, cosa que no te recomiendo en absoluto, o bien estás empezando a delirar de verdad.

—Sí, yo —dijo Pedro tajante—, ayer escuché cosas sabes, aunque ellos no pudieron verme, todo lo que hacen con esas pobres chicas, y a mí la verdad es que la vida me importa bien poco entiendes, pero tengo claro que eso no está bien Silvia, hacer daño a las mujeres no está nada bien, yo no tenía ni idea de lo que pasaba allí dentro, ni tampoco de los planes que tenían pensados para ti… y si hay algo que en esta vida tengo claro es que yo no soy la marioneta de nadie sabes, mucho menos para ser partícipe de crímenes tan atroces…

Los ojos de Pedro parecían sinceros, en los ojos de Pedro habitaba la tristeza y la culpa. Su cuerpo luchaba para no quedarse dormido, pero la batalla estaba perdida desde hacía rato, no tardaría demasiado en desconectarse.

—¿Planes para mí dices? ¿Y eso por qué? —A nadie le hace especial gracia que alguien haga planes para ella, menos aún si son de ese tipo.

—No lo sé princesa… eres policía… supongo que algo tendrá que ver…

—¿Y cómo puedo fiarme de ti Pedro? ¡¿Eh?! ¡Dime! ¡¿Cómo?!

—No lo sé preciosa, eso depende de ti, ya te dije que a mí no me gusta mentir, es decisión tuya creerme o no, además, esa gente quiere acabar conmigo sabes, no sé por qué pero es lo que escuché, así que ya no me queda nada princesa, y aunque te parezca mentira, ahora sé cuál es el sentido de mi vida, ¿nunca te has preguntado por qué estás aquí? ¿Para qué has nacido? Yo nunca le he encontrado sentido a la vida Silvia, puedes pensar lo que quieras de mí, pero ahora mismo sé que si estoy en este mundo es por una razón, si alguien me ha puesto aquí es para terminar con esa gente, no sabría explicarlo, porque es algo que ni yo mismo comprendo, pero es algo que siento, que puedo sentir bien adentro, por primera vez…

A Pedro se le cerraron los ojos, su respiración era ruidosa, pero al menos seguía vivo. Silvia trató de despertarlo, zarandeándolo por los hombros, dándole pequeñas palmadas en la cara, pero su cuerpo no respondía.

Y allí estaba ella, velando a los pies de su propia cama a uno de los criminales más buscados, rogando por que diera alguna muestra de recuperación, a uno de los responsables de los crímenes más brutales que la ciudad había conocido nunca, pasándole un paño mojado en agua fría por la

frente tratando de bajarle la fiebre, a ese que había estado a punto de secuestrarla como a una de esas chicas rompiéndole la mandíbula y llenándole la boca de cloroformo, limpiando sus vómitos de sangre y poniéndole la cabeza de lado para que no se ahogase, a ese malnacido al que había estado a punto de torturar y de asesinar con sus propias manos. Pero de algún modo, y se odiaba por ello, en algún lugar de su ser, sentía verdadera lástima por él, viéndolo así, tan malherido, no podía evitar pensar en esos pobres perros que algunos desalmados entrenaban para matar, para odiar, para despedazar, y que luego dejaban abandonados en alguna cuneta o simplemente les pegaban un tiro cuando ya estaban demasiado enfermos para seguir siendo útiles como instrumento para infligir dolor y terror.

Silvia no había tenido tiempo de asimilar todo lo que Pedro le había contado, pero estaba claro que esa gente iba muy en serio, tanto como para querer deshacerse de ella, que no tenía nada, ni una sola prueba de peso, tendría que andarse con mucho ojo los próximos días porque no le cabía duda que alguien la había traicionado, que alguien les había contado que ella estaba haciendo demasiadas preguntas, molestando, que volverían a intentarlo.

®

EL CHAMPÚ

Una mujer estaba al borde del orgasmo mientras se enjabonaba el pelo, anunciaba un nuevo champú, no era como los demás, este regulaba el ph, el maravilloso y necesario ph, ¿qué demonios era eso?, la espuma se deslizaba entre sus curvas infinitas, en un cuarto de baño tan grande que podías plantar una cama de dos cuerpos allí dentro, eso no quedaba claro si también estaba incluido en el precio, incluso parecía que no echara en falta un secador, de la humedad o el encrespamiento posterior no decían ni una palabra, en cualquier caso la mujer del anuncio era preciosa y su sonrisa parecía sincera.

®

—Sschhhh… No digas nada, trata de relajarte ahora cariño, tu no sabías lo que pasaba allí, no podías saberlo —dijo Ariel acariciándole el pelo.

—Gracias por no enfadarte conmigo Ariel, aunque te parezca mentira, lo que más miedo me daba de todo esto es que tú no quisieras volver a saber nada más de mi —dijo Diego mirándola con ternura.

—¿Así es cómo me ves? ¿Como un ogro que se enfada por menos de nada? —dijo Ariel con una sonrisa en la cara.

—En absoluto… ojalá encontrara la forma de poder describir cómo te veo, en realidad es por eso que me da tanto miedo que te enfades conmigo o dejes de quererme, no sé si podría soportar mi vida si tú no estás en ella.

—No digas eso hombre, me parece que tampoco te las has apañado tan mal sin mí todos estos años ¿no crees? —dijo Ariel tratando de quitarle trascendencia a sus palabras.

—No, qué va, para nada, mi vida siempre ha sido un asco Ariel, no tengo ni un amigo, ni uno solo, mi madre me odia desde que tengo uso de razón y mi padre nunca me ha dirigido la palabra, es como si estuviese enfadado conmigo desde el día en que nací, y no quiero agobiarte ni nada por el estilo, ni tampoco que pienses que soy responsabilidad tuya, pero si te soy sincero, pienso que he estado toda la vida, de alguna forma, esperando a que llegaras, para rescatarme, lo supe en cuanto te conocí. —Diego se sinceraba con crudeza sin mirarla directamente a los ojos, no quería observar su reacción, no quería resultar patético.

Ariel se abrazó a él con ternura, durante unos segundos, con dos lágrimas en los ojos, no podía evitarlo, se echaba a llorar cuando algo la emocionaba mínimamente. Qué ciega había estado, ahora sabía cuánta falta le hacía que alguien le dijera que le quería, que le demostrara un poco de afecto, debió de haberse dado cuenta antes, se odió a sí misma por haber sido tan dura con él cuando Natalia entró en sus vidas, debió de ser más comprensiva y menos posesiva, porque en el fondo de su ser sabía que el origen de su enfado no era otro que los celos, su falta de autoestima y el miedo a ser abandonada, debió de confiar más en él y menos en ella, se juró a sí misma que a partir de ese día lo trataría mejor de lo que nadie antes lo había hecho, y le daría todo el amor que durante todos estos años la vida le había negado.

—Diego, escúchame —dijo Ariel separándose de él y mirándolo a escasos centímetros de su cara—, no voy a dejarte nunca ¿me entiendes?, eso quítatelo de la cabeza, es posible que alguna vez me enfade, por supuesto que sí, pero eso no significa que te vaya a dejar de querer, eres la mejor persona que he conocido en mi vida, la mejor, nunca le harías daño a nada ni a nadie, y no sé cómo lo has hecho para mantenerte tan puro todos estos años, pero te

aseguro que quiero tenerte a mi lado el resto de mi vida —dijo Ariel acariciando las líneas de su cara.

Ahora fue Diego el que se abrazó a ella, no le habían dicho nada tan bonito en su vida, de alguna forma, estar con ella, hacía que todos los problemas de su vida desaparecieran de su cabeza, que esa sensación de *déjà vu* que tantas veces paralizaba su cuerpo hasta casi perder el control y que tanto le preocupaba últimamente no fuera en ese momento más que un insignificante dolor de cabeza que desaparece justo en el instante en que dejas de pensar en él.

Ariel les contó a sus padres que en casa de Diego habían tenido un problema doméstico con una fuga de gas y que no podría dormir allí. Lo presentó como su novio, sin más preámbulos, no quería andar por ahí con más secretos y medias verdades y más preguntas de su madre, sus padres se quedaron un poco perplejos, pero lo acogieron de muy buen humor, incluso le dijeron que en esa casa sería siempre bienvenido y que podría quedarse los días necesarios hasta poder volver a la suya. Qué orgullosa se sintió de los dos, nunca se lo decía, algún día debería hacerlo, porque era muy consciente de los padres tan maravillosos que le habían tocado, de lo afortunada que era, porque después de todo uno no elegía sus padres al nacer. Gracias papá. Gracias mamá. Os lo digo ahora, aunque no podáis escucharme.

Incluso lo invitaron a cenar el viernes en casa de los tíos de Ariel, Miguel y Lucía, bonita encerrona por cierto, que celebraban el cumpleaños de su hijo Carlos, ya hablaría con su madre más tarde de esto, sobre si irían o no, pero quitando de esa pequeña triquiñuela materna el resto de la velada fue magnífica. Estuvieron hablando de todo un poco, Alba y Diego aprovecharon para estrechar lazos, daba gusto ver a su hermana otra vez bien, siendo la mujer segura de sí misma y sonriente que había sido siempre, sabía que todavía le dolía lo ocurrido con su (medio) novio Martín, pero poco a poco había ido recuperando la autoestima perdida, no haber vuelto a saber nada de él ayudaba, de todas formas mostró una gran entereza y madurez no dejando que el recuerdo de esa terrible experiencia se adueñara de ella.

Luego su madre sacó otra vez el tema de las chicas desaparecidas, de las dos chicas que habían encontrado, torturadas y violadas, mostraba un gran pesar y preocupación por todo por lo que tuvieron que pasar esas pobres chicas, por lo que estarían pasando las que todavía no habían encontrado, si es que estaban vivas, y dio gracias por no ser ella una de esas madres destrozadas, por no ser la suya una de esas familias rotas, pero sobre todo por tener la suerte de poder abrazar a sus hijas un día más.

Mierda, me he llenado de mierda hasta el cuello, ahora sí que me tienen bien cogido, no hay marcha atrás, voy a tener que darles todo lo que me pidan, qué estúpido he sido.

—Mierda Antonio, qué mierda más grande, somos unos putos aficionados, esto a los americanos seguro que no les hubiera pasado, otra de las chicas que enterró el puto Gallo en todos los medios de comunicación… —dijo Miguel pasándose las manos por la cara.

—De eso nada Miguel, a ellos les han pasado cosas peores créeme, y han salido siempre a flote, lo que diferencia a unos aficionados de unos profesionales, cuando surge un contratiempo, es cómo gestionan el problema, porque si algo tengo claro es que el camino hacia la grandeza no está plagado de rosas, también hay piedras que esquivar, puentes que levantar, y es ahora cuando tenemos que mostrar serenidad, unión, profesionalidad.

Antonio Salcedo siempre supo cómo encontrar las palabras adecuadas en el momento oportuno, esa había sido siempre una de sus grandes virtudes, cuando estaba en un aprieto era cuando mayor grado de lucidez alcanzaba, bajo presión, sin pararse a pensar qué decir, cómo actuar, qué camino seguir, la espontaneidad era el verdadero secreto de su éxito.

—Si encuentran algo en ese cuerpo que puedan llevarlos hasta nosotros estamos perdidos Antonio… eso es lo único en lo que ahora pienso… y ya te dije que el chaval ese, Pedro o como coño se llame, no era de fiar, ahora no sabemos dónde está ni se ha hecho ya con esa policía, no sé… tienes que empezar a pensar seriamente en que es posible que nos haya traicionado.

El rol que adopta una persona en función del que tenga o de los que tenga al lado siempre fue algo que llamó la atención de Antonio, el comportamiento humano era tremendamente complejo, alguien era, o al menos se comportaba, de una manera cuando se encontraba a solas, totalmente diferente cuando estaba por ejemplo con su madre, su mujer, su hijo, modificando ligeramente su carácter en función de los actores que se fueran sumando a la fiesta, definitivamente hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que era prácticamente imposible conocer a alguien en profundidad, las personas nunca habían dejado de sorprenderle, las reacciones, en un aprieto, o bajo el efecto de las drogas, tal vez debería reconsiderar su férrea opinión acerca de Pedro, aunque ahora tenía que decir lo que ese hombre deseaba escuchar.

—Miguel, escúchame bien, en primer lugar, en ese cuerpo no van a encontrar nada que puedan relacionar con nosotros, ya te dije que tenemos a alguien de dentro que se ocupa de limpiar cualquier cosa que pueda comprometernos, y en segundo lugar, Pedro no nos ha traicionado, te lo puedo asegurar, conozco a ese chico a la perfección, y si no sabemos nada de él debe ser por una buena razón, es posible que le haya pasado algo, los accidentes ocurren joder, dale un par de días y verás como aparece como si tal cosa, y esa chica policía puede hacer lo que le dé la real gana, ya tendrá tiempo de arrepentirse, de eso que no te quepa ninguna duda, porque que antes o después caerá puedes estar bien seguro.

Miguel cogió aire con fuerza y lo expulsó lentamente tratando de expulsar también sus nervios y su desasosiego, él era de los que solía verse terriblemente afectado por según quién o quiénes tuviera al lado, cuando era Antonio el que estaba junto a él, por alguna razón, desde el día en que se conocieron, no podía evitar contarle todas sus preocupaciones, sus debilidades, sus miedos, era su desahogo. Antonio era para él como la taza del váter para alguien con gastroenteritis aguda, un recipiente en el que soltar los malos humores mientras el proceso de recuperación durase.

—Tienes razón, discúlpame Antonio, reconozco que estoy un poco más nervioso de lo normal, no sé qué me pasa, demasiados acontecimientos en poco tiempo supongo, a veces pienso que estamos completamente enfermos ¿no te parece?, últimamente no paro de pensar en todas esas chicas, de hecho no pienso en otra cosa que en destrozar a una de esas jovencitas, no me lo puedo quitar de la cabeza joder…

Antonio soltó una pequeña carcajada y se sentó al lado de su amigo de toda la vida, de los pocos que el cáncer o las vicisitudes de la vida le habían dejado.

—No te calientes tanto la cabeza hombre, tienes que aprender a dejar que las cosas sigan su propio curso, no puedes controlarlo todo tú. —*Ya tienes bastante con mantener a raya a la perturbada de tu mujer y al inepto de tu hijo*—. No eres el único interesado en que todo salga bien ¿no crees?, y con relación a si estamos enfermos… pues no sé qué decirte… yo lo que veo es que somos hombres digamos que diferentes Miguel, hemos hecho grandes cosas por este país, por esta ciudad, damos trabajo a miles de personas, somos el sustento de miles de familias, y sí, tenemos gustos diferentes, pero ¿no tenemos derecho? ¿Quién lo dice?, la sociedad puede entender que nos rompamos los cuernos para que la rueda siga girando, que lo arriesguemos todo para que este país salga adelante y sin embargo le horroriza que de vez

en cuando tengamos la necesidad de unos placeres digamos que un poco exclusivos… no Miguel, no, no te sientas culpable de nada, hacemos lo que hacemos porque somos lo que somos. *—Esto es lo que yo solía pensar Miguel, ¿te vale con esto?, porque si quieres que diga que lo que hacemos está bien yo te lo digo sin problemas, de una forma tan convincente que parezca que lo que hacemos es totalmente legítimo y justificable.*

Miguel contemplaba con verdadera admiración a ese hombre que después de tantos años todavía conseguía conmoverlo, todavía conseguía tranquilizarlo cuando estaba a punto de perder la cabeza, lo conocía mejor que nadie, sabía mejor que nadie qué palabras utilizar, qué es lo necesitaba escuchar.

—Gracias Antonio, no sé cómo lo haces, pero cuando pienso que estoy a punto de perder el control siempre te las arreglas para que todo vuelva a cobrar sentido, sé que no te lo digo muy a menudo, pero eres un gran amigo.

Los dos hombres se fundieron en largo y sincero abrazo.

Entendiéndose, apoyándose, comprendiéndose.

Lo siento mucho Ariel, lo he vuelto a hacer, tú me has abierto tu corazón de par en par y yo solo te lo pago con mentiras. Por supuesto que me has visto mejor esta tarde, porque he retirado la denuncia a Martín. Ayer me lo encontré en la calle, estaba esperándome, con lágrimas en los ojos, con la congoja colgando del cuello. Soy débil Ariel, muy débil, ¿por qué te crees que cuido tanto mi imagen?, tengo miedo a que vean lo que hay detrás, a que me conozcan de verdad. Espero que puedas perdonarme, él parecía arrepentido, a veces puede ser muy duro soportar todas las responsabilidades y deberes que la vida nos exige, a veces podemos encontrarnos totalmente solos, en medio del desierto, de una isla esmeralda, por eso no podemos condenar a alguien de por vida por un simple error, solo por un simple e insignificante error.

Tú dijiste que no tenías ningún amigo de verdad, yo no te dije que tampoco yo los tenía, ¿alguien los tiene?, quisiera pensar que sí, que la envidia es algo que tiene cura, o que la sinceridad existe en algún lugar, que la falta de confianza, los malentendidos, las mentiras, sean algo pasajero, que arrepentirse o dejar de fingir lo que no eres sean algo que nos salga de dentro, que no tengamos que forzarlo, como tampoco las sonrisas, los saludos, la alegría, o que cuando quedes con alguien sea porque realmente tengas ganas de verlo y no por miedo a perderlo.

Quédate solo con lo bueno, olvida las cosas malas, conserva tu inocencia, no pierdas nunca la esperanza, no quieras llegar la primera, tampoco la última, tú solo trata de mantenerte firme, en el camino, siempre, tu hermana Alba te adora, la vida puede ser maravillosa, tu solo déjate llevar, tu solo déjate llevar.

CAPÍTULO 24

LUCÍA VAL

Val vivía por y para su cuerpo. Ya no era ninguna jovencita, su hijo Carlos cumpliría veintidós años en unos días, pero ella se sentía más viva que nunca. El secreto estaba digamos que en no comer nada, que llevara grasas, o en ejercitar su cuerpo cuatro o cinco veces por semana, luego estaba la cirugía plástica, tan proclive a satisfacer cualquier tipo de deseo de alguien con dinero como un albañil con sobrepeso a enseñar la raja del culo mientras trabaja. Sus pechos habían sido manoseados ya unas cuantas veces en el quirófano, inflados como dos globos aerostáticos, retocados para borrar las arrugas de la piel cansada de soportar un peso para el que no estaba preparada. Pero ella era una mujer, y estaba hecha para darle placer al hombre, a su hombre, y también a ella misma, un objeto de deseo, de corrupción. La excitación, los juegos de seducción, el placer carnal, ese era el verdadero sentido de la vida.

Siempre trató de borrar todo recuerdo de su juventud, de su infancia ya casi ni se acordaba, la escasez, los apuros a final de mes o la ropa vieja y desgastada eran algo que le provocaba náuseas. Su padre le dijo en una ocasión que no había peor desdicha que una hija, o un hijo, renegara de su familia, de sus raíces, que el dinero no era lo que dignificaba a una persona, sino la integridad, la generosidad, el dar sin esperar nada a cambio, Lucía le respondió que no había nada de íntegro en la miseria, ni de generoso en compartir un trozo de pan mohoso, ni mucho menos de admirable en quedarse ahí parado viendo cómo las ratas compartían contigo la habitación, cómo el frío congelaba tus pies o te provocaban una infección de orina, que la verdadera dicha residía en la gente que luchaba, que progresaba, que alcanzaba sus metas, por encima de los demás, sobre todos los demás, el resto tan solo formaban parte del decorado de los verdaderos protagonistas de la función.

Tenía verdadera aversión a la clase baja de la sociedad, a ella lo que le gustaba era la gente con dinero de verdad, poderosa, que aplastaba al débil para seguir su camino, para avanzar. Le fascinaban los grandes conquistadores, esos hombres que aniquilaban naciones, que sometían a

pueblos enteros, que hacían desaparecer culturas milenarias, que cambiaban el rumbo de la historia. Hubiese deseado poder se la mujer de cualquiera de ellos, o de algún dictador, golpeando sin piedad a la escoria de la sociedad, a esa casta que era más pequeña que un burro de carga, cuyo único sentido en la vida era el de servir a las personas como ella, de trabajar hasta deslomarse, de día o de noche, con su cuerpo, hasta la extenuación, hasta lo que los límites de la perversión y el deseo de su señor dieran de sí.

Por eso la primera vez que su marido Miguel la llevó de la mano a una de esas fiestas privadas y exclusivas ella se derritió por completo. Ver cómo violaban una y otra vez a una de esas asquerosas jovencitas de piel tersa e inmaculada fue tan sublime que no pudo evitar que se le escaparan unas lágrimas de felicidad. Ese trozo de carne despedazado por los machos alfa de la manada, a su antojo, disfrutó como nunca al ver a su marido golpear a una de ellas hasta partirle literalmente la cara, en ese momento no pudo reprimir un descomunal orgasmo, de otro mundo, hechizada, por la vida, por la muerte, por el dolor ajeno, por el poder absoluto.

CAPÍTULO 25

NADIE CUIDARÁ DE TI

†
PERSONA DESAPARECIDA

Natalia Cruz Sierra

Edad: 18 años
Estatura: 169 cm
Peso: 60 kg
Pelo: Rubio claro
Ojos: Verde oscuro

Tono de piel clara, la última vez que fue vista llevaba puesta una falda negra, camisa blanca y botas negras.
Salió de casa la noche del 15 de Diciembre y nadie ha vuelto a verla.
Si la ha visto póngase en contacto con la policía o con la guardia civil inmediatamente.
Rogamos máxima colaboración por parte de toda la población.

Teléfonos de contacto: 129 00 44 - 132 44 00
†

Pero mira que he sido estúpida, eso me pasa por no haber hecho lo que tenía que hacer cuando tuve la ocasión, y ahora me toca esperar, en este sucio lugar, a que vuelvan, rezando para que no se les pase por la cabeza torturarme de alguna forma, o abusar de mi como hicieron con esas chicas que encontraron en tal mal estado, no, eso no por favor, no lo soportaré, sería terrible. Trabajaba para ellos, tendrán la decencia de darme una muerte digna, esa gente debe de tener algún tipo de código de honor al menos, no pueden hacerme esto a mí, pero por favor Dios por lo que más quieras que no le hagan nada a Susana y a las niñas, ellas no tienen culpa de nada, no tienen por qué hacerles nada, yo soportaré lo que haga falta con tal de que a ellas las dejen en paz, me ofreceré si es necesario, pero que no toquen a las niñas, ni a mi hermanita del alma.

¿Cómo es posible que mi vida acabe así? ¿Cómo? Yo solo quería ser buena médica, ayudar a las personas, yo nunca quise que nada de esto pasara, qué estúpida he sido. ¿Por qué tuvieron que elegirme a mí? ¿Por qué tuve que decir que sí? ¿Por qué tuvo que aparecer ese desgraciado? No

quiero llorar, llorar no me servirá de nada, cuando vuelvan les diré lo que estoy pensando, soy psiquiatra, algo habré aprendido en todos estos años sobre cómo funciona la mente humana ¿no? Les diré que me den una muerta digna, que nunca les he traicionado, nunca dije ni una sola palabra, me lo deben, siempre les fui fiel, y que se olviden de una vez de mi hermana y de mis sobrinas, ellas continuarán con sus vidas, son muy fuertes, saldrán adelante cuando descubran que he desaparecido, lo dejé todo preparado, dije que me iba de vacaciones, casi mejor que no pudiera acabar yo misma con mi vida la otra noche, así ellos se desharán de mi cuerpo y desapareceré para siempre sin dejar rastro, ellas nunca sabrán nada de esto, no pueden saberlo, que estuve implicada en esos terribles crímenes, pegadme un tiro ya por favor, y olvidaros de mí y de mi familia.

Pedro despertó con un trapo húmedo en la frente, totalmente desorientado, qué lugar era ese, estaba todo muy limpio y ordenado, la luz del día entraba por la ventana con una claridad tan suave que durante unos segundos pensó que había muerto y que estaba en el cielo. Se pasó una mano por su ojo izquierdo, lo tenía como una pelota de golf, pero podía abrirlo ligeramente, trató de levantarse de la cama pero un dolor punzante se lo impidió, su rodilla izquierda, le habían aplicado un vendaje muy bien hecho, de aspecto profesional, no tenía ni una sola arruga, la venda elástica daba vueltas perfectas y simétricas desde la parte superior de su tibia hasta casi la mitad del muslo. Tragó saliva y su garganta hizo dos bruscos y dolorosos movimientos, arriba y abajo, como cuando alguien carga un cartucho en una de esas escopetas recortadas que siempre aparecen en las películas de acción americanas. Se sentó en el borde de la cama y tuvo que esperar un poco antes de poder levantarse, aferrando sus manos al colchón, un fuerte mareo estuvo a punto de hacerle caer de bruces, como alguien que se sienta, indeciso, en el borde de la cubierta de un barco. Todo daba vueltas a su alrededor, qué lugar era aquel, cuánto tiempo llevaba allí, nunca había estado en ese sitio, cómo había llegado hasta allí.

Silvia.

Empezó a recordar.

Silvia.

Fue a la última persona que vio antes de que todo se volviese oscuro, esa debía de ser su casa, su mente empezó a centrarse, a ordenar los últimos fragmentos almacenados en su memoria. Qué mujer tan hermosa, qué bellas

eran las mujeres, y qué buenas personas, pero sobre todo Silvia. Qué mujer tan maravillosa. Dónde estaría ahora, la echaba de menos, ojalá estuviera aquí, con él, necesitaba verla, grítame Silvia, golpéame las veces que necesites, haz conmigo lo que quieras, a mí ya sabes que no me importa demasiado, pero por favor, vuelve. No quería hacerse ilusiones, pero todo apuntaba a que ella había estado cuidando de él, eso sería fantástico, nadie cuidaba de él, él estaba solo en el mundo, Antonio Salcedo se lo había dicho muchas veces, «nadie cuidará de ti, Pedro, nadie se interesará por ti, Pedro, a este mundo no le gustan las personas como tú, Pedro, solo me tienes a mi», te equivocabas Antonio Salcedo, Silvia cuida de mi ahora.

®

LA COLECCIÓN DE MAQUETAS

Un padre y un hijo anunciaban una nueva colección de maquetas de avión en miniatura, parecían disfrutar verdaderamente mientras juntaban las diminutas piezas, aviones de combate, hidroaviones, prototipos, transatlánticos, padre e hijo, compartiendo esos momentos de la vida tan especiales, de la infancia, cada quince días, un nuevo ejemplar, dispuesto a coger todo el polvo del mundo antes de morir inacabado o aplastado en un contenedor, días, semanas o incluso años después de que la ilusión y la insensatez se esfumaran.

®

Silvia tuvo tiempo de ver a primera hora las fotos que la policía científica había sacado del cuerpo de Noelia Salgado antes de tener unas palabras con el inspector jefe Claudio Romero. Las marcas de latigazos eran incontables, en su espalda, sus pechos, su cara, aunque eso no fue lo que más le impresionó, su ano aparecía totalmente dilatado, había perdido toda su elasticidad, una podía meter allí dentro una pelota de ping pong sin ningún problema. No podía imaginar a qué tipo de tortura la sometieron, quién podía hacer algo así, pero ahora tendría tiempo de averiguarlo, ella sola, como siempre había hecho. Lo primero que vio al salir del despacho de Claudio Romero fue la cara de Manuel, con esos ojos a medio camino entre la reprobación y la preocupación, no pudo evitar acercarse a él y saludarlo como tantas otras

veces, aunque eso conllevara tener una conversación privada con él, aunque supiera a la perfección que se pondría muy pesado en cuanto le dijera que se acababa de coger unas vacaciones.

—No lo entiendo Silvia de verdad, en el fondo creo que hay algo que no me estás contando, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, lo sabes de sobras —dijo Manuel visiblemente preocupado.

—Manuel ya te he dicho lo que pasa, en serio, no les des más vueltas anda, y no te preocupes tanto por mí que ya no soy ninguna niña, ¿es que una no puede cogerse unos días libres para descansar un poco? —dijo Silvia con una media sonrisa.

—En medio de una investigación como en la que nos encontramos no. —Manuel miró a Silvia con seriedad, ella le devolvió una mirada aún más seria —. Bueno sí, quizá sí, quiero decir que en ti no es normal, entiende que me resulte extraño mujer, creo recordar que es la primera vez desde que te conozco que te coges unos días de vacaciones, y que lo hagas ahora, con la que está cayendo… viniendo de ti… pues qué quieres que te diga… para otros quizá no, pero para mí que te conozco bien es algo por lo que estar preocupado entiéndeme, y más viendo el golpe ese que tienes en la mandíbula. —Manuel intentaba razonar dándole ese tono al hablar que más que su compañero de trabajo parecía un padre tratando de hacer entrar en razón a una hija para que no saliera de fiesta esa noche.

—Ay de verdad Manuel pareces mi padre eh, ya te he dicho que lo del golpe en la cara fue un pequeño accidente, precisamente una de las razones por las que necesito unos días para recuperarme, si llego a saber que te ibas a poner así no te digo nada… —dijo Silvia cruzándose de brazos, mirando hacia otra parte.

—No digas eso… perdóname haz el favor, tienes razón, a veces peco de ser un poco sobreprotector, pero créeme, eso es porque me preocupo por ti ¿entiendes?

—Ya lo sé Manuel… pero tú también tienes que empezar a entender que sé cuidarme perfectamente yo solita, y que cuando pones en duda algo que te estoy contando haces que me sienta como una cría de siete años joder —dijo Silvia indignada.

—Silvia, ya sabes que no es esa mi intención, y claro que sé que te sabes cuidar muy bien tú solita, mira dejémoslo ya anda, no quiero discutir contigo y más si te vas a ir unos días de vacaciones, no quiero que te vayas con mal cuerpo, ven aquí anda —dijo abriendo sus brazos y acercándose a ella.

—Cuídate mucho Manuel, cuando menos te lo esperes estaré de vuelta, y te aseguro que cuando lleves un par de días patrullando otra vez conmigo desearás que mis vacaciones hayan durado más, y avísame si se produce algún tipo de avance importante ¡eh! —dijo Silvia con una sonrisa.

—Qué idiota… sabes que eso no es verdad… cuídate tu también Silvia, y aprovecha estos días para disfrutar y para descansar, que bien merecido lo tienes, y de paso olvídate un poco de toda esta locura que nos rodea.

—Muchas gracias Manuel, hasta pronto, y dale recuerdos a tu mujer y a tu hija de mi parte.

—Sí, de tu parte… hasta pronto Silvia.

Qué extraña habilidad tenía ese hombre para dotar de dramatismo cualquier conversación de índole personal, cuando se ponía así le recordaba a uno de esos pastores metodistas que salían por televisión levantando la biblia mientras predicaban a voz alzada. Pero ya estaba hecho, disponía de dos semanas de vacaciones para poderse dedicar en cuerpo y alma a lo que tenía en mente desde hacía dos días. Sabía que lo que iba a hacer estaba fuera de toda justificación, incluso podría verse como una auténtica misión suicida, pero estaba segura de que había alguien de dentro, que trabajaba para ellos, que hacía desaparecer pruebas, que les avisaba de las pistas que seguían, de las personas a las que interrogaban, si no era así no podía entender cómo aún no tenían a ningún sospechoso, ni siquiera algún delincuente de poca monta del que poder tirar un poco del hilo. El cuerpo de Noelia Salgado solo había servido para certificar una vez más que tendrían que seguir esperando un error, un imposible, tan solo muestras de ADN que parecían no pertenecer a nadie, dar con los propietarios de esos restos orgánicos sería como encontrar una moneda en medio del océano.

Ahora mismo no podía confiar en nadie, no podía arriesgarse a que la persona equivocada levantara la liebre y lo echara todo a perder. Le hubiera gustado poder confiar en Manuel, pero habría puesto el grito en el cielo, no lo habría entendido y de ninguna manera la hubiera dejado hacer lo que iba a hacer. Del resto de compañeros tampoco tenía demasiada confianza en ninguno de ellos, y en cualquier caso no se hubieran embarcado en su particular cruzada, eso lo tenía claro, amaban demasiado la tranquilidad de sus vidas, su hipoteca necesitaba el salario a fin de mes, sus hijos necesitaban quien los llevara al fútbol los fines de semanas. Tenía que hacerlo sola, no había otra opción.

De camino a casa estuvo pensando en Pedro, su corazón le decía que se fiara de él, que confiara en él, pero su cabeza le decía lo contrario, que era una

auténtica locura, que la había engañado con sus artes escénicas y su extraño carisma, y que ella, como una tonta adolescente, había mordido el anzuelo. Encima lo había dejado sin esposar, así, alegremente, tumbado en su propia cama, como si fuera su príncipe azul. Estaba en muy mal estado era cierto, pero nunca se sabía con esa gente, si cuando llegase no lo encontraba allí no se lo perdonaría en la vida, todo se iría al traste, eso si no la estaba esperando con un cuchillo en las manos.

Debes de haberte vuelto loca de remate Silvia, porque si no no se explica cómo has podido hacer algo así, a quien se lo cuentes… estás para que te encierren, mira que meter al enemigo en casa… prepárate como no esté, como se haya ido, avisadas estás, como te haya estado tomando el pelo, en el fondo lo sabías, que no te podías fiar de él, pero aun así lo hiciste, eso es porque no estás bien Silvia, debe de funcionar algo mal en tu cabeza, algún cable debe de haberse soltado y está chisporroteando por todos los rincones de tu dura cabezota, porque si no no se entiende, abre la puerta anda, y sal de dudas de una vez, ya has llegado, la cagada tan grande que has hecho, pero al menos empuña tu pistola, qué boba has sido, anda entra de una vez ya, y date cuenta, en qué te has convertido, de lo pánfila que has sido, cómo te la han metido, pero en fin, las cosas son como son, y lo hecho, hecho está, vamos a ver qué pasa.

—La doctora Rueda no ha dicho ni una palabra Antonio, te lo digo yo, que para esto tengo un olfato canino —dijo Alfonso apurando la colilla de un Ducados.

Antonio disfrutaba tan poco con la compañía de ese hombre como un gato en una bañera llena de agua fría.

—De todas formas habrá que tener bien controladas a las personas de su círculo de confianza, no podemos arriesgarnos a más cagadas de este tipo, y eso incluye al tal Diego ese, nunca se sabe en un arrebato de sinceridad lo que pudo contarle, aunque no fuera totalmente consciente de ello, porque me dijiste que le estaba pegando a la coca a base de bien ¿no?

—Eso mismo… si llego a tardar un poco más me la encuentro fiambre, y con respecto al tal Diego, pues no sé qué decirte, yo la verdad es que no creo que sepa nada, pero de todas formas ya has oído lo que nos contó el otro día el chaval de Miguel, habrá que andarse con mucho mimo, no la vayamos a cagar con la sobrinita…

—Tú por eso no te preocupes, porque te digo una cosa, si el tal Diego resulta que sabe algo, a lo mejor, la sobrinita también lo sabe, ¿me sigues?

—Pero Antonio… que es la sobrina de Miguel…

—Como si es la sobrina del rey, Alfonso, cuando las cosas se ponen feas se hace lo que se tenga que hacer, sin miramientos, así que vete preparando para lo que pueda venir, porque además, con Pedro todavía desaparecido no es que andemos muy sobrados de mujeres… tú ya me entiendes… y si no aparece pronto alguien va a tener que hacer otra vez el trabajo sucio… —dijo Antonio acabando la frase con una mirada que valía más que mil palabras.

—No me jodas hombre… ¿qué queréis que haga ahora? ¿Qué me dedique otra vez a ir por ahí secuestrando jovencitas?, que yo ya tengo una edad Antonio…

—Tu harás lo que se te ordene y punto Alfonso, no me hagas que te recuerde a qué te dedicabas cuando yo te encontré, ni la mierda que tuve que limpiar para que tuvieras una vida medio respetable, así que si te digo que tienes que irte a Marruecos a por un kilo de hachís tu vas, y si te digo que te cepilles a la sobrina de Miguel tú te la cepillas hasta que reviente, me sigues ¿verdad Alfonso? —Los gruesos cristales de sus gafas aumentaban el tamaño de sus ojos de tal manera que parecía que lo fueran a engullir.

—Vale vale, no hace falta que seas tan explícito… ya sabes que uno se acostumbra a la buena vida y cuando le dicen que se tiene que volver a poner el mono de faena resulta que ahora le está pequeño… pero tranquilo, que conmigo puedes contar para lo que sea.

—Ya lo sé Alfonso, perdona que me haya puesto así, ya sabes lo mucho que te aprecio, pero es que últimamente Miguel está de los nervios, y no es el único, y parece que tenga que ser siempre yo el que tenga que ir por ahí apagando fuegos y calmando al personal, y tú mismo lo has dicho… uno ya tiene una edad…

—Te entiendo… —Pero uno también tiene su corazoncito ¿sabes?

—Y luego está lo de Pedro, que parece que se lo haya tragado la tierra, y como resulte que al final se haya ido de la boca… no me lo perdonaré en la vida…

—Bueno… la verdad es que de eso quería hablarte…

—¿De qué?

—El otro día… estuve hablando con Matías… en la casa de campo… y ya sabes lo alto que habla ese hombre…

—Al grano Alfonso joder, que no tenemos todo el día —dijo nervioso abriendo aún más sus ojos, ahora eran como dos grandes y oscuros agujeros

negros.

—Pues que puede que se le fuera un poco la boca… a Matías claro… y el chaval… Pedro… a lo mejor es posible que estuviera por allí… y…

—¡Pero de qué cojones me estás hablando Alfonso! ¡Que te jodes de hostias y dilo de una puta vez joder! —dijo Antonio cogiéndolo por las solapas de la camisa y acercando su cabeza cuadrada a la cara de Alfonso como si fuese un martillo pilón a punto de partir un trozo de acero.

—Pues que Matías estuvo diciendo que al chaval había que dejarlo fuera de circulación, que ya estaba decidido… que Miguel y Ernesto y no sé quiénes más estaban de acuerdo, y todo el tema de las chicas, vociferando todo lo que hacemos con ellas, y no estoy seguro de si Pedro oyó algo o no… Ya sabes cómo es ese chaval… tan pronto aparece y desaparece como si nada… —Alfonso bajó la mirada pasándose una mano por la cara y haciendo pequeños movimientos a izquierda y derecha con su cabeza, sabía lo que vendría ahora.

Antonio se quedó inmóvil, supurando ira por cada poro de su piel, abriendo sus orificios nasales como un búfalo con apnea del sueño. Apartó a Alfonso de un empujón y se sentó en una silla, quitándose las gafas y pasando sus dedos índice y pulgar por sus hundidos ojos, menos amenazantes ahora que no contaban con el efecto lupa de esos cristales de culo de vaso.

—Alfonso, te voy a decir una cosa, si antes de mañana, tú, Matías, Miguel, o quién cojones quiera, no os habéis hecho con Pedro, te aseguro que el marrón, porque te aseguro que habrá marrón, os lo vais a comer vosotros solitos, así que ya puedes decirle a tu mujer que no te espere despierta, porque te vas a pasar los próximos días rastreando hasta la última alcantarilla de esta asquerosa ciudad. Ya puedes ir a decírselo al resto, de mi parte, y ahora lárgate, tengo que hacer unas llamadas.

Me siento la persona más horrible del mundo, un auténtico monstruo, si tuviera el valor suficiente dejaría a Carla y a la niña, cambiaría de vida, antes de que todo esto explote, porque terminará por explotar.

Mercedes se pasó la mañana entera limpiando las juntas del suelo de la cocina y del baño, como una posesa, arrodillada en el suelo, frotando compulsivamente hasta dejar el espacio entre baldosa y baldosa casi vacío, mierda de estropajos que su marido le compraba, aparte de dejarse las uñas no

limpiaban ni la mitad de bien que esos que anunciaban por televisión. Luego siguió con la nevera, sacó todo lo que había dentro, con lo que llenó el banco entero de la cocina y el asiento de dos sillas que tenía ya preparadas con vistas. La lámpara del salón casi le cuesta la vida, se aúpo a una silla y de puntillas trató de descolgarla, en ese momento no se acordó de que las decenas de cristalitos que formaban esa especie de campana no es que fueran precisamente ligeros, ni tampoco que las bombillas, se encienden porque hay unos cables que las conectan a la red eléctrica. Al segundo estirón una de sus zapatillas de andar por casa se le torció y su espalda acabó en el suelo como un saco de patatas. Maldita gravedad.

Tocaba limpieza general, siempre lo hacía como terapia para impedir que sus nervios acabaran por tirarla por la ventana. Diego no había ido a dormir a casa, y lo que es peor, no le había dicho ni una palabra. El colmo, esto era el colmo de los insultos. Cuando volviera se lo contaría todo, pero no de la forma que tenía pensada días atrás, cuando trató de hablar con él y no le hizo el más mínimo caso, no, se lo diría de la forma más dolorosa, humillante y denigrante de la que fuera que capaz, porque entre él y su marido la estaban volviendo completamente loca, habían arruinado su vida, ella valía para mucho más, no para fregar suelos ni para pasarse todo el día en la cocina, no, ellos no sabían quién era ella, estaban muy equivocados si pensaban que se iba a quedar de brazos cruzados viendo como ellos hacían su vida dejándola totalmente de lado como si fuese un estorbo, como si fuese menos que ellos. En algo tenía razón el parásito de Ramón, ese cabrón se iría de casa, había llegado la hora, y si no volvía nunca mejor, luego ya vería la forma de deshacerse del engendro que tenía por marido.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido Diego? —Mercedes salió al acecho en cuanto escuchó a su hijo entrar por la puerta, su marido estaba claro que no podía ser, a esa hora el bar de la esquina todavía estaba abierto.

—Ah, hola mamá, perdona pero es que ayer estuve haciendo un trabajo en casa de Ariel y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde para llamar, al final me quedé allí a dormir, en su casa tienen una habitación para invitados. —Diego hablaba sin dejar de caminar, tenía prisa, su madre lo siguió primero hasta el baño y después hasta su habitación, si en ese momento Diego se hubiese tirado por la ventana de un séptimo piso Mercedes se hubiese tirado detrás de él, pidiéndole explicaciones mientras se precipitaban al vacío.

—¿Y se puede saber dónde crees que vas ahora? —dijo Mercedes parapetándose en la puerta de su habitación para impedir que saliera otra vez,

estaba totalmente desquiciada, su descuidada imagen amenazaba tormenta, el delantal que llevaba puesto había adquirido diferentes tonalidades de suciedad que iban desde el blanco roto hasta el marrón oscuro, las mangas arremangadas hasta los codos y el pelo tan aceitoso que si en ese momento alguien hubiese dejado caer una cerilla encendida sobre su cabeza esta habría prendido de inmediato como una antorcha humana.

—Tengo que ir a clase mamá —dijo Diego mientras metía un par de libros en la misma mochila que llevaba desde el día que se la regalaron cuando empezó el instituto.

—Por mí como si tienes una reunión con el Papa, siéntate ahora mismo, tenemos que hablar. —Su casi imperceptible labio inferior temblaba como la boca de un globo cuando se está desinflando, no amenazaba tormenta, amenazaba un terremoto.

—Mamá… tengo que irme ya de verdad… te prometo que cuando salga de clase hablaremos de lo que tú quieras, pero en serio si no salgo ya de casa voy a llegar tarde… —Diego había aprendido que la mejor forma de evitar una guerra con su madre era mantenerse totalmente indiferente ante cada una de sus provocaciones, como si en lugar de gritarle o insultarle le estuviese diciendo lo mucho que le quería o lo buen hijo que era.

—Diego, que te sientes ahora mismo he dicho.

—Está bien mamá, tú dirás. —No lo podía evitar, esa mujer se había propuesto inyectar de odio y de agresividad cada día de su vida.

Mercedes lo miró fijamente unos segundos, con el ceño fruncido y una mueca en la cara como si estuviese oliendo a mierda, puso sus manos sobre los hombros de su hijo y tragó saliva.

—Diego, escúchame bien, tu padre y yo hace tiempo que queremos decirte algo, y creo que ha llegado el momento. —Hace unas horas se lo habría dejado escrito en letras gigantes en la puerta de casa y a la vista de todos los vecinos si con ello hubiese conseguido hacerle más daño, pero ahora que lo tenía delante, se le habían ido un poco las ganas de que la sangre llegara al río.

—¿Qué pasa mamá? Me estás preocupando. —Muy mal rollo, algo no iba nada bien.

—Diego. —Una nueva pausa, mirándolo a los ojos con detenimiento, como si estuviese buscando algo perdido allí dentro—. No eres hijo nuestro, eres adoptado Diego, tus verdaderos padres se quitaron la vida, y nosotros te sacamos del cochambroso orfanato en el que vivías —remató su madre con un pequeño vaivén de su cabeza, hacia delante y hacia detrás.

Hay palabras, que por más que las hayas escuchado a la largo de tu vida cientos de veces no comprendes su significado real hasta que las experimentas en primera persona.

Tuvo suficiente, no quiso escuchar más, por mucho que Mercedes tratara de impedírselo y de decirle que la conversación todavía no había terminado.

—¡Diego! —gritó Mercedes cuando Diego estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta de casa—. Te aseguro que si sales por esa puerta no volverás a entrar, eso dalo por hecho, y también puedes estar bien seguro que nadie cuidará de ti ahí fuera.

—Nadie ha cuidado de mí aquí dentro… Mercedes —dijo el nombre de su madre de un modo que parecía que en lugar de Mercedes hubiese dicho «puta».

Salió con la mochila colgada al hombro y sin nada en los bolsillos, las piernas le temblaban, le hubiera gustado esperar, su vida acababa de dar un giro de ciento ochenta grados, poderse aguantar un poco más, estaba completamente solo en el mundo, pero rompió a llorar como nunca antes lo había hecho.

CAPÍTULO 26

LA VERDAD DUELE, LAS MENTIRAS MATAN

Silvia entró en casa sin hacer ruido, empuñando su pistola, caminando de puntillas como había visto tantas veces hacer a su gato Oslo, pegando su espalda a la pared, tratando de no ser un blanco fácil, una cuchillada en los riñones podía resultar fatal, asomándose en cada cuarto con suma cautela, no estaba en la cama, maldita sea, evitando dejar ángulos muertos a su paso, igual que había hecho en más de una ocasión en alguna intervención a un piso franco.

—Buenos días princesa —dijo Pedro desde el otro extremo del pasillo sujetando una taza de café en la mano.

—No te muevas ni un pelo o te juro que disparo —dijo Silvia muy seria apuntándole a la cabeza.

—Hay café recién hecho, ¿quieres que te prepare una taza preciosa? —Su ojo izquierdo todavía estaba medio cerrado, pero sus dos hoyuelos parecía que volvían a estar en su sitio.

Silvia lo estudió con detenimiento durante unos segundos, podía tener un arma escondida, agudizó su oído, podía haber alguien más en la casa.

—Deja esa taza en el suelo, despacio, y pon las manos donde pueda verlas.

—Princesa… pero qué estás haciendo… ¿es que ya no te fías de mí?

—Pedro, haz el favor de hacer lo que te digo. ¿Es que acaso puede alguien fiarse de su secuestrador hijo de puta?

—Está bien… como tú quieras. —Dejó la taza en el suelo con gestos de dolor al doblar su rodilla izquierda y levantó las manos a ambos lados de su cabeza.

Silvia se acercó a él con lentitud, empuñando la pistola con su mano derecha.

—Ahora date la vuelta.

Pedro se dio la vuelta despacio, con una pequeña sonrisa, como el que se ofrece de voluntario en el espectáculo de uno de esos ilusionistas que nos hacen pensar por unas milésimas de segundo que la magia de verdad existe.

—Muchas gracias por cierto, que no te he dicho nada, por cuidar de mi… me has salvado la vida… —dijo Pedro mientras ella procedía a un rápido cacheo por tronco, cintura y piernas.

—Pues cállate de una vez si no quieres que me arrepienta.

—¿Ya está? ¿Puedo darme la vuelta?

—Sí —dijo Silvia muy seria mientras guardaba su pistola. Sabes…

—Princesa… esto no va a funcionar si no empiezas a confiar en mi.

—Lo siento… pero no esperaba que estuvieras levantado —dijo Silvia tratando de tranquilizarse—. ¿Cómo te encuentras?, tenemos que ponernos en marcha cuanto antes, imagino que no te has enterado, pero han encontrado el cuerpo de otra chica muerta, mismo procedimiento, tortura extrema y violación múltiple.

—Oh, vaya, no sabes cuánto lo siento, he estado pensando en una serie de cosas que me gustaría comentarte, si te parece bien claro…

—Pedro, antes de nada me gustaría dejarte clara una cosa, por si no te has dado cuenta, que me parece que no, pero no se me ha olvidado nada de lo que has hecho ni la clase de monstruo que eres, y si por alguna de aquellas esto sale medio bien, te aseguro que no vas a salir indemne de esta, eso lo entiendes ¿verdad Pedro? —dijo mirándolo con los ojos muy abiertos.

Pedro contestó con una de sus mejores sonrisas, se dio la vuelta y entró en la cocina.

—¿A dónde crees que vas? —dijo Silvia tras él.

—A mí también me gustaría dejarte clara una cosa —dijo Pedro con su espalda pegada al banco de la cocina y sus manos detrás de esta—, por si tampoco te habías dado cuenta, ya te dije que yo ya estoy medio muerto entiendes… no me importa demasiado mi vida o lo que quieras hacer conmigo sabes… y si ahora estoy aquí contigo y no me he largado es porque así lo quiero, yo solo quiero que a esa carita tan linda que tienes nadie le haga daño… pero me gustaría que antes de que todo esto termine confiaras un poco más en mi sabes… sé perfectamente qué he hecho y quién soy, pero estaría bien que dejaras de repetírmelo a cada momento —dijo Pedro mientras sacaba un cuchillo de un cajón.

—¿Qué estás haciendo Pedro? ¡Suelta ese cuchillo ahora mismo! —dijo Silvia tratando de sacar su pistola nuevamente.

—No te preocupes princesa, yo nunca te haría daño, solo quiero que veas que no me importa morir… y más si es por ti… pero ya veo que no siempre basta con unas cuantas palabras, mira… ¿ves? —dijo Pedro mientras se hacía un profundo y largo tajo a lo largo de su muñeca izquierda.

La sangre empezó a brotar con fuerza de su muñeca formando un enorme charco en el suelo en muy poco tiempo, salía a pequeñas oleadas, una por cada latido.

—¡¿Pero qué has hecho idiota?! —Silvia corrió a por un trapo para ponérselo rápidamente en la muñeca—. ¡Eres estúpido Pedro! —dijo mientras le caía sin poder evitarlo una lágrima—. ¡Sujeta esto con fuerza!

—Te he dicho ya que eres realmente hermosa verdad Silvia… —Pedro estaba dando muestras de debilidad, sus ojos se entrecerraban como los de alguien que está a punto de dormirse, el corte era muy grande como para taparlo con ese trapo, la sangre no paraba de salir—. No llores por favor princesa… a mí ya sabes que esto me importa bien poco… pero no me gusta nada verte así…

—¡Calla de una vez y ayúdame con esto! —dijo tratando de parar la hemorragia, viendo cómo una vida se le escapaba entre los dedos—. ¿Por qué has hecho eso? ¡Eres tonto! —dijo como una niña pequeña a la que le han robado la pelota sin poder ocultar ya las lágrimas que le caían por sus sonrosadas mejillas.

—¿Has estado alguna vez en una de esas gigantescas norias desde donde puedes ver toda la ciudad?, dando vueltas sin parar, yo nunca he subido a ninguna, pero imagino que uno debe sentirse allí arriba como yo me siento ahora…

—¡¿Quieres callarte de una vez?!

—Tampoco pasa nada si yo me voy preciosa… te he dejado en una hoja todo lo que debes saber… mi vida no ha sido más que un error Silvia… no te preocupes princesa… deja que me vaya anda… bastante daño he hecho ya. —Su voz era cada vez más débil, cerraba los ojos como el que se deja caer de un avión sin saber si esta vez su paracaídas se abrirá.

Silvia lo miraba con las lágrimas brotando de sus ojos como hacía mucho tiempo que no lo habían hecho, no sabía que ver a alguien quitarse la vida de esa manera pudiera ser tan doloroso, en ese momento olvidó quién era el que se desangraba en el suelo de su cocina, y deseó abrazarlo, y decirle que no se muriera, que no se rindiera, y que todo iba a salir bien, que aún podía hacer algo honorable con su vida, pero estaba demasiado afanada en presionar su brazo como para poder decir una sola palabra más, en ese momento, deseó por un instante, poderle perdonar todo lo que había hecho, decirle que la vida era una completa estupidez, pero que estar muerto era una verdadera mierda.

No entiendo cómo puede ser que en el trabajo no sospechen nada, no sé si es que son tontos o se lo hacen, porque en los últimos días me he expuesto demasiado, no sé cómo no han podido verme, estoy delante de sus narices y no me ven.

Diego estuvo vagando por la ciudad sin rumbo fijo, el golpe había sido muy duro, demasiado, no podía pensar con claridad, tan solo veía esos labios embebidos y bipolares de su madre diciendo eso que su cabeza no paraba de repetir, que no se cansaba de recordarle, como una de esas canciones que sin saber muy bien por qué se te mete de buena mañana en algún lugar de tu cerebro y no para de sonar en todo el día, aunque la detestes con toda tu alma. No tenía dónde ir, no quería que Ariel lo viera así, completamente deshecho, un desgraciado al que no lo querían ni sus propios padres, aunque fueran adoptivos, un saco de miedos y de desgracias, tampoco pensaba que lo hubiera hecho tan mal en su vida como para no tener a nadie a quién aferrarse. Pero lo cierto es que sus padres se habían quitado la vida, eso lo atormentaba, dejándolo solo en el mundo, en este podrido mundo, a su suerte, todavía no podía creer que fuera cierto, se preguntaba por qué hicieron una cosa tan horrible, y si lo hicieron por su culpa, porque no lo deseaban, ahora mismo no podía imaginar peor desdicha que la suya, sus tíos no eran sus tíos, su casa ya nunca más sería su casa ni nunca lo había sido, toda su vida no era más que una mentira detrás de otra. Esto no era un ningún sueño, era su vida real, al menos ahora podía encontrarle algún sentido al poco apego de su padre, a la mala madre que nunca lo quiso, y eso ya era un principio.

El cauce del rio aparecía medio vacío a esas horas de la tarde, era un buen lugar para estar solo, para pensar, o para no tener que hacerlo, la gente normal se retiraba a sus hogares a preparar la cena o a pasar un rato en familia, los coches se saltaban los semáforos medio en rojo para no tener que pasar ni un minuto más en esas calles desagradecidas, violentas y envilecidas, donde ni los gatos aprovechaban la falta de movimiento para pescar en río revuelto, donde los peatones cruzaban los pasos de cebra sin mirar o una mujer corría empujando un carrito de bebé para no tener que perder ese autobús, aunque cualquier tropiezo supusiera salir por los aires, ella, su bebé o su vida entera.

Nunca antes había recorrido el cauce del río de punta a punta, nunca pensó que ese trayecto pudiera ser tan corto, le hubiera gustado recordar algún lugar en el que albergara algún recuerdo bonito, pero en su cabeza solo había lugar para la tristeza. Estuvo callejeando por el centro de la ciudad, con las

manos en los bolsillos, con la cabeza mirando la punta de sus pies, siguiendo únicamente aquella dirección en la que no se escucharan voces ni ningún otro sonido de procedencia humana, se sentía como una de esas ratas de laboratorio metidas y mentidas en un laberinto, observadas, tratando de escapar, de una rueda sin fin, intentando buscar una salida sabiendo de antemano que las salidas, a veces, solo existen cuando uno las crea.

Un grito lejano y gravoso lo sacó de su catártico estado.

—¡Coño Diego! ¡Cuánto tiempo tío! —En la acera de enfrente un chico alto y esmirriado abría los brazos desde la puerta de un bar junto a algunas personas más sosteniendo un cigarrillo en una mano y una cerveza en la otra, era el Tirillas, lo reconoció al instante, a su cabeza de pajarillo moviendo su picuda boca como un gorrión famélico.

—¿Rubén? —dijo Diego para no tener que decir el nombre por el que todos lo conocían en el instituto.

—¡Ven aquí anda! Y déjate de hostias y llámame Tirillas ¡coño! —Se acercó a Diego con los brazos abiertos que hacía lo propio cruzando la calle desde la otra acera.

—Vaya Tirillas, cuánto tiempo, ¿cómo estás? —dijo Diego tratando de que no se le notara tanto su abatimiento.

—Joder tío de puta madre, ¿y tú qué tal? No te lo vas a creer pero el otro día estuvimos Luis y yo preguntándonos qué habría sido de ti, te acuerdas de Luis ¿no? —El tufo a tabaco y a cerveza que desprendía el Tirillas de repente le resultó increíblemente entrañable.

—Sí claro, Luis Ber.

—Joder nano no sabes cuánto me alegra verte —dijo con una enorme sonrisa que no hacía más que acentuar más si cabe los rasgos de su huesuda cara—. ¿Qué te cuentas tío? ¿Qué es de tu vida?

Diego nunca había sabido a qué se refería la gente cuando le preguntaban que qué era de su vida, ¿que qué me cuento?, no sabía si empezar desde el último día en que se vieron, si se preocupaban por su estado de salud o si hacerles un breve y rápido resumen de lo que era su día a día.

—Pues nada del otro mundo la verdad… estudiando Bellas Artes supongo. —Decir que estaba estudiando solía funcionar para responder a casi todo.

—¿Qué? Joder tío lo sabía coño, lo sabía, estaba seguro de que llegarías lejos… madre mía cuando se lo cuente a Luis, va a alucinar, precisamente el otro día estuvimos recordando lo de puta madre que se te daba dibujar, que flipe tío. —El Tirillas miraba a Diego con tal entusiasmo y alegría que las

fuertes palmadas que con cada frase le daba en su hombro le parecieron caricias.

—Bueno ¿y tú qué tal?

—Currando mogollón tío, en la obra, pero no me quejo, me da de sobra para pagarme mis vicios y alguna que otra fiesta de vez en cuando, oye tío, ¿en serio estás bien?, te noto un poco tristón —dijo frunciendo el ceño.

—Sí bueno… ya sabes… problemas en casa… pero no te preocupes… nada del otro mundo.

Diego no pudo evitar bajar la mirada, se lo hubiera notado, a poco que se fijara, que había estado llorando.

—Joder tío cuánto lo siento, ¿pero ha sido gorda la bronca?

—No, bueno sí, un poco, bastante, mi madre me ha echado de casa. —Para qué más mentiras.

—¡Hostia puta! —Al Tirillas se le escapó una pequeña sonrisa más cercana a la admiración que a otra cosa, en su código callejero que te echaran de casa solo podía significar o que eras un buscavidas de los de verdad o que eras un chico malo, muy malo, y eso ya era un punto de respeto—. Qué movida tío, pero tú no te preocupes que eso lo arreglamos ahora mismo con unas cervezas, vamos dentro y te presento a unos colegas.

A Diego le dio por recordar la forma en que su madre cortó de raíz cualquier tipo de relación que pudo llegar a tener con el Tirillas y con Luis Ber, cualquier germen de amistad que pudieron llegar a plantar en los dos años que compartieron clase en el instituto y en las tres o cuatro veces que salieron de fiesta. El día que su madre los vio aparecer por casa, el único día, después de verles la cara, le dejó bien claro que no volvería salir con esos chicos, que no eran una buena influencia, y que si se juntaba con gente como esa al final acabaría siendo lo mismo que ellos, es decir, nada. El Tirillas y Luis Ber podían dar la impresión a simple vista de no ser los yernos perfectos, tampoco fueron alumnos modélicos, pero recordaba a la perfección cómo le ofrecieron su compañía cuando nadie más se interesó por él, cuánto se empeñaron en sacarlo de casa cuando ni él tenía ganas, su madre ya se había encargado de arrebatárselas.

Lo primero que sintió Diego al entrar al bar de Julián fue una oleada de aire espeso impregnado con un reconocible olor a calamares rebozados, parecía uno de esos bares que no supiesen cocinar otra cosa o que todo lo que cocinasen supiese a calamares.

—Diego te presento a Edo el Gordo, Edo, este es Diego, un colega del insti. —El Tirillas hizo las presentaciones dejándolo solo con ese hombre

sobredimensionado en una minúscula mesa mientras él se empinaba a la barra del bar sonriéndole a la camarera por una ronda de cervezas.

—Qué pasa chaval —dijo Edo abriendo una diminuta boca en medio de su carnosa cara.

—Bien ¿y tú qué tal? —dijo Diego nervioso como un niño en su primer día de colegio.

El Gordo respondió arrugando la frente y expulsando hacia un lado una calada del cigarrillo que entre sus morcilleros dedos parecía más bien una cerilla, sus mofletes color de rosa se inflaron como los de un soplador de vidrio en plena faena. Al Tirillas no se le ocurrió contarle que el estado de ánimo del Gordo estaba íntimamente relacionado con el resultado que el equipo de fútbol del cual era un auténtico fanático había tenido el último partido, si había perdido se pasaba una semana entera malhumorado y no soportaba que nadie le preguntara ni siquiera que cómo estaba, porque era obvio que mal, por el contrario, si su equipo había ganado, su alegría se desbordaba de tal forma que no entendía por qué los demás no eran capaces de compartir un poco su felicidad, solo un poco. A veces resultaba difícil saber llevar al Gordo.

—Toma Edo, aquí tienes Diego —dijo el Tirillas dejando dos botellines de cerveza en la mesa mientras frotaba con una servilleta de papel la cabeza del botellín que tenía entre las manos—, Edo, ¿sabes que mi colega Diego dibuja de puta madre?, lo digo porque a lo mejor podría ayudarte con la portada de tu disco, ¿tú qué dices Diego?

—¿Eh?

Diego a estas alturas ya no sabía ni dónde estaba, al menos el Tirillas había conseguido que se olvidara durante un rato de su depresión.

—¿Sabes dibujar chaval?, tiene que ser algo guay ¿vale? —En su boca la palabra «guay» sonaba como un anglicismo—. Algo que la rompa, a la gente se le entra por el ojo y no por el oído como muchos creen, estoy hasta los huevos de escuchar a grupos del montón que se han hecho famosos solo porque vestían «guay» y porque las portadas de sus discos tenían algo diferente, tenían personalidad —dijo señalándolo con un dedo—, eso es el *marketing* chaval ¿lo pillas?, o qué te crees ¿que a mí me gusta vestir así? —dijo abriendo sus enormes brazos para que Diego pudiera apreciar bien la gigantesca camiseta que le llegaba casi a la altura de la rodilla con un número 88 en el pecho—, qué, ¿te hace o no? —dijo insuflando humo de la colilla que a duras penas podía sujetar entre sus dedos índice y pulgar.

—Bueno, es posible, al menos puedo intentarlo, quiero decir, vale. —La cerveza estaba consiguiendo que poco a poco no se sintiera tan extraño.

—Di que sí, eres la hostia tío —dijo el Tirillas dando un pequeño golpecito con su cerveza a la de Diego.

—Esto hay que celebrarlo, ¡rubia! ¡Tráete tres cervezas! —gritó el Gordo levantando su botellín mirando a la barra.

—¡Ven tú a por ellas Edo, que no soy tu criada! —gritó aún más fuerte una camarera rubia desde el otro lado de la barra.

—Joder, siempre me hace lo mismo, enseguida vuelvo.

—Oye Diego, que estaba pensando yo, ¿tienes dónde quedarte esta noche o qué?, lo digo porque mi madre estará encantada de recibirte tío, le flipa que lleve amigos a casa, no sé, sobre todo si es gente guay como tú, qué, ¿te hace o no? —Todo un detalle por parte del Tirillas.

—Pues no sé Tirillas, la verdad es que llevo toda la tarde hecho un lío y aún no había pensado en eso —dijo Diego cabizbajo.

—Pues no se hable más, nos acabamos esta ronda y nos largamos a mi casa, ya verás lo contenta que se pone mi madre cuando te vea.

—Tirillas… —dijo Diego evitando mirarlo directamente a los ojos, en el fondo no podía dejar de sentirse avergonzado por la forma en la que se apartó de él, por la forma en la que se distanciaron, como si el Tirillas fuese un apestado del que hubiera tenido que evitar cualquier tipo de contacto para no contagiarse.

—¿Qué? —dijo el Tirillas estirando el cuello para intentar meter su cabeza dentro del campo visual de Diego, que tenía la vista puesta en la cerveza que sujetaba.

—Gracias —dijo Diego mirándolo con los ojos humedecidos.

—Coño Diego… no me des las gracias… ¿para qué están los amigos eh? ¿Para qué? Te voy a decir una cosa, aunque hace tiempo que no nos vemos yo nunca me he olvidado de ti ¿sabes?, y eso para mí significa que eres mi amigo ¿entiendes?, mi amigo —dijo mientras se daba pequeños golpecitos con su dedo índice en el pecho.

—No, de verdad, te lo agradezco Tirillas, no sabes cuánto.

—Venga vámonos ya coño, que al final me vas a hacer llorar —dijo el Tirillas dándole una sonora palmada en el hombro.

Ese día Diego apenas durmió, no fue porque el Tirillas y su familia no fueron hospitalarios, todo lo contrario, lo trataron mejor de lo que lo habían hecho en su casa en toda su vida. Pero podía sentir que algo nuevo había nacido en su interior, no derramó ni una lágrima más, su madre ya no le haría

más daño, y por primera vez en mucho tiempo, a pesar de no saber qué sería de su vida ni cómo se las apañaría, pensó, que a lo mejor, mañana, las cosas mejorarían, que mañana sería otro día, el primero de su vida.

®

EL LICOR

Un grupo de mujeres vestían insinuantes prendas vaporosas mientras brindaban con sus copas, decían que ese licor tenía un largo sabor y que la botella era más larga que ninguna otra, durante todo el anuncio hacían especial hincapié en la palabra «larga» antes o después de la palabra «disfrutar», abriendo mucho la boca, gesticulando como alguien que está impartiendo una clase de fonemas, sonriendo como si estuviesen haciendo alguna travesura.

®

Alfonso Cobo estuvo toda la tarde recorriendo cada rincón de la ciudad buscando a Pedro, cigarro a cigarro, haciendo preguntas en bares decentes o indecentes, lo mismo daba, copa tras copa, tratando de levantarse el ánimo, escuchando conversaciones de forma desinteresada. También estuvo dos veces en el piso en el que Pedro vivía alquilado, allí no había nadie ni nada de lo que poder tirar para llegar hasta él, aun así le dejó una nota encima de la mesa por si alguna de aquellas volvía, «llámame en cuanto veas esto, es importante, sea la hora que sea. Alfonso». Si antes del viernes por la noche no habían dado con él tendría un problema, Antonio Salcedo se lo había dejado claro como el agua cristalina, y ese hombre le infundía verdadero terror, no se andaba con medias tintas, y ese marrón, lo tenía más que claro, al final, se lo acabaría comiendo él. Porque no tenía ninguna duda de que ni Miguel ni Matías o Ernesto moverían un solo dedo por encontrarlo, demasiado orgullosos para ensuciarse las manos callejeando, y porque sus cabezas, aunque responsables de esto, pesaban mucho más que la suya, y puestos a soltar algún hachazo, él se llevaría el primero, así era como funcionaba la jerarquía.

Al menos tuvo algo de suerte al acabar el día, cuando decidió pasarse por aquel bar en el que se decía que habían montado una especie de comando vecinal o algo así, aunque tampoco lo tenía claro del todo, para dar con los

responsables de esos espantosos crímenes que llevaban varios meses aterrorizando la ciudad, o sea, con ellos. Por lo visto el dueño era el padre de una de las chicas que habían encontrado, Noelia Salgado o ¿era Andrea Hernández?, qué más daba, y estaba reclutando a chavales y familiares encolerizados, recabando pruebas y demás, como si fueran una especie de comisaría de policía clandestina y él fuese el inspector jefe. Estaba sentado en el rincón más oscuro de la barra de ese maloliente bar a punto de matar su séptima copa de coñac del día cuando de repente vio entrar por la puerta al chaval ese que vio hablando con la doctora Rueda, al tal Diego de los cojones, «con que no le habías dicho nada eh hija de puta, y ¿qué cojones hace este precisamente aquí? ya hablaremos tú y yo luego maldita puta». Al final iba a ser verdad que tenía instinto para estas cosas, porque aunque no se cansara de repetirlo, en el fondo no se lo creía ni él, pero la vida le había enseñado que las casualidades no existen, y que si ese chaval había llegado hasta ese bar, era porque sabía algo, porque había venido a largarle algo por esa boquita de niño bueno al Charles Bronson versión española, «ya hablaremos tu y yo Diego, que no te quepa ninguna duda, y ya veremos qué hacemos con tu amiguita, porque si tú sabes algo, a lo mejor, lo más probable, es que ella también esté al tanto de todo, la cosa se complica Antonio, pero no te preocupes, que Alfonso Cobo se ocupará de todo».

CAPÍTULO 27

TONI “MR. T” EXPÓSITO

Toni Expósito no conoció a sus padres, apareció una fría noche de invierno envuelto en una sábana que apenas lo tapaba en la puerta del centro de acogida San Francisco Javier, abandonado a su suerte cuando tan solo contaba unos meses de vida.

La vida no siempre fue sencilla en aquel “colegio”. Los niños estaban a una parte, las niñas a la otra, y más allá, el llamado reformatorio. Aquello parecía un pueblo, para el que nunca había visto uno de verdad, el mundo, para el que no tenía a nadie allí afuera que lo esperara cuando llegara el día que le cerrasen las puertas. Había edificios de una planta, de dos plantas, pequeñas calles y callejones, un par de plazas, una fuente, puentes que comunicaban unas partes con otras, incluso pasadizos subterráneos por los que esconderse, cuando algún celador se ponía especialmente violento y parecía que le iba la vida en darles alcance a un par de críos que habían cogido un puñado de cacahuetes, por los que huir, cuando las palabras dejaban de ser palabras y pasaban a ser puñetazos, de las bandas de tres o de cuatro, de las monjas siempre ofendidas y de manos anchas.

Pero Toni nunca fue alguien fácil de doblegar, aunque sí de provocar. A veces los días eran tan aburridos que a algunos les daba por armar bronca, por buscar pelea, y Toni siempre estaba dispuesto, aunque fueran tres los que tuviera delante, aunque tuviera claro que la única camisa medio decente que tenía para el domingo de fiesta acabaría hecha trizas. Porque en ese lugar, más que en ningún otro, los domingos eran días de fiesta. Algunos recibían la visita de su padre, o de su madre, o de algún familiar cercano, pero no todos tenían esa suerte. Aunque las comidas y excursiones mixtas tampoco estaban nada mal. Las niñas se engalanaban a conciencia y repartían dulces miradas mientras deshojaban margaritas o lo que fuera que tuvieran entre las manos, la cuestión era tenerlas ocupadas en algo, los niños se daban codazos cuando una de las niñas dirigía hacia ellos una mirada desinteresada, tropezaban unos con otros cuando alguna se acercaba para preguntar por un nombre en particular, incluso se peleaban por tener el derecho preferencial a cortejar a la más guapa de aquel pequeño grupo de cuatro, aunque después no se atreviera

a decirle ni media palabra y tuviera que estar sorbiendo sangre de su nariz el resto de la tarde.

Aquellos años ya eran historia, pero Toni no olvidaba, los recuerdos de la infancia los llevaba uno bien adentro, y los pocos amigos que allí hizo eran para él la única familia que nunca tuvo, y las múltiples heridas que él mismo se desinfectó con su propia orina para que las monjas no le hicieran una todavía mayor si se atrevía a pedir que se las curasen parecían no sanar nunca, como tampoco la impotencia y la terrible sensación de soledad cuando adoptaron a algún amigo, como por ejemplo a “los hermanos”, primero se llevaron a uno y tiempo después al otro, él creyó que nunca lo superaría, en realidad nunca lo hizo, porque el que se marchaba ya nunca volvía. Nunca se quitó de la cabeza las veces que vio morir a más de uno en mitad de la noche entre débiles jadeos y la fiebre por las nubes, el resto parecía estar contando las respiraciones que le quedaban antes de dejar de hacerlo para siempre, como una cuenta atrás despiadada y mortal, porque allí solo había medicinas para el que se estuviera muriendo y el que se estaba muriendo era un cuentista.

Pero Toni «Mr. T» era diferente al resto, él lo sabía, los demás lo supieron, y la última venta de armas que había hecho había dejado sus arcas llenas, ahora solo era cuestión de mover un poco el dinero, invertir bien, «el dinero llama dinero», y él creía tener claro cómo hacerlo. Porque la historia de su vida la escribiría él mismo, no su pasado, aunque todos esos pecados que las monjas se encargaron de embutir en su cabeza día tras día lo embistieran cada noche, él lo tenía controlado, trabajaría un poco más y después lo dejaría, lo suficiente para poder pagarse una vida decente, una casa, a ser posible con jardín, un buen coche, o que al menos tuviese dirección asistida y aire acondicionado, unos buenos electrodomésticos, de esos electrónicos que decían trabajar por ti, un buen perfume, de los que les gustaban a las mujeres que vestían elegantes trajes con minifalda y tenían esas piernas interminables y con tacones, por supuesto, siempre con tacones, una ropa bonita, como la que anunciaban por televisión y que todo el mundo reconocía el logo de la marca, un peinado a la moda, eso ya lo tenía, y una mujer hermosa, la más hermosa que pudiera encontrar, porque en todo aquello residía la felicidad que nunca tuvo, ¿no?

CAPÍTULO 28

A LO MEJOR ERA UN TUMOR EN LA CABEZA

Ariel se durmió con dificultad la noche anterior, al principio no le dio demasiada importancia, pero después de llamar por segunda vez a casa de Diego y recibir la misma contestación por parte de su madre se empezó a preocupar, no era muy normal en él no estar en casa a esas horas de la noche, y la forma en la que le habló su madre reafirmó su impresión de que algo no iba bien, aparte de pedirle, eso sí, amablemente, que por favor no volviera a llamar más a esa casa. No podría explicarlo bien, no sabía si en realidad fue algo verdadero o es que se había vuelto una de esas novias posesivas que no soportaban la incertidumbre de no tener bajo control a su novio en todo momento, pero cuando la madre de Diego le colgó el teléfono sintió una punzada en el pecho que le hizo pensar que algo malo había pasado.

La preocupación era una cosa inútil, una de las mayores y más perniciosas pérdidas de tiempo que alguien en su vida pudiera llegar a experimentar, sobre todo cuando el origen de dicha preocupación era algo que existía única y exclusivamente en nuestra cabeza. «Estar preocupado, Ariel, es en sí mismo una gran estupidez, sobre todo cuando uno le coge el vicio a esa mala costumbre, déjame que te explique, que la propia palabra lo dice, del latín, *ocupación previa o anticipada*, no puedes, o mejor dicho no podemos dedicarnos a ocupar nuestra mente con pensamientos negativos sobre algo que todavía no ha pasado, sobre algo que no sabemos si pasará, créeme, deshazte de tus preocupaciones y será el primer paso hacia tu libertad, hacia tu independencia emocional». Puede que Eduardo Bas no fuera tan mal psicólogo después de todo, pero en su día, cuando sus padres insistieron en que recibiera ayuda profesional, recordaba haberlo odiado con todas sus fuerzas, qué sabría él lo que se sentía al ser violada, él no era mujer, y por mucho que se empeñara en buscar razonamientos y explicaciones lógicas a lo que en esa época pasaba por su mente nunca podría llegar a entender que lo que ella deseaba en aquellos tiempos no era sentirse bien o recuperarse, ella lo que quería era sentirse mal, todo lo mal que pudiera, y le molestaba tremendamente que alguien tratara de evitarlo.

Por eso cuando ese estado de zozobra y ansiedad regresaba, a veces, le costaba saber con seguridad si esta vez tenía razones reales para estar preocupada o si no era más que un bostezo de esa vieja adicción suya que reclamaba su atención de tanto en tanto, en cualquier caso, en eso tenía razón Eduardo Bas, no ganaba nada empleando su tiempo en adelantar acontecimientos, mañana sería otro día, y mañana vería a Diego, ese fue el pensamiento que la llevó de la mano a un corto pero reparador sueño.

Silvia pasó la noche en un sillón, en un estado constante de duermevela, qué cómodo era aquel sillón para descansar o para leer un libro, a los pies de su propia cama, pero que incómodo resultaba pasar la noche en él, observando la débil respiración de Pedro. El tajo que se hizo era uno de los más grandes que había visto nunca, qué estupidez más grande había hecho, iba desde su muñeca hasta la mitad de su antebrazo, le costó mucho suturarlo, al menos sesenta puntos y no fueron más porque se quedó sin hilo. Menos mal que guardaba ese botiquín tan completo en casa, eso tenía que agradecérselo a Manuel, que fue el que se lo regaló, que fue el que la inscribió en aquel curso de primeros auxilios, recordaba cuánto se enfadó con él en su día, porque si no tendría que haber ido a un hospital, o dejar que se muriera allí mismo, como él le había pedido. De todas formas había perdido mucha sangre, no podría decir cuanta, pero sí los cubos de agua color frambuesa que tiró a la taza del váter cuando trató de recoger el enorme charco pegajoso del suelo de su cocina, no sabía si esa herida necesitaba una transfusión, si ese cuerpo reclamaba un gotero, hasta ahí no llegaban sus conocimientos, pero al menos seguía respirando y la herida parecía bien cerrada, algo bien habría hecho.

No se reconocía a sí misma, odiaba las injusticias y odiaba a las personas como Pedro más que a nada en el mundo, había pasado horas y horas de su vida imaginando qué haría si alguna vez se topaba a solas con uno de esos monstruos como el que ahora tenía durmiendo en su cama, y siempre, siempre, había terminado por despedazarlos, les había vaciado cargadores enteros, despellejado vivos, cortado en trocitos con una sierra, roto las piernas a palazos, o los dedos de la mano, o la nariz y los dientes contra un lavabo. Por eso no podía entender cómo a la hora de la verdad había podido comportarse de esa forma. «¿Qué te pasa Silvia? ¿Necesitas ayuda? Sabes que esto te pasa porque eres mujer ¿no?, acuérdate de lo que decía el viejo inspector Calero, ahora te acuerdas ¿no? que las mujeres eráis unas débiles y que vuestro lado femenino os impediría siempre llegar hasta ese punto al que

solo un hombre podía, llegar a ser grandes policías», cómo se había desmoronado cuando rompió a llorar como una niña.

«No has estado a la altura, y puede que nunca puedas llegar a estarlo, lo mejor será que te vayas buscando otro trabajo», pero había llegado a una conclusión, después ya tendría tiempo para pensar y para reorganizar su vida, si es que quedaba algo de ella, confiaría en Pedro, mientras todo esto durase, lo trataría como a un igual, no como al despojo humano que era, porque en eso él tenía razón, si no empezaba a confiar en él lo que tenía en mente no iba a funcionar, porque de él dependía todo, porque no tenía a nadie más.

Otra vez, esa voz, esa sonrisa inmortal, la sacó de sus pensamientos.

—Buenos días princesa.

—Buenos días Pedro, ¿cómo te encuentras? —preguntó Silvia tratando de permanecer imperturbable.

—Ahora bien —dijo con esa sonrisa de niño bueno que ha fingido tener dolor de estómago para no ir al colegio—, he soñado contigo sabes… por eso es que estoy aquí… viendo otra vez esa carita tan linda que tienes… porque en mi sueño tú necesitabas mi ayuda…

—Ten, bebe un poco de agua anda, necesitas recuperar líquidos cuanto antes. —Silvia le tendió un vaso de agua que tenía preparado en la mesilla de noche.

—Y yo… en mi sueño… te salvaba… por eso he vuelto… porque tengo que salvarte… ¿crees en los sueños Silvia? porque yo sí creo…

—Descansa un poco ahora Pedro, has perdido mucha sangre, necesitas recuperar fuerzas, yo voy a preparar algo de comer.

Silvia se levantó sin poder evitar que se le escapara una media sonrisa viendo la veneración con la que Pedro observaba todos su movimientos, como cuando una madre no quiere que su hijo le note que se le está pasando el enfado, porque cree que todavía debería continuar estándolo.

Ya está, lo tengo decidido, voy a dejar a Carla, no la soporto, siempre llorando, siempre rechazándome, no sé qué es lo que quiere, se lo he dado todo, arriesgo mi vida cada día y parece que nunca es suficiente, es estúpida, débil y encima ha engordado bastantes kilos.

—He visto a esos tíos Julián, con el coche pasar los hijos de puta.

—¿Qué tíos Rubia? ¿A qué tíos has visto? —Sus cansados párpados se abrían y cerraban como los de una tortuga octogenaria.

—Al de la corbatita, ese de espalda estrecha que siempre está bien peinado con la raya a un lado, y al otro también, al que estuvo ayer aquí toda la puta tarde, ese con la piel aceitunada y la mirada esa de párpado caído. —La Rubia le informaba de todo cuanto oía o veía que pudiera resultarle de interés a Julián para la investigación que estaba llevando a cabo.

—Todavía no sabemos con seguridad si tienen algo que ver Rubia…

—¿Cómo que no? ¿Y qué se les ha perdido por aquí a esa gente Julián? Ya es la tercera o cuarta vez que pasan en la última semana, y siempre con las mismas miradas.

—Bien… y dices que ¿han pasado por aquí? —preguntaba Julián mientras un cigarro se le consumía entre los dedos.

—Por la misma puerta, muy despacio, yo estaba tomando un poco el aire y el de la corbatita se me ha quedado mirando a través de la ventana el muy cabrón, necesitamos armas ya Julián, saben que vamos a por ellos, lo saben, a ¿qué esperas? ¿A que vengan aquí y nos maten como a ratas? —Siempre se le hinchaba esa vena en el lado izquierdo de su cuello cuando se alteraba.

—Raquel… lo que no quiero es que os metáis en líos por mi causa… bastante me estáis ayudando ya…

—¿Tu causa? Julián, escúchame bien, tu hija era mi mejor amiga ¿entiendes?, y ellos se la llevaron, y ellos nos la arrebataron, así que lo siento mucho si te molesta pero tu causa también es mi causa. —La Rubia se cruzó de brazos y miró hacia ninguna parte.

—Raquel… mírame. —La Rubia no daba su brazo a torcer—. Mírame anda… cómo podría volver a mirar a tu padre a los ojos si a ti también te pasa algo, ¿te has parado a pensarlo?, te conozco desde que eras un bebé, conozco a tu padre desde antes de que empezara a afeitarse, no podría soportarlo… —A Julián se le notaba a kilómetros que hacía mucho, mucho tiempo que no pegaba ojo, ya no tenía ese brío al hablar, ni esa energía al discutir.

—¿Y tú? ¿Te has parado a pensar que a lo mejor yo también tengo derecho a tomar mis propias decisiones? Es porque soy mujer ¿no?, porque a tu hijo no veo que le hayas puesto ningún reparo… —Otra vez, de brazos cruzados, mirando hacia otra parte, como una niña enfurruñada.

—Está bien Rubia, no quiero discutir más contigo, esta noche los reuniremos a todos y hablaremos ¿de acuerdo?, allí podrás compartir tus opiniones y entre todos decidiremos, ¿te parece bien? —Julián no podía evitar

ver a su hija reflejada en Raquel, se habían pasado la vida juntas, era difícil ver a la una sin la otra, y no quería discutir más con ella.

—Julián…

—Dime…

—Perdona por haberte hablado así, ya sabes que yo… —dijo cogiéndole una mano con los ojos avellanados.

—No pasa nada Raquel, ya sé cuánto querías a Noelia, no te preocupes ahora por eso anda, esta noche hablamos —dijo Julián dándole unas tiernas caricias en su mano y un delicado beso en la frente.

Diego se levantó pronto, a la misma hora que el Tirillas lo hacía cada día para tener que ir a trabajar. Estuvieron desayunando juntos y profundizando un poco más en eso de «qué es de tu vida». Diego le contó la noche anterior la verdad de por qué su madre lo había echado de casa, y que sus padres en realidad no eran sus padres, biológicos, y por un momento pudo ver en los ojos del Tirillas una especie de enrojecimiento, seguido de un exceso de humedad en sus escleróticas. Rubén podía dar la impresión de querer adoptar una imagen de tipo de duro, de chico del barrio curtido entre bares y mil calles, pero por mucho que se esforzara, por poco que uno lo conociera, no podía ocultar el corazón tan grande que tenía, lo buena persona que en realidad era, pura inocencia y bondad. Le dijo que podía quedarse en su casa el tiempo que hiciera falta, que él y su familia estarían más que encantados de acogerlo, y que con él podía contar para lo que fuera, lo que fuera, remarcó.

Luego cada uno siguió su camino, el Tirillas a cargar sacos de cemento y de escombros y Diego a la facultad, tenía que hablar con Ariel, ahora mismo era lo único que le quedaba y no quería perderlo, luego ya se verían, por la tarde, en el bar de Julián, donde estuvieron la noche de antes.

Se sorprendió a si mismo viéndose tan entero, tan seguro de sí mismo, pero fue justo después de haber caído en lo más profundo de su desgracia cuando tomó consciencia plena de su situación, de quién era en realidad y lo que quería hacer con su vida, ahora él tomaría sus propias decisiones, él era su propio dueño, y él sería el que marcase su propio destino, que tenía más claro que nunca que sería junto Ariel, si ella quería claro. Cada una de sus acciones, cada decisión que tomara a partir de ahora, y cada paso que diera, lo haría con la mirada puesta en ese objetivo. Que esa noche no se hubiese despertado en medio de una de sus horribles pesadillas ayudó bastante a fortalecer su autoestima, pensó que quizá, toda esa porquería que su madre

inyectaba cada día en su cabeza fuera la única y verdadera causa de todos sus problemas consigo mismo y con el resto del mundo, y que tal vez, al abandonar ese insano lugar todos sus miedos, frustraciones y demonios internos se quedarían encerrados allí para siempre, con Mercedes y con Ramón.

De camino a la facultad pensó en que quizá debería pasar por su ya antigua casa a coger algunas cosas, las imprescindibles al menos, algo de ropa, sus blocs de dibujos y todos los libros de la facultad, su madre lo había echado, sí, pero sus cosas eran suyas y no le cabía la menor duda de que Mercedes acabaría tirándolas a la basura, si es que no lo había hecho ya. Odiaba referirse a ella todavía mediante esa palabra de la que no era digna, de la que nunca lo fue, Mercedes tan solo era una bruja amargada tan llena de rencor y de ira que, ahora no le quedaba ni la menor duda, acabaría por no soportarse ni ella misma. Pero antes lo hablaría con Ariel, tal vez ella pudiera acompañarlo, o a lo mejor el Tirillas, seguro que estaría encantado, es posible que hasta se apuntara Edo el Gordo, para gritarle en toda la cara a esa demenciada que no estaba solo, todo lo contrario, ahora estaba más y mejor acompañado de lo que lo había estado nunca.

Ariel quedó con su hermana en que irían a cenar a casa de sus tíos, pero en el viejo coche que Alba había heredado, así se irían cuando ellas quisieran, o sea, pronto. Sus padres les habían insistido mucho y no querían hacerles quedar mal, por mucho que a ellas, sobre todo a Ariel, les resultara increíblemente tedioso y aburrido tener que pasar la noche del viernes con sus insoportables tíos y con el mentecato de su primo Carlos, que encima era su cumpleaños y tendrían que fingir ser amables con él. Tal vez cuando viera a Diego y hablara con él, porque estaba segura de que lo vería, le daba una alegría y se animaba a ir con ellas, sus padres lo habían invitado a él también, la otra noche, cuando después del dejémoslo en incidente con Natalia y con su padre pasó la noche en su casa, qué bonita noche, ojalá todas fueran igual.

«Gracias Eduardo Bas, gracias, por tu pensamiento positivo y por todos los buenos consejos que me diste, cuánta razón tenías, sobre lo de perder el tiempo en ocupar la mente con absurdas preocupaciones que no hacían otra cosa que propiciar que las cosas malas pasaran de verdad, qué curioso era el destino, y el orden de la naturaleza, y el funcionamiento de nuestra cabeza, que justo cuando dejabas de pensar en esa incertidumbre que tanto te inquietaba, se resolvía por sí sola. Ya puedo verte Diego, allí estás, justo en el

lugar que esperaba encontrarte, debajo de ese árbol que ha pasado tantas horas observándonos, gracias por estar allí, no te vayas porque ya estoy llegando, y gracias otra vez Eduardo Bas, prometo que si algún día volvemos a encontrarnos te daré las gracias, lo prometo, porque ya ves cómo son las cosas, después de tantas sesiones y de tanto luchar, por tu parte, ahora resulta que varios años más tarde es cuando más me estás ayudando, aunque tú eso es posible que nunca lo sepas, lo siento por lo difícil que te lo puse y lo ingrata que fui contigo, pero si sirve de algo, ahora es cuando puedo decirlo, gracias».

Se fundió en un abrazo con Diego como si hiciera un quinquenio que no se veían, y se besaron como si fuera la primera vez que lo hacían, en la piel, de los labios, deseándose entre suspiros y diciéndose te quiero con las miradas, mirándose con sus caricias y observándose a través de los ojos del otro, qué dulce era el olor a frutas, de ella, qué nobles los sencillos pestañeos, de él, cuando los débiles rayos de sol de la mañana, se quedaban atrapados entre sus cabellos, sobre todo si él frotaba su cara contra su mejilla y ella deslizaba los dedos por su nuca. Te quiero, no hacen falta más palabras.

®

LAS INVERSIONES

Invierta en tesoro público, compre obligaciones del estado, invierta en letras del tesoro, compre bonos del estado. Ese año la crisis económica por la que estaba pasando el país había tocado fondo, las campañas publicitarias para recaudar liquidez eran tan habituales como las del sector del automóvil, que si por ellos fuera nos venderían un coche nuevo cada día, solo que el gobierno utilizaba términos mucho menos elegantes, más directos, imperativos. Luego mostraban a un padre y a un hijo pescando en una especie de lago con forma de charco gigante, se veían de perfil, las enormes cañas de pescar parecían salirles directamente de la bragueta, hablaban de máxima rentabilidad, de beneficio asegurado, de altos porcentajes de interés, hubiera estado bien que contaran también que la moneda estaba siendo devaluada y que cuando decían que invirtieras en realidad estaban diciendo que les dejaras prestado tu dinero, nosotros, al estado.

®

Silvia no le quitó el ojo de encima a Pedro en todo el día, Pedro tampoco le quitó el ojo de encima a Silvia en todo el día, aunque sus ojos, los de él, eran otros. A Silvia no dejaba de llamarle la atención la facilidad con la que ese hombre se recuperaba, en cierta manera lo veía admirable, unos días antes hubiera jurado que tenía la garganta completamente fracturada, que necesitaría un milagro para no morir asfixiado, o sepultado por el dolor, hacía solo unas horas estaba segura que esa herida suya en el brazo podría mandarlo al otro barrio, o al menos si no al otro sí a uno cercano, y sin embargo allí estaba, como si no hubiera pasado nada, o eso parecía porque él no se quejaba de nada, desde luego era lo que se dice muy buen enfermo. Tenía una energía y una fuerza vital fuera de lo normal, «eres realmente difícil de matar Pedro», fue lo que pensó Silvia cuando su piel recuperó su tono normal, tan solo unos minutos después de comer algo, siempre con su sonrisa a punto, desde luego esa gente tuvo un gran acierto al escoger a Pedro para que hiciera aquello que había estado haciendo, y que ahora no le apetecía recordar, porque no podía negarlo más, tenía un encanto especial, lo odiaba con todas sus fuerzas, le aborrecía su sola presencia, y sin embargo allí estaba, cuidando de él, echando de menos sus sonrisas cuando se terminaban.

—Voy a tener que salir princesa… si hoy no me ven el pelo esta gente se va empezar a preocupar entiendes… más de lo que deben estar ya… y cuando digo preocupar quiero decir que se estarán poniendo muy nerviosos… porque si queremos que esto salga bien tienen que volver a confiar en mi sabes… y tiene que ser cuanto antes. —Pedro le hablaba con la mayor educación de la que era capaz, no quería que ella desconfiara otra vez de él.

—Ya lo sé Pedro, pero ¿te ves ya con suficientes fuerzas?, yo creo que por esperar un día más tampoco pasa nada ¿no?, o al menos unas horas, la herida de tu brazo está muy tierna aún, por no hablar de tu rodilla o de tu garganta… —Silvia todavía no había conseguido poder terminar una frase completa mirándolo a los ojos.

—Mis heridas están bien… me veo con las fuerzas necesarias preciosa, y no, no podemos esperar más créeme, conozco a esa gente lo suficiente, y aunque no te lo creas, verte aquí, a mi lado, con esos ojos color de miel que me miran de reojo, hace que se me pasen todos mis males, me pregunto cómo es posible que no tengas pareja… debes de haber tenido al menos un millón de pretendientes…

—A Silvia ya no le molestaban tanto sus piropos, que eran constantes, de hecho en las últimas horas, un par de veces al menos, sintió que se había ruborizado.

—Está bien Pedro, como tú veas, pero quiero que me mantengas informada en todo momento ¿de acuerdo?

—Que no te quepa la menor duda princesa… una cosa Silvia… antes de irme… ¿te importaría que usara tu baño?, me gustaría poderme dar una ducha… ya sabes… no debo de estar muy presentable… pero si no quieres no pasa nada eh… lo entiendo perfectamente.

Silvia se quedó unos segundos pensando, aunque a decir verdad, tampoco sabría decir a ciencia cierta si las fugaces imágenes que pasaban por su cabeza podrían considerarse como pensar.

—Sí sí, claro, por supuesto, no hay problema, tienes toallas en el baño, así que cuando quieras.

—Muchas gracias princesa, eres la mejor persona que he conocido en mi vida —dijo Pedro levantándose a duras penas sin dejar de sonreírle.

—Pedro… —Otro rubor, esta vez más fuerte.

—¿Sí? —dijo Pedro camino del cuarto de baño.

—Si quieres… puedo echarte una mano… con la ducha digo. —No podía creer lo que estaba diciendo, las palabras salieron por su boca sin su permiso, vaya putadas que gasta el subconsciente—. No creo que a esa herida tuya del brazo le vaya demasiado bien que se moje… y tu rodilla tampoco es que se vea muy estable. —Bajando otra vez la mirada, como una quinceañera que se avergüenza.

Pedro se quedó mirando a Silvia unos segundos, ya no quedaba ni rastro de esa mujer agresiva y colérica, qué hermosa la veía, una lágrima se abrió paso entre su vacío lagrimal, nunca pensó que tuviera esa facultad.

—Claro que quiero preciosa, no sé cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mi Silvia.

—Ves yendo al cuarto de baño anda, enseguida voy yo.

Un ligero cosquilleo recorrió el cuerpo de Silvia de arriba a abajo, no podía creer lo que estaba haciendo, lo que le estaba pasando, pero sentía unas ganas irrefrenables de cuidarlo, ahora ya no le quedaba ninguna duda, de tratarlo bien, de darle el cariño que nadie le había dado, debía de ser alguna especie de perturbada o algo así, una enferma mental, a lo mejor era un tumor en la cabeza, o sadomasoquista, o una maníaca, al menos ahora ya no se trataba a ella misma de estúpida, solo se veía como una loca, y eso la eludía de cualquier responsabilidad ¿no?

Ayudó a Pedro a desvestirse, él le dijo que no hacía falta, que él podía, ella le contestó que a ella tampoco le importaba, le quitó primero la camiseta, con cuidado, tratando de que no le rozara en la herida del brazo, su vista

recorrió las múltiples heridas de su torso, le hubiera gustado acariciarlas, «qué triste infancia tuviste que tener Pedro, cuánta violencia reflejada en cada parte de tu espalda ¿quién apoyó esa plancha caliente en tus costillas? ¿Quién haría algo así?», su mente impidió que sus manos entraran en contacto con su piel, luego le tocó el turno al pantalón.

—Ya puedo yo Silvia —dijo él con la vergüenza del niño que por primera vez le dice a su madre que le gustaría bañarse solo, que ha descubierto lo que es el pudor.

—No pasa nada Pedro, de verdad que no me importa. —Era cierto, ya no le importaba.

La respiración de Pedro se agitó ligeramente, no estaba acostumbrado a esto, nunca antes había estado con una mujer, con tan poca ropa, de una forma tan íntima.

—Lo siento princesa, no sé qué me ha pasado, ya te dije que a mí esto nunca me pasaba, no que quiero que te sientas ofendida ni nada entiendes —dijo Pedro ruborizado como un niño al ver la erección que tuvo al quedarse completamente desnudo.

—No te preocupes de verdad, son cosas que pasan —dijo Silvia bajando la mirada para evitar mirarlo a los ojos, sin poder evitar que su mirada se fijara en su pene erecto—, entre ya en la bañera anda—. Ella no era así, a ella esas cosas no le pasaban, y menos con un hombre como ese, pero le entraron unas ganas irrefrenables de tocarlo, de acariciarlo, de besarlo.

Silvia ya era presa de su cuerpo, de su deseo, ya tendría tiempo después de pensar en todo aquello, que desde luego no le cabía la menor duda de que no estaba bien.

—Ten, tú sujeta esto y ves con cuidado de no mojarte ese brazo —dijo Silvia dándole el teléfono de la ducha mientras ella ponía un poco de gel en su esponja de baño.

—Lo siento mucho de verdad Silvia, me está dando mucha vergüenza que me veas así, no quiero que pienses mal de mí —dijo Pedro viendo que su erección era cada vez mayor, observando a Silvia pasar con delicadeza la esponja de baño sobre su cuerpo.

—Ya te he dicho que no pasa nada Pedro, a mí no me importa en serio, separa un poco las piernas por favor —dijo Silvia introduciendo la esponja con suavidad entre sus muslos, recorriendo sus piernas, evitando pasar por sus genitales, hipnotizada.

—No hace falta que me des por ahí Silvia, puedo hacerlo yo —dijo Pedro con la respiración entrecortada.

—Tranquilo, no pasa nada, vaya —dijo Silvia observando sus testículos ligeramente amoratados y mostrando una pequeña sonrisa—, ya no me acordaba. —De las dos fuertes patadas que le dio—. ¿Te duele mucho?

—Qué va, para nada.

—Dime si te duele y paro eh —dijo Silvia pasando la esponja por sus testículos con suavidad, rodeando la zona de su pubis con delicadeza, él no se movía ni un milímetro, su respiración se empezó a agitar, sobre todo cuando ella empezó a pasar la esponja por su pene, ahí se estremeció ligeramente, muy despacio, en todo su recorrido, deteniéndose en su glande, Silvia estaba fuera de sí, había dejado de pensar en si lo que hacía estaba bien o mal, o de sentir asco, cogió con una mano su pene, levantándolo un poco para pasar la esponja por su base, sintió cómo en su mano palpitaba, y a ella no le apetecía soltarlo, empezó a mover su mano arriba y abajo, muy despacio, como si estuviera haciéndole un suave masaje, ya no podía negárselo, estaba tremendamente excitada, arriba y abajo, sin mirarlo a la cara, Pedro jadeaba, le pasó una mano por su cabeza, ella no dijo nada, acariciando su pelo, ella le dijo que se acercara, una suave caricia por su mejilla, con la boca entreabierta, de ella, con su pene cada vez más cerca, de él, ella no hacía eso, nunca lo había hecho, pero no pudo evitar introducirlo en su boca, otro pequeño estremecimiento, ahora un gemido, ella no quería parar, tocando con suavidad sus testículos, sintiendo su boca llena, de una parte de él.

—Silvia… —dijo Pedro con la voz entrecortada—, deberías parar ahora mismo si no quieres que… —Con los ojos entrecerrados, dejándose llevar, por primera vez, sintiendo lo que era el placer que nunca antes tuvo.

—¿De verdad quieres que pare? —dijo Silvia con un susurro, mirándolo con unos suplicantes ojos redondos.

—No…

Silvia se lo volvió a introducir en la boca, ahora haciendo movimientos más rápidos, saboreándolo, estaba deseándolo, que terminara dentro de ella, estaba loca, completamente loca, sus piernas se tensaron un poco, las de él, ella introdujo una de sus manos en su pantalón, una parte de ella necesitaba que la tocasen, su respiración adquirió un ritmo desenfrenado, ella tenía los ojos cerrados, un nuevo jadeo, de los dos, más fuerte, y unas fuertes palpitaciones, muy fuertes, en su boca, bajo su pantalón, debajo de sus bragas. No podía creer lo que acababa de hacer, no podía creer lo que acababa de sentir, a él le costaba recuperar el ritmo respiratorio normal, a ella le apeteció recoger con una caricia las dos lágrimas que le caían por su mejilla, de él, y de repente le apeteció que no se fuera a ningún sitio, que se quedara en casa

con ella, pasar juntos lo que quedara del día, también la noche, y él le dijo que ojalá que no tuviera que hacerlo, pero tenía que marchar ya, que si ella quería, cuando todo estuviera en orden, si todo salía bien, podía volver a su casa para informarle en persona sobre cómo había ido todo, y ella le dijo que estaría esperándolo, que fuera con mucho cuidado, con un fugaz beso en los labios.

CAPÍTULO 29

SIMÓN SANMIGUEL Y RICARDO SANTAMARÍA

Simón Sanmiguel y Ricardo Santamaría se conocieron a través de sus mujeres, que eran amigas del alma desde pequeñas. Simón fue el que le habló a Ricardo de aquel trabajo, después de que a Ricardo se le cayera la baba al ver el cuatro por cuatro que se acababa de comprar y de que su jefe lo hubiese despedido tras una reducción de plantilla. En los últimos años cepillarse a decenas de trabajadores de una sentada se había convertido en costumbre, y claro, después todos esos trabajadores eran los mismos que se evaluaban de arriba a abajo en la cola del paro o que compartían frustraciones en el bar que estaba justo en el portal de al lado, en todas las oficinas del paro había casualmente un bar cercano en el que poder remojar las penas en alcohol. Y eso Ricardo no lo llevaba nada bien, se veía a sí mismo a kilómetros de distancia de todas esas personas que se sonreían y que se dedicaban un «a ver si hay suerte», como si la suerte dependiera de unas cuantas palabras y las palabras fuesen deseos que se hicieran realidad. Su mujer tampoco ayudó demasiado, cuando lo despertaba por las mañanas ya no lo hacía con cariño y delicadeza, ahora lo hacía diciéndole con la mirada «levántate de una vez gandul, y ponte a buscar trabajo, a ver si vales para algo», él podía sentirlo en cada gesto, cada vez que le decía «hoy no tengo ganas», o cuando le contaba que sus amigas ya habían programado las vacaciones de verano mientras que ella ya había programado todo en lo que tendrían que recortar gastos para poder llegar a fin de mes.

Simón le dijo a Ricardo que en su empresa buscaban a alguien, pero que su trabajo no era como los demás, la confidencialidad de lo que hicieran o dejaran de hacer no solo era primordial, era vital, y en esa empresa uno no se iba cuando quería, a uno o lo echaban o lo recolocaban en otra parte. A Ricardo todos esos detalles le parecieron insignificantes cuando escuchó lo que cobraría y aceptó antes de que a Simón le diese tiempo a terminar todo lo que le tenía que contar, como por ejemplo las interminables entrevistas por las que tuvo que pasar, así como suministrar datos de carácter muy personal como las cuentas bancarias, el nombre completo de todos sus familiares vivos

y los de su esposa o si se había educado en un colegio laico o religioso, entre muchas otras cosas.

Simón entró a trabajar para ellos gracias a su terapeuta mental, como a él le gustaba llamarla, que fue quien lo propuso para formar parte de un proyecto de investigación o algo así cuando lo empezó a tratar en el orfanato San Francisco Javier, unos meses antes de que lo echasen de allí a patadas porque iba a cumplir la mayoría de edad y por anormal, como le dijo aquella monja de violencia infinita, aunque en realidad el proyecto de investigación nunca existió, tan solo preguntas, respuestas y retos de miradas.

Simón se había dedicado a hacer trabajos de todo tipo, desde ejercer de chófer hasta ir a pagar recibos al banco. A él le decían lo que tenía que hacer y él tan solo se limitaba a cumplir en tiempo y forma sin hacer ni una sola pregunta. En los últimos meses, coincidiendo con la entrada de Ricardo, el trabajo consistía en limpiar, de forma concienzuda, de forma perfecta, en dejar los suelos y paredes más limpios que si fuesen nuevos. Les daban una fecha y un lugar y ellos se presentaban allí con los mejores productos de limpieza del mercado, es decir con aquellos que anunciaban por televisión, entre los que se incluían todo tipo de disolventes, lejía, quitagrasas, estropajos, fregonas, amoniaco, algodón limpiametales, bicarbonato sódico, sosa cáustica, productos antical, productos para la limpieza de la madera, guantes de goma, un mono de usar y tirar y un montón de bolsas de basura.

La primera vez que Ricardo entró en aquella casa tuvo que vomitar un par de veces antes de ponerse los guantes de goma, el olor era hediondo, el olor era de vísceras y putrefacción, había restos de sangre seca y coagulada por todas partes, charcos de orines, restos de fluidos, vello púbico o axilar, tal se daba, incluso pequeños trocitos de carne y piel, incluso pequeñas piezas dentales como la que se le clavó en la mano cuando resbaló y cayó de bruces al suelo. Aquello no se diferenciaba en nada a un matadero de cerdos, no se atrevió a preguntar ni una sola vez, supo perfectamente qué significaba todo aquello y donde se había metido, tan solo se dedicó a seguir por todas partes a Simón y a repetir cada uno de los movimientos que él hiciera, lo odió infinitas veces durante aquella primera tarde por no haber sido sincero con él, a él y a la asquerosa cicatriz que tenía que prácticamente le partía la frente en dos, por haberlo involucrado en todo aquello, pero tenía claro que ya no había vuelta atrás, aquel viaje era solo de ida. Al finalizar el día, Ricardo, como el hombre práctico que era, una vez dejaron aquella casa tan limpia y reluciente que hasta podías lamer el suelo sin encontrar ni una sola bacteria que llevarte a la lengua, pensó que después de todo tampoco había estado tan mal, que a todo

se hacía uno, como le dijo aquel gitano en la puerta del paro, y que si tenía que ponerse a limpiar mierda para tener un cuatro por cuatro lo haría, y que si tenía que tragarse la culpa o el remordimiento por su mujer y por los hijos que algún día vendrían también lo haría, él era Ricardo Santamaría, y su mujer no pasaba apuros, y el vecino calvo y tripón del descapotable no era más que él, nadie era más que él.

CAPÍTULO 30

NOCHE DE FIESTA

Julián Salgado todavía no podía creerlo, en qué se había convertido su vida, la forma tan cruel de morir que tuvo que tener su hija, el sufrimiento que tuvo que soportar antes de dejar de respirar, para siempre. Los primeros días hubiera soltado una bomba atómica en algún sitio si hubiera podido, sin importarle ni dónde ni a quién, asesinado con sus propias manos a algún Dios que se quedaba de brazos cruzados, romperse no solo los huesos de aquella mano sino también los de la cabeza, contra esa sucia pared, testigo de su rabia incontenible. Pero ahora podía sentir cómo la fatiga empezaba a pesarle, cómo la vejez de la que tanto había oído hablar tiraba de sus huesos hacia abajo, y aunque no lo había comentado con nadie, ahora le resultaba tremendamente absurdo todo aquello que había montado, en la trastienda de su viejo bar, no le devolverían a su hija, nadie podía hacerlo, ahora era lo único en lo que pensaba, y la venganza, de pronto le pareció absurda, y su búsqueda, de pronto le pareció innecesaria, solo quería descansar de una vez, que su vida terminara, y que todos aquellos chicos y chicas que allí se reunían, se fueran a sus casas, con sus familias, que aprovecharan sus vidas, la suya ya estaba acabada, su mujer y su hija lo esperaban, en algún lugar, ¿existía en realidad?, él quería pensar que sí.

—¿Te encuentras bien papá?, te noto un poco cansado —dijo su hijo Marcos.

—Estoy bien, no te preocupes, es solo que… déjalo no importa —dijo Julián cogiendo aire.

—Están todos dentro ya, ¿te parece si pasamos? —dijo Marcos mirando y estudiando las muecas de su padre.

—¿Y quién se va a quedar atendiendo la barra?, entra tú, yo iré más tarde.

—No le apetecía entrar a esa trastienda, ya no, no podría levantar más el ánimo de aquel grupo, notarían su abatimiento.

—¿Pero qué estás diciendo papá?, tú no puedes faltar, te necesitan ahí dentro, la Rubia se quedará en la barra como siempre.

—Me parece que la Rubia no se quiere quedar hoy en la barra Marcos, entra tú, en serio, ahora cuando esto esté un poco más tranquilo entraré yo un

poco si puedo.

—Como quieras papá —dijo su hijo poniéndole una mano en el hombro y mirándolo con preocupación.

Diego llevaba un rato con el Tirillas tomando una cerveza en una de las mesas más escondidas que en el bar de Julián se podían encontrar, le estaba sentando bien su nueva vida, lejos de su madre, aún más lejos de su padre.

—Eh Diego, ¿te importa si te dejo solo un rato?, tengo que entrar un momento ahí dentro a hablar de unas cosas —dijo el Tirillas señalando con la cabeza una vieja y desconchada puerta situada al fondo del bar, por la misma que habían estado entrando y saliendo varias personas durante la última media hora.

—No, para nada, ¿pero qué pasa Tirillas? ¿Estás metido en algún lío o algo así? —dijo Diego por no preguntar si se dedicaba en su tiempo libre a algún tipo de pluriempleo ajeno a la legalidad.

—No, no, —dijo el Tirillas negando con la cabeza—, puedo confiar en ti ¿verdad Diego?, en que sabrás tener la boca cerrada, ¿me sigues? —dijo el Tirillas queriendo evitar caer en la mala educación o la desconfianza, en realidad estaba deseando contárselo, que se sintiera orgulloso de él.

—Por supuesto Tirillas, puedes confiar totalmente en mí, y más después de todo lo que me estás ayudando.

—Mira, ¿ves a ese hombre de ahí? —dijo señalando con su esquelética cabeza a Julián que estaba detrás de la barra y tiraba una caña cabizbajo—. Su hija, Noelia Salgado, es una de las chicas que han encontrado muerta, iba a nuestro instituto, aunque a otra clase, igual te suena, una morena, muy guapetona ella y muy buenorra.

—No me jodas… —dijo Diego visiblemente consternado—, claro que me acuerdo… ¿en serio su hija es una de esas chicas?

—Sí, como lo oyes, pues bien, su padre Julián y su hijo Marcos, un cabrón de mucho cuidado por cierto, en aquellos tiempos digo, ahora es un tío guay, han montado una especie de patrulla vecinal o algo así, para ver si pueden averiguar algo sobre la peña que asesinó a Noelia, bueno a Noelia y al resto de esas pobres chicas, para darles caza ¿entiendes?, dicen que pueden estar metidos en el ajo gente con pasta ¿lo pillas?, gente que mueve mucho, con poder, trajeados y encorbatados, peña de esa, los verdaderos hijos de puta de este país a los que la policía no tiene huevos ni a pedirles la hora, y bueno, pues qué quieres que te diga, yo me he subido al carro, Noelia no es que fuera mi amiga pero de no haber sido ella podría haber sido mi hermana, o tu novia,

¿te lo imaginas?, nadie va a limpiar la mierda de nuestro culo si no lo hacemos nosotros ¿no crees?

—Joder Tirillas… me dejas de piedra… pero claro claro… por supuesto que lo entiendo… de hecho me parece admirable lo que estáis haciendo… —dijo Diego realmente fascinado por lo que le estaba contando el Tirillas.

—Bueno tío tengo que entrar ya ¿te quedas aquí o quieres pasar? —dijo el Tirillas levantándose—. Joder macho, mira, por ahí viene Edo el Gordo, se está poniendo enorme, parece que cada día engorde otro kilo más.

—Me sabe fatal Tirillas, pero me tengo que ir, le prometí a Ariel que la acompañaría a cenar a casa de sus tíos, pero quizá la próxima vez me apunte, si algo puedo hacer… contad con ello…

—Vale tío no te preocupes, cuida de esa mujer, ¿dónde quieres que nos veamos luego? porque duermes en mi casa ¿no? —Al Tirillas le encantaba tener un nuevo «hermano».

—No, qué va Tirillas… me vas a matar… pero Ariel insistió mucho en que me quedara en su casa esta noche, no sé… me supo mal decirle que no —dijo Diego para no tener que decirle que francamente, prefería la compañía de Ariel a la masculina.

—No te preocupes tío, lo entiendo perfectamente, yo hubiera hecho lo mismo, nos vemos mañana ¿ok?

—Claro Tirillas —dijo Diego despidiéndose de él con un sincero abrazo.

Edo el Gordo llegó hasta donde estaba Diego después de tropezar con dos sillas y de repartir un par de codazos. Cuando fijaba su objetivo en un punto se dirigía hacia él sin ser consciente de las enormes dimensiones que su cuerpo ocupaba en el espacio. Viendo sus torpes movimientos a uno le recordaba a un oso con hemiplejia.

—Hola Diego, ¿qué tal llevas lo nuestro?

—Hola Edo, bien bien, va bien, o eso creo…

—Seguro que sí tío, no me cabe la menor duda… ¿quieres que te cuente un secreto?

Edo el Gordo se pasaba el día elaborando teorías de todo tipo acerca de los misterios del comportamiento humano, a veces se los confiaba a alguien, de forma misteriosa, entre susurros, como si le estuviese revelando quién mató a Kennedy.

—Claro.

—Esto es muy importante chaval, te lo cuento a ti porque te aprecio, y porque creo que serás capaz de comprender la magnitud de lo que te voy a revelar.

—De acuerdo, te escucho.

—Mira, cuando veas a una mujer con las tetas grandes, tienes que tener muy en cuenta una cosa, por lo que pueda pasar, ¿sabes por qué tienen algunas mujeres las tetas tan grandes?

—No… ¿Genética?

—Ni de coña chaval, ni de coña, hormonas, ¡son las putas hormonas! —Qué manera tan graciosa que tenía el Gordo de fruncir el ceño cuando se ponía serio, a Diego le recordaba a alguien haciendo fuerza para cagar—. Por eso, si alguna vez te las tienes que ver con una de esas mujeres mucho cuidado, no digo que sea algo malo ni nada, pero mucho cuidado porque están de hormonas hasta reventar, y sabes lo que eso significa ¿no?

—No Edo, no lo sé, ¿el qué?

—Claro que no chaval, pero aquí está Edo para contártelo, una tía con las tetas gordas está llena de hormonas, eso ya lo has entendido, y una tía llena de hormonas es una cachonda, ¿entiendes?, una cachonda sin remedio, su biología está deseando aparearse sin parar para amamantar a un montón de críos, ¿entiendes?, por eso tienes que tener cuidado, esas mujeres van a lo que van.

—No sé qué pensar Edo, nunca lo había visto así.

—No sabes qué pensar eh chavalín, pues piensa piensa, y ya verás cómo tengo razón, bueno chaval, nos vemos, me esperan ahí dentro.

—Hasta luego Edo.

Diego salió de aquel bar dudando entre si echarse a reír o estudiar a la primera mujer que se cruzara por su camino.

Pedro se sentía indestructible, un hombre nuevo, liberado, al fin, con una sola idea en la cabeza, imparable, no le temía a la muerte, no se lo había dicho a Silvia para que no lo tomara por un monstruo aún peor de lo que ya era, pero apenas sentía el dolor, demasiadas palizas a sus espaldas, y menos ahora, su cuerpo había sido creado por una razón, para una sola cosa, ahora lo entendía, y nadie se lo impediría, para acabar con toda esa gente.

Entró en la casa de campo con determinación, su brazo con el vendaje que le hizo Silvia, lo veía más poderoso que nunca, antes había pasado por su casa y había visto la nota de Alfonso y quedaron en verse en esa vieja casa de campo a las afueras de la ciudad, donde llevaban a todas esas chicas, donde exhausta y desfalleciendo aguardaba, en el sótano, la doctora Rueda.

—Vaya hombre… no sé por qué pero pensaba que ya no volvería a verte… —dijo Alfonso con su mirada oscura y sin alma al verlo entrar—. ¿Se puede saber dónde te habías metido? vaya cara traes chico…

No te tengo miedo Alfonso, nunca te lo he tenido, tú eres el que lo vas a tener, créeme, más del que nunca antes hayas podido sentir, porque te aseguro que vas a sufrir, y porque no me iré de este mundo sin ti.

—Hola Alfonso, pues ya ves… un novio celoso, mientras hablaba con su chica… ¿quién lo iba a decir?, tan sola y de repente tan bien acompañada… porque el novio tenía amigos entiendes…

—Ya… pero… ¿se puede saber dónde cojones estabas? —Alfonso trataba de afilar su renovado olfato canino, no se fiaba.

—En casa de un antiguo compañero de cuarto de orfanato, Toni *Míster T*, has oído hablar de él ¿no?, necesité algún tipo de cuidado sabes… ¿has visto mi garganta? —dijo estirando un poco el cuello para que pudiera ver bien sus heridas de guerra—, y como comprenderás no iba a ir a un hospital…

—Ya… podrías haber llamado al menos… —Alfonso dejaba caer aún más sus ya caídos párpados, sabía muy bien que eso solía atemorizar, solía.

—Bueno, estoy aquí ¿no? —dijo Pedro abriendo los brazos, sabía perfectamente que a esa gente se le activaba una alarma interna cuando alguien trataba de explicarse en exceso, era mejor aparentar naturalidad, como si nada pasara, como si nada raro hubiera en lo que había hecho.

—Bien… tenemos trabajo… acompáñame abajo, quiero que veas una cosa.

No he podido hacerlo, no la he podido dejar, he estado recordando cuando empezamos a salir, cómo me miraba, con cuánta veneración, con cualquier cosa que yo hiciera o dijera, en todo el tiempo que pasé deseando que me quisiera, antes de que estuviésemos juntos, que me dijera el sí, quiero.

Hoy he hecho una buena obra, se los he quitado un poco de encima, eso está bien, ella no se merece esto, les he dicho que se ha cogido unas vacaciones, que ha dejado el caso, parece que han perdido interés en ella, menos mal, me estaba temiendo lo peor.

Ariel estaba más unida a su hermana que nunca, por primera en toda su vida se veía como una mujer adulta, no como una niña, y adoraba compartir cualquier cosa con ella y que hiciera más fuerte su unión, y que su hermana la

viera como a una amiga, no como a un bicho raro. Sobre todo disfrutaba cuando Alba le daba pequeños consejos, pinceladas sobre cómo resaltar su belleza, cómo destacar una parte de su cuerpo para dirigir hacia allí las miradas de los demás, en su caso de Diego, que era de quien quería atraer su atención, cómo resultar atractiva de forma sutil sin llegar a parecer vulgar. Le dijo que para resultar sensual no hacía falta enseñar demasiado, ni tan poco sobrecargarse en exceso con bisutería o accesorios absurdos que no hacían otra cosa que a uno se le perdiera la vista entre tanto adorno, que era mejor insinuar, un detalle aquí, unas gotitas de perfume en el cuello que dijeran muérdeme, un poco de lápiz de labios que a algún despistado pudiera valerle para decir sí, es aquí, bésame, y dejar que la imaginación hiciera el resto.

—A ver, date la vuelta, despacio —dijo Alba para poder ver bien si ese vestido le ajustaba en cada parte como tocaba—, fabulosa.

—¿En serio? ¿No crees que voy un poco apretada de más? —dijo Ariel queriendo decir, dímelo otra vez por favor, que me queda bien, convénceme.

—Ariel, estás preciosa, en serio, de hecho me estás dando una envidia ahora mismo… ya te he dicho que hay que saber combinar la elegancia con la sensualidad, y créeme, este vestido va a hacer más por ti de lo que yo he hecho en toda mi vida.

—¿Pero qué dices? ¡Si a mí me quedan fatal las franjas blancas y azules! ¡Parezco una marinerita!

—Pero serás… —dijo Alba levantando sus manos—. ¿Pero tú te has visto bien? ¿No has visto cómo se te ciñe a la cintura y a las caderas?, si parece que te lo hayan hecho a medida… te queda perfecto hermanita, hazme caso —dijo Alba repasándola de arriba a abajo con la mirada.

—Es que no sé Alba… no me veo… y con estos tacones no voy a saber andar… como me caiga… no quiero ni imaginar el ridículo que voy a hacer.

—Esos son tonterías Ariel… además, empieza a acostumbrarte a esos tacones porque te aseguro que realzan tu figura más que cualquier prenda, cuando te vea Diego no va a querer que te los quites ya verás, mira ven, ponte así, de perfil. —Alba puso a su hermana de lado frente al espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación—. ¿Ves? ¡Esos son curvas hermanita! —dijo dándole una palmada en el culo.

—¡Au! ¡Qué bestia! —dijo Ariel sonriendo con el ceño fruncido.

—Bueno, ya estás casi lista, ahora un poquito de maquillaje y entonces estarás perfecta.

—No, eso sí que no Alba —dijo Ariel tratando de parecer inamovible.

—Eso sí, solo un poco, hazme caso.

—Si a mí el maquillaje me queda fatal de verdad… voy a parecer un payaso…

—Tu déjame a mí, de payaso nada, lo que pasa es que la gente no tiene ni idea de los conceptos más básicos sobre cómo maquillarse, lo primero que hay que hacer es ver si tienes un subtono de piel frío o cálido y una vez identificado el subtono correcto escogeremos el tono que más se asemeje al de tu piel, si se falla en ese punto es cuando acabarás haciendo el ridículo porque el secreto del maquillaje es que no sea demasiado evidente, solo algunas partes, las que queramos destacar sobre el resto, que deberá permanecer en un segundo y discreto plano. ¿No has visto nunca a esas mujeres que parecen que lleven puesta una máscara?

—Sí…

—Eso es porque se ponen una base de maquillaje de un subtono diferente al de su piel, destacando el contorno de toda su cara sobre el resto de piel visible como las orejas o el cuello, el resultado final es posible que se asemeje a lo que tu llamas cara de payaso, aunque a mí me gusta más llamarlo efecto dorito. Tú por ejemplo, tienes el subtono de piel frío, igual que yo, pero antes de la base hay que poner algo de tapa ojeras.

—¿Tapa ojeras? ¿Pero qué estás diciendo Alba? ¡Si yo no tengo ojeras!

—Sí Ariel, tú tienes ojeras, igual que yo e igual que todos, tú déjame a mí y cuando termine puedes decir lo que te dé la gana.

—En fin, haz lo que quieras, diga lo que diga vas a hacerlo igualmente… Alba empezó poniéndole un poco de tapa ojeras por todo el contorno inferior de sus ojos, mostrando especial interés en que el resultado final fuese el deseado, el de que nuestros ojos tuvieran luz propia. El secreto estaba digamos que en tapar esas pequeñas y muy humanas marcas violáceas que todo el mundo tenía en menor o mayor medida bajos los párpados inferiores pero sin pasarse demasiado, sin llegar a toparse con el temido «efecto oso panda». Después siguió con la base, dejando caer en diferentes zonas de la cara de su hermana unas cuantas de gotas de un tubo que parecía pasta de dientes. Ariel cerraba los ojos, se sentía como una princesa el día de su pedida de mano ante toda la corte real. Alba esparcía esa pasta color crema de dentro a fuera, haciendo pequeños y delicados círculos con la yema de los dedos. Después escogió uno de los tonos más suaves de colorete que tenía en su kit de maquillaje y se los aplicó en sus mejillas dando suaves golpecitos con una esponja.

—Ahora vamos con los ojos, para mí los ojos y los labios son las dos partes de la cara que más llaman la atención y que con bastante frecuencia

peor se suele maquillar la gente. Hay que poner especial atención a la forma del ojo de cada una, tú por ejemplo los tienes almendrados, a mi modo de ver son los más bonitos y con los que mejores efectos se consigue, también es muy importante fijarse en si están más bien juntos o separados, en la distancia entre el párpado superior y el inferior. En resumidas cuentas, el secreto está en no ir en contra de nuestros rasgos, todo lo contrario, ser conscientes de cuáles son nuestros puntos fuertes y mejorarlos, potenciarlos, ahora no te muevas ni un milímetro por favor, y cierra los ojos.

Ariel rebosaba felicidad, acaparando toda la atención de la hermana que tanto admiraba. Aunque a ella el maquillaje le importase cero, ahora mismo le parecía la cosa más interesante del mundo.

—Primero un poco de sombra de ojos, solo un poco, lo ideal es que sea de un color parecido al de tu iris, aunque cualquier tono claro también suelen sentar muy bien, solo un poco, no te preocupes que ya casi estamos…

—¿Falta mucho Alba? Tengo ganas de ir al baño… —dijo Ariel, que a pesar de estar disfrutando de ese bonito momento de hermandad se estaba poniendo de los nervios ante semejante cantidad de potingues sobre su cara.

—No… aguanta un poco de verdad, ya estamos terminando… esto es un perfilador o delineador de ojos —dijo Alba mostrándole un pequeño lápiz color negro—. ¿Nunca has oído decir qué ojos más bonitos tiene ese gato?

—Sí…

—Pues te tengo que decir que no siempre es por su color o por su forma, sino porque esos peludos llevan los ojos perfilados desde toda la vida, y eso es precisamente lo que hace que nuestra atención se fije tanto en ellos, que bien mirados, y vistos de cerca, todos son tremendamente hermosos, hoy por ser la primera vez solo te perfilaré la línea exterior, la que queda justo por encima de las pestañas de tu párpado superior y por debajo de las de tu párpado inferior, pero lo normal es que perfilemos también la línea interna, la que queda justo bajo las pestañas del párpado superior y sobre las pestañas del inferior.

—¡Ariel! ¡Alba! ¿Os queda mucho? —gritó su madre por el hueco de la escalera.

—¡No mamá, enseguida estamos! —gritó Alba—, que pesadita se pone de verdad…

—No me extraña… el tío Miguel es un verdadero obseso con la puntualidad… ¿no has visto la cara de perro degollado que se le pone cuando alguien llega cinco minutos tarde?, cada día lo soporto menos de verdad…

—¡Ariel! ¡Acaba de llegar Diego! —Otra vez, Gema hablando por un altavoz.

—¡Ya bajamos! —gritó Alba de nuevo—, bueno ¿qué te parece? —dijo Alba poniendo a su hermana delante del espejo después de haber rematado el maquillaje de sus ojos con un poco de máscara de pestañas, evitando sobre todo que quedara alguno de esos grumos que tan mal efecto hacían.

—Bueno… no está mal… mejor de lo que esperaba la verdad —dijo Ariel mordiéndose un poco el labio.

—Un minuto y acabamos, ahora los labios, ya tendremos tiempo de profundizar más otro día, pero te diré una cosa, lo ideal es que potenciemos o bien los ojos o bien los labios, hoy por ser la primera vez no vamos a hacer especial hincapié en ninguno de los dos, tampoco quiero que no te reconozcas cuando te mires al espejo, los ojos los hemos maquillado con tonos claros y lo mismo haremos con tus labios —dijo Alba, que viendo cómo su hermana se dejaba hacer no tenía ninguna duda de que debía de estar interesadísima en aprender todos los secretos del maquillaje—. Hay que delimitar bien la comisura de tus labios para que no parezca que te acabas de comer un pastel de arándanos, a mi el color que más me gusta es el rojo, nunca falla, es efectivo, no me preguntes porqué pero el rojo es el color más vivo que existe, y eso es lo que queremos, que tus labios tengan vida propia, hay muchísimas tonalidades de rojo, pero yo solo tengo un par, te pondré el más claro para que no resalten demasiado, no queremos quitarle protagonismo a esos ojos tan bonitos que tienes, no te muevas que ya terminamos… ¡ya está!

—Vaya… no está nada mal… —dijo Ariel volviendo a morderse un poco su labio inferior.

—¿Que no está mal?, estás que te rompes tontita… ¡Y no te muerdas el labio que te vas a quitar todo el maquillaje!

—Vale vale tampoco te pongas así… —dijo Ariel observándose con detenimiento en ese espejo que hasta hace bien poco le parecía la cosa más absurda del mundo.

—Venga vámonos ya doña presumida, que tu novio estará impaciente por verte —dijo Alba sacando a rastras a su hermana de su habitación.

Alba sintió otra vez esa flojera que nacía en el centro de su pubis y que se repartía hacía sus piernas y hacia su abdomen, como la onda expansiva de una bomba. Ver a su hermana tan feliz, tan orgullosa de ella, no hacía más que recordarle lo cobarde que había sido retirando la denuncia a Martín. Se había estado justificando a sí misma, en silencio, incluso había llegado a creerse que había hecho lo correcto, pero mantener a su hermana al margen de todo,

precisamente, ese miedo a su reacción, a ver la decepción y el reproche en sus ojos no hacía más que reafirmar su sentimiento de pusilanimidad, tarde o temprano tendría que enfrentarse a la verdad, porque si ser cobarde era algo despreciable, ser plenamente consciente de ello y no hacer nada por remediarlo era algo que la estaba devorando por dentro, pudriéndose sin que nadie se diese cuenta, como una de esas rojas manzanas que hasta que no le das el primer bocado no te das cuenta de que está llena de gusanos.

Hola mamá, ya sé que hace tiempo que no hablamos, pero no quiero que pienses que me he olvidado de ti ni nada por el estilo, todo lo contrario, pienso en ti constantemente, ahora más que nunca, porque estoy hecha un verdadero lío. No sabes cuánto te echo de menos, no sé qué me pasa, creo que me he tirado toda la vida intentando parecer mayor pero en realidad todavía sigo siendo una niña ¿no te parece?, pero no se lo digas a nadie por favor, me da mucha vergüenza que me vean así, tan frágil, tan vulnerable. Y hablar de esto contigo no sé si me parece lo más apropiado, pero es que no tengo a nadie más, creo que siento algo por Pedro, ya está, ya lo he dicho. Ya sé que es una verdadera locura, la más grande que he podido cometer en mi vida, más que cuando me escapé de casa con siete años ¿te acuerdas?, cuanta compañía me hiciste aquel día, y ya ves, luego resultó que en casa no se habían dado ni cuenta de que no estaba, da igual, el caso es que me ayudaste entonces y espero que me ayudes ahora también. Porque no sé qué hacer, estoy perdida, más de lo que lo he estado en mi vida. ¿Tú sabes cómo hacer para no amar a alguien mamá?, porque no lo quiero querer, está mal, muy mal, él es una mala persona, ha hecho cosas tan horribles que no quiero ni pensarlas, que no puedo ni contártelas, porque te echarías a llorar, como lo estoy haciendo yo ahora. Pero es que tú no lo has visto, cómo me mira, cómo me habla, él daría la vida por mí, ya no me cabe la menor duda, y debió tener una infancia muy dura porque tiene el cuerpo lleno de horribles cicatrices, ¿quién le haría algo así mamá? Lo que más rabia me da es que creo que podría haber sido una buena persona si la vida no hubiera jugado con él de esa manera. Ya no sé qué pensar, ya te he dicho que estaba hecha un lío, no deberías hacerme demasiado caso mamá. A lo mejor es que me he vuelto loca, las cosas que hago no son normales, las cosas que siento están mal, demasiado mal, y encima soy policía, eso lo empeora todo más si cabe. Al menos voy a dar mi vida por esas chicas mamá, eso compensa todo esto ¿no?, porque tú ya sabes de lo que soy capaz, cuando algo se me mete en la

cabeza, ya lo has visto otras veces, que nada ni nadie me puede parar, y sí, ya sé que esta vez es diferente, porque a decir verdad no tengo nada claro cómo va a terminar todo, es posible que en esta ocasión no haya un final feliz, da igual, así podremos hablar cara a cara, si las cosas no salen del todo bien para mí, después de tantos años, ¿no tienes ganas?, yo lo estoy deseando mamá, y perdona por no decírtelo más a menudo, pero te quiero muchísimo, tu hija Silvia, solo espero no haberte decepcionado, que te sientas orgullosa de mí, cuando me veas, porque voy a acabar con esa gente tan horrible, nadie me va a parar mamá, espérame, quiéreme, abrázame cuando me veas.

Pedro bajó las escaleras de esa vieja casa detrás de Alfonso, y de pronto le parecieron más oscuras y escarpadas de lo que lo habían sido nunca, cuántos gritos atrapados en esas deslucidas paredes, cuántas súplicas perdidas en la nada, *aprovecha el tiempo Alfonso, el poco que te queda*.

—Mira a quién tenemos aquí, te acuerdas de ella ¿verdad?, dice que se apunta a la fiesta —dijo Alfonso con esa media sonrisa de popeye cuando prendió la bombilla que dejaba entre sombras lo que antes estaba en la oscuridad total.

La doctora Rueda tenía los brazos y las piernas atados a los reposabrazos y a las patas de la silla en la que a la fuerza la sentaron, su boca la habían cerrado con cinta americana, de la que pega fuerte, de la que se despega dejando marca, sus ojos parecían cansados, aterrorizados, uno de sus pómulos estaba amoratado, por sus labios y su barbilla había sangre seca, de su nariz, y la camisa que llevaba había sido desabotonada, de un tirón, dejando a la vista el sujetador y su pecho subir y bajar, con cada respiración, entre cada latido.

—Qué, ¿no tienes nada que decirle? —Alfonso estudiaba la expresión de Pedro que miraba a la doctora Rueda con detenimiento, como cuando alguien te hace un regalo y observa mientras lo abres hasta el más imperceptible movimiento de tus ojos, o de tus labios.

—¿Y qué se supone que tengo que decir Alfonso? —dijo Pedro mirándolo con esa sonrisa que tan nervioso lo ponía, *solo eres un pedazo de mierda Alfonso, pero no te preocupes, ya queda poco*.

—Esa zorra que tienes ahí delante nos ha vendido la muy puta —dijo Alfonso cogiendo a Pedro por la camiseta con una mano y endureciendo el rostro.

—¿Nos ha vendido? ¿A quién? —dijo Pedro mirando a Alfonso a los ojos y después a la mano que tenía agarrada su camiseta a la altura del pecho, la

doctora Rueda movía la cabeza hacia ambos lados y gemía algo totalmente ininteligible.

—Mira, no te hagas el tonto conmigo, ha estado hablando con un tal Diego y a saber con quién más, ahora ya no me creo nada de lo que pueda decir la muy cochina esta. —Alfonso se acercó a la doctora Rueda y le arreó dos fuertes bofetones en la cara que casi la tumban de la silla, uno con la mano abierta y otro al volver, con el dorso de la mano, parecía un jugador de tenis ensayando la volea y el revés.

—¿Y qué quieres que haga yo? —*Si me sigues provocando vas a acabar muy mal Alfonso, no tienes ni idea de lo que te espera*.

—No quiero que hagas nada estúpido, solo quiero que veas lo que les pasa a las ratas que se van de la boca, porque esto no ha hecho más que empezar ¿verdad doctora? porque mañana lo vamos a pasar en grande, sí, claro que sí —dijo Alfonso sonriendo de un lado.

—Mira Alfonso, no sé qué estás queriendo decir o si estás insinuando lo que yo creo, pero me estás empezando a incomodar entiendes… no sé de qué va todo esto sabes… pero me gustaría que dejaras de hacer eso… porque no te gustaría verme enfadado entiendes… —Pedro lo miraba sin pestañear, Alfonso le aguantó la mirada, sonriendo un poco primero, muy serio después.

Lo siento Silvia, pero ya te dije que tenían que volver a confiar en mí, y si acabo con Alfonso ahora lo echaremos todo a perder sabes, porque te aseguro que podría terminar con su cochambrosa vida ahora mismo, pero ya tendremos tiempo, tú y yo, y lo siento por la doctora Rueda, porque no sé a ciencia cierta qué pintaba ella en todo esto, pero me parece que si trabajaba para ellos eso quiere decir que era una de ellos ¿no?

—Venga, vámonos ya de aquí, y vete preparando porque esta semana vas a tener que hacerte con ese tal Diego y con su novia —dijo Alfonso volviendo a dejar el sótano entre tinieblas, justo antes de ver esa mirada que tanto le inquietaba.

®

LAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS

En blanco y negro, una bonita canción de los años sesenta se escuchaba de fondo, un grupo de hombres sin camiseta rebosaba vitalidad, belleza, corrían calle arriba, salían del mar con una tabla de surf bajo el brazo, sus cabellos ondeaban subidos en ese descapotable, bailaban de noche

con mujeres que se contoneaban bajo vestidos minúsculos, con escotes que quitaban el hipo, en acantilados de ensueño, solitarios, románticos, al final del anuncio el nombre a todo color de una famosa marca de ginebra ocupaba media pantalla, junto a las últimas notas de esa pegadiza melodía, junto a una palabra que no era sino la línea de aperitivos que esa marca acababa de sacar al mercado y de la cual no hacían mención alguna en todo el anuncio. La nueva ley de publicidad había entrado en vigor hacía ya unos cuantos años, pero las grandes empresas de bebidas alcohólicas descubrieron que podían seguir publicitándose a pesar de la prohibición sacando nuevas líneas de productos de su marca que eran imposibles de comprar en ningún sitio.

®

La casa de los tíos de Ariel formaba parte de un residencial de lujo, había un portero en la puerta del recinto que te habría la barrera cuando te identificabas, antes, los propietarios tenían que haberle dado el nombre de la persona o personas que irían a visitarlos, o en caso contrario les hacía una llamada rápida para avisar que tenían visita. Desde luego aquello parecía más bien una ciudadela, un auténtico pueblo privado y fortificado, montones de chalets y de casas pareadas se repartían entre enormes jardines, a lo largo de anchas y tranquilas calles, nada que ver con la vida en un pueblo normal o en la ciudad. Un par de supermercados, una farmacia, algunos restaurantes y hasta un gimnasio hacían que uno pudiera encerrarse en ese lugar ajeno al mundo real y no salir en mucho tiempo, y llegar a pensar que la vida real era todo aquello y que afuera tan solo había necios, tan solo miseria y olvido.

La casa de sus tíos destacaba entre el resto, un enorme jardín y un seto tan alto que impedía ver por encima de él rodeaban la enorme construcción de dos plantas y más de 1000 metros cuadrados, una auténtica barbaridad para una sola familia de tres miembros. En su recinto privado tenían piscina, a pesar de que en el residencial ya contaban con una bien grande, tenían pista de tenis, a pesar de que en la comunidad de vecinos ya contaban con varias y de que el único que la utilizaba era su primo Carlos, cuando le lanzaba la pelota a su exhausto perro por encima de la red para que la fuera a buscar, a Diego de pronto le pareció que el estrecho piso en el que había vivido era más pequeño que nunca.

En la entrada principal esperaban en formación los dos tíos de Ariel, Miguel y Lucía, y su primo Carlos, con el perro al lado, de traje y corbata ellos, con un ajustado vestido y una cantidad de joyas como para montar una subasta, ella, parecía que estaban posando para una de esas fotos familiares que a veces uno podía encontrarse en una de esas revistas del corazón en la que la proporción texto-imagen era de al menos uno a diez.

Que te encierren en un armario puede llegar a ser divertido, cuando es solo un juego de niños y no supone quedarte ahí toda la noche, que te hagan pasar hambre de forma intencionada o por pura diversión no tiene ninguna gracia, cuando te has meado encima tantas veces que el olor de tu propio cuerpo te provoca el vómito y cuando pierdes la voz de tanto suplicarle a esa puerta uno puede llegar a sentir que su vida es una mierda y que vivir así no tiene ningún sentido, aunque solo tengas cuatro años y no seas el único en esa casa que está pasando por algo así.

—Os presento a Diego, este es mi tío Miguel. —Un fuerte apretón de manos y una intensa mirada azul claro trataron de intimidarlo—. Esta es mi tía, Lucía. —Dos besos casi sin rozar mejilla con mejilla y una sonrisa postiza se lo dejaron claro, se mira pero no se toca asqueroso niñato—. Y este es mi primo Carlos. —Una mueca a lo Tom Cruise y un sudoroso refregón de manos bastaron para confirmar la imagen que a través de Ariel se había creado, la de un mentecato venido a más—. Bueno, se me olvidaba, y este es Chevy, ¡hola Chevy! —dijo Ariel tocando la cabeza del setter irlandés que descansaba sentado sobre sus patas traseras, un pequeño y tierno ladrido fue suficiente para ganarse de largo el título de más simpático de la familia.

La cena transcurría tal y como Ariel le dijo a Diego que transcurriría, su tío Miguel haciendo alarde de lo bien que le iban las cosas en su constructora o de las próximas reformas que tenía preparadas para su casa en cuanto entrara la primavera, y también, cómo no, de lo bien que le iría al padre de Ariel si alguna vez se animaba a formar parte de su empresa. Su tía Lucía hablaba poco, ya se lo advirtió, que no tratara de entablar con ella una conversación normal, menos aún sin la presencia de su tío, ella tan solo se dedicaba a reírle las gracias a su marido mientras enseñaba su dentadura perfecta, aunque bueno, de vez en cuando también se acordaba de darse un poco de aire con una mano en su generoso escote protésico al tiempo que

mostraba sus uñas recién manicuradas. Ariel pensó que cuánta razón tenía Alba, en lo de que no hacía falta enseñar para resultar sensual, o en lo de que no era elegante sobrecargar en exceso el cuerpo con adornos, viendo a su tía delante no podía quitarse de la cabeza la imagen de una tienda ambulante. Su primo Carlos estaba especialmente eufórico, lo que se traducía en mucho más insoportable de lo normal, era su cumpleaños, el número veintidós para ser exactos, y Ariel y Alba se habían propuesto no ser demasiado bordes con él, pero en el poco tiempo que llevaban en esa casa soportándolo ya había superado con creces el límite de su paciencia. A Carlos se le había antojado que ese día tocaba hablar de coches, de centímetros cúbicos, de motores de inyección, de llantas de aleación o de cualquier otra estupidez que ni a ellas ni a Diego le importaba lo más mínimo, que hasta el momento había permanecido más bien callado, respondiendo a lo que se le preguntaba con sencillez y riendo alguna que otra gracia, hasta que a su tío le dio por hacer una de sus intervenciones de punta a punta de la mesa, hoy parecía que su objetivo era Diego, que era el que se encontraba justo en el extremo opuesto de la mesa.

—Así que me han dicho que te gusta dibujar ¿verdad Diego?

—Sí, bueno, la verdad es que sí, llevo dibujando toda la vida, es algo que siempre he hecho. —Qué vergüenza tan grande, todos observando, todos mirando cómo salían las palabras de su boca que ahora mismo le parecía la cosa más torpe y más inútil del mundo.

—Dibuja de maravilla tío, tendrías que ver la portada del disco que está preparando para un grupo de rap, es una auténtica obra de arte. —Ariel al rescate, sonrisa de enamorada orgullosa, hoyuelos de complicidad en la cara de él.

—Y dime Diego, ¿crees que hoy en día uno se puede ganar la vida así? ¿Dibujando? —Primer golpe de Miguel, indiferencia absoluta hacia su sobrina, mazazo a la ilusiones de Diego.

—¡Pero tío! ¡A ver qué dices que yo también estoy estudiando Bellas Artes! —Ariel mordiendo otra vez el anzuelo.

—Puede, no lo sé la verdad, ahora mismo lo único en lo que pienso es en aprender todo lo que pueda para seguir mejorando, después ya se verá, y de momento no me puedo quejar, uno no conoce a la mujer de su vida todos los días —dijo Diego mirando Ariel, el vino estaba haciendo su efecto.

—¡Cariño! —dijo Ariel sonriendo y dándole un tierno beso en la mejilla.

—Que no te sepa mal lo que te voy a decir —dijo Miguel interrumpiendo cualquier duda acerca de quien llevaba el timón de esa conversación—, pero

yo creo que a estas edades es cuando uno tiene que aprender a tomar decisiones importantes sabes Diego, los «ya se verá» y los «puede ser» son para las perdedores, es ahora cuando uno debe hacerse responsable de sus actos, porque que no te quepa duda que las malas decisiones traen malos acontecimientos ¿me sigues Diego? —La conversación estaba adquiriendo un tono tenso y enrarecido, a Diego se le hizo de noche.

—Pero Miguel… deja al chico ya hombre… que le estás haciendo pasar un mal rato —dijo el padre de Ariel tratando de ponerse en medio antes de que el depredador devorase por completo a su presa.

—No José, no, esto es importante, los chicos de hoy en día están muy mal acostumbrados, se dedican a vivir la vida de forma desinteresada y no se dan cuenta de lo mucho que la han cagado hasta que se dan de morros con la cruda realidad. —Miguel miraba fijamente a Diego como si fuese el responsable de la mayor traición que alguien le hubiese hecho.

—Bueno ya está bien ¿no tío? —dijo Ariel muy seria.

—Tranquilizaos todos un poquito por favor, que estamos en una celebración —dijo Alba en un tono pacificador tratando de cortar un poco la tensión que ya estaba alcanzando tintes desastrosos.

—Si yo estoy muy tranquilo —dijo Miguel con esa sonrisa sardónica haciendo con su mirada un barrido general por toda la mesa—, ¿tú estás tranquilo Diego?

—Sí… —dijo Diego avergonzado arrastrando un poco la «i».

—¿Veis? Si es que uno ya no puede decir hoy en día lo que piensa, decir las cosas a la cara, la gente habla y habla, pero siempre a las espaldas —dijo señalando con un dedo a Diego de forma desinteresada—, y luego pasa lo que pasa, que uno ya no se puede fiar ni de su propia familia… —concluyó Miguel moviendo la cabeza hacia ambos lados mientras su mujer pasaba extasiada sus largas uñas por su nuca.

—Bueno y… ¿tienes pensado hacer algo especial para este fin de semana Carlos? —preguntó la madre de Ariel para cortar de una vez con esa estúpida conversación que nadie allí entendía.

—¿Yo? Bueno pues… la verdad es que sí, mañana me han preparado una fiesta de celebración por todo lo alto, habrá de todo, buena música, mucha gente y lo más importante, podré ir con mi nuevo BMW —dijo Carlos orgulloso como un niño que enseña a sus amigos un juguete al que ningún otro le han comprado.

—Vaya, pues eso está muy bien Carlos, no sabes cuánto me alegro —añadió la madre de Ariel.

—Sí, tienes mucha suerte al tener un coche como ese chico —dijo José sonriéndole.

—Bueno, mi padre siempre dice que la buena o la mala suerte es la que uno se busca, ¿tú qué dices Diego? —dijo Carlos sonriendo y dándole una palmada en la espalda a Diego como si fueran amigos de toda la vida.

—Sí, es posible que así sea, pero a veces resulto curioso cómo la suerte cambia de lado cuando menos te lo esperas. —Se quería ir de allí ya, Ariel se había quedado muy corta cuando le dijo que sus tíos y su primo eran insoportables.

—No lo creo Diego —dijo Miguel sonriendo desde la otra punta de la mesa, todavía no había acabado con él—, la suerte o el azar no son más que patrañas, burdas justificaciones de algunos irresponsables, todo, absolutamente todo lo que nos pasa ocurre como consecuencia de algo, de ahí viene lo de ser consecuente con lo que uno dice o hace. —Uno podría escoger que lo apuñalaran antes que soportar la sonrisa como la que Miguel le dedicaba.

Miguel, una palabra más, uno solo de esos comentarios, y este cuchillo, tan inofensivo y brillante que ahora descansa bajo mi mano se clavará en esa prominente nuez del cuello de tu hijo que no ha dejado de provocarme en toda la noche, ¿sabías que es una muerte horrible?, morir asfixiado quería decir, no es una muerte limpia, es sucia, muy sucia, se tarda unos cuantos minutos en abandonar el barco, puede variar en función de la capacidad pulmonar de ese mentecato que ahora ríe a mi lado, del volumen sanguíneo que recorre cada milímetro de su cuerpo, tu mujer gritará como una loca, la sangre siempre nos hace gritar, no sé por qué, pero es así, digamos que es una reacción natural, sobre ti caeré como un relámpago antes de que siquiera te des cuenta de lo que está pasando, compartirás cuchillo con tu hijo, compartirás muerte con tu hijo, este pequeño trozo de acero te entrará entre la escápula y la clavícula, hacia abajo, he oído que es horrible, que la sangre le sale a uno por la boca, así que yo que tú la dejaría bien cerrada si no quieres que te la cierre yo para siempre.

—Bueno, creo que nosotros nos vamos a tener que ir ya, se nos ha hecho un poco tarde y habíamos quedado con unos amigos —dijo Alba poniendo una mano sobre su hermana, que miraba a su tío con todo el odio del mundo.

—Bien, no quisiéramos interrumpir una… ¿cómo lo llamáis hoy en día? ¿Noche de fiesta? —dijo Miguel levantándose con una sonrisa.

—Id con mucho cuidado por favor chicas —dijo la madre de Ariel mirando a sus hijas—, cuida de ellas eh Diego.

—Sí sí, por supuesto, no se preocupe por nada señora, no las voy a dejar solas ni un minuto —dijo Diego recogiendo los pedazos en los que Miguel lo había dejado.

—¡Pero bueno! ¿Tan mayor me ves para que me trates de usted? —dijo divertida la madre de Ariel.

—No qué va… para nada… yo no quería decir… —dijo Diego sonrojado.

—Que es broma tontito, pasarlo muy bien chicos.

—Bueno Diego, espero que te no haya molestado nada de lo que he dicho, ya sabes que los hombres de mi edad a veces somos un poco impetuosos —dijo Miguel acercándose a Diego cuando ya se preparaban para salir.

—No, qué va, tranquilo… —*No me ha molestado, es solo que ahora mismo no pienso en otra cosa que en no volver a verte en mi vida*.

—Ven aquí anda —dijo Miguel abriendo los brazos a boca jarro, haciendo imposible que pudiera escapar, fue sin lugar a dudas el abrazo más frío que recibió en su vida, un par de palmaditas en la espalda y un «ya es suficiente» repentino y desinteresado acabaron con esa farsa—. Ariel, ¿no vas a despedir a tu tío? —dijo mirándola como si fuera la niña de sus ojos.

Ariel se acercó a él sin dirigirle la mirada para darle dos rápidos besos.

—Vaya, estás hecha toda una mujer Ariel, realmente preciosa —dijo Miguel poniendo las manos en sus caderas mientras le daba dos besos que su cuerpo interpretó como si la estuviesen violando.

Una vez en el coche, después de no decir ni una sola palabra desde la puerta de la casa, Ariel soltó un gutural y ensordecedor grito no proporcional al tamaño de su cuerpo, Diego y Alba se quedaron mirándose y empezaron a reír a carcajadas viendo como Ariel se desgañitaba.

—Lo siento chicos, pero llevaba mucho rato conteniéndolo —dijo Ariel con las mejillas enrojecidas.

—Venga tontita, no te preocupes, vámonos ya de aquí —dijo Alba arrancando el motor del coche.

—Sí, vámonos por favor.

Cuando Alba encendió el motor del coche Diego todavía podía sentir ese ligero temblor de manos que había ido haciéndose más y más incontrolable desde que Miguel había empezado el interrogatorio, en ese momento deseó poder estar solo un minuto, consigo mismo, descargar toda esa sensación que descendía desde su nuca hasta el resto de su cuerpo, en cada músculo, rompiendo algún objeto, en cada articulación, o liándose a puñetazos contra una pared, que lo amenazaba con tomar el control de su cuerpo, tarde o

temprano saldría, podía sentirlo crecer en su interior, cada día, más fuerte, más real, más cerca, ya llega.

PARTE 3

LAS MALAS PERSONAS

"*No sé si alguna vez les ha pasado a ustedes*
pero cuando la lluvia cae sobre el Botánico
aquí se quedan solo los fantasmas.
Ustedes pueden irse.
Yo me quedo".

Mario Benedetti, A la izquierda del roble.

CAPÍTULO 31

JACINTO “EL CHARCUTERO”

Jacinto *el charcutero* se pasó la mañana entera afilando su enorme colección de cuchillos. La gente no solía apreciar su trabajo, les bastaba con cualquier objeto que acabara en punta, pero aun así a él le gustaba hacer las cosas bien hechas, aunque fuera el único que lo apreciara. Se tomaba su tiempo, trataba a sus cuchillos con suma delicadeza, como si fueran sus hijos, para cada uno de ellos empleaba el proceso más adecuado, el que más le convenía para mantener el filo lo más cortante posible sin llegar a perder demasiado acero por el camino.

Lo primero que hacía era extenderlos sobre una suave tela de seda, por orden, primero los más pequeños, los deshuesadores, con una fina hoja de una longitud media de quince centímetros, una parte roma y otra con filo, estos los solían utilizar los que se las daban de profesionales, haciendo pequeñas incisiones aquí y allá alrededor de un hueso o de un órgano genital. Luego estaban los de tamaño medio, los llamados cuchillos de remate, estos eran de lejos sus preferidos, cuchillos rectos de doble filo con una empuñadura fabricada en madera de olivo o en asta de ciervo y una elegante espiga central que le daba un aspecto semejante al de una espada medieval en miniatura pero sin la guarnición, perfectos para los que preferían clavar si preguntar, sin saber hasta qué lugar les llevaría esa hoja antes de ver detenido su paso. Por último estaban los cuchillos *Bowie*, de tamaño medio pero con un espesor en su hoja mucho más grande que los anteriores, un lado romo y el otro con filo, excepto en la punta de la hoja, que acaba haciendo una pequeña curva con filo por los dos lados, este era sin lugar a dudas el que más faena le daba, y solo los utilizaban ocasionalmente, cuando alguien se ponía especialmente animal y lo que quería era acabar cuanto antes causando el mayor daño posible.

Luego le tocaba el turno a las piedras de afilar, de diferente gramaje, con diferentes tipos de mantenimiento, una para cada parte del proceso. La parte menos agradecida del proceso era la primera, la de vaciado, donde con cada pasada del cuchillo sobre la piedra mojada producía en la hoja un deterioro y una pérdida muy significativa de acero, casi imperceptible para cualquier persona pero muy a tener en cuenta para alguien que se pasaba el día

observándolos, que tenía muy claro que con cada nuevo afilado, sus cuchillos perdían un día más de vida. No obstante esta parte era imprescindible si quería conseguir su objetivo final, que el cuchillo cortara la carne como si fuera mantequilla. Después le tocaba el turno a la parte de afilado o afinado, aquí es donde más disfrutaba.

Escogía una piedra de grano fino para empezar, procurando formar ángulos muy pequeños en el filo de la hoja, de unos diez grados más o menos, esto suponía más trabajo, ir con mucho más cuidado, pero el resultado final era impresionante, esa gente no sabía apreciar su trabajo, no se enteraba de nada, no tenían ni idea de lo difícil que era para un cuchillo pasar como si nada a través de una estructura bastante más dura que la piel o la grasa, como por ejemplo un tendón, un nervio o un cartílago. Antes de pasar a la última parte le daba un último afinado con una piedra de grano todavía más fino que la anterior, no es que ganara demasiada capacidad de corte, pero sí ofrecía un aspecto muy profesional, además de aportar ese característico efecto de que con solo posar el filo sobre la piel ya dejaba sobre ella una fina y delgada línea roja, casi inexistente, apenas sangrante. Por último llegaba la fase de pulido, la piedra utilizada era la que tenía el grano más fino que se podía encontrar, las pasadas eran infinitas, el desgaste o abrasión de la hoja prácticamente nulo, pero conseguía que los cuchillos brillaran tanto que uno se podía ver perfectamente reflejado en su pequeña hoja, resplandecientes entre los vaivenes de la luz del fuego de las velas que utilizaban en esos rituales.

Por supuesto tenía muchos más tipos de cuchillos, como los destripadores o los desolladores entre otros, pero hubiera sido absurdo darle a una de esas personas un cuchillo que requería un juego de manos mucho más preciso que el simple clavar y cortar, que era lo que normalmente hacían. Una vez acabado el trabajo, solo rezaba para que al terminar, volvieran a casa cada uno de sus cuchillos sanos y salvos, después ya se encargaría de la operación lavado.

CAPÍTULO 32

LA MÚSICA INFINITA

Si tú supieras, qué vergüenza más grande, no volverías a mirarme a los ojos, si pudieras ver todo lo que estoy haciendo me pegarías un tiro en la cabeza.

—Buenos días princesa, ¿te apetece una taza de café?, está recién hecho —dijo Pedro muy sonriente acercando un humeante tazón a su nariz, Silvia entreabrió los ojos todavía desde la cama y le dedicó una dulce y tierna sonrisa.

—Ven, acércate un poco más, quiero decirte algo —dijo Silvia entre susurros después de desperezarse estirando los brazos y las piernas.

—Dime preciosa —dijo Pedro acercándose a ella.

Silvia lo cogió por la camiseta y lo llevó hasta sus labios, dándole un largo y apasionado beso, su lujuria estaba desenfrenada, no sabía si podría deberse al morbo de estar haciendo algo tremendamente prohibido o si sería fruto de la adrenalina que su cuerpo segregaba cada vez que le venía a la cabeza la misión suicida que en los próximos días tendría que llevar a cabo, pero lo cierto es que ahora mismo solo pensaba en el sexo. Metió una mano por dentro de sus pantalones, buscando su pene, Pedro apoyó sin dejar de besarla la taza en la mesita de noche, Silvia jadeaba y se separaba para mirarlo a escasos milímetros de su cara para después volverlo a besar mientras con su mano lo masturbaba, Pedro le subió la camiseta y empezó a besar sus pechos, con delicadeza, primero uno y después el otro, Silvia deslizaba los dedos por su cabeza, su pelvis se movía de forma automática hacia delante y hacia detrás, soltaba pequeños gemidos con los ojos cerrados, Pedro puso sus manos sobre sus caderas y tiró hacia abajo del pantalón y sus bragas, la penetró de forma suave, ella lo abrazaba con sus piernas, disfrutando con cada movimiento, él aprovechó para darle tiernos besos por el cuello, con una de sus manos acariciaba sus pechos, Silvia estaba al borde del éxtasis, moviendo su pelvis cada vez más rápido, clavando las uñas en su espalda, los dos terminaron en un fuerte y sonoro orgasmo, abrazados, él sobre ella,

compartiendo el aire que respiraban, uno exhalaba y el otro inspiraba, tranquilizando a sus latidos, en silencio, diciéndose te quiero.

Edo el Gordo apoyó su barbilla en una de sus manos, sus ojos miraban de forma alterna a una lámina que tenía encima de la mesa y a los ojos de Diego, que lo tenía enfrente.

—Chaval… tengo que decir… ¡que esto es la puta hostia! —dijo Edo alzando su aguda voz—. ¿Cómo cojones lo has logrado?

La lámina que Diego había dibujado como portada del disco que Edo pretendía que algún día viera la luz era de bastante más calidad que la música que el Gordo berreaba como si lo estuviesen matando, y ese era precisamente su objetivo.

—¿En serio te gusta? ¿Es lo que querías? —dijo Diego que en un segundo había pasado del miedo al fracaso a la felicidad del éxito.

—Joder tío ¿que si me gusta?, esta puta mierda vale su peso en oro chaval, ¡los de ahí afuera van flipar cuando lo vean! —dijo estirando la mano hacia ninguna parte y arrugando su gomosa cara como si estuviera a punto de echarse a llorar, le importaba nada que el bar estuviese vacío o lleno hasta reventar—. Van a saber quién es Edo el Gordo, porque yo, a diferencia de todos esos perdedores que rondan las discográficas sé quién soy, sé lo que quiero y me importa una puta mierda si algún cabrón se parece a Brad Pitt o si la vecina del quinto está más buena que el pan, ¡yo! —dijo con mucho énfasis y formando un círculo con su boca—, ¡tengo una personalidad joder!

—Vaya Edo, no sabes la alegría que acabas de darme, no las tenía todas conmigo sabes… incluso estuve dudando hasta el último minuto sobre si traértelo o no —dijo Diego exultante y crecido, a diferencia de lo que otros pensaban, a él la felicidad del Gordo le resultaba tremendamente contagiosa.

—¿Me tomas el pelo? —dijo levantando sus manos mientras fruncía el ceño—, esto de aquí —dijo poniendo su curvilíneo de dedo sobre la lámina— tiene cojones, tú —ahora señalando a Diego—, tienes cojones chaval… ¿cómo tengo que explicarte las cosas para que las entiendas? Cuando este país te la espalda hay que aprovechar para darle una patada en el culo, y si se gira entonces se la das en los huevos —dijo huevos de un forma que parecía que estaba pronunciando hasta la hache—, chaval… no queda más remedio… esto hay que celebrarlo sin demora… ¡¡Rubia!!

—¡Mueve el puto culo de una puta vez y ven tu aquí Gordo! —gritó Raquel desde la barra.

—Joder tronco… cómo me acojona esa mujer y cómo me pone al mismo tiempo… ¿no te lo he dicho?, a mi es que me van las tías con carácter, con un par de cojones, las que no se amilanan con nada, no esas princesitas que van por ahí como si fueran divas… esta noche… —dijo mirándolo seriamente.

—¿Esta noche qué?

—Fiesta loca, no puedes faltar —dijo Edo muy serio señalándolo con un dedo.

—Está bien Edo, por supuesto, cuenta conmigo, bueno conmigo y con mi novia, Ariel, no te importa ¿no?

—Claro que no joder, cuantos más seamos mejor, hay que montar una buena, yo ahora cuando se acerque el Tirillas se lo digo y verás que pronto se apunta, mira, mira —dijo el Gordo como un niño haciendo una travesura—. ¡Rubia! ¡¿Dónde están esas cervezas?! —dijo levantando la cabeza como un pavo real—, espera y verás chaval…

—¡Gordo! ¡Me cago en la puta! ¡Como vaya ahí te vas a enterar! —gritó Raquel con cara de pocos amigos.

—¡Venga joder mueve ese culito de una vez mujer!, observa y verás chaval, vas a flipar —dijo el Gordo mirando a Diego que reía divertido los juegos que se traía Edo entre manos.

La Rubia dejó el trapo que tenía en las manos sobre la barra y salió en dirección a la mesa en la que estaban Diego y Edo, a Diego le recordó la vez en que Natalia lo abofeteó en los jardines de la facultad.

—Joder tío ahí viene, mira cómo se le mueven tío, ¿recuerdas lo que te conté de las tetas?, Raquel va de hormonas hasta arriba —dijo Edo hablando muy bajito mientras miraba de reojo cómo se acerba Raquel enfurecida.

—A ver, ¿qué coño estabas diciendo? —dijo la Rubia poniéndose al lado de Edo con los brazos en jarra a la altura de sus cadera y su pecho muy cerca de su cara.

—No te pongas así Rubia… que ya sabes que yo te aprecio un montón…

—Mira no me toques los ovarios Edo, que bastante tengo yo ya como para que me vengas tú con tus gilipolleces, que sea la última vez que me hablas de esa forma ¿te queda claro? —dijo señalándolo con un dedo.

—Vale vale Rubia… perdona mujer… te prometo que es la última vez… —dijo Edo bajando un poco la cabeza y haciéndose el inocente.

La Rubia se quedó mirándolo un par de segundos y se dio la vuelta resoplando hacia la barra.

—Joder tío… quien fuera su novio… no sabes lo que me va cuando se pone así…

—Bueno Edo yo me tengo que marchar ya, no vemos esta noche entonces…

—Claro que sí chaval, esta noche fiesta, la más grande a la que hayas ido nunca, vas a saber lo que es salir de marcha con Edo el Gordo —a Diego ese hombre le hacía una gracia tremenda—, otra cosa más chaval…

—¿Sí?

—¿Tú eres de tetas o de culos?

—¿A qué te refieres?

—Joder chaval, ¿te lo tengo que explicar todo?

—No sé Edo… es que no sé qué quieres decir exactamente…

—Chaval, ¿tú en qué te fijas primero en las tetas o en el culo de una mujer?

A Edo el Gordo se le había metido en la cabeza hacer de Diego su Pigmalión.

—Pues no sé, yo te diría que en los ojos…

—Contigo no hay quien pueda ¿eh?, durante toda la vida han existido tres tipos de hombres, a los que se les va la mirada a las tetas, yo soy uno de ellos por cierto, los que se quedan embobados mirando un culo y los que son como los ambidiestros, les va una cosa u otra por igual.

Diego alucinaba con la vida a través de los ojos del Gordo.

—De acuerdo Edo, pues si tengo que elegir, yo creo que soy de los ambidiestros…

—Eso ya lo veremos chaval, que no es tan sencillo ni somos tan simples como parece, uno no elije lo que es, uno nace de una forma u otra, así de simple, igual que un gato nace blanco o nace negro, a pesar de sus pesares, pero tú no te preocupes por eso ahora, ya tendremos tiempo de averiguarlo, ¡no hay nada mejor que conocerse a uno mismo! —dijo Edo el Gordo dándole en el pecho un pequeño golpecito con el dorso de la mano—, venga chaval, largo de aquí si no quieres ver a esa novia tuya enfadada, porque ten claro una cosa, todas, absolutamente todas las mujeres adoran pillarse un buen mosqueo con sus novios de vez en cuando, tarde o temprano siempre acabamos jodiéndola de alguna forma u otra y ellas estarán al acecho dispuestas a hincarnos el diente, así que venga, no le demos motivos.

—Eso sí es cierto, Ariel se ha cogido ya algún que otro enfado conmigo, bueno, pues hasta la noche Edo.

—Pues claro que sí chaval, eso es que tiene un par de cojones, ¡nos vemos chaval!

Lucía Val se cepillaba el pelo frente al gran espejo ornamental que tenía en el tocador de su habitación. Con calma. Deslizaba las púas de madera por su larga melena que esa noche la tenía peinada hacia un lado de la cabeza, tapándole ligeramente su ojo izquierdo. Sin prisa. Cuidando hasta el último detalle. Un rojo intenso. En sus labios. Una sonrisa complacida. Concentrada. En sus ojos. La excitación. Rozando con la punta de los dedos la imagen que el espejo proyectaba. El placer que esa noche le esperaba. De otro mundo, en otro estado de consciencia. Todo. Lo daría todo. El placer infinito. En trance. Volar. Su alma podía volar, a cualquier lugar. El cielo y el infierno. Nadie que no lo hubiera experimentado podría llegar a entenderlo. El amor. El miedo. La rabia.

La nostalgia. El deseo. El fuego. Todo. Absolutamente todo. Podía sentirlo todo. Nadie lo entendería. Deslizándose. Entre el bien. A través del mal. No había nada. Solo la nada. La eternidad. Inmortal.

Carlos estaba nervioso. La inquietud de la primera vez. Solo existe una primera vez. La ropa oscura, negra, como la noche. La primera vez. Esa noche era para él, de nadie más. Solo él. La luz de las velas, junto a su madre, Lucía. Al lado de su padre, Miguel. Volver a nacer. Esa noche, resurgiría. Entre tinieblas. Trascendería. A otra vida. Con otra vida.

Miguel quería poseer. Una vida. Una necesidad. Muchas vidas. Solo poseer. El placer. El mejor regalo del mundo. Una vida. Para su hijo. Las preocupaciones, los problemas, no existían. Durante una noche, mirando al vacío. Bailando con la muerte. El tiempo, el espacio, no existían. No en esa noche. El poder, el dinero, de poseer, de conquistar. La vida.

—Vamos a necesitar más armas sabes princesa… con esto no hacemos nada… —dijo Pedro mirando las dos pistolas reglamentarias de Silvia.

—Ya lo sé Pedro, estoy hecha un lío, ahora mismo no sé qué pensar la verdad… —Silvia se pasaba sus manos por sus cabellos resoplando.

—Princesa… ya te he dicho que no tienes por qué venir… yo solo puedo hacer mucho daño entiendes… puedo llevarme a unos cuantos por delante… no me gustaría nada que te pasara algo sabes… —dijo mirando con ternura a Silvia.

—Ni lo sueñes Pedro, tenemos un plan, y eso me incluye a mí, y te aseguro que esos hijos de puta van a saber lo que es sufrir. —En la cara de Pedro aparecieron sus dos hoyuelos al ver a Silvia recuperar toda su energía.

—¿Te has pensado lo que te dije de hablar con Toni Míster T?, creo que podría sernos muy útil sabes… aunque pueda parecer lo contrario es bastante fiable cuando da su palabra, o al menos hablar con la patrulla vecinal esa ¿no crees?, es bastante probable que alguien quiera apuntarse…

Pedro trataba de que Silvia fuera la que decidiera, era la primera vez que se sentía querido en su vida y no quería que se enfadara, por eso le hablaba con tanta cautela, tampoco quería que la masacraran allí dentro, sabía que esa gente estaría bien preparada y que ellos dos solos con una pistolita cada uno acabarían haciendo el ridículo.

—Claro que lo he pensado Pedro, pero las cosas no funcionan así ¿comprendes? No todo es tan sencillo como tú lo ves… si resulta que conseguimos a más personas para que nos ayuden y les pasa algo no me lo perdonaré nunca ¿entiendes?, no sé cómo será en tu mundo pero en el mío tomarse la justicia por la mano es algo muy serio, por no decir que está totalmente fuera de la ley, ¿tengo que recordarte que soy policía? —Silvia estaba aterrorizaba, pero no quería que Pedro se lo notara.

—Preciosa… claro que lo entiendo… y por supuesto que no me he olvidado de que eres policía ni de lo que todo esto supone para ti, pero tú también tienes que entender que torturar y asesinar a todas esas chicas tampoco es que sea muy legal sabes… y toda esa gente que debe estar sufriendo lo indecible es libre para decidir si pone su vida en peligro o no, nosotros no vamos a obligar a nadie, pero a lo mejor hay personas que necesitan hacer esto tanto como tú y yo sabes…

—Pues no, no lo sé Pedro, o sí, yo que sé… por una parte tienes razón… pero por otra… no quisiera que más personas acabaran heridas o muertas por mi culpa… todo esto es una mierda Pedro… —Silvia tenía dudas, muchas.

—Mira princesa… —dijo Pedro acercándose a Silvia y poniendo una mano sobre su hombro—, tenemos aún unos días, para pensar las cosas con calma, ¿nunca has oído eso de que la opción más sencilla suele ser la correcta?, pues bien, si necesitamos ayuda, vayamos a pedirla, y si necesitamos armas, vayamos a buscarlas.

—Déjame pensarlo un poco Pedro, necesito algo más de tiempo —dijo Silvia acariciando la mano que Pedro tenía apoyada en su hombro.

®

LA CREMA ANTIARRUGAS

Noventa y siete por cien de efectividad, setenta y ocho por cien más de eficacia, hasta un cuarenta por cien más de tersura. Soltar porcentajes a diestro y siniestro se había convertido en una poderosa herramienta de *marketing*, aunque no tuviésemos ni idea de qué significaban exactamente ni sobre qué patrón de normalidad se asentaban, no importaba, el caso es que la gente creía en ellos. Elimina las arrugas, haz que desaparezcan los primeros síntomas del envejecimiento, testado científicamente. Una mujer que no debía tener más de treinta y cinco años se acariciaba y se observaba en un espejo, recién levantada, sin apenas ropa, antes de salir de casa, su piel era tan perfecta que a uno le daban ganas de levantarse y acariciar la pantalla de televisión. La seriedad con la que presentaban esa fabulosa crema antiarrugas hacían pensar dos cosas, primero, que envejecer debía ser como una enfermedad mortal, en lo de mortal puede que tuvieran algo de razón, y segundo, que a través de nuestra imagen tal vez alguien pudiera burlar a la muerte, qué importaba si nuestras articulaciones se habían quedado sin cartílagos o si nuestros riñones ya no podían ni con su alma, qué había de malo en hacerse mayor, como si una tuviese la culpa de los efectos del paso del tiempo, como si el misterio de la vida residiese en permanecer joven eternamente.

®

El parking de una discoteca como esa, a veces, como esa noche, parecía tener vida propia, un alma, que se contagiaba y se propagaba por todos sus rincones hasta el interior, donde un vigilante de seguridad aguardaba en la puerta con los pulgares metidos en la cintura de su pantalón. Un autobús frenaba levantando una nube de polvo y de grava, las gafas de sol puestas o sobre la cabeza, pantalones subidos hasta el ombligo o bajados hasta los tobillos, dependiendo de si alguien salía o entraba, la parte de atrás de un coche daba para lo que daba. Alguien habría el maletero de un coche, dos mil vatios, una tapa y dos altavoces, y allí dentro no cabía nada más, no hacía falta más para que los cristales empezaran a vibrar hasta reventar y las conversaciones solo se escucharan a gritos. Otro se mojaba las manos en una bolsa de hielos, un cubalitro, compartido, entre varios o a veces con uno mismo. Nadie parecía tener tabaco, todos pedían un cigarro que alguien acababa sacando retorcido y

de un paquete medio vacío de unos pantalones apretados. Un coche llegaba demasiado rápido para acabar derrapando entre risas y más gritos, Edo el Gordo decía que él, cuando bebía, a diferencia de otros, controlaba, el Tirillas daba palmadas sobre la chapa de la puerta, con el brazo por fuera, la ventanilla bajada, allí nadie tenía frío, en la parte de atrás, Ariel y Diego sonreían con cada curva, que los zarandeaba junto a Luis Ber de un lado a otro como si estuvieran subidos a lomos de un toro mecánico. La noche no había hecho más que empezar, a partir de ahora, el tiempo, en el interior de esa discoteca, se detendría, donde algunos minutos parecerían horas, donde las horas, para algunos, serían días.

Carlos descendió por una escalera que solo se veía a medias, un olor a incienso, a iglesia, subía hacia arriba, penetrando en su interior, a través de sus fosas nasales, buscando la superficie, fuera, donde nadie sabía, perdiéndose para siempre en cuestión de segundos. Una música, infinita, unida a unas voces, desoladoras, quién sabe qué dirían, de dónde provendrían, los ecos rebotaban en las paredes de piedra viva que parecía que los oían, tambores del infierno redoblaban desde alguna parte, los rostros se veían deformados entre tenues luces que permanecían en continuo movimiento, mecidas por las corrientes de aire viciado que las envolvían, un aire como el que nunca antes había respirado. Las personas no eran más que sombras, las sombras alargadas y desfiguradas se eternizaban hasta fundirse unas con otras. En una sala, cavernosa, apagada, alguien gritaba, alguien suplicaba, el placer de alguien se multiplicaba, en otra, un grupo de personas conversaba, sin decirse nada, en silencio, bebiendo de una copa, fumando de un cigarro que se tomaba su tiempo y se desprendía en un humo denso y lento, esponjoso, formando pequeñas nubes que recordaban al cielo de una sucia noche de invierno. En otra sala, alguien lo esperaba, en el centro, una mujer se suspendía en el aire, atada, desnuda, una vida que se apagaba, en silencio, con la boca tapada, su madre le sonreía y le decía ven con la mirada, su padre permanecía serio, esperaba que estuviese a la altura, de su noche, de esa noche, donde nadie entendía, donde todos lo verían, donde una vez dentro, ya nadie salía.

El amplio pasillo que se extendía desde la entrada de la discoteca hasta la pista de baile principal era una especie de túnel de los horrores, pero con algo

más de gracia. Un grupo de personas se apostaba allí, de forma voluntaria y a modo de comité de bienvenida, parecía que no querían acabar de entrar ni de salir, simplemente aquel era su lugar, convirtiendo la capacidad de paso en un ejercicio de fricción y de fuerzas de rozamiento. Dos chicas se abanicaban con violencia, moviendo el tronco como un péndulo, a izquierda y a derecha, con las camisetas anudadas por encima del ombligo, sudadas, mientras se deshidrataban. Otro chico movía su cabeza de forma arrítmica y hacia todos lados, como una gallina hambrienta cacareando, mientras, con un mano, puño cerrado, daba golpes en el aire, arriba y abajo, como si fuera un martillo aplastando clavos, otras tres sujetaban con una mano un vaso de tubo y con la otra un cigarro, meciéndose sobre sus caderas, repartían sonrisas a todo aquel que entraba, que algún ingenuo confundiría como una muestra de coqueteo. Dos chicos con camisas estampadas de curiosas formas geométricas y que no se entallaban en ninguna parte de su cuerpo miraban hacia todas partes, o hacía ninguna, bajo unas gafas de sol oscuras, parecía que trataban de ubicarse o buscaran la dirección de alguna calle, en alguna ciudad europea, uno señalaba con un dedo hacia el centro de la pista de baile, el otro decía que no con el suyo y hacía lo propio señalando hacia afuera, luego se reían y se pasaban una mano de forma rápida, casi como un tic, por la parte de su pantalón que quedaba justo a la altura de sus genitales.

Diego no había dejado de sonreír desde que había subido a ese coche, todo lo que allí pasaba tenía un sentido, y a la vez ninguno, disfrutar, pasar de todo, como algunos decían, dejarse llevar, dejar de pensar. Ariel no se despegaba de él, cariñosa, besucona, entre abrazos, rebosaba felicidad con cada mirada, con cada sonrisa, cuánto adoraba esa sonrisa, que activaba el centro de su felicidad de forma automática. Al fondo, apoyado en la barra, esperaba Edo el Gordo, al lado de una fila de chupitos, les decía «venir» con sus manazas de plastilina.

—¡Vamos chaval, ya te dije que salir con Edo el Gordo era lo más grande que te podía pasar! —dijo Edo pasando un brazo por detrás del cuello de Diego—. ¡El futuro! ¡Es! ¡Tuyo! —gritó el Gordo abriendo mucho los ojos y aplastando un carnoso dedo contra su pecho, Diego le respondió con un sincero y vaporoso abrazo.

—¡Venga chicos! ¡Arriba esas manos! —gritó el Tirillas aplaudiendo con las brazos por encima de su cabeza con tanta fuerza que a uno le dolían las manos solo de verlo.

Ni aun hablando a gritos se escuchaba la mitad de lo que se decía, pero la gente respondía «sí» con la cabeza y luego sonreía, que más daría. La música,

esa música infinita, sin arreglar y sintética no pasaba por las orejas, se metía directamente en tu cabeza, un decibelio detrás de otro, aquello no era sonido, vatios y más vatios, tan solo era ruido, ensordecedor, tampoco hacía falta escucharlo, solo había que sentirlo.

—Ven cariño, acércate. —Su madre le sonreía, esa noche, no era su madre, no era Lucía, era sensual, era lujuria—. Mírala, es tuya, para ti, disfrútala.

—Pasándole un mano por su nuca, con sus uñas, enfrente, la doctora Rueda esperaba, atada, suspendida en el aire, como un ángel, desnuda, gemía, con los ojos, con la garganta, con todo lo que podía.

—Quiero penetrarla —dijo Carlos absorto, con la mirada fija en su vagina.

—Claro que sí mi vida, pero hazlo con fuerza, que le duela, tu placer es su dolor. —Le susurraba su madre al oído, de su hijo.

Carlos se acercó a la doctora Rueda, un poco más, su corazón latía con fuerza, el de ella no sabía dónde esconderse, un fuerte golpe, ya estaba dentro, qué sensación, a su disposición, para lo que él quisiera, otra vez, otra penetración, qué placer, su primera vez, la doctora Rueda se retorcía, de dolor, de puro terror.

—Ten cariño, ¿quieres cortarla?, tienes que probar esa sensación, cómo se desangra entre tus piernas. —Lucía le pasaba uno de los elegantes cuchillos de remate de Jacinto el charcutero.

Carlos estaba completamente fuera de sí, penetrándola con violencia, con el cuchillo en una de sus manos, lo deslizó con suavidad, entre sus pechos, cómo cortaba, que fácil entraba en esa suave piel tostada, la sangre resbalaba, algunos se acercaban, para ver más de cerca, parecían buitres carroñeros, su madre pasó la lengua por el pecho de la doctora Rueda, saboreando la sangre fresca, su padre estaba nervioso, se acercó a la altura de la cara de la doctora, le dio un fuerte bofetón, y después otro, extasiado, la nariz de la doctora empezó a sangrar, otro más, más fuerte, necesitaba desahogarse, con una mano apretaba su cuello con fuerza, la estrangulaba, después la soltaba y la volvía a golpear. Carlos estaba a punto de acabar, a la doctora Rueda todavía le faltaba mucho por sufrir, estalló en un desgarrador grito, apretando los glúteos, aplastando sus pechos con violencia, sin importarle que el cuchillo que tenía en una de sus manos se clavaba bajo sus clavículas con cada envestida, su padre seguía golpeándola, en otro estado mental, su madre masajeaba los hombros de su hijo, con la boca entreabierta, más curiosos se

aceraban, a ocupar su lugar, como hienas olfateando una vida que se apaga, en algunas manos resplandecía la hoja de un cuchillo, otros desabrochaban el botón de su pantalón, una mujer metía una mano por su entrepierna, con la otra se amasaba sus pechos, retorciéndose, entre gritos y jadeos.

La doctora Rueda rezaba, y lloraba, porque a alguien se le fuera la mano y acabara de una vez con todo aquello, por la forma tan horrible de morir que le había tocado vivir, con cada corte, por su madre y por su abuela, por todos los días de su vida, con cada nueva penetración, por su hermana y por sus sobrinas, por qué esa gente tan horrible tenía que existir.

A la salida unos brazos ofrecían sus muñecas esperando a que un cuño se estampara en ellas, como cabezas de ganado, con ganas de más, de volver a entrar. A los oídos les costaba recuperar su sensibilidad habitual, sobresaturados y fatigados, Ariel cogía a Diego de un brazo, rozándose con sus pechos a cada paso, Edo el Gordo caminaba con las piernas muy abiertas y la camisa empapada, probablemente a esas horas ya se habría escaldado la entrepierna, el Tirillas caminaba junto a Luis Ber, cansados, con cada pisada parecía que la grava se agarrara a sus zapatos. Habían tenido suficiente, lo habían dado todo, exhaustos, más que satisfechos, emprenderían el camino a casa, Edo se dejaría caer con dificultad en el asiento del conductor, el Tirillas esperaría con disimulo a que entraran todos, él quería ser el último, en el asiento del copiloto, Luis Ber aceptaría con resignación compartir asiento trasero con la pareja, su pesimista carácter le impedía enfrentarse a casi todo, y Diego y Ariel dormirían abrazados, por primera vez, juntos y sin ropa, lo necesitaban, su cuerpo se lo pedía, desde hacía mucho, quizá desde toda su vida.

CAPÍTULO 33

MIREIA OLMO

Mireia Olmo maldijo el día en que decidió escoger esa profesión, el día en el que aquel juez la escogió a ella como forense de ese caso. Qué demonios pasaría por su cabeza para pensar que eso le pudiera gustar, quién en su sano juicio podía hacer ese trabajo sin quedarse parcial o totalmente trastornado. Y su marido no la entendía, o simplemente no la escuchaba, siempre le respondía lo mismo, dijera lo que dijera, «tranquila cariño, se te pasará». Qué sabría él, si ni tan siquiera sabía lo que le pasaba. Cuando alguna vez trataba de hacerle ver lo que era su día a día, lo que sus ojos tenían que soportar, él le contestaba que no hacía falta que entrara en detalles, que ya se lo podía imaginar, para después rodearla con sus brazos desde atrás o poner una mano en su pecho, como si tan solo con eso fuera capaz de excitarla, como si tan solo con eso todas sus preocupaciones se esfumaran. No tenía ni idea de quién era ella, de lo que pasaba por su cabeza, de sus miedos y de sus deseos, se casó con él porque antes no era así, o ella quiso pensar que no lo era, o él le hizo ver que ella le importaba, que la escuchaba, pero ahora las cartas estaban sobre la mesa, ya no hacía el esfuerzo de aparentar lo que no era, y ella parecía que vivía en una isla desierta, y él parecía no enterarse de nada, a él solo le preocupaban sus números y sus finanzas, y que su mujer estuviera guapa, siempre dispuesta, como una muñeca, tratando de doblegarla día tras día, a su antojo, a su manera.

Lo tenía decidido, ese día pondría punto y final a su matrimonio, quería vivir su vida, no la vida de otro. Y a su trabajo, lo dejaría, volvería a estudiar, lo que fuera, pero no podía volver a ver lo que ahora tenía delante de sus ojos. La gente a veces no entendía, o a lo mejor es que era ella la rara, pero una recibía toda esa porquería y salvajismo a través de sus delicados dedos, de su agotado cerebro, y se iba llenando, poco a poco, y no existía, o no había encontrado, ninguna forma que fuera capaz de sacarle todo eso de dentro.

Nada más abrir la bolsa de plástico su sangré se heló, lo primero que pensó es que esa mujer que yacía en su mesa de exploración podría haber sido ella, se parecían, es posible que tuvieran más o menos la misma edad, el mismo estilo de vida. Debió haber sido una mujer hermosa, en cierta manera

todavía lo era, a pesar de que alguien se había encargado de desfigurar su cuerpo por completo. Nunca en su vida imaginó tanta violencia, un trocito de madera de un par de centímetros de largo asomaba a través de su vagina, maltrecha, desgarrada, una protuberancia a nivel del segundo espacio intercostal fue lo siguiente que llamó su atención, porque era algo duro a la palpación, porque no era una costilla fracturada, alguien que no debía ser de este mundo se había tomado la molestia de introducir un palo de madera por su vagina, atravesando a su paso los intestinos, el diafragma y los pulmones, entre otros órganos, para acabar chocando con la cara interna de su parrilla costal, había sido empalada, eso fue lo que anotó en su informe como probable causa de la muerte. Pero a ese cuerpo todavía le esperaban horas y horas de recogida de muestras, de horripilantes hallazgos, que luego alguien procesaría para acabar diciendo que no habían encontrado coincidencias concluyentes. *Adiós Vanesa Rueda, así es cómo te llamas ¿no?, aunque para muchos ahora solo seas un cuerpo envuelto en un plástico, cuánto dolor debiste sentir, a mí me importas, cuánto sufrimiento soportarías antes de morir, qué horrores tan grandes te hicieron pasar, lo siento mucho de verdad, no sé cómo alguien puede ser capaz de algo así, pero ahora ya puedes descansar en paz, ya nadie te hará más daño, adiós Vanesa Rueda, yo al menos, nunca olvidaré lo que te han hecho*.

CAPÍTULO 34

CRÉEME, ES LO MEJOR PARA TODOS

®

EL PERFUME DE MUJER

Nuevo perfume de mujer. Hablarán de ti. Vive intensamente. Vístete con la nueva fragancia. Serás el centro de todas las miradas. Una mujer deslizaba unas gotas de perfume en su cuello, suavemente, qué manos tan bien cuidadas. Descendía por una escalinata hasta un salón lleno de hombres muy elegantes que se giraban al verla llegar, aunque a su lado, cogidas de su brazo, estuviesen sus mujeres con gesto reprobador, pero no hacia su marido, si no hacia ella, la que deslumbraba, la que vestía un elegante vestido bajo el que se adivinaban unas curvas de ciencia ficción. El nuevo perfume, más fresco, más intenso, hablarán de ti. La silueta de una mujer desnuda dejaba caer unas gotas de perfume en sus muñecas, entrecerraba sus ojos al sentir ese aroma tan embriagador, qué labios tan carnosos, qué mirada tan sugerente. Un hombre sentía un flechazo inmediato al cruzarse con ella en la calle, un hombre perdía su tren mientras la seguía con la mirada, un hombre le abría la puerta de copiloto del coche y le ofrecía su mano para ayudarla a entrar. Descubre la nueva fragancia. Para que hablen de ti. Para que vivas intensamente.

®

—Princesa, escúchame un momento por favor, antes de entrar ahí quiero que pienses una cosa, ya sé que habrás tenido que tratar en tu vida con gente de todo tipo, pero esos de ahí no pueden notar que eres poli entiendes, ahora mismo tienes que pensar que no lo eres, porque esos de ahí dentro desconfían hasta de sí mismo sabes… —Pedro le hablaba a Silvia con parsimonia, despacio, esa mujer tenía temperamento.

—Ya lo sé Pedro, no soy idiota. —*¿Hace falta que te recuerde cómo te machaqué los huevos y la garganta?*

—Y cuando hables con Toni Mr. T no le chulees por favor, aunque tampoco te muestres demasiado sumisa, que vea que tienes carácter, que defiendes tu posición entiendes…

—De acuerdo Pedro, perdona que te haya hablado así antes de verdad, todo esto me pone un poco nerviosa ¿entramos? —*Y perdona otra vez por lo de tus huevos, espero que sepas que aunque a veces te abriría el cráneo en canal adoro cada parte de tu cuerpo, sí, soy así de complicada, ¿pasa algo?*

—Claro preciosa, y no tengo nada que perdonarte, eres adorable —dijo Pedro sonriéndole con un brillo en los ojos.

Toni Mr. T había sido el compañero de cuarto de Pedro durante sus años en el orfanato, nunca llegaron a ser amigos del alma, pero siempre se respetaron, cada uno sabía cuál era su parcela y nunca habían invadido el espacio del otro, tampoco se preguntaron ni se pidieron explicaciones, no era necesario, no allí, incluso hubo unas cuantas veces que se ayudaron, mutuamente, respetando un código que nunca nadie les enseñó, pero que los dos conocían perfectamente.

El cuartucho al que les hicieron pasar hacía las veces de oficina de no se sabe qué negocios se traerían allí dentro entre manos, pero desde luego todo apuntaba a que ninguno entraba dentro de la legalidad. Toni Mr. T estaba sentado detrás de una mesa de escritorio, probablemente en algún lugar había visto que los negocios se hacían así, en sus manos tenía abierto un periódico que parecía estar exprimiendo hasta la última neurona de su cabeza. André Ñíguez, su hombre de confianza, se quedó de pie tras ellos, flanqueando la puerta, en silencio, con las manos cruzadas a la altura de su pelvis. Pedro y Silvia se miraban, esperando algún tipo de atención por parte de Toni Mr. T, que todavía los hizo esperar así, sin articular palabra, durante al menos tres minutos más, mientras él pasaba continuamente la misma página del periódico adelante y atrás, hasta que de un golpe lo estampó sobre la mesa que los separaba.

—¡¿Alguien me puede decir qué mierdas es eso del IBEX 35?! ¡¿Cómo puede ser que ayer tuviera pasta y hoy no?! ¡¿Qué puta broma es esta?! ¡Que me lo expliquen joder! ¡¡Eso me pasa por meterla donde no me llaman coño!! —Toni se expresaba de una forma que parecía estar echándole la culpa de sus problemas al que lo escuchaba y que sus problemas fueran lo más importante del mundo, esa fue una de las razones por las que su última novia lo había

dejado—. Eh Pedro, hermano, perdona por ponerme así, ¿cómo estás? —dijo Toni rodeando la mesa y dándole un pequeño abrazo a Pedro.

—Bien Toni, no me quejo, mira esta es Silvia, una amiga, Silvia, este Toni, o Mr. T como prefieras.

—Hola Toni, encantada —dijo Silvia tendiéndole la mano.

Toni se quedó mirando la mano de Silvia unos segundos, después la miró a sus ojos, y luego a los de Pedro, algo malo sobrevolaba por esa cabeza paranoica y rematada en una tupida cresta, de ahí lo de Mr. T.

—¿Qué coño me has traído Pedro? ¿Una poli? ¿Te crees que soy idiota? —dijo Toni frunciendo el ceño a escasos centímetros de su cara, parecía un pandillero a punto de estrangular al camarero de algún bar por haberle servido a otro una hamburguesa antes que a él.

—Pero Toni… que estás diciendo hombre… ya te he dicho que es una amiga mía… y te puedes fiar de ella tanto como de mi… —Pedro no era de los que aparta la mirada cuando alguien lo desafiaba de esa manera, de hecho, su corazón ni se inmutaba, y eso Toni lo sabía a la perfección.

—Yo no me fio de nadie coño, lo sabes de sobra, ¿me estás vacilando? —Mr. T soltaba las frases a ráfagas y caían como un golpe, una detrás de otra, como un púgil soltando puñetazos uno dos, uno dos, uno dos.

—Mira Toni… a ver cómo te lo digo para que lo entiendas… hemos venido a lo que hemos venido, si no te interesa cogemos la puerta y nos largamos, pero no tengo tiempo de discutir ahora contigo sabes…

Silvia esperaba nerviosa su momento, algo en su interior le pedía que interviniera, decirle a ese niñato que se metiera sus paranoias y sus inseguridades por donde le cupieran, pero tenía razón Pedro, con esa gente no ganaba nada poniéndose a su nivel, además, había que reconocer que la había calado al instante, ¿tanto se notaba que era policía? Toni miró de nuevo a Silvia, frunciendo el ceño todo lo que este daba de sí, parecía un perro policía olisqueando un paquete de droga, luego otra vez Pedro, la situación era tensa, André esperaba alguna orden detrás de ellos, junto a la puerta, aclarándose la garganta con constantes y cada vez más frecuentes carraspeos que recordaban al acomodador de un cine pidiendo educadamente «guarden silencio».

—Está bien coño, sentaos ahí, André, trae lo que tenemos —dijo Toni sentándose en su raído trono.

Si algo bueno tenía Toni es que sus enfados solían durar muy poco, el que lo conocía sabía que con aguantar un poco el envite la cosa se enfriaría con rapidez.

André entró por la puerta con una maleta de grandes dimensiones, la puso sobre la mesa con suma delicadeza y abrió la cremallera de un tirón, como el que se arranca una tirita de un golpe para que el dolor aunque intenso dure lo menos posible.

—Con cuidado André coño, menudo susto me has dado —dijo Mr. T con enfado—, bien, esto es lo que tenemos, dos Berettas del calibre nueve, una Smith & Wesson, dos Star, una Colt…

—¿Una Colt? —dijo Silvia mirando ese revolver que parecía sacado de una película del oeste.

—Sí, una Colt —dijo Toni mirándola con las aletas nasales bien abiertas, ¿*quieres que te lo pinte en la cara monada*?—, tres Sig Sauer, dos Astras y cuatro Glocks, todas están limpias, en estos momentos dispongo de munición para todas ellas menos para la Colt —dijo Toni haciendo énfasis en la «o» mientras miraba a Silvia.

—¿Puedo? —dijo Silvia levantándose y señalando el arsenal de armas.

—Claro muñeca… adelante… pero ni se te ocurra intentar nada raro bombón… están descargadas… no vayas a cagarla ahora preciosa… —*Joder Pedro menuda hembra me has traído, ¿no estaréis juntos ni nada de eso verdad?, porque te juro por dios que me acabo de enamorar, con esa carita de niña buena que tiene y con esa forma de mirar mi colección de pistolas*.

Toni tenía pesadillas con que algún día alguien lo acribillara con su propio arsenal de armas, lo había visto hacer en alguna que otra película y siempre le pareció una muerte muy cruel, por eso siempre tenía todas las armas descargadas, todas menos la que guardaba detrás de su cintura.

Silvia fue directa a por una de las Sig Sauer, le encantaba esa pistola, no es que fuera una fanática de las armas, pero puestos a llevar una, esa es la que hubiera escogido, no la Star que les daban al entrar en el cuerpo, que parecía más bien un juguete y se disparaba solo de mirarla. La sujetó con firmeza, puso un dedo en el gatillo, apuntó hacia un punto en la pared, fuera del alcance de Toni por supuesto, tiro de la corredera varias veces para ver la fuerza del muelle recuperador, no le haría ninguna gracia si al segundo disparo esa pistola se encasquillaba, apretó el retén y liberó el cargador.

—Si las otras dos están bien de momento apunta estas tres —dijo Silvia con profesionalidad mirando a Toni y escogiendo ahora una Glock.

—¿De dónde has sacado esta monada? —dijo Toni con los ojos desorbitados, Pedro le contestó con una sonrisa orgullosa—, cuidado con eso que tienes en las manos muñeca, no lleva seguro. —*Ni yo tampoco, así que mucho ojo conmigo eh*.

Silvia apretó con fuerza un par de veces el gatillo, dos kilos y medio de presión no eran poca cosa, a Toni le caía la baba viendo la naturalidad y la presteza con la que esa mujer manipulaba cada pistola, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa, hasta ese momento nunca se le había pasado por su cabeza, pero desde ese preciso instante poder llegar a estar algún día con una mujer así se convirtió en su mayor fantasía. Silvia puso un ojo en la mirilla, comprobó la estabilidad de la empuñadura y la fuerza de un posible golpeo con la culata, liberó el cargador y lo volvió a introducir con un golpe seco.

—¿Cuánto pides por las Glock, las Sig y la Smitth & Wesson? —dijo Silvia mirando a Mr. T que no sabía si darle un beso en la frente o pedirle matrimonio, *y deja de mirarme de esa forma joder, que soy solo una mujer, no un pedazo de carne*.

—¿Pero en qué coño os habéis metido vosotros dos? ¿Y tú de dónde has salido? —¿*De la isla de las mujeres perfectas*?

—Por lo que veo no tienes ninguna automática ¿no? —dijo Silvia.

—¡No! ¡Por supuesto que no joder! ¡¿Sois de la ETA o alguna mierda similar o qué?! ¿Qué mierdas pasa aquí Pedro? Me lo podrías explicar al menos…

—Toni, hermano… es mejor que no preguntes te lo aseguro… pero no, no somos de la ETA… por ahí puedes estar tranquilo.

—Os voy a decir una cosa, a los dos, no sé para qué cojones necesitáis tantas armas, pero ya que os voy a hacer el favor de venderos toda esta mierda, que como habréis podido comprobar es única y exclusiva exijo una explicación —dijo apoyando su dedo índice sobre la mesa, su película preferida era «el precio del poder»—, porque… a lo mejor… a mí también me interesa subirme al carro… —dijo Toni mirando hacia otro lado y haciéndose el interesante.

—Toni… no quieras verte metido en esta mierda de verdad… digamos que es algo personal entiendes… mantenerte al margen es lo mejor que puedes hacer hazme caso… —Pedro sabía que decirle eso era igual a que se interesara más todavía.

—¿Algo personal dices? Hermano si es algo personal entonces es asunto mío ¿vale?, así que venga, quiero todos los detalles, porque si de liquidar a unos cuantos hijos de puta se trata yo soy el mejor, que no os quepa la menor duda.

Mr. T había pasado en tan solo unos minutos de la desconfianza absoluta en ellos a rogar para que ellos confiaran en él.

Pedro le contó lo que tenían planeado y a Toni le faltó tiempo para suplicarles que le dejaran participar, a él y a André Ñíguez, que la mayoría de las veces dejaba que Toni decidiera por él. A lo mejor Toni Mr. T no era la mejor persona del mundo, pero después de dieciocho años en ese orfanato, no estuvo más tiempo porque le dijeron que una vez cumplida la mayoría de edad allí ya no había sitio para él, algo aprendió acerca de lo que significaba estar completamente solo en el mundo, de lo injusta que podía llegar a ser la vida con algunas personas, y cuando alguna vez se le presentó la oportunidad de poner firmes a más de uno no lo dudó, en su interior había algo que le gritaba que si podía hacer algo por hacer de este mundo un lugar mejor tenía que hacerlo, costase lo que costase, por supuesto no les cobró nada por las armas, invitaba la casa.

Ya no me importa nada, ya no soy la persona que era, no me diferencio en nada de ellos, puede que incluso sea peor, un traidor.

Diego se levantó con una sonrisa en la cara, viendo a la mujer de su vida con la cabeza apoyada en su pecho, con su mano rodeando uno de sus hombros, parecía que se hubiera quedado dormida así para que no se escapara, eso le pareció muy tierno. Pero en cosa de pocos minutos empezó a invadirle una angustiosa sensación de desamparo y de soledad terrible, como nunca antes había tenido, inesperada, de una lucidez implacable. A quién quería engañar, no tenía nada y a nadie, y no era un indigente porque a esa mujer que todavía dormía se le había metido en la cabeza que quería estar con él y lo había acogido como a un perro callejero en su casa, Dios sabría por qué, pero se daría cuenta, antes o después, de quién era él en realidad, de lo equivocada que había estado todo este tiempo. Él no era nada ni nadie, solo un saco de problemas y de disgustos para todo aquel que se le acercara, y Edo el Gordo, Luis o Rubén tampoco tenían ni la menor idea de quién era al que tenían delante, lo raro es que nadie se hubiera dado cuenta todavía. Lo mejor sería salir corriendo de allí lo antes posible antes de que alguien resultase herido, eso no se lo perdonaría nunca, menos si ese alguien fuese Ariel, no podría vivir con eso. Es posible que después de todo su madre tuviera razón, aunque no fuera su madre, que estúpido había sido, creerse capaz él solo de sobrellevar todo esto, su vida, tendría que bajar la cabeza, presentarse delante de la vieja y preguntarle quién era él en realidad, cuál era el verdadero motivo

de cada uno de sus insultos, de sus insinuaciones que ponían en entredicho su salud mental.

Los sueños, otra vez, esos sueños, toda la vida persiguiéndolo, detrás de él, como un incansable cobrador de deudas, esperándolo, detrás de cada sonrisa, al acecho, de cada amanecer, dándole caza como al último demonio de Tasmania, había llegado el momento, justo ahora, tan cerca de alcanzar la felicidad. El pasado se había levantado con fuerza esa mañana, el pasado le había dado alcance al presente esa mañana. A veces la vida se presentaba de buena mañana, ante nosotros, como una interminable preocupación, con una sonrisa torcida, como una enorme e insoportable putada.

Una cosa era tener remordimientos, quién no los tenía, sentirse arrepentido de algo que hicimos y de lo que no nos sintiéramos orgullosos, pero otra muy distinta era haber hecho algo tan horrible que no quisiéramos recordar jamás, que nuestra memoria hubiese encerrado en una caja fuerte, sin llave, inaccesible, hasta que estuviésemos preparados para afrontarlo. A veces los sueños no eran precisamente eso, sueños, ojalá fuese todo tan sencillo, quién no ha querido alguna vez borrar el pasado, o nuestra memoria, ojalá hubiésemos podido, ojalá no lo hubiésemos hecho, el pasado, siempre presente, a veces lo que pensamos que era un sueño no era más que un simple y viejo recuerdo, siempre detrás, siempre delante, en medio, nuestra vida, nuestra condena, nuestra deuda.

Salió de la cama con sigilo, no quería despertarla, no podría decírselo a la cara, se iría de la misma forma en que llegó, en silencio, sin decir nada, ella reharía su vida, estaba seguro, podría llegar a hacer cualquier cosa que se propusiese, empezando por encontrar a alguien que de verdad la mereciese, tenía una familia maravillosa que la apoyaría en todo y tarde o temprano acabaría olvidándose de él, en estos momentos era lo mejor que podía hacer por ella, apartarse. A lo mejor su destino era estar a lo sumo al lado de alguien como Natalia, en cierta manera no eran tan distintos, de hecho ya podría darse con un canto en los dientes de poder estar con una mujer así, porque si esa chica era un bicho raro a él no le llegaba ni a la suela de los zapatos, porque en realidad él no era raro, él era un enfermo mental. Mercedes nunca se cansó de repetírselo por activa y por pasiva, y él a veces no lo tuvo demasiado claro, pero ahora sí, ahora podía recordarlo, *lo siento Mercedes, no debí dudar de ti, aunque tú tampoco me lo pusiste fácil, espero que puedas perdonármelo, que seas sincera conmigo, por una vez, mirándome a los ojos, y lo siento Ariel, debí haber sido franco contigo, tú no te merecías esto, pero las cosas son como son, aunque nos duelan, y a veces es mejor darse cuenta de lo*

equivocados que estábamos aunque eso no resulte difícil de digerir que vivir toda la vida una mentira, solo espero que nunca más vuelvas a saber de mí, que algún día, consigas olvidarme, gracias por los días tan maravillosos que me diste, esté donde esté, siempre te querré, nunca te olvidaré.

Diego esperó un momento en el que la casa parecía estar tranquila, no quería pasar por el trago de encontrarse con sus padres o con su hermana, con sus cuatro cosas colgadas en su mochila y un nudo en la garganta tan grande como una pelota de tenis, abrió la puerta y se marchó.

CAPÍTULO 35

EL ÚNICO LUGAR EN EL MUNDO QUE HAS TENIDO

Cuando Ariel se levantó y vio que Diego no estaba a su lado supo de inmediato que algo no iba bien, no era la primera vez que tenía esa sensación, ya le había pasado anteriormente, como un sexto sentido que le alertaba cuando algo malo pasaba. La sensación se asemejaba a la que alguien pudiera llegar a tener los minutos previos a enfrentarse a un importante examen, una mezcla entre el miedo al fracaso y la excitación de estar a punto de ser puesto a prueba, una ligera ansiedad que solo era capaz de controlar a ratos. Sus padres y su hermana no hacían más que preguntar, que dónde se había metido o que si todavía no sabía nada de él, y eso no hacía más que aumentar su ya de por si elevado estado de ansiedad, tampoco los podía culpar, en el fondo no hacían más que preocuparse por ella, por el bienestar de su pequeña. Pero eso no evitaba que su cabeza tuviera que trabajar el doble, porque además de tener que buscar respuestas coherentes a sus propias divagaciones mentales tenía que buscar plausibles explicaciones a las preguntas insidiosas de su familia, que eran constantes como era lógico y fatal, definitivamente el control parental no ligaba demasiado bien con las relaciones de pareja, sobre todo cuando estas se daban bajo su mismo techo.

Recordar la voz de Eduardo Bas diciéndole lo absurdas que eran las preocupaciones no estaba funcionándole igual de bien que la última vez. Trató de serenarse y esperar a que la situación se resolviera por sí misma, de ejercitar su diafragma con respiraciones lentas y profundas, pero solo consiguió ponerse más nerviosa. Quisiera haber llamado al Tirillas o a Luis, pero no tenía sus números de teléfono, y daba por hecho que llamar a su casa era una total y completa pérdida de tiempo.

Después de comer esperó a que sus padres estuvieran durmiendo su inamovible siesta y se fue al bar de Julián a ver si el Tirillas o Edo el Gordo sabían algo. De camino allí estuvo pensando cómo les plantearía el asunto, se veía a sí misma entrando en el bar y preguntando como si nada «¿habéis visto a Diego?», y al resto partiéndose de risa al ver a la novia histérica y controladora que se había buscado su amigo. Aun así pensó que había veces en las que a una le tocaba tragarse la vergüenza, y esa era una de ellas. Al

llegar al bar estuvo unos minutos caminando calle arriba calle abajo como un inspector de hacienda planeando sobre la casa de los fraudes. Nunca había estado allí, pero lo primero que pensó cuando asomó la cabeza por la puerta confirmó sus peores presagios, siete u ocho cabezas se giraron hacia donde ella estaba, sus conversaciones pasaron a un segundo plano, como si alguien hubiese apretado el botón de pausa y aquello de lo que estuvieran hablando no tuviera la menor importancia, el disimulo no entraba dentro de las mejores virtudes de ninguno de los que allí había. Era uno de esos bares en los que podías estar caminando entre montañas de colillas o respirar vapor de aceite quemado sin que a nadie le pareciera extraño pero cuando entraba una cara nueva por la puerta parecía que el mundo se parara. Al fondo, bajo una diana torcida que se sostenía en la pared solo por casualidad, vio a Edo el Gordo y a Luis Ber tomando café en una mesa. El Gordo le parecía más grande si cabe que la primera vez que lo vio, daba la impresión que más que estar sentado estaba como suspendido en el aire, porque de la silla en la que apoyaba su culo no se veían ni las patas, a su lado Luis Ber parecía un hombre en miniatura. Ese chico le caía igual de bien que un grano en mitad de la frente, no porque le hubiera parecido mala persona o al contrario uno de esos chulitos de barrio que te hablaban siempre como enfadados, sino porque era la persona más pesimista que había conocido en su vida, y eso, ahora mismo, era lo que menos que necesitaba. Cuando la noche anterior le preguntó si estudiaba le contestó que no se veía capaz de ni siquiera ser admitido en una universidad, que su intelecto no daba para más, cuando salió el tema laboral él dijo que la cosa estaba tan mal que no aspiraba ni a cobrar el paro, y cuando ella, ingenua de sí, le preguntó si tenía novia él respondió casi con enfado que obviamente no, que ninguna mujer con un mínimo de dignidad y de buen gusto podría fijarse nunca en él.

—Hola Edo, hola Luis —dijo Ariel sentándose junto a ellos, cuanto antes desapareciera su cabeza del campo de visión de los mirones mejor.

—Hola guapa, ¿qué se te ha perdido por aquí? ¿Te pido algo de beber? —respondió el Gordo con esa naturalidad tan entrañable que le hacían sentir a una como si fueran amigos de toda la vida.

—No Edo, muchas gracias, no me quedaré demasiado, es que pasaba por aquí cerca y he entrado a ver si por casualidad estaba Diego, ¿lo habéis visto?

—Pues no está guapa, igual con el Tirillas, aunque no creo, he hablado con él hace un rato y me ha dicho que venía para aquí a tomar café, pero no me ha nombrado a Diego en ningún momento, no sé, tómate algo anda, yo

invito —dijo Edo mientras sostenía una tacita de café que entre sus manazas parecía un dedal.

—¿Pero no se estaba quedando en tu casa? —preguntó Luis con ese tono que hacía que todo pareciera más grave de lo que era.

—Sí sí, si estaba en mi casa, pero debe de haber salido a hacer alguna cosa, supongo que no tardará mucho en dar señales de vida —dijo Ariel evitando mirar esa cara que parecía atraer la mala suerte igual que un imán un trozo de metal.

—¿Y se ha ido sin decirte nada? —preguntó Luis arqueando las cejas, en su enorme frente se formaron un montón de arrugas que iban de un extremo a otro, a Ariel le recordó a las ondas que se forman en el agua cuando alguien tira una piedra tratando de que se deslice sobre la superficie dando saltitos como un basilisco.

—Sí… —Tú como siempre animando ¿eh Luis?

—Aquí tienes guapa, un cortadito, te vendrá bien —dijo el Gordo que había ido y vuelto de la barra con el mismo sigilo que una pantera hambrienta.

—Muchas gracias Edo.

—Tu chico —dijo Edo señalándola con un dedo y haciendo una pequeña pausa como el que tiene algo muy importante que decir—. Tiene talento, quiero decir, mucho talento, y lo digo muy en serio.

—Gracias Edo, sí, yo también lo creo, tiene un don especial para captar, no sé cómo decirlo, la esencia de las cosas…

—Eso mismo, yo solo necesité unos minutos para decirle lo que quería y ¡Bum!, justo en el blanco, ¡salud! —dijo Edo empinando la taza de café como si fuera un chupito en una discoteca.

—No sé Ariel… ¿no has probado llamar a su casa?, es que no sé… no quiero que te agobies ni nada porque seguro que aparece cuando menos te lo esperes pero es que no me acaba de dar buen rollo todo esto sabes… no me parece muy normal que haya desparecido así sin más… —dijo Luis que se sentía como pez en el agua hablando de penas y de problemas.

—¡Joder Luis! ¡No seas cenizo coño! Deja a la chiquilla en paz que al final la vas a hacer llorar —dijo Edo que ya estaba más que acostumbrado a ver a Luis sembrando miedos y tristezas.

—No, si en parte tiene razón Luis, a mí tampoco me parece muy normal que se haya ido sin decir nada… pero en fin, supongo que ya aparecerá.

—Pues claro guapa, que no te quepa la menor duda —dijo Edo con esa sonrisa que guardaba solo para las mujeres—, a no ser que…

—A no ser ¿qué? —*Vamos Edo, desembucha*.

—¿Diego no tendrá un archienemigo no?

—¿Un archienemigo dices?, pues no lo sé, pero juraría que no, ¿por qué lo dices? ¿Debería tener uno? —¿*No me estarás ocultando nada verdad Edo*?

Ariel todavía no conocía al Edo filosófico, Luis Ber escuchaba muy atento y con su frente arrugada cada una de las palabras que salían por la boca del Gordo.

—Puede ser, quiero decir tal vez, lo que pasa es que la gente se tira media vida convencida de que en algún lugar se encuentra su media naranja, su alma gemela, pero no tiene ni idea de que también anda por ahí suelto alguien que es todo lo contrario a nosotros, que nos odia a muerte, y que es simple y llanamente el responsable de todos y cada uno de nuestros problemas, de nuestras desgracias, y de todas las mierdas que pisamos en esta vida.

—No sé qué decir Edo, pero espero que no tengas razón, no creo que Diego le haya dado motivos a nadie para que le deseen cosas malas… —¿*Pero tú estás mal de la cabeza Edo*?

—Es posible que algo de razón tengas Edo, eso explicaría por qué yo… —dijo Luis con cara de estreñido antes de que el Gordo continuase con su perorata.

—No tenéis ni idea ¿verdad?, a un archienemigo no hace falta que le des motivos, simplemente no le gustas, así de sencillo, nuestra mera existencia lo aborrece, nuestros éxitos lo deprimen y nuestras desgracias lo hacen feliz, siempre ha sido así, haced un repaso a vuestros libros de historia y veréis como tengo razón, en cada película, en cada novela, siempre hay alguien que se opone a los deseos del protagonista, es su naturaleza cojones ¿lo entendéis?

—Pues a mí me parece que las cosas malas ocurren por alguna razón Edo, como consecuencia de una mala decisión, o a veces también de la mala suerte, pero culpar a alguien de todo lo que nos pasa no creo que sea hacerse responsable de nuestra propia vida.

A veces Edo el Gordo tenía la impresión de que nadie podía alcanzar la profundidad de sus pensamientos, por eso en algunas ocasiones lo miraban como si estuviese loco, por eso se empezaba a poner nervioso cuando alguien trataba de poner en tela de juicio la elaboración de sus razonamientos que con tanto mimo había ido tejiendo.

—Puedes pensar lo que quieras Ariel, pero los archienemigos existen, y de hecho, en realidad, no creo que sean algo malo, en el fondo son buenos, porque cuando lo identificas, cuando lo tienes controlado, de repente todo cobra sentido, eres dueño de tu destino, hazme caso, investiga si Diego tiene un archienemigo y puede que des con él…

—De acuerdo Edo, pensaré en ello, tenéis que disculparme pero yo me tengo que marchar ya, he quedado con mi hermana y no quiero que se me haga tarde —mentira, tenía unas ganas horribles de estar sola para seguir urdiendo posibles respuestas a sus preguntas—, muchas gracias por todo chicos, me ha encantado hablar con vosotros —eso sí era cierto—, y muchas gracias por el cortado Edo.

—De nada guapetona, si le vemos aparecer por aquí ya le tiraremos de las orejas de tu parte.

Al salir del mugroso bar de Julián un hombre con los ojos más tristes que un velatorio le preguntó si le podía decir la hora, le resultó extraño la forma en la que la miró, como si la conociera de algo, como si le quisiera decir algo más y no se atreviera a dar el paso.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No, ¿por? —dijo Ariel intentando no ser maleducada.

—No, por nada, es solo que me había parecido verte antes, pero a lo mejor era otra persona que se te parecía, no sé, tu hermana tal vez.

—Perdón, ¿cómo dice? ¿Mi hermana has dicho?

—No nada, es que se me ha ocurrido que a lo mejor tenías una hermana… pero debo de estar confundido, no me hagas mucho caso, que uno ya tiene una edad y los años no perdonan…

—Bueno, si me disculpa, llevo un poco de prisa —dijo Ariel dándose media vuelta para seguir con su camino.

—Sí, no te preocupes, hasta otra, cuídate.

Ariel aceleró el paso para perder de vista a ese hombre tan pronto como le fuera posible, había algo en su mirada y en su forma de hablar que le dio muy malas vibraciones, antes de girar la calle, se giró sutilmente para ver si a aquel hombre le había dado por seguirla, seguía en la misma posición que lo había dejado, mirándola a lo lejos, le dedicó una sonrisa apagada y la saludó con la cabeza.

Hasta pronto Ariel.

®
LA CELULITIS

De venta en farmacias. Elimina la piel de naranja. Principios activos naturales. Muslos más firmes. Combate la celulitis. Tu piel más suave. Di adiós a la piel de

naranja. Las dos modelos que anunciaban esa crema milagrosa no habían visto un gramo de grasa en su vida, aunque por sus espectaculares cuerpos sí que era bastante probable que supieran un poco de lo bien que sentaba salir a correr, o de dejar de comer los bollos rellenos de chocolate cien por cien azúcar refinada del anuncio anterior, aunque también era posible que compartir ese tipo de conocimientos con el gran público no sería en absoluto nada rentable para algunas empresas, en cualquier caso tampoco era tan importante si bajo el pantalón y solo a la vista de nuestros más allegados alguien guardaba un poco de grasa en las caderas ¿verdad?

®

Diego entró en casa dispuesto a tener una conversación con su madre, una conversación que tenían pendiente, después de tantos años, se lo debía, ser sincera con él por una vez en la vida. Una instantánea, antes fragmentada, ahora completa, un fotograma terrible y desgarrador se había colado en su cabeza aquella mañana, no era la primera vez que lo veía, pero a diferencia de las veces anteriores ahora aparecía nítido, tridimensional y en primera persona. Un niño gritaba y gritaba, maldecía y escupía, daba patadas y apretaba los dientes, unas manos que ahora las veía como saliendo de su cuerpo lo empujaban con tanta fuerza que el niño salía despedido hacia el centro de una carretera, el sonido de un claxon y el ruido de unas ruedas luchando por frenar, eso no recordaba a ciencia cierta si sucedió antes o después de que ese camión pasara por encima de ese niño. No lo tenía claro, pero ese chico debió morir en el acto, nadie sobrevive a un atropello como ese, y él recordaba que en ese preciso instante no sintió nada, o en todo caso algo parecido a lo que siente alguien cuando aplasta un mosquito contra su brazo.

Mercedes y Ramón debían haber salido, porque allí no había nadie, aprovechó para recorrer cada rincón de esa casa que ahora la veía con otros ojos, más como la jaula de un animal peligroso que como un hogar de acogida, entró en su cuarto, todo estaba tal y como lo había dejado, incluso en eso es posible que se hubiera precipitado, mira que pensar que su madre habría tirado todas sus cosas en cuanto él dio aquel portazo. El tintineo de unas llaves y la voz de su madre lo pusieron de nuevo en alerta, al parecer venía acompañada.

—Pase hombre pase, no se quede usted ahí —dijo su madre con esa amabilidad que solo sacaba a relucir cuando hablaba con algún desconocido.

—No hace falta señora de verdad, ya le he dicho que no tiene mayor trascendencia, pura rutina, pero si usted dice que su hijo no está en casa ya pasaré en otro momento.

—Pero bueno hombre, si cuando he llegado estaba usted ahí parado en la puerta que parecía que llevara horas haciendo guardia, ¿seguro que no quiere pasar?, por favor si ha hecho algo Diego me gustaría que me lo dijera, ¿es eso? ¿ha hecho algo malo señor policía?, ay Dios mío este hijo mío no sabe hacer otra cosa que darme disgustos… ¿sabe que hace unos días se marchó de casa?, así, sin más, de un portazo, ay Dios mío qué habrá hecho, que habrá hecho…

Mercedes se ponía una mano en el espacio que hay entre el principio del pecho y el final de la garganta cuando quería darle mayor dramatismo a sus palabras, eso y que por lo visto esa mano le permitía afinar aún más sus cuerdas vocales, cómo una cantante de ópera enfilando el último tramo de una gran obra.

—No se preocupe de verdad señora, es solo que el otro día lo vieron hablando con una mujer que ha desaparecido y quería hacerle unas preguntas, pero no se preocupe, ya le he dicho que es pura rutina nada más, bueno, siento haberle robado ya tanto tiempo señora, ya volveré en otro momento a ver si por casualidad su hijo ha decidido regresar, buenas tardes.

—Ay Dios mío, ay Dios mío, qué habrá hecho esta vez, que habrá hecho… —Mercedes siempre repetía la misma frase cuando hablaba para sí misma—. Hasta luego agente, que pase un buen día, y disculpas a usted por haber hecho el viaje en balde.

—No pasa nada señora, hasta otra.

—Hasta otra agente.

Cuando Mercedes cerró la puerta de casa y se dio la vuelta el cesto de ropa que acaba de recoger de la terraza se le cayó al suelo de golpe.

—Hola mamá.

—Hola hijo de puta, sabía que tarde o temprano volverías, que esa cabeza enferma que tienes te haría volver al único lugar en el mundo que has tenido y que tendrás.

Nunca creí que llegaría a este punto, no sé qué me ha pasado pero me arrepiento muchísimo. Carla estaba muy nerviosa, me ha sacado totalmente

de quicio, no sé por qué lo he hecho, pero le he soltado un tortazo, ella se ha quedado de piedra, los dos nos hemos quedado de piedra.

CAPÍTULO 36

ERNESTO CASTRO

A Ernesto Castro todavía le duraba el dolor de cabeza, las drogas de diseño eran demasiado para su atormentada sesera, su cerebro no era el de un joven que podía recuperarse como si nada de esas torturas neuronales a las que lo sometían fin de semana si fin de semana también. Pero a alguien se le había ocurrido la idea de que verter esas gotitas de éxtasis líquido en las bebidas de los allí presentes elevaría el estado de consciencia y de placer a un nivel superlativo, formando entre todos una entidad superior, un único organismo que sentiría y que se uniría al unísono durante una noche mágica. En el fondo él sabía que eso no eran más que tonterías, fruto de alguna mente acomplejada y solitaria que odiaba el sentimiento de culpa que probablemente sentía al verse sola en ese viaje interior hacia el abismo, y que pensaba, como el alcohólico en la barra de un bar al verse bebiendo solo, que las penas compartidas, son menos penas. De todas formas el dolor de cabeza no era lo que peor llevaba, lo que lo dejaba postrado en el sofá de su casa era el bajón anímico que sufría durante los dos o tres días siguientes, sumido en una profunda y preocupante depresión de la que cada vez le costaba más reponerse. Sabía, entre otras cosas gracias a sus conocimientos como psiquiatra, que gran parte de la culpa de los severos síntomas que lo asediaban se debía al desequilibrio químico en el que su organismo se veía sumido, algunos neurotransmisores neuronales como la serotonina, la epinefrina, la norepinefrina o GABA se descontrolaban de tal manera que le era imposible moverse del sofá sin echarse a llorar, pensar en algo positivo o alegre era una quimera, en su cabeza todo carecía de sentido, su vida no tenía razón de ser y todo aquello que hacían no tenía justificación alguna, se mirara por donde se mirara, no eran más que un grupo de psicópatas tan perturbados que solo el pensarlo hacía que literalmente se cagara en los pantalones.

No podía quitarse esa imagen de la cabeza, los ojos de la doctora Rueda suplicando lo perseguían por todas partes, sobre todo cuando lo vio frente a ella, no podía hablar, a esas horas ya le habían quitado la mordaza de la boca pero algún presuntuoso le había estado enseñando a una mujer tan excitada como perturbada lo fácil que era cortarle a alguien la lengua con uno de esos

cuchillos, aun así, en su mirada pudo oír lo que estaría pensando, en sus gemidos desgarrados. Qué sorpresa y qué decepción más grande debió llevarse, después de todo lo que había tenido que soportar aún tuvo tiempo de descubrir antes de morir que el Sr. Castro no había sido más que una farsa, una mentira, nunca lo hubiera imaginado después de tantas horas de terapia en las que ella siempre trató de ser amable, de entenderlo, de encontrar una solución a sus problemas. Él en cambio no había hecho más que contarle mentiras desde que la conoció, algunas de ellas bastantes cercanas a la realidad a decir verdad, porque psicológicamente él no es que estuviera demasiado bien, así que en esa parte no tuvo que ser demasiado creativo, bastaba con mirarse un poco a sí mismo. Pero desde luego su presencia en esa consulta solo se debía al hecho de que le habían asignado como encargado de controlar el estado psicológico de la doctora Rueda, por eso cuando aquella tarde ella le dijo que se marchaba no tuvo ninguna duda, se había desmoronado emocionalmente y acabaría contándolo todo, afortunadamente ellos habían llegado a tiempo.

Primero la penetró con fuerza, incluso con cierto rencor y odio, y esto era lo más curioso porque esa mujer nunca le cayó mal, siempre se portó bien con él, la maldita droga, solo podía deberse a esa maldita droga que le ponía el cerebro completamente del revés. Pero cuánto disfrutó viendo cómo de sus ojos caían lágrimas de sangre, acabando dentro de ella, después de tantos otros, y cómo abrió la boca y los ojos mirándolo fijamente cuando empezó a meterle ese palo por la vagina, no era su intención empalarla de esa forma, tan solo quería penetrarla un rato con ese trozo de madera, pero algo en su interior tomó el control de su cuerpo, algo animal, primitivo, malvado, y su brazo empezó a apretar con más fuerza, una vez, dos veces, tres veces, hasta que sintió el primer desgarro, atravesando su vagina, ella sacó fuerzas de donde parecía que ya solo quedaba la nada y soltó un grito tan fuerte que todos los allí presentes se acercaron curiosos a ver lo que pasaba, eso a él lo excitó aún más si cabe, continuando con su penetración con el palo de madera, cada vez con más fuerza, cada vez le costaba menos esfuerzo, hasta que no pudo introducirlo más porque ya no tenía por dónde coger, lo tenía todo dentro. La doctora Rueda todavía tardó unos minutos más en morir, así, siendo observada por todos ellos, convulsionando, con la mirada fija en él, tosiendo sangre por la boca, no podía quitarse de encima esa mirada, parecía estar echándole una especie de maldición, una respiración profunda, una exhalación todavía más profunda, y su corazón dejó de latir ante la atenta

mirada de todos, de él en primera fila, con los ojos bien abiertos, para poderlos ver bien a todos, como si quisiera llevárselos con ella a la otra vida.

Eso que hizo era horrible, lo más inhumano de todas las barbaridades que allí había visto, ahora lo veía con total lucidez, no sabía cómo había sido capaz de hacer algo semejante, pero ya no le cabía la menor duda, en su interior existía algo cruel y malvado, demasiado para soportarlo, y la droga o el estado de trance en el que entraba no hacía otra cosa que sacarlo a la luz, algo que en su interior ya existía.

CAPÍTULO 37

ESTO ES EN LO QUE ME HE CONVERTIDO

—Mamá…

—Dime hijo…

—¿Dónde está Andrea?, ayer dijiste que hoy volvería a casa… la echo de menos…

—Ha tenido que salir unos días hijo, le ha salido un trabajo fuera, en otra ciudad, por eso todavía no ha podido venir a vernos… pero ya verás como cuando menos te lo esperes la ves entrar por la puerta…

—Mamá… —Quería creer en su madre, en todo lo que le dijera, pero en el fondo de su pequeño cuerpo sabía que algo había cambiado, en su casa, en su hogar.

—Dime hijo…

—¿Por qué papá y tú estáis siempre llorando? —Un nudo en la garganta, por favor mamá, *no lo digas*, *no quiero escucharlo.*

—No estamos todo el día llorando hijo… es solo que a ratos, los papás, se ponen un poco tristes, pero no te preocupes, ya verás qué pronto se nos pasa, ¿mañana tienes una excursión a la granja escuela no?

—Mamá… —No podía aguantar más las lágrimas, apretadas contra sus delicados ojos, bajo sus párpados—. ¿Le ha pasado algo a Andrea verdad?, por eso no vuelve a casa…

Ver a su hijo llorar de esa manera hizo que deseara regresar al pasado, cuando todo era del color de la felicidad, de la inocencia, de la niña que todavía era, hizo que se preguntara qué sentido tenía de la vida, su maldita vida.

—Ven aquí hijo, ven aquí —dijo apretándolo con fuerza entre sus brazos, rompiendo a llorar, en silencio, no quería que la viera así, vencida, no quería que la viera así, completamente rota.

—¿Sabes disparar? —dijo Silvia mientras terminaba de engrasar la última de las cuatro *Glocks* que se habían llevado del despacho de Toni Mr. T.

—¿Por qué? ¿Me vas a enseñar?

A Pedro todo esto le parecía la mar de gracioso, más que una carrera contra la muerte él lo estaba viviendo como si estuviera en un campamento de verano.

—Puede… te hará falta si no queremos hacer el ridículo ahí dentro, ten, sujeta esto —dijo Silvia dándole la empuñadura de una de las *Sig Sauer*—, ten, y ahora esto. —La corredera de la Sig—. ¿Me pasas la empuñadura por favor? —Silvia parecía disfrutar montando y desmontando armas tanto como un niño arrancándole la cabeza a un juguete nuevo.

—¿El qué? —preguntó Pedro, que se quedaba embobado tan solo con observar cada uno de los movimientos de Silvia, adoraba a esa mujer, más que a nada ni a nadie en toda su vida.

—La empuñadura Pedro.

—Ah, perdona, toma.

—Y ahora pásame el carro por favor…

—¿El qué?

—Lo que tienes en las manos. —A Silvia le encantaba hacerse la dura, pero en silencio disfrutaba viendo a ese hombre sin nada mejor que hacer que estar a su lado, aunque a veces le daba la impresión de no ser más que un niño grande tan falto de amor y de atención que hasta le daba lástima que la observara de esa manera, como si ella fuera la virgen María, cada vez le apetecía menos pensar en qué haría con él si conseguían salir de esta con vida —. Bien, ¿estás listo?

—Sí, ¿para? —dijo Pedro, lo que sentía por ella no era amor, era auténtica locura, si le pidiera que se tirase ahora mismo por la ventana lo haría sin dudarlo, sin preguntar.

—Prácticas de tiro, estoy un poco oxidada y quiero cogerle el punto a estas armas, y tú necesitas un cursillo acelerado sobre cómo acertar al menos una de cada tres veces.

—Me parece perfecto.

Silvia llevó a Pedro hasta un antiguo campo de tiro de la policía que hacía por lo menos cinco años que había caído en el olvido, substituido por las modernas instalaciones de la comisaría, por la diana con forma humana que se acercaba y se alejaba y por los protectores auditivos que cubrían la oreja entera. Dispuso una tira de latas y de botellas a una distancia aproximada de unos veinte metros.

—Bien, toma, cógela —dijo Silvia pasándole una de las *Sig Sauer*, Pedro la sostuvo en sus manos como si fuera una barra de pan recién horneada.

—Así no hombre, por la empuñadura, así, con firmeza —dijo ella empuñando otra de las *Sig*—. Lo primero que tienes que aprender es que cuando tienes una de estas en tus manos pasa a formar parte de tu cuerpo, ahora no es una pistola, es una prolongación tuya, tienes que sentirla como si siempre hubiera estado ahí.

Pedro cogió la pistola con fuerza, con su dedo índice formando un gancho en el gatillo.

—Joder Pedro, con cuidado hombre, si pones así el dedo lo más probable es que te lo rompas al segundo disparo, relájalo un poco, así, mira —dijo Silvia apoyando su dedo en el gatillo como si estuviese echándose una siesta —. Bien, esto de aquí es el seguro —dijo señalando una pequeña palanca en el cuerpo de la pistola—, ahora mismo está puesto, y como puedes observar por mucho que aprietes el gatillo no llega al final, ¿no notas como un tope?

—Sí sí, perfectamente —dijo Pedro que imitaba cada una de los movimientos de Silvia.

—Vale, así quitamos el seguro, ahora ya puedes disparar.

—De acuerdo —dijo Pedro apuntando hacia las latas.

—Eh, todavía no, no seas tan impaciente hombre que todavía no he terminado, mira, ves esta abertura de aquí —dijo señalando la parte superior del cañón de la pistola—, por aquí es donde salen los casquillos vacíos de las balas que disparas, ni se te ocurra poner una mano encima —dijo mirándolo fijamente a los ojos—, si por alguna de aquellas se te encasquilla tiras de aquí para que salga la bala que se ha quedado encajada en la recámara, así —dijo Silvia tirando de la corredera hacia atrás y viendo cómo salía un bala por los aires— ¿has visto?, prueba tú.

—¿Así está bien? —dijo Pedro tirando de la corredera hacia atrás como si estuviera tensando la cuerda un arco.

—Mejor de un golpe Pedro, no hace falta que la aguantes tanto, tira con fuerza y suéltala. —Pedro tiró de la corredera tal y como le había dicho Silvia y la bala salió por los aires dibujándose una sonrisa en su cara.

—Muy bien, ahora lo más importante, apuntar, hay dos formas de hacerlo, o poniendo tu ojo en la mirilla o poniéndolo en el blanco, ven, vamos a probar, apunta a aquella botella, la verde, ¿cómo la ves?

—¿A qué te refieres?, la veo bien —dijo Pedro con su ojo izquierdo guiñado para apuntar mejor con el derecho.

—Me refiero a si la ves nítida o borrosa.

—Nítida.

—Vale, pues ahora fíjate en una cosa, ¿ves estos dos picos de aquí y esta cresta de aquí? —dijo señalando el extremo distal del cañón de la mirilla primero y luego el proximal.

—Sí.

—Son las dos mirillas que tenemos, ahora cuando pruebes veremos cuál de las dos te va mejor, lo ideal es que uses las dos, que fijes tu mirada en la primera pero por delante estés viendo la segunda y siguiendo una trayectoria recta a partir de esta es donde estará el blanco esperando a que lo alcances. Si te das cuenta, si fijas tu mirada en la mirilla, ya sea la primera o la segunda, verás cómo esta la ves nítida pero en cambio tu blanco aparecerá al fondo un poco borroso, si en cambio prefieres fijar tu vista en el blanco, este aparecerá nítido y la mirilla tan solo será como una mota de polvo en tu campo de visión, no olvides que la vista es como una cámara fotográfica, si fijamos nuestro punto de enfoque en un sitio, el resto de objetos que aparecen tanto delante como detrás de él aparecerán un poco borrosos, venga, haz una prueba con las dos maneras que te he dicho.

—Sí sí por supuesto, allá voy. —Pedro guiñó de nuevo su ojo izquierdo y apuntó a la botella verde con el derecho, enfocando primero la botella y después la mirilla—, está bien, ya entiendo lo que me querías explicar—, dijo Pedro mirándola con ganas de pasar a la acción.

—Vale, vamos a hacer la primera prueba, ten en cuenta que no siempre podrás apuntar así, en estático, en la vida real a no ser que seas un francotirador lo más probable es que te estés moviendo, al igual que el blanco al que vas a disparar, pero por algo hay que empezar, bien, apunta a la botella verde, primero con el enfoque en la mirilla —dijo Silvia que se estaba gustando cada vez más viendo a Pedro tan atento.

—Voy —dijo Pedro haciendo caso a cada una de las explicaciones de Silvia, apuntó al cuerpo de la botella verde, enfocando la primera de las mirillas, su dedo índice en el gatillo, cogió aire y disparó, la botella estalló en mil pedazos—. ¡Vaya! ¿Qué tal lo hecho?

—Bien, no está mal —dijo Silvia tratando de rebajar su euforia—, pero ten en cuenta que es posible que solo haya sido un golpe de suerte, ahora prueba de la otra forma, apunta a la botella azul, pero ten siempre en tu línea de enfoque las dos mirillas, sobre todo la segunda, venga, inténtalo.

Pedro repitió de nuevo la secuencia y disparó a la botella azul, acertó de lleno, justo en el centro.

—¡Vaya! ¡Otra vez! ¿Vas a decir que también ha sido suerte? —dijo Pedro con una sonrisa de felicidad total.

—Bien, muy bien Pedro, por lo que veo se te dan igual de bien las dos formas de apuntar, ¿con cuál de las dos te has sentido más cómodo?

—Con la segunda, creo, con el enfoque en el blanco.

—Vale, pues ahora vamos a probar la rapidez, ¿ves aquella lata roja de lentejas? —dijo Silvia señalándola con un dedo.

—Sí, perfectamente.

—¿La tienes localizada? —dijo Silvia con seriedad.

—Sí sí, la tengo.

—Pues bien, ahora date la vuelta, y cuando diga ya te giras con rapidez y disparas sin detenerte ni un segundo, ¿vale?

—De acuerdo —dijo Pedro dándose la vuelta, un segundo, dos segundos, tres segundos…

—¡Ya!

Pedro se giró en décimas de segundo, la lata roja salió por los aires.

—¡Has visto Silvia! ¡Le he dado otra vez! —Pedro parecía un chiquillo rebosando felicidad esperando a que su madre le removiera el pelo de la cabeza o lo cogiera en brazos por lo buenas que habían sido las notas que había traído a casa.

—Bueno, podría ser mejor. —¿Y a ti por qué se te tiene que dar todo tan bien?

—¿Pero qué dices? ¡No he fallado ni un disparo! —Pedro quería su premio, el reconocimiento de Silvia.

—Bueno y qué quieras que te diga Pedro, ¿que salte de alegría? Esto no es ningún juego ¿entiendes?, tú deberías saberlo mejor que nadie —dijo con enfado señalándolo con un dedo.

—Perdona Silvia, tienes razón, he sido un estúpido —dijo Pedro cabizbajo.

—Pedro —dijo Silvia pasándose una mano por la frente.

—Qué…

—Perdona por haberme puesto así, lo siento, es solo que estoy un poco nerviosa, ven anda, acércate. —Era la primera sonrisa que Silvia le regalaba aquella mañana.

—Qué… —dijo Pedro poniéndose a medio metro de ella, todavía cabizbajo.

Silvia lo atrajo hacia ella pasando una mano por su nuca, con la otra pasó las yemas de los dedos por sus labios, con suavidad, como si estuviera acariciando una figura de porcelana, Pedro dejó caer sus párpados, ella lo miraba con ternura, acercando poco a poco los labios a su boca, podía sentir

su respiración, acelerándose, pasó la punta de su lengua entre sus labios, a él le daba miedo tocarla, ella empezó a darle pequeños besos, por la comisura de la boca primero, por el contorno de sus labios después, acariciando su cuello, pasando una mano por su pecho, poco a poco, deslizándola hacia abajo, Pedro no pudo evitarlo, apretó el culo de Silvia con una mano, acercándola a él todavía más, Silvia desabrochó su pantalón, tenía ganas de acariciar su pene, de tocarlo, sus testículos, Pedro abría y cerraba los ojos, no podía dejar de besarla, Silvia le dijo que se tumbara, se quitó el pantalón con torpeza, las prisas no eran buenas, pero tenía muchas ganas, ahora, de complacerlo, de complacerse, se sentó encima de él, introduciendo su pene en su interior, sintiéndolo, envolviéndolo, él disfrutaba acariciando la piel de su cara, apartando los mechones de pelo que le impedían ver su rostro, que jadeaba, que abría la boca, que lo miraba con ansiedad, ella aceleró el ritmo, cada vez más, dejándose llevar, él pasó las manos por sus caderas, eso hizo que ella soltara un pequeño gemido, y luego otro, más fuerte, más largo, y luego él, besándola en los labios, abrazados, debilitados, sintiendo la relajación entrar y salir, de su cuerpo, con cada respiración.

—Pedro… —dijo Silvia cono los ojos cerrados.

—Dime princesa… —casi con un susurro, casi con un silencio.

—Nada… —Tratando de respirar, o de parar el tiempo, o de olvidar.

—No te preocupes por nada preciosa ¿te cuento un secreto?

—Claro…

—Yo también tengo miedo.

®

EL SUPERMECADO

A todas las mujeres les parece una maravilla. Todas las mujeres están encantadas. Porque ellas notan la diferencia. Todas están fascinadas con nuestro producto. Porque ellas se merecen lo mejor. Un hombre con traje y corbata y un micrófono en mano preguntaba a mujeres que supuestamente estaban haciendo la compra en un supermercado sobre la calidad de su nuevo producto, ellas respondían con una sonrisa en la boca lo maravilloso que era, que desde la primera vez que lo probaron su vida había cambiado radicalmente, que nunca más volverían a cambiar de marca. Era gracioso ver como el presentador de

ese anuncio las escogía, entre un pasillo y otro, siempre tan perfectas, siempre con tan buena cara, tan felices, tan sonrientes, tan complacidas de hacer la compra cada día, de limpiar la mierda de los demás con una sonrisa en la cara, parecía que las mujeres de una determinada franja de edad solo tuvieran cuatro cosas en la cabeza, limpiar, estar preciosas en cualquier momento del día, servir a los demás y comprar todo lo que se les pusiera por delante, siempre y cuando fueran compras pequeñas, las grandes como un coche o una casa estaban reservadas para el hombre.

®

Diego le preguntó a Mercedes si podían hablar de su infancia, con cuántos años lo adoptaron y qué era eso que él había hecho para que ella lo tratara de enfermo mental para arriba, de hijo de puta en adelante, y de paso, por qué demonios su padre siempre se había mostrado tan distante con él. Pero nada sucedió tal y como él había planeado, tal y como pensó que tal vez pudiera suceder, su madre, como siempre, Mercedes, le gritó a milímetros de su cara y con pequeños e involuntarios escupitajos mediante, que en primer lugar, el hecho de que no fuera consciente ni recordara lo que había hecho ya era un motivo suficiente para pensar que no estaba demasiado bien, y en segundo lugar, le contó más con rabia que con tristeza, que cuando era pequeño le había hecho daño a algunos niños, en la escuela, y que a punto estuvo de internarlo en un psiquiátrico en más de una ocasión, incluso trató de devolverlo al orfanato de donde lo habían sacado, pero allí le dijeron que eso no iba a poder ser, que el plazo de devoluciones había caducado, mala suerte. Pero que estuviera tranquilo, que si quería saber los detalles ella se los daría, de hecho estaba deseándolo.

—Tú nunca has sido ni nunca serás una persona normal Diego, ¿quieres saberlo?, pues bien, eres un psicópata, un enfermo mental, un monstruo que ni siquiera parpadeó cuando le partiste la nariz a aquel niño solo porque te quitó el bocadillo, o cuando clavaste unas tijeras en el muslo de aquella profesora porque se rio de un poema que habías escrito, ¿tampoco?, y qué me dices de lo que me hiciste a mí, ¡a mí! —Mercedes se estaba conteniendo, tenían unas ganas terribles de hundir sus dedos en los ojos de su hijo, ella solo quería ser madre, formar una familia, pero ese desequilibrado lo había estropeado todo —. No te acuerdas ¿verdad?, de la vez que me tiraste aquella sartén de aceite hirviendo encima porque no querías comerte esos garbanzos, claro que no, porque estás loco, completamente, eres peligroso Diego y sí, además

extremadamente violento, ya nos lo dejó bien claro aquella psicóloga a la que te llevamos, que habías construido una barrera para contener toda esa locura, que ahora te había dado por no acordarte de nada, pero que algún día volvería, la bestia, algún día.

¿Es eso? ¿Has vuelto a por nosotros?, pues que sepas que no te tengo ningún miedo hijo de puta, y te juro por todos mis muertos que te mataré, que no te quepa ninguna duda, te arrancaré esa cabeza enferma que tienes y me mearé en tu podrido cerebro, ¡¿te ha quedado claro bastardo de mierda?! ¡¿Eh?! ¡¿No dices nada maricón?! ¡¿Y te preguntas por qué tu padre no quiere saber nada de ti?!

A Diego le caían las lágrimas, en silencio, tenía ganas de abandonar de una vez, su vida, las palabras de Mercedes fueron muy duras, crudas, descarnadas, más que a su hijo parecía estar hablándole a un desecho social, disfrutó mientras lo hacía, estaba exultante, crecida, incluso podría decirse que feliz, por primera vez en su vida. No lo golpeó, pero en sus ojos vio el deseo, real, de rebanarle el cuello, de acabar con su vida, y a él parecían haberlo abandonado todas fuerzas, todas sus ilusiones. Es posible que fuera cierto, que la mayoría de los suicidas se arrepienten justo en el último momento, que muchos se pasan años sin ser capaces de consumarlo, incluso aquellos que están a punto de lograrlo, en el último suspiro, hay algo en su interior que los aferra a la vida, que los sujeta, algo animal, primitivo, que les empuja a seguir, instinto de supervivencia tal vez, quizá fuera eso, la razón para que no se tirara por una ventana, porque él no veía ningún razón para seguir viviendo esa mentira, toda su vida, construida sobre algo falso, sobre recuerdos enterrados, imborrables, espeluznantes.

Mercedes le dio a Diego una serie de condiciones si quería seguir en esa casa, nuevas reglas le dijo, de momento se había terminado eso de salir por ahí a todas horas con esa zorra, si la quería volver a ver tendría que ser en casa, bajo su presencia, no se fiaba en absoluto de esa puta barata, no era una buena influencia para él. Porque él necesitaba un entorno tranquilo, un lugar controlado por ella, por la única madre que había conocido, para que no se desequilibrase y le diera por hacer alguna locura, que era lo que hacían los locos como él. Y en segundo lugar y más importante, tendría que abandonar la universidad, había sido una blanda y una insensata al dejarlo estudiar una carrera como esa, que solo podía avivar todavía más su enfermedad mental, tanto ejercicio artístico y tanto promover el lado derecho del cerebro, eso, para una cabeza como la suya era como echar leña al fuego, oxígeno a un incendio. De momento esperarían un tiempo a que recuperara el control de su

vida, y por supuesto él se haría cargo a partir de ahora de todas la tareas del hogar, ya que no trabajaba ni estudiaba al menos contribuiría de esa forma en casa, y cuando pasara un tiempo, si su evolución era buena, se plantearía ayudarlo a buscar algún trabajo, algo mecánico, físico, donde no tuviera que pensar demasiado, a ser posible nada de nada.

Hace días que no puedo dormir, Carla no puede ni mirarme a los ojos, todo se ha ido a la mierda, mi vida entera se ha ido a la mierda, y todo por el dinero.

Antonio Salcedo apenas había tenido tiempo en lo que llevaba de semana de pasarse por la oficina, demasiado trabajo en casa, en aquel gigantesco despacho que mandó construir cuando levantó la casa en la que vivía con su mujer y sus dos hijas. Tenían orden en casa, que cuando esa puerta estaba cerrada, estaba cerrada, para todos, odiaba las impertinencias más que un gato un pisotón de rabo, y más ahora, si cabe, con tanto por organizar, con tanto por ocultar. El sábado era el día, por fin, para el que se habían estado preparando, todos ellos, el gran día, una casa, preparada para la ocasión, para acoger a grandes empresarios, de diversas partes del mundo, con poder, con mucho dinero, con un objetivo, el placer supremo. Esta vez les había tocado a ellos, a su círculo, después la fiesta seguiría en otra parte, lejos de allí, interminable, a lo largo y ancho del planeta, moviéndose como la bolita falsa de un trilero, ahora está, y ahora ya no está.

Después de todo las cosas no habían salido del todo mal, habían tenido algún que otro contratiempo, sí, pero también era cierto que era la primera vez que les tocaba a ellos, hacerse cargo, antes siempre habían acudido como invitados, y en casa ajena todo parecía mejor, más limpio, más ordenado, con mejores recursos técnicos y humanos, aunque claro, él sabía mejor que nadie que las apariencias muchas veces engañaban, y que los accidentes y las casualidades, a veces, existían, el factor humano, siempre imprevisible. Pero a pesar de todo se sentía orgulloso de cómo habían reaccionado ante la adversidad, con mano dura, con contundencia, y si no que se lo preguntaran a la doctora Rueda, o al Gallo, a ver qué decían. Pero ahora el que le preocupaba era Pedro, después de tanto tiempo justo ahora era cuando más distante lo veía, a kilómetros de distancia, nunca desconfió de él, siempre lo trató como a un hijo, lo quería, a su manera, todo lo que su posición y su

familia le permitían, pero algo había cambiado, desde hacía unos días, a lo mejor era una simple sugestión, por culpa del resto, que lo veía como un monstruo, impredecible, indescifrable, como si ellos fueran muy normales, como si él fuera una hermanita de la caridad.

Lo peor de todo era lo agotado que se sentía, físicamente se encontraba bien, pero emocionalmente había pasado en los últimos días por diversos altibajos. Se recordó a si mismo años atrás, muchos años atrás, cuando alquiló aquel viejo piso con su mujer, cuánto la quería, con qué ojos lo miraba ella, si él le hubiese dicho que podía volar ella lo habría creído, si ella le hubiese pedido que lo abandonara todo y a todos, él habría accedido sin dudar, daría su vida entera por recuperar la fuerza de aquellos días, la pasión por vivir, la ilusión por luchar cada día, aunque al llegar a la cama tuviera llagas en los dedos de los pies, o una uña levantada, aunque el plato estrella de la semana fuera un plato de pasta, estaban juntos en lo que fuera, en todo lo que hicieran, ahora solo compartían casa y había días en los que ni se veían, en los que ni siquiera se echaban de menos o se miraban a la cara al cruzarse por las mañanas. Cómo disfrutó con aquel primer beso, o con aquella caricia, llena de timidez, de tantas promesas, cuando él solía decir cosas ingeniosas, cuando él solía pensar cosas interesantes, maravillosas, toda la vida frente a él, el mundo a sus pies, *lo siento Adriana, pero esto es en lo que me he convertido, mi vida es esto ahora, y aunque no te lo creas, te echo mucho de menos, más que nunca, más que entonces, pero no puedo, mirarte a los ojos otra vez y decirte que te quiero.*

CAPÍTULO 38

MATÍAS ARASTEY

Matías Arastey se quitó un enorme peso de encima cuando a su mujer la atropelló aquel autobús. Él nunca estuvo enamorado de ella, le pidió matrimonio porque pensó que formar una familia era lo que hacían las personas normales, y Laura, aunque fuera una mujer, nunca se había mostrado demasiado agobiante ni posesiva como hacían el resto, con lo cual tampoco es que le molestase demasiado esa cabeza de asno. A pesar de ello en los últimos tiempos había apreciado algún que otro cambio en su comportamiento, las preguntas sobre dónde iba o dejaba de ir se habían vuelto más recurrentes, el control de gastos no era cosa suya, nunca lo había sido, sin embargo un par de veces en los últimos meses había osado preguntarle qué significaba esta factura o por qué se había gastado tanto en su precioso coche, ¿cómo tenía el valor de semejantes intromisiones cuando el que traía el dinero a casa era él? Por no hablar de la cara de lechuza que le ponía cada vez que salía de viaje otra vez sin ella, ¿quién era ella para atreverse a mirarlo así? Pero si había algo que lo sacaba de sus casillas era cuando ella le decía que él no la entendía, que no comprendía cómo se sentía, ¿y cómo demonios iba a entender a esa cabeza de serrín si era tan simple como una piedra cualquiera? No Laura, no, por supuesto que no te entiendo, no hay nada que entender, tu existencia no tiene nada de especial y si hay alguien aquí que no entiende algo esa eres tú, porque para empezar todavía no te has enterado de cuál es tu lugar en este mundo.

Matías no tenía ninguna duda de lo que le pasaba a su mujer, necesitaba un hijo, procrear, como todas las mujeres, estaba en su naturaleza, ¿por qué iba a ser ella distinta?, por eso estaba siempre triste, por eso necesitaba irse a pensar cada dos por tres, qué coñazo de verdad, encima lo que ella entendía por pensar no debía pasar por el vuelo fugaz de todas esas imágenes con las que su cerebro se atiborraba, de unos zapatos nuevos, de bebés llorando o de si aquel bolso hacía juego con su vestido. Ella no sabía lo que era hilar pensamientos complejos de verdad, ninguna mujer lo sabía, el problema es que todas eran tan cortas de mente que ni tan siquiera alcanzaban a ver la magnitud de su estupidez. No vio que ella se quejara cuando él le pidió

matrimonio, enganchar a un marido como él fue como si le hubiese tocado la lotería, o incluso podría decirse que mejor, él era un hombre con dinero, apuesto, inteligente, ocurrente, que gozaba de una buena posición social y que lo invitaban a cenar las personas más importantes de la ciudad. Ella solo tenía que limitarse a estar bella, como el día en que la conoció, a colgarse de su brazo cuando la sacaba a pasear, a veces las mujeres tenían esa necesidad y había que hacer de tripas corazón y desperdiciar algo de tiempo en esa tarea tan ingrata, o de rebajarse a su nivel intelectual e intercambiar algunas palabras para que se sintiera escuchada. Ella lo que tenía que estar es siempre disponible por si a él le apetecía tener sexo alguna vez, cosa que cada vez le resultaba más tedioso, porque ella era terriblemente aburrida en la cama, no era lo que se dice creativa, ni original, siempre tan puritana, siempre tan pudorosa, una retrasada mental es lo que era, nunca la vio disfrutar, porque siempre tenía la cabeza en el puto preñamiento, nunca vio que tuviera un orgasmo, porque era una frígida y una amargada que no sabía disfrutar de la vida. Al menos no le molestaba a la vista, porque era guapa como pocas, y porque tenía una elegancia natural fuera de lo común, menudo desperdicio de mujer.

Conocer a Miguel Llorens fue lo que le salvó, él fue el que le presentó a Antonio Salcedo y a todos los demás, el que le abrió las puertas al paraíso. Sus cuentas bancarias crecieron a un ritmo vertiginoso, a pesar de la crisis que estaba azotando al país, atajo de vagos incultos, qué vergüenza, con lo sencillo que era hacer dinero en el mundo de hoy en día y todos esos analfabetos amontonándose en las oficinas del paro y en las manifestaciones, reclamando a gritos, ¿qué es lo que querían?, ¿vivir sin trabajar?, esa gente tenía lo que se merecía, en otra época no habrían pasado de esclavos, en otra época se les habría acabado pronto tanta tontería. Al menos, cuando trabajaban, suponían una buena mano de obra barata, al menos, contribuían a su bienestar con todas esas mujeres de clase social baja que despedazaban a su antojo. Qué placer tan grande, cuando suplicaban por su vida, pobrecitas, no sabían que sus cuerpos les pertenecían, cuando soltaba su bendita semilla en sus apestosos coños, cómo se retorcían, con cada latigazo, cada vez que las rajaba de arriba a abajo, hasta su sangre olía a mierda, no eran más que seres inferiores, no eran más que un trozo de carne, dos tetas y dos agujeros que llenar.

CAPÍTULO 39
(miércoles)

DE TU DEBILIDAD, MI VIRTUD

Tres días, tres amaneceres y tres noches, sin saber nada de él, de Diego. Ariel preguntó, buscó en cualquier parte, sobre todo donde hubiera algún recuerdo de ellos dos, algo de la sustancia con la que el amor que sintieron durante aquellos días impregnara cada rincón de la facultad, flotando en el ambiente, de aquel primer bar, o de aquella primera indiscreción, cuando él la beso, cogidos de la mano por el camino de vuelta a casa. El Tirillas, Edo el Gordo y Luis Ber se acostumbraron a verla por las tardes, cuando se dejaba caer por el bar de Julián, con la mirada entre sus pies, o la sonrisa forzada y disfrazando las lágrimas, sin preguntar, apenas sin hablar, ellos trataron de hacerla sonreír, ella se limitó a estar ahí, una hora, dos horas, hasta que se levantaba para ir al baño y aprovechaba para marcharse de puntillas, sin decir nada. Su hermana la abrazó muchas veces, la acompañó otras tantas al bar de Julián o a donde fuera, su madre la entendió, de corazón, y su padre la escuchó, con un beso en la frente, dando vueltas con el coche, infatigable, dejándola llorar.

Era demasiado para ella, el dolor de la pérdida, aunque no fuera real, lo era, para ella no había nada más real, en toda su vida, su corazón en llamas, no encontraba razones, lo había visto feliz, por eso no podía entender que su marcha fuera voluntaria, solo le faltaba un lugar en el que buscar, donde menos esperanzas tenía, pero había que quemar hasta la última cerilla, aunque después no hubiera nada, tan solo la espera, aciaga, solitaria, ansiolítica.

El timbre de su casa no lo recordaba así, tan hundido y con tan poca gracia, un ruido a interferencia, molesto para el que lo aprieta, insufrible para el que lo soporta, tampoco recordaba que allí hiciera tanto frío, en aquella calle, pero ahora lo sentía calarse hasta sus huesos. Una voz contestó envuelta en un paquete de mala leche y un lacito de violencia, para el que fuera, el que llamara, un regalo de Mercedes.

—¡¿Quién es?!

—¿Está Diego? —dijo Ariel mirando a ese interfono, como si tuviera una nariz, una boca, unos ojos.

—¡¿Quién pregunta?! —Si se pudiera traducir el tono de las palabras al hablar, esas hubieran dado como resultado una tragedia griega.

—Soy Ariel. —Levantando la voz, para que le llegara rápido, hacia arriba, hacia su piso.

—¿Ariel? ¿Qué clase de nombre es ese niña? ¿No has tenido bastante ya? ¿Por qué no te buscas a otro con el que zorrear? ¡¿Eh?! Deja en paz a mi hijo de una maldita vez ¿me has oído? ¿Me has oído?

—Lo siento señora… solo quiero hablar con él, solo dígame que está bien, solo será un momento de verdad… por favor… necesito saber que está bien.

—En cualquier otro momento Ariel le hubiera plantado cara, pero no hoy, tan débil, tan inerme.

—¡Por supuesto que no! Ya me sé yo cómo son vuestros momentos y vuestros por favores… solo sabéis hacer una cosa, ¿es que tus padres no te han educado cómo es debido? Te diré una cosa, a mi hijo no le convienes, y ya te dije en una ocasión que no volvieras a llamar cuando te lo llevaste con tus contoneos de perra en celo, ¡no vuelvas por aquí! ¡¿Te ha quedado claro?! ¡No quiero volver a verte puta asquerosa! ¡Te lo advierto! ¡Así que vete de aquí con tu asqueroso coño de una vez!

Ariel no tenía fuerzas ni para echarse a llorar, ni si quiera para contestar, esa mujer era todo agresividad, violencia psicológica extrema, pero al menos una cosa le había quedado clara, Diego estaba en esa casa. Mercedes no lo había dicho directamente, pero podía leerlo entre palabra y palabra, al menos ahora podría descansar, por primera vez en toda la semana, tiempo tendría de pensar la manera de contactar con él, de entender cómo era posible que hubiera podido regresar a esa casa, junto a esa persona, que no era nada suyo, tan solo su verdugo.

®

EL DETERGENTE

Tu ropa más blanca. Nuevo detergente para la ropa blanca, el blanco volverá a ser blanco. Una mujer le enseñaba a otra la diferencia entre un blanco deslumbrante y un blanco del color de la nicotina, qué cara de asombro, qué sorpresa tan grande, descubrir que sus sábanas y las camisas de su marido no eran blancas, eran prácticamente amarillas. La mujer colocaba un tambor de detergente en polvo sobre el banco de la cocina, con en el nombre de la

marca comercial en letras bien grandes, se llevaba una toalla a la cara y se derretía de placer, qué suavidad, qué tacto, qué fragancia, su marido volvía a darle un beso por las mañanas, antes de salir a trabajar, su camisa volvía a ser blanca. Nueva fórmula acción lejía. El campeón contra las manchas. Pruébalo y si no queda satisfecha le devolvemos su dinero. Esas mujeres eran atractivas desde toda la vida, aunque se estuviesen muriendo. En los anuncios de detergentes las mujeres eran las auténticas protagonistas, qué bonito era verlas disfrutar de esa manera compitiendo por cuál de sus detergentes dejaba la ropa más limpia, luego sus hijos, que parecía que no se dedicaran a otra cosa que a ensuciar todo lo que pudiesen, durante todo el día, el hombre solo se veía para sonreír de vez en cuando los progresos de su mujer con la limpieza del hogar, aunque la voz en of que se escuchaba durante todo el anuncio y nos contaba las milagrosas ventajas de ese nuevo detergente siempre era masculina, eso debía darle un plus de fiabilidad. Nuevo detergente doble acción anti manchas. Porque es diferente. Porque tú te lo mereces.

®

Toni Mr. T no estaba para bromas, ya era la segunda vez en una semana que veía como parte de su dinero se esfumaba como por arte de magia, él siempre se hacía responsable del dinero que alguien le daba, ya fuera como señal, como parte de una deuda contraída o como parte de la venta de alguno de los productos de la economía sumergida en la que se movía, y tenía bien claro lo que era un billete, o una moneda, o una maleta llena, por eso no entendía cómo esos estafadores podían estar diciéndole tan alegremente que su dinero ya no estaba, sin darle nada a cambio, ni una cosa ni la otra, que lo que compró ya no tenía ningún valor, por mucho que se lo explicaran en términos que solo conseguían ofenderlo más, que trataban de parecer sinceros, coherentes o razonables. Nada le molestaba más que alguien lo tomase por un imbécil, que se rieran en su cara como si fuese idiota.

—¡Qué mierda más grande André! ¡Qué mierda más grande! ¿Puedes creerlo? Ahora me dice el cabrón ese de Arturo que acabo de palmar toda la pasta que le di para que la moviera, pues te aseguro que esto no va a quedar así, no no, ese hijoputa te digo que me va a devolver hasta el último billete, uno encima de otro. —Toni gritaba y gritaba, André escuchaba y asentía, era

como estar hablándole a una pared, solo que este tenía cara y la pared a veces le contestaba, aunque solo fuera con el eco de sus palabras—. No te jode el muy cabrón, me dijo que invirtiera en bienes, ¿vale? ¡En bienes! ¿Qué mierdas es eso? Y ahora va y me dice que voy a tener que pedirle dinero a una entidad crediticia, ¿qué te parece? ¿Sabes lo que eso significa? ¡Joder claro que no, ni yo tampoco!

—Toni… —dijo André que había permanecido a la espera de una pequeña grieta en su monólogo.

—¡Qué!

—Ahí fuera, hay dos tipos esperando a que los recibas ¿te acuerdas? —Por mucho que lo intentara todavía no había encontrado las palabras adecuadas para evitar que Toni se ofendiera con cualquier cosa que le dijera.

—¡Joder André! ¡Cómo eres! Te importa una mierda todo lo que te estoy contando ¿no es así? —A veces, cuando hablaba, cuando estaba muy nervioso, los ojos se le movían hacia los lados, a izquierda y a derecha, los dos a la vez, como si estuviera siguiendo un péndulo con la mirada.

—Claro que me importa Toni… es que están esperando ahí fuera… y no sé… me da cosa…

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¡Hostia André! ¡Haz que pasen de una vez!

André les hizo pasar moviendo la cabeza hacia un lado, Julián y su hijo Marcos temblaban como un flan, nunca habían hecho nada parecido, bueno Marcos alguna vez se había dejado ver por alguno de los barrios peligrosos de la ciudad para comprar algo de hachís o de cocaína, de forma esporádica, para alguna que otra fiesta. Pero comprar armas era una cosa muy distinta, era meterse en un mercado mucho más oscuro y peligroso, era rodearse de criminales que podían pegarte un tiro solo porque no les gustase como los mirabas, pero era lo que se decidió en la última reunión en la trastienda del viejo bar de Julián. En realidad todavía no sabían cómo iban a actuar, ni si llegarían a utilizar esas armas, pero querían estar preparados, lo necesitaban. En un principio iba a ir el Tirillas con Raquel, que fueron los que apoyaron con más fuerza la necesidad de armarse, pero a Julián no le pareció bien que otro hiciera el trabajo sucio de aquello que él había montado, que ahora le parecía una auténtica locura, pero no había sabido encontrar la manera de pararlo, y para su hijo Marcos fue una cuestión de orgullo, bajo ningún concepto soportaría el qué dirían si su padre se presentaba allí solo, sin ningún apoyo.

—¿Qué cojones es esto André? ¿Sabes lo que vale un minuto de mi tiempo? Y tú me traes a un abuelo y a un mocoso —dijo Toni mirando a André que flanqueaba la puerta trasera de brazos cruzados como tanto le gustaba, Marcos y Julián se miraron sin saber qué decir.

—Es Marcos, ¿no te acuerdas? —Cuando André hablaba se le iba toda la fuerza por su voz nasal, por eso siempre permanecía callado.

—¡No!

—Sí hombre Toni, Marcos estudió conmigo en el colegio, te lo dije ayer…

—Pero si tú no has visto un libro en tu vida André… ¡A ver! ¡¿Qué se os ha perdido por aquí a vosotros dos?! —Otra vez, Toni soltando las frases tan rápido que parecían bofetones.

Julián estaba tan abatido que daba la impresión de que se iba a caer de la silla de un momento a otro y Marcos tenía las manos tan mojadas que rezaba porque a Toni no le diera por estrecharselas.

—Hola Toni, este es mi padre Julián, estamos aquí porque necesitamos armas. —A Marcos se le notaba demasiado que estaba asustado, no pudo evitar bajar la mirada cuando dijo la palabra «armas».

—¿Armas? ¿Pero tú sabes lo que es un arma mocoso? Yo no trato con aficionados joder, y menos con ancianos, ¿qué queréis, atracar el hogar del jubilado o qué? —Toni parecía que llevara años enfadado.

—Mira Toni, no estoy aquí para que me falten el respeto, yo ya tengo unos años, y ya he pasado por unas cuantas cosas en esta vida, algunas de ellas bastante desagradables créeme, y te aseguro que nos apetece estar aquí lo mismo que a ti. —Con los años, a Julián se le había agravado tanto la voz que daba la impresión de tener las cuerdas vocales en mitad del pecho en lugar de en la garganta, su caja torácica vibraba y amplificaba cada palabra de tal manera que parecía que su boca emitía los sonidos a través del motor de un camión.

Toni abrió los ojos tanto como si en ese momento estuviera viendo aterrizar una nave extraterrestre en su despacho. A André se le torció la comisura izquierda de su boca, hacia arriba, algo parecido a una sonrisa.

—Joder con el abuelo, y yo que creía que estaba muerto, pues te diré una cosa, los tienes que tener bien puestos para hablarme así, pero me gusta, André, trae la maleta.

André tardó décimas de segundo en entrar con la misma maleta que le enseñó a Silvia y a Pedro días atrás, la colocó con ternura encima de la mesa y se dispuso a abrirla.

—Ni se te ocurra abrirla del tirón André —dijo Toni.

André tiró de la cremallera con tanto mimo como los dedos de un artificiero desactivando una bomba.

—Bien, esto es lo que tenemos, ¿qué estabais buscando exactamente?

—Algo que no se nos dispare en la mano y que sea barato —dijo Julián mirando todas aquellas armas, a Toni estaba empezando a hacerle gracia el hombre, no pudo evitar soltar una pequeña carcajada, se estaba empezando a relajar, buena señal.

—Mire abuelo, le voy a decir un par de cosas que seguro que usted ya sabe, uno, lo barato, al final, es caro —dijo Toni como si estuviera recitando el primer mandamiento—, y dos, cuando uno va a la guerra, cualquier cosa que lleve le aseguro que se le va a quedar muy corta, a no ser que quiera un par de pistolas para jugar con su hijo a indios y vaqueros… así que usted verá…

—¿Tú qué dos me recomiendas?, y me gustaría que fueras honesto conmigo…

Toni empezó a pensar que Julián hubiera podido ser un buen padre para él. Últimamente le ocurría a menudo, a lo mejor es que estaba haciéndose mayor, había oído decir que algunas personas veían carritos de bebé y mujeres embarazadas por todas partes cuando llegaban a determinada edad, él se imaginaba cómo hubiera sido su vida de haber tenido un padre, en algún lugar debía de estar. Cada vez que veía a un hombre que había pasado la barrera de los cincuenta se le pasaba por la cabeza si no sería ese que empinaba el codo en el bar, o ese otro que cargaba las bolsas de la compra en el maletero del coche. Haberse pasado los primeros dieciocho años de su vida en un orfanato era algo que siempre había asumido con asombrosa madurez, pero el pasado siempre vuelve, siempre permanece, para decirnos quiénes somos y hacia dónde vamos.

—Ese par de *Berettas* de ahí pueden estar bien —dijo mirando hacia el interior de la maleta—, cualquier otro día te hubiera encasquetado las *Astras*, pero no sé abuelo, a lo mejor es que me estoy ablandando, y no me gustaría que se le desmontara la pistola en la mano antes de haber soltado un par de tiros.

Julián asintió dando su conformidad, Marcos todavía no se había atrevido a abrir la boca otra vez.

—Pues que sean esas dos *Berettas*.

—Ah, otra cosa abuelo, se me olvidaba, me gustaría saber si vais a liar alguna gorda, me gusta saber quién jode con quién en mi ciudad ¿vale?, no

vaya a ser que al final me acabe salpicando la mierda usted ya me entiende…
—*Espero que no se haya metido en un lío de bandas abuelo… ¿por qué no se hace un favor y se va a casa?*

—Te aseguro que a quien vamos a joder se lo tiene más que merecido, a esos hijos de mala madre se les van a quitar las ganas de seguir torturando a niñas…

—No me jodas abuelo… —Toni miró a Julián evaluándolo de nuevo, esto cambiaba las cosas—. A ver si al final va a resultar que acabamos compartiendo cuarto.

Cuando Julián y Marcos salieron del despacho, Toni tuvo unos segundos de profunda reflexión, de lucha contra sus propios miedos y remordimientos, cada vez le que costaba más encontrar argumentos con los que acallar las voces que le decían que aquello a lo que se dedicaba no estaba bien.

—¿Sabes qué es lo que más me jode André? Todos y cada uno de los países fabrican armas, venden armas a diario, compran arsenales enteros de munición, y sabes para que quieren todo eso ¿no?

—No, Toni, ¿para qué lo quieren? ¿Para utilizarlo?

Cada vez que Mr. T invitaba a André a una de sus reflexiones André ponía toda su atención para no perderse entre las rápidas palabras de Toni, cuánto admiraba a ese hombre. ¿Las personas que hablaban rápido eran porque pensaban rápido o precisamente hablaban rápido porque no se paraban a pensar?

—Más o menos André, más o menos, para utilizarlo y para volverlo a vender, en cambio a la gente honrada y trabajadora como tú y yo que tratamos de ganarnos la vida como podemos nos miran como si fuésemos criminales de la peor calaña, ¿acaso cambia en algo si el que vende tiene una fábrica entera o el que compra tiene un ejército que alimentar? ¿Qué mierda los diferencia de nosotros? Un arma es un arma joder, se mire por donde se mire, ni que los gobiernos y los ejércitos las quisieran para tenerlas de adorno hostia… no sabes cuánto me jode la doble moral de esta mentira de mundo André…

Cuando Toni reflexionaba de verdad, o bien hablaba mientras hacía alguna actividad manual al mismo tiempo de forma desinteresada, como por ejemplo abrir y cerrar cada una de las quince piezas de su navaja multiusos, o bien miraba fijamente a los ojos de su interlocutor sin ni siquiera pestañear, que era lo que estaba haciendo en estos momentos.

—Tienes razón Toni, yo opino lo mismo… ¿te apetece que vayamos a por unas hamburguesas para cenar?

—Y luego cuando hay movida siempre tratan de endilgarle el marrón a un muerto de hambre como tú o como yo, ¿acaso me dedico yo a fabricar toda esta mierda? ¡Yo solo revendo lo que otros han vendido primero! ¡Lo que pasa es que les jode no poder llevarse una comisión! ¡El puto IVA de los cojones!

—Pues sí, es una mierda, tienes toda la razón… Toni, será mejor que nos demos prisa, ya sabes las colas que se montan en un momento en esa hamburguesería… y a ti hacer cola no te gusta nada…

—No me parece normal André, que te dejes la vida trabajando de sol a sol está bien visto, el trabajo dignifica dicen, y una mierda, que te rompas el culo y la espalda por ganar cuatro duros es digno de admiración, en cambio cuando alguien trata de vivir holgadamente o de disfrutar un poco de la vida lo tachan de vago, de criminal, de fiestero, de drogadicto y de no sé cuántas cosas más… estoy muy harto André, muy harto…

—Toni… ¿has pensado ya que hamburguesa pedirás?, estaría bien que fuéramos cuanto antes, lo digo porque ya sabes las colas que se montan, y cuando hay colas siempre hay jaleo…

—¡Joder André! ¡Qué pesado eres coño! ¡Siempre pensando en lo mismo! ¡Te importa todo tres cojones! ¡Venga vámonos a ver si así te callas de una puta vez!

Hoy he detenido a una puta, yo nunca he sido violento, pero creo que estoy empezando a perder el control, se me ha puesto un poco chula y a mí me ha faltado tiempo para liarme a puñetazos con ella, le he dejado la cara hecha un mapa, luego ni siquiera he llamado a una ambulancia, la he dejado ahí tirada, en la cuneta, al menos me he desahogado un poco.

Alfonso Cobo se sentía más importante que nunca, él no tenía mano para los negocios ni paciencia para levantar una empresa, su educación se limitó a unos cuantos tortazos cuando se equivocaba con la tabla del siete, a sacos de arena en la espalda y a trabajar de cuclillas, cuando su padre se lo llevaba a las cinco de la mañana a que lo ayudara con los campos de naranja que rara vez daban beneficios. Pero tenía algo que de alguna forma lo diferenciaba del resto, que hacía que Antonio Salcedo confiara cada vez más en él, su lealtad era de acero, su capacidad para adaptarse ilimitada, no tenía el carisma del chaval ese, Pedro, para llevarse a la gente al huerto con sus sonrisitas y sus

hoyuelos, pero conocía muy bien la calle, desenvolverse en cualquier situación, y no le temblaba la mano cuando había que liquidar a alguien, o meter a una jovencita de un golpe en el maletero de atrás de un coche. Él había nacido para ese oficio, el de chico para todo, no tenía ningún tipo de escrúpulo, si hubiera podido ganar algo de dinero vendiendo a su padre lo habría hecho sin dudarlo. Antonio Salcedo le dijo que si tenía paciencia y se mantenía cerca de él, a su lado, en su vida solo pasarían cosas buenas, para él y para su familia, por eso cuando dejó en sus manos hacerse cargo de los dos tortolitos, de Ariel y Diego, no le puso ninguna pega, de hecho lo vio como una oportunidad para ascender, para demostrar su valía. Antonio le había dicho que últimamente veía a Pedro fuera de forma, qué manera tan suave de decir que se fiaba menos de él que de un ludópata con un billete en las manos, y que además veía a Pedro como alguien que se mueve mejor por impulsos, o haciendo cosas concretas en momentos exactos, pero lo de seguir premeditadamente a alguien para darle caza era otro cantar, requería planificación, tener en cuenta muchos más factores. Alfonso se sintió halagado, por fin, cuántas veces había tenido que soportar que lo miraran por encima del hombro, como si fuese un analfabeto, cuántas veces lo habían ninguneado cuando dio su opinión, por eso estaba tan impaciente por que llegara Pedro, para explicarle cómo eran ahora las cosas, a quién le habían encargado la parte complicada del plan, y quién se haría cargo del trabajo sucio.

Pedro llegaba con retraso, Silvia no lo había dejado irse así como así, esa mujer lo tenía totalmente enganchado, a veces era un poco brusca con él, incluso bastante dura podría decirse, pero se lo compensaba con creces con sus raciones de cariño, en la cama, cada vez más frecuentes. Sobre todo después de que ella se enfadara por alguna nimiedad y él mostrara pesar y arrepentimiento, parecía que incluso forzara ese tipo de situaciones, que necesitara verlo triste y abatido para que ella se desatara, ardiente, responsable de su dolor y de su consuelo, le recordaba a uno de esos domadores de la vieja escuela que combinaban los latigazos con las caricias, un caramelo con un bofetón. De todas formas incluso esa parte de ella le parecía adorable, ella no era una mujer como las demás, ella era una guerrera, y eso tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, como un animal salvaje, terriblemente bella, indomable, mortífera con su objetivo, jamás se le pasaría por la cabeza intentar siquiera tratar de cambiarla, su parte salvaje era una pieza clave de su existencia, arrebatársela sería como quitarle las garras y los colmillos a una leona en mitad de la selva, su sentencia de muerte.

Esa mañana sin ir más lejos había estado machacándolo sin consuelo, detrás de él constantemente, que solo trataba de excusarse y de hacer mejor las cosas, de decir las palabras correctas, todo terminó cuando él se quedó en un rincón, pensativo, acobardado, y ella lo llevó a la cama, cubriéndolo de besos, por todo su cuerpo, encima de él, dentro de ella.

Luego Pedro le dijo que se tenía que marchar, Alfonso quería hablar con él, y Silvia se acurrucó entre sus brazos, cariñosa, acariciándolo, haciéndole prometer que volvería esa noche otra vez, que así podrían hablar mejor, en persona, contarle cómo había ido todo, y a él eso le encantaba, que le pidiera que volviera a su lado, junto a esa mujer de la que estaba por primera vez en toda su vida completamente enamorado.

Al llegar a la casa de campo vio a un Alfonso exultante, inflado, daba la impresión de que se creía un ministro o un banquero millonario, pero con esa corbata arrugada y esa piel requemada por el sol no podía engañar a nadie, y menos a él, que sabía perfectamente quién era y de dónde venía.

—Vaya con el chico, ahora resulta que incluso se permite el lujo de llegar tarde. —Cuando Alfonso hablaba parecía uno de esos muñecos que usaban los ventrílocuos, pero con mucha menos gracia, apenas movía un poco la boca, del resto de la cara no se apreciaba ningún cambio.

—He tenido un pequeño imprevisto, dime, qué querías —dijo Pedro como siempre, sin mostrarle el menor respeto.

—No me digas… no sé por qué no me extraña…

—No tengo mucho tiempo sabes Alfonso… así que agradecería que te guardaras tus comentarios para otro y fueras al grano.

—Vaya con don importante… ¿y qué tienes tú qué hacer si se puede saber?, porque que yo sepa los perros como tú solo se mueven cuando su dueño se lo ordena… no sé… o a lo mejor es que te has buscado otro dueño que tire de la correa…

A Pedro le estaban entrando unas ganas terribles de hacerle tragar ese cigarro que se consumían entre sus dedos amarillentos.

—Alfonso… no sé qué es exactamente lo qué te pasa conmigo… pero te aseguro que no quiero problemas entiendes… y ya te dije en una ocasión que esas insinuaciones no me hacen ninguna gracia, tú verás lo que haces, porque a lo mejor, al final, es posible que te tengas que tragar cada una de tus palabras, así, sin masticar —dijo Pedro mirándolo fijamente sin nada más en la cabeza que la imagen de Alfonso suplicando por su vida.

—Bueno chaval, tranquilízate eh, ya habrá tiempo de ver quién es quién, a ver si te crees que a mí me gusta tener que verte la cara más tiempo del

necesario. Mira, Antonio me ha encargado a mí lo de los tortolitos esos, ya sabes, ese asunto requiere algo más profesional, tú ya me entiendes, nada de aquí te pillo aquí te mato, tú solo encárgate de tener preparadas para el sábado un par de esas chiquillas que van provocando por ahí enseñando las tetas y las bragas, ah, y que estén de buen ver eh, nada de gordas ni de correctores dentales, tías buenas de las de verdad, como las que salen por televisión.

—¿Eso es todo? —dijo Pedro tratando de que ese encuentro terminase lo antes posible.

—Ah bueno, y otra cosa, Antonio dice que pases a verlo —dijo arrastrando la o—, cuanto antes a ser posible, y llama antes claro…

—Hasta otra Alfonso, si lo ves dile que ya le llamaré —dijo Pedro sonriendo antes de abrir la puerta del coche, sabía que esa sonrisa lo ponía de muy mal humor, arrancó el coche viendo como Alfonso lo atravesaba con la mirada.

Tenía un problema, en cuanto llegase a casa de Silvia hablaría con ella sobre la forma menos dañina de resolverlo, que necesitaran dos chicas complicaba un poco las cosas, en sus planes solo habían previsto que él les llevara una, no dos. Por el contrario Alfonso le había dado una alegría con lo de que él se ocuparía de la pareja esa, muy al contrario de lo que este pensaba, esa parte del plan era bastante delicada y todavía no habían trazado con claridad la forma de llevarla a cabo con la mayor seguridad posible, así que un dolor de cabeza menos. Ahora podrían concentrar todas sus fuerzas en planificar su ataque, más tarde hablaría con Antonio, ese hombre siempre había pensado que Pedro y él tenían un vínculo especial, como el padre o el hijo que nunca tuvieron, qué equivocado estaba, mejor así, el sentimiento era una debilidad, él se lo había dicho muchas veces, y tendría que aprovecharla, *Antonio, lo siento, pero no me queda más remedio que hacerlo, de tu debilidad, mi virtud.*

CAPÍTULO 40

CLAUDIO ROMERO

Claudio Romero estaba más perdido que nunca, en los últimos dos meses había evitado de forma milagrosa que le cortaran la cabeza en varias ocasiones, y ahora veía con claridad que lo mejor hubiera sido dejar que lo relegaran del cargo. Pero su orgulloso carácter siempre le había impedido dar su brazo a torcer, reconocer a todos y a él mismo que el puesto de Inspector Jefe le quedaba grande, muy grande, pero le había costado media vida llegar hasta allí y se resistía a abandonar, a aceptar su completa inoperancia. Varios meses de investigación, cientos de horas en la calle, interrogatorios que antes de empezar ya tenía claro que no iban a ningún sitio, no tenían nada, por supuesto que no, ni un solo sospechoso, ni una línea de investigación clara que seguir, dando bandazos de aquí para allá como un pato mareado. Cada mañana, cuando reunía a su equipo para darles instrucciones se le caía la cara de vergüenza, podía imaginar lo que estarían pensando, de su jefe, de lo inútil que era, de cómo era posible que alguien lo hubiera puesto al frente de un caso con tanta repercusión social y mediática, y no les culpaba, en realidad él pensaba lo mismo, pero a su mujer le hizo tan feliz cuando lo ascendieron que le daba un miedo atroz tener que decirle que volvía otra vez a la segunda fila, a acatar las órdenes de otro, no quería enfrentarse a la desilusión en sus ojos, a la decepción en sus palabras de consuelo. Además eso sería un golpe bajo para la economía de su hogar, la diferencia de sueldo no es que fuera demasiado grande, pero sí lo suficiente para vivir desahogados, y no le apetecía nada tener que volver a mirar con lupa las facturas, a ir otra vez detrás de su mujer apagando luces, a decirle que esos zapatos no le hacían ninguna falta, que ya tenía demasiados, y que su hija podía aprender a tocar el violín en casa, que no hacía falta llevarla a clases particulares. En las películas parecía todo tan fácil, tan distinto a cómo uno lo vivía en primera persona, en la vida de verdad, o a lo mejor es que él fue demasiado iluso. Ojalá todo fuera tan sencillo como en el cine negro, donde el buen policía siempre acababa atrapando al malo de la película. Pero en la vida real ser Inspector Jefe no solo suponía tener capacidad de mando, ser metódico o trabajar hasta altas horas de la noche si hiciera falta, también hacía falta tener ese toque especial

del cual él carecía por completo, al menos algo de instinto, como en su mundo solía decirse, o un poco de creatividad, cuando las pruebas eran casi inexistentes, o aunque solo fuera un pizca de visión global, para relacionar los casos, para encontrar un patrón, o para anticiparse por una vez en la vida en lugar de dedicarse a ir por ahí recogiendo cadáveres. No, él no tenía nada de eso, él solo pensaba en llegar a casa con su mujer y con su hija, ver si le había preparado para cenar carne empanada o tortilla de patatas.

Encima había perdido a su mejor policía, Silvia. Le hubiera gustado poder negarle esas vacaciones, decirle que ahora no era el momento, pero no tuvo fuerzas, en su expresión de aquel día solo vio decepción, resignación, falta de confianza en él y en el equipo. Y él no pudo impedírselo, porque en el fondo la entendía, esa mujer tenía verdadera madera de líder, una fuerza natural para llegar hasta el final, hasta donde hiciera falta, pero él y su equipo no hacían otra cosa que ponerle trabas, impedir que avanzara, a veces sin querer, por culpa de su torpeza y de su incompetencia, a veces queriendo, para evitar que ella los dejara en evidencia. Nunca se lo había dicho, ni a ella ni a nadie, por miedo o a lo mejor por un poco de machismo, además ella ya hacía tiempo que había dejado de sonreírle por las mañanas cuando llegaba al trabajo, y eso le dolía, pero lo cierto es que en el fondo no veía a nadie más preparado que Silvia para ocupar su cargo, tal vez tendría que ir haciéndose el ánimo, por una vez en su vida, de ser valiente, de tomar la decisión correcta y no la que más le conviniera. Por la tarde la llamaría y hablaría con ella, no podía seguir mintiéndose durante más tiempo, se lo debía a todas esas chicas, a todos esos padres que lo esperaban en la puerta de la comisaría pidiendo explicaciones. *Silvia, si lo quieres, el puesto es tuyo, estás preparada, no conozco a nadie mejor que tú, solo espero que no sea demasiado tarde, que consigas hacer lo que yo no he tenido idea ni siquiera de cómo empezar*.

CAPÍTULO 41
(jueves)

YA TE DIJE QUE TE CUIDARAS

Una palmada en el culo suele ser más dolorosa por el hecho en sí de estar siendo golpeado que por el dolor real que nuestro cuerpo experimenta, pero cuando lo que uno recibe son un cuantos correazos, hebilla de acero de por medio, lo siente de una forma tan intensa que toda nuestra espalda se retuerce hasta endurecerse como una piedra, es tan agotador que te inclinas y suplicas, para que pare de una vez, que lloras con toda tu alma y pides perdón, aunque no hayas hecho nada malo, aunque seas tan pequeño que no sepas ni el significado de las palabras. Lo peor de todo es cuando a alguien le da por pegar una plancha bien caliente sobre tus costillas, entonces ya no es solo dolor, entonces es cuando te meas y te cagas encima, cuando escuchas el burbujeo de tu suave piel de niño derritiéndose, cuando te llega el olor a carne quemada y tu diafragma se eleva y se contrae de tal manera que tus pulmones se colapsan.

Diego se había pasado los últimos tres días limpiando la casa a fondo, cuarto a cuarto, entre sus horribles pesadillas, ante la atenta mirada de Mercedes, con la cabeza llena de rulos, que no solo no paraba de darle órdenes sino que lo trataba peor que nunca. Trató de mantener una nueva conversación con la bruja gritona, en su cabeza solo había preguntas, necesitaba saber, que lo mirara a la cara y se lo contara todo, que tuviera el valor de decirle que todas esas marcas y cicatrices que recorrían su cuerpo no se las había hecho en el patio de un colegio, que sus pesadillas no eran pesadillas, eran recuerdos, y que tuviera el coraje de decírselo a la cara, si había sido ella, o Ramón, o quien fuera, pero no encontró el momento. Desde que había vuelto a casa los insultos se habían vuelto más agresivos, más irracionales, parecía que su rendición no había hecho más que alimentar el odio de Mercedes, dar rienda suelta a toda su violencia, incluso había traspasado en un par de ocasiones la barrera física. Como el día anterior, cuando Ariel se presentó en su casa, él estuvo escuchando parte de la conversación, acongojado, callado, sin hacer

nada, reteniendo un impulso muy real que no hizo más que asustarlo más, de coger a Mercedes por el cuello y apretárselo con todas sus fuerzas hasta que dejase de respirar, de estamparle la cabeza contra la pared tantas veces hasta que sintiera cómo su cráneo se abría de par en par, igual que una sandía. Pero en lugar de eso se quedó temblando, atenazado, hasta que su madre terminó de hablar con Ariel y al regresar se fue directo hacia él, sin mediar palabra, le dio un par de fuertes bofetones, él no dijo nada, tan solo se quedó mirándola muy fijamente, ella le escupió en la cara gritando, diciéndole que era él quien la obligaba a comportarse así, por culpa de esa zorra asquerosa, dos bofetones más, otro escupitajo, un tirón de pelo, a él en realidad le hizo gracia los intentos de su madre por hacerle daño, esa mujer no tenía ni idea de que lo que de verdad le dolía eran sus palabras, el cómo lo trataba, o la forma de la que hablaba de Ariel, a él no le hubiese costado nada retorcerle el cuello o hacerle tragar los dientes de un puñetazo, podía sentirlo, en su interior, cada vez más fuerte, el despertar de la bestia que llevaba años dormida. No sabía cuánto tiempo más podría retenerse, Mercedes se lo estaba poniendo muy difícil con sus constantes provocaciones, con cada golpe, con cada humillación. Y de fondo Ramón, su padre, el único padre que había conocido, sin decir ni una palabra, riéndose de las ocurrencias de Mercedes, parecía que disfrutaba viendo cómo lo arrodillaba, limpiando las baldosas de la cocina mientras ella fumaba un cigarrillo y tiraba la ceniza al suelo, o llevándolo de una oreja para enseñarle lo mal que había limpiado el baño, acercando su cabeza a la taza del váter, después de que su padre acabara de cagar.

No sabía a ciencia cierta qué era lo que pasaba en su interior, lo que no acababa de funcionar bien en su cabeza, pero de lo que ahora no le cabía ninguna duda era de que Mercedes sí estaba enferma, por su cabeza solo pasaban formas de torturarlo y de convertir su día a día en un infierno, se había ido a esa casa porque tenía miedo de lo que él pudiera hacerle al resto, sobre todo a Ariel, pero tan solo había conseguido meterse en la boca del lobo, de la que antes o después acabaría saliendo, de una forma u otra, matando o muriendo, no veía otra opción.

—¿Has visto que recto llevo a tu hijo? —dijo Mercedes orgullosa, Ramón se disponía a abrir una lata de cerveza, eso requería concentración.

—Sí, la verdad es que me ha sorprendido… —*Ahora solo falta que adelgaces un poco y que te apartes de en medio, no me dejas ver la televisión, pesada*.

—Tiene la casa como una patena, ya sabía yo que este hijo al final valdría para algo, y de aquí poco, con algo de paciencia, es posible que incluso

consiga un trabajo, ya lo tengo medio hablado con Paco el pescadero, algo más de dinero nos vendrá muy bien, yo podré permitirme comprar algunas cositas, que falta me hacen, toda la vida sacrificándome por vosotros… —*Y tú vete preparando bola de estiércol, porque detrás de él vas tú, si crees que vas a pasarte la vida hundido en ese sofá estás muy equivocado*.

—Muy bien cariño, ¿ya está la cena? —*Joder qué pesada eres, ¿no te das cuenta que no me apetece hablar ahora? ¿Que va a empezar mi programa favorito? ¡Levanta tu gordo culo de una maldita vez! ¡O al menos pon tu fea cara a un lado joder, no me dejas ver nada!*

—No, claro que no, ¿no ves que estoy aquí hablando contigo? ¿Crees que la cena se hace sola acaso? —*Maldito estúpido, cuánta razón tenía mi madre acerca de ti, que acabarías calvo y tripón antes de los cuarenta y que jamás me darías una buena vida, pero tranquila mamá, tengo un plan, voy a deshacerme de este maloliente montón de mierda*.

Hoy me he sentido bien, hacía ya bastante tiempo que no recordaba esa sensación, la de saber que estoy haciendo lo correcto, cuando me he liado a porrazos con esas dos putas, me he sentido de maravilla, de limpiar las calles de escoria. Es posible que una de ellas no vuelva a caminar sin una bonita cojera y la otra seguro que hasta que vuelva a ofrecer mamadas con esa boca de zorra pasará bastante tiempo, porque le he partido la mayoría de sus cochambrosos dientes.

Pedro le dijo a Silvia que tenían que ir a hablar con Toni Mr. T, no le había querido decir por teléfono de qué se trataba, pero por la intriga que le dio a sus palabras y la insistencia que mostró intuía que debía ser para algo importante. La noche anterior le había contado cómo fue su reunión con Alfonso, que necesitarían otra mujer, eso a Silvia la puso de los nervios, ella se había mostrado desde un principio muy reacia a involucrar a terceras personas, y poco a poco estaba viendo cómo sus planes cada vez dependían de más variables, justo lo que había querido evitar desde un principio. Le fastidiaba darle la razón a Pedro, cuando le dijo primero que necesitaban más armas y luego que también necesitarían refuerzos, pero lo cierto es que si antes tan solo veía su misión como un ataque suicida, con el paso de los días había ido albergando, poco a poco, y sin hacer mucho ruido, algo parecido a

la esperanza, un atisbo de luz con el que poder soñar con salir de aquel lugar con vida.

—¿Sabes qué me ha dicho hoy el cabrón de mi contable? —dijo Toni mientras se cortaba las uñas con unas tijeras tan grandes que parecían incluso capaces de cortarle la cabeza a alguien.

—¿El qué? —dijo André con los ojos tan abiertos como los de un perro antes de llenarle el plato de comida.

—Que el país está en recesión, ¿sabes lo que es eso? —Toni estaba muy tranquilo esa mañana, de todas formas no podía dejar de preguntarse cómo era posible que el dinero, algo material, desapareciera como por arte de magia.

—Suena mal…

—Exacto, muy mal, para ser precisos, ¿y sabes que esos cabrones están devaluando la moneda? ¡Nuestra moneda!

—Bufff… qué cabrones…

—¿Te haces una idea de lo que eso supone para nuestro negocio André?

—Puedo hacerme una idea…

—No André, no, no puedes hacerte una idea…

Toni Mr. T estaba a punto de tener una de esas grandes ideas que a veces uno se pregunta cómo es posible que haya podido tener lugar en su cabeza, y que justo en el momento de mayor lucidez algún elemento extraño interrumpe esos maravillosos fuegos artificiales y cuando quieres recuperar esos pensamientos no quedan ni siquiera los restos, ni tan siquiera recuerdas sobre qué tema estaban relacionados, como si nunca hubiesen existido. El sonido del timbre fue lo que evitó que esa maravillosa idea diera a luz, Silvia y Pedro llegaron con antelación, cuánto odiaba que la gente se presentara a las citas antes de lo previsto, la mayoría solía maldecir a los impuntuales, a los que siempre llegaban tarde, pero llegar antes de tiempo era una indecencia mucho peor, la gente no tenía ningún respeto, al menos los que se pasaban la vida esperando estaban preparados, a punto, pero coger a alguien a medio vestir, en la taza del váter o haciendo el amor con tu mujer era una putada universal, ¿tan difícil era llegar a la hora joder? No importaba, porque ese día estaba de buen humor, los recibió con los brazos abiertos, una sonrisa en la cara y cuatro gruesas cadenas doradas colgando de su cuello, nada que ver con su primer encuentro, cuando lo más parecido a la hospitalidad que les ofreció fue cuando dejó de fruncir el ceño para permanecer simplemente serio.

—Esto se anima chicos, tengo dos noticias, una buena y una mala, ¿cuál preferís primero? —dijo Toni haciéndose el interesante.

—No sé Toni, ¿la buena? —dijo Pedro, *¿importa algo el orden Toni?*

—Bien, la buena noticias es, atentos. —Toni hizo una pequeña pausa, quería que le rogaran que la dijera de una vez, sobre todo Silvia, que buscaba su mirada sin ningún disimulo, no había podido olvidar a esa mujer, la veía incluso más atractiva que la primera vez—. La buena noticia es…

—Toni por favor dila de una vez. —A Silvia no hacía falta demasiado para provocarla, a Toni se le iluminaron los ojos cuando escuchó esas palabras saliendo por esa boquita, la tenía justo donde quería, *allá voy preciosa, vas a saber quién es Mr. T.*

—He conseguido refuerzos chicos, al menos dos, puede que más, y os aseguro que se partirán el pecho si hace falta, qué, ¿no decís nada? —dijo Toni decepcionado, había estado imaginando que darían saltos de alegría y no que Pedro bajaría ligeramente la mirada buscando la expresión de Silvia y que ella resoplara de esa manera, pasándose las manos por la cara, una diosa, le parecía una auténtica diosa.

—A ver cómo te lo explico Toni… —dijo Silvia tratando de ser lo más diplomática posible—, ¿qué coño has hecho exactamente si se puede saber?

—¿Cómo que qué he hecho?, se supone que vamos a ir a darles bien por el culo a todos esos hijos de puta ¿no? ¿Qué tiene de malo que vengan más personas? ¿Eh?, no sé vosotros pero mi intención es salir de allí con vida ¿vale?, porque si esos cabrones de mierda nos cogen os aseguro que no se van a andar con tonterías, y lo último que me apetece ahora mismo es dejar que cuatro perturbados me den por el culo con un palo mientras otro me hace tragar su propia mierda ¿vale? —Toni se alteraba a la primera de cambio, si no fuera Silvia la que le había hablado de esa forma ya habría saltado sobre su cuello, *mira bombón, te lo paso porque el otro día me dejaste impresionado con las armas, y porque estás muy buena joder*.

—Tranquilízate Toni —dijo Pedro tratando de calmarlo—, es solo que podías habernos consultado primero entiendes… no puedes ir por ahí reclutando a gente a discreción sabes… esto es muy serio Toni, no nos podemos permitir ningún error. *—Y por cierto, ¿esa baba que te lleva cayendo media hora por la boca tiene algo que ver con que no le has quitado el ojo de encima a Silvia?, cuidado hermano, un poco de respeto, no hagas que te recuerde el código.*

—¿Y yo sí?, mira, esa gente vino a mi pidiendo armas, como vosotros, para ir a darles caña a los mismos a los que vamos a joder nosotros. —Toni

decía «nosotros» como si fueran amigos de toda la vida—. Así que visto lo visto mejor ir todos juntos que por separado ¿no?

—A ver Toni… ¿y quiénes son esa gente? ¿Estás seguro que podemos confiar en ellos? —dijo Silvia algo más tranquila, observando a Toni en profundidad, había algo en sus ojos, en el fondo de su mirada, un vacío afectivo tan grande que podría meter allí dentro toda una vida de besos y abrazos y todavía sobraría hueco, maldita sea se estaba volviendo una degenerada.

—Seguro no hay nada en esta vida monada, pero lo que tengo claro es que a esos dos y a alguno que otro más les va la vida en esto ¿vale?, uno era el padre de una de las chicas que han encontrado muerta y el otro el hermano, así que ¿tú qué crees reina? ¿Podemos confiar?

—Está bien Toni, pero quiero hablar antes con ellos, organiza una reunión para mañana, si estamos juntos en esto necesitamos un poco de organización, porque si no vamos a parecer el ejército de Pancho Villa.

—No hay problema, ¿a qué hora?

—Pues no sé, ¿a las cinco?

—Hecho, a las cinco, no a menos cuarto o a y cuarto, a las cinco.

—Claro, no te preocupes, hasta mañana Toni, tenemos todavía mucho que hacer —dijo Silvia levantándose de la silla.

—¿No se os olvida algo? —dijo Toni viendo como Silvia y Pedro se disponían a irse.

—¿El qué? —dijo Pedro levantando una ceja.

—La mala noticia… armas… harán falta más, y yo de aquí al sábado dudo mucho que pueda conseguir algo, además estoy seco, el cabrón de mi contable me ha jodido pero bien. —Acabó la frase mirando a André que no había abierto la boca en todo el rato, como si él tuviera la culpa de sus problemas financieros.

—Ufff —dijo Silvia—, déjame pensar Toni, mañana te decimos algo.

—Hecho.

Cuando Silvia entró al coche dudó entre ponerse a gritar, liarse a puñetazos con el volante o darle un beso a Pedro, al final optó por las tres cosas, en ese orden.

®

EL CAVA

En Navidad, siempre en Navidad. Desde hace 125 años. El primer cava. El mejor cava del mundo. Los anuncios de marcas de cava eran una tradición en épocas navideñas, eran auténticas superproducciones. Los escotes estaban de saldo, los pechos eran redondos y rebosaban fácilmente los vestidos brillantes y de noche, siempre de noche. Estas navidades brinda con nosotros por un año nuevo maravilloso. Brinda con cava. El mejor cava del mundo. Las melenas eran perfectas, onduladas, resplandecían, de tonos rubios o rojizos. Una pareja se desnudaba con sensualidad. Entre las sombras. Una botella en una cubitera brillaba en la oscuridad. El placer. El sentimiento. El amor. No hay mejor forma de empezar el año. Brinda con nosotros. Con el mejor cava del mundo. Los salones eran lujosos, de un crucero, o en una mansión, los hombres vestían de esmoquin, de frac, de etiqueta, las mujeres llevaban unos tacones que les hacían ir prácticamente de puntillas. En Navidad, vuelve la Navidad, el tiempo de la felicidad. Qué raro era que alguien no brindase con cava en Navidad, después de inflarse a turrones y a polvorones, aunque a la mayoría le repitiese después, o le sentara como un tiro, o le produjera alguna forma de ardor estomacal, o dejaran las copas medio llenas después de haberse remojado los labios y haber permanecido sonriendo durante unos cinco minutos seguidos. Brinda con nosotros. Brinda con cava en Navidad. El tiempo de la felicidad.

®

—Mira Gordo, por allí viene Ariel —dijo el Tirillas mientras empinaba su cerveza.

—Hoy viene sola ¿no? —dijo Edo mirando la reacción del Tirillas.

Las últimas tres veces que Ariel había ido al bar de Julián lo había hecho con su hermana Alba, el Tirillas se enamoró de ella prácticamente al instante. Esa mujer era un ángel, o mejor aún, una diosa, cualquier gesto que hiciera era de un refinamiento exquisito, cualquier palabra que saliera por su boca al Tirillas le parecía de una inteligencia infinita, y qué cuerpo, qué sonrisa, qué manos, si él no había nacido para estar con esa mujer entonces Dios o quien fuera estaba jugando con él, con sus sentimientos y con su cordura, porque de repente el único sentido que le encontraba a su vida pasaba por poder estar algún día con ella. Sabía que Alba era una mujer culta, inteligente, pero él era

muy trabajador, ella era la más bella entre todas las flores, pero él estaba dispuesto a esforzarse, a cambiar lo que hiciera falta, incluso a abandonar todos sus vicios si ella se lo pidiese, Alba tenía las medidas perfectas, a él los brazos le llegaban a la altura de las rodillas, parecía un mono, su color de piel le recordaba a la primavera, a un bonito atardecer en la playa, el suyo era gris cetrino, como el de esos alienígenas que decían haber encontrado en mitad del desierto, los hombres debían estar haciendo cola para pedirle una cita, o invitarla a una copa, a él las únicas mujeres que lo miraban (mal) eran las cajeras del supermercado cuando salía entre las cajas registradoras sin comprar nada, lo tenía mal, realmente mal, pero estaba enamorado, menuda putada.

Ariel llegó al bar de Julián más tarde de lo que acostumbraba, quería compartir con Edo, el Tirillas o incluso con Luis su encuentro interfónico con Mercedes. Tenía la necesidad de compartir con alguien en común todo lo que tuviera que ver con Diego, y aunque no lo pensara de forma consciente, estar cerca de aquellos chicos a los que tan solo conocía desde hacía unos días hacía que se sintiera un poquito más cerca de él, era como si en el fondo su cuerpo y su mente la empujaran a ir por ahí recogiendo los pedazos de su desaparecido novio que pudieran permanecer vivos en alguna parte, a través de alguien que lo conociera, que lo apreciara, como si eso hiciera mantenerlo vivo en su memoria, en su día a día, se resistía a olvidar, a dejarlo marchar.

El Tirillas y Edo el Gordo fueron los que más tajantes se mostraron, Ariel estaba empezando a cogerles cariño a esos chicos, todo lo contrario que a Luis, que cada vez que le veía la cara se le caía el mundo al suelo.

—Hay que sacarlo de allí cuanto antes, como sea, yo puedo ir y plantarle cara a la vieja si hace falta, sin ningún problema —dijo Edo después de escuchar atento todo lo que Ariel les acababa de contar.

—En mi casa se puede quedar el tiempo que sea necesario, ya se lo dije, no sé por qué coño se ha metido allí otra sin decir nada, no lo entiendo la verdad pero os aseguro que en cuanto me vea la cara va a cambiar de opinión —dijo el Tirillas, que le encantaba aparentar que eran los mejores amigos, *y perdona que te lo pregunte Ariel, ¿pero se puede saber por qué no ha venido hoy la mujer perfecta?*

—Muchas gracias de verdad chicos, no sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo, sois un encanto —dijo Ariel a punto de echarse a llorar de la emoción.

—No tienes nada que agradecer guapa, para eso estamos los amigos, ven aquí anda —dijo Edo apretándola contra su molloso pecho mientras pasaba un

brazo por detrás de los hombros de Ariel, que sonreía mientras era engullida por la masa de carne de Edo. Ese chico era una de las personas más cariñosas y buenas que había conocido en su vida, de repente se odió a sí misma y a todo el género femenino, al menos al que ella conocía, que siempre habían rehusado cualquier tipo de relación con personas como Edo el Gordo, como si estar gordo o delgado fuera un punto determinante y decisivo a la hora de escoger pareja, malditas revistas de moda, condenados cuentos infantiles.

—No sé chicos, a mí me parece que si Diego ha vuelto a casa será por alguna buena razón ¿no os parece? —dijo Luis, que detestaba la euforia tanto como un funambulista una corriente de aire—, además, no nos podemos presentar en su casa así por la buenas ¿no?, a ver si al final nos vamos a meter en un buen lío… —remató Luis arqueando las cejas y dando la impresión de estar a punto de echarse a llorar.

—¡Joder Luis! ¿Ya estamos? —dijo Edo el Gordo, que no tenía ningún reparo en decirle a la gente a la cara lo que pensaba—, eres la persona más negativa que he conocido en mi vida de verdad, si no quieres no vengas coño…

—No es eso Edo, es que las cosas hay que pensarlas con detenimiento, ver los pros y las contras… —Luis solo quería decir con eso que le daba un miedo terrible tomar la iniciativa ante cualquier situación que la vida le presentara.

—Luis coño… tranquilízate hombre, ¿no te acuerdas de esos cabrones con los que ibas en el colegio que no paraban de meterse contigo hasta que yo te rescaté? —dijo el Tirillas que siempre encontraba el punto de Luis para que al menos dejara su negatividad aparcada unos instantes, *por favor Ariel, dime que tu hermana te ha dado recuerdos para mi, por favor*.

—Sí… —dijo Luis cabizbajo.

—¿Y te gustaba estar con esa gente? —*Ariel, ¿le estarás hablando bien de mí a tu adorable hermanita verdad?*

—No…

—Pues ahí lo tienes… hay veces en los que uno se mete en una movida de la que desde dentro no es capaz de ver bien cuál es el problema, ni encontrar una salida por sí mismo, hasta que viene alguien y te dice ¡eh, me cago en Dios! ¡Sal de ahí de una puta vez hombre! ¿Entiendes lo que te quiero decir Luis? —El Tirillas a pesar de utilizar un vocabulario bastante precario a veces daba la impresión de tener unos razonamientos tan lúcidos que parecía que quien había hablado era otra persona disfrazada de Tirillas, en lugar del

auténtico Tirillas, eso y que quería impresionar a Ariel para que le hablara bien de él a su hermana.

—Tienes razón Tirillas… contad conmigo para lo que sea —dijo Luis que sacaba la bandera de la rendición en cuanto alguien le insistía mínimamente.

—Pues no se hable más, mañana después de comer quedamos aquí y nos vamos a sacar a Diego de alcatraz, ¿os parece bien? —dijo el Tirillas.

—Por mi perfecto chicos, de verdad que sin vosotros no sé si yo sola… —dijo Ariel antes de que Edo la interrumpiera.

—De nada guapa, ¡y para ya de darnos las gracias de una vez! ¡Que a nosotros también nos apetece sacar al chaval de allí! —dijo el Gordo, que ya estaba empezando a sudar tras su tercera cerveza de la tarde.

Cuando Ariel salió del bar la noche había dejado a oscuras la estrecha calle en la que se encontraba ese entrañable tugurio, Edo y el Tirillas se ofrecieron a llevarla a casa pero ella prefirió ir dando un paseo. Un gato cruzaba la calle por delante de ella con el rabo levantado y moviendo las patas tan rápido que en lugar de cuatro parecía que tenía ocho, a través de una ventana se podía escuchar a la perfección un concurso de televisión que alguien no se perdía bajo ningún concepto y le subía tanto el volumen que la caja de plástico vibraba emitiendo un sonido parecido al de un abejorro tropezando contra un cristal, la humedad había empezado a condensarse en una fina capa sobre la chapa de algún coche, al girar la esquina que daba a otro oscuro callejón una sombra se alargaba sobre la acera, el olor a tabaco negro todavía permanecía en el ambiente, le pareció sentir la presencia de alguien agazapado al pasar junto a un viejo portal que apenas dejaba cincuenta centímetros de espacio entre la calle y la puerta, pero prefirió no girarse, mejor acelerar el paso, el ruido de sus botas al andar se multiplicó por dos, alguien cogió aire muy cerca de ella, o bien era un bronquítico crónico o bien alguien estaba a punto de caerle encima, *acelera, no te gires,* un golpe seco en la última vértebra de su cuello hizo que perdiera el conocimiento en milésimas de segundo, como si alguien la hubiese desconectado dando un tirón del cable de la corriente eléctrica.

Hola Ariel, ya te dije que te cuidaras.

CAPÍTULO 42
(viernes)

TODAVÍA ESTOY VIVA

Silvia entró en la comisaria a primera hora de la mañana, Claudio Romero, el Inspector Jefe, la llamó la noche anterior y le pidió «por favor» que fuera a hablar con él en cuanto pudiera. A ella no le hizo la más mínima gracia, no tenía tiempo que perder, no quería que nada la desconcentrara, pero la voz de ese hombre le pareció tan apagada y taciturna que accedió a verlo únicamente por pena. Tampoco quería encontrarse con ningún compañero de trabajo, mucho menos con Manuel, que seguro que le insistiría para que se tomase algo con él, los últimos días la había llamado un par de veces para ver cómo estaba, para ponerla al día le había dicho, pera ella rehusó cada una de sus invitaciones para verse un rato, no le apetecía nada aguantar sus lloriqueos sobre esto o aquello, ni mucho menos sobre sus problemas con su mujer, que por lo visto cada vez eran más grandes. Era uno de esos días en los que no le apetecía ni saludar, aun así no pudo evitar cruzarse con Martín, qué hombre más pesado, parecía que vivía allí dentro, siempre se las arreglaba para robarle al menos quince minutos de su tiempo, contándole alguna anécdota familiar que a ella solo le daban ganas de vomitar, con esa forma tan melindrosa de expresarse, cuando te decía que esa tarde era probable que lloviese parecía que estaba exponiendo un tratado sobre meteorología, o cuando se había tenido que tragar una película infantil el fin de semana te la contaba de punta a rabo como si fuese el máximo exponente del séptimo arte, una se llegaba a preguntar cómo era posible que alguien pudiese llegar a soportar a ese hombre sin una buena dosis de antipsicóticos.

Cuando entró al despacho de Claudio Romero vio unas ojeras tan grandes como las de un oso panda, sentado detrás de una mesa que daba la impresión de ser más alta de lo que era o él más pequeño de lo que recordaba, una sonrisa describió un arco hacia abajo en lugar de hacia arriba, y un brillo en los ojos más cerca de alguien que había estado llorando que de alguien que rebosara vitalidad.

—Hola Silvia, pasa y siéntate mujer, no te quedes ahí.

—Hola Claudio —dijo Silvia tomando asiento y evitando mirarlo a los ojos para no tener que preguntar.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal van esas vacaciones? ¿Has podido descansar algo? —Por mucho que el Inspector Romero le preguntara los dos sabían que podían ahorrarse esos formalismos para ir al grano.

—Bien, no me quejo, ¿qué querías? —*Escúpelo de una maldita vez y ponte a trabajar holgazán*.

—Bueno, me alegro que estés bien Silvia, tienes mejor aspecto que la última vez que te vi de eso no cabe duda, verás, quería compartir contigo algunas cosas relacionadas con el caso de las chicas desaparecidas. —Silvia no pudo evitar mirar la gran pizarra blanca sobre la que al menos podía identificar la foto de siete de las chicas que habían desaparecido, luego dirigió su mirada hacia Romero para volver a bajarla de nuevo, no sabía ni dónde meter sus ojos, si hubiese sido un poco menos educada los habría cerrado y resoplado un poco de bilis.

—¿Y bien? —dijo Silvia con apatía.

—Silvia… ¿es que no te interesa lo que tenga que contarte tu jefe? —dijo Claudio tratando de despertar su instinto asesino, o su sentimiento de pena.

—Sí sí, claro que me interesa, es solo que… déjalo no importa —dijo Silvia volviendo a bajar la mirada, *es solo que estás tan ciego que ni tan siquiera te has planteado que alguien te la ha estado metiendo todo este tiempo.*

—¿He hecho algo mal?

—¿A qué se refiere?, no sé a dónde quiere ir a parar.

—Sí que lo sabes, ¿tienes idea de lo difícil que es esto para mí?

—De verdad que no sé a qué se refiere jefe.

—Ya… ¿crees que no me doy cuenta de lo que dicen por ahí? ¿De lo que todos vosotros pensáis de mí?

En otro momento Silvia habría pensado que Claudio la estaba reprendiendo por saltarse alguna norma pero por la forma en la que hablaba sabía que detrás de esas preguntas tan solo se escondía un hombre acobardado por su propio sentimiento de culpa.

—Claudio, de verdad… no creo que la gente piense mal de usted… este caso se nos ha ido a todos un poco de las manos, a todos —recalcó—, quizá deberíamos haber solicitado ayuda, no sé, o abrir nuevas líneas de investigación, o a lo mejor es que todos nosotros somos un poquito menos de lo que nos creíamos.

Claudio Romero sonrió con ternura viendo como Silvia poco a poco se estaba arrancando a hablar, esa era la mujer que conocía, la que no se callaba nada, la que nunca se rendía.

—Silvia… no me andaré con más rodeos, a mí me espera una larga lista de tareas y tú seguro que tienes algo mejor que hacer que aguantar a este trasto viejo…

—No diga eso Claudio, eso no es cierto… —Joder, *¿pero cómo es posible? ¿Tú también vas a hacer que me ablande?*

—¿Nunca has deseado ser otra persona? ¿Ser de una forma distinta a cómo eres en realidad?, a mi últimamente me pasa a diario, y eso no es bueno Silvia, nada bueno, te diré algo, si algo positivo tiene el hacerse mayor es que a uno le importa cada vez menos decir las cosas a la cara, lo que piensa, ser sincero con uno mismo, con los demás, aunque lo malo es que a veces es posible que ese momento llegue demasiado tarde entiendes, porque la vida no dura para siempre, y porque cuando te das cuenta no has hecho otra cosa que hacer de tu vida una gran estupidez, una gran farsa, y yo ya me he cansado de todo esto Silvia, ya lo he decidido, dejo el caso…

—¿Cómo?

A Silvia, por el tono de sus palabras, le pareció que el inspector Romero estaba teniendo un ataque de sinceridad después de que algún médico le hubiese dado una terrible noticia.

—Lo que has oído, abandono…

—¿Ahora? ¿Con la que está cayendo?, no creo que esto sea una buena idea inspector, no ahora, ¿qué van a decir los de arriba?

—Ya lo saben, desde ayer por la tarde, de hecho no se opusieron en ningún momento, incluso me pareció ver que les estaba quitando un enorme peso de encima —dijo Romero con una sonrisa de aquí nos conocemos todos.

—¿Y quién va ocupar su puesto si se puede saber?, porque imagino que no habrán pensado en traer a alguien de fuera ¿no?

—No, no es nadie de fuera Silvia, de hecho… te he propuesto a ti como Inspectora Jefa, y a los de arriba les ha parecido bien, ¿qué? ¿Te animas? —dijo Claudio como el que invita a alguien a tomar una cerveza.

—¿A mí? —preguntó Silvia con incredulidad.

—Sí, a ti. —*Has escuchado bien, aunque a los de arriba me parece que les ha parecido bien solo porque piensan que al ser mujer y tener cara de niña te van a poder manejar como un títere, pero ellos no te conocen como yo, ellos no tienen ni idea de quién eres, de que no eres de las que se doblegan ni sonríen cuando algo no le hace ni puta gracia*.

Ahora que lo veía mejor, a Silvia le pareció que ese hombre aparentaba muchos más años de los que tenía, el tiempo no lo había tratado mal, no, le había dado un pisotón en toda la cara.

—Pues no sé qué decir la verdad, esto es lo último que me esperaba Jefe… —En la cabeza de Silvia no paraban de entrar y salir todo tipo de pensamientos sin orden ni concierto—. ¿Tengo que decidirlo ahora?

—Cuanto antes mejor Silvia. —Romero decía «Silvia» de una forma tan paternalista que parecía que en lugar de su nombre estuviera diciendo «hija mía».

—Necesito pensarlo Claudio, agradezco mucho que hayas pensado en mí de verdad, de hecho no sé qué ha podido pasar por esa cabeza para concebir una idea tan loca —dijo Silvia sonriendo con ternura—, ¿y qué hay del resto?, a lo mejor Carmelo no lo haría del todo mal, tiene mucha experiencia y no da su brazo a torcer con facilidad, o Manuel, ¿qué me dices de Manuel?, es un buen policía, incorruptible hasta el final, y ama este trabajo más que a su propia vida. —Silvia pensó que ser Inspectora Jefa no se llevaría demasiado bien con la forma de proceder que iba a llevar a cabo.

—Silvia por favor… seamos sinceros por una vez… ya conoces a los chicos, Carmelo lleva años sin pensar en otra cosa que no sea su plan de pensiones, ese hombre no quiere problemas, solo aguantar el tipo un par de años más y pedir que lo prejubilen, ¿sabes una cosa?, y esto que quede entre tú y yo, el otro día llegó una denuncia contra Martín, por malos tratos a una jovencita, ¿puedes creerlo?, ¡Martín! ¡Que está casado y con una niña! Esto ya es demasiado Silvia, el mundo se ha vuelto loco y a mí ya no me apetece más entenderlo, suerte tuvo ese desgraciado de que al final se la retiraran, porque ya sabes que ese borrón en su expediente sería una carga demasiado pesada, para él y para esta comisaría, y Manuel, pues qué quieres que te diga, sí, es un buen policía, pero ama demasiado las normas, y para este cargo hace falta un poco más que eso, hace falta tener el valor de hacer lo correcto, aunque eso a veces signifique saltarse alguna que otra norma, y esto último negaré que lo he dicho. Así que no te preocupes por nada mujer, vete a casa y piénsalo con calma, que yo ya lo he hecho, cuando estés lista no tienes más que llamarme y decirme lo que has decidido.

—Muchas gracias por confiar en mí de esa manera, yo… —A Silvia la embargó una emoción que estuvo a punto de acabar en llanto.

—Tú eres la mejor policía de esta comisaría Silvia, y la persona más íntegra que conozco, lamento no haberte dicho esto antes, pero así es como somos algunos hombres, tozudos como una mula como decía mi abuela. —Al

Inspector Romero se le notaba más relajado desde el momento en el que soltó el lastre que arrastraba desde hacía mucho.

—Gracias otra vez Claudio, es usted un buen hombre, y un buen policía, de los mejores que he conocido —dijo Silvia tratando de olvidar todas las veces que en su cabeza se había cagado en toda la inutilidad e incompetencia del que tenía delante.

—Vete de una vez anda, y llámame cuando sepas algo.

—Eso haré.

Silvia salió de la comisaría con las manos en los bolsillos y un gran lío en la cabeza, aunque algo tenía claro, seguir adelante con su plan era incompatible con aceptar el cargo de Inspectora Jefa, algo que ni siquiera se había llegado a plantear, no en esa jerarquía tan llena de testosterona, tan vacía de imparcialidad. Le resultaba curioso cómo las grandes decisiones de la vida siempre hacían que una tuviera que decidirse con rapidez, sin tomarse el tiempo necesario que ello implicaba, elegir un camino y olvidar otro, ahora, ya, sin saber si la opción escogida definiría el resto de su vida, o la de las personas de las que de esa elección dependían.

®

LA ROPA INTERIOR FEMENINA

Siéntete cómoda. Siéntete segura. Durante todo el día. Siempre a la moda. Nuevos sujetadores sin aro metálico, no dañan tus pechos. Nuevas medias de lycra, no se rompen, más flexibles, más suaves, renueva tu estilo. Al parecer esas medias no eran de usar y tirar, al parecer esas medias no conocían las carreras infinitas como todas las demás. Una mujer se deslizaba como una ninfa en ropa interior, por su habitación, en el cuarto de baño. Realza tu figura, realza tu pecho. Se subía un pantalón y se abrochaba una blusa, tengo una muñeca vestida de azul, con su camisita y su canesú. Descubre la nueva línea de ropa interior, te sentirás segura, te sentirás sexy. El sujetador con aro flexible, el sujetador que mejor sienta, realza tu pecho. Siéntete segura. Realza tu pecho.

®

Antonio Salcedo acababa de guardar una serie de documentos de vital importancia para la economía familiar en la caja fuerte que tenía instalada en su despacho. A veces, cuando sentía que todo su mundo se estaba viniendo abajo, que todo aquello por lo que había luchado en su vida carecía del menor sentido, extendía las doce patentes que había ido adquiriendo a lo largo de los años, las diferentes acciones que le reportaban grandes beneficios cada semestre, o aquel escrito que decía que era propietario de una de las empresas con mayor crecimiento del país en las dos últimas décadas. Le reconfortaba acariciar todos esos papeles que eran el resultado de toda una vida luchando, su legado, el futuro de sus hijas y de los nietos que algún día vendrían, aunque él no estuviese ahí para verlo, aunque a veces se colara en su cabeza el recuerdo de aquella vez que traicionó a su socio para quedarse con su parte del negocio, no había podido olvidar esos ojos apuñalándolo con la mirada, deseando su muerte, o la vez que mandó a otro para que se deshiciera de aquellos ecuatorianos que amenazaban con denunciarlo, ni tampoco cuando ordenó darle un susto a la sobrina de su amigo Miguel para que este no se bajara del barco, susto que por cierto acabó en drama. No recordaba cuándo fue la primera vez que se ensució las manos para salvaguardar su posición, su dinero, pero sí cuando se convirtió en costumbre, cuándo olvidó que detrás de todas aquellas acciones había familias sufriendo, personas como él en la bancarrota, mujeres como la suya dejando que las tocaran por debajo de la falda o por dentro de la blusa para que no las echaran a la calle, en casa tenía unas bocas que alimentar. Y luego vino todo lo demás, cuando le propusieron entrar en aquella organización, qué orgulloso se sintió, la élite de la sociedad, y él se lo creyó, quiso creerlo, eso lo explicaba todo, eso lo justificaba todo, que todos ellos eran especiales, como si Dios los hubiera tocado con su mano y les hubiese reservado un lugar especial en la Tierra, dándoles derechos con los que otros no podían siquiera ni soñar.

Aquel plástico semitransparente que no se había atrevido a enseñarle a su mujer lo cambió todo, unos días atrás, se había estado observando desnudo frente al espejo y le costaba difícil creer que fuera cierto, que aquello estuviese en su interior, porque a simple vista él no se notaba nada raro, esa nota con tan mala caligrafía era muy simple, una sentencia, muy clara, como una broma pesada. Cuando su médico de confianza, como a él le gustaba creer que era, trató de utilizar términos sencillos para explicarle la patología que sufría a él le dio la risa, un cáncer era un cáncer, y una masa de carne anómala como una pelota de tenis detrás del pecho no tenía más vuelta de hoja. El destino le pareció muy injusto con él, al principio, luego pensó que

tal vez, a lo mejor, había sido simple mala suerte, ahora no le cabía la menor duda, alguien, en algún lugar, le estaba haciendo pagar por todos sus pecados.

Unos golpecitos en la puerta de su despacho lo sacaron de sus pensamientos. Qué dulce era Margarita, siempre tan educada y servicial, se prometió a sí mismo recompensarla de algún modo por todos esos años de servicio antes de que todo esto terminara, por el cuidado de sus hijas cuando él no tenía tiempo ni para darles las buenas noches. Las puertas correderas de su despacho se abrieron de par en par, como el rojo telón en una obra de teatro a punto de empezar.

—Hola Pedro, pensaba que ya no vendrías, siéntate anda —dijo Antonio con esa mirada que solo reservaba para los seres queridos.

—Hola Antonio, perdona por no haber podido venir antes, en los últimos días parece que todo y todos se han puesto en mi contra —dijo Pedro enseñándole al acabar de hablar esos hoyuelos que sabía que tanto lo enternecían.

—No te preocupes por eso ahora, ¿qué tal te encuentras? ¿Estás bien?

—Sí sí, perfectamente, tuve un pequeño incidente hace unos días, pero ya me encuentro mejor.

—Ya me contó Alfonso, en fin, supongo que haciendo lo que haces algún día tenía que pasar.

—Eso mismo pienso yo… —dijo Pedro tratando de bajar un poco la mirada, sabía lo que venía justo después de que hiciese eso.

—¿Seguro que estás bien Pedro?, te noto un poco triste…

—Bueno, no sé qué decirle Antonio, no le voy a mentir, últimamente he oído cosas sabe… cosas que duelen entiende… —*Tu debilidad, mi virtud, Antonio.*

—Ya… creo que te debo una explicación Pedro, en primer lugar déjame que me disculpe por ellos, pero ya sabes cómo son algunos, esa gente es desconfiada por naturaleza, pero es solo porque no te conocen como yo, no te lo tomes como algo personal de verdad, no merece la pena, ya te dije que mientras a este viejo le quedara algo de vida nunca te pasaría nada, y es precisamente de eso de lo que me gustaría hablarte, y en segundo lugar, me da una vergüenza terrible que hayas tenido que enterarte de esa manera de lo que hacemos con las chicas, fui un estúpido al pensar que todo esto podía pasar ante tus ojos sin que te dieras cuenta, pero tienes que entender que mi intención solo era protegerte, mantenerte aislado de toda esta locura que no sabría ni cómo explicar, pero quiero que sepas que yo no elegí nada de esto entiendes, que a veces la vida toma sus propias decisiones sin pedirte opinión,

sin consultarte, de repente una mañana te enteras que te ha incluido en alguno de sus planes y a ti solo te queda aguantar, soportar cada golpe con entereza, con la mayor dignidad posible, si es que todavía nos queda algo…

—No se preocupe Antonio, créame, sé de lo que me habla, uno no siempre es dueño de su propio destino, ojalá hubiésemos podido elegir, cambiaríamos tantas cosas, pero yo siempre he pensado que aunque a veces la vida puede resultar tremendamente injusta, muchas otras ofrece segundas oportunidades, de redención, para equilibrar un poco las cosas sabe, y a usted no tengo nada que reprocharle de verdad, ha hecho por mí más que nadie en este mundo, y ya sabe que yo por usted soportaría lo que fuera. —Pedro había aprendido con los años qué decir, cuándo sonreír, qué era lo que los demás interpretaban con cada gesto, con cada mirada, aunque no pudo evitar mandarle un pequeño recado, velado.

—Lo sé perfectamente Pedro, créeme, jamás he dudado ni un solo instante de ti, por eso he decidido apartarte de todo esto, nunca debí involucrarte, bastante injusta ha sido contigo ya la vida, y no quiero que nada malo te pase, quiero que tengas una buena vida, no como ese perro de Alfonso. —Cuando Antonio hablaba con Pedro le era imposible ocultar sus sentimientos, realmente quería a ese chico, o eso o que sentía una terrible sensación de pena cada vez que pensaba en él o le veía la cara, que en cierta modo también era una forma de querer, o de un empezar a querer.

—No sé muy bien que está tratando de decirme Antonio, no lo acabo de comprender, pero usted ya sabe que cualquier cosa que decida me parecerá bien. —Hacerse el estúpido era otro de los puntos débiles de Antonio, que en el fondo debía pensar que estaba haciendo su gran obra benéfica con aquel chico.

—Pedro… antes de nada me gustaría pedirte disculpas por haberte pedido todo lo que te he pedido, nunca debí hacerlo, ahora lo veo claro, pero ten por seguro que ya ha terminado, aún puedes tener una vida, todavía estás a tiempo, de alejarte de todo esto.

—No sé muy bien qué quiere decir con alejarme de todo esto Antonio, ¿se refiere a que ya no me va a pedir que haga más trabajos? —*Tu destino ya está escrito Antonio, nada de lo que digas o hagas puede salvarte*.

—Eso mismo.

—Pero Alfonso me dijo ayer que…

—Alfonso es un completo imbécil Pedro, tú lo sabes igual que yo, espero que no hayas escuchado nada de lo que esa sucia boca te haya podido decir.

—Bueno… esto no me lo esperaba la verdad… no sé qué decirle… como Alfonso me dijo que necesitarían dos mujeres para mañana pues…

—¿Qué? —preguntó Antonio abriendo los ojos por detrás de los gruesos cristales de esas gafas que a veces reflejaban más de lo que dejaban ver tras ellos.

—Pues que hice lo que me pidió… dijo que usted había dado la orden… ¿he hecho algo mal? ¿No hacían falta? —dijo Pedro con los ojos muy abiertos como un perrito que espera a que alguien le lance la pelota.

—No, no has hecho nada mal Pedro, no pasa nada, considéralo un último trabajo, ¿dónde están ahora?

—En una de las fábricas abandonadas —dijo Pedro mientras Antonio resoplaba ligeramente.

—Está bien Pedro, es solo que no quería que te ensuciaras más las manos, pero lo hecho, hecho está, llévalas cuanto antes a la casa de campo y no vuelvas más por allí, a partir de ahora quiero que olvides ese lugar y todos los demás, mañana todo esto habrá terminado, y la semana que viene pondremos la primera piedra de la que será tu nueva vida, tú y yo, ¿te parece bien?

—Sí sí, por supuesto, pero… ¿ha pasado algo?, no sé… no entiendo por qué tanta preocupación ahora de repente…

Lo bueno de no darse a conocer totalmente, es que los demás nunca llegan a saber cómo eres en realidad, qué tipo de pensamientos pasan por tu cabeza, cuáles son los verdaderos motivos que te llevan a actuar de una manera o de otra, algunos incluso pueden llegar a pensar que eres estúpido, o que cuando no hablas demasiado es porque tampoco piensas mucho, y eso ofrecía cierta ventaja cuando la intención de uno no era otra que permanecer oculto, lejos de las previsiones que otra persona pudiera hacer acerca de tus reacciones, de tus próximos movimientos. En cambio Pedro sí supo interpretar que algo raro sobrevolaba por el cabezón de Antonio, algo que podría mandar todos sus planes a paseo.

—Tú no te preocupes por eso Pedro, es solo que en los últimos días estoy un poco más nervioso, son cosas mías, pero han pasado algunas cosas, no te voy a engañar, y si algo saliera mal lo último que quisiera es que tú te vieras implicado.

—Está bien Antonio, no se preocupe que en cuanto deje a las chicas no me verán más el pelo por allí, usted dijo una vez que yo era un superviviente ¿recuerda?, que nada ni nadie podía acabar conmigo, pues eso… a veces uno llega a convertirse en lo que los demás creen que es —dijo Pedro tratando de rescatar uno de los pocos recuerdos felices que conservaba con ese hombre.

—Sí… claro que sí —dijo Antonio con una tierna sonrisa—, lo recuerdo perfectamente, ven anda, ven aquí y dale un abrazo a este viejo —dijo Antonio abriendo los brazos.

Pedro se acercó a él y lo abrazó como tantas veces había visto que se tenía que abrazar, frotando un poco las manos sobre su espalda, o dando pequeños golpecitos con las palmas de las manos, su último abrazo, escuchando si acaso unos pequeños silbidos en su pecho, *adiós Antonio, ya nos veremos, o tal vez no, en cualquier caso esta será la última vez que te abrazo*.

Cuando Pedro abandonó su despacho, Antonio descolgó el teléfono, tenía que hacer una llamada muy importante, no le quedaba otra opción, la conversación con Pedro no lo dejó del todo tranquilo, no quería correr riesgos innecesarios, necesitaba a Eugenio de la Calle.

Mamá por favor ayúdame, ¿puedes oírme?, tu dijiste que si alguna vez estaba en peligro gritase muy fuerte, que tú me escucharías, estuviese donde estuviese, ¿dónde estás ahora papá?, quiero que me abraces, que me saques de aquí, no quiero morir, ¿por qué me han tenido que coger a mí?, yo no me he metido nunca con nadie, y es la segunda vez que paso por algo así, ¿cómo puede ser esto posible?, tengo mucho miedo mamá, papá, me van a hacer cosas horribles, me lo han dicho, ese hombre que vi aquel día y que me dio tanto miedo, me he meado encima dos veces desde anoche, y me duele mucho la cabeza, Alba por favor ven a buscarme, avisa a alguien, a la policía, a Edo el Gordo, al Tirillas, pero por favor sacarme de aquí, todavía hay algo de tiempo, antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué me dejaste Diego? ¿Eh? ¿Por qué? Tu dijiste que nunca me dejarías, que siempre estarías cerca de mí, a mi lado, protegiéndome, y mira lo que ha pasado, mira lo que me han hecho, lo que van a hacerme, y aunque no quieras oírlo ahora te fastidias, me han estado tocando, ese hombre, y me ha golpeado, en la cara, en las costillas, me ha arrancado la camisa Diego, mira lo que le han hecho a tu niña, ¿cómo me ves ahora? ¿Te resulto atractiva así? Porque yo me doy asco, y eso no es nada con lo que me van a hacer, me estoy meando otra vez, no lo puedo soportar, no he sentido tanto miedo en toda mi vida, nunca, y no quiero morir Diego, quiero que todo vuelva a ser como antes. ¿Por qué te fuiste sin decir nada?, eres idiota eso es lo que pasa, y un cobarde, nada de esto habría pasado si tú hubieses estado ahí, eso, siéntete culpable, no me das pena, te lo mereces. Por Dios cómo pude ser tan estúpida, ¿por qué no dejé que Edo me llevara a casa? ¿Eh? ¿Por qué?, esto es horrible, no puedo

soportarlo más, toda esa gente es horrible, odio este mundo, odio mi vida. ¿Por qué tuve que nacer Dios? ¿Por qué? ¿Para esto? ¿Para sufrir? No dejéis que muera por favor, no quiero que me hagan lo que a todas esas chicas, no quiero que sufras mamá, no quiero que lloréis por mí, lo hemos superado todo juntos, siempre, pero sé que si yo no vuelvo no vais a poder, no sin mí, porque se lo mucho que me queréis, igual que yo a vosotros, ya os dije que os que ría, que erais los mejores padres del mundo, aunque vosotros no pudisteis oírme, lo dije para mí misma, como siempre, ahora me arrepiento no sabéis cuánto, no puedo más, no me abandonéis por favor, todavía estoy viva, todavía existo en alguna parte, no os rindáis aún, yo aguantaré todo lo que pueda lo prometo, pero tenéis que daros prisa, ya queda poco, pero aún hay tiempo.

—¿Hablas tú o lo hago yo? —dijo el Tirillas con su larguirucho dedo a punto de marcar el timbre del piso donde vivía Diego.

—Déjame a mi coño —dijo Edo que no estaba para bromas, no lo habían visto enfadado, no como estaba en estos momentos.

—¿Quieres subir o prefieres esperar aquí abajo Alba? —dijo el Tirillas adorando a esa mujer, que aun con los ojos hinchados de tanto llorar seguía estando radiante.

—Prefiero esperar aquí abajo si no os importa, estoy demasiado nerviosa.

—Por supuesto que no, no te preocupes por nada Alba, todo va a salir bien —dijo el Tirillas mientras aporreaba el diminuto botón del timbre.

En cuanto Alba supo que su hermana había desaparecido, después de que aquel policía tratara de calmarla con frases que no hicieron más que ponerla más nerviosa fue corriendo en busca de Edo y del Tirillas, estaba al corriente de que andaban metidos en ese grupo que trataba de encontrar a las chicas desaparecidas, a los responsables de esas muertes tan espantosas, pero ahora era Ariel la que había desaparecido, su vida podía tener los minutos contados, había llegado el momento de dar un paso al frente, por su hermana, daría su vida si fuera necesario.

—¡¿Quién es?! —dijo Mercedes de buen humor.

—¡El cartero señora! ¿Me puede abrir por favor? —dijo Edo elevando su aguda voz, cuanto más alto hablaba más aguda se volvía.

—¿El cartero? ¿Por la tarde? —preguntó Mercedes que se sabía los horarios y rutinas de media ciudad.

—Vengo a entregar una notificación señora, es urgente, de la policía —dijo Edo que estaba más que inspirado, el Tirillas lo miraba sonriendo con su cabeza de pajarillo, adoraba la marcha, soñaba con una vida llena de acción y de aventuras, y a su lado estaba la mujer de su vida, tendría que estar a la altura, impresionarla, ocasiones como esta no se presentaban todos los días.

Un ruido seco y metálico les abrió el portal de abajo, ya estaban dentro, el Tirillas quiso subir por las escaleras pero el Gordo quería ahorrar fuerzas, así que cogieron el ascensor. Cuando la pequeña puerta de seguridad se encogió como un acordeón Edo y el Tirillas trataron de salir a la vez, tropezando entre ellos, dificultándose el paso, al final del pasillo esperaba Mercedes, flanqueando la puerta, con esa expresión de perro guardián después de haberse comido un limón. Al ver cómo se aproximaban hacia ella como dos caballos desbocados quiso cerrarles la puerta en las narices, pero el Gordo arrambló con ella como un tren de mercancías antes de que cerrara, el Gordo era lento por naturaleza, pero cuando cogía velocidad, la inercia se ponía de su parte, y entonces era imparable. Mercedes solo tuvo tiempo de soltar un grito muy parecido al graznido de una urraca hambrienta antes de caerse de culo en el suelo.

—¡¿Pero qué estáis haciendo?! ¡Socorroooo! —berreó Mercedes desde el suelo viendo como Edo el Gordo primero y el Tirillas después pasaban por encima de ella a toda prisa.

—¡Empresa de mudanzas señora! —dijo Edo mientras se adentraba en aquella casa mirando hacia todas partes—, ¡Diego! ¡Sal! ¡Tenemos que irnos!

—¡Salvajes! ¡Hijos de mala madre! ¡Voy a llamar a la policía! —gritó Mercedes que trataba de incorporarse con dificultad, recordaba a una de esas cucarachas que caían de una tubería panza arriba y terminaban sus días luchando por recuperar de nuevo su posición habitual, vaya final.

—Cállese de una vez bruja, que no hemos venido a buscarla a usted, ya le gustaría —dijo el Tirillas levantando su huesuda mano tan llena de anillos que parecía que tenía más nudillos de lo normal.

—¡Sinvergüenzas! ¡Malnacidos!

Edo el Gordo iba entrando de cuarto en cuarto como un ladrón buscando su caja fuerte. Diego había escuchado los gritos de su madre y la voz de Edo, que era inconfundible. Salió de su habitación sin hacer ruido, asomando la cabeza por la puerta, donde se encontró con la mirada de Edo.

—¡Diego! ¡¿Qué coño haces ahí parado?! ¡Venga vamos, tenemos que irnos, hay mucho que hacer! —dijo Edo aproximándose a él.

—¿Edo? ¿Qué haces tú aquí? —dijo Diego que hacía días que no salía de casa y que al ver a Edo se le iluminó la cara, al fin un rostro amable.

—¿Cómo que qué hago aquí?, hemos venido a sacarte de este infierno, venga coge un par de cosas, que no vamos —el Gordo braceaba con sus carnosos brazos, que ya fuera invierno o verano siempre los llevaba al descubierto.

—¿Irnos? ¿A dónde? ¿Qué pasa aquí Edo? —dijo Diego que no entendía nada.

—Diego, venga vámonos que la bruja está llamando a la policía —dijo el Tirillas que se había acercado hasta su habitación.

—Hola Tirillas… —dijo Diego bajando la mirada.

—Diego, escúchame bien de una puta vez —dijo el Gordo zarandeándolo por los hombros, como alguien que trata de despertar a un ser querido del coma—, han, secuestrado, a Ariel —dijo el Gordo vocalizando cada una de las palabras para que le quedara bien claro.

—¿Qué? —Diego arqueó las cejas, un escalofrío recorrió su espalda desde el coxis hasta su nuca, unas gotas de sudor brotaron de su frente, heladas.

—Lo que has oído Diego, lo que has oído —dijo el Tirillas con la cara más seria de su repertorio, aquella que ponía cuando en el parking de alguna discoteca, alguna vez, dos extraños se retaban a miradas.

—¿Qué estáis diciendo? ¡Eso es imposible! —dijo Diego que no quería creer lo que estaba oyendo.

—Diego, escúchame, no te lo voy a repetir otra vez —dijo Edo—, han secuestrado a Ariel, tenemos que ponernos manos a la obra, ya —el Gordo utilizaba la misma cadencia en la voz que un hipnotizador sacando del trance a sus pacientes, o compinches.

Diego se pasó las manos por la cabeza, miró hacia un lado, hacia otro, podía sentirlo, más fuerte que nunca, en su interior, la bestia.

—¡¡Joder!! —dijo Diego saliendo hacia la puerta de la calle con Edo y el Tirillas a su espalda.

Mercedes salió al paso, interponiéndose en su camino, como si alguien la hubiese hecho responsable de velar por que nadie entrara ni saliera de aquel infierno, por encima de su cadáver, parecía decir su mirada.

—¿A dónde crees que vas rata asquerosa? —dijo Mercedes con las manos sobre sus caderas y levantando el cuello como un pollo capón antes de decir «cucú».

Diego iba directo hacia ella, como un misil a punto de estrellarse contra su objetivo, estaba ciego, no veía absolutamente nada, no era la primera vez que

le pasaba, la cogió por las solapas de la camisa estampándola contra la puerta, acercando su cara a la de ella, podía oler su miedo, podía escuchar su sangre corretear por cada uno de sus capilares, a punto de estallar, Mercedes abrió la boca, no pudo llegar a gritar, una mano se estrechó sobre su cuello, cerrándoselo por completo, unos ojos reducidos a dos pequeños puntos negros, un ligero temblor en los párpados, aún más cerca, las manos de Mercedes trataban de arañarlo, primero, de quitarse las manos de Diego de encima, después, eso es una reacción natural, todo el mundo trata de aliviar la opresión que poco a poco lo van dejando sin fuerzas, la elevó un palmo sobre el suelo, los pies de Mercedes se movían intentando tocar el suelo con la punta, parecía una bailarina de danza artística, o una nadadora intentado emerger hacia la superficie, su cara empezó a hincharse, su cara empezó a ponerse morada, la ausencia de oxígeno puede ser letal en tan solo unos segundos, la sangre empezó a acumularse en los capilares de sus ojos. Un brazo tiraba con fuera de Diego.

—Venga Diego déjala coño, vámonos —la voz de Edo le llegó como si entre ellos dos hubiese un colchón de muelles—, no merece la pena hombre, vámonos ya de una puta vez.

Diego aflojó la mano, Mercedes se llevó las suyas al cuello, cogiendo aire por todas las aberturas de su cara, intentando respirar hasta por las orejas, sintiendo cómo la orina resbalaba por sus tobillos. Salieron dando un portazo, dejándola allí tirada, entre lágrimas, sus fluidos, no había sentido más miedo en toda su vida.

No puede ser verdad, como ese inútil deje el cargo todo se puede complicar mucho, a saber a quién ponen ahora, porque seguro que por poco que haga lo hará mejor que ese incompetente de Romero.

CAPÍTULO 43

EUGENIO DE LA CALLE

Eugenio de la Calle fue un error, un error de la naturaleza. Cuenta una leyenda hindú que en todos nosotros habita un lobo bueno, tierno, cariñoso, y un lobo malo, violento, vengativo, y que depende de nosotros mismos cuál de los dos tomará el control de nuestro cuerpo, aquel al que decidamos alimentar más. Pero el que escribió esa leyenda no conocía a Eugenio de la Calle. En él solo había lugar para la maldad, para la violencia, el castigo, nunca hubo nada más. Todo el que lo conoció lo sabía. Sus ojos eran gris ceniza, sus ojos eran aterradores, en sus ojos no había vida.

Se pasó la mayor parte de su estancia en el centro de acogida San Francisco Javier encerrado, nadie quería estar cerca de Eugenio, nadie se atrevía a dejar salir a Eugenio del agujero.

Cuando la doctora Rueda conoció su caso se interesó mucho por él, no había visto nunca nada igual, las monjas estaban convencidas de que estaba poseído por algún tipo de demonio, de que Eugenio era el propio Lucifer en persona, que había llegado a ese centro a castigarlas, por ser las representantes de Dios en ese lugar, o para llevárselas con él. Pero la doctora Rueda creyó ver progresos, la doctora Rueda llegó a pensar que tan solo era un chico con carencias afectivas, que tal vez, con un poco de atención y de cariño, podría tener una vida, reconducir su vida. Por eso fue uno de los primeros nombres que les dio, a ellos, para su proyecto de investigación. En San Francisco Javier celebraron una fiesta el día que Eugenio abandonó el centro.

Ernesto Castro lo evaluó multitud de veces, y creyó que se podía hacer algo con él, que podía servir para algo, siempre y cuando tuviera que ver con la violencia extrema. Porque la primera prueba de campo que hicieron con él no salió exactamente como esperaban. Cuando Miguel Llorens amenazó con abandonar la organización, Antonio Salcedo ordenó darle un susto, para que se lo pensara un poco mejor más que nada, nadie salía de aquella organización, nadie abandonaba. Eugenio de la Calle y Simón Sanmiguel tenían que darle un recado a su sobrina, a Ariel Llorens, asustarla un poco, para que a Miguel le quedara claro cómo estaban las cosas. Pero en cuanto

metieron a Ariel en aquel almacén Eugenio tomó el control de la situación, no solo la violó repetidas veces, sino que forzó a Simón a hacer lo propio, luego quiso acabar con ella, deseaba estrangularla, deseaba golpearla hasta matarla, deseaba verla arder, verla sufrir, verla morir. No llegó a hacerlo, Simón lo impidió en el último momento cuando dejó a Eugenio inconsciente de un golpe en la cabeza. Sabía que acabar con esa chica tendría muy malas consecuencias, bastante se habían extralimitado ya, después llamó a Ernesto Castro y le informó de la situación, él fue el que la recogió en aquella carretera cuando la vio caminando como una zombi y la dejó tirada en la puerta de aquel hospital.

A Simón lo destinaron a hacer otro tipo de tareas, a Eugenio en cambio nadie se atrevió a reprocharle nada, todos allí le tenían pavor. Lo abandonaron a su suerte y solo lo llamaron cuando hubo que enviar algún mensaje, de consecuencias funestas para el que lo recibía, cuando hubo que eliminar algún obstáculo, le decían, pero para nada más que no fuera terminar en muerte, en dolor.

Cuando recibió aquella llamada de Antonio Salcedo pidiéndole su colaboración él no lo dudó ni un segundo, pero antes quiso afinar un poco sus habilidades, saciar un poco su sed de sangre, por eso escogió a esa parejita que se acaramelaba y que se prometía amor eterno en el banco de aquel parque. Al chico le partió los dos brazos antes siquiera de llegar a entender qué estaba pasando, luego fue el turno de ella, cuando la violó ante la mirada perdida de su prometido, cuando le partió el cuello y meó sobre su cara. A él prefirió dejarlo con vida, después de partirle algún que otro hueso más, le pareció una gran idea que viviera martirizado con ese recuerdo, con esa imagen en la cabeza, con esas heridas para toda la vida.

Eugenio de la Calle estaba otra vez en activo, Eugenio de la Calle desataría toda su violencia, toda su ira, Antonio lo sabía, pero necesitaba que si algo saliera mal el mal verdadero cayera como una losa sobre todos ellos, el infierno.

CAPÍTULO 44
(viernes tarde)

¿VOLVEREMOS A VERNOS?

Cuando André hizo a pasar a Julián y a su hijo Marcos al despacho de Toni Mr. T todavía tenían más miedo que la primera vez. Ahora todo iba muy en serio, todas sus elucubraciones, sus reuniones, sus gritos en la noche, se acercaban a su final, lo sabían perfectamente cuando escucharon lo que Toni les propuso, cuando decidieron volver allí, pasara lo que pasara.

Silvia estuvo todo el día dándole vueltas a la cabeza, incluso es posible que tuviera esa extraña sensación que algunas personas afirmaban haber tenido justo en el momento antes de morir, toda su vida pasó ante sus ojos, en imágenes, como un álbum de fotos desteñido y amarillento, cada lágrima derramada, su séptimo cumpleaños, su primera vez, en secundaria, cada paso hacia delante, o hacia detrás, aquella foto de su madre, siempre en su cabeza, entre sus manos, de otra época.

Pedro sintió algo parecido a la nostalgia, de aquellos días en los que creía que había alguien, y que de hecho, lo había, cercano, a su lado, antes de que todo se acabara viniendo abajo, después de aquel día, que no solía recordar, que su mente había sepultado, en el olvido. Pronto todo terminaría, nunca fue una persona normal, nunca lo tuvo fácil, pero al menos hubo un par de veces en su vida en las que estaba seguro que había tomado la opción correcta, ahora lo recordaba, esta vez sería la tercera, la última, o tal vez no.

Toni Mr. T se había pasado la mañana entera haciendo flexiones, levantando pesas, llenando sus músculos de sangre, sintiéndose de acero, lo necesitaba, indestructible, le hacía falta, no quería morir, pero quería hacer lo correcto, sobre sus hombros pesaban algunas cosas, remordimientos que no se podía permitir, no él, por eso necesitaba hacerlo, desquitarse, sentir que de algún modo equilibraría la balanza en la que alguien pudiera juzgar su vida, algún día, esperaba que no fuera pronto.

—Bien, ya estamos todos, podemos empezar —dijo Toni que adoraba tanto ejercer de presidente en ese tipo de reuniones como un oso un tarro de miel bien fresca—, ¿cuántos seréis finalmente Julián?

—Nosotros dos y cuatro más, seis en total, si no se raja nadie al final claro —dijo Julián que a pesar del miedo que tenía en el cuerpo estaba más entero que la última vez.

—Cojonudo —dijo Toni dirigiendo la mirada hacia Pedro—, ¿has traído el mapa hermano? —Le encantaba esa palabra, nunca había tenido uno, le hacía sentirse arropado.

—Sí, aquí está —dijo Pedro extendiendo un mapa topográfico de la zona con muy pocas carreteras y muchas zonas verdes—, esta de aquí es la casa donde estarán, lo he comprobado esta mañana y no hay lugar a dudas—, dijo haciendo un circulo con un rotulador en una zona verdosa perdida en un extremo del mapa—, Silvia y yo hemos estado pensando que esta de aquí es la mejor zona para escondernos antes de pasar al ataque—, Pedro señaló un punto cercano al anterior—, ¿veis estas líneas de aquí? —dijo Pedro señalando unas líneas concéntricas—, esto es un bosque, y esto de aquí una pequeña zona con mucha follaje pero de árboles pequeños, como veis la casa está prácticamente fortificada por la propia naturaleza, pero en esto punto, hay un barranco, es nuestra mejor opción, subir por ahí, no se lo esperarán, probablemente tengan bastante seguridad aquí y aquí —dijo señalando dos pequeñas líneas cercanas al círculo que situaba la posición de la casa—, son las únicas dos carreteras cercanas y por ahí sería un auténtico suicidio, lo mejor es que esta misma noche vayamos para allá, ir mañana podría ser muy arriesgado, van a venir personas de varias partes del planeta e intuyo que habrá bastante follón, mucho trasiego de gente no demasiado amable sabéis…

Toni escuchaba atento las indicaciones de Pedro, con una mano apoyada sobre sus labios, Silvia lo dejó hablar, estaba demasiado nerviosa para lo que iba hacer, sabía lo que se jugaba, lo mucho que se arriesgaba, pero era su mejor opción. Julián y Marcos se estaban haciendo a la idea de dónde se habían metido, el miedo empezó a diluirse, preparándolos, juntos, unidos, su cuerpo, para la lucha.

—Un momento Pedro —dijo Toni levantando la mano como si estuviera en el colegio— ¿qué hay de esas armas Silvia? —dijo retorciendo el cuello hacia esa mujer que guardaba silencio, que era la viva imagen de sus sueños más húmedos.

—Bien bien, está todo en orden —dijo Silvia tratando de evitar que le hiciesen más preguntas, que ella misma se preguntase qué estaba haciendo.

—¿Seguro? —Toni era un lince para la comunicación no verbal, también es cierto que le encantaba que le dijeran las cosas de forma muy explícita, aunque estuviese más claro que el agua odiaba cuando la gente se expresaba

de forma ambigua, o con monosílabos, no podía evitarlo, las cosas claras y la mierda espesa.

—Sí, Toni, seguro, no te preocupes por eso ahora hombre —dijo Silvia recuperando algo de su genio.

—Vale vale tranquila mujer —dijo Mr. T moviendo una mano arriba y abajo como si estuviese haciendo saltar una pelota de baloncesto.

—¿Puedo seguir ya? —preguntó Pedro, por favor Toni, ¿quieres dejar tranquila a Silvia de una vez hombre?

—Adelante —dijo Toni haciendo las veces de moderador.

—Bien, por si alguno no lo sabéis… —A Pedro se le hizo un pequeño nudo en la garganta, algo raro en él—. Por si alguno no lo sabéis esa gente digamos que espera que yo les lleve esta noche a dos mujeres… —dijo Pedro bajando la mirada.

—¿Cómo dices? —preguntó Julián levantando sus cejas con forma de triángulo y apoyando sus dos manos en los brazos de la silla, como alguien que está a punto de saltar a la de tres.

—Pedro ha estado infiltrado un tiempo en su organización —dijo Silvia apoyando una mano en el muslo de Pedro—, ha arriesgado su vida durante algunas semanas y ahora necesita que nosotros hagamos lo mismo, esa gente espera que les entregue a dos mujeres, ya lo habéis oído, y si no lo hace tened por seguro que se harán con otras dos, y eso implica arriesgar la vida de más personas, perder el control de la situación, renunciar a la baza que nos da tener a alguien dentro de la casa desde el principio, que pueda abrir la puerta trasera por la que podernos colar. —Silvia trató de que nadie la interrumpiese, no quería que más miradas se posaran sobre Pedro.

—¿Infiltrado dices? —dijo Julián, ya era demasiado mayor para que alguien le sacara un pensamiento de la cabeza dando un rodeo tal y como había intentado Silvia—. ¿Es que es policía o algo así? —dijo con sorna.

—No, no es policía, pero digamos que tienes motivos personales, igual el resto de nosotros, ¿tú eres policía Julián? ¿Y tú Marcos?

—No, pero a mi hija…

—Ya sé lo que le pasó a tu hija Julián, y lo siento mucho de verdad, por eso estamos todos hoy aquí, para hacer de este mundo un lugar mejor, ¿estamos de acuerdo?, me parece que no es el lugar ni el momento de conocernos a fondo, ya tendremos tiempo si todo esto sale bien.

Desde luego el Inspector Romero no se había equivocado con Silvia, tenía madera de líder, sabía cómo agitar a las masas, cómo mantener a raya a la manada.

Pedro nunca se llegó siquiera a plantear cómo serían los padres de esas chicas, ni que alguna vez pudiera estar sentado frente a alguno de ellos, cara a cara, tampoco qué era eso a lo que la gente normal llamaba remordimientos, pero es posible que se pareciera en algo a lo que estaba sintiendo en estos momentos.

—Una pregunta —dijo Marcos tratando de aportar algo—, si estáis seguros de todo esto, ¿no creéis que a lo mejor no sería mala idea informar de esto a la policía?, lo digo porque podrían montar un operativo en un momento, cercar la casa, no sé, es mi opinión…

—Tú estás chalao mocoso —dijo Toni mirándolo como si hubiese dicho que había visto un burro volando.

—No eres el único que ha estado pensando en eso Marcos, de hecho yo me hago la misma pregunta cada día, pero créeme, para empezar, estoy convencida de que tiene que haber alguien de dentro de la policía que les pasa información, en serio, conozco cómo trabajan y me parece prácticamente imposible que a día de hoy, después de tantos meses no tengan nada sólido, ni un solo sospechoso, así que siempre termino respondiéndome lo mismo, no, no puede ser, estoy segura que harían el ridículo con ese operativo que tú dices, en esa casa no encontrarían nada, alguien les daría el soplo enseguida, y en segundo lugar, ten por seguro que si por alguna de aquellas, dieran con ellos, prepárate para un largo juicio, para presentar pruebas, alegaciones, buscar testigos, sí, aun así es posible que procesaran a alguno de ellos, pero recuerda que no hay ninguna prueba que los relacione con el resto de casos, no que nosotros sepamos, es posible que incluso al final puede que tuvieran que indemnizarlos por daños y perjuicios, como tú dices, es mi opinión, pero si queremos acabar con ellos tiene que ser a nuestra manera —dijo Silvia ante la atenta mirada de todos.

—De acuerdo —dijo Marcos orgulloso de que alguien lo hubiese tomado tan en serio como para molestarse en darle tan buenas razones—, me has convencido, así que al final vamos a darles caña ¿no? —dijo Marcos que de repente se imaginó que estaba con sus colegas del parque fumando porros y bebiendo cervezas.

Silvia le contestó con una sonrisa.

—¿Y qué cojones creías que íbamos a hacer mocoso? ¿Invitarlos a cenar? —dijo Toni que tenía a Marcos entre ceja y ceja, ese chico le había robado a un posible padre para él, no se lo merecía, no tenía ni idea de lo afortunado que era.

Marcos volvió a la tierra y bajó de nuevo la mirada, Toni cambió de tercio y miró a «su hermano».

—¿Y a qué dos mujeres les vas a entregar hermano?, si se puede saber claro…

—Bueno, de eso también queríamos hablaros, una de ellas… —Otra vez, la segunda en los últimos cinco minutos, un nudo en la garganta—. Una de ellas será Silvia.

—¿Pero qué estás diciendo hombre?, necesitamos a Silvia ahí fuera, con nosotros —dijo Mr. T, *hermano, no sé si te he dicho que Silvia me gusta ¿lo pillas?, así que no, no me parece buena idea dejar que se ponga de cebo para que se la coma el coco*.

—Ya está decidido Toni, prefiero ser yo la que se arriesgue a que algo salga mal que otra persona menos preparada —dijo Silvia muy tajante.

A Toni el corazón se le hizo pequeño, apenas conocía a esa mujer, pero comprendió al instante que nada le haría cambiar de idea.

—¿Y la otra? —preguntó Julián.

—Bueno… la otra… de eso queríamos hablaros, no hay otra… de momento —dijo Pedro mirando a Julián—, habíamos pensado que a lo mejor vosotros conocías a alguna que estuviera dispuesta…

A Julián le vino a la cabeza la Rubia, imposible, no podía hacerle eso a su amigo Carmelo, poner la vida de su hija en peligro de esa manera.

—Pues es posible que a lo mejor esté dispuesta… —dijo Marcos antes de que su padre le interrumpiera.

—No, no conocemos a nadie dispuesta, lo siento.

—¿En serio? —dijo Toni—, porque el otro día me dijisteis que tenías una chavalita dispuesto a todo con vosotros… así que no sé… o yo tengo muy mala memoria o vosotros os queréis hacer los suecos… —*Abuelo… te he escogido a ti como un futurible padre para mí, no la cagues ahora anda… y échale huevos joder*.

—No es negociable Toni, sí, tenemos a una chica con nosotros, y tiene un nombre por cierto, se llama Raquel, y no voy a permitir bajo ningún concepto… —dijo Julián levantando su gravosa voz con su dedo índice en alto.

—Papá, papá escúchame —dijo Marcos interrumpiendo a su padre—, Raquel va a arriesgar su vida igualmente estando ahí fuera, o ¿qué te crees? ¿Que la vas a poder proteger todo el tiempo?

—Más que ahí dentro sí —dijo Julián cruzándose de brazos.

—¿Y no te importa lo que ella tenga que decir?, se te olvida que ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones, igual que haces tú o hago yo, no me parece justo que decidas por los demás papá —dijo Marcos cruzándose él también de brazos, el resto presenciaba la disputa familiar como si estuvieran viendo la final de un Grand Slam.

—¿No hay otra opción? —dijo Julián mirando a Pedro.

—En estos momentos no, y la verdad es que tampoco tenemos mucho tiempo, podría presentarme solo con Silvia, pero ya te digo que para empezar es posible que se huelan algo, y para acabar si no es nadie que conozcamos será otra, a la que le podríamos ahorrar el trauma del secuestro y de lo que pueda venir.

—Papá, deja que hable yo con ella, por favor, que sea Raquel quien decida, no le pasará nada te lo prometo, es una chica muy fuerte, no la doblegarán con facilidad —dijo Marcos poniendo una mano sobre el hombro de su padre.

—Haz lo que quieras —dijo Julián mirando hacia otra parte.

—Bueno, pues a la espera de lo que decida la tal Raquel, yo creo que ya está todo resuelto, esta noche os espero aquí a todos a las doce, así que haced todo lo que tengáis que hacer, mañana será un día muy largo —dijo Toni que empezaba a sentir ese nerviosismo que activaba cada fibra de su cuerpo, que lo preparaba para el ataque, él nunca tuvo un padre, él nunca tuvo una madre, él creció solo con la compañía de ese viejo colchón de muelles que se ponía a chirriar como un loco solo con que se rascara una ceja, puede resultar difícil de entender para alguien que nunca lo ha vivido, pero el amor a primera vista existe, de verdad, y el sentir que toda tu vida te ha estado empujando todos estos años hacia un único destino, hacia un único motivo, también.

Ariel abrió los ojos de golpe, el ruido de un portazo la despertó como si alguien le hubiese echado un cubo de agua fría en la cabeza, a continuación alguien le echó un cubo de agua fría en la cabeza. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, aunque intuía que no debía haber sido demasiado, atada a esa silla de pies y manos el cuello no tenía donde descansar, de todas formas su cerebro trató de impedírselo a toda costa, algo en su interior le decía que si se dormía era posible que nunca más volvería a despertarse, era como si su subconsciente intentara aprovechar cada segundo de vida, como si le dijera que cada minuto dormida era un minuto menos de vida. Le dolía cada parte de su cuerpo, sobre todo la parte posterior del cuello, que la tenía

completamente engarrotada, al menos el poco tiempo que pudo dormir le sirvió para serenarse un poco, evaluar otra vez sus posibilidades de salir de allí con vida, pero enseguida se vino abajo. Su pensamiento no dejaba de repetirle lo estúpida que había sido, como si ella tuviera la culpa, maldiciendo su mala fortuna, imaginando por todo lo que estaría pasando su familia, la espera la estaba matando, una auténtica tortura, sin fuerzas para gritar, sin esperanzas de que alguien la pudiese encontrar. Ese hombre otra vez, entre la penumbra todavía daba más miedo, solo podía distinguir algunos rasgos de su cara cuando le daba una calada al cigarro, iluminando esa piel mortecina.

—Ya falta poco niña, ya falta poco —dijo Alfonso disfrutando del sufrimiento de su presa.

Ariel empezó a gemir, tenía una mordaza en la boca, coger aire por la nariz en esa situación le costaba muchísimo esfuerzo, esos dos pequeños orificios daban para bien poco en situaciones como esa. Alfonso se acercó a ella y puso una de sus manos sobre sus pechos, amasándolos con tan poco tacto como el que comprueba si una fruta está madura antes de comprarla, con las yemas de los dedos en garra, Ariel se estremecía en la silla, sintiendo cómo las cuerdas desgarraban la piel de sus muñecas.

—Intenta calmarte niña, esto no es nada con lo que te van a hacer mañana, así que yo de ti me iría acostumbrando a esto, además, prepárate porque te espera una pequeña sorpresa, no te lo vas a creer cuando lo veas —dijo Alfonso torciendo la boca hacia un lado—, por cierto, tu no sabrás donde se ha metido tu novio ¿no?, hay que ver lo escurridizo que es ese chico oye, con lo tonto que parecía, en fin, ya daremos con él, tampoco te preocupes por eso ahora.

Alfonso apagó el cigarro con la suela de su zapato y le arreó dos fuertes bofetones que la dejaron aturdida.

—No sabes cuánto necesitaba esto niña, es que no sabes lo estresante que es la vida moderna oye, y qué quieras que te diga, un par de golpes hace que me sienta un poquito mejor, qué se le va hacer, cada uno tiene sus manías —dijo Alfonso dándole dos nuevos bofetones, con todas sus fuerzas—, joder niña, no sabes el gusto que me está dando darte de hostias oye, tienes una carita que parece que lo esté pidiendo a gritos, venga, tampoco te pongas así, que no es para tanto —dijo cuando Ariel rompió a llorar, sangrando por la nariz y por una herida que le había hecho en un pómulo—, si supieras la de hostias que me he tenido que tragar yo en esta vida —dijo Alfonso como el que intima con alguien en la barra de algún bar—, venga, dos más y te dejo descansar, a ver si al final no llegas a mañana y te pierdes toda la fiesta.

Alfonso volvió a darle dos nuevos bofetones, más fuertes, ese hombre que no aparentaba ser muy fuerte parecía que tenía las manos de piedra, cada vez que soltaba un guantazo a Ariel le daba la impresión que su cerebro rebotaba contra las paredes de su cráneo, la dejó totalmente aturdida, con la cara hinchada, como si le hubiesen picado una veintena de abejas, al menos a su cerebro le costaba hilar pensamientos, mejor, en ese momento deseó que le hubiese golpeado una vez más, perder el conocimiento, no quería pensar más.

—Joder niña, pero mira que estás buena oye, y no sabes lo bien que me está sentando darte de hostias, esto es para el dolor, para que veas que no soy tan malo —dijo Alfonso mientras empapaba un trapo con el líquido de una garrafa—, esto es benzol, te relajará un poco, mi padre me lo daba cada dos por tres cuando se le iba un poco la mano, ya verás lo bien que sienta, y de paso podrás aguantar unos cuantos golpes más, mi mujer me espera para cenar, así que aún tenemos algo de tiempo para jugar preciosa.

Ariel apenas podía mantener los ojos abiertos, respiró hondo cuando Alfonso le puso ese trapo en la cara, todo empezó a dar vueltas a su alrededor, su consciencia entró en un estado de estupor, nada de lo que pasó a partir de ese momento quedaría grabado en su memoria, tan solo los golpes y heridas en su cara, los moratones en sus pechos. Alfonso se arremangó las mangas de la camisa, estaba nervioso, le estaba sentando bien sacudir a esa chica, le arrancó el sujetador, esos pechos lo estaban volviendo loco, ahora podía tocarlos a su antojo, le soltó dos nuevos guantazos, Ariel casi ni se enteró, bien por el benzol, empezó a estrujarle los pechos, a retorcerle los pezones, estaba empezando a excitarse, ahora fueron dos puñetazos en toda la cara, se estaba despachando a gusto, de la boca de Ariel y por un pequeño espacio que se había formado entre la cinta americana y la piel de su cara empezaron a salir chorretones de una sangre muy espesa, similar al sirope de fresa, Alfonso volvió a humedecer el trapo con benzol, el cuerpo de Ariel empezó a convulsionar después de dos respiraciones profundas, luego su cuello cayó hacia delante, a Alfonso se le heló la sangre temiéndose lo peor, se le había ido la mano, quizá demasiado.

Otra vez, he vuelto a hacerlo, y hoy la verdad es no me ha importado lo más mínimo, porque se lo ha ganado, siempre mirándome con esa cara de vinagre, a saber qué estará pensando la muy cochina, menuda perra está hecha, no la soporto, le he soltado dos bofetones que la han dejado en el suelo, luego le he arrancado ese tanga de puta barata y la he penetrado con

fuerza, a ella se le saltaban las lágrimas, en silencio, para que nuestra hija no se enterara de nada, no recordaba haber sentido nunca tanto placer.

Una vez te han arrebatado hasta la última gota de dignidad, tu humanidad se ha reducido a un viejo recuerdo del pasado y tu cuerpo se ha acostumbrado tanto al dolor que tu sistema nervioso solo te envía señales de alarma cuando ve que tu vida está seriamente en peligro, es posible que algo nuevo crezca en tu interior, es posible que haya algo allí dentro que nos haga creer que la única forma de combatir la violencia es con más violencia.

—Diego escúchame, ¡Diego! —dijo el Tirillas tratando de hacer que recuperara un poco el control.

—¡Qué!

—Te he dicho que vamos a ir a por ella, que la vamos a sacar de allí con vida, ¿te lo he dicho o no te lo he dicho? —dijo el Tirillas con más temor que convicción, nunca había visto a Diego así, le inspiraba verdadero miedo, parecía que en su interior hubiese tomado el control otra persona, totalmente distinta al Diego de toda la vida, agresividad pura.

—¡Vámonos ya joder! ¡Ahora! —dijo Diego gritándole a la cara con los ojos envueltos en finas venitas rojas—. ¡Ahora!

Edo el Gordo estaba sentado en un rincón, bebiendo una cerveza y fumando de forma compulsiva, todo su cuerpo estaba envuelto en una pequeña nube de humo y del vapor húmedo que emanaba su cuerpo, Alba observaba la escena con lágrimas en los ojos, no podía creer que su hermana hubiese desparecido, en cierta manera se sentía culpable por no haberla acompañado al bar de Julián la tarde anterior, y todo porque el imbécil de Martín le había dicho que necesitaba hablar con ella, que ya lo tenía decidido, iba a dejar a su mujer, luego trató de meterle mano en el coche y ella le dejó hacer por miedo a que se volviese a poner violento, aun así le arreó un par de bofetones cuando ella le dijo que se pusiera el preservativo, y ella casi ni se inmutó, acabó de nuevo en su interior, él le dijo que si no quería quedarse embarazada que tomase precauciones, que él no se ponía condones. Se prometió a si misma que nunca más dejaría que ese malnacido la tocase un solo pelo, que si volvía a ver a Ariel con vida sería franca con ella, le contaría toda la verdad, se lo debía.

La puerta de la trastienda del bar se abrió, Julián y Marcos tomaron asiento observando el reducido grupo que había quedado de su patrulla vecinal. Edo el Gordo, el Tirillas, la Rubia, Luis Ber, ese chico al que solo conocían de haberlo visto un par de veces por el bar y esa otra chica que parecía sacada de una revista de moda.

—Julián, este es Diego, tienen a su novia, y esta es Alba, su hermana, dicen que vienen con nosotros —dijo el Tirillas mirando a Julián.

—Me parece muy bien —dijo Julián acercándose a Diego que tenía la cabeza metida entre las rodillas—, eh, Diego, vamos a rescatarla me entiendes, no vamos a dejar que le pase nada hijo. —Su voz gravosa lo sacó un poco de su estado de estupor—. Te prometo que mañana podrás volver a abrazar a tu chica, te lo prometo.

No sé qué te parecerá a ti mamá, pero me he metido en un buen lío ¿eh?, yo solita, como siempre, esto es una completa estupidez, así de simple, lo más probable es que no llegue ni a poder empuñar mi pistola, antes, en caliente, no me parecía tan mal plan, pero ahora me parece una auténtica mierda, perdona que hable así mamá, pero ya sabes que cuando estoy nerviosa soy un poco mal hablada, es lo que tiene haberse criado rodeada de hombres, si tú hubieras estado ahí todo habría sido diferente. Pero no quiero que te sientas culpable ni nada ¿eh?, que tú no tienes la culpa de lo que te pasó, seguro que debiste irte entre lágrimas, que no te hizo ninguna gracia no haber podido ni siquiera llegar a abrazar a tu niña. Aunque lo más curioso, y espero que a ti te haga la misma gracia que a mí, es que todo el mundo dice que nos parecemos muchísimo, pero no físicamente, no, nos parecemos en la forma de ser, es bonito ¿verdad? ¿Cómo es posible?, si nunca llegamos a conocernos, a mí eso siempre me ha hecho sentir muy orgullosa, no sé por qué, a lo mejor es porque me acerca un poco más a ti, en cierta manera nos une ¿no crees? Bueno mamá, no me queda mucho tiempo, en unos minutos Pedro me va a llevar a esa casa, a ese matadero, junto a esa otra chica, al menos no estaré sola, tendré compañía. No quiero que sufras por mi ¿vale?, yo estaré bien, ya sabes que no me rindo fácilmente, que no dejo que pasen por encima de mi así como así, de todas formas, a partir de ahora, si estás viéndome, quiero que te tapes los ojos, o que mires para otra parte, no quiero que veas esto mamá, por si me pasa algo malo, por las cosas malas que yo pueda hacer, ¿tú no mires vale mamá? ¿Me lo prometes? Solo quiero que estés a mi lado,

que me des fuerzas, que me lleves contigo si las cosas se tuercen, a tu lado, te quiero mamá, ya lo sabes, un beso muy fuerte, de tu hija, Silvia.

El viaje en coche hacia la casa de campo calmó un poco los nervios, nadie dijo nada en todo el camino, Silvia miraba por la ventanilla, con el brazo por fuera, acariciando el viento, como aquella vez que su padre se enfadó tanto, cuando ella soñaba que era otra persona, que se llamaba de otra manera, en otra vida, con una madre que la esperaba en casa, en su interior se despidió de cada pedazo de esa tierra que la había visto crecer, de todas las personas con las que alguna vez tuvo el placer de tratar, el mundo le parecía ahora un lugar maravilloso, del que no quería marcharse, ella se quería quedar, un poco más, vivir nuevas experiencias, tal vez con Pedro, quién sabe, o en otra parte, con otra vida. Le pareció gracioso que si las cosas no salían como esperaban, era posible que la consideran la Inspectora Jefa más breve de la historia, hacía tan solo unas horas que había llamado a Claudio para decirle que aceptaba el cargo, aunque solo fuera para tener acceso a vaciar medio armero, ¿necesitaban armas no?, pues eso, ahí las tenían, *haz un buen uso de ellas* Toni.

Raquel no dudó ni un solo instante cuando Marcos le propuso ofrecerse como presa, todo lo contrario, se sintió importante, involucrada, vengando a su amiga del alma. Ahora tal vez pensaba que a lo mejor se había precipitado, que quien tomó esa loca decisión no fue ella, sino alguna de esas hormonas que algún científico decía que a veces nos hacía comportarnos de forma extraña, que nublaban nuestro juicio por unos instantes, llevándonos a cometer locuras de las que nos arrepentiríamos el resto de nuestras vidas, aunque ahora ya era tarde, no podía dar marcha atrás, habían confiado en ella y si se echaba para atrás no podría soportar mirarlos otra vez a los ojos, después de toda la insistencia que mostró por que la dejaran participar, de ser una más, de arriesgar su vida por su amiga, por Noelia.

Pedro solo pensaba en posibilidades, haciendo cálculos mentales, escogiendo caminos diferentes, apuntando en su imaginación, dando en el blanco, en su cabeza solo existía una vía, la de sacar a Silvia de allí con vida, si Alfonso la tocaba un solo pelo de la cabeza le iba a hacer tanto daño como nunca antes le había hecho a nadie, lo destrozaría por completo, con sus propias manos. Antes de llegar a la casa de campo Pedro paró en un área de servicio abandonada que le traía ciertos recuerdos, en unos minutos tendría que inmovilizar sus pies y sus manos, en el asiento trasero, con una mordaza

de cinta americana, esta vez no habría nada de pelotas de goma en la boca, eso no entraba en los planes. Aun así tenía que fingir que esta vez era como todas las demás. Cuánto le costó apretar esa cuerda en las muñecas de Silvia, cuánto le costó darle ese beso de despedida, nunca soñó con algo parecido, nunca pensó que sentiría algo así, tenía ganas de llorar, auténticas, ese nudo en la garganta lo había estado persiguiendo todo el día, apretándolo cada vez más, esa noche se le haría eterna, esperando con impaciencia el momento de rescatarla, de repente todo su plan parecía estar lleno de agujeros, de falta de previsión, de posibilidades reales de fracasar.

—¿Te acuerdas de todo lo que te he dicho verdad Silvia?, donde estará cada cosa —dijo Pedro como una padre que se repetía día tras día con las mismas indicaciones a su hija cada vez que salía de casa.

—Sí, Pedro, me acuerdo perfectamente, no te preocupes, todo va a salir bien. —Parecía que quien más necesitado de consuelo estaba era Pedro en lugar de ella.

—Bien, te prometo que volveré a por ti —dijo Pedro con los ojos humedecidos.

—Ya lo sé Pedro —dijo Silvia entornando los ojos.

—Hasta luego Silvia —dijo Pedro dándole un beso en los labios.

—Hasta luego Pedro —dijo Silvia antes de que ella y Raquel quedaran al amparo de la buena suerte, de lo que hicieran los demás, las cartas estaban echadas sobre la mesa, la partida acaba de empezar.

Esa cinta color plata tapó sus bocas, sin saber si volverían a abrirlas. Despedirse de un ser querido sabiendo que tal vez esa sea la última vez que lo veas hace que sientas que todos tus deseos, todas tus ilusiones y todos tus objetivos pasan a un segundo plano, que lo único que importa en esta vida es estar cerca de aquellos a los que amamos, el resto no vale la pena.

®
LOS COLECCIONABLES

Descubre los misterios de la arqueología, cada semana un número nuevo, sumérgete en la historia, cada semana, ya en tu kiosco. Nuevo curso de guitarra, aprende a tocar la guitarra, con cada número una cinta de casete gratis, ¿a qué estás esperando? Descubre el apasionante mundo de las monedas, las monedas que hicieron historia, las monedas del mundo, primer número con cuatro históricas monedas

completamente gratis. Los cuentos de siempre, los de toda la vida, para leer y para escuchar, ahora con cada cuento una cinta de casete gratis, número dos ya a la venta en tu kiosco, tus hijos disfrutarán de los cuentos de siempre, colecciónalos, esta semana, el gato con botas. Nuevo diccionario enciclopédico, en treinta volúmenes quincenales, encuentra la respuesta correcta, el más completo, ahora con encuadernación de lujo, para toda la vida, sumérgete en un mundo de saber, cada quince días.

®

Toni Mr. T parecía un niño en una tienda de juguetes para él solo, cuando Pedro le enseñó lo que traía en el maletero sus ojos se abrieron tanto como los de algún pirata que encontrara el cofre del tesoro. Pensó como aquellos que tenían por costumbre no dejar nunca ni una migaja de comida sobre el plato, le pusieran delante lo que le pusieran, repartió hasta la última arma aunque salieran a más de dos por cabeza, él mismo llevaba cargadores hasta en la goma de los calcetines, cuando le dijo a Julián aquel día que en una guerra cualquier cosa que uno llevase se le acabaría quedando corta lo decía muy en serio. Todos subieron ese escarpado barranco cargados como mulas, parecían los camellos de los tres reyes magos, sobre todo él, que se había agenciado una mochila extra grande en la que tuvo sitio hasta para meter tres bocadillos, la noche sería larga. André guardó silencio casi todo el camino, asintiendo a todo lo que le decía Toni, obedeciendo cada orden que le daba con una predisposición de absoluto servilismo.

Edo estuvo a punto de caer rodando barranco abajo en varias ocasiones, andaba prácticamente a cuatro patas, apoyando las manos sobre el suelo para evitar la postura erguida, su propio contrapeso tiraba de él hacia atrás como si tuviese a alguien colgando de su chepa en todo momento. Pensó seriamente en que cuando todo acabase tendría que adelgazar, quitarse unos cuantos kilos de encima no le vendría mal, o convertirlos en músculo, había oído que se podía hacer, transformar la grasa en músculo, y entonces pasaría de ser Edo el Gordo a Edo el Fuerte, esa idea hizo que sacara fuerzas de flaqueza. El Tirillas en cambio se movía con agilidad, equilibrándose con sus largos brazos en cada traspiés, parecía un orangután saltando de rama en rama, se había cortado el pelo para la ocasión, casi al cero por detrás y un poco más largo por encima de las orejas, pensaba que le daría un aspecto más agresivo, militar, lo más gracioso es que era una de esas personas que al estar tan

delgadas un corte de pelo como ese les hacían parecer más gordas, como si se hubieran echado tres o cuatros kilos de carne encima en las últimas horas. No perdió de vista en ningún momento a Alba, trató de estar cerca de ella durante todo el ascenso, sobre todo detrás, si por alguna de aquellas tropezaba y caía rodando montaña abajo él estaría ahí para rescatarla, entre sus brazos, y también porque así podía verle mejor el culo.

Alba se sentía más perdida que nunca, entre aquel grupo de hombres que apenas conocía, aunque a decir verdad tampoco conocía muy bien a ninguna de sus llamadas amigas. La amistad era algo que la atormentaba desde hacía tiempo, hubiera deseado tener un círculo de amistades como los que se veían en todas esas series de televisión norteamericanas, donde un chico podía ser amigo de una chica, donde se decían las cosas a la cara, donde sacrificar tu tiempo o tu propio bienestar por un amigo valía la pena, o ella se había equivocado al escoger a sus amistades o es que sus amistades se habían equivocado escogiéndola a ella. Alba había escuchado decir que se podía llegar a tener una conversación totalmente sincera con alguien, siempre y cuando cumpliese el requisito de ser un completo desconocido. Tenía la impresión, y todavía no sabía muy bien por qué lo hacía, de que cuando conocía a alguien por primera vez le revelaba partes de ella que nadie más sabía, lo hacía de forma inconsciente, como una condición previa en toda nueva relación, era como si su mejor amiga estuviese formada por un pedacito de diez o doce medio amigas y entre todas ellas podrían dar forma a una amiga de verdad, juntando el trocito de sinceridad que había depositado en cada una de ellas se podía dar forma a la Alba de verdad. Pero a medida que la relación avanzaba se iba metiendo poco a poco en su caparazón, cambiando la sinceridad por las medias verdades y la confianza por el recelo, si todo esto salía bien tendría que reorganizar su vida seriamente, porque no le gustaba nada la dirección que había tomado.

Y Luis Ber, no dejaron que los acompañara, fue Edo el que le explicó que no podían permitir que fuera todo el camino diciendo que todos morirían, que no tenían ninguna posibilidad de salir con vida, y que con esa actitud lo más probable es que ni siquiera llegara a entrar en la casa sin una bala en la cabeza, él pareció entenderlo, o al menos se resignó como siempre hizo durante toda su vida.

Diego y Pedro hicieron casi todo el camino juntos, a ninguno de los dos les apetecía intercambiar demasiadas palabras, preferían el silencio, tenían suficiente con sus propios pensamientos, sin tener que fingir, sin nada que decir. Pedro no podía quitarse de la cabeza a Silvia, Diego no podía quitarse

de la cabeza a Ariel, en realidad tampoco sabía con certeza si la encontrarían allí, por mucho que Pedro se hubiera mostrado tan seguro, si no lo estaba o le hubiese pasado algo no podría vivir con ello, se había alejado de ella porque pensó que algo en su interior podía ser peligroso para ella, pero no se le había pasado por la cabeza que a lo mejor ese algo también era posible que fuera su mayor protección, sentía como a cada paso que daba se acercaba más a ella, se alejaba un poco de ella, la ansiedad apenas la podía contener con los dos puños apretados, sabía que cuando la desatara se volvería completamente irracional.

A Julián la montaña le pareció interminable, sus cansados huesos no eran más que lastres, nadie podía devolverle a su hija, nadie podía devolverle a su mujer, la vida le parecía ahora un lugar horrible, de tristes despedidas, toda la vida luchando para acabar así, si lo hubiera sabido no habría nacido, no para esto, aunque claro, a veces se le olvidaba que uno no elegía nacer, ¿no? Entre lágrimas se llegaba a este mundo, entre lágrimas se abandonaba, aun así se sintió joven por unos momentos, al lado de todos esos chicos, nunca había entendido qué significaba hacerse mayor, a él todavía le parecía que los años en la escuela habían pasado hacía tan solo unos días, su cuerpo todavía se estremecía cuando recordaba la primera vez que besó a su mujer, pero en algún momento de la subida, sus piernas empezaron a dar muestras de debilidad, el frío era intenso, la noche no estaba siendo amable con ellos, apoyado en el tronco de un árbol, se sintió exhausto, fracasado, atrapado en el collado sur de la cima del Everest, como el que espera a que alguien lo rescate, o a que en alguna de esas fuertes ráfagas de viento la muerte se lo lleve de la mano, volando.

CAPÍTULO 45

RAFAEL CRUZ

Rafael Cruz era uno de los anticuarios con más prestigio de la ciudad. Su abuelo fue el que abrió la primera tienda hacía ya más de setenta años, con objetos traídos de todos los rincones del mundo, pero sobre todo de nuestro territorio nacional. Adoraba cada moneda, cada reloj, cada máquina de escribir, cada cuadro o pincel, los juguetes de madera y hojalata, todos y cada uno de ellos eran un pedazo vivo de la historia, todos tenían su historia, habían pasado por tantas manos, vistos por tantos ojos. Cuánto adoraba observar todos esos objetos, desempolvarlos y conservarlos en el mejor estado posible, expuestos en vitrinas, los más delicados, en grandes estanterías, los más resistentes al paso del tiempo. Cuánto sentía tener que desprenderse de cada uno de ellos, qué forma tenía de escrutar con la mirada a cada comprador, parecía estar imaginando la vida que iba a darle a ese objeto, juzgando si sería digno o no de poseer ese pedazo de historia, aunque a fin de cuentas el dinero era el dinero, viniera de donde viniera, y eso era algo contra lo que no podía luchar, su familia necesitaba comer, y él necesitaba vender.

Cuando su padre heredó la tienda de antigüedades le dio un nuevo aire, se especializó en objetos de una parte de la historia más reciente, la guerra civil marcó el devenir de todo el país, y el padre de Rafael Cruz era un verdadero experto en todo lo que aconteció durante aquellos años y durante los primeros años de la posguerra. Había hecho traer algunos de los antiguos aparatos de radio con los que se comunicaban los de uno y otro bando, cámaras de fotos de verdaderos corresponsales de guerra, de gente que dio la vida por congelar algunas de las fracciones de segundo más importantes de aquellos años, las viejas casacas con el parche en el hombro o en el pecho, raídas y desgastadas, fusiles antiguos, ejemplares de las famosas pistolas *Astra 400* y *Astra 300* que tantas vidas quitaron, casquillos vacíos de diferentes calibres, cartuchos sin pólvora, hasta una reproducción a escala de un garrote vil. Su padre siempre le dijo que todos esos objetos debían de servir de ejemplo, para recordarnos el horror y la destrucción que el hombre podía llegar a cometer, que así guardados, la historia permanecería siempre viva y el mal siempre encerrado, bajo todas esas vitrinas, para siempre librándonos del horror y del sinsentido

de la guerra que tantas y tantas vidas se había cobrado, y todo para que todo terminase igual, girando a nuestro alrededor, levantándonos cada día para tener que ir a trabajar, no, la guerra no tenía sentido alguno.

El día que Rafael Cruz heredó la tienda de la familia, la de toda la vida, le faltó tiempo para echarla abajo y construir una nueva, en otra parte de la ciudad, más exclusiva, con más dinero. Él no le veía ningún sentido a estar todo el día teniendo que atender a entusiastas de la historia y a estudiantes de la universidad. Él quería codearse con la gente de poder, los que tenían el dinero, aunque su interés por aquellos objetos fuera puramente decorativo y coleccionista de alguien a quien le molesta tener tanto dinero en el banco o bajo el colchón de su cama. Si su abuelo fue un historiador total y su padre un experto en la guerra civil, él se especializó en una época mucho más oscura y turbadora de la historia, toda aquella que estaba relacionada con los aparatos de tortura, especialmente los utilizados por la santa inquisición. Adoraba el ingenio de aquellos hombres para poner en su sitio a más de uno, para imponer respeto, el valor de despedazar un cuerpo, para mantenerlo con vida el tiempo suficiente hasta que largase por esa boca de traidor a pesar de las múltiples heridas, o simplemente para dar ejemplo a la plebe, para enseñarles cuál era su sitio en este mundo, quién mandaba, asco de clase media, que repugnante era la clase baja, cuánta soberbia, cuántos derechos adquiridos de forma inmerecida. Mandó traer desde todos los rincones del país objetos de todo tipo, varios cepos humanos, máscaras de hierro, una perra, un par de garrotes, una doncella de hierro, una cigüeña, una turca, y un sinfín de espantosos instrumentos que tanto sufrimiento habían causado a lo largo de los años. Evidentemente no los tenía a la vista de todos, los tenía en una recámara museo, solo a la vista de los clientes más exclusivos. Cuando su padre vio todo aquello se le paró literalmente el corazón, el hombre debió sentir una especie de síndrome de Stendhal, pero en lugar de una sobredosis de obras de arte tuvo una sobredosis de obras de horror y de tortura, ese fue el último día que el corazón del padre de Rafael Cruz continuó latiendo, cayó fulminado en el acto, ante la impasible mirada de su hijo, a años luz de su padre, desde hacía mucho, mucho tiempo.

Cuando aquel hombre le pidió si sería posible adquirir unos cuantos látigos de tortura antiguos Rafael Cruz supo que por fin había llegado su momento, de introducirse en la élite de la sociedad, intuía que ese hombre no quería los látigos para tenerlos colgados en la pared de algún sótano, ese hombre quería hacer uso de ellos, podía verlo en su mirada, y tiempo después lo vería con sus propios ojos, por fin, en primera persona, la justicia natural,

la del superior sobre el inferior, a la mierda con todas esas putas baratas que jugaban a ser independientes y modernas, que te negaban el saludo o te contestaban con ese apestoso aire de superioridad, qué se habían creído, ahora las cosas estaban volviendo a su sitio, de donde nunca deberían haberse movido. Los látigos o azotes que le suministró las primeras veces no eran demasiado elaborados, normalmente los clásicos látigos de una sola cola de cuero trenzado, de diferentes tamaños, algunos de ellos de más de dos metros de longitud, como los que se utilizaban para los caballos y animales de arrastre, qué bello era el sonido que se escuchaba cuando el látigo cortaba el viento, para los que preferían mantener una buena distancia con la zorra y no ensuciarse con esa sangre de clase baja que olía a metales pesados y oxidados. Esos látigos no entraban en absoluto entre sus preferidos, pero en cualquier caso Rafael Cruz los prefería a las fustas o varas de madera, que no le hacían ninguna gracia, le parecían impersonales y muy poco eficaces, fustigar con una fusta era concentrar el golpe en un punto, en una franja delimitada y de pequeñas dimensiones, en cambio los látigos eran tan envolventes, se abrazaban tan bien a las diferentes formas y redondeces del cuerpo humano, eso sí era efectivo, un solo golpe, un nuevo surco que se formaba a lo largo de esa piel tan frágil y suave, en toda su longitud, era como estampar tu propia firma en uno de esos cuerpos, una marca de propiedad.

Pero esa noche era especial, esa noche querían algo más, él se lo había ofrecido en otras ocasiones, pero siempre había declinado su oferta, esa noche tenía preparados varios látigos de nueve colas, fabricados en brillantes cadenas de eslabones planos, perfectamente afilados en cada uno de sus rebordes, como cuchillas de afeitar, con una pequeña estrella de puntas de acero en el extremo de cada cola. Esos látigos eran auténticos desolladores, cuando se estrellaban contra un cuerpo la carne parecía carne picada, pequeños trocitos de piel y grasa salían despedidos con cada azote, los látigos estaban impregnados en sal o vinagre, para que las heridas no sangraran tanto, para que la tortura durase más, para que la tortura fuese todavía más dolorosa. También llevaría consigo un par de *flagrum romano*, el látigo con el que flagelaron a Jesucristo, tenían de dos a tres colas de cuero con pequeños trocitos de hueso atados en sus extremos, a veces se clavaban de tal manera en la piel que costaba horrores sacarlo de un tirón, había que tirar con bastante fuerza para desgarrar la piel y volver a cargar el azote. Esa noche era su noche, le habían prometido participar, probaría sus látigos por primera vez, y ardía en deseo, y no pudo conciliar el sueño en toda la noche embargado por una emoción indescriptible.

Él había consagrado toda su vida para esa causa, y ahora no le quedaba nada, después de que se le fuera la mano de esa manera con su hija Natalia. Pobrecita, cuando dejó de respirar, pudo sentir algo parecido a la pena, menuda niña más guarra le había salido. Toda la vida provocándolo, toda la vida paseándose en ropa interior delante de sus narices, y pasó lo que tenía que pasar, él se quedó viudo muy joven, ¿qué esperaba esa puta? Él era su padre sí, pero también era un hombre joder. Y después ella trató de convencer a ese idiota para que acabara con él, ahí se rompió la magia, pudo sentirla, la traición de su hija.

Adiós Natalia, aunque siempre fuiste una niña muy sucia y muy guarra yo te quería, a mi manera pero te quería, hasta pronto hija mía.

CAPÍTULO 46
(sábado)

EL PRINCIPIO DEL FIN

Miguel sabía que esa noche marcaría un antes y un después en su vida. No era la primera vez que cruzaba una de esas líneas de las que ya no es posible volver atrás, aunque esta vez era diferente, era su sobrina, no sabía cómo había podido llegar a semejante punto de locura, era sangre de su sangre, la hija de su propio hermano, vale que la niña se lo había buscado, en cierta manera, incluso que se mereciera un par de bofetones bien fuertes, para que aprendiera un poco de disciplina y de respeto, pero someterla a semejante tortura era otra cosa, bastante tuvo que aguantar ya la primera vez que la secuestraron, cuando la violó el psicópata ese de Eugenio de la Calle, cuando él todavía pensaba que tenía el control de su vida y que perder el control era algo horrible. Después de esa noche le costaría poder mirar a su hermano otra vez a los ojos, pero lo haría, lo abrazaría y le ofrecería su hombro para que llorase sobre él, y le diría que la vida entera no era más que una gran mentira, que el destino gastaba esa clase de putadas, que aún le quedaba otra hija, que cuidara de ella mientras pudiera.

Su hijo Carlos y su mujer se habían mostrado muy unidos desde la noche de iniciación de Carlos, ese día sin ir más lejos vio cómo su hijo masajeaba con total devoción el cuerpo de su madre, como ella se retorcía de placer, clavando las uñas en la camilla. La conocía, sabía que tenía fuego en el cuerpo, que su mente tenía una fuerte inclinación por todo lo prohibido, por eso el día que le dijo que la próxima noche de fiesta Ariel sería una de las chicas casi tuvo un orgasmo en el acto, poseída, adoraba esa sensación de poder, como él, de poseer todo aquello que les viniera en gana. Esa semana le había pedido sexo todos los días, estaba frenética, su cuerpo entero vibraba con cada roce, estaba completamente enganchada a esas sesiones, lo necesitaba, era cuando más viva la veía. Estaba seguro que había desarrollado algún tipo de adicción, por el dolor ajeno, por el sufrimiento, por el placer más perturbado, y eso, en cierta manera, lo tenía un poco preocupado, porque después de esa noche tendrían que parar, así eran las normas, por su propia seguridad, si no querían acabar mal de verdad.

Antonio tenía unas ganas terribles de que ese día pasara rápido, si hubiera podido ausentarse lo habría hecho, él disfrutó algunas veces, al principio, antes de que todo se volviera tan sucio y tan violento, antes de que las víctimas llenaran cada uno de sus sueños de espantosas pesadillas. Además no le veía ninguna gracia a toda esa parafernalia que montaban algunos, sobre todo los que venían de fuera, hacían como que estaban realizando un sacrificio, satánico, algunos se ponían unas monstruosas capuchas en la cabeza, con forma de cabra, o de toro, trazando círculos en el suelo, de sangre, con vísceras por el suelo, ofreciendo pedazos de carne, de órganos genitales. Es posible que incluso alguno de ellos se lo creyera de verdad, que el diablo vendría a darles las gracias, a bendecirlos con sus largas uñas o sus cuernos en la frente, que seguiría dando frutos a sus negocios, subiendo sus acciones en la bolsa, o comprándoles un chalet en Miami. Qué estupidez más grande, no entendían o no querían entender que el diablo era cada uno de ellos, que los negocios funcionaban porque otros se encargaban de destruir a la competencia, o que si se podían comprar un yate nuevo era solo porque cientos de familias vivirían un poquito más ahogadas, no pasa nada, por un poco más, ya estaban acostumbrados.

Pero sobre todo le inquietaba que algo saliera mal, la seguridad con la que había acordonado la zona era excelente, excesiva incluso, dentro y fuera de la casa, era prácticamente imposible que alguien entrara allí sin que lo abatieran antes siquiera de cruzar las puertas, auténticos mercenarios, sin nada que perder, con un gran sueldo que cobrar, pero había algo de lo que no se acababa de fiar. En la comisaría que llevaba su caso habían habido cambios de última hora, el Inspector Jefe era un completo estúpido, no hubiera dado con ellos ni en un millón de años, además lo tenían muy bien controlado, pero justo ahora había abandonado, no le habían dicho muy bien el porqué, pero sí que la mujer que había tomado el mando no se andaba con tonterías, no era como él, y encima le habían perdido la pista, su contacto de dentro le había dicho que no la encontraba por ningún sitio, que hacía días incluso que estaba desaparecida, esquiva, y eso es lo que más le quitaba el sueño, no tener controlado a su enemigo, no saber qué estaría haciendo en ese momento. Desde hacía muchos años aprendió que uno ganaba cuando apostaba sobre seguro, jugando con las cartas marcadas, salir ahí a verlas venir no iba con él, él lo controlaba todo, hasta el último detalle, pero esa noche tendría que confiar un poco en que los demás hicieran su trabajo medio bien, esa noche no le quitaría el ojo de encima a la puerta de los horrores que separaba el

mundo real del que esa noche existiría allí dentro, un auténtico infierno. Tampoco perdería de vista en ningún momento a Eugenio de la Calle, no le soltaría la correa a no ser que fuera estrictamente necesario, porque sabía que cuando lo hiciera, todo se teñiría de color sangre, de color muerte, porque a Eugenio no lo podría controlar, nadie podía.

Silvia y Raquel pasaron la noche atadas a una silla, igual que Ariel, aunque no tenían ni de lejos tan mal aspecto como esa pobre chica. Recibieron algún golpe en las costillas, algún que otro bofetón, una mano en sus pechos, unas cuantas amenazas, terror psicológico por parte de esos dos hombres que se divirtieron un rato tratando de provocarlas, de hacerlas sufrir por pura diversión, por pasar el rato. Las dos sabían que solo era cuestión de esperar, de tener paciencia, autocontrol, que no las matarían, las necesitaban con vida. Tenían que concentrar su mente en lo que estaba por venir, no podían caer en la tentación de decir alguna estupidez que hiciera que sospecharan que vendrían refuerzos, que estuvieran amordazas fue un pequeño consuelo para Silvia, porque no se fiaba nada de Raquel, la había visto llorar, gimotear en exceso cuando la tocaron, no estaba preparada, y en cierta manera era normal, la capacidad de sufrimiento no era algo con lo que se naciera, era algo que una adquiría, que podía llegar a tener o no a lo largo de los años, con cada experiencia, con cada golpe, traición o decepción sufrida, pero a esa chica se le notaba demasiado, por mucho que se las había dado de mujer guerrera que no le teme a la muerte, que no había tenido una vida difícil, no hacía falta ser psicóloga para verlo.

Lo que más asustó a Silvia fue el estado en el que estaba esa chica, Ariel, estuvo tambaleándose en la silla toda la noche, no terminó cayéndose porque las patas estaban atornilladas al suelo, tenía la mirada perdida, como esos enfermos que se encuentran en algún punto entre el estado de consciencia y de la inconsciencia y que algún médico pudiera decidir pasarlo al coma, no sabía si alguien en ese estado sentía o pensaba, con los ojos en blanco, babeando sangre y haciendo un ruido al respirar parecido al que hace alguien cuando sorbe con una pajita las últimas gotas de su granizado. Le dolió en el alma cuando ese desgraciado del que Pedro le había hablado se ensañó tanto con ella. Le hubiera gritado que la dejara en paz de una vez, que los hombres de verdad no le pegaban a las mujeres, y menos atadas, que la golpeara a ella si era tan valiente, cuerpo a cuerpo, en igualdad de condiciones, pero no podía hablar, le habían cosido la boca con cinta americana. Alfonso sujetaba la cara

de Ariel con una mano sobre su barbilla, la izquierda, como un tenista practicando el saque sujetando la pelota antes golpearla con la raqueta, luego dejaba caer sobre ella la otra mano, la derecha, abierta, con fuerza, parecía que estaba en uno de esos juegos de feria en los que uno golpeaba con el puño una pelota que estaba a la altura de la cabeza y la máquina a la que estaba conectada decía medir la fuerza de tus puñetazos, a cada golpe trataba de superarse, fuera de sí, a carcajada limpia. Ariel ya ni gritaba, tan solo soltaba pequeños gemidos después de cada golpe, automáticos, más por un reflejo del cuerpo que por el dolor del que pudiera ser consciente. El otro hombre, un tal Matías, disfrutaba con lo que veía, vestía de traje, parecía uno de esos que no se lo quitaba ni para dormir, peinado con la raya al lado, parecido al que su madre le hiciera el día de su primera comunión, engominado, partiéndose de risa viendo sudar a Alfonso, tocando los pechos de Ariel, retorciéndoselos, le estiraba de los pezones como si estuviera tensando la cuerda de un tirachinas, el espectáculo era realmente doloroso, para los ojos, peligroso, para la cordura. Silvia podía sentir su cuerpo llenarse de odio, de adrenalina, acumulándose en cada uno de sus músculos, con el sonido de cada golpe, podía sentir cómo su corazón latía con fuerza, con violencia, repartiendo sangre por todo su cuerpo, cada vez que reían, nunca antes estuvo más convencida de que harían lo correcto si conseguían destrozar hasta el último de esos hijos de puta, ya no tenía ninguna duda, después de verlo en primera persona, acabaría con todos ellos, lo necesitaba, tenía que hacerlo, como fuera, el mundo entero se lo agradecería, aunque fuera con un entierro solitario o con unos años entre rejas.

Pasar la noche a unos metros de la cima de ese barranco no era ni mucho menos como estar en un hotel de cinco estrellas, ni tan siquiera en una pensión en ruinas. Apenas habían podido dormir, enganchados como pudieron a algún árbol, alrededor del saliente de una roca, porque esos últimos metros de montaña hasta llegar a la cornisa parecía que alguien los hubiera cortado con una guillotina, prácticamente en línea recta. Lo habían visto en alguna película sobre alpinismo, que se podía hacer, dormir en las alturas, recuperar fuerzas, pero ellos no contaban con los medios, ni mucho menos con la preparación física necesaria. Pero ya podían ver los primeros rayos de sol del amanecer y continuaban vivos, y eso ya era un primer triunfo, su posición era privilegiada. Estuvieron turnándose para hacer guardia durante toda la noche, asomados desde la cima, vigilando el perímetro de la casa, allí no hubo

ningún tipo de movimiento, incluso hubieron comentarios sobre si se habrían equivocado de casa. Toni llevaba muy mal la espera, él siempre actuaba en caliente, en frío a su cabeza le daba por pensar demasiado y eso no ligaba muy bien con golpear y atacar, aunque revisar todo el armamento que llevaba encima calmó sus nervios en más de una ocasión, se le pasó por la cabeza que si salían de allí con vida haría un buen negocio con alguna de aquellas armas, él había sido bastante generoso con el resto cediendo todo lo que tenía, aunque todos habían prometido darle al menos una parte de lo que todo aquello costaba cuando salieran de allí, ya veríamos. El que peor lo pasó fue Edo el Gordo, su cuerpo necesitaba una superficie horizontal para descansar, sus pies se veían muy hinchados, parecían de goma, no se distinguía ningún saliente óseo, tan solo una masa redondeada de carne con las cinco uñitas al final, escuchó algún que otro comentario acerca del lamentable estado en el que se encontraba, pero el Gordo no se apabullaba con facilidad, lejos de venirse abajo él les respondió que todo era debido a un pequeño problema de retención de líquidos que tenía desde siempre, todos se echaron a reír menos Toni, que le preguntó si eso era cierto, si algo así podía pasar, el Gordo le respondió que si comías más de la cuenta, bebías por tres y fumabas como un cosaco todo era posible en esta vida. Tampoco se había llevado comida suficiente, tenía un hambre voraz y aún quedaba todo el día, no sabía cómo iba a poder aguantar, al menos de tabaco sí que iba bien provisto, tres paquetes, por lo que pudiera pasar, porque allá donde fuera siempre había alguien que le pedía.

El Tirillas apenas durmió, un molesto y punzante dolor de testículos que se irradiaba a lo largo y ancho de toda su pelvis se le clavó entre las piernas después de su turno de guardia, cuando ofreció su hombro a Alba para que pudiera descansar mejor. Le dio mucha pena verla así, tan triste y en un estado tan calamitoso, y porque era una oportunidad de oro para tener un primer contacto físico, nunca pensó que aceptaría, pero ella no lo dudó ni un instante, cuando se acurrucó entre su huesudo hombro y su tórax y sintió el contacto de sus pechos contra su piel estuvo a punto de sufrir un síndrome vasovagal. Desde entonces el dolor testicular había ido en aumento, sobre todo cuando él se atrevió a pasar un brazo por detrás de su espalda y ella no hizo nada por impedírselo, trató de no moverse ni un milímetro en toda la noche, no quería importunarla, luego sintió cómo sus piernas y sus pies se le dormían, incluso el culo, aun así él aguantó hasta que ella se despertó, esa mujer le había robado literalmente el sueño.

Alba tuvo tiempo de pensar en lo que había sido su vida hasta ese día, a veces, una llenaba sus días de tantas actividades y conversaciones banales que se olvidaba hasta de pensar. Tuvo la impresión de que en tan solo unas horas había madurado más que en los últimos cinco años, ese chico por ejemplo, el Tirillas, no se habría fijado en él ni en un millón de años, y sin embargo ahora lo veía con otros ojos, se había portado mejor con ella que cualquiera de los novios que había tenido, y eso que ni tan siquiera le había dado ni media palabra bonita, a lo mejor era cierto eso de que la verdadera belleza estaba en el interior, se había pasado toda la vida fijándose en chicos con un cuerpo atlético, con una sonrisa perfecta, con una mirada dulce, pero nunca pensó que el corazón no se escondía en esos rasgos físicos, sino en cada gesto, en cada acción, en cada palabra.

No tenía ni idea de cómo se comportaría allí dentro, cómo reaccionaría en el momento de la verdad, era muy fácil decir «vamos a matar a unos cuantos criminales y a rescatar a unas inocentes», pero en el momento de la verdad la cosa sería muy distinta, ella nunca había golpeado a nadie, mucho menos empuñado una pistola, no sabría si estaría a la altura. Morir le daba un miedo atroz, más aún de una forma violenta, pero imaginarse por lo que tendría que estar pasando su hermana, recordar los golpes que Martín le había dado, lo cobarde que ella había sido, hacía que algo en su interior se revelara contra sus miedos, *es ahora o nunca Alba, el momento de la verdad, la hora de los valientes, es ahora cuando tienes que demostrar quién eres en realidad, lo que quieres ser, y no lo que siempre has creído que eras*.

Diego no consiguió dormir ni un segundo, se ofreció a hacer las guardias de los demás, prefería estar solo, pero no se lo permitieron, al menos tenía que tratar de relajar un poco los ojos, le habían dicho. Pedro fue el que mejor se portó con él, tenía algo que lo hacía sentir bien, tranquilo, sin verse con la necesidad de fingir o de pensar qué decir, de hecho le hizo compañía el tiempo que duró su guardia, en silencio la mayor parte del tiempo. Aquella mañana a Pedro le apeteció acercarse a hablar un poco con Diego, cuando lo vio ahí solo, pensativo, apoyado en aquel tronco torcido, bajo esa gigantesca roca que parecía tener la forma de una ola petrificada.

—Ten, bebe un poco de agua, te sentará bien —dijo Pedro tendiéndole la botella a Diego.

—No tengo sed, gracias —dijo Diego mirando a la nada.

—Ya sé que no tienes sed, yo tampoco, pero te sentará bien sabes… tu cuerpo te lo agradecerá, tus músculos necesitan hidratarse, si no se quedarán pegados y no podrás moverlos.

—Gracias —dijo Diego bebiendo unos sorbos de agua.

—¿Os conocéis desde hace mucho?, tú y Ariel quiero decir.

—Unos cuantos meses ya, aunque yo lo siento como si llevásemos toda la vida juntos.

—Sí, sé cómo es esa sensación, a mí me pasa algo parecido entiendes, por lo visto hay veces que nuestro interior conecta de esa forma con otra persona, no sé por qué pasa, pero en cierta manera es como si dentro de nosotros tuviéramos un imán que cuando se une con el de otra persona ya es imposible de separarlos, como si se fundieran en uno solo.

Pedro trataba de encontrar palabras que describieran un sentimiento que era tan nuevo para él como para Diego.

—¿Tú no eres quien dices ser verdad Pedro?, quiero decir que no has estado infiltrado ni nada de eso ¿no? —dijo Diego con total tranquilidad, toda su timidez y su vergüenza se habían quedado en casa, con Mercedes, era como si en aquel momento en que si no llega a ser por Edo la hubiera estrangulado hasta que su piel se hubiera vuelto azul se hubiera roto el cascarón donde había estado viviendo todos estos años su verdadero yo.

—Sí, es verdad, no soy quien digo ser, no he estado infiltrado, y he hecho algunas cosas muy malas sabes, pero estoy aquí, contigo, para hacer lo que tenemos que hacer, eso sí es verdad entiendes —dijo Pedro con esa cadencia pausada que hacía que todo lo que dijera pareciera tan natural—. ¿Vas a decírselo al resto?, a mí no me importa sabes, estás en tu derecho, ellos están en su derecho, de saber.

—No, qué va, ¿debería?

—No lo sé.

—Da igual, a mí tampoco me importa, te lo preguntaba solo por curiosidad… —dijo Diego haciendo una pequeña pausa—. Pedro…

—Qué…

Diego jugaba con unas piedrecitas en las manos, las dejaba caer barranco abajo y trataba de seguirlas con la mirada, ver hasta donde llegaban.

—Nada, déjalo, no importa —dijo Diego.

—Ya tendremos tiempo de hablar cuando esto pase ¿vale?

Pedro puso una mano sobre su hombro que hizo que Diego se estremeciera un poco.

—Vale, me parece bien —dijo Diego levantando un poco la mirada para tratar de ver algo en los ojos de Pedro.

—¡Eh chicos! ¡Venid aquí un momento!, parece que hay movimiento —dijo Toni desde lo alto de la cima y susurrando tan fuerte que se le hubiera

escuchado menos si hubiese tratado de hablar con un tono de voz normal.

Pedro y Diego se acercaron los primeros, Toni les pasó unos viejos prismáticos que parecían de juguete. Pedro puso el visor binocular en sus ojos, cuatro furgonetas negras habían aparcado frente a la puerta de la casa, varias personas entraban y salían transportando todo tipo de cosas, cajas metálicas, unas maletas con placas de acero en sus esquinas, incluso una especie de mueble que tuvieron que entrar entre dos.

—No se ve demasiado bien sabes Toni —dijo Pedro que tan solo podía distinguir la silueta del trasiego de algunas personas pero no hubiera podido decir ni tan siquiera si se trataba de hombres o de mujeres—, casi que es mejor no utilizar esto entiendes —dijo devolviéndole los prismáticos.

—¿Pero qué estás diciendo?, eso es que no sabes utilizarlos, hay que ajustar bien el enfoque hombre —dijo Toni hundiendo los prismáticos sobre sus ojos mientras hacía rodar con su dedo índice una pequeña rueda que tenían en la parte superior, *puto André de los cojones, mira que le dije que no fuera tan rata, que en tecnología no ahorrara ni un centavo, menos aún para ir a la guerra, que al final lo barato es caro, ¡puto André de los cojones!*

El resto se había acercado a duras penas a la cornisa del barranco, menos el Gordo, que estaba demasiado fatigado, no se lo había dicho a nadie, no quería ser una carga, pero lo estaba pasando realmente mal, muy mal, cuando apoyaba los pies sentía como si estuviera caminando sobre una superficie llena de clavos, sus tobillos eran de corcho y su corazón daba fuertes golpes detrás de su pecho, cada vez más rápidos. Julián y Marcos estaban aguantando con mucha entereza, se notaba que eran padre e hijo, habían estado cuidándose mutuamente toda la noche y toda la mañana, y cada minuto que pasaba se sentían más fuertes, más unidos, más preparados. El Tirillas se sentía como pez en el agua con su nuevo peinado, realmente creía que estaba en una guerrilla de verdad y que él era un miembro de la élite militar, a punto de derrocar a un dictador, o de salvar el mundo, se movía como un felino entre las rocas y los árboles, con sus largos brazos y sus piernas kilométricas, si alguien le hubiese dicho que tenían que quedarse allí toda la vida él habría aceptado encantado, más aún si Alba se quedaba con él, sería maravilloso, como al principio de los tiempos, cuando no había nada, cuando las personas solo tenían que preocuparse por sobrevivir. Él se encargaría de cazar y de construir una gran cabaña, ella de cocinar fantásticos venados y de tejer prendas de piel, por la noche encenderían una hoguera y soñarían juntos mirando al cielo, a las estrellas, con otros mundos, con otras vidas, o con ovejas eléctricas.

Durante las horas siguientes llegaron algunos coches más, mismo procedimiento, ir y venir de personas, de objetos de todo tipo, parecía una empresa de transporte encargándose del decorado de un estudio cinematográfico, algunas personas con traje y corbata observaban el trabajo de otros con las manos cruzadas por detrás de la espalda, a lo jubilado que mira con atención cómo se levanta una finca de veinte pisos desde el día uno hasta el último.

A todos se les hizo un nudo en el estómago cuando vieron cómo sacaban a las tres chicas de un coche, a golpes, les habían puesto una capucha en la cabeza, pero sabían que eran ellas, tenían que serlo, a una de las tres un hombre con una distancia entre los hombros interminable tuvo que cargársela a la espalda como si fuera un saco de patatas, inmóvil, los brazos y las piernas se le movían hacia todos lados como si fuera un muñeco de trapo. Diego supo de inmediato que se trataba de Ariel, una mano sobre su boca impidió en el último suspiro que soltara un grito de rabia y dolor que hubiera delatado su posición. Pedro no se había despegado de él en todo el día y supo adelantarse a sus instintos, él había estado a punto de hacer lo mismo unas décimas de segundo antes.

—Aguanta un poco Diego, solo unas horas más te lo prometo, y estaremos dentro, ya falta poco —dijo Pedro conteniendo a Diego que rugía en silencio con los ojos entre lágrimas de odio puro, parecía un animal herido, acorralado, dispuesto a matar muriendo.

®

LAS REBAJAS

Llegan las rebajas, no dejes que te lo cuenten. Ven a las rebajas, estarás siempre a la moda. Los mejores precios, con la mejor calidad, aprovecha las rebajas, a unos precios espectaculares, vive las rebajas. Despídase de su mujer, cada día cientos de mujeres abandonan su hogar, continúan las rebajas. Unas rebajas pensadas para ti, para la felicidad de los tuyos. Camisas cien por cien algodón. Fascinante. Ven a las rebajas. Abrimos el domingo. Un grupo de mujeres entraban en tropel a unos grandes almacenes, cogían una falda, cogían un vestido, se probaban unos zapatos, se divertían y reían compartiendo esos magníficos precios con sus amigas, salían cargadas como mulas con cuatro bolsas en cada mano. El verdadero

secreto de las rebajas debía residir en aprovechar esos magníficos precios para poder comprar todas esas prendas que durante el resto del año nos hacían la boca agua pero que quedaban fuera del alcance de nuestros esqueléticos sueldos, luego, una vez allí, viendo ese ir y venir de todas esas hormiguitas compradoras, o a lo mejor, como consecuencia de la emoción del momento, o para impedir que nuestra amiga o aquella de los pendientes dorados y el abrigo de visón se nos adelantara, terminábamos comprando justo todo aquello que no necesitábamos. No importaba, porque cuando comprabas en rebajas, ahorrabas, ¿no? Ven a las rebajas, porque pensamos en ti, verás qué precios.

®

Los padres de Ariel estaban completamente deshechos, sus peores pesadillas se habían hecho realidad, su hija pequeña desaparecida, dos días, demasiados para que la encontraran con vida, Alba les había dicho que esto era demasiado para ella, que estaría en casa de una amiga, esperando noticias. Los dos hacían turnos, en silencio, sin decirse nada, para ir a la habitación de Ariel, vacía, inerte, para tumbarse en su cama, como si en el fondo guardaran la esperanza de que al entrar en aquel cuarto fueran a encontrarla allí, por arte de magia, sonriendo o diciendo que enseguida bajaría a cenar, sonrojándose ante una pregunta íntima o pidiendo consejo sobre qué ropa ponerse. Era horrible, indescriptible, el dolor de perder a una hija, el poder de la imaginación, poniéndose en lo peor.

Cuando a media mañana aquel policía se presentó en su casa pensaron que ya era la hora, del principio del fin, que era la muerte quien llamaba a la puerta y había venido a que le firmasen el acuse de recibo. José abrió con el alma en los pies, Gema no quiso escuchar nada, prefirió quedarse en la cocina, llorando, rezando en silencio todo lo rápido que podía, aunque sus plegarias no respondieran a ningún credo. Unos minutos más de esperanza, o de tortura, tan solo había venido a preguntar por Diego, por si lo habían visto, tampoco sabían de su paradero, eso a ellos les pareció estupendo, primero, porque no habían venido a darles la noticia que esperaban que vendría de un momento a otro, luego sintieron otro tipo de zozobra, insana, por su forma de preguntar, algo incriminatoria, por si Diego había tenido algo que ver con todo eso, con su desaparición, no se lo perdonarían en la vida si resultara que al final habían tenido al enemigo en casa, sin darse cuenta, ciegos por no ver lo que en realidad era.

Lo siento Silvia, pero he tenido que delatarte, pero es que tu tampoco has sido muy sincera conmigo ¿no crees?, de hecho no tengo ni la menor idea de dónde estás ni lo que estarás haciendo en estos momentos, pero puedo hacerme una idea, porque te conozco muy bien, siempre tan obstinada y tan cabezota, no podías limitarte a seguir las normas como todos los demás ¿eh?, en fin, espero que cuando te atrapen al menos no te hagan sufrir demasiado, un beso muy grande, nos vemos en la otra vida.

La sangre de Antonio Salcedo se heló por completo cuando le dijeron que la nueva inspectora jefa no solo estaba desaparecida, sino que también habían vaciado medio armero de la comisaría, sus peores presagios se estaban haciendo realidad. Una vez, una vez en toda su vida que dejaba un cabo suelto y podía salirle muy caro, demasiado, era como si el destino se mostrara con él mucho más severo que con el resto. A él no le permitía ni un error, ni uno solo, otras personas se pasaban toda la vida metiendo la pata y no pasaba nada, él le perdía la pista a esa mujer unas horas y parecía que todo su mundo estuviera a punto de derrumbarse. Se pasó unos cuantos minutos observando con detenimiento esa fotografía que su contacto le había dado, tenía que haberse deshecho de ella la primera vez que metió las narices donde no la llamaban, qué error tan grande, lo cierto es que no parecía gran cosa, tan sonriente, tan dulce, tan bella, trató de meterse en su mente, de imaginar qué estaría pensando en estos momentos, había algo salvaje en su mirada, muy en el fondo, pero allí estaba, él podía verlo, incorruptible, hasta el final.

Se intentó tranquilizar a sí mismo pensando que su seguridad era totalmente infranqueable, nadie podría acercarse ni tan solo a kilómetros de esa casa, que ya de por sí era muy difícil de encontrar, siempre y cuando nadie los hubiera traicionado. Pedro era el único que no tenía bajo control, desde el día anterior, pero no pensaba que fuera capaz de traicionarlo de esa manera, no él, que lo había tratado como al hijo que nunca tuvo, además él no conocía esa casa, nunca había estado allí, o a lo mejor sí, hace muchos años, no lo recordaba bien, es posible que lo hubiera llevado con él cuando la reformaron, pero en cualquier caso era imposible que la recordara, prácticamente perdida en la nada, de todas formas aunque así fuera, poniéndose en lo peor, ellos dos no serían capaces de hacer nada, no tenían ninguna posibilidad contra todo su ejército, aun así decidió reforzarlo, por si acaso, toda precaución era poca en una situación como esa. Aun así decidió

hacer una nueva llamada a Eugenio de la Calle, para decirle que la cosa iba muy en serio, para que se fuera preparando para la guerra, para desatar toda su violencia.

CAPÍTULO 47
(sábado noche)

DISPARAR A MATAR

—Respira. Respira. Respira.

—Fíjate que tus pulmones se inflan sin ni siquiera pensarlo.

Respira. Respira. Respira.

—El secreto está en no pensar en nada.

Respira. Respira. Respira.

—Fíjate en cómo tus pulmones se vacían sin querer.

Respira. Respira. Respira.

—*Profundamente, en tus costillas, siéntelo, en tu abdomen, respira, en tu nariz, respira, despacio, puedes empezar a mover los pies, amablemente, respira, no tengas prisa, puedes empezar a mover los hombros, despacio, consciente, respira, puedes empezar a abrir los ojos, lentamente, ¿cómo te sientes?*

—Totalmente *perdido*.

—Quiero que tengáis clara una cosa, antes de que empiece la fiesta, es bastante probable que alguno de nosotros no salgamos de aquí con vida, de hecho sería casi un milagro que lo consiguiéramos, a mí con arrastrar a unos cuantos de esos hijos de puta conmigo me basta, pero sé que es posible que no todos penséis igual, algunos tenéis familia, alguien que ahora mismo se preguntará donde estáis, que os recibirá con los brazos abiertos si ahora mismo decidís volver, por eso es tan importante que lo penséis con calma, aún tenéis tiempo de dar marcha atrás, André, —dijo Toni mirándolo como nunca antes había hecho—, tú tienes una hermana y unos padres que te quieren, de verdad, bastante has hecho ya por mí, me has soportado mejor que yo a mí mismo, entenderé perfectamente que des media vuelta y empieces una nueva vida, estoy seguro que tu familia te apoyará en todo lo que haga falta. En serio, tenéis unos minutos para pensarlo bien, no tenéis que demostrarle nada a nadie, habéis sido muy valientes llegando hasta aquí, más de lo que nunca antes lo haya sido nadie, pero tened en cuenta una cosa, si al final decidís

entrar, nada os puede hacer dudar, seamos los que seamos vamos a ir a por todas, hasta el final, y habrá que disparar a matar, sé que es algo que no habéis hecho nunca, apretar un gatillo puede parecer fácil, pero cuando tienes delante a tu objetivo, justo antes de quitarle la vida a alguien, toda vuestra vida se pondrá patas arriba, os cagaréis encima, lloraréis, la mano os temblará tanto que alguien con Parkinson a vuestro lado se mearía de risa, pero al final, cuando todo eso haya pasado, habrá algo en vuestro interior que os gritará ¡eh, hijo de puta, dispara de una puta vez y sácame de aquí con vida joder!, ahí conoceréis a vuestro querido instinto de supervivencia, agarraos a él con fuerza y no lo soltéis hasta el final, es vuestra única oportunidad. No tengo nada más que decir, ha sido un placer conoceros a todos, y me encantaría que si todo esto sale medio bien pudiéramos llegar a conocernos un poco mejor, algún día.

Toni dijo esas palabras con el corazón, siempre deseó decir algo parecido, sin tratar de aparentar algo que no era, sin tener que desconfiar de todos y de todo, por primera vez fue sincero, con el mundo, con él mismo. Todos lo escucharon atentos, pensativos, reflexionando con cada una de esas palabras que estaban cargadas de nobleza, de verdad.

—Yo no voy a parar Toni, he venido aquí por una razón, mi vida empieza ahora, sé perfectamente que es aquí donde tengo que estar, en este preciso momento, y todos podéis estar bien seguros que arriesgaré mi vida por cada uno de vosotros, no le tengo miedo a la muerte, y van a tenerlo que hacer muy bien para acabar conmigo —dijo Pedro acercándose a Toni.

—Gracias hermano —dijo Toni dándole un pequeño abrazo.

—¿Esto va en serio?, joder vayamos a reventar a todos esos cabrones de una maldita vez, estoy deseando vaciar todos estos cargadores —dijo el Tirillas mirando la riñonera que se había llevado para la ocasión.

—Yo hace horas que ya estaría dentro, así que por mí cuando queráis —dijo Diego.

—Mira hijo —dijo Julián que parecía que había pasado las últimas horas en un programa de rejuvenecimiento acelerado, a Toni se le iluminaron los ojos cuando escuchó la palabra «hijo»—, agradezco tu nobleza, francamente he de decir que me has sorprendido, toda mi vida he pensado que las personas como tú, como alguno de vosotros —dijo echando un vistazo rápido a todo el grupo y haciendo una pequeña pausa en André—, no eráis más que unos delincuentes de mala muerte, unos perdedores que no os merecíais ni tan siquiera el saludo, pero en las últimas horas me he dado cuenta que a veces juzgamos a las personas más por cómo queremos verlos que por cómo son en

realidad, quién iba decirle a este viejo que aún le quedaban cosas tan importantes por aprender, así que os pido perdón a todos, porque todos, absolutamente todos, sois personas maravillosas, y podéis contar conmigo para luchar codo con codo hasta el final, hoy y el resto de vuestras vidas.

Toni asintió como muestra de aceptación, de hermandad, todos asintieron, en silencio.

Ninguno se echó atrás, habían empezado juntos y juntos terminarían. Edo el Gordo era presa de las miradas, por su lamentable estado, pero en las últimas horas, sobre todo porque Alba le dio algún que otro práctico consejo sobre como aliviar un poco ese hinchazón y también porque le masajeó un poco sus grandes piernas, se había ido llenando de energía, de determinación, en estos momentos podía más su cabeza que sus ciento cincuenta kilos de humanidad, Edo el fuerte, no pensaba en otra cosa.

Alfonso se quedó mirando a Ariel unos segundos, junto a Matías y a Ernesto Castro, ya faltaba muy poco para que todo empezara, y esa chica no daba la impresión de poder recuperar la consciencia en los próximos minutos, se le había ido la mano con ella por completo, estaba viva, sí, pero esa gente necesitaba que sufriera, que estuviera presente mientras ellos daban rienda suelta a sus demonios internos, no iba a gustar nada si no conseguía despertarla. Sacó una jeringuilla y una bolsita con cocaína, no había más remedio, lo había visto hacer en alguna película, más o menos, si no funcionaba podía ir preparándose para lo peor, diluyó un par de gramos en un poco de agua, tiró del émbolo de la jeringa y la llenó hasta los topes, Ernesto Castro se llevó las manos a la cabeza, sabía perfectamente que eso podía matarla, si es que no estaba muerta ya, porque por mucho que Alfonso dijera él no le había encontrado el pulso por ningún lado, Matías miraba divertido la escena. Alfonso buscó en los brazos de Ariel, nada, ni una sola vena, «maldita sea», pensó, esa chica era todo pechos, buscó en su cuello, mejor, una pequeña palpitación le indicaron que allí debía de haber alguna vena, o una arteria, qué más daba, clavó la jeringa con torpeza y descargó su interior con fuerza. Ariel abrió los ojos de golpe, presa del pánico, mirando hacia todas partes, tratando de ubicarse, como si hubiera vuelto de entre los muertos, no sabía ni dónde estaba, con la respiración agitada, tratando de gritar, de patalear. Alfonso torció su boca con una media sonrisa, se sentía como el doctor muerte acabando de resucitar a un muerto solo para volverlo a matar, qué cosas tenía la vida.

®

EL PANTALÓN VAQUERO

Disfruta la vida. Vive la vida. Cada día. Como si fuera el último. La vida es tuya, vívela. Aprovecha la vida. Qué bien se ajustaban esos tejanos, parecía que estaban hechos a sus medidas y que sus medidas fueran perfectas. La vida es hoy, vívela intensamente. Qué jóvenes y qué bellas, qué jóvenes y qué esbeltos. La vida es para los que arriesgan. La vida es para los que se atreven. La vida es tuya. Qué cinturas tan estrechas. Qué hombros tan bien torneados. Qué belleza tan natural, tan salvaje, tan universal. Qué bella parecía la vida, qué felices todas esas vidas. Esos pantalones sentaban de maravilla, esos pantalones eran la vida. Quién iba a decir que el secreto de la vida se escondía tras unos pantalones vaqueros y que aprovechar cada día como si fuera el último pasaba por conocer ese secreto. Tu vida es tuya. Aprovéchala. Vívela. Disfrútala. Vive la vida.

®

Cuando Antonio entró en la casa trató de ser rápido saludando a todos los que se encontró a su paso, hombres y mujeres, de todas partes, todo apariencias, se hubieran tomado muy mal que no les dijera ni tan siquiera hola, pero en las últimas horas se le había metido una idea loca en la cabeza, descabellada incluso, pero tenía que comprobarlo, cuanto antes, tenía que ir a ver a las tres mujeres de esa noche en persona, verles la cara, asegurarse que tan solo había sido un exceso de celo por su parte.

Por fin, era el momento, estaban solas en aquella habitación, pronto vendrían a desnudarlas y a llevárselas a una sala de torturas, solo tenía unos minutos. El corazón de Silvia latía con fuerza, con esperanza, todo parecía estar donde Pedro le había dicho que estaría, se lo había descrito con sumo detalle, en estos momentos lo quiso más que nunca, siempre tan pausado al hablar, cerciorándose de que ella había prestado atención a cada explicación, no sabía cómo lo había hecho pero ese chico era un auténtico genio, lo tenía todo tan bien hilado que se sintió invencible, la mujer más afortunada del mundo por

tener un hombre así a su lado, su ángel de la guarda, quién se lo iba a decir hacía solo unas semanas.

Silvia había estado deshaciendo con su lengua y entre sus dientes el envoltorio de chicle bajo el que escondía una pequeña cuchilla de afeitar, lo había llevado pegado en la parte superior de su encía, donde el espacio entre las piezas dentales y la carne de la mejilla es mayor, justo por encima de las muelas del juicio, a punto estuvo de perderlo cuando el desgraciado ese de Alfonso le soltó un par de bofetones justo ahí, aunque no fueron muy fuertes, Pedro se lo había dicho, siempre pegaba con la mano derecha abierta, a veces también con el revés, por eso todos los golpes fuertes irían a parar justo en lado izquierdo de la cara, y ella tenía la cuchilla escondida en el derecho, la puso entre sus dientes, uno de los bordes de la cuchilla conservaba una pequeña protección de plástico, su lengua la empujaba con suavidad, tratando de abrir su boca con todas sus fuerzas para que sus labios se separasen un poco bajo la cinta americana, aun así sintió un par de veces cómo la cuchilla se clavaba en la carne, pero ya casi lo tenía, el lado cortante de ese pedazo de acero contra la cinta americana, tan solo era cuestión de empujarla un poco y esa maldita cinta plateada se abriría en canal, luego seguiría por sus manos, que las tenía atadas con una cuerda a los brazos de la silla en la que estaba. Justo en el instante en el que iba a darle el tajo definitivo a la cinta americana un ruido hizo que parara en seco, la puerta, esa condenada puerta se abrió despacio, con sigilo, haciendo un ruido desagradable entre sus oxidadas bisagras.

—Diego, ¿podemos hablar un momento a solas? —dijo Pedro que llevaba unas horas dándole vueltas a algo muy importante, algo que formaba parte del núcleo de su existencia. Faltaba poco para que Silvia les diera la señal, si todo iba como esperaban, la casa estaba hasta los topes y no tardarían demasiado en empezar.

—Sí, claro —dijo Diego alejándose unos cuantos metros del resto del grupo.

La oscuridad era total, allí solo se veía lo que la luz de la luna daba de sí, los pequeños puntos rojos de los cigarros que se estaban fumando unos cuantos, casi todos a decir verdad, el canto de los grillos de pronto se hacía ensordecedor y de pronto paraba, el cu-cu-cu de una abubilla se sentía muy cercano, acogedor incluso, la naturaleza parecía aguardar expectante antes de

que todo aquel lugar se llenara de pólvora y de fogonazos, de gritos y de muerte.

—Diego —dijo Pedro poniendo sus manos con ternura sobre los hombros de Diego, frente a él—, mírame fijamente a los ojos por favor, solo será un momento. —Diego levantó esa mirada triste y abandonada, como la del niño que un día fue—. ¿Sabes quién soy verdad?

—No… —dijo Diego con los ojos muy abiertos.

—Yo creo que sí, me reconociste desde el primer momento en que me viste, igual que yo a ti, los dos tenemos muy buena memoria, aunque hayamos hecho lo posible por mantenerla encerrada, no pasa nada, puedes contármelo, lo que te esté pasando por la cabeza, o preguntar lo que quieras, aún hay algo de tiempo.

La respiración de Diego se agitó un poco, no podía creerlo.

—¿Quién eres tú? —dijo mirándolo otra vez a los ojos, como si alguien se hubiese quitado una máscara que hubiera llevado puesta todo este tiempo.

Pedro hizo una pausa antes de hablar otra vez.

—Soy tu hermano Diego, tú eras muy pequeño cuando nos separaron en aquel orfanato, pero estás empezando a recordar ¿verdad?

—No, no puede ser —dijo Diego negando con la cabeza, una tormenta de imágenes empezaron a brotar de algún lugar del fondo de su memoria, poco a poco, como el goteo inicial antes de que la lluvia coja fuerza de verdad.

—Diego, escúchame bien, ¿recuerdas a aquel niño verdad? en medio de la carretera, y a ese camión que no pudo parar a tiempo —dijo Pedro que sabía perfectamente el trauma que ese día supuso para su hermano pequeño, por eso decidió asumir él toda la responsabilidad, pasara lo que pasara, tenía que proteger a su hermano pequeño.

—Sí… —dijo Diego con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo sabes tú eso?

—Ya te lo he dicho, yo estaba contigo aquel día, igual que ahora, protegiéndote, solo quería que lo supieses antes de que todo empiece, por si algo sale mal, que no estás solo, nunca lo has estado, yo estoy aquí Diego, y te quiero de verdad.

A Diego le caían grandes lagrimones en el más absoluto silencio, no podía creer lo que estaba oyendo, de repente le invadió la felicidad, la paz, el consuelo, todo estos años, solo, en la más absoluta indiferencia, como un trasto abandonado, y ahora tenía a alguien a su lado, alguien de verdad, tan real como él. Los dos se fundieron en un abrazo, después de tantos años, lo necesitaban, el palpitar, sangre de su sangre, podían sentirlo, ese aroma corporal, único, inconfundible, para siempre.

—No llores anda, no te he dicho esto para debilitarte, te lo he dicho para que seas aún más fuerte, lo vas a hacer muy bien ahí dentro sabes, estoy seguro, eres mi hermano y estoy muy orgulloso de ti, te has mantenido firme todos estos años, pero ahora estoy yo aquí, para lo que necesites, para dar la vida por ti —dijo Pedro con una pequeña sonrisa, esos hoyuelos, claro que sí, Diego los recordaba perfectamente, él tenía unos parecidos.

—Pedro… —dijo Diego—, solo una cosa más…

—¿Sí?

—¿Conociste a nuestros padres? ¿Los recuerdas?, porque yo lo veo todo muy borroso…

—Sí, pero ya hablaremos de eso en otra ocasión, es una historia muy larga, nuestros padres no eran buenas personas Diego, de hecho eran personas tan horribles como las que nos vamos a encontrar ahí dentro, pero ya tendremos tiempo de hablar de todo, ahora preocúpate de sacar a Ariel de ahí dentro con vida —dijo Pedro poniendo las manos sobre sus hombros.

—Gracias Pedro, gracias por estar ahí, por haber estado siempre ahí, aunque no pudiera verte —dijo Diego volviéndose a abrazar a su hermano.

—¡Eh! ¡Venid todos aquí! —dijo Toni aleteando una de sus manos como una foca haciendo surf en un trozo de hielo—, la cosa se está complicando un poquito.

Una furgoneta acaba de aparcar en la puerta de la casa, al menos diez personas salieron por el portón trasero armados hasta los dientes, parecía un comando de las fuerzas especiales, a todos se les hizo de noche en ese momento, más de lo que ya era.

—Vaya, vaya, vaya, pero mirad a quien tenemos aquí —dijo Miguel mirando a Ariel, detrás estaban Carlos y Lucía, que llevaba un vaporoso vestido que dejaba prácticamente sus dos inmóviles pechos al descubierto. Los tres se habían bebido la primera copa del cóctel de bienvenida, de éxtasis líquido, todos sus sentidos se exacerbaban, todas sus perversiones a flor de piel. Silvia aguantaba la cuchilla entre sus labios, a punto de dar el último tajo.

Ariel abrió tanto los ojos que parecía que los párpados se los hubiera tragado su cráneo. Empezó a retorcerse sobre la silla, como si estuviera sufriendo un ataque, no podía creer lo que estaba viendo, sus tíos y su primo, sonriendo frente a ella, como si estuviesen observando un espectáculo circense, ya era demasiado para su cabeza, no sabía si era un sueño, una

alucinación fruto de la droga que le habían inyectado o es que el mundo se había vuelto totalmente loco.

—Vaya con Ariel, pues tienes unas buenas tetas eh sobrina —dijo Miguel con esa sonrisa sardónica que tanto miedo y asco le producía.

—¿Puedo tocarlas mamá? —dijo Carlos mirando a su madre. Lucía asintió mirando a Ariel con repugnancia mientras fumaba uno de esos cigarros kilométricos.

A Carlos le caía la baba, esa droga lo hipnotizaba por completo, se acercó a Ariel sin mirarla a la cara, que no paraba de moverla hacia todos los lados, él solo tenían ojos para sus pechos, puso una mano en cada uno de ellos, amasándolos despacio primero, apretándolos con fuerza después, como si fueran dos pelotas antiestrés, retorciendo sus pezones como si estuviese apretando una tuerca con la mano.

—Quiero penetrarla mamá, ¿puedo? —dijo Carlos girándose hacia su madre que estaba completamente extasiada viendo a su hijo transgredir el vínculo familiar.

—Claro hijo, ¿pero no prefieres esperar un poco? —dijo pasando sus largas uñas postizas por la nuca de su hijo—, es mejor cuando estemos dentro, con todos, ya falta poco, si quieres ahora puedes golpearla un poco, ¿te apetece cariño?

—Quiero cortarla, abrir en canal a esta perra en celo —dijo Carlos muy serio, a su madre se le escapó una sonrisa de mira qué gracioso es mi hijo.

—Ya tendrás tiempo mi vida, puedes hacer con ella todo lo que quieras, anda, dale un par de bofetones, ya verás cómo grita la zorra —dijo su madre que mantenía en todo momento sus labios entreabiertos, dejando escapar un poco del ardor que abrasaba su interior.

Carlos le dio guantazo, Ariel lo miraba a los ojos, fijamente, desafiándolo, otro más, a Carlos le molestó que lo mirara de esa forma, tan altiva, como siempre hacía, riéndose de él a sus espaldas aunque ella pensara que no se daba cuenta, le dio dos fuertes golpes en sus pechos, enrojecidos, amoratados, Ariel parecía estar en otro nivel, que no sintiera absolutamente nada, eso a Carlos no le estaba haciendo ninguna gracia. Silvia miraba la escena en silencio, igual que Raquel, solo un par de minutos más y se habría conseguido liberar, si esos tres enfermos mentales no se iban de allí pronto todo el plan se iría a la basura.

—Mira cómo se hace hijo —dijo Miguel acercándose más Ariel, abrazó su cuello con una mano, apretando con fuerza, sintiendo como su tráquea bloqueaba el paso del aire, el rostro de Ariel empezó a ponerse morado, la

soltó y le dio un puñetazo en la boca que dejó impregnada la pared con unas gotas de sangre.

Ariel los miraba a los tres muy seria, no estaban consiguiendo doblegarla, Lucía se acercó a ella con sus labios rojo intenso, puso la punta del cigarro muy cerca de su ojo izquierdo, Ariel no se apartó, podía sentir el calor, muy cerca, a punto de dejarla ciega, pero no quería sucumbir ante esos hijos de mala madre, Lucía sonrió, acercó el cigarro a su oreja izquierda y se lo apagó dentro, despacio, quería que durase, quemarla poco a poco, en su cabeza podía sentir como la brasa del cigarro derretía su piel, Ariel gemía, su respiración se agitaba, pero no dejó de mirarlos ni un solo momento, no derramó ni una sola lágrima, no quería permitirles ese placer.

—Bueno, bueno, parece que la niña nos ha salido respondona, pero tranquila eh, que la noche es muy larga, y ya veremos como al final acabas suplicando, porque te aseguro que mañana por la mañana lo que quede de tu asqueroso cuerpo no se lo van a querer comer ni los cerdos.

Miguel le hizo un gesto con la cabeza a su hijo y a su mujer para que salieran, de un momento a otro vendrían a por ellas y podrían abrir su caja de pandora particular.

Antonio apresuró el paso, ya estaba llegando, si el americano ese de pelo blanco almidonado que estaba en su trayectoria no se giraba estaría dentro en unos segundos, tan solo unos metros más y habría llegado.

En cuanto la puerta volvió a cerrarse Silvia cortó de un tajo la cinta americana, inmediatamente flexionó su cuerpo y se puso a cortar la cuerda que ataba su mano derecha a la silla, unas cuantas pasadas de esa cuchilla que apretaba entre sus dientes bastaría para cortarla. Ya lo tenía, ya casi estaba, de repente escuchó unas voces, detrás de la puerta, otra vez no, el corazón lo tenía al borde del infarto, pudo escuchar cómo se alejaban, bien, dos tajos más y consiguió liberar su mano derecha, cogió la cuchilla y empezó a cortar la cuerda de la mano izquierda.

Antonio se deshizo del americano tan pronto como pudo, dos apretones de manos y unos golpecitos sobre la espalda bastaron para que ese engreído se diera por satisfecho. Al fin, vía libre, encaró ese oscuro pasillo que daba a la

habitación donde aguardaban las tres mujeres, donde esperaba que ninguna de ellas fuera quien se había estado temiendo que pudiera ser, abrió la puerta de golpe, como el que trata de sorprender a su mujer mientras está en la cama con su amante. Entró en pánico, tuvo que apoyar una mano sobre la pared y la otra sobre su pecho, que de repente empezó a encogerse, a apretarle por dentro, pensó que a lo mejor sí que era verdad que detrás de sus costillas tenía una pelota de carne anómala. Allí no había nadie, tan solo tres sillas vacías y un puñado de cuerdas rotas, sus peores temores se habían hecho realidad, necesitaba encontrarlas con rapidez, pero sin armar revuelo, no podían haber ido muy lejos, cómo demonios se habían soltado, si habían estado prácticamente todo el tiempo acompañadas, fue lo último que pensó antes de volver a por Alfonso y alguno más para que les dieran caza, eso primero, después ya tendría tiempo de que rindieran cuentas los responsables de ese error imperdonable.

Eugenio de la Calle esperaba sentado, en silencio, bajo llave, con un machete Bolo de cincuenta centímetros de hoja en cada mano, como los que usaban en Filipinas y en Indonesia para el desbroce del follaje más salvaje, Jacinto el charcutero se había pasado horas afilando sus hojas, controlando la respiración, a la espera de que Antonio le diera luz verde para desatar toda su violencia.

Fuera, ocho cabezas aguardaban asomadas por la cornisa del barranco, con la vista puesta en esa puerta trasera, en esa ventana, esperando ver la señal de Silvia, que no llegaba, con cada minuto sus ánimos caían en picado, su nerviosismo hacía que las armas se resbalaran entre sus manos.

Primer pasillo a la izquierda, luego a la derecha, segunda puerta, bajo la cama, pegadas al somier tres pistolas, las Sig Sauer, cargadores llenos, muy bien Pedro, muy bien. Silvia se movía como una autómata, cada dato en su cabeza, milimétrico, parecía que conocía esa casa a la perfección, Pedro le había dibujado planos, descrito hasta el color de las moquetas o los cuadros en las paredes, se sentía fortalecida, con la pistola en las manos la cosa cambiaba, al menos podría morir disparando, no en un aparato de tortura, eso le levantó el ánimo. Raquel continuaba muy miedosa, tropezó con ella un par de veces, no

se despegaba de su lado ni un solo instante, era su sombra, Ariel parecía un poco ausente, un animal herido, no había dicho ni una sola palabra desde que Silvia la había liberado, con la respiración entrecortada, la boca cerrada, aun así parecía darse cuenta de cada una de las indicaciones que Silvia les daba, podía ser peor.

Consiguieron llegar a la parte trasera de aquel gigantesco caserón, dos grandes puertas de madera maciza ante ellas, de al menos tres metros de alto, solo tenían que quitar el enorme travesaño cruzado que las mantenía cerradas, que hacía imposible que se pudieran abrir desde fuera a no ser que alguien tuviera cerca un camión, a la derecha, una ventana, *la señal Silvia, acuérdate de hacernos la señal*, Pedro se lo había repetido infinidad de veces. Todavía no habían conseguido nada, pero lo sentía, podía acariciar algo parecido a la victoria con la punta de sus dedos, un mechero, pegado bajo el alféizar exterior de la ventana, Silvia sacó su mano y sonrió cuando sus dedos lo acariciaron, un trapo, envuelto en un trozo de madera, le prendió fuego y lo sacó por la ventana, moviéndolo hacia los lados, como un náufrago en una isla desierta.

Ahí estaba, la señal que habían estado esperando, a Pedro se le dibujó una sonrisa llena de orgullo al ver aquel brazo agitando esa llama de fuego, sabía que Silvia no le fallaría. Se habían movido ligeramente hacia un lado de la cornisa del barranco, cerca de la puerta principal de la casa había unos cuantos de esos ángeles del infierno, escopeta en mano, aun así tendrían que acercarse con mucho sigilo, prácticamente a gatas, despacio, de uno en uno, cualquier ruido o movimiento en falso y descubrirían su posición, y entonces sí, empezaría a granizar, pero no serían piedras lo que caería sobres sus cabezas, serían balas y metralla.

Alfonso y Ernesto registraron cada una de las habitaciones de la casa, presos del miedo y del pavor, si no las encontraban pronto sería su fin.

Daniel Argente tenía preparadas seis cámaras *Betacam* con calidad cinematográfica, dos para cada sala, dos para cada mujer, quería grabar la escena desde diferentes ángulos, quería inmortalizar cada gesto, cada lágrima, la sangre al brotar, el momento exacto en el que una vida se va, era su día, era su momento, qué iluminación tan bella, las antorchas de fuego con su movimiento perpetuo, qué sombras tan caprichosas, qué sonido tan

envolvente, el de los gritos rebotando en las paredes de piedra viva, el de los gemidos salvajes, de placer, de poder, podía rozar con la punta de sus dedos cada sensación, el palpitar de cada corazón.

Raquel ayudó como pudo a Silvia a levantar el grueso travesaño de las puertas, tenían que darse prisa, si los demás no habían tenido ningún imprevisto tenían que estar al caer, una pequeña duda planeó sobre el pensamiento de Silvia. Había estado tan concentrada en hacer todo lo que estaba en su mano que durante las últimas veinticuatro horas no se había planteado que a Pedro y a los demás pudiera haberles salido algo mal, que los hubieran descubierto, o peor aún, que ni tan siquiera hubiesen ido allí, ya lo había visto otras veces en algunos hombres, mucho hablar y gritar de puertas para adentro pero a la hora de la verdad se hacían caca en los pantalones, esperaba que esta no fuera una de esas veces.

Pedro y Diego salieron los primeros, andaban casi arrastrándose, muy despacio, estaba muy oscuro y podían tropezar con alguna piedra o hacer cualquier ruido que pudiera delatarlos, ya podían ver la puerta muy cerca de ellos, unos metros más y habrían llegado.

Alfonso tuvo un pequeño pálpito, su fiel compañero, su instinto de perro cazador, el granero, la parte de atrás de la casa, no sabía cómo pero sentía que tenían que estar allí, entre otras cosas porque no quedaban casi sitios en los que buscar, se apresuró lo más rápido que pudo, maldijo esa casa unas cuantas veces por el camino, tan enorme, tan llena de pasillos y habitaciones, laberíntica. Mientras, Antonio, calmaba los ánimos en otra parte, diciendo que estaban preparándolas, que en breves instantes podrían empezar, una gota de sudor frío caía por una de sus sienes.

Silvia tiró del travesaño con Raquel una vez más, ya estaba, lo dejaron a un lado con cuidado, no querían hacer ningún ruido, abrió la puerta despacio, poco a poco, al tiempo que otra puerta se habría tras ellas.

—No os movías ni un pelo hijas de puta, porque os lleno de agujeros hasta que os quedéis sin una gota de vuestra asquerosa sangre, dejad eso que tenéis

en las manos antes de que os hagáis daño y tiraos al suelo —dijo Alfonso apuntándolas con la pistola. Silvia y Raquel se quedaron paralizadas con la voz de ese hombre a sus espaldas, estaban a un metro del exterior, soñando con la victoria, esperando esa ayuda que no llegaba, dónde estaban, los hombres, otra vez, siempre los hombres, nunca estaban cuando los necesitaban.

—Eh, putas baratas, ¿no me habéis oído?, ¡al suelo he dicho!, ¿y dónde cojones se ha metido la otra perra? —dijo Alfonso mirando hacia su alrededor sin apartar la vista de Silvia y de Raquel que no habían movido ni un músculo, pensando, maldiciendo, esperando un milagro.

Ariel lo había escuchado todo, los pasos acercándose, demasiado traumatizada para abrir la boca para otra cosa que no fuera gritar, la puerta que comunicaba la casa con ese granero abriéndose, tuvo tiempo de esconderse detrás, la oscuridad estaba de su parte. Saltó sobre Alfonso como un felino que sabe que si no consigue alcanzar esa presa morirá de hambre esa misma noche, que no tendrá más oportunidades. Alfonso soltó un gemido seco formando un círculo con la boca cuando cayó de bruces sobre el suelo, escuchó como crujía una de esas vértebras lumbares que tantas molestias le ocasionaba, mierda *gorda*, su pistola salió rodando unos metros, él la siguió con la mirada sin saber muy bien qué estaba pasando, la pistola se detuvo bajo una bota marrón, esa bota, le era familiar, alzó la vista y su cara se congeló en una mueca entre lo cómico y lo grotesco. Pedro. Tardó décimas de segundos en llegar sobre él, el talón de su bota le partió la mandíbula, como el que aplasta uno de esos vasos de plástico que se podían encontrar a puñados en los parkings de las discotecas, varios dientes se desparramaron por el suelo como partes de una taza de porcelana rota, Ariel había recuperado la posición y se deshacía en patadas contra Alfonso entre ahogados gemidos, y ahora sí, algunas lágrimas en los ojos.

—¡Ariel! —dijo Diego con los ojos bien abiertos viendo a la mujer de su vida, viva, más viva que nunca.

A Ariel se le iluminó el rostro cuando lo vio, no podía creerlo, Diego, ahí estaba, no era una alucinación, era real, había venido a por ella, a buscarla, corrió hacia él y se fundieron en un abrazo, y se miraron a los ojos, entre lágrimas, besándose en cada trozo de piel visible, tanta rabia contenida, tanta tensión acumulada. Diego empezó a sentirlo, un hervidero, en su interior, viendo todas esas magulladuras y heridas en el rostro de Ariel, otra vez, muy fuerte, ese temblor de manos, la bestia, suéltala, es el momento.

—Te dije que al final acabarías por tragarte cada una de tus palabras recuerdas Alfonso —dijo Pedro con esa sonrisa que sabía que tanto lo sacaba de quicio, Alfonso abrió la boca para gritar pero Pedro esa noche no era rápido, esa no hecha era eléctrico, metió una pistola en su boca, hasta el fondo de su garganta, otra sonrisa, *para ti Alfonso, por el aprecio que te tengo*, lo cogió del pelo y estampó su cara contra el suelo.

—Las palabras no lo sé, porque te aseguro que no dirás ni una más en tu miserable vida, pero que esta pistola te la vas a tragar eso te lo juro por todos mis muertos. —Levantó su cabeza de nuevo y volvió a estamparla contra el suelo, pudo sentir cómo el cañón de la pistola se encajaba en la parte posterior de su boca, otra vez, más adentro, Alfonso tenía la cara empapada en sangre.

—Adiós Alfonso, es curioso sabes, que tú hayas sido el primero, en fin, vamos a ver cómo acaba el resto, y ya tendremos tiempo de hacerle una visita a tu mujer y a tu hija, a ver qué tal se ven bañadas en sangre —dijo Pedro, que no pensaba hacer nada de eso, pero le pareció bien que ese hombre se despidiera de este mundo sintiendo el más terrible de los dolores, tanto físico como mental, levantó de nuevo la cabeza de Alfonso, que maldecía su vida en silencio, con esa mirada tan vacía y tan llena de odio.

—¡Eh! ¡Espera! —dijo Ariel acercándose a Pedro que se preparaba para darle el golpe mortal a Alfonso—. Déjamelo a mí, tengo una cuenta pendiente con ese monstruo.

Silvia le hizo un gesto a Pedro con la cabeza, él la comprendió al instante. Ariel cogió a Alfonso del pelo, le levantó un poco la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Cómo era eso que decías sobre lo estresante que era la vida moderna?, hay que ver cuánta razón tenías, porque no sabes lo estresada que estoy hoy chico, no te importa que me desahogue un poco contigo ¿verdad?, tú debes saber mejor que nadie lo bien que sienta ¿no?, y ya has oído lo de tu mujer y tu hija, no creo que les importe que les golpee un poco ¿verdad?, gracias, sabía que lo comprenderías —al contrario que Pedro, en ese momento, Ariel lo decía muy en serio—, espero que te pudras en el infierno hijo de puta.

Alfonso la miraba con esos ojos sin alma que apenas podía abrir, aun así pareció que sonreía, torciendo un poco la boca con la pistola encajada dentro, Ariel levantó un poco su cabeza y se la estampó contra el suelo con todas su fuerzas, la empuñadura de la pistola se hundió aún más en su garganta, realmente podría decirse que se la había tragado por completo, su cuerpo empezó a convulsionar, Ariel aún tuvo tiempo de darle un par de patadas más

en su cabeza antes de que su cuerpo dejara de moverse para siempre, uno menos.

En otra parte de la casa, Antonio y Miguel buscaban por todas partes, también Ernesto Castro y Matías Arastey, no tenían ni idea de lo que estaba pasando, todos los invitados estaban empezando a impacientarse, a hacer preguntas, el retraso era ya importante, y encima los anfitriones andaban desaparecidos.

Rafael Cruz parecía estar dando una lección teórico-práctica a un grupo de mujeres sobre cómo utilizar uno de sus látigos de nueve colas, los auténticos pica carne.

—Cuando cargues el azote, trata de mantener tu brazo lo más alejado posible de tu cuerpo, tienes que describir una diagonal, primero de abajo arriba y de izquierda a derecha. —Rafael Cruz se puso detrás de un mujer que sonreía como si su profesor de golf estuviese aprovechándose de su posición para pegar su pelvis contra sus glúteos y ella lejos de apartarse se hacía la tonta y movía el culo con sutileza tratando de encontrar algo duro y alargado a través de la piel de ese vestido de un milímetro de espesor—. Y después lo bajas con fuerza, muy rápido, de arriba abajo y de derecha a izquierda—. Rafael Cruz describía los movimientos cogiendo desde atrás una de las delicadas muñecas de la mujer, ella soltaba pequeños gemidos desinteresados, el resto miraba la escena como el que asiste a un congreso sobre las nuevas formas de abordar un trasplante de pulmón.

Toni y André fueron los siguientes en llegar, un poco después Julián y Marcos, por último llegaron Edo, el Tirillas y Alba. Fue un momento de júbilo, de felicidad, se sentían como si hubieran ganado una guerra mundial, pero todavía faltaba mucho, solo habían superado la primera prueba. Pedro y Silvia tuvieron unos segundos para abrazarse, para decirse lo mucho que se querían con la mirada, Silvia lo hubiera tirado contra el suelo en ese momento y le habría hecho el amor de forma salvaje, pero ya tendría tiempo. Ahora, más que nunca, tenía claro que mientras viviera no se separaría jamás de él, no se lo había dicho, pero en los últimos días había estado pensándolo, ya no le importaba si estaba bien o mal, o las cosas horribles que él hizo en su vida, ya no lo veía como un monstruo, ahora lo veía como un ángel, un ángel exterminador.

Ariel rompió a llorar cuando vio a su hermana allí de pie, llena de barro, con el pelo enredado y lleno de restos de hojas secas, ni rastro de maquillaje,

esa era su auténtica hermana, la de verdad, la que había arriesgado su vida para ir a rescatarla, sin máscaras, se sintió más viva que nunca, más fuerte, en su cabeza no podía asimilar todo lo que estaba pasando, la adrenalina no la dejaba pensar con claridad, pero su corazón latía con fuerza, tenía la cara llena de golpes, pero habían ido a por ella, todos ellos, estaba viva, y sintió por un momento, viéndose arropada, que nada ni nadie podía tocarla, que aceptaría ese baile con la muerte, esa noche ella era la vida.

—Escuchad todos un momento —dijo Pedro tratando de que todos recuperaran la concentración, de rebajar un poco la euforia—. Esto no ha hecho más que empezar, todavía queda mucho malo por matar, hemos venido aquí a hacer una cosa, ahora, hoy, es el día de la justicia, y nadie nos lo va impedir, nadie nos va a parar, pero tened claro que en cuanto alguien suelte el primer disparo todo esto se va a descontrolar por completo entendéis, así que si os encontráis a alguien por el camino tratad de abatirlo con un cuchillo o de un golpe con la culata de la pistola, o con vuestras propias manos, con lo que podáis, porque si esos de ahí fuera escuchan un solo disparo van a entrar aquí dentro con todo, y entonces sí, la cosa se pondrá fea de verdad.

Todos asintieron las indicaciones de Pedro, volvieron a poner ese travesaño en la puerta del granero, no querían supervivientes, que nadie escapara, las puertas del infierno, ni mucho menos que entraran, no por ahí.

Toni Mr. T movía la cabeza hacia los lados, estaba calentando, André le dio un par de bofetones en la cara mientras Toni gritaba, el dolor lo activaba, lo preparaba para la guerra.

Edo el Gordo se había acercado disimuladamente a Raquel, se alegraba muchísimo de verla, estaba empezando a sentir algo por ella, pero jamás se habría atrevido a decirle nada, ella se abrazó a él tratando de rodearlo con los brazos, que solo llegaban hasta sus omóplatos, le reconfortó ese cálido vapor que siempre emanaba el cuerpo de Edo, nunca se lo había dicho, a sí misma, ni mucho menos a él, pero se sentía tremendamente bien a su lado, entre sus carnosos brazos.

Estaban preparados, la caza había empezado.

Matías y Ernesto aceleraron el paso, a través de aquel pasillo interminable, habían escuchado un ruido, en la parte de atrás, torcieron a la derecha, por fin, allí estaba, al final de ese pasillo, una de esas zorras acurrucada en el suelo, con la cabeza entre las piernas, cagada de miedo, a los dos se les dibujó una sonrisa en la cara, de satisfacción, de alivio de presión bajo su pecho, se

acercaron a ella y no tuvieron tiempo de ver lo que se les venía encima, Toni salió de algún lugar de la penumbra de una habitación, más parecido a una sombra que a una persona, a Matías solo le dio tiempo a verle los ojos antes de que Toni le pusiera la cabeza mirando hacia sus espaldas, que fuerza tenía ese hombre, se escuchó el crujir de unas cuantas vértebras y el ruido del cuerpo al caer como un trapo, un brazo de una longitud considerable cayó sobre la nariz de Ernesto Castro, el Tirillas le había estampado la culata de la pistola en la cara, Ernesto soltó un pequeño gemido y antes de que empezara a gritar como loco una hoja afilada pasó como una estrella fugaz por su cuello, de lado a lado, de arriba a abajo, bastaron milésimas de segundo para que en el cuello del señor Castro se dibujaran unos cuantos tajos, todos ellos profundos, todos ellos letales, Diego no había hecho nunca nada parecido, pero esa noche en su interior había tomado el control otra persona, un auténtico depredador.

Siguieron avanzando hacia delante, poco a poco, escondiéndose en las habitaciones, tratando de no hacer ruido, parecían un auténtico comando de élite, en una de ellas los ojos de Julián se encontraron con los de una mujer, ya había visto muchas cosas en esta vida, pero por lo visto la vida siempre se guarda algunas sorpresas, una mujer de cuerpo escultural estaba desnuda encima de un hombre, moviendo su pelvis con fervor, con sus uñas completamente clavadas en su pecho, haciéndolo sangrar, desgarrando su carne, él tenía puesta una capucha que se asemejaba a la cabeza de un toro, la abofeteaba con fuerza, entre gemidos, de los dos, a ella la sangre le resbalaba por los labios, entre sus pechos, con cada guantazo, Julián dio dos rápidos pasos hacia delante y le clavó el largo machete en la boca que Toni le había dado en medio de una especie de reverencia, los ojos de esa mujer parecían de otro mundo, color frambuesa, Marcos que venía detrás se abalanzó sobre el hombre que yacía bajo la mujer y le asestó varias puñaladas rápidas en su cuello, la sangre empezó a brotar por cada uno de los agujeros con fuerza, como si esa sangre tuviese algún tipo de prisa por salir, parecían aspersores del infierno, mientras, ese hombre convulsionaba moviendo esa cabeza de toro hacía todos los lados, dos menos.

Un ruido, inesperado, hizo que todos se giraran hacia el mismo punto, un disparo, las cosas se pondrían muy feas a partir de ahora, el pistoletazo de salida de un carrera contra la muerte, hacia la vida. Edo el Gordo yacía en el suelo, con las manos sobre su enorme barriga, taponándose el boquete que ese hombre le había hecho con esa pistola tan larga que parecía un rifle. Uno de esos guardianes del infierno en el interior de la casa, no se lo esperaban, no

habían contado con ello, casi dos metros de puro músculo, de agilidad, un ojo tuerto todavía lo hacían más temible. Pedro salió de la nada y le clavó una bala entre las cejas, un tiro limpio, cien kilos de testosterona ocupando dos metros cuadrados del suelo del pasillo.

—Mierda mierda mierda, me han dado joder, voy a morir —dijo el Gordo resoplando y sudando a muerte.

—¡Escúchame Edo!, no vas a morir ¿entiendes? no vas a morir —dijo Diego, que se había acercado hasta él. Con la ayuda del Tirillas y de Marcos lo consiguieron meter en una habitación, lo sentaron en butacón, mirando a la puerta.

—Escúchame Edo, enseguida volveremos a por ti, tú aprieta bien esa herida y si alguien entra por esa puerta le vacías el cargador encima —dijo Diego.

—Acaba con todos esos hijos de puta ¿vale?, acaba con todos ellos —dijo Edo mirándolo a los ojos mientras resoplaba. Raquel decidió quedarse junto a Edo, en cierta manera le había cogido cariño, y no quería dejarlo allí solo, no quería que muriera en la más completa soledad. Acariciando sus mejillas, dándole un beso en la frente, a Edo eso le sentó de maravilla, estaba con un pie en la tumba y con el otro en el paraíso.

En la casa todo se volvió muy loco en cuestión de segundos, la gente corría hacia todas partes, gritando como cerdos en un camión camino del matadero, tropezándose unos con otros, parecían ratas queriendo encontrar una salida en medio de un incendio. Silvia y Pedro avanzaron rápido, hacia delante, detrás venían a la carrera todos los demás, ya no era cuestión de guardar silencio, de ser sigilosos, era cuestión de darlo todo, varias personas se habían asomado a aquel pasillo para ver qué pasaba, debieron pensar que a lo mejor aquellos ruidos tan solo habían sido fruto de su imaginación, Silvia tenía una pistola en cada mano, no se lo había dicho a Pedro, pero era ambidiestra, vació los cargadores disparando a todo lo que se movía, Pedro hacía lo propio tratando de apuntar, todo lo que Silvia le había enseñado era para él la única verdad en este mundo, cuatro personas dejaron el final de ese pasillo que daba al gran salón medio bloqueado, tuvieron que apartar a patadas sus cuerpos humeantes y sangrantes para poder pasar.

En algún lugar de la casa Antonio se despedía de su vida, de su familia, sabía que todo se había ido a la mierda, empuñó su pistola y salió de esa habitación de la planta superior con decisión, dispuesto a acabar con el traidor que se la había jugado, que ya no tenía ninguna duda de quién era, acabaría con él aunque fuera lo último que haría en esta vida. Pero antes pasó por la

habitación en la que aguardaba, en la que esperaba, la muerte, impaciente, Eugenio de la Calle, «es la hora». Eugenio abrió sus ojos gris ceniza, Antonio sabía perfectamente que a partir de ese momento todo aquel que se cruzara por su camino acabaría cruzando el charco, porque Eugenio era el asesino, Eugenio era la Parca, Eugenio había venido a este mundo para llevárselos a todos.

Carlos lloraba como un niño en medio de un ataque de histerismo viendo a la gente correr, a los cuerpos escupir sangre, escuchando esos disparos que no cesaban, que no sabía ni por dónde venían. Lucía estaba junto a él, al límite de una sobredosis de éxtasis, con la boca abierta, los labios hacia fuera, frenética, todo aquello no hizo más que excitarla más, totalmente ida, la sangre, el horror, clavó sus uñas en la nuca de su hijo.

—Ten cariño, aspira esto, te sentirás mejor —dijo Lucía volcando una bolsita de cocaína sobre sus pechos, Carlos empezó a esnifar como un loco, todo lo que podía, entre lágrimas, ella se derretía.

Un disparo se escuchó muy cercano, a su lado, a bocajarro, Lucía se llevó las manos a la barriga, la bala había atravesado su abdomen, desde atrás.

—Hola tía —dijo Ariel con una pequeña sonrisa en la cara—, ¿qué tal estás? ¿Necesitas algo? ¿Una copa tal vez?, vaya, estás hecha un asco.

Lucía la miró con esa cara de repugnancia absoluta, de superioridad. Carlos empezó a gritar como si estuviera poseído al ver a su madre con el vestido empapado de sangre.

—¡¿Qué has hecho maldita zorra asquerosa?! —dijo Carlos que trataba de abalanzarse sobre Ariel, un disparo certero, en sus genitales, hizo que se encogiera sobre sí mismo, tirado en el suelo. Diego que no se había despegado de Ariel ni un solo instante se acercó a Lucía y le pegó dos tiros en la cabeza, sin dudar ni un solo instante, su cuerpo se desplomó sin vida y sin una parte importante de la cabeza, no tuvo tiempo de pensar en que esa era la tía carnal de su novia, pero su instinto le dijo que si estaba allí no se diferenciaba en nada del resto. Alba no daba crédito a lo que estaba viendo, ¿qué demonios hacían allí su tía Lucía y su primo Carlos?, pero ver a su hermana en ese estado hizo que lo entendiera todo en milésimas de segundo.

—Hola primo, había pensado en eso de que querías penetrarme, en rajarme como a una zorra —dijo Ariel muy tranquila, acercándose más a Carlos, que lloraba y la miraba con los ojos desorbitados, otro disparo, otra vez en sus genitales—, huy, perdona —dijo Ariel poniendo su delicada mano en la boca—, se ha debido de dispararse sola, dime ¿te apetece hacerlo ahora o más tarde?, porque yo me muero de ganas de tenerte dentro —dijo Ariel

fingiendo el deseo, un nuevo disparo en el bajo vientre—, vaya, de verdad que esta pistola te ha debido de coger manía eh primo, no sé qué le pasa que no para de soltar balas, perdona, en serio, no era mi intención.

Carlos se retorcía en el suelo, mirándola fijamente, con sus manos tratando de tapar los agujeros por los que se desangraba. Diego se acercó dispuesto a acabar con él de un disparo, Ariel le dio el alto.

—No, no lo hagas Diego, quiero que sufra un rato, déjalo ahí tirado, vamos a ver si le damos caza a tu querido papá —dijo Ariel sonriendo a Carlos nuevamente.

Eugenio bajó la escaleras de esa casa a la carrera, machete Bolo en su mano izquierda, machete Bolo en su mano derecha, nunca antes se había sentido mejor, a su paso se encontró a una mujer ataviada con un vestido de noche negro, de infinitas lentejuelas brillantes, trataba de subir los peldaños de la escalera, resbalando, tropezando, iba prácticamente a gatas, no se sabía muy si subía o si bajaba, Eugenio le rebanó la parte superior de su cabeza, de un solo mandoble, el cuerpo de Jennifer Hawks todavía permaneció unos segundos en un equilibrio antinatural, rígido, ausente, a la espera, Eugenio se quedó unos segundos mirando la hoja de ese machete, ovacionándolo, bien por Jacinto el charcutero.

Las puertas de la casa se abrieron de par en par, ese pequeño ejército entraba pistola en mano, apuntando, llevaban unas botas que les llegaban casi hasta la rodilla, algunos de los invitados trataban de salir, tropezando, trajes de noche se enganchaban en algunos tacones, tobillos que se torcían, cuerpos pisoteados por una avalancha humana. Toni siempre había querido hacer algo parecido, lo había visto en muchas películas, pero nunca vio mejor ocasión que esta, la vida real, nunca le defraudaba, en ese momento pensó que si hubiera tenido un padre de verdad se estaría sintiendo orgulloso de su hijo, de él, de Toni Mr. T. Soltó la anilla de dos granadas y las lanzó con todas sus fuerzas sobre aquella puerta, al menos a unos veinticinco metros de distancia, aquel salón eran gigantesco, primero una y a continuación la otra, el arco que describió con el brazo fue perfecto, incluso algo poético, parecía un jugador de béisbol tratando de que esa pelota llegara a la base antes de que el rival consiguiera dar una vuelta completa. Las dos explosiones hicieron saltar por los aires al menos a una veintena de personas, algunas de ellas muertas, otras muy mal heridas, aun así habían conseguido escapar de la explosión algunos de aquellos mercenarios, que se adentraban en el gran salón disparando a todo lo que se movía.

Una bala perdida se alojó en alguna parte de la cabeza del Tirillas, un poco por encima de su oreja derecha, Diego pudo ver de lejos cómo su cuerpo se desplomaba, de su amigo, de aquel chico que lo rescató cuando la vida lo puso de rodillas, de sus ojos trataban de salir las lágrimas, pero trató de concentrarse primero en dar en alguna parte de aquel que le había disparado a Rubén, fueron solo dos disparos, uno en la rodilla, otro en el centro del pecho, esa noche todavía no había errado ni un solo disparo. Cuando se acercó al Tirillas todavía respiraba.

—Rubén, escúchame, tienes que estar tranquilo ¿vale?, tu trata de no moverte, vamos a sacarte de aquí ¿entiendes?, tú solo preocúpate de seguir respirando.

El Tirillas estaba muerto de miedo, tan solo tuvo fuerzas para asentir a cada una de las palabras de Diego, las suyas se habían quedado atrapadas en algún lugar de su garganta. Alba se acercó a él como pudo, gateando, bajo esa nube de detonaciones, de pólvora, no sabía cómo lo había hecho, pero estaba segura de que había alcanzado al menos a dos hombres y a dos mujeres, y se sentía fuerte, muy fuerte, ella misma, por primera vez en su vida.

—Diego yo me quedo con él, haré todo lo que pueda te lo prometo. Diego pasó una mano por la mejilla de Alba, *gracias, cuñada, cuídalo,* ella sintió un escalofrío, ese chico parecía sacado de un cuento de miedo, en su cara pudo sentir el frío, de hielo, en sus ojos la voluntad, de hierro, su hermana nunca estaría sola, ese hombre lo daría todo por ella, su propia vida.

Alba arrastró al Tirillas hasta una de las habitaciones mientras Ariel y Diego la cubrían, le había envuelto su camisa en la cabeza, taponando esa herida por la que su vida se escurría.

Rubén sintió que después de todo había cumplido su sueño, al lado de esa mujer que no parecía de verdad, no sabía si estaba muerto y había subido directo al cielo o es que a la vida le había dado por regalarle ese último momento, glorioso, de su cabeza le llegaba una suave fragancia a miel, primaveral, delante de él ese rostro angelical.

—Alba…

—No hables Rubén, por favor, tú solo trata de no cerrar los ojos, de seguir respirando.

—¿Sería mucho pedir que me respondieras a una pregunta? —A Rubén los ojos se le cerraban.

—Solo si no te duermes, solo si no dejas de respirar, tú no cierres los ojos por favor. —Rubén sonrió con dulzura, viéndolo así, tampoco era tan feo, las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Alba.

—Te parecerá un poco estúpido que te pregunte esto ahora, pero, ¿hubieras aceptado si te hubiera invitado a cenar?, no hace falta que respondas si no quieres…

Alba no podía contener el llanto.

—¿Qué te tal te va el viernes que viene?, seguro que en el hospital ya te han dado el alta —dijo Alba con sinceridad, acariciando sus mejillas.

Rubén cerró los ojos con una sonrisa, Alba rompió a llorar dándole un tierno beso en los labios, tratando de reanimarlo.

Diego sintió cómo algo tiraba de él hacia atrás, giró su cabeza con rapidez, a su espalda, allí estaba, el padre de Natalia, parecía que esa noche todos sus demonios se habían puesto de acuerdo para darle caza, no le hubiese extrañado encontrarse por ahí a Mercedes con su sucio delantal y su sucia boca y Ramón cambiando el canal de la televisión mientras se abría una lata de cerveza.

Rafael Cruz había clavado uno de sus látigos de cadenas de nueve colas en su espalda de forma tan profunda que no lo podía sacar, no fue dolor lo que sintió. Rafael Cruz trataba de soltar el látigo de la espalda de Diego con todas sus fuerzas, esos viejos recuerdos, cuando solo era un niño, pero ahora ya no lo era, cogió el largo látigo con una de sus manos, podía sentir cómo esos eslabones que eran cuchillas se clavaban en su piel, pero el dolor no existía, en los ojos de Rafael Cruz se vio el reflejo de la muerte, frente a él, podía sentirla, acercarse, Diego dio dos rápidos pasos y una de sus manos abrazó la tráquea de ese hombre que estaba a punto de mearse encima, los dedos de Diego se introdujeron en su piel y tiró con fuerza hacia él, parecía estar diciéndole *ven, acércate Rafael*, lo miró unos segundos a los ojos, no podía respirar, su garganta se veía totalmente destrozada, abultada, parecía que se hubiera tragado un muslo de pollo entero, su cara adquirió diferentes tonalidades antes de ponerse morada y de que en sus ojos se empezaran a dibujar multitud de venas agrietadas, lo dejó caer viendo cómo se asfixiaba, se soltó el látigo de su espalda de un tirón y se lo clavó en el centro de la frente. Al final iba a ser verdad que el padre de Natalia no era de fiar. Uno menos por matar.

Julián gritó con toda su alma cuando aquel machete de proporciones bíblicas atravesó el cuerpo de su hijo Marcos por completo, de atrás hacia delante, Marcos cayó de rodillas, tratando de abrazar el frío acero que inundaba su cuerpo, Eugenio de la Calle sacó el machete de un golpe y el cuerpo de Marcos cayó de bruces al suelo, Eugenio sonreía, Julián gritaba, lloraba, Eugenio se acercaba como si la muerte fuese inevitable y él fuese la

muerte, Julián trató de apuntar, demasiado nervioso, paralizado, Eugenio alzó su brazo derecho, nadie podría pararlo esa noche, un disparo rozó su hombro izquierdo, apenas lo sintió como un rasguño, un disparo se alojó en su pierna derecha, ese sí lo notó, pero Eugenio mataba, no moría, cuando dejó caer su brazo derecho la cabeza de Julián estaba demasiado cerca, demasiado expuesta, mal por Julián, el filo de ese machete no era bienvenido, el filo de ese machete no debió de existir nunca, se clavó en el cuello de Julián hasta chocar con sus vértebras cervicales, Julián apretó los dientes, lo maldijo, «tú te vienes conmigo», pareció que le dijo con la mirada fría, glaciar, trató de apretar de nuevo el gatillo de su pistola, pero su mano le pesaba, sus fuerzas lo abandonaban, Eugenio cargó su brazo izquierdo, un ruido seco, como el que se escucha cuando alguien corta troncos para darle de comer a la chimenea que calienta su casa en las frías noches de invierno, el machete cayó con fuerza en el lado derecho del cuello de Julián, Eugenio sonreía, apretó con fuerza ambos brazos y la cabeza de Julián salió rodando por el suelo. Hay quien dice que cuando a uno le cortan la cabeza, la actividad cerebral todavía permanece durante al menos diez segundos, hay quien dice que esa actividad se puede alargar hasta los treinta segundos, de puro dolor y desesperación.

Ya voy Noelia, ya puedo verte, no sabes cuánto te quiero hija mía, cuánto te he echado de menos.

Pedro y Silvia se habían atrincherado detrás de un mueble, cada vez quedaba menos gente, el suelo entero estaba bañado en sangre, de cuerpos, algunos todavía con vida, se retorcían de dolor y suplicaban que los sacaran de allí, algunos todavía deberían pensar que se encontraban en su mansión privada y que sus criados llegarían de un momento a otro a rescatarlos. Dos mercenarios los tenían localizados, acorralados, Pedro se levantó con rapidez y soltó dos disparos, uno en cada cabeza, Silvia no pudo evitar sonreír al ver a su hombre sacarlos de ese aprieto.

Daniel Argente grababa con su cámara en el hombro todo cuanto acontecía, mientras le caía la baba, menuda matanza, ni en sus sueños más húmedos, una auténtica carnicería, primero se detuvo unos segundos grabando el rostro de una mujer que trataba de aferrarse a la vida, tenía el pecho lleno de multitud de pequeños agujeros de metralla, eso era un primer plano de verdad, alguien había pisoteado sus piernas y rodillas, que aparecían deformadas en una posición totalmente anómala, después se concentró en otro hombre al que le habían perforado el cráneo con tres agujeros de bala, justo en el centro de la frente, parecía una de esas bolas de jugar a los bolos, a través del visor de su cámara pudo ver como pequeñas columnas de un fino

humo salían por cada uno de los agujeros, como las que se forman cuando alguien deja encendido un cigarro en un cenicero y no corre una brizna de aire, quizá fuera esa la vida abandonando un cuerpo. Corrió lo más rápido que pudo hacia aquella mujer a la que acababan de disparar en uno de sus pechos, pudo ver como la orina resbalaba por esas piernas perfectas, pudo ser testigo de la expresión de horror de alguien que sabe que a su vida le quedan segundos, él aguantó todo lo que pudo mientras esa mujer se le acercaba estirando una mano, rogando que la ayudase, no podía creer lo que estaba grabando, eso era telerrealidad en estado puro. Cuando se giró para ir a por su nuevo objetivo pudo verlo muy de cerca, sin tiempo para pensar, el cañón de una pistola frente a él, pudo ver cómo se producía la detonación, incluso es posible que le diera tiempo en esas diminutas fracciones de tiempo de ver cómo todas las lentes de la óptica de su cámara se partían en mil trocitos, esa bala se abría paso entre cada circuito, a través del visor, hasta alojarse en el interior de su ojo derecho, acababa de filmar su muerte en un primerísimo primer plano, si hubiese podido habría sonreído. Diego vio cómo el cuerpo de ese hombre caía con varios trozos del armazón de esa cámara clavados en su cara, aun así disparó sobre ella una par de veces más, a bocajarro, por si acaso.

Antonio ya no le tenía miedo a nada, días atrás supo que su vida llegaba a su fin y esa noche comprendió que el fin se había presentado con antelación, bienvenido sea. El tiempo de cerrar los ojos y de tratar de esconder la cabeza ya era historia, a su paso vio a uno de esos chicos disparar, escondido tras una gran escultura de piedra con forma de mujer, un disparo en la cabeza, muy cerca, por la espalda, riesgo cero para los ganadores, el cuerpo de André cayó desplomado. Toni lo vio desde lejos, había tratado de no quitarle el ojo de encima en toda la noche, sentía que en cierta manera era responsabilidad suya sacarlo de allí con vida, empezó a disparar contra Antonio con los ojos llenos de lágrimas, pero no acertó ni una sola vez, Antonio consiguió esconderse detrás de esa misma escultura bajo la que yacía en el suelo el cuerpo sin vida de André. Toni se acercaba con rapidez hacia allí, disparando, preso de la ira, sin ningún tipo de precaución, un golpe seco, en la cabeza, inesperado, lo tumbó. Un largo y molesto pitido retumbaba en sus oídos, aturdido, a ras de suelo, *levántate una vez más Toni, sus ojos vieron gente retorciéndose en el suelo, charcos de sangre, miradas de horror, cuerpos quemados por la explosión, restos de vísceras, vistas así, todas esas imágenes, sin el sonido que las completaba, de pronto le parecieron crueles y desagradables, violentas, muy reales, no es momento para venirse abajo Toni, tienes que*

levantarte, ahora. Frente a él esos ojos, grises y apagados, ese rostro, inhumano, Eugenio de la Calle. Lo recordaba muy bien, mucho tiempo atrás, en San Francisco Javier, cuando tuvo el placer de conocer sus puños y de que los suyos conocieran esa mandíbula que un día le pareció de acero, que un día le pareció que no sintiera el dolor. Eugenio lo miraba sonriente, parecía estar diciéndole con esa mirada invernal, *venga Toni, tú y yo solos, una vez más, levántate de una vez y pelea, pelea porque es lo único que sabemos hacer, la gente como tú y yo*. Toni se levantó dispuesto a aceptar ese combate, que sabía que solo terminaría cuando uno de ellos emprendiera el viaje al país de nunca jamás. *No, Eugenio, yo no soy como tú, yo soy Toni Mr. T*. Eugenio empezó a encadenar rápidos mandobles con cada uno de sus machetes, Toni retrocedía, iba desarmado, tratando de no perder el equilibrio en ese suelo tan lleno de restos humanos. Eugenio se acercó más a él, sus piernas eran más largas, su cuerpo, más rápido, asestó un mandoble con su brazo derecho directo a la cabeza, letal, pero Toni era fuerte, muy fuerte, consiguió parar el brazo de Eugenio con sus manos, pero no vio venir el brazo izquierdo de Eugenio, que se clavó en su abdomen atravesándolo por completo, esos ojos grises, otra vez, cobrándose una nueva vida. El dolor fue inmenso, el dolor era metálico, era de acero. Toni gritó con toda su alma, por su vida, por la de André, por todos esos años olvidado en ese agujero, por los padres que se deshicieron de él como si fuera un objeto roto, defectuoso. *Todavía no has terminado conmigo, Eugenio*. El cabezazo que le dio a Eugenio le hundió la nariz, ese hombre también sangraba, como todos los demás, otro más, este le dejo algo aturdido, Eugenio trató de sacar ese trozo de acero del cuerpo de Toni, de retorcerlo, pero las manos de Toni ya estaban apretando su cuello, la cara Eugenio se empezó a hinchar, sus ojos ya no eran grises, ahora habían adquirido un tono entre el marrón y el violeta, *un poco más Toni, ya casi lo tienes*. Eugenio consiguió sacar el machete Bolo del cuerpo de Toni, un chorretón de sangre espesa cayó al suelo, pero las manos de Toni seguían apretando, muy fuerte, aunque fuera lo último que hiciera en vida se llevaría por delante a ese ser que tanto dolor había provocado, las rodillas de Eugenio empezaron a doblarse, el oxígeno que llenaba su cuerpo se terminaba, su corazón empezó a espaciar los latidos, lentamente, sus órganos a dejar de funcionar, muy rápidamente, Eugenio sacó la lengua, amoratada, engrosada, sus manos dejaron de apretar las de Toni, ya estaba, el cuerpo de Eugenio, en pleno viaje al mundo de los asesinos. Toni cayó sobre él, sin fuerzas, con la respiración entrecortada, palideciendo, desfalleciendo. *Adiós Eugenio, espero que te pudras en el infierno*.

Solo quedaban tres de aquellos mercenarios, Pedro y Silvia los tenían localizados, pero se ocultaban tras unos muebles bajos de madera de estilo victoriano.

Ariel localizó a su tío Miguel, agazapado tras dos o tres cuerpos sin vida, con la vista puesta en la puerta de salida, tratando de encontrar el momento oportuno para salir de allí corriendo, no tenía ni idea de qué habría sido de su mujer y de su hijo, pero en aquellos momentos en lo único en lo que pensaba era en salvar el pellejo. Ariel se acercó despacio, por detrás, junto a Diego, no quería que la viera, quería darle una sorpresa, a su tío, a su querido y adorable tío.

—Hola tío, ¿necesitas ayuda? —dijo Ariel justo detrás de él, con la pistola en sus costillas, la cara de Miguel fue un poema cuando se giró y vio los ojos de su sobrina a milímetros de su cara, dos disparos, cañón junto a piel, el azul de sus ojos se llenó del negro de sus pupilas—. Había pensado una cosa tío, si no te importa claro. —Otro disparo, en sus genitales.

—Maldita perra de mierda, te mataré —dijo Miguel entre débiles susurros, apretando los dientes.

La gente como Miguel era tan orgullosa que no dudaba ni un solo instante, ni aun en esas condiciones, del efecto que sus amenazas y sus promesas debían producir en el que tenían delante. Estaba tan acostumbrado a que los demás, por temor o por cobardía, dieran marcha atrás y rogaran perdón y clemencia que no se le ocurrió pensar en lo ridículo que se veía tratando de parecer amenazante y peligroso con dos agujeros del tamaño de la cabeza de un chupa chups en su pecho.

—Bueno, eso me parece que tendrá que ser en otra vida, porque en esta lo tienes un poco mal ¿no crees? Bien, a lo que iba, es que resulta, que cuando mueras, como toda tu familia está muerta y es probable que todo lo que tienes vaya a parar a mi padre, tu hermano —dijo haciendo énfasis en la palabra «hermano»—, en fin, no sé cómo decirte esto tío, que si no te importaría que echara abajo hasta la última piedra de tu asquerosa casa, y que bueno, si tampoco te parece mal que me quede con el perro, el pobre no tiene culpa de nada.

Miguel la maldecía con toda su alma, en silencio, apenas le salían las palabras.

—Bueno tío, solo una cosa más, antes de que acabe contigo igual que he hecho con la zorra de tu mujer y con el tontorrón de tu hijo, el pobrecito ha tenido tiempo y todo de cagarse en los pantalones, me hubiera gustado que lo hubieses visto llorar, se ha venido abajo a la primera de cambio, porque entre

tú y yo, menudo hijo más tonto te ha salido ¿eh?, pero en fin, bah, qué más da, la verdad es que ya no me apetece hablar más contigo. —Puso la pistola bajo su mandíbula, apuntando hacia arriba, y apretó el gatillo, pequeños pedacitos de cráneo y de cerebro salieron por los aires como el primer escupitajo de un géiser con parada intestinal, el cuerpo de Miguel cayó hacia atrás como un árbol recién talado.

Estaban a punto de lograrlo, Pedro y Silvia habían conseguido acabar con dos de los tres mercenarios que quedaban, les faltaba uno, los disparos habían cesado, los gritos ahora tan solo eran lamentos, de algún moribundo que se debatía en el suelo entra la vida y la muerte. Pedro vio un bulto cruzar el salón con rapidez por su derecha, disparando sin parar, lo reconoció al instante, Toni. Ese hombre parecía indestructible, con una mano tratando de taponar el enorme ojal que Eugenio había abierto en su barriga, en dirección al último de aquellos, un bala impactó en su hombro izquierdo, pero eso no lo detuvo, sabía lo que tenía que hacer, siguió avanzando, otra bala, en su pecho, Pedro y Silvia trataron de cubrirlo pero no pudieron llegar a tiempo. Toni cayó al suelo, sus músculos, fríos como el acero, rechazaban cada uno de los impulsos que el cerebro de Toni les enviaba, respiraba con dificultad, sus pulmones, perdían fuelle cada vez que subían y bajaban, igual que cuando pones el coche en punto muerto y su velocidad aminora irremediablemente hasta quedarse totalmente parado. La sangre salía por su boca como si estuviera vomitando un tarro de mermelada de fresa, Diego se había acercado por el flanco contrario y pudo verlo allí agazapado, liberando el cargador de su pistola para poner uno nuevo, una única bala, la parte superior del cráneo del último de esos hombres salió disparada como la tapa de una fiambrera pasada de tiempo en el microondas. Pedro y Silvia se levantaron y fueron corriendo hacia Toni, a socorrerlo, lo habían conseguido, ya no quedaba ningún mercenario con vida.

—Toni, escúchame hermano, vas a salir de esta me entiendes, aguanta un poco más, hemos ganado hermano, lo hemos conseguido —dijo Pedro que lloraba la muerte de aquel chico al que la vida jamás le tendió la mano, ni una sola vez.

—Sí hermano, hemos ganado, lo hemos conseguido —dijo Toni sonriendo antes de que sus ojos se quedaran inmóviles, de que sus pulmones colapsados de sangre dejaran de respirar.

Una bala salió del cañón de la pistola de Antonio dispuesta a recorrer el camino necesario, de atravesar las capas de piel y hueso que hicieran falta, para llevar a cabo su destino, su cometido. Silvia alzó la vista, fueron

milésimas de segundo, entre aquel cañón, desde la otra punta del salón, y la cabeza de Silvia podía trazarse una línea recta perfecta, cerró los ojos, no quería ver la cara de aquel hombre antes de que esa bala llegara, es curioso la cantidad de cosas que alguien puede llegar a pensar en espacios tan breves de tiempo, a ella le dio la impresión de que el tiempo se congeló, pudo sentir el impacto, el ruido de la bala abriéndose paso entre la carne, abrió los ojos, tenía delante de ella a Pedro, que no sabía cómo, pero tuvo tiempo de cruzarse en la trayectoria de esa bala, su ángel de la guarda. Ese disparo era para él, no para ella, no para Silvia, aguantó la posición un par de segundos más, mirando a aquel hombre, en la distancia, hasta que se desplomó. Silvia levantó su pistola antes de que le diera tiempo a pensar en lo que acababa de pasar, acertó dos de tres, el primero en el pecho de Antonio, el segundo en la cabeza, mientras caía, el tercer disparo tan solo fue un impulso nervioso que se perdió en la nada. Diego corrió hasta donde estaba su hermano, con lágrimas en los ojos. Silvia estaba en el suelo, arrodillada, llorando a lágrima viva, acariciando sus mejillas, le habían dado bien, casi en el centro del pecho, ella presionaba la herida, a Pedro se le dibujó una pequeña sonrisa.

—No llores princesa, ya sabes que no me gusta nada verte así, lo has hecho muy bien hoy sabes, estoy realmente orgulloso de ti. —Pedro hablaba entre débiles susurros, los ojos se le cerraban.

—Escúchame Pedro, no puedes morirte ¿me oyes? ¡No puedes dejarme sola, no puedes! ¡No ahora! —Silvia lloraba y trataba de que Pedro sacara fuerzas, de que luchara un poco más, solo una vez más.

—Pedro —dijo Diego que ya estaba junto a ellos—, no me dejes otra vez por favor, no lo hagas, te necesito, más que nunca. —Diego lloraba, no podía soportarlo, no lo podía ver marchar, tan cerca, tan lejos.

—Diego, no quiero que te preocupes por nada entiendes… ya te he dicho que lo harías bien, eres mi hermano, siempre lo serás, pero ahora tienes una vida por delante, maravillosa, cuida mucho de Ariel, esa mujer merece realmente la pena, no dejes que nunca le pase nada, y cuida también de Silvia, no he conocido a una persona mejor en toda mi vida.

—Cállate de una vez y ni se te ocurra dormirte ¡¿me oyes?! —dijo Silvia que se resistía a perderlo, que no estaba dispuesta a dejarlo morir.

Pedro perdió la consciencia segundos después, entre las lágrimas de Silvia, los gritos de desconsuelo, de rabia, de impotencia. Diego solo se mantenía en pie porque Ariel lo abrazaba con todas sus fuerzas.

Por el otro extremo del salón aparecieron Edo el Gordo y Raquel, andando a duras penas, Edo arrastraba los pies con dificultad, con un brazo por detrás

de los hombros de Raquel, por lo visto la capa de grasa de su abdomen había impedido que ese disparo alcanzara alguna parte vital de su cuerpo, aunque todavía sangraba.

Aquel salón parecía una pintura gótica, sacada de alguna visión apocalíptica, enferma, los cuerpos amontonados, la sangre corría por el suelo, aquel lugar no era más que una gran fosa común, un cementerio grotesco, exhumado, todo había terminado. Es posible que a alguno le hubiera dado tiempo a escapar entre la multitud, en el fragor de la batalla uno nunca sabía con certeza si ese que corría lo hacía en dirección a ti o lejos de ti, muy lejos, en algún lugar, alguien contaría lo que allí había pasado, la guerra que esa noche habían librado unos cuantos, matándose a tiros, a cuchillo, sacando lo peor de uno mismo, a lo mejor, según se mire, tal vez más de uno pondría el grito en el cielo, por ese horror, por esa forma de justicia, pero no serían todas esas familias completamente rotas, que no volverían a conciliar el sueño nunca más, no serían esas chicas que algún día dieron su primer beso, que nunca más volverían a brindar en fin de año, levantando sus copas, deseándose lo mejor, deseándose la vida, que ya no volvería. Habían acabado con la mayoría de esa gente, con unos cuantos al menos, que ya no volverían a hacerle daño a nadie más, unos cuantos menos de los que preocuparse cuando nuestra hija saliera cuando ya no había sol que alumbrara su camino, sabían que no habían acabado con la maldad en el mundo, pero esta vez, esa noche, la balanza estaba un poco más equilibrada, la guerra entre el bien y el mal, por todos los siglos, infinita.

EPÍLOGO

EL TIEMPO QUE NOS QUEDE

Ariel decidió dejar un tiempo los estudios, sus padres lo entendieron, estaba viva, no lo podían creer, cualquier cosa que hiciera su hija les parecería bien, siempre y cuando continuara respirando, donde fuera, en cualquier lugar. Necesitaba tiempo, pensar en todo lo que había pasado, en todo lo que había visto, estar junto a Diego, conocerlo a fondo, comprenderlo, ocupar todo su tiempo queriéndolo. Se instalaron en uno de los numerosos pisos que su tío Miguel le había dejado en herencia a su padre, eso sí, después de reformarlo por completo. No dejaron en pie ni un solo tabique, necesitaban verse constantemente, sin paredes, sin nada que los alejase aunque solo fueran unos metros. Diego no volvió a tener más pesadillas, sabía quién era, ya no le importaba de dónde venía, quiénes eran sus verdaderos padres o qué estarían haciendo ahora Mercedes y Ramón. Su vida, su destino, el futuro, amanecía con él todas las mañanas, y eso era lo único que le importaba.

Edo el Gordo y Raquel se hicieron cargo del bar de Julián, le hicieron un buen lavado de cara, lo modernizaron. A Edo le encantaba pinchar sus propias maquetas, aunque fuera el único al que le gustaran, la era digital estaba amaneciendo, y todo parecía sonar tan bien en esos pequeños discos plateados. Se quitó de encima al menos veinte kilos, estaba cerca de conseguirlo, de trascender, de convertirse en Edo el fuerte, que se preparasen las discográficas. Raquel ya no era la Rubia, ahora era morena, no quería olvidarla, a Noelia, en su honor, a su alma gemela. Cada día se compenetraba mejor con Edo, no eran pareja oficialmente, pero a Raquel cada vez le molestaban menos sus groserías, y Edo se atrevía a veces a darle un tierno beso en la mejilla, y ella no se apartaba, ella se sonrojaba, y eso ya era un comienzo.

Alba decidió tomarse un año sabático, la medicina podía esperar, necesitaba conocerse a sí misma, no quería caer otra vez en lo mismo, solo tenía una vida y no quería desperdiciarla, quería aprovechar cada día, a su manera, puede que nunca más llegase a estar tan bella como lo fue en aquellos días, pero ahora estaba radiante, ahora resplandecía. No pudo salir a cenar con el Tirillas aquel viernes, los médicos no quisieron darle el alta, la placa de acero que le pusieron en la cabeza todavía estaba muy tierna, pero salieron al siguiente, y al otro también, no querían precipitarse, querían tomarse las cosas con calma, por eso decidieron irse a vivir juntos una temporada, después ya se vería.

Silvia dejó la policía, un tiempo al menos, necesitaba espacio, no acabó entre rejas por algún tipo de milagro. Media ciudad se tiró a las calles aclamando su nombre, en la puerta de los juzgados, en las televisiones, siempre en las televisiones. Se había convertido en toda una heroína, del pueblo, real, sin miedo, haciendo mucho ruido, un modelo a seguir, para las mujeres, para los hombres, para la historia. Pero lo que ella quería ahora era vivir tranquila, el tiempo que le quedara de vida, junto a Pedro, viendo cómo se recuperaba, cómo cada día estaba más fuerte, sí, ese chico era difícil de matar, y no se separaría de él jamás, si algo bueno tenía el haber sufrido tantas heridas es que el cuerpo de uno desarrollaba una habilidad especial para sanar. En algún lugar, su madre estaría viéndola, orgullosa, sin prisa, ya tendrían tiempo de hablar algún día, después de muchos años, con su hija, siempre, Silvia.

Vaya Silvia, al final parece que lo has conseguido, y de paso me has quitado de encima a toda esa gente que me estaba asfixiando no sabes cuánto, te daría las gracias por ello, pero en fin, espero que entiendas que no puedo revelarte mi nombre. Hasta pronto Silvia, espero que algún día podamos volver a trabajar juntos, ha sido un auténtico placer haberte conocido. Por cierto, se me olvidaba, ¡vamos a ser papás otra vez!

FIN



DAVID ORANGE nació en Valencia en 1982. Es Licenciado en Comunicación Audiovisual y Diplomado en Fisioterapia. Desde hace más de una década trabaja en el campo de la Ergonomía para los trabajadores de los centros sanitarios públicos. Actualmente compagina su actividad profesional con su gran pasión, contar historias.

Tras muchos años de escritura de guión y de realización de diversos proyectos audiovisuales en entre los que se encuentran dos cortometrajes, en 2017 publica su primera novela, *Género de violencia*. Una impactante y dura historia sobre la desaparición y asesinato de unas mujeres. Una cruda novela negra que profundiza en las influencias del entorno socio cultural de los años noventa en la población.

A principios de 2018 publica su segunda novela, *La chica del semáforo y el hombre del coche*. Una original historia que mezcla elementos propios del *thriller* y de novela negra. Todo un reto para los lectores que amen poner a prueba su capacidad de deducción y que adoren esos finales tremendamente sorprendentes.

En mayo de 2018, publica su tercera novela, *La tumba de Eva Goth*, una historia llena de misterio, intriga y muchas sorpresas que mantendrán al lector pegado al libro de principio a fin.